



JOSÉ JAVIER
ESPARZA

LA
CRUZADA
DEL
OCEANO

LA GRAN AVENTURA DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA



José Javier Esparza

La cruzada del océano

La gran aventura de la conquista de América

la esfera  de los libros

A Juan Jesús Sánchez Gutiérrez de la Rasilla, in memóriam.

PRÓLOGO

En poco más de cincuenta años, entre 1492 y 1545, España descubrió, exploró, conquistó y en buena parte pobló un territorio veinte veces mayor que la Península Ibérica. En poco más de medio siglo, España abrió al conocimiento occidental un continente nuevo y dos océanos, hasta las islas del Pacífico. En poco más de cincuenta años, un país de en torno a 7 millones de habitantes, que además mantenía una guerra en Europa y otra en las costas africanas, había derrotado a dos poderosos imperios autóctonos en América. En poco más de cincuenta años, España creó el más longevo de los imperios ultramarinos y lo mantuvo durante casi tres siglos frente al permanente acoso de Francia e Inglaterra.

Si esto lo hubieran hecho otros, nos parecería una hazaña extraordinaria. Como lo hemos hecho nosotros, españoles, todos los días echamos basura encima. Pero no: fue, objetivamente, una hazaña extraordinaria. Y la hicieron españoles.

La conquista española de América es una de las mayores gestas jamás escritas por pueblo alguno. Lo es por el desafío físico, material, de dominar un territorio tan inmenso. Pero lo es, sobre todo, por los rasgos civilizadores que la conquista trajo consigo. Nunca antes una potencia vencedora había prohibido esclavizar a los vencidos; España lo prohibió. Nunca antes una potencia vencedora había sometido a examen moral la legitimidad de sus conquistas; España la sometió. Nunca antes una potencia vencedora había trasladado sus conocimientos a las lenguas autóctonas de los vencidos; España los trasladó. Todas esas cosas no se hicieron por prurito humanista, sino por razones religiosas: la conquista de América quiso ser, ante todo, una obra de expansión de la fe cristiana, tal y como estas cosas se entendían en los siglos xv y xvi. Fue propiamente una cruzada. La última cruzada. La cruzada del océano.

Este libro cuenta exactamente eso: el descubrimiento, exploración, conquista y población de América, desde el primer viaje de Colón en 1492 hasta la culminación de las grandes conquistas y exploraciones. El relato de *La cruzada del océano* comienza con la llegada de Colón al monasterio de La Rábida y concluye con las campañas de exploración y conquista en el Pacífico, ya entrada la década de 1560. Metódicamente se repasan las empresas de Indias desde la llegada a las Antillas hasta las grandes exploraciones por Norteamérica y el Amazonas, pasando por las conquistas de Panamá, México, el Perú, Nueva Granada, Chile y el Plata. Un capítulo final reconstruye los aspectos fundamentales del mundo virreinal —la estructura política, la evangelización, la economía, etc.— y, a modo de epílogo, proponemos un salto en el tiempo para contar la última gran campaña española en América, que fue la vacunación masiva contra la viruela en 1803. *La cruzada del océano* tiene que verse como un manual divulgativo que en un solo volumen, de forma sintética pero lo más completa posible, narra y describe qué fue la conquista de América y cómo se hizo. El libro viene a prolongar, en cierto modo, los tres volúmenes publicados en La Esfera de los Libros sobre la Reconquista: *La gran aventura del Reino de Asturias, Moros y cristianos* y *¡Santiago y cierra, España!*, porque la aventura americana es prolongación natural de la Reconquista, hija de un mismo

espíritu.

¿Qué aporta este libro? Ante todo, la voluntad de reconocer la conquista en su justa dimensión, que ciertamente es enorme. Además, la determinación de escapar tanto de las leyendas rosas como de las leyendas negras, porque tanto unas como otras no son sino distorsiones de la realidad. La conquista de América, la cruzada del océano, fue propiamente una conquista, es decir, una operación de dominio, de poder, y en su crónica surgen inevitablemente los mismos episodios de violencia, depredación y guerra que en cualquier otra conquista de cuantas la Historia conoce. Pero, al mismo tiempo, fue una empresa guiada por un innegable espíritu de misión en el sentido religioso del término: se trataba de convertir a la Cruz a pueblos que vivían al margen de ella, y por eso en la aventura aparecen elementos tan insólitos como la prohibición de la esclavitud, la protección legal de los indígenas, el mestizaje o la multiplicación de catedrales, universidades y hospitales a lo largo de todo el territorio conquistado. El resultado de todo eso fue un mundo nuevo: un mundo que ya no era el de las culturas amerindias, pero que tampoco era propiamente una España ultramarina, porque la América Hispana muy pronto tuvo su singular personalidad. El antecedente más parecido que se le puede encontrar a este magno proceso es la construcción del imperio romano: del mismo modo que Roma creó en Europa un mundo sobre la base de su lengua, sus legiones y su derecho, así España creó en América un mundo sobre la base de su religión, su idioma y su ley.

La religión, en efecto, es crucial, y nada se entiende sin ella. Por supuesto que los aspectos económicos y políticos fueron determinantes en la iniciativa del salto al otro lado del mar —y ello desde su origen—, pero una visión objetiva del asunto obliga a revisar muchos tópicos sobre la naturaleza económica de la conquista. La empresa americana difícilmente se habría prolongado en el tiempo sin la convicción de estar actuando en consonancia con un proyecto de origen divino, bajo un expreso mandato evangelizador. En un mero cálculo de coste-beneficio, la empresa de Indias habría quedado suspendida muy pronto, en cuanto se vio que aquello no era Asia, ni había allí ricas ciudades ni prósperos mercados, ni se hallaba el paso a Cipango y a Catay. Durante los primeros veinte años hay más sinsabores que gloria y, por otro lado, las cifras de bajas son aterradoras: un 30, un 40, hasta un 50 por ciento de muertos en cada expedición a los pocos meses de pisar tierra. ¿Beneficios? Durante muchos años, muy pocos. Las grandes entradas de oro y plata tendrán que esperar hasta la década de 1540. ¿Y mientras tanto? Mientras tanto, nuestra gente actuaba movida por la certidumbre de ser el brazo de Dios para convertir a aquellos infieles, un sentimiento inseparable del afán de gloria y fama que elevaba el nombre del conquistador hasta el Olimpo de los grandes héroes. Por eso España no se marchó de allí.

Enfrente estaban los indios, por supuesto. Pero también sobre este particular hay que hacer infinitas matizaciones y revisar numerosos tópicos. Los excesos románticos de la literatura indigenista nos han vendido la imagen del pérfido depredador español que llega a las Indias para explotar al buen indio que dormitaba tranquilamente en la puerta de su bohío. Es una imagen ridícula. Primero y ante todo: los indios son tan protagonistas de la conquista como los propios españoles. Colón jamás habría podido instalarse en La Española sin la aquiescencia de una buena parte de los taínos. Cortés jamás habría conquistado México sin los tlaxcaltecas y otros pueblos aliados, como Pizarro jamás habría conquistado el Perú sin los tallanes, los huancas y los chachapoyas, entre otros

muchos. Segundo y no menos fundamental: taínos, tlaxcaltecas, tallanes y demás pueblos aliados de los conquistadores se unieron a los españoles porque estaban siendo salvajemente explotados por los caribes, los aztecas y los incas, respectivamente. Esa era la realidad.

La estampa del indio que dormitaba feliz a la puerta de su bohío es estrictamente falsa. Las comunidades amerindias, prácticamente sin excepción, eran sociedades muy conflictivas, muy violentas, donde unos pueblos aniquilaban a otros sin la menor contemplación, donde la esclavitud era una institución absolutamente convencional, donde las mujeres —en términos generales— eran usadas como objeto de cambio y donde los sacrificios humanos formaban parte de la vida cotidiana. Todo esto no fue un invento de los cronistas para legitimar la hegemonía española; todos los hallazgos arqueológicos lo confirman. Por eso los pueblos más débiles, los que sufrían la violencia de los más fuertes, se unieron a los españoles de muy buen grado: aquellos sujetos barbudos envueltos en hierro eran su única salvación. La conquista no se sustancia, pues, en un simple esquema «europeos contra indios». La realidad fue muchísimo más compleja. Y así como hubo poblaciones indígenas enteramente aniquiladas, hubo otras —de hecho, la mayoría— que abrieron la puerta a la conquista y contribuyeron a la radical transformación del continente. Las cosas fueron así.

¿Y no hubo una gran mortandad de indígenas? Sí. ¿Y no se exterminó a los indios hasta el punto de que se puede hablar de un genocidio? No, y este es otro tópico que es imperativo revisar. A este respecto los estudios de los últimos treinta años son prácticamente unánimes: hubo ciertamente altas cifras de mortandad entre las poblaciones amerindias, pero las cifras se reparten por igual entre los aliados de los españoles y sus enemigos, y aún más, las cifras de mortandad entre los propios españoles son, proporcionalmente, más elevadas aún que entre los nativos. Es decir que la mortandad es cierta, pero no el genocidio. ¿Cuál fue la causa? Todo apunta a que la causa principal de la mortandad entre nativos y entre españoles fueron los virus: los indígenas cayeron a mansalva bajo el efecto de enfermedades que los españoles llevaron consigo y que en aquel mundo eran desconocidas —peste porcina, viruela, sarampión, etc.—, mientras que los españoles quedaban aniquilados por enfermedades tropicales —malaria, dengue, leishmaniosis, tripanosomiasis, etc.— que no sabían cómo tratar.

Cuando Pizarro llega al Perú, la población del imperio inca llevaba varios años soportando los efectos de una dura epidemia de viruela mucho antes de que ningún español hubiera asomado por allí el morrión. Cuando Hernando de Soto se encuentra con la misteriosa Dama de Cofitachequi, en la actual Carolina del Sur, lo que halla a su alrededor es un poblado convertido en necrópolis por el efecto de las enfermedades. La llegada a las Indias de los primeros niños europeos, con su carga de varicelas, sarampiones, paperas y demás, fue más letal que cualquier ejército. Mientras tanto, las expediciones de Bobadilla, Ovando y Pedrarias, por ejemplo, contabilizaban hasta un 50 por ciento de bajas mortales apenas dos meses después de haber desembarcado, los de Pizarro caían fulminados por infecciones, etc. Los avances de la medicina en el último medio siglo han permitido explicar numerosos episodios de este género. Es asombroso que todavía hoy tantos historiadores sigan renuentes a introducir el factor médico en sus narraciones de la conquista. En este volumen el lector hallará frecuentes referencias a estos aspectos médicos, imprescindibles para hacerse una idea correcta de la situación.

Hay en *La cruzada del océano* otros elementos que no es habitual encontrar en las narraciones genéricas sobre la conquista. Por ejemplo, el papel de las mujeres, tanto españolas como indias. Por ejemplo, la dimensión científica de aquella aventura, porque el hallazgo de un mundo nuevo modificó radicalmente el acervo del conocimiento occidental. Por ejemplo, el aspecto económico, porque la Carrera de Indias —y su extensión al Pacífico con la conquista de Filipinas— construyó la primera red comercial global de la Historia. Hay, en fin, otras muchas cosas que decir, pero tal vez el mejor modo de hacerlo sea, sencillamente, contar lo que pasó. Baste consignar que a principios del siglo xix, pocos años antes de que aquel Nuevo Mundo obtuviera su independencia, un alemán como Humboldt se admiraba de que en México no hubiera esclavitud, de que allí los campesinos fueran menos pobres que en Alemania y de que las instituciones científicas de la Nueva España volaran a un nivel superior al de buena parte de Europa. Baste, igualmente, señalar que la mayor parte de las comunidades indígenas, llegadas las guerras de la independencia, prefirieron defender las banderas de la corona española antes que las de la oligarquía criolla. Son dos datos que permiten hacerse una idea fehaciente de la extraordinaria magnitud de aquella aventura. Una vez más, la comparación con lo que históricamente supuso el imperio romano no es improcedente.

«No todo fue horror —escribe Octavio Paz en sus *Vislumbres de la India* —: sobre las ruinas del mundo precolombino los españoles y los portugueses levantaron una construcción histórica grandiosa que, en sus grandes trazos, todavía está en pie. Unieron a muchos pueblos que hablaban lenguas diferentes, adoraban dioses distintos, guerreaban entre ellos o se desconocían. Los unieron a través de leyes e instituciones jurídicas y políticas pero, sobre todo, por la lengua, la cultura y la religión. Si las pérdidas fueron enormes, las ganancias han sido inmensas».

Este libro describe cómo empezó todo: los primeros movimientos de un balance donde, en efecto, las ganancias fueron inmensas. Para todos.

1. EL DESCUBRIMIENTO

El fraile estrellero del puerto de Palos

Palos de la Frontera, en la tierra llana de Huelva, enero de 1485. La joven villa marinera es un hervidero de navegantes, armadores y mercaderes. No es, sin embargo, el mejor momento para los palermos. Durante los años anteriores, los marinos de la comarca del Tinto y el Odiel, fieles súbditos de Castilla, habían prosperado gracias a la guerra con Portugal: irrumpiendo en las vías comerciales hacia Guinea, sabotando el tráfico de esclavos, ganando mercados antes reservados a los lusos, todo ello en un tiempo en el que la frontera entre el comercio y la actividad corsaria era aún muy borrosa. «Solo los de Palos —proclama la *Crónica de Enrique IV*— conocen de antiguo el mar de Guinea, acostumbrados desde el principio de la guerra a combatir con los portugueses y a quitarles los esclavos adquiridos a cambio de viles mercancías». En torno a esa actividad habían crecido auténticos clanes marinos, como los Pinzón y los Niño. Así Palos dejó de ser un simple poblacho de pescadores para convertirse en algo mucho más importante. Pero después del Tratado de Alcazobas, que puso fin a la guerra entre España y Portugal, los mares del occidente africano han quedado vetados para los barcos de Castilla. Y ahora los navegantes de Palos buscan nuevos horizontes.

Unos meses antes de la fecha de nuestro relato ha aparecido en Palos un singular personaje: el monje franciscano fray Antonio de Marchena. Fray Antonio llega a la villa con un cometido muy concreto: hacerse cargo temporalmente de la dirección del monasterio de La Rábida. Allí encuentra a otros hermanos de gran predicamento entre las gentes de la zona, como el humildísimo fray Juan Pérez. Y allí conoce también a los principales personajes de la comarca del Tinto y el Odiel, volcados todos ellos hacia la mar. Fray Antonio es un monje devoto, pero sus devociones no se limitan a lo religioso: este hombre sabe de cosmografía, sabe un poco de náutica, sabe un mucho de astronomía; *el estrellero*, le llaman. Y sus conversaciones en La Rábida, además del apostolado, versan también sobre los cielos y los mares, las corrientes de las aguas y los vientos y las medidas de la Tierra. En Palos encuentra excelentes interlocutores.

Fray Antonio de Marchena, como cualquier hombre culto de su tiempo, sabe que la Tierra es redonda. Eso se sabía desde que Aristóteles lo observó: cuando uno marcha por el llano, ve cómo al fondo surgen poco a poco las montañas. Si la tierra fuera plana, las montañas no surgirían poco a poco, sino que su perfil sería el mismo todo el tiempo. Evidente, ¿no? Por otro lado, el Sol y la Luna son esferas, y esféricos son los demás cuerpos celestes. Eratóstenes midió después la circunferencia de la Tierra. Ya lo dijo el venerable San Beda, allá por el siglo viii: «Pues de verdad es un orbe situado en el centro del universo; su ancho es el de un círculo, y no circular como un escudo sino más bien como una pelota, y se extiende desde su centro con redondez perfecta hacia todos lados». Fray Antonio jamás intentará explicar esto a los rudos marineros de Palos. Bastante le había costado a él mismo entenderlo. Pero el hecho es que la Tierra es una esfera.

Y bien: si la Tierra es una esfera, ¿qué hay al otro lado, hacia el oeste, más allá del océano?

Nadie lo sabe. Los portugueses habían descubierto medio siglo atrás las Azores. Aún antes los castellanos habían tomado pie en las Islas Canarias. Más allá, sin embargo, no hay nada. Solo mar tenebroso. Los mejor informados no conocerían otra cosa que el mapa del veneciano Zuane Pizzigano, el primero —y era 1424— que dibujó un plano del Atlántico donde aparecían ya las Azores, Madeira e incluso algunas misteriosas islas a poniente. ¿Cómo no entender el pavor de los hombres de la mar a adentrarse en tales aguas? Según las medidas de Eratóstenes, Cipango, el Japón, está lejísimos. Imposible llegar hasta allí en barco, ni siquiera en esas modernas carabelas portuguesas. Además, incluso si pudiéramos ir, ¿cómo podríamos volver? Lo más probable es que al barco se lo tragaran las aguas o cualquiera de esas horribles bestias que pueblan los océanos. Y ya no las ballenas, que los españoles llevan quinientos años cazando en el norte, sino esos terribles cefalópodos que los marinos bien conocen. Pocos meses atrás un pesquero había traído a Palos un tentáculo de 13 metros. Había aparecido, varado, en una playa de Gijón. Era comprensible el miedo de los marineros. Y tales debían de ser las cosas que ocupaban el ánimo de fray Antonio y de todos los demás.

Hasta aquel momento, el horizonte de los hombres de la mar estaba bien definido: el Mediterráneo por un lado, el Atlántico norte por el otro. Las rutas del Atlántico habían llevado a los barcos castellanos hasta los mares de Flandes e Inglaterra y aún más allá. Densas rutas comerciales transportaban la lana de Castilla hasta el centro de Europa. En cuanto a las rutas mediterráneas, desde muchos siglos atrás habían sido un auténtico granero náutico para Aragón: las naves catalanas y valencianas surcaban aquellas aguas de punta a punta abriendo la puerta de la ruta de las especias. Los consulados aragoneses en el Próximo Oriente adquirían allí las materias preciosas que llegaban desde Persia, la India o China: sedas, pimienta, clavo, azafrán... Fascinantes tesoros en un tiempo en el que un saco de pimienta valía el salario de un artesano durante todo un año. Fue un gran negocio. Pero eso se acabó el día que los turcos tomaron Constantinopla: la vieja capital bizantina, último vestigio del imperio romano, caía en poder musulmán y los turcos se apresuraban a taponar las rutas del Mediterráneo. El mundo se cerró.

¿Hacia dónde acudir ahora, con el Mediterráneo cerrado? Los portugueses habían encontrado nuevos caminos. Los formidables avances tecnológicos patrocinados por Enrique el Navegante desde la Escuela de Sagres estaban revolucionando el arte náutico. Había aparecido un nuevo tipo de barco, la carabela, muy maniobrable y muy velera, que podía aprovechar los vientos prácticamente bajo cualesquiera condiciones y permitía afrontar largas rutas y prescindir de los brazos de los remeros. Gracias a esas carabelas habían podido los portugueses acometer sus grandes aventuras africanas: Diogo Cao acababa de llegar al Zaire y ya se planeaba llegar hasta el extremo sur del continente, el cabo de Buena Esperanza. Pero había algo aún más importante que estas hazañas: en el curso de sus singladuras, los portugueses habían empezado a fijar el régimen de los vientos en el Atlántico norte y ya podían establecer la latitud por observación astronómica. En otros términos: los navegantes estaban abriendo caminos seguros a través del océano. Cuando una puerta, la del Mediterráneo, se cerraba, se abría otra: la del Atlántico.

Por desgracia para los barcos castellanos, esa puerta les estaba vetada. Ya hemos mencionado el Tratado de Alcazobas. Durante la áspera guerra de sucesión al trono de Castilla, Portugal había

entrado en liza defendiendo la candidatura de Juana la Beltraneja frente a la de Isabel. En la estela de esa guerra apareció un duro objeto de litigio: el comercio en el litoral atlántico africano, porque Castilla controlaba las Canarias y los portugueses comerciaban con Guinea. Así, aquella guerra tuvo una importante vertiente naval. Y por lo mismo, cuando llegó la paz se hizo preciso delimitar las zonas de influencia. En Alcazobas se decidió que Castilla mantendría el control de las Canarias, pero el resto del Atlántico, desde las Azores hasta Cabo Verde y Guinea, sería para Portugal. Más aún: Castilla y Aragón cedían a Portugal el derecho a conquistar el reino moro de Fez, en Marruecos, lo cual significaba que el área de influencia española quedaba reducida al este del Magreb. Para la marinería castellana y aragonesa, eso era tanto como quedarse sin mercados al oeste de Ceuta, salvo el tráfico a las Canarias. Otra puerta se cerraba. ¿Adónde ir?

Los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, lo tenían claro: cruzarían el estrecho de Gibraltar e irían hacia el sur, a las tierras de lo que hoy es Argel, Orán, Tremecén, Mazalquivir, que se convertirían en nuevo horizonte de misión. En aquel mismo momento, enero de 1485, Isabel y Fernando afrontan la conquista del reino de Granada. Ya están a punto de cobrarse la franja occidental del reino nazarí, desgarrado por luchas intestinas. En la mente de Isabel y Fernando el siguiente paso solo puede ser uno: saltar el mar para llegar al otro lado del mundo conocido. Así, la vieja Mauritania romana, el solar de San Agustín, volverá a ser tierra de la Cruz. No será una tarea fácil: las ciudades costeras del Magreb, desde Marruecos hasta Túnez, son un auténtico nido de piratas. Los barcos berberiscos castigan desde antiguo el litoral mediterráneo, lo mismo en España que en Italia. Pero precisamente eso significa que habrá trabajo y gloria para los hombres de la mar.

Con todo, el salto al otro lado del Estrecho no era todavía más que un lejano proyecto. La situación real, aquí y ahora, enero de 1485, es que los barcos de Castilla apenas si tienen ya oportunidades en el Atlántico. Y a quienes se les consentía surcar esas rutas, se les obligaba a pagar al rey de Portugal una quinta parte de sus ganancias. Muchos burlarán la ley y tratarán de seguir explotando el filón africano, pero ese tráfico ilegal se verá duramente castigado. La propia familia Pinzón tendrá que afrontar sanciones por ese concepto. Malos tiempos, en fin.

Pero es en ese momento, en aquel principio del año 1485, cuando fray Antonio de Marchena recibe en el monasterio de La Rábida a un curioso personaje: un experto navegante recién llegado de Portugal. Y la historia del mundo iba a cambiar.

Y en eso apareció Cristóbal Colón

Cuenta la crónica del monasterio de La Rábida que un día llegó al convento un hombre acompañado de un niño. Que el hombre se dirigió a la portería y, menesteroso, suplicó un poco de pan y agua para que el crío pudiera comer y beber. El hombre era Cristóbal Colón y el niño era su hijo Diego. Padre e hijo fueron presentados al custodio del monasterio, el franciscano fray Antonio de Marchena. ¿De dónde había salido Cristóbal Colón? De Portugal. Poco más se sabe de él a ciencia cierta, salvo que traía consigo ideas extravagantes sobre viajes a las Indias. Entre Colón y fray Antonio se estableció una inmediata corriente de interés y simpatía. Ahí contó Colón al fraile su proyecto. Ahí el fraile, que era hombre versado en cosmografía, le creyó. Y ahí empezó la aventura que terminaría con el descubrimiento y conquista de América.

¿Quién era ese Cristóbal Colón que llegó al monasterio de La Rábida? Del origen de Cristóbal Colón no sabemos nada, porque él no quiso que nada se supiera y porque su hijo Hernando, al escribir sobre su padre, mantuvo deliberadamente el misterio. Cristóbal pudo ser genovés, hijo de humildes tejedores, porque hay documentos al respecto, pero muchos dudan de la autenticidad de esos testimonios. Otros sostienen que era judío converso (Madariaga lo dice) y aun otros que era catalán o gallego, pero todo es mera hipótesis. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta su fecha de nacimiento. Generalmente se le da por nacido a mediados del siglo xv, pongamos 1451. Se trata, una vez más, de una conjetura, pero al menos en esta ocasión cabe cimentarla en los sucesos posteriores de su vida. En algún momento, seguramente muy temprano, este misterioso personaje se dedicó a las cosas de la mar. Muchos creen que su ámbito fue el Mediterráneo. Dice su hijo Hernando que Cristóbal estudió en Pavía, en Italia, no lejos de Génova, pero bajo control de los Visconti de Milán. El hecho es que allí aprendió nociones de cosmografía y navegación. Y a la altura de 1470 ya debía de estar surcando los mares. Poco más se puede decir, porque la oscuridad sobre esta etapa de la vida colombina es total.

Lo que sí se da por cierto es que en 1476, navegando probablemente para los portugueses, sufrió un naufragio. Portugal y Castilla se hallaban enzarzados en un largo conflicto con la sucesión a la corona castellana como telón de fondo. Colón viajaba hacia Inglaterra. En aguas del sur de Portugal hubo un combate entre mercantes de caucho y corsarios. El barco de Colón zozobró. Cristóbal pudo escapar y, a nado, ganó las playas del Algarve. Desde allí marchó a Lisboa, donde su hermano Bartolomé trabajaba como cartógrafo. Como ya era piloto experto, no le costó encontrar un buen oficio: agente comercial de la casa Centurione, comerciantes de la isla de Madeira, en el Atlántico. Madeira estaba bajo control portugués desde medio siglo atrás y la isla había prosperado especializándose en la producción de caña de azúcar. En ese empleo de agente comercial hará Colón largos viajes: Génova, Irlanda, Guinea, Inglaterra... Se convirtió en un hombre importante. Pudo contraer matrimonio —hacia 1479— con una dama de alcurnia: Felipa Moniz, hija del conquistador de Madeira. Ella le abrió las puertas de la aristocracia portuguesa. Y también ella, Felipa, le dio su primer hijo: Diego.

Diez años navegará Colón para los patricios comerciales de Madeira, y fue en este largo periodo cuando concibió su proyecto: navegar hacia occidente hasta alcanzar Cipango y las tierras del Gran

Kan. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? Hay quien sostiene que, en alguno de estos viajes, Colón llegó también a Islandia y allí pudo escuchar historias sobre las viejas rutas vikingas hacia el oeste. Dicen otros que en uno de esos viajes rescató a un naufrago andaluz, Alonso Sánchez de Huelva, quien confió a Colón un secreto: había encontrado tierra navegando hacia poniente. Lo del naufrago lo cuenta nada menos que fray Bartolomé de Las Casas, que conoció a Colón, y quien le pone nombre es —también nada menos— el Inca Garcilaso. Habría sido este «prenauta» andaluz —así se le llama— el primero en saber que había tierra al alcance de una carabela. Por eso luego las capitulaciones de Colón con los Reyes Católicos hablarán de «tierras ya descubiertas». Pero todo ello, una vez más, solo son conjeturas. Lo que sí descubrió Colón, y eso parece indudable, fueron las posibilidades que le brindaba el régimen de los vientos alisios del Atlántico. Y entre unas cosas y otras, más las viejas historias de navegantes, más un antiguo mapa de Toscanelli que situaba las primeras islas de Oriente relativamente cerca de Europa, Colón terminó de construir su proyecto: llegar a las Indias por el oeste.

El marino expuso su idea en la corte portuguesa. Al fin y al cabo, esa era su patria de acogida y, por otro lado, era la primera potencia naval del mundo. El rey Juan II, llamado en su tiempo *el Tirano*, hizo llevar el proyecto a la Junta de Matemáticos, la más alta de las asambleas científicas sobre las que Portugal basaba su hegemonía náutica. Debía de correr el año 1484. La Junta lo examinó; la Junta lo desestimó: con los datos conocidos sobre las medidas de la Tierra, el viaje era imposible. Dice Hernando Colón que el astuto rey Juan, a pesar del dictamen, envió secretamente unas carabelas a explorar la ruta sugerida por Cristóbal, pero que los barcos volvieron sin hallar nada interesante. La corte de Portugal, en fin, desechó la idea colombina.

Colón debió de porfiar en su empeño, pero una sucesión de calamidades iba a cambiar de un plumazo el paisaje. Al revés sufrido en la corte se sumó una catástrofe familiar: en enero de 1485 muere Felipa, su esposa. Colón queda solo con el niño, Diego. Solo y, además, mal visto en la corte portuguesa, que teme que Colón marche a otros lugares para vender su idea y, de paso, llevar otros secretos consigo. Parece ser que Cristóbal se sintió amenazado. Por una parte, la muerte de su esposa rompía sus lazos con la alta sociedad del país. Por otra, para el navegante ya no había más horizonte que su viaje a las Indias, asunto que se convirtió en una auténtica obsesión. El hecho es que Colón enseguida decidió abandonar Portugal. Lo hizo literalmente con lo puesto: sus ropas, su hijo y poco más. Cogió un barco y marchó a la ría de Huelva, a tierras de la corona de Castilla. Su esposa tenía en la zona parientes dedicados al comercio. Y sobre todo: después de Portugal, la flota más poderosa de Europa era la castellana.

Fue así como Cristóbal y Diego Colón aparecieron en el monasterio de La Rábida, en una fecha indeterminada de comienzos del año 1485. Pidió agua y pan para el niño. Fray Juan Pérez atendió a los singulares visitantes. Fueron presentados a fray Antonio de Marchena. En aquella primera conversación debió de sustanciarse todo.

¿Qué pudieron hablar Colón y el fraile? ¿Qué pudo contar el navegante al religioso? ¿Qué, para implicar su atención y su voluntad de semejante manera? Dice la tradición que Colón refirió a fray Antonio su certidumbre de que era posible navegar hacia el oeste y encontrar tierra. Bien, sin duda, pero fray Antonio no era un ignorante: sabía perfectamente qué obstáculos encontraba la navegación

hacia occidente y, sobre todo, conocía las medidas de la Tierra. Por eso la Junta portuguesa de Matemáticos había desestimado el proyecto. Hay que insistir en este punto, que es fundamental: con los conocimientos de la época, se sabía que las Indias o el Japón quedaban demasiado lejos como para llegar hasta ellos en barco, porque no era posible determinar qué corrientes llevarían hasta allí, ni avituallar a una expedición con posibilidades de supervivencia en tan larga travesía, y aún menos prever el viaje de vuelta... salvo que hubiera tierra en medio.

Colón debió de contarle a fray Antonio algo más que su intuición de que el viaje era posible. Algo lo suficientemente serio como para pensar que aquello «era hacedero», por emplear la fórmula que el propio navegante usa en sus escritos. Nadie se lanza de cabeza a su propia tumba. Si el navegante convenció al religioso fue porque le ofreció buenas razones. ¿Cuáles? Esto es lo que ignoramos todavía hoy y seguramente nunca sabremos. Colón, al escribir su historia, dice que Dios le iluminó el entendimiento y le hizo ver la posibilidad de la empresa. No hay razones para dudar de la religiosidad de Colón ni, por supuesto, de la de fray Antonio. Pero tratándose en ambos casos de hombres cultos, con conocimientos científicos avanzados, es inevitable pensar que el aliento divino se sustentaba en certezas bien materiales. A partir de aquí, todo es mera conjetura.

No obstante, imaginemos cómo pudo ser el encuentro. Fray Antonio pregunta al navegante por su oficio. Colón exhibe sus conocimientos y experiencia. El fraile —recordemos, buen astrónomo— habla de rutas y mapas y tierras y distancias. Colón descubre a un interlocutor excepcional y expone su proyecto. Fray Antonio queda fascinado. Tal vez Colón refiere su frustración en la corte de Portugal. Quizá lo hace como quien cuenta sus cuitas a un comprensivo confesor. Pero fray Marchena, además de franciscano notable, es hombre de excelentes relaciones con la aristocracia andaluza y con la propia corte de Castilla. El fraile, osado, concibe a su vez el proyecto de que la idea de Colón sea escuchada en Castilla. ¿Por qué no? Cualquier cosa antes de que caiga en manos de otro, de Francia o de Inglaterra, por ejemplo. Fray Antonio es un misionero: llevar la palabra de Dios al confín del Oriente bien vale el riesgo de la aventura. De este modo la suerte de Colón vuelve a experimentar un espectacular giro.

En aquellos mismos meses de 1485 fray Antonio de Marchena escribió cartas de recomendación a los poderosos duques de Medinaceli y de Medina Sidonia, en cuyas tierras crecían los principales puertos de Andalucía. Escribió también a fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel. Puso a Colón en contacto con la abadesa del vecino convento de Santa Clara, Inés Enríquez, tía del rey Fernando. Con todo eso en su mano, el navegante marchó a Córdoba, donde se hallaba entonces la corte por exigencias de la guerra con el reino moro de Granada. Así arrancaba un camino que enseguida iba a llevar a Colón ante los reyes Isabel y Fernando. Empezaba a gestarse la mayor aventura de la Historia Universal.

La palabra de una reina

Fue un fraile, fray Antonio de Marchena, quien acogió a Colón en Palos, y fue otro, fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, quien arregló las cosas para que el navegante pudiera llegar a la corte. Es curioso, pero el hecho es que las gentes de iglesia concedieron a Colón el crédito que las gentes de ciencia le negaban.

Este fray Hernando de Talavera era uno de los mayores talentos humanísticos de su tiempo. Hijo de familia conversa (judía), originario de Toledo, había nacido hacia 1428 y estudió teología en la Universidad de Salamanca. En esa casa, la más notable de España, enseñó filosofía moral antes de ingresar en la orden jerónima. En 1470, con poco más de cuarenta años, se le nombró prior del monasterio de Prado, en Valladolid. En el cenobio estaría dieciséis años, pero la vida monacal no le apartó del mundo: desde 1474 ejerció de confesor de Isabel de Castilla, que aún no era formalmente reina, y al lado de esta mujer se mantuvo durante los años siguientes.

La confianza de Isabel (y Fernando) en fray Hernando de Talavera será absoluta: fue él quien se ocupó de verificar los votos de Juana la Beltraneja para neutralizar cualquier futura aspiración a la corona castellana, fue él quien asumió el trabajo de reducir las rentas de la nobleza y fue también él quien recibió el encargo de reunir fondos para la guerra de Granada. Cuando le llegó la carta de fray Antonio de Marchena sobre los proyectos de Cristóbal Colón, fray Hernando acababa de dejar la diócesis de Salamanca para hacerse cargo de la de Ávila; puestos de responsabilidad eclesiástica que en realidad eran complementos de su función más importante: consejero áulico de los reyes Isabel y Fernando. Y fue el de Talavera en persona quien abrió a Cristóbal las puertas de la corte.

La corte española a la que llega Colón está absorbida por problemas que tienen muy poco que ver con aventuras ultramarinas: los reyes Isabel y Fernando, que acababan de cerrar su guerra con Portugal, tratan ahora de acogotar al reino musulmán de Granada, última supervivencia del islam en la península desde la ya lejanísima invasión del año 711. La corona española se ha lanzado a construir una auténtica potencia sobre la base de los viejos reinos cristianos. Está naciendo un Estado con perfiles ya muy diferentes a los de la política medieval. En ese designio, la Granada mora no podía tener otro destino que desaparecer.

Vale la pena hablar un poco de este reino de Granada, último vestigio de la España andalusí. Con una política tortuosa, tan pronto de sumisión como de desafío hacia las potencias cristianas, los nazaríes de Granada habían logrado construir un reino nada desdeñable. La enorme debacle musulmana de 1212 en las Navas de Tolosa —en cierto modo, el verdadero final de la Reconquista— había hundido a los almohades, el poderoso imperio norteafricano que dominaba Al-Andalus, pero para los nazaríes de Granada fue precisamente la oportunidad de crear su propio mundo: un mundo próspero sobre la base de sus fértiles vegas, bien protegido por una orografía muy apta para la defensa y con excelentes relaciones comerciales con el otro lado del mar. Castilla y Aragón, enredados en horizontes europeos y problemas internos, tampoco tuvieron demasiado interés en cambiar sustancialmente las cosas. De hecho, los conflictos fronterizos entre moros y cristianos, que los habrá y serán casi permanentes, sin embargo nunca pasarán de algaradas muy limitadas en espacio y tiempo. Ahora bien, el emporio granadino terminó siendo víctima de su propia riqueza.

Granada se hundía sobre sí misma. Fernando e Isabel lo sabían.

La situación del reino moro de Granada a la altura de 1480 puede resumirse así: agonía y descomposición. Desde medio siglo atrás, el reino nazarí se veía desgarrado por luchas internas entre poderosos clanes que se disputaban la riqueza del país. El rey Muley Hacén —el último gran rey nazarí— había sido depuesto en 1482 por su propio hijo, Boabdil. Muley Hacén (Mulay Hassán) entró en guerra con su hijo y buscó el apoyo de su hermano az-Zaghall, llamado en las crónicas cristianas *El Zagal*. Para asentar su poder, ambos contendientes solo tenían un aliado posible: Castilla. A partir de este momento, la corona española —y parece que aquí el cerebro de la operación fue Fernando de Aragón— jugará sus cartas para determinar la política granadina... en provecho propio. ¿Cómo? Apoyando alternativamente a uno u otro de los rivales. A la altura de 1485, Muley Hacén muere y nombra heredero a su hermano, El Zagal. Boabdil reacciona lanzando una campaña suicida contra los cristianos, intenta tomar Lucena y cae preso de los Reyes Católicos. Isabel y Fernando ven el cielo abierto: liberan a Boabdil previo pago de un fuerte rescate y, sobre todo, le exigen juramento de vasallaje, lo cual convierte a Boabdil en aliado de Castilla frente a El Zagal. La guerra civil en Granada se recrudece. Esa es la atmósfera cuando Fernando e Isabel reciben a Cristóbal Colón.

Imaginemos al Cristóbal Colón que llega ante los reyes en semejante tesitura. Un navegante de acento extranjero, de unos treinta y cinco años y cabellos claros, que habla con convicción y entusiasmo y que muestra horizontes inesperados. Colón era un excelente vendedor. Con frecuencia parecía incluso un iluminado. En su discurso mezclaba hábilmente los conocimientos náuticos, los datos cartográficos, los propósitos evangelizadores y las promesas comerciales. A los duros Medinaceli y Medina Sidonia, ásperos terratenientes guerreros, todo aquel despliegue retórico les había parecido la cháchara de un charlatán: «Entrambos duques tuvieron aquel negocio y navegación por sueño y cosa de italiano burlador», dice Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*. Pero los oídos de la reina Isabel se regían por otros códigos.

Isabel era una mujer al mismo tiempo idealista y práctica. Su sueño era convertir España —Castilla y Aragón— en una «república cristiana» que actuara como foco de evangelización en Occidente. No es difícil entrar en la mente de Isabel de Castilla en este trance. Lo que Colón ofrecía era un horizonte inesperado: nuevas tierras por evangelizar y, a la vez, nuevos nichos para asegurar la riqueza del reino. Aunque las posibilidades de éxito fueran ciertamente escasas —viajar a un lugar desconocido por una ruta desconocida—, ¿por qué no intentarlo? La decisión de la reina Isabel fue dar vía libre al proyecto. Pero, eso sí, el primer paso necesariamente tendría que ser un riguroso examen científico. ¿Dónde? En la Universidad de Salamanca, naturalmente. Y allí, como antes en la Junta de Matemáticos de Portugal, Colón se enfrentó con la cruda realidad: sus cálculos sobre la distancia a las Indias estaban equivocados.

Aquí hay una cuestión técnica que es preciso explicar, porque los sabios de Salamanca tenían razón. En las universidades españolas y portuguesas del Renacimiento no solo se enseñaba que la Tierra es redonda, sino que además se daba por sentada la medida del griego Eratóstenes, es decir, 252.000 estadios según el patrón egipcio, lo que equivale a una medida prácticamente igual a la que hoy conocemos: 40.000 kilómetros por el ecuador. Colón, por el contrario, trabajaba con medidas

erróneas: en el árabe Alfragano había leído que el Ecuador medía unas 20.400 millas marinas; el viaje, por tanto, era factible. Ahora bien, las millas de las que hablaba Alfragano eran millas árabes, unidad de medida bastante más larga que la milla italiana convencional, la que se utilizaba en Europa. Colón le estaba quitando a la circunferencia terrestre 10.000 kilómetros, nada menos. Pero esto Colón o no lo vio, o no lo quiso ver.

El dictamen de Salamanca fue el único que podía ser: Colón estaba equivocado. Sin embargo, y esto no deja de ser asombroso, la reina Isabel no abandonó del todo el proyecto. Asignó a Colón una pequeña subvención y le hizo saber que cuando concluyera la campaña de Granada volvería a ocuparse del asunto. ¿Por qué? ¿Por qué creer en un hombre cuyos cálculos habían sido refutados dos veces por la ciencia? Aquí se abren innumerables hipótesis, algunas ciertamente descabelladas. Limitémonos a consignar la más consistente, a saber: que el marino había confiado a fray Antonio y a fray Hernando, en secreto de confesión, las razones materiales de su certidumbre de hallar tierra a distancia de carabela. Y si aquella tierra no era Japón, tendría que ser otra cosa; quizás una cadena de islas que conduciría a las Indias. Pero tierra había.

La reina, en efecto, no apartará de su mente el proyecto colombino, pero hasta la conclusión de la campaña granadina iban a pasar muchos años, y Colón, mientras tanto, tendría que atravesar un periodo realmente difícil. El propio navegante lo rememora en sus escritos con palabras amargas: «Vine a servir a estos príncipes de tan lejos, dejando mujer e hijos a los que nunca más vi. Siete años estuve en su real corte, y a cuantos hablaba de esta empresa, todos decían que si era una burla». La única luz de Colón en esta sombría etapa tiene nombre de mujer: Beatriz Enríquez Arana, una joven cordobesa —veinte años— que, huérfana, vivía acogida en casa de unos parientes. Colón conoció a esa familia y muy pronto —era 1487— trabó relaciones con la mujer. Solo un año después nació su hijo Hernando. Nunca se casarán, pero Beatriz iba a ser la compañera de Cristóbal para el resto de su vida.

En lo demás, la circunstancia del navegante era la de quien espera y se desespera. Sabemos que hizo algún intento por volver a Portugal, pero lo desechó rápidamente. Sabemos que Bartolomé, el hermano de Cristóbal, exploró las posibilidades de vender la idea a Francia e Inglaterra, sin resultado. Sabemos también que el marino estuvo alojado un par de años en el palacio del duque de Medinaceli. Sabemos, en fin, que durante este tiempo se ganó la vida vendiendo mapas y libros. Y la respuesta de la reina no llegaba.

Pero un día de finales de 1491, con la conquista de Granada al alcance de la mano, Colón fue convocado en el campamento de los reyes en Santa Fe. La reina había dicho que se ocuparía del proyecto colombino cuando terminara la guerra de Granada. E Isabel de Castilla siempre cumplía su palabra. Después de casi siete años de espera, el cielo se abría para nuestro hombre.

El navegante, el obispo y el prestamista

En aquel momento, diciembre de 1491, la guerra de Granada ya está vista para sentencia. En una tenaz campaña las armas de Castilla y Aragón han ido encerrando poco a poco a los nazaríes en su capital. Ha sido una guerra áspera y compleja, jalonada por largos episodios de asedio sobre plazas bien defendidas y de difícil acceso, pero las principales fortalezas del reino moro —Baza, Guadix, Almuñécar, Salobreña, etc.— han caído una tras otra. Los reyes españoles han explotado hábilmente las querellas internas del enemigo. El Zagal, el tío del rey Boabdil, que era uno de los poderes en litigio, termina rindiéndose a finales de 1489; exiliado en África, su sobrino pedirá al rey de Fez que lo encarcele y le saque los ojos. En el reino nazarí ya solo queda el propio Boabdil, ligado a Isabel y Fernando por sucesivos pactos de vasallaje.

El último tramo de la guerra no será tanto una sucesión de batallas como una larga serie de negociaciones hasta verificar la entrega de Granada, asfixiada por un implacable asedio. Gonzalo Fernández de Córdoba, el futuro Gran Capitán, llevará la voz cantante. El 25 de noviembre de 1491 se firmaban las capitulaciones. El 2 de enero de 1492 Granada ya era cristiana. En toda Europa se iba a festejar el acontecimiento como lo que realmente era: el triunfo final en una larga cruzada. El prestigio de la monarquía española se multiplicaba.

Cuando Colón llegó al campamento, todo estaba ya a punto de consumarse: Granada caía sin remedio. En la corte de los reyes Isabel y Fernando imperaba la euforia. El propio Colón no debía de sentirse menos eufórico. El navegante expuso su plan y sus condiciones. La reina Isabel aceptó y, rutinariamente, lo trasladó al consejo. Había llegado el gran momento. Pero he aquí que, contra toda previsión, el consejo volvió a decir no. Colón debió de sentir que la tierra se abría bajo sus pies.

¿Por qué el consejo dio la negativa al plan de Colón? Esta vez no fue por razones científicas, como ocurrió en la Universidad de Salamanca, sino por motivos estrictamente económicos: las condiciones de Colón para emprender la aventura eran tan leoninas que los consejeros de Castilla las consideraron inasumibles, tanto por el dinero que había que invertir como por los beneficios que el navegante exigía en recompensa. Las arcas del reino estaban exhaustas después de la guerra de Granada. ¿A cuento de qué gastarse ahora una fortuna en un lance de incierto resultado? No habría oro para el enigmático marino venido de Portugal.

Las negociaciones debieron de ser dignas de verse. Por parte de los reyes actuaba el zaragozano Juan de Coloma, señor de Elda, Alfajarín, Malón y Maloncillo, secretario de Fernando de Aragón, notario mayor de Isabel de Castilla, que había permanecido junto a los monarcas durante toda la campaña de Granada. En nombre y representación de Colón intervenía fray Juan Pérez, el humilde franciscano de Palos. Coloma era un negociador duro y correoso; Pérez, todo flexibilidad y fluidez. Cuando el uno apretaba, el otro se escurría; cuando Pérez envolvía, Coloma se ataba al suelo. Jamás habría habido solución para el problema de no ser porque en el trance intervinieron dos personajes decisivos: Luis de Santángel, prestamista del rey de Aragón, y el obispo Diego de Deza, hombre de confianza de la reina Isabel.

Santángel procedía de una familia de judíos conversos asentada en Valencia que se había enriquecido con el cobro de tasas a los genoveses residentes en el reino. El propio Luis recibió el

encargo de recaudar los intereses de la corona en Valencia. Tan bien lo hizo que se le encomendó la dirección de la ceca valenciana, es decir, la acuñación de moneda en ese reino. Desde 1481 desempeñaba el decisivo cargo de «escribano de ración» del rey Fernando, dignidad que en la práctica consistía en ejercer como prestamista oficial de la corona: cada vez que Fernando necesitaba dinero, Santángel se lo conseguía. El escribano había conocido a Colón en 1486. Parece que su intervención fue decisiva para que el navegante no marchara con su proyecto a otros países.

Diego de Deza, por su parte, era un clérigo zamorano de cincuenta años, catedrático de teología en Salamanca, al que desde algún tiempo atrás se había encomendado la tutoría del príncipe Juan, heredero de la corona. Deza había abandonado su cátedra salmantina para entrar en la corte y aquí enseguida se había hecho imprescindible. El clérigo, ya obispo de Zamora, fue un eslabón decisivo en esa cadena de religiosos que apoyó a Colón en sus proyectos: fray Antonio de Marchena, fray Juan Pérez, fray Hernando de Talavera... Deza fue quien acompañó a Colón a librar su primera batalla en la Universidad de Salamanca, y seguirá respaldando al navegante aun cuando todo se le vuelva en contra. También ahora, cuando los consejeros de la reina Isabel insistían en desechar el proyecto.

Gracias a Deza y Santángel, Colón pudo ver satisfechas casi todas sus exigencias. Luis de Santángel en persona se ofreció a poner el dinero necesario: 1.140.000 maravedíes. Así lo dice la *Crónica*: «Y porque los reyes no tenían dineros para despachar a Colón, les prestó Luis Santángel, su escribano de ración, seis cuentos de maravedíes, que son en cuenta más gruesa diez y seis mil ducados». Dieciséis mil ducados o diecisiete mil florines, moneda prácticamente equivalente, que fue lo que se encargó de llevar físicamente Juan de Coloma, el secretario del rey. ¿Qué representaba exactamente esa cifra? Cada ducado pesaba en torno a 3,6 gramos de oro. Haga usted la multiplicación: casi cincuenta y ocho kilos del preciado metal. Una fortuna. Pero Santángel la tenía.

Por cierto que, tomando pie en esto, cierta historiografía poco rigurosa ha sostenido la idea de que Aragón pagó el descubrimiento —pues Santángel era valenciano— pero Castilla se quedó con los beneficios. Es un asunto recurrente en la historiografía nacionalista catalana, por ejemplo. Pero esto es simplemente falso. Quien puso el dinero no fue la corona de Aragón como tal, sino el financiero Santángel de sus propias arcas (o, más bien, de compromisos sobre arcas ajenas). Y todo se le reintegró, por cierto, pocos años después, según consta en el Archivo de Simancas. Sí es verdad que la nueva empresa, dentro de la corona española, quedó como competencia castellana y no aragonesa. Fue el propio rey Fernando (de Aragón) quien así lo quiso. Y por eso hay quien dice que la corona de Aragón fue «marginada» del gran proyecto.

¿Por qué el rey apartó a sus reinos de este asunto? Muy probablemente, porque Fernando prefería concentrar la energía de Aragón en su tradicional espacio mediterráneo. De hecho, va a tardar muy poco en recuperar el Rosellón y la Cerdaña (1493) y en plantar sus reales en Nápoles y Sicilia (1496), entrando en inevitable conflicto con Francia. Por otro lado, el espacio atlántico, que contaba ya con un intenso tráfico desde las Canarias hasta los Países Bajos, era competencia castellana desde mucho tiempo atrás. En aquel momento, el Mediterráneo era un objetivo seguro y la empresa colombina no era más que una tentativa en territorio desconocido. No puede decirse que apartar a Aragón de aquello fuera una «marginación». Además, había razones fiscales de peso. Aun así, no dejará de haber nombres aragoneses en esta aventura. Volveremos sobre la cuestión.

A todo esto, y volviendo al hilo del relato, ¿tan desmedidas eran las exigencias de Colón? Eso es cuestión de puntos de vista. Tal y como quedaron escritas en las capitulaciones, las ventajas que Colón obtenía eran las siguientes:

Vuestras Altezas dan y otorgan a don Cristóbal Colón, en satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares Océanas y del viaje que ahora, con la ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, las que se siguen: primero, el oficio de almirante de la Mar Océana, vitalicio y hereditario, en todo lo que descubra o gane, y según el modelo del almirante mayor de Castilla. Segundo, los oficios de virrey y gobernador en todo lo que él descubra o gane. Tercero, la décima parte de todas las ganancias que se obtengan en su almirantazgo. Cuarto, que todos los pleitos relacionados con las nuevas tierras los pueda resolver él o sus justicias. Quinto, el derecho a participar con la octava parte de los gastos de cualquier armada, recibiendo a cambio la octava parte de los beneficios.

Ciertamente, no era poca cosa.

El lector atento habrá observado que, en el texto de las capitulaciones, se dice expresamente «en satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares Océanas y del viaje que ahora, con la ayuda de Dios, ha de hacer por ellas». Es decir, que el texto da por sentado que Colón ya ha estado allí y ha descubierto algo, y que este viaje es una nueva singladura hacia los mismos lugares. Una y otra vez nos topamos en esta historia con el mismo asunto: Colón sabía que iba a encontrar tierra, es más, daba por hecho que tal tierra existía, aun si ignoraba qué era. Y los reyes, cuando aceptaron la propuesta, tenían la seguridad de que el viaje era factible... porque ya se había hecho al menos una vez. ¿Lo hizo Colón o fue otro? Imposible saberlo. Pero no era una apuesta en el vacío.

Después de varios meses de negociación, las capitulaciones quedaron firmadas en el campamento real de Santa Fe, frente a Granada, el 17 de abril de 1492. Al navegante se le concedía el título de «don», que en la época era mucho reconocimiento. Los reyes ordenaban armar una flotilla de tres barcos que quedaría bajo el mando de Colón como capitán mayor. Dos de esos barcos tendría que aportarlos la villa de Palos en cumplimiento de cierta sanción por faltas cometidas tiempo atrás. ¿Qué faltas? Sin duda, alguna incursión ilegal en las rutas portuguesas de África. Cristóbal Colón viajó a Palos sin perder un instante. Su sueño estaba a punto de hacerse realidad. Así comenzaba la «empresa de Indias».

Capitanes de hueste y lobos de mar

Lo que nadie podrá negar a Cristóbal Colón es que era un hombre muy tenaz. Tampoco que, al cabo, era un hombre con suerte, porque siempre hubo alguien para echarle un capote en momentos cruciales. Y eso le ocurrió de nuevo en Palos.

Cristóbal Colón había conseguido en la corte de los Reyes Católicos lo que pretendía: volvió al puerto de Palos con una real orden en el bolsillo y una respetable provisión de fondos, más que suficiente para poner en marcha el viaje. Los de Palos tenían que facilitarle dos carabelas. Solo faltaba abrir lista y enrolar a la tripulación. Así decía la provisión real, solemnemente leída el 23 de mayo de 1492 en la puerta de la iglesia de San Jorge, en Palos, en presencia de fray Juan Pérez y del propio Cristóbal Colón:

Bien sabéis que por algunas cosas hechas y cometidas por vosotros en deservicio nuestro, fuisteis condenados por nuestro Consejo a que fueseis obligados a servirnos dos meses con dos carabelas armadas a vuestras propias costas y expensas cada una, y ello cuando y donde quiera que nosotros os lo mandáramos, y bajo ciertas penas, según lo que más largamente se contiene en esta sentencia contra vosotros. Y ahora, por cuanto hemos mandado a Cristóbal Colón que vaya con tres carabelas de armada, como nuestro capitán de las dichas tres carabelas, para ciertas partes de la mar oceána sobre algunas cosas que cumplen a nuestro servicio, Nos queremos que lleve consigo las dichas dos carabelas con las que nos tenéis que servir.

Inapelable, la orden de los monarcas. Pero he aquí que Colón se topó con algo inesperado: nadie en toda la comarca de Palos estaba dispuesto a seguirle. ¿Había que prestarle dos barcos? Bien, sí, se haría: dos carabelas de Diego Rodríguez Prieto y otros vecinos de la villa. Durante dos meses, como decía la orden regia. Ni un día más. ¿Pero además había que subir a bordo? ¿Por qué? ¿Porque lo mandaban los reyes? ¿Embarcarse con un tipo al que nadie conocía en una singladura de destino incierto y con beneficios más inciertos aún? Los de Palos hicieron algo muy español: acatarían la orden regia, por supuesto, pero no la cumplirían. Nadie subiría a esos barcos. Nuevo revés para las ambiciones colombinas.

Colón no arroja la toalla. Tiene los dos barcos y tiene la ruta. ¿Le faltan marinos? Los sacará de donde sea. Las órdenes de los reyes le autorizan a reclutar la tripulación en las cárceles. Allí acudirán. Pero entonces los franciscanos de La Rábida le hacen ver lo descabellado del propósito: ¿va a embarcarse en un viaje lleno de incertidumbres con una dotación de criminales? Lo más probable es que al primer tropiezo la tripulación se amotine, arroje al capitán por la borda y huya a cualquier parte. No, lo que Colón necesita es otra cosa. Ante todo, es preciso contar con hombres de garantía. Hombres que crean en el proyecto y cuyo prestigio y capacidad de liderazgo muevan a los marinos de Palos a enrolarse por su propia voluntad. ¿Quién puede obrar tal prodigio? La familia Pinzón, lobos de mar unánimemente respetados en la comarca. ¿Y quién puede convencer a los Pinzón para que se sumen a esta empresa? Los franciscanos conocen a la persona indicada: Pero Vázquez de la Frontera.

Este Pero Vázquez era un anciano marino que llevaba medio siglo navegando por el Atlántico, lo mismo bajo bandera portuguesa que en barcos castellanos. Al parecer, en alguna de sus singladuras había llegado hasta el mar de los Sargazos, esa enorme extensión de algas que flota frente a las

costas americanas, inmóvil en el espacio muerto de las corrientes, muy al occidente de las Azores. ¿Llegó allí en verdad? Sea como fuere, lo cierto es que Vázquez apoyó a Colón. Y fue él quien tendió el puente para que los Pinzones entraran en el juego.

La familia Pinzón era uno de los clanes decisivos en toda la comarca del Tinto-Odiel. El linaje, según se cree, arrancaba de un abuelo llamado Martín que fue buzo y marino en Palos. Este Martín tuvo un hijo, también Martín, que hizo fortuna con la navegación. Y el segundo Martín tuvo a su vez tres hijos: Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín, que continuaron el negocio y multiplicaron sus beneficios. Los Pinzones llevaban años dedicándose al comercio de cabotaje tanto por el Mediterráneo, hacia Italia, como por el Atlántico, hacia las Canarias y las costas africanas. Pero sus barcos no se limitaban al tráfico mercantil, sino que también habían estado en la guerra contra los portugueses —donde se cubrieron de gloria— y en los mil encontronazos con los corsarios norteafricanos. Como eran buenos navegantes, empresarios avisados y patrones generosos, todos los marinos de la comarca querían navegar con los tres hermanos Pinzón. Y entre los tres destacaba el mayor, Martín Alonso, un auténtico líder natural: si el viaje de Colón tenía que salir adelante, sería imprescindible contar con él.

Martín Alonso Pinzón será el hombre decisivo. En aquel momento acababa de regresar de Roma, adonde había ido en viaje comercial. Los frailes de La Rábida propician su encuentro con Colón. Don Cristóbal sabe que tiene que poner toda la carne en el asador y le hace una oferta suculenta: «Señor Martín Alonso Pinzón, vamos a este viaje que, si salimos con él y Dios nos descubre tierras, yo os prometo por la corona real de partir con vos como un hermano», según se detalla en los *Pleitos colombinos*. El mayor de los Pinzones acepta. Y no solo eso, sino que pone de su bolsillo medio millón de maravedíes, esto es, la tercera parte del coste de la empresa. Eso sí, el marino hará las cosas a su manera.

De entrada, Martín anula la orden de reclutar presidiarios: necesita marineros de verdad. Solo quedarán tres convictos: un vecino de la zona llamado Juan de Moguer y dos amigos suyos; los demás serán marineros limpios. Acto seguido, el primogénito de los Pinzón desecha los barcos embargados por Colón: si hay que hacer un viaje tan incierto, es preciso contar con buenas naves y, sobre todo, con buenos capitanes. Martín Alonso sabe a quién tiene que tocar para que el proyecto salga adelante. En Palos están los hermanos Quintero, Cristóbal y Juan. Cristóbal Quintero tiene su propia carabela: la *Pinta*. En Moguer están los hermanos Niño, que son Pedro Alonso, Francisco y Juan. Este último posee también una carabela: la *Niña*. Martín Alonso conoce bien esos barcos porque él mismo los ha arrendado en numerosas singladuras. Por otro lado, tanto los Quintero como los Niño son, como los propios Pinzón, lobos de mar y al mismo tiempo capitanes de hueste: su prestigio es tan alto que pueden permitirse el lujo de escoger a sus propios marineros. Todos ellos entrarán en la aventura.

Pero aún tenía que aparecer alguien más. En este momento entra en nuestra historia un enigmático personaje: el marino y cartógrafo Juan de la Cosa. Nadie sabe exactamente de dónde había salido. Se cree que nació en Santoña hacia 1460 y que había tomado parte en expediciones hacia el Atlántico norte y hacia Canarias y el África occidental. Lo que sí se sabe con certeza es que en 1488 había estado en Portugal. ¿Y qué hacía allí? Espiar para los reyes de Castilla y Aragón. El portugués

Bartolomé Díaz acababa de volver a Lisboa después de alcanzar el extremo sur de África, el cabo de Buena Esperanza; Isabel y Fernando querían saber qué se tramaba en Portugal y para eso mandaron a Juan de la Cosa. ¿Por qué a él? ¿Cuándo había entrado al servicio de los reyes de España? Misterio. El hecho es que el cántabro llegó a Lisboa, obtuvo toda la información precisa sobre la hazaña africana de Bartolomé Díaz y a uña de caballo volvió a Castilla, justo a tiempo de evitar que le atraparan los alguaciles portugueses. Cumplida la misión, Juan de la Cosa se instaló en El Puerto de Santa María, en Cádiz, y fletó un barco, una nao, para dedicarse al comercio. Quizás esperaba una vida tranquila. Pero el destino había dispuesto otra cosa.

Una vez más, nadie sabe exactamente qué papel jugó Juan de la Cosa en la preparación del primer viaje colombino y en la resolución de los problemas de don Cristóbal. Tampoco es posible saber en condición de qué actuó el marino cántabro, pero es bastante verosímil que los reyes le encargaran muy precisamente supervisar de cerca el desarrollo del proyecto haciendo de custodio y, a la vez, de vigilante de Colón. El hecho es que Juan de la Cosa, que sin duda conocía ya a los Pinzón, entra en la empresa y aporta nada menos que su barco: *La Gallega*, una nao de 30 metros de eslora por 8 de manga, con tres mástiles y cinco velas cuabras, armada con cuatro bombardas y otros ingenios. Para la ocasión será rebautizada como la *Santa María* y actuará como nave capitana. Juan de la Cosa irá a bordo como maestre bajo el mando nominal de Colón.

Entre Pinzones, Niños y Quinteros se cubren los puestos de mando de la expedición. La *Santa María*, el barco de Juan de la Cosa, será pilotado por Pedro Alonso Niño. Los otros Niño, Juan y Francisco, irán en la *Niña*, como piloto el primero y como marinero el segundo. Martín Alonso Pinzón capitaneará la *Pinta*, el barco de Cristóbal Quintero, donde este navegará como marinero. Como maestre —segundo de a bordo— llevará a Francisco Martín Pinzón. El pequeño de los Pinzones, Vicente Yáñez, viajará como capitán de la *Niña*.

Las tres familias harán algo más: irán de puerto en puerto escogiendo a los marineros que conformarán la tripulación. En total, unos noventa hombres. No era poco lo que se les ofrecía: unos 4.000 maravedíes por el viaje. Conocemos casi todos sus nombres: el carpintero Morales, el notario Escobedo, el orfebre Cristóbal Caro, el médico Alonso... Había un intérprete, Juan de Torres, en la convicción de que los barcos llegarían a Oriente. Tampoco faltaba un sastre: Juan de Medina. Muchos de los tripulantes de la *Santa María* venían de Cantabria y las provincias vascongadas, como Domingo de Lequeitio y Martín de Urtubia; los de la *Pinta* y la *Niña* eran andaluces. Poco podían imaginar todos ellos que esta aventura iba a marcar sus vidas para siempre.

El 3 de agosto de 1492, apenas dos meses después del retorno de Colón a Palos, todo estaba dispuesto para zarpar. Los tres barcos largaron velas. Comenzaba una de las singladuras más trascendentales de todos los tiempos.

Dos horas después de la medianoche...

«Partimos viernes tres días de agosto de 1492 de la barra de Saltés, a las ocho horas», consigna el *Diario de a bordo* de Colón compendiado por fray Bartolomé de las Casas. Vale la pena intentar ponerse en la cabeza de aquellos navegantes. El jefe, Cristóbal Colón, está convencido de que va a llegar al Japón; cree sinceramente que Dios se lo ha revelado —así lo consigna en sus *Diarios*— y tal certidumbre le anima hasta el punto de infundirle un aliento propiamente mesiánico. Los otros capitanes, los hermanos Pinzón, también están convencidos de que van a hallar algo al otro lado del mar: se están jugando la vida y parte de su hacienda en el envite. La marinería, por su parte, confía en sus jefes, pero jamás se ha adentrado en la mar para un viaje semejante. El océano va a poner a prueba no solo su fortaleza, sino también sus nervios.

La primera etapa del viaje son las Islas Canarias. Antes de llegar saltan los hierros del timón de la *Pinta*. Es una catástrofe, porque sin timón el barco solo puede ir a la deriva. ¿Qué ha pasado? Colón sospecha un sabotaje: Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, propietarios de la carabela, que no querían emprender semejante viaje, habrían dañado el timón. Sea como fuere, Martín Alonso Pinzón, capitán del barco, es hombre de recursos y a base de cuerdas consigue recomponer la pieza. El timón de la *Pinta* volverá a romperse días después por la mala mar, pero las Islas Canarias ya están muy cerca. El 9 de agosto los barcos las avistan. Llegar no será fácil: tardan varios días en tomar tierra mientras buscan un repuesto para la *Pinta*. A la vista de Tenerife, los hombres se estremecen ante el humo que escupe el Teide.

Martín Alonso queda en Gran Canaria con su barco. Los hombres se dedican a aprovisionarse para el viaje: agua, leña, vituallas, bastimentos... Colón marcha en la *Niña* hacia La Gomera en busca de una carabela de repuesto. No la encuentran, pero Cristóbal descubre algo inquietante: marineros de la isla del Hierro le cuentan que tres carabelas portuguesas merodean por allí para seguir el viaje al oeste. Por otra parte, en las Canarias los hombres de Colón escuchan mil historias que excitan su imaginación: «Juraban muchos hombres honrados españoles —dice el *Diario de a bordo*— que cada año veían tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año 1484 vino uno de la isla de Madera al Rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que veía, la cual juraba que cada año la veía y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores». Pronto se comprobaría si aquellas historias eran verdad.

Martín Alonso Pinzón ha logrado arreglar el timón de la *Pinta*. Su hermano Vicente Yáñez ha encontrado velas nuevas, redondas, para la *Niña*, lo que dará más seguridad al barco. El 6 de septiembre la flotilla abandona las costas canarias. Dos días después enganchan el alisio y Colón marca el rumbo: hacia el oeste. Se avecinaba una cadena de sucesos inquietantes.

Cuando se pierde de vista la isla del Hierro, el ánimo de los hombres flaquea. Colón les promete tierras y riquezas. Para mejor guardarse, miente a la tripulación sobre el número de leguas navegadas: llevan 18, pero él les dice que 15. Don Cristóbal mantendrá esta doble contabilidad durante todo el viaje para que sus marineros se sientan más cerca de tierra. Alrededor no hay más que cielo y mar. Y cuando aparece algo distinto, es para meter más miedo en el cuerpo. Así de

repente encuentran flotando en las aguas un palo de navío de 120 toneladas, como la *Santa María*: es un evidente aviso de muerte.

Por si esto fuera poco, el 13 de septiembre Colón hace un descubrimiento insólito: al caer la noche la aguja de la brújula se está desviando hacia el noroeste media cuarta, y será otra media cuando amanezca. Los pilotos se inquietan. No están navegando respecto a la Estrella Polar, sino hacia otro punto «invisible y fijo». ¿Por qué? ¿Acaso se han estropeado las brújulas? Colón ensaya extravagantes explicaciones sobre el giro de la Estrella Polar en torno al Polo Norte. El navegante aún no lo sabe, pero acaba de medir por primera vez la declinación magnética, esto es, la diferencia entre el polo norte magnético —hacia donde apunta la brújula— y el polo geográfico, que no coinciden exactamente. Nadie lo había visto antes. Para más inquietud, «cayó del cielo —cuenta Hernando Colón— una maravillosa llama de fuego» a pesar de que el tiempo estaba en calma. ¿Qué extraños sucesos ocurrían en aquel misterioso mar?

El 16 de septiembre, nueva conmoción: de repente las aguas se han llenado de «manadas de hierba muy verde». ¿Era una isla? López de Gómara lo explica así: «Topó tanta yerba que parecía prado y que le puso gran temor». No era prado, no: era el mar de los Sargazos, una inmensa extensión de algas que cubre esa parte del océano. Los marineros nunca habían visto nada igual: temen estar en aguas bajas y embarrancar. Colón, sospechosamente, está tranquilo; manda arrojar una sonda para calmar a su gente: comprueba que son aguas muy profundas.

La planicie vegetal se mueve: al día siguiente ya no está. Pero el agua se ha hecho menos salada —la probaban para ver si había tierra cerca— y además hay multitud de pájaros que vuelan hacia poniente. El 18 de septiembre la *Pinta* cree ver tierra como a 15 leguas de distancia. Han pasado once días, siempre con el viento en popa. Los hombres se inquietan. Cada vez que un pájaro se posa en los mástiles, los hombres respiran: si hay aves, la tierra no debe de estar lejos. El día 20 el júbilo recorre los barcos: tres pajarillos de pequeño tamaño han volado hasta los palos. Pero la ilusión dura poco. Vuelven a aparecer las hierbas, y esta vez en masas que dificultan la navegación. ¿Les pasará como a los barcos atrapados en los hielos y quedarán varados allí para siempre?

Descubrimiento tras descubrimiento, los marineros hacen uno que les aterra: llevan dos semanas navegando y el viento siempre sopla hacia el mismo lado, hacia poniente. Y si el viento no cambia de dirección, ¿cómo podrán volver? Podemos imaginar la angustia de la tripulación. Colón tiene suerte y el día 22 hay un ligero cambio de viento que se acentúa al día siguiente. Los marineros se tranquilizan, pero por poco tiempo. Siguen apareciendo hierbas, y en ellas pájaros y cangrejos, pero esas señales, que una semana atrás relajaban los ánimos, ahora ya no calman a nadie. La marinería murmura: Colón está loco y va a sacrificar a la tripulación por un vano sueño de gloria. Crecen los rumores de motín. Hay quien propone arrojar al almirante por la borda y darse la vuelta en cuanto el viento lo permita.

Cuando el motín parece inminente, el 25 de septiembre, Pinzón grita «tierra»: en la noche se distingue un bulto. «El Almirante —consigna el *Diario de a bordo*— dice que se echó a dar gracias a Nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso decía Gloria in excelsis Deo con su gente. Lo mismo hizo la gente del Almirante; y los de la *Niña* subiéronse todos sobre el mástil y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra». Colón, para dar satisfacción a la marinería, pone proa al islote. Al

amanecer se descubre que no es tal, sino nubes. La marinería se desespera. El 27 de septiembre sigue la navegación hacia poniente. Aparecen pájaros que los marinos conocen: rabihorcados, golondrinas de mar... pájaros que solo vuelan cerca de tierra. ¿Pero la tierra dónde está? Allí solo hay hierbas.

Ahora el que empieza a preocuparse en serio es Colón. Estamos a 1 de octubre y sus cálculos han fallado: las islas que esperaba encontrar han debido de quedar atrás. El piloto de la *Santa María* le informa de que han recorrido 578 leguas desde la isla del Hierro, en las Canarias. Colón sabe que no es verdad: son 707 leguas, pero se cuida mucho de despejar el error. Dos días después, un temblor de pánico recorre los barcos: han desaparecido los pájaros. La gente hace conjeturas: quizás han pasado entre varias islas sin darse cuenta. Colón lo niega: no puede perder crédito ante sus hombres, de manera que insiste en que la tierra ha de hallarse aún más a poniente. Pero en realidad no sabe dónde está.

En la noche del día 6 estalla el primer motín entre la tripulación de la *Santa María*: nunca han navegado tanto tiempo sin ver tierra y quieren volver. Los Pinzones tienen que intervenir para evitar un desastre. A partir del día 7 empieza a vislumbrarse algo parecido a tierra, pero nadie da la voz hasta no tener la seguridad. Los reyes habían prometido 30 escudos de renta al primero que hallase la meta, pero también habían dispuesto que perderían la recompensa si el aviso era falso. La *Niña* se decide: suelta un cañonazo e iza bandera anunciando tierra. Los barcos se dirigen hacia el lugar. Pero allí tampoco hay nada.

Los días pasan. Ya llevan 1.000 leguas de navegación y la tierra no aparece. El día 10, son los propios Pinzones quienes dan un ultimátum a Colón: tres días más de navegación hacia el oeste; si no aparece tierra, volverán a España. La situación es insostenible. Pero Colón vuelve a tener suerte: los de la *Santa María* ven un junco verde en el agua. Los de la *Pinta*, una caña y un bastón labrado: es decir, que cerca hay tierra y además hay hombres. Enormes bandadas de pajarillos anuncian la proximidad de tierra firme. El día 11, al caer la tarde, Colón reúne a los hombres después de rezar la Salve. Está seguro de que va a encontrar tierra de un momento a otro. Pide a todos que hagan guardia y, además de los 30 escudos de pensión, promete un jubón de terciopelo al primero que la vea.

Ya es 12 de octubre. La noche cubre el cielo. Colón cree ver luces en lontananza, pero no revela su secreto. A las dos de la madrugada, el vigía de la *Pinta*, Juan Rodríguez Bermejo, «Rodrigo de Triana», da el ansiado grito: «¡Tierra!». Dice el *Diario de a bordo*: «A las dos horas después de medianoche apareció la tierra, de la cual estarían a dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní».

Era América.

2. DEL PARAÍSO AL INFIERNO

Guanahaní

Colón buscaba las costas del Japón y se encontró con algo que más bien parecía el paraíso: gentes desnudas e inofensivas, pintadas de colores, de hábitos primitivos pero adornadas con oro. Eso era Guanahaní.

«Luego vinieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro». Así retrata el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón el momento en que los expedicionarios pisaron al fin la ansiada tierra. En la playa clavaron la bandera blanca con la cruz verde, signo de fidelidad, y las iniciales de los reyes Fernando e Isabel (F e Y) junto a la propia enseña real. Los escribanos Rodrigo de Escobedo y Rodrigo Sánchez de Segovia levantaron acta del hecho. Colón tomó posesión en nombre de los reyes. España ya estaba en las Indias.

Lo que Colón y los suyos vieron en torno a sí parecía un edén: muchos y grandes árboles de intenso follaje, frutos en las ramas, abundantes cursos de agua... Y sobre todo, gente, mucha gente sonriente y pacífica que se acercaba a los hombres blancos como quien recibe la visita de un familiar. Porque lo más notable que había en aquella isla no eran los árboles, sino los indios. Ningún europeo había visto nunca gentes como aquellas: «Me pareció que era gente muy pobre de todo — escribe el propio almirante—. Andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vi más de una harto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vi de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras».

Los indios aparecieron pintados de colores, cada cual de una manera, y muchos cogieron toscas canoas y remaron hasta los barcos españoles llevando consigo papagayos, ovillos de algodón, pequeñas armas de madera y otros objetos. Los nuestros no tardaron en intercambiar con ellos cascabeles, cuentas de vidrio, bonetes... Aquellos nativos no eran blancos ni negros, tampoco asiáticos. Su color se parecía más bien —señala Colón— al de los guanches canarios, de donde el almirante dedujo una singular teoría: dado que la isla descubierta estaba en línea desde las Canarias, debía de tratarse del mismo pueblo. Al descubrimiento de una tierra nueva se unía el hallazgo de un nuevo brazo de la humanidad.

A los nativos de la isla se los llamó «indios» porque Colón seguía persuadido de estar en las Indias, pero en realidad se trataba de tribus lucayas, del grupo étnico taíno, encuadrado en una familia que los antropólogos llaman arahuco por su lengua común y que, ciertamente, nada tiene que ver con los guanches. Los lucayos llevaban en América unos cinco siglos, aunque su presencia en estas islas recién descubiertas apenas databa de cien años atrás. Por su desnudez, su buen carácter y ánimo pacífico, a los españoles aquella gente les evocó el paraíso, el «estado de inocencia», por

usar las palabras del propio Colón. Pero había algo inquietante en aquellos indios: «Yo vi algunos —escribe el almirante— que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos». Es decir, que en la región no había solo aquellos sonrientes nativos, sino también otros bastante menos apacibles. Los nuestros no tardarían en toparse con ellos.

Pero por el momento todo era paz y a los españoles aquello debió de parecerles, efectivamente, el paraíso. El contacto con los lucayos tuvo que impresionar vivamente a nuestros exploradores, ante todo por su primitivismo. Aquellas extrañas gentes vivían en el Neolítico. Iban todos desnudos salvo las mujeres casadas, que usaban una especie de falda corta, más bien un delantal, a la que llamaban «naguas» (y de ahí nuestras «enaguas»). Conocían la agricultura, pero cultivaban sobre todo tubérculos como la yuca, de arraigo superficial. Utilizaban arados, pero estos apenas eran otra cosa que un palo puntiagudo. Vivían en pequeñas chozas circulares con tejado de hojas de palma. No conocían las armas de metal: cuando los españoles les ofrecieron alguna espada, los indios la cogían por el filo y se cortaban. Sus únicas armas eran pequeñas azagayas —una suerte de dardo arrojadizo— de madera rematada con un colmillo o «diente de pez».

El *Diario de a bordo* de la expedición subraya con mucha sorpresa el aspecto de las cabezas de los lucayos: «La frente y cabeza muy ancha más que otra generación que hasta aquí haya visto», dice el almirante. En realidad se trataba de una deformación ritual del cráneo con tablas y vendas, práctica relativamente común a muchos pueblos primitivos. Por otro lado, su religión era muy primaria: un animismo de la naturaleza —la jungla, el mar, el huracán, el trueno— plasmado a veces en ídolos zoomorfos. De aquí dedujeron los españoles que aquellos nativos no tenían propiamente religión y que no sería difícil su conversión al cristianismo.

Pero, además de todo esto, Colón no había perdido de vista el motivo de su viaje: tenía que encontrar una ruta hacia la tierra de las especias y hallar alguna fuente de riqueza que justificara el viaje y compensara el gasto. Y tal cosa le vino del modo más inesperado: «Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro —escribe el mismo 13 de octubre—, y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho». Los nativos explicaron a Colón que en algún lugar, en una isla cercana, había oro y piedras preciosas. Y que había también otros pueblos: los mismos que venían a llevárselos como esclavos.

Para los españoles debió de ser incomprensible: había oro, sí, pero aquella gente no le daba otro valor que el meramente ornamental, y así los indios portaban joyas de oro en el cuerpo pero, al mismo tiempo, peleaban por la comida o por el algodón. En todo caso, el almirante había encontrado una pista que no iba a abandonar. Sabía dónde se hallaba el oro. Y por otro lado, había descubierto un rosario de islas que, sin duda, debían conducirlo hasta el ansiado Japón. Ese sería su siguiente objetivo: «Aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango».

Colón invitó a algunos lucayos de Guanahaní a subir al barco para que hicieran de guías y con ellos proseguir la exploración. «Yo miré todo aquel puerto —dice en su *Diario de a bordo*— y

después me volví a la nao y di a la vela, y vi tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía tomados me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande, y a aquella determiné andar». Los indios eran primitivos, sí, pero conocían aquel laberinto insular como la palma de su mano. Y los nativos insistían en llevar a los españoles hacia dos grandes islas: Colba y Bohío, las llamaban. Colón, en su febril búsqueda de las Indias, pensó que tal vez aquello fuera el ansiado continente asiático.

La ruta de nuestros barcos parece errática: al oeste primero, al sur después, nuevamente al oeste y otra vez al sur, para terminar navegando hacia el este. Islas por todas partes, sí; continente, ninguno. En realidad lo que Colón estaba explorando era el archipiélago que hoy conocemos como las Bahamas. Empezó por el primer islote descubierto, Guanahaní, que llamó San Salvador. Siguió por el brazo norte de Santa María, pasó de ahí a la vecina Fernandina (hoy, Long Island), después al brazo sur de Santa María, que tomó por otra isla y bautizó como Isabela (hoy ambos brazos se llaman Fortune Island), de donde se dirigió a la isla de Arena (Ragged Island) y de allí, rumbo sur, a la isla de Cuba (la llamó Juana, como la hija de los Reyes Católicos), cuyo litoral exploró a fondo.

Los nuestros hallaron en todas partes lo mismo: paisajes de exuberante vegetación poblados por tribus muy primitivas que, en general, acogían a los españoles como a enviados del cielo: «Los unos —dice el *Diario de a bordo*— nos traían agua; otros, otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo. Y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos, hombres y mujeres: “Venid a ver los hombres que vinieron del cielo; traedles de comer y de beber”. Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después nos llamaban que fuésemos a tierra».

Aquellos indios se hacían la guerra entre sí, pero ninguno se mostraba agresivo u hostil con los recién llegados. Isla tras isla, los nuestros comprueban que no hay allí otros peligros que los propios de la mar. El 28 de octubre los barcos penetran en el río Bariay: están en la isla de Cuba, la «Colba» de la que hablaban los lucayos. Pasan las semanas y ante los ojos de los españoles va apareciendo el mapa de un mundo nuevo. «Esta es la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto», se lee en el *Diario de a bordo*. Colón concibe rápidamente su proyecto de ocupación: siendo tan «simples en armas» —son palabras del almirante—, poco costará llevarlos a Castilla o incluso «tenerlos en la misma isla cautivos». Con cincuenta hombres —calcula el navegante— será suficiente para tenerlos a todos sojuzgados. Aún no había aparecido Cipango, pero Colón ya podía ofrecer a los reyes de España todo un mundo para conquistar.

Finalmente, hacia el 5 de diciembre, la expedición dio con un gran pedazo de tierra: era la isla de Santo Domingo, a la que Colón llamó La Española y que iba a ser durante los próximos años la base principal de los conquistadores. En algún momento del trayecto la *Pinta* se desvió de la ruta y tocó otras islas del archipiélago antes de acabar también en La Española. Pero aquí, en esta isla, fue donde la nao *Santa María*, la capitana, embarrancó. Un suceso que iba a tener consecuencias completamente imprevisibles.

Oro, caníbales y naufragios

Colón sigue buscando oro. Las señas de los nativos que viajan en los barcos españoles son inequívocas: el oro está en una gran tierra hacia el sureste a la que unos llaman Bohío y otros Quisqueya. Esa tierra —le dicen— no está enteramente circundada por el mar, y el almirante quiere creer que al fin ha encontrado el continente asiático. Por otro lado, los nativos se van inquietando a medida que se alejan de sus islas, hasta el punto de que sus indicaciones dejan de ser verosímiles. Colón resuelve seguir la exploración bordeando aquellas costas. Será una isla, sí: es La Española, que hoy conocemos como Santo Domingo. Y allí, efectivamente, los nativos exhiben numerosos adornos de oro. ¿De dónde viene? Difícil saberlo. Pero los españoles lo van a averiguar.

Nuestros barcos avistan las costas de La Española el 5 de diciembre de 1492. Colón se hace una rápida idea de cómo está organizado este Nuevo Mundo. En aquel rosario de islas hay numerosas tribus de indios mansos y pacíficos. Pero hay también otras tribus que atacan y esclavizan a los primeros, e incluso se los comen; de hecho, algunos nativos muestran a los españoles las huellas que han dejado en su carne los dientes de los enemigos. A estas tribus agresivas las llaman «canibas» o «caníbales», de donde Colón, siempre persuadido de estar en Oriente, deduce que son las gentes del Gran Kan (de «kan», «caniba»), o sea, el emperador de los mongoles. La mayor parte de los indios se acerca a los españoles con cautela y admiración. A veces huyen si los nuestros se aproximan. Colón opta por prodigar los gestos de amistad: cuando los exploradores logran hacerse con alguna mujer, la viste ricamente, la enjoya con collares de cuentas de vidrio y sortijas de latón, y la devuelve así a su poblado. Dice el *Diario de a bordo* que alguna de estas mujeres, viéndose así tratada, prefería permanecer en los barcos españoles antes que volver a su casa.

Cada una de estas tribus estaba dirigida por un rey al que llamaban «cacique». Colón, buen diplomático, trata de honrar a los caciques como mejor puede. A uno de La Española lo sentó a su mesa entre grandes honores. Sin embargo, lo que el cacique tenía en la cabeza no era exactamente un tratado internacional: «El Almirante —consigna el *Diario de a bordo*— le hizo la honra que debía y le hizo decir cómo era de los Reyes de Castilla, los cuales eran los mayores Príncipes del mundo. Mas ni los indios que el Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el rey tampoco, sino creían que venían del cielo y que los reinos de los reyes de Castilla eran en el cielo y no en este mundo».

La nueva isla le pareció a Colón mucho más prometedora que las anteriores. «Estas tierras son en tanta cantidad y buenas y fértiles y en especial estas de esta isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese», escribe el 16 de diciembre en su diario. Su orografía es fácil: pocas montañas y de cómodo acceso. El clima es muy templado. El agua abundante y la vegetación ubérrima. En cuanto a los nativos, parecen de una simplicidad sin límites, algo más evolucionados que los de las otras islas, pero más mansos todavía: «He visto solo tres de estos marineros descender en tierra y haber multitud de estos indios —subraya el almirante— y todos huir, sin que les quisiesen hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a

andar vestidos y a nuestras costumbres». Colón está pensando ya en la colonización.

Durante la exploración de las costas de La Española ocurrió el desastre: en la Nochebuena de 1492 la nao *Santa María* encalla y se hunde. Es un suceso que sigue sin estar claro. Según los diarios de a bordo, el maestro del barco, que era Juan de la Cosa, viendo que las aguas estaban en calma se retiró a dormir y dejó el timón en manos de un grumete. El barco, sin embargo, se movió y su quilla se clavó en el fondo. El grumete alertó a voces al pasaje y Colón ordenó tirar el ancla por popa mientras la tripulación ganaba una barca para desalojar la nave. Pero al parecer nadie echó el ancla, de manera que la tripulación se salvó, sí, pero el barco terminó haciéndose trizas. Los diarios de Colón culpan del incidente a Juan de la Cosa. Sin embargo, no debería de ser muy culpable el maestro —por otro lado, propietario de la *Santa María*— cuando los reyes le compensaron dos años después por la pérdida de la nao.

Sea como fuere, el hecho es que los españoles se encontraron con su capitana hecha pedazos. ¿Qué hacer? Reutilizar las maderas para construir un fuerte en tierra. Aquí aparece un personaje importante: el cacique taíno Guacanagarí (o Guacanagarix), jefe de las tribus de Marién, en el noroeste de la isla; el primer amerindio que inscribe su nombre en esta historia. Guacanagarí había recibido a los extranjeros con amabilidad. Al conocer lo que había pasado, se apresuró a echarles una mano. Los taínos saltaron al agua y ayudaron a los españoles a recoger los restos de la *Santa María*. Llevaron a tierra no solo la carga, sino también los propios maderos del barco. Colón resolvió emplearlos en fundar un asentamiento permanente. Al fuerte se le llamó Navidad porque todo aquello había ocurrido un 25 de diciembre. Así nació el primer emplazamiento español en América, junto a la desembocadura del río Guarico, en la costa noroccidental de lo que hoy es Haití.

Colón era un maestro en el arte de hacer de la necesidad virtud. ¿No había que colonizar las nuevas tierras? Pues bien, allí había ya un establecimiento que a su vuelta a España podría exhibir ante los reyes como primera fundación de la corona en La Española. Por otro lado, la idea del fuerte le vino como anillo al dedo para solucionar un problema peliagudo: qué hacer con los treinta y nueve tripulantes de la *Santa María*. Porque ahora, con un barco menos, iba a ser imposible alojar a todos los hombres en las naves. En la *Niña* viajaban unos veinte marineros. En la *Pinta*, que en este momento exploraba otras aguas, navegaban veinticinco más. La tripulación de la capitana no cabía en las dos carabelas. El fortuito lance del naufragio de la *Santa María* iba a dar a Colón la oportunidad de dejar en las Indias a un destacamento: 39 hombres al mando del alguacil de la expedición, Diego de Arana, asistido por Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del rey Fernando, y el segoviano Rodrigo de Escobedo, el mismo escribano que había levantado acta del descubrimiento. Indios y españoles proveen al fuerte Navidad de los víveres precisos. El cacique Guacanagarí velará por su seguridad. Y Colón seguirá camino. Consigo llevará a seis parientes del propio cacique taíno.

La expedición bordea la isla de La Española por el norte. Colón quiere comprobar si efectivamente es el continente que busca. Así llega hasta un golfo de buen aspecto donde ordena fondear los barcos y manda a tierra un bote con siete españoles y un indio taíno. Cuando la avanzadilla toca la playa, descubre algo inquietante: medio centenar de nativos aguarda semioculto tras los árboles. Aquellos indios tenían poco que ver con los conocidos hasta entonces: eran «cincuenta y cinco hombres desnudos, los rostros tiznados de carbón, con los cabellos muy largos,

así como las mujeres los traen en Castilla. Detrás de la cabeza traían penachos de plumas de papagayos y de otras aves, y cada uno traía su arco». Los nativos no traían solo arcos, sino también macanas, un arma característica de los amerindios: una suerte de maza de pesada madera con piedras incrustadas en la cabeza; un arma mortal.

Los nuestros, guiados por el taíno, desembarcan con precaución y tratan de comerciar con los nativos. Entre mil cautelas les compran dos arcos. Parece que va a ser posible entenderse, pero de repente todo se tuerce: los indios retoman sus arcos y sus macanas y alguno aparece con cuerdas. El guía taíno se alarma: los nativos quieren apresar a la expedición. Los españoles no se lo piensan: esgrimen sus espadas y dagas y cargan contra los indios hostiles. «Dieron a un indio una gran cuchillada en las nalgas y a otro por los pechos hirieron con una saetada», dice el *Diario de a bordo*. Los indios huyeron. Los españoles habían encontrado a los peligrosos caribes, los caníbales de los que tanto les habían hablado. La avanzadilla vuelve a la carabela e informa al almirante. Colón, cuando se entera del suceso, reacciona con preocupación: por un lado, el incidente va a servir para que aquellos temibles caribes sepan cómo se las gastan los españoles; por otro, no puede dejar de pensar en los hombres que ha dejado en el fuerte Navidad. El almirante pone nombre al lugar del primer conflicto entre indios y españoles: golfo de las Flechas.

Algunos caribes heridos —cuatro, según parece— fueron recogidos por los españoles e interrogados. Hoy sabemos que aquellos indios no eran en realidad caribes, sino ciguayos, que es una etnia de lengua distinta, aunque sí compartían con ellos numerosos rasgos. Los ciguayos informaron a los nuestros sobre qué pueblos vivían en esas tierras. A Colón no le cupo duda de que se hallaba ante aquellas peligrosas tribus que atacaban, raptaban y devoraban a los taínos. Los ciguayos contaron algo más: contaron dónde había oro, al que denominaban «taob». El almirante siguió sus indicaciones y puso rumbo al este. No halló oro, pero sí grandes cantidades de ají, que es como llamaban allí a su variedad de la pimienta. Hallazgo importante, porque la pimienta era precisamente una de las codiciadísimas especias que buscaban todos los mercaderes del mundo. Los nuestros descubrieron también anchos campos de algodón. Sin duda valía la pena seguir explorando, pero...

Pero no pudo ser. No, al menos, esta vez. Las carabelas estaban haciendo agua. El calafateado aplicado en el puerto de Palos empezaba a ceder. Si no se emprendía ahora el viaje de vuelta, Colón se arriesgaba a que los barcos siguieran deteriorándose hasta quedar inservibles. Había llegado la hora de retornar a casa. Al alba del 16 de enero de 1493, la *Pinta* y la *Niña* ponen rumbo este cuarta noreste. Vuelve toda la expedición salvo los treinta y nueve que han quedado en La Española. En los barcos viajan también los seis taínos de Guacanagarí. Las dos carabelas se disponen a llevar a España un mensaje trascendental.

Indios y papagayos en la corte de Isabel y Fernando

Los barcos que habían descubierto el camino occidental a las Indias volvieron a ver Europa en marzo de 1493, después de dos meses de travesía. En La Española había quedado la *Santa María*, deshecha, transformada en fortín. La *Pinta* y la *Niña* viajaron separadas. En la *Niña*, Colón con Juan de la Cosa y Vicente Yáñez Pinzón. En la *Pinta*, Martín Alonso Pinzón y su hermano Francisco Martín. Las relaciones entre Colón y Martín Alonso ya estaban prácticamente rotas. El mayor de los Pinzones detestaba el exceso de protagonismo del almirante; este, por su parte, no soportaba el ascendiente de Martín Alonso sobre los marineros. Los dos barcos habían cubierto por separado las últimas jornadas de exploración. El 6 de enero, dos días después de abandonar las Indias, se unieron de nuevo, pero fue para volver a separarse inmediatamente. Una tormenta contribuyó a alejar a las dos carabelas. La *Pinta* llegó a Bayona, en Galicia, antes de que Colón tocara Lisboa.

La travesía fue cualquier cosa menos un paseo. Fuertes tempestades habían sacudido a los barcos antes y después de hacer escala en las Azores. Las carabelas ya venían tocadas de su periplo caribeño; podemos imaginar los apuros de los marinos para mantener a flote sus naves. También podemos imaginar el pavor de los seis indios taínos que Colón llevaba consigo: aquella gente estaba acostumbrada a navegar en canoa por su litoral con temperaturas de entre 25 y 30 grados, de manera que la inclemencia del Atlántico en aquellas fechas invernales debió de parecerles propiamente infernal. El hecho, en cualquier caso, es que Cristóbal Colón tocó al fin el puerto de Lisboa en el mes de marzo. La corona portuguesa le dispensó un recibimiento triunfal: aquel viaje no era de Portugal, sino castellano, pero nadie ignoraba que el navegante había escrito una trascendental proeza.

La noticia produjo un impacto extraordinario. En Lisboa causó sensación. De Lisboa pasó a España antes de que Colón llegara. Y aún no se había entrevistado el almirante con los reyes cuando ya todas las cortes de Europa conocían el hallazgo de un paso a las Indias por occidente. El mismo Colón, hábil gestor de su propia fama, se ocupó de que la noticia volara. En el transcurso de su viaje de retorno había escrito una carta a Luis de Santángel, el financiero del rey Fernando, dando cuenta de su éxito: «Porque sé que habréis placer de la grande victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje —caligrafiaba el almirante— vos escribo esta, por la cual sabréis como en setenta y un días pasé las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina nuestros Señores me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sinnúmero, y dellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho».

Por un sarcástico azar, la *Niña* y la *Pinta* llegaron al puerto de Palos el mismo día: el 15 de marzo. Pero dos destinos muy diferentes aguardaban a los protagonistas de la hazaña. Martín Alonso, muy enfermo, fue inmediatamente trasladado a una posesión familiar en Moguer. Nada se pudo hacer por él. Pidió ser llevado al monasterio de La Rábida, donde expiró apenas dos semanas después de su regreso. A Cristóbal Colón, por el contrario, le esperaban días de gloria.

El almirante escribió a los reyes dando cuenta del descubrimiento y anunciando su intención de acudir a la corte. Los reyes contestaron de inmediato: el 30 de marzo —apenas dos semanas después de la llegada de Colón a Palos— escriben al navegante. En aquel momento Isabel y Fernando se hallaban en Barcelona, reunidos en Cortes. Allí recibirían a Colón. Pero para no perder tiempo, y

hasta que se produzca el encuentro, los reyes le dan instrucciones precisas: antes de partir hacia Barcelona Colón debe aprovechar su estancia en Sevilla para preparar una nueva expedición, de manera que los trabajos vayan realizándose mientras Colón viaja a la corte, con el propósito de que a su vuelta esté todo listo para lanzarse de nuevo a la mar.

El paso del cortejo colombino a través de media España debió de ser digno de verse. Por razones que desconocemos, Colón había resuelto ir desde Sevilla a Barcelona por tierra y no por mar. Una vistosa comitiva se puso en marcha desde la capital del Guadalquivir. Con el almirante viajaban sus seis indios taínos, jaulas con papagayos de mil colores, carromatos con extrañas plantas y valiosos cofres con piezas de oro americano. Allá por donde pasaba, los lugareños salían al camino para saludar a la extravagante columna. «Tomó comienzo la fama a volar por Castilla —escribe fray Bartolomé de las Casas— que se habían descubierto tierras que se llamaban las Indias, y gentes tantas y tan diversas, y cosas novísimas, y que por tal camino venía el que las descubrió, y traía consigo de aquella gente; no solamente de los pueblos por donde pasaba salía el mundo a lo ver, sino muchos de los pueblos, del camino por donde venía, remotos, se vaciaban, y se henchían los caminos por irlo a ver, y adelantarse a los pueblos a recibirlo».

Terminaba el mes de abril cuando Colón llegó a Barcelona. Los reyes le recibieron en el Salón del Tinell, donde se estaban reuniendo las Cortes de Aragón. Isabel y Fernando atravesaban por un difícil trance: meses atrás un perturbado, el demente Cañamares, había atentado contra el rey y este aún se estaba recuperando de las heridas recibidas. Las nuevas que Colón traía no podían venir en mejor momento para levantar los ánimos. A juzgar por los testigos, el recibimiento no pudo ser más obsequioso. Toda la corte, encabezada por los propios reyes y el príncipe heredero, Juan, esperaba al almirante. No solo eso, sino que Isabel y Fernando se levantaron al llegar Colón y, después de que este les besara las manos, le hicieron sentarse en un escabel frente a los monarcas. Eran honores que solo se dispensaban a los más grandes del reino.

Colón sabía que era su momento y no desperdició la oportunidad. Compuso ante los reyes un discurso donde volcó toda su capacidad de emoción, que era mucha. Tan intenso fue el parlamento del almirante, que los reyes, conmovidos por los relatos del descubrimiento y la evangelización, cayeron de rodillas con lágrimas en los ojos. Los cantores de la capilla de la reina entonaron el tedeum y la solemnidad de la escena llegó al punto de que «parecía que en aquella hora se abrían y manifestaban y comunicaban con los celestiales deleites», según cuenta fray Bartolomé de las Casas. Cuando terminó la entrevista, el rey hizo a Colón cabalgar a su lado con el príncipe don Juan al otro; nuevamente un privilegio que solo se concedía a las personalidades de sangre regia. Y más aún: esa noche toda la corte acompañó a Colón hasta la posada donde se alojaba.

El almirante flotaba en la gloria. Los reyes le confirmaron en todos los cargos previstos en las capitulaciones (almirante, virrey y gobernador) y le nombraron capitán general de la siguiente expedición; además le concedieron facultad para usar el sello real y otras prebendas no menores como mil doblas de oro y el derecho a alojarse con cinco criados en cualquier parte pagando solo su comida. El cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo y nombre determinante en el reino, le agasajó sin cuento sentándole junto a sí en la mesa y sirviéndole el manjar cubierto, protocolo reservado a los grandes señores.

Un hecho particularmente relevante fue el bautismo de los indios taínos que Colón había traído consigo. Los propios reyes y el príncipe Juan actuaron como padrinos. Al más cercano pariente del cacique Guacanagarí se le bautizó como don Bernardo de Aragón. Otro de ellos recibió el nombre de don Juan de Castilla. Este, por cierto, fue incorporado a la casa del príncipe Juan y desde entonces vivió en la corte castellana con orden de ser tratado «como si fuera el hijo de un caballero principal». Dice la tradición que Colón donó a la catedral de Barcelona las piezas de oro traídas de las Indias y que con ellas se fabricó un cáliz que estuvo allí hasta el siglo xix, cuando fue probablemente rapiñado por los franceses de Napoleón. De las otras cosas que vinieron de las Indias, papagayos incluidos, nadie sabe qué se hizo. Aunque hay quien cuenta que los pájaros, por ejemplo, permanecieron en los jardines reales.

Pero además de todas estas cosas, el hallazgo colombino despertó otros efectos bastante menos gratos: el rey de Portugal, ferozmente celoso, impugnó la toma de posesión de las Indias y reclamó aquellas aguas como suyas. Recordemos que el reparto de áreas de influencia se regía por el Tratado de Alcazobas, que marcaba una línea horizontal en los mares a la altura de las Canarias («para abajo contra Guinea», decía literalmente). Al norte de esa línea, Canarias incluidas, espacio castellano; al sur, hasta el confín de África, espacio portugués. Lo descubierta al otro lado caía al sur de la línea, luego debía ser para Portugal. Pero la opinión española era otra. Los Reyes Católicos reaccionaron enviando a un embajador, Lope de Herrera, para exponer su punto de vista: el tratado no habla de que esa línea sea infinita, sino que se refiere concretamente a las aguas africanas; fuera de ellas, el mar puede ser castellano o simplemente de nadie. Y como Castilla había tomado posesión de tierras al otro lado del mar, los nuevos espacios habían de ser suyos, razón por la cual nuestros reyes pedían al portugués que prohibiese cualquier incursión marítima de sus barcos en aquellas nuevas regiones.

El asunto se resolvió por la vía pontificia, que en la época era la instancia arbitral acostumbrada en los conflictos internacionales. El rey Fernando acudió al papa. Y en mayo de 1493 el papa Alejandro VI (Rodrigo Borja, de origen valenciano) dictó una bula —«Inter Caetera», se llamaba— en la que repartía el mundo según una línea imaginaria vertical, de polo a polo: al este, las tierras africanas, que eran de Portugal; al oeste, a cien leguas de las Azores y Cabo Verde, las nuevas tierras americanas, que serían para España. El rey de Portugal no quedó muy conforme, pero, en cualquier caso, la bula, que venía a respaldar las aspiraciones españolas, surtió un efecto inmediato y ya no admitió vuelta atrás: España se volcaría en las Indias.

En el verano de 1493 Cristóbal Colón volvía a Sevilla. Todo estaba preparado para un segundo viaje a las tierras recién descubiertas. Al otro lado aguardaba el paraíso y, en él, los españoles que habían quedado en el fuerte Navidad. Era hora de volver con ellos. Sin embargo...

El desastre del fuerte Navidad

Cuando Colón llegó a Sevilla, dispuesto a emprender su segundo viaje, se encontró todo preparado para zarpar. Alguien había movido rápidamente los hilos. ¿Quién? El secreto tenía un nombre: Fonseca, capellán real, un clérigo de extraordinaria inteligencia y laborioso a más no poder al que los reyes habían encomendado organizar el viaje y, aún más, controlar todo lo que pudiera ocurrir al otro lado del océano. Vale la pena detenerse un poco en este personaje, Juan Rodríguez de Fonseca, zamorano de Toro, nacido en 1451 y cuya carrera eclesiástica y política es una de las más brillantes de la España de entonces. Fonseca fue uno de los pocos partidarios que tuvo Isabel en Toro cuando la áspera lucha por el trono. Su fidelidad se vio recompensada con creces. Discípulo intelectual del gran Nebrija y pupilo espiritual de fray Hernando de Talavera —el confesor de la reina—, se había convertido en capellán de la casa de Isabel en aquel prodigioso año de 1492 y supo ganarse la confianza tanto de ella como del rey Fernando. A partir de ahora, Fonseca va a ser sucesivamente obispo de Badajoz, Córdoba, Palencia, Rossano (en Nápoles) y Burgos.

Pero los mejores talentos de Fonseca no eran precisamente los espirituales. Le veremos oficiando como embajador especial ante las cortes del Sacro Imperio y del rey de Inglaterra. Desplegará una incesante actividad como mecenas al tiempo que va a suscribir el programa reformador del cardenal Cisneros, que regeneró a fondo la Iglesia española. Y además de todo eso, será él quien gobierne el tráfico de Indias a través de una institución creada por él mismo: la Casa de la Contratación, en Sevilla. Fray Bartolomé de las Casas, mordaz, describe a Fonseca como «muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por la mar, que era más oficio de vizcaínos que de obispos». El hecho es que desde este mismo instante, verano de 1493, va a comenzar una sorda guerra de poder entre los dos hombres: mientras Colón aspira a ser el amo de este Nuevo Mundo, Fonseca trabajará para que todo el protagonismo permanezca en el ámbito directo de la corona.

Y es que Fonseca no había aparecido por casualidad: era uno de los numerosos alfiles que los Reyes Católicos, y en especial Fernando, habían puesto alrededor del almirante para marcarle de cerca. Fernando conocía bien la condición humana y temía que la sed de gloria pudiera llevar a Colón a actuar al margen de la corona. Por eso resolvió llenar esta segunda expedición colombina de hombres cuya lealtad a los reyes estaba fuera de toda duda. Para empezar, el jefe religioso de la expedición, el franciscano catalán Bernardo de Boil, asistido por el jerónimo también catalán Ramón Pané. Además, el jefe militar de la armada: Pedro de Margarit, caballero de la corona de Aragón que se había distinguido en la guerra de Granada. Junto a él, el militar conquense Alonso de Ojeda, hombre de confianza de Fonseca, y también —aunque esto no está del todo claro— Juan Ponce de León, hidalgo vallisoletano que había sido paje del propio Fernando el Católico. Más nombres: Diego Alvar Chanca, médico de la corte, y por supuesto el omnipresente Juan de la Cosa, agente de Isabel de Castilla. De todos ellos habrá que hablar por lo menudo más adelante.

Colón también llevaba, desde luego, a gente de su propia confianza: su hermano Diego, el lanero genovés Miguel de Cuneo, el mercader catalán Miguel Ballester (que será, por cierto, el primer europeo en fabricar azúcar de caña), el marino Antonio de Torres (piloto de la *Marigalante*) y el

comerciante Pedro de las Casas, padre del que sería el famoso fray Bartolomé. Añádase a otro hermano de Colón, Bartolomé, que volvía de Francia y se unió a la expedición cuando esta ya había partido de España. Pero, en cualquier caso, está claro que Isabel y Fernando querían tener a Colón bien vigilado. A partir de aquí iba a dibujarse una oposición de bandos que marcaría los siguientes años de la presencia española en las Indias.

Pero no adelantemos acontecimientos. De momento estamos en la eufórica salida de Cádiz, donde el muy diligente capellán Fonseca había organizado una auténtica flota: nada menos que diecisiete barcos (cinco naos y doce carabelas) con unos mil quinientos hombres a bordo. Entre ellos, veinte caballeros con sus monturas y centenares de labradores y albañiles. Ojo: labradores y albañiles, es decir, todo lo necesario para repoblar el Nuevo Mundo y echar raíces. El 25 de septiembre de 1493 esa flota se hace a la mar. La capitana se llama *Santa María*, como su predecesora. La *Niña* repite viaje. La armada lleva consigo una orden expresa del Papa: evangelizar a los indígenas. Esa será la misión de Bernardo de Boil, el franciscano catalán al que el pontífice Alejandro VI ha nombrado primer vicario apostólico de las Indias. Pero además de la evangelización, Colón tiene proyectos geográficos y comerciales muy concretos. Persuadido como está de haber descubierto el camino occidental a las Indias, quiere seguir explorando hasta hallar la ruta a la India y Catay, que es como se llamaba entonces al este de China. Y, por su parte, los hombres que el almirante trae consigo alimentan el sueño de hacerse ricos: abrir nuevas vías comerciales en una tierra llena de posibilidades. No es difícil imaginar el entusiasmo que debía de envolver a aquellos diecisiete barcos.

La flota siguió una dirección distinta a la de la primera vez: sudoeste, no oeste. En apenas mes y medio de navegación los barcos ven tierras desconocidas. Los españoles están descubriendo el archipiélago de las pequeñas Antillas: La Deseada y Marigalante el 3 de noviembre, Guadalupe el día 4, San Juan Bautista (hoy Puerto Rico) el 16. El día 22 desembarcan en otra isla: allí fray Bernardo de Boil celebra la primera misa oficiada en tierras americanas. El 27 los barcos ya están bordeando el litoral de La Española, aquella primera gran isla en la que Colón había dejado un destacamento. Buscan el fuerte Navidad, el asentamiento construido con los restos de la *Santa María*. Cuando dan con el lugar, todos bajan apresuradamente a tierra. Esperan reencontrarse con sus camaradas del primer viaje. Sin embargo, todo permanece en un extraño silencio. ¿Qué está pasando? Colón no tarda en hallar la respuesta: el fuerte está destruido; todos los hombres han muerto. En eso aparece el cacique Guacanagarí, el amigo que los españoles habían dejado en la isla. Él les contó la catástrofe. El paraíso se había convertido súbitamente en infierno.

¿Qué pasó exactamente? Imposible saberlo con precisión. Los taínos, o al menos la mayoría de ellos, eran pacíficos. Las palabras de Colón son inequívocas: «Todos son de muy singularísimo trato amoroso y hasta dulce, no como los otros que parecen cuando hablan que amenazan, y de buena estatura hombres y mujeres, y no negros», escribe en su *Diario de a bordo*. Pero el último episodio de su primer viaje, en el golfo de las Flechas, había revelado la existencia de tribus mucho más hostiles, aquellos indios tiznados de negro y armados con macanas y arcos, «que si no son de los caribes, al menos deben ser fronteros y de las mismas costumbres, y gente sin miedo, no como los otros». Los ciguayos, en efecto, eran cualquier cosa menos «amorosos y dulces». De hecho, su propio

gentilicio se debía a un cacique, Ciguayo, que durante años había aterrorizado al resto de las tribus de La Española. Tan honda era la diferencia entre unos y otros que Colón pensaba que eran pueblos distintos, pero no: todos eran taínos. Y del mismo modo que los ciguayos eran mucho más agresivos que los del Mairén, así había otros caciques bastante menos amables que Guacanagarí.

Hay que recordar que los españoles que Colón había dejado en el fuerte no eran precisamente desharrapados. Allí quedaron Diego de Arana, Pero Gutiérrez, Rodrigo de Escobedo... Gente de primera importancia. Gutiérrez era repostero de estrado del rey Fernando. Rodrigo de Escobedo, segoviano, tenía el cargo de escribano mayor de la Armada. En cuanto a Arana, era un hombre de una pieza, de un temple excepcional, primo de doña Beatriz Enríquez, compañera de Colón; el almirante le había nombrado alguacil de la Armada y jefe del destacamento. Era gente seria y de confianza. Sin embargo, una extraña fiebre se apoderó de los españoles. O quizá no tan extraña: mujeres y oro. Como a todos los hombres de todos los tiempos.

Mujeres, sí. Los taínos, como casi todos los pueblos amerindios, tenían por costumbre entregar mujeres a modo de obsequio. La mujer en estas sociedades era un objeto de intercambio. Así muchas indias fueron otorgadas a los exploradores de La Española. Ahora bien, esta cualidad de objeto de cambio concernía solo a las jóvenes solteras; las indias casadas, que se distinguían de las demás por llevar aquella falda corta llamada «nagua», eran propiedad exclusiva de sus maridos. Parece que los españoles no entendieron esto y pensaron que todas las mujeres nativas estaban a su libre disposición. Lo cual debió de dar lugar a situaciones muy poco recomendables.

Sobre ese problema se añadió la codicia del oro. Los taínos portaban numerosas piezas de oro a las que no concedían otro valor que el ornamental y que gustosamente cambiaban por cualquier baratija. Los españoles, al ver semejante cosa, se hicieron con cuanto oro pudieron. Ahora bien, eso no significaba que aquellas piezas de oro estuvieran libres de propiedad. De hecho, entre los taínos el delito capital era el robo, y eso afectaba a cualquier posesión, incluidos los adornos que los indios llevaban sobre sí, fueran de oro o de cualquier otra cosa. Cuando al primer español se le ocurrió quedarse con un objeto de oro que no le había sido dado en intercambio, la furia de los taínos estalló.

Entre el oro y las mujeres, aquellos 39 hombres, solos en la isla, rompieron a pelear con los indios y entre sí mismos. Así peleados, el grupo se dividió. Unos marcharon a buscar oro a los yacimientos, con Escobedo y Gutiérrez. ¿Y dónde estaba el oro? En las tierras de un cacique ciguayo llamado Caonabó cuyas gentes tenían cuentas pendientes con los españoles por... las mujeres y el oro. Para allá fueron los desdichados. No quedó ni uno de los nuestros. Y el tal Caonabó, que era listo, vio que en el fuerte habían quedado pocos hombres, unos diez, con Diego de Arana. Una noche se presentó allí por sorpresa, entró en el Navidad y mató a todos los demás. El cacique Guacanagarí refirió a Colón algunos detalles más de la catástrofe. Sus gentes habían intentado oponerse a los guerreros del terrible ciguayo Caonabó. Muchos habían resultado heridos, incluido el propio Guacanagarí. Caonabó se había refugiado en las montañas, pero en cualquier momento podría volver. Y los españoles habían perdido su único asentamiento en las nuevas tierras de la corona.

Ahora los españoles se encontraban con un doble problema. Primero, tenían un temible enemigo. Y además, se habían quedado sin base logística. De Caonabó habría que ocuparse tarde o temprano, pero, de momento, lo primordial era crear un asentamiento nuevo. ¿Y dónde hacerlo? El lugar tenía

que estar lejos de los ciguayos de Caonabó, para evitar complicaciones, pero al mismo tiempo cerca de los yacimientos de oro. Tenía que estar cerca del mar, para poder instalar un puerto, y a la vez cerca de la montaña y la selva, para que no faltara caza. Pero, sobre todo, tenía que estar cerca de las tierras de los indios amigos, los del cacique Guacanagarí.

Nuestros exploradores fueron recorriendo la costa norte de la isla en busca del emplazamiento idóneo. No fue fácil: allá donde había grandes ríos y buenos puertos, las tierras eran bajas y pantanosas, con poca piedra para construir y de mala defensa ante cualquier ataque. Durante un mes los barcos de Colón exploraron infructuosamente el litoral. Mediaba diciembre y los mil y pico españoles de aquella flota empezaban a perder la esperanza. Para colmo de males, los cielos se encapotaron y el horizonte se llenó de relámpagos. Una terrible tempestad cubrió los cielos de La Española. La tormenta, sin embargo, iba a resultar providencial.

La primera ciudad española de América

Empujados por la tormenta, los españoles buscan refugio en un pequeño recodo de la costa. Colón, fray Bernardo y los demás expedicionarios miran alrededor y se quedan pasmados: aquel refugio de fortuna es exactamente lo que estaban buscando. Había un puerto natural que parecía hecho a propósito. Presidiendo el horizonte, una peña donde perfectamente podría elevarse una fortaleza. Tierra adentro se extendía una ancha llanura de tierras fértiles colmadas de vegetación. En las proximidades había dos ríos que procurarían un abastecimiento permanente de agua dulce. Y río arriba, según refirieron los indígenas, se hallaban las célebres minas de oro del Cibao. Ese era sin duda el sitio adecuado para levantar una ciudad.

La tripulación desembarcó a toda prisa los pertrechos. Había que ponerse a trabajar: repartir solares, trazar calles, situar plazas. Se reservó un sitio para la iglesia. Otro para el hospital. Y otro lugar bien pensado para guardar las municiones de la armada. Repartidas las tierras, cada cual empezó a hacerse su casa lo mejor que pudo. Las casas públicas —la iglesia, el hospital, etc.— se levantaron con piedra y tapias de barro y cantos. También de piedra se hizo la casa del almirante. Y las otras viviendas se construyeron con el ingenio de cada cual: madera, paja, barro... Por los restos arqueológicos sabemos que no fue poca cosa: doscientas viviendas. En poco más de un mes, durante diciembre de 1493, los españoles de Colón y fray Bernardo había edificado la primera ciudad española del Nuevo Mundo. A la ciudad le faltaba un nombre. ¿Cómo llamarla? La pregunta tenía fácil respuesta. ¿A quién debían todos los allí presentes su mayor devoción de fieles súbditos de la corona? A la reina Isabel de Castilla. Por eso la nueva ciudad se llamó La Isabela.

Lo que a todos preocupaba era que en La Isabela pudiera ocurrir algo semejante a lo que pasó en el fuerte Navidad. No solo había que prevenir ataques indígenas, sino que también era preciso atar corto a los propios expedicionarios. Había que nombrar un consejo de gobierno que garantizara el buen orden. De entrada, hacía falta un alcalde. El cargo fue para don Antonio de Torres, un marino y armador, amigo del almirante, que había acudido por primera vez a América en este segundo viaje costeando personalmente varias naves. Para asistir al alcalde —y, de paso, para controlar su gestión— el descubridor hace otro nombramiento: el de su hermano Diego Colón. Pero además hacía falta alguien cuya palabra tuviera valor de ley. ¿Y quién era allí el más sabio? Fray Bernardo de Boil. Así el fraile quedó nombrado cabeza del consejo de gobierno.

Este Bernardo de Boil, súbdito de la corona de Aragón, debía de ser un cerebro portentoso, porque su carrera es espectacular. En 1473 aparece como secretario del arzobispo de Zaragoza. Dos años después firma como «clérigo de la diócesis de Lérida». Y en 1476 lo encontramos ya como secretario de Fernando II de Aragón, el que será Fernando el Católico. Para él desempeña Bernardo de Boil una primera misión diplomática en Francia. Después el rey le encomienda nada menos que la comisaría de las galeras aragonesas que van a combatir en Cerdeña. Era 1479. Meteórico.

La vocación de Bernardo no era política, sino religiosa. En 1481 ingresó como ermitaño en Montserrat, en la ermita de la Santísima Trinidad, y fue ordenado presbítero. Pero la corona no podía prescindir de personas como él, así que Fernando vuelve a llamarle para una delicada misión: marchar a Francia y negociar la devolución de los condados del Rosellón y la Cerdaña. Cumplido el

objetivo, regresó a su ermita y se dedicó al estudio. En 1489 tradujo al castellano el *De religione* de Isaac de Nínive. Tomó contacto con la obra de Ramón Llull. Un documento de 1490 nos permite saber que después estuvo en Francia. Ya era prior de los ermitaños de Montserrat. En algún momento conoció a San Francisco de Paula, que acababa de fundar la orden de los mínimos, así llamada porque se sentían los más humildes y pequeños de todos los religiosos. Bernardo quedó seducido por la nueva regla. Enseguida vuelve a España como su vicario general. Funda una ermita en Barcelona: San Cebrián de Horta, de efímera vida, y otra en Málaga, la de Santa María de la Victoria. Es marzo de 1493. Y en ese momento recibe un mensaje: el rey Fernando quiere verle.

¿Qué quería el rey? Encomendarle la evangelización de las tierras descubiertas por Colón al otro lado del mar. Colón había abierto un mundo nuevo. Ahora iba a hacer su segundo viaje a las Indias. Había que poner un poco de cabeza en todo aquello. Sobre todo, había que predicar la Cruz a los indígenas. Y el hombre adecuado era fray Bernardo. El papa Alejandro VI le nombró vicario apostólico de las Indias. Sería el primer vicario apostólico de América, nada menos. Así comenzó la aventura americana de fray Bernardo de Boil. Se embarcó con el almirante, llegó a La Española, se dispuso a evangelizar a los taínos y... entonces reparó en algo muy importante: aunque nuestro buen fraile hablaba numerosas lenguas, no había manera de entenderse con los nativos. Era preciso estudiar su lengua. Y además había que tratar de comprender sus creencias: qué pensaban sobre la vida y la muerte, a qué dioses adoraban, cuáles eran sus ritos. Aquí fray Bernardo iba a contar con la colaboración de otro clérigo que también debe comparecer en nuestra historia: el jerónimo catalán Ramón Pané.

Si el origen de fray Bernardo es poco claro, el de Ramón Pané es un auténtico misterio. De él solo se sabe que era catalán y fraile jerónimo, porque él mismo lo dice: «Pobre ermitaño de la Orden de San Jerónimo». ¿Cómo había llegado a embarcarse hacia las Indias? Tampoco es posible decirlo. Al parecer había conocido a Colón durante un encuentro que este mantuvo con los reyes en el monasterio jerónimo de Murtra, en Badalona. Lo que sí se conoce de fray Ramón es que asistió a fray Bernardo de Boil en la administración apostólica de la nueva sede, y lo hizo de una manera muy singular: aprendiendo la lengua de los taínos y estudiando a fondo su cultura. Todo eso quedó escrito en un libro que fue el primero publicado en América: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, se llamaba. Y es un libro importantísimo.

Las líneas que abren el libro de Pané son la primera descripción etnográfica de los amerindios: «Cada uno, al adorar los ídolos que tienen en casa y les llaman cemíes, guarda un modo particular y superstición. Creen que hay en el Cielo un ser inmortal, que nadie puede verlo y que tiene madre, mas no tiene principio; a este llaman Yocahu Vagua Maorocoti, y a su madre llaman Atabex, Iermaoguacar, Apito y Zuimaco, que son cinco nombres. Estos de los que escribo son de la isla Española (...). También saben de qué parte vinieron, y de dónde tuvieron su origen el sol y la luna y cómo se hizo el mar y dónde van los muertos. Creen que los muertos se aparecen por los caminos cuando alguno va solo, porque cuando van muchos juntos, no se les presentan. Todo esto les han hecho creer sus antepasados, porque ellos no saben leer, ni contar hasta más de diez». Así eran los taínos.

Todo estaba preparado para levantar la primera colonia española en el Nuevo Mundo. Sin

embargo, las cosas iban a torcerse de manera atroz. En pocas semanas veremos motines, saqueos, conflictos con los indios, ejecuciones... ¿Por qué? Sobre este episodio hay versiones para todos los gustos. Los fieles de Colón culparán a la brutalidad de los hombres de Margarit, el catalán que ejercía como jefe militar de la expedición. Pero este y fray Bernardo de Boil, el vicario apostólico, no dudarán en apuntar a los de Colón y en particular al propio almirante, cuya ambición no era ningún secreto para nadie. ¿Cuál de las dos versiones es la correcta? Quizá las dos, en parte, y ninguna en su totalidad. Tratemos de reconstruir los hechos como realmente debieron de ocurrir.

Lo primero que hacen los españoles, una vez construida La Isabela, es asegurar la ruta hacia la región del Cibao, donde se hallan los yacimientos de oro. Hacia allá marcha el veedor Diego Márquez, inspector oficial de la hueste, al frente de una expedición, pero la columna se pierde. Colón resuelve enviar a un destacamento de socorro al mando de Alonso de Ojeda, de quien pronto hablaremos en detalle. Ojeda explora el Cibao y choca con los hombres de Caonabó, el cacique que había destruido el fuerte Navidad. Ojeda vuelve a La Isabela e informa a Colón. Encuentra al almirante enfermo, postrado en cama, víctima de unas fiebres. Aun enfermo, Colón ordena elevar una plaza fuerte en el Cibao. Ojeda marcha allá con Margarit, el jefe militar de la colonia, y ambos elevan la fortaleza de Santo Tomás.

Pero mientras Margarit y Ojeda exploran el interior, la situación en La Isabela se deteriora rápidamente. ¿Por qué? Por imprevisión logística. La expedición española no trae suficientes materiales ni alimentos para todos los hombres. Los colonos son muchos y están lejos de haber resuelto problemas elementales como el avituallamiento y el cultivo de tierras. Colón descubre también, con horror, la falta de cualificación de muchos expedicionarios, que se han enrolado arguyendo un oficio que en realidad desconocen. Además hay doscientos colonos sin sueldo asignado. Dentro de la hueste hay tipos que empiezan a funcionar como auténticos bandidos. Y para colmo de males, el almirante sorprende al contable Bernal de Pisa sisando dineros. Colón juzga a Bernal y a otros hombres y los envía de vuelta a España. Tal vez en este episodio se inscriba el ajusticiamiento de un aragonés llamado Gaspar Ferriz, turbio asunto que ha hecho correr ríos de tinta y que sigue sin estar claro. El hecho es que Colón aplica una severísima justicia que empieza a enojar a numerosos expedicionarios.

Como hace falta socorro urgente, el almirante decide enviar un mensaje a España en busca de ayuda. ¿En quién confía Colón para la tarea? En el alcalde de La Isabela, Antonio de Torres. A mediados de febrero de 1494 Torres se hace a la mar con doce barcos, y el alto número de naves da una idea de lo cuantiosas que eran las necesidades de los colonos. El alcalde lleva consigo un memorial escrito por Colón. En el documento se relata el descubrimiento de nuevas islas, pero también los inquietantes hechos que ya conocemos. Colón pide ayuda: dinero para pagar sueldos, bastimentos para construir, herramientas para cultivar.

Con su hermano Diego al mando de La Isabela, con Margarit y Ojeda en la fortaleza de Santo Tomás y con Torres camino de España, Colón cree tenerlo todo bajo control. Coge tres carabelas — la *Niña*, la *Cardera* y la *San Juan*— y, aunque enfermo, zarpa para continuar sus exploraciones. Pero los mayores problemas aún estaban por llegar.

La primera crisis de La Española

Lo que pasó en La Española durante la ausencia de Colón estuvo a punto de dar al traste con todos los proyectos de la corona: hambre, violencia, traiciones, conflictos con los indios... Colón tenía un problema.

En marzo de 1494 —recapitulemos— Cristóbal Colón está reconociendo el mar de las Antillas, Antonio de Torres navega rumbo a España y Margarit y Ojeda han comenzado a levantar la fortaleza de Santo Tomás, en el interior de la isla de La Española. En la capital, La Isabela, han quedado Diego Colón, fray Bernardo de Boil y casi un millar de españoles que inmediatamente, pese a los esfuerzos del vicario y del hermano del almirante, empiezan a repetir los mismos errores cometidos por los desdichados del fuerte Navidad. La ambición explota. Una vez más, oro y mujeres, mujeres y oro. La desorganización imperante agrava las cosas: hay demasiada gente desocupada que empieza a actuar a su libre albedrío.

Los españoles cuentan con la ayuda de los indios de Guacanagarí, pero el resto de las tribus no tarda en manifestarse abiertamente hostil. Un grupo de expedicionarios desaparece, se interna en la isla y abusa de los indios. En respuesta, los indios matan a todo español al que sorprenden solo. Diego Colón se ve incapaz de poner orden. Fray Bernardo, por su parte, se desespera ante la imposibilidad de entenderse con los indígenas. En junio llega Bartolomé, el otro hermano de Colón, y se encuentra con la colonia manga por hombro. Pura anarquía. La situación es insostenible.

Por si faltaba algo, en septiembre de 1494 Pedro de Margarit abandona el fuerte de Santo Tomás, en el interior, y vuelve a La Isabela con un grupo de los suyos. Margarit está que trina por el trato despótico que los Colón han dispensado a «gente de palacio e hidalga». Ya hay claramente dos partidos en La Española: las gentes de los Colón y los que solo reconocen la autoridad de la corona. El catalán se pelea con Diego y finalmente resuelve volver a España. ¿Cómo? En las carabelas que ha traído Bartolomé. Fray Bernardo de Boil le acompañará en el viaje. Ellos serán los primeros en denunciar ante los reyes la incompetencia de Cristóbal Colón... omitiendo la parte de culpa que a ellos mismos les corresponde.

Mientras tanto, el puesto avanzado en el Cibao, la fortaleza de Santo Tomás, resiste como puede los embates de los indígenas. Después de la marcha de Margarit, Ojeda ha quedado solo con unos pocos hombres. El cacique Caonabó, el mismo que perpetró la matanza del fuerte Navidad, ha levantado a varias tribus y acosa a los españoles. Ojeda se mantiene firme y demuestra una vez más sus dotes de gran guerrero, las mismas que le habían valido la gloria en la guerra de Granada. No obstante, el de Cuenca no podrá aguantar mucho más sin refuerzos. En La Isabela lo saben, pero nadie acude en su socorro: están demasiado ocupados peleándose entre sí.

En ese momento vuelve a La Isabela Cristóbal Colón con sus tres carabelas. Con él viene alguien que ya es un veterano en estas aguas: Juan de la Cosa. El almirante ha descubierto nuevas tierras. Ha recorrido las costas de la isla Juana, o sea, Cuba. Ha puesto nombre al cabo Alfa y Omega (hoy Maisi), al Puerto Grande (hoy Guantánamo) y a las tierras que hoy son Santiago. El periplo tenía un objetivo bien preciso: encontrar el paso hacia la India y Catay, que seguía siendo la obsesión del almirante. Eso no lo encontró, pero sí descubrió Jamaica y los laberínticos islotes del Jardín de la

Reina. Colón tomaba cuidadosa nota de todo esto y la imagen que iba surgiendo a sus ojos era, indudablemente, la de un archipiélago frente a las anheladas costas asiáticas. Tan convencido estaba de ello —y tanto temía que alguien se lo negara— que hizo jurar a sus hombres que aquello, Juana, Cuba, era un continente, y el secretario Pérez de Luna levantó formal acta del juramento. El propio Juan de la Cosa firmó... aun pensando secretamente que no había tal continente.

Colón tiene el gozo de encontrar en La Isabela a su hermano Bartolomé, pero esta es su única alegría. El almirante regresa gravemente enfermo. Unas fiebres le están matando. Se trata de una extraña mezcla de «fiebre pestilencial y modorra» —eso dicen las fuentes de la época— que incluso le provoca episodios de coma. En tal estado recibe las pésimas noticias que su hermano le refiere. El almirante no puede creer lo que está pasando. Todo rueda cabeza abajo. Su alianza con los indios de Guacanagarí está al borde de romperse. Los saqueos sobre los nativos han llevado las cosas a un punto peligrosísimo. ¿Quién ha sido? Los que allí están lo tienen claro: echan la culpa a Margarit, que ya no está en La Isabela porque acaba de marchar a España y, por tanto, no puede replicar. De todas maneras, Colón vuelve a manifestarse como un severísimo juez y ordena ejecuciones. Confía a su hermano Bartolomé el gobierno de la colonia con los cargos de adelantado y gobernador. Es lo último que hace antes de sucumbir a los efectos de la enfermedad. Tardará varias semanas en recuperarse.

Mientras tanto, la hostilidad de los taínos va tomando el aspecto de una auténtica confabulación contra los españoles. Las zonas bajo control se reducen a La Isabela y a las tierras del cacique aliado Guacanagarí. Colón había impuesto un sistema de tributos que consistía en forzar a cada indio mayor de catorce años a entregar al almirante, cada tres meses, un cascabel lleno de mineral de oro y una arroba de algodón. Pronto se vio que el tributo era inviable, lo cual aumentó simultáneamente la frustración de Colón y la de los indios que se habían prestado a entrar en el juego. El almirante bajó el impuesto a la mitad, pero para los indios seguía siendo difícil satisfacer el cupo porque carecían de herramientas adecuadas para extraer el oro de los yacimientos. Súmese a eso el problema de los cultivos: las semillas que los españoles llevaban no germinaban y las que los indios ofrecían, que sobre todo eran de yuca, no gustaban a los españoles.

Muy rápidamente la atmósfera en La Isabela se hace irrespirable. Y si en La Isabela la situación es difícil, fuera de la ciudad cunde el caos. En el resto de la isla se producen auténticas matanzas. Los grupos de descontrolados hacen de las suyas y los indios, por su parte, no son menos crueles. En una posición del interior, el fuerte Magdalena, el cacique Guatiguaná incendia una choza llena de españoles enfermos de fiebres. Caonabó se las había arreglado para convencer a las otras tribus de que era preciso expulsar a los intrusos; aniquilarlos como él mismo había hecho con los del fuerte Navidad. Otros caciques como Bohechío, el citado Guatiguaná, Xaraguá, Cutubanamá y Guarionex le apoyan. A Caonabó solo le falta convencer a un hombre: Guacanagarí, el cacique del Marién, el primero que había pactado con los españoles. Pero pinchará en hueso.

Guacanagarí está tan irritado como todos los demás, pero ha sufrido menos los excesos de los descontrolados, de manera que niega su apoyo a la coalición nativa. Por otra parte, quiere ser fiel a la palabra que otorgó a Colón; el cual, a su vez, también ha hecho lo posible por ser fiel al pacto y ha sancionado con dureza los abusos de su propia hueste. De manera que Guacanagarí permanece con

Colón. Caonabó se enfurece con el cacique del Marién. Guacanagarí se siente amenazado y opta por buscar a Colón para contarle lo que está pasando. Caonabó, en venganza, ordena secuestrar y asesinar a las esposas de Guacanagarí. La guerra entre tribus está servida.

Terminaba el otoño de 1494 cuando regresó a La Española Antonio de Torres, el alcalde de La Isabela. Volvía de la patria con cuatro carabelas bien provistas de armas y víveres. Agua de mayo: entre la ayuda que traía el alcalde y el tino de Bartolomé Colón como gobernador, la situación de la colonia mejoró sustancialmente. Seguía habiendo hambre. Seguían muriendo los nuestros por enfermedades tropicales como la que tenía postrado al almirante. Seguía creciendo la hostilidad de los indios. Pero al menos había un mínimo orden en La Española. Ahora bien, Torres no traía solo víveres y armas, sino también una carta de los Reyes Católicos instando a Colón a regresar a España. ¿Para qué? Para ayudarles en la negociación con Portugal sobre qué tierras correspondían a cada reino.

La cuestión era sin duda el más delicado problema diplomático del momento. Colón había tomado posesión de las Indias en nombre de los reyes de España. Portugal había impugnado aquel acto porque consideraba que esos territorios eran de su exclusivo derecho. Isabel y Fernando se movieron con rapidez para obtener del papa Alejandro VI una bula que reconocía la soberanía española sobre el Nuevo Mundo. Pero, para no alargar el conflicto con Portugal, las partes decidieron negociar. ¿Cómo? Trazando una línea sobre el mapa que dividiera con claridad los respectivos ámbitos de cada cual. Eso era lo que iba a elucidarse en el decisivo Tratado de Tordesillas. Y para asesorar a los Reyes Católicos, nadie mejor que el propio Colón, que había explorado a conciencia esos mares y era, de hecho, el único que podía decir con precisión qué tierras —o más bien qué aguas— estaban en litigio. Por eso Isabel y Fernando llamaban al almirante.

Colón no podía desatender la llamada. Máxime cuando la propia fortuna del almirante dependía de aquella negociación, pues la dimensión exacta de sus títulos como virrey y gobernador de las Indias dependía de dónde se trazara la línea. Ahora bien, nada menos conveniente que un viaje a Castilla en aquel trance. ¿Qué iba a contar Colón a los reyes? ¿Que la colonia se hundía en el caos, que había tenido que ejecutar a varios de sus hombres, que estaba en guerra abierta con los nativos, que no había encontrado el paso a Catay? Con toda seguridad Margarit y Bernardo de Boil ya habrían llegado a la corte para hablar contra él. No era el mejor momento, pues, para pisar de nuevo la península. Cuando volviera —porque tenía que volver—, debería hacerlo precedido de riquezas y botín, de señales de su poderío, para desmentir cualesquiera acusaciones contra su persona. Si regresaba, tenía que llevar en la mano una baza ganadora. Y para eso era preciso, antes que nada, solventar la situación en La Española.

Colón todavía estaba enfermo, pero su debilidad no fue óbice para que planificara concienzudamente las cosas. Tenía consigo a su hermano Bartolomé, un veterano de fuerte carácter en quien podía depositar toda su confianza. Para empezar, ordenó una expedición de castigo contra los indios de Guatiguaná, los que habían asesinado a los españoles de Magdalena, y apresó a medio centenar de ellos. Acto seguido encomendó al fiel Antonio de Torres regresar a España con esos cautivos a bordo: aquellos indios iban a ser la prenda que el almirante presentaría a los Reyes Católicos para acallar las críticas de los que en la corte hablaban contra él. Y de inmediato, Colón

señaló un objetivo primordial: después de pacificar la colonia, había que derrotar a los indios rebeldes. Era febrero de 1495. Iba a librarse la primera gran batalla entre los españoles y los nativos americanos.

Así cayó el cacique Caonabó

El almirante tenía una fuerza considerable a su disposición: trescientos hombres de armas con ballestas y arcabuces, veinte lanceros a caballo y un par de decenas de perros alanos, rápidos como lebreles y fuertes como mastines, cuya sola presencia aterrorizaba a los enemigos. Y sobre todo: Colón contaba con varios centenares de indios aliados, los del cacique Guacanagarí, que ardía en deseos de vengar el rapto y asesinato de sus esposas por los taínos rebeldes de Caonabó. Y esto, por cierto, va a ser una constante a partir de ahora en las guerras de conquista españolas en América: porque además del estupor que los indios sentían ante el fuego y el estruendo de los arcabuces, la potencia de los caballos y la agresividad de los perros alanos, siempre hubo gruesos contingentes de indios aliados en todas las campañas de los conquistadores.

Colón, que ya ha logrado pacificar su propia colonia, tiene a su fuerza preparada. La cuestión ahora es cómo y dónde atacar. Su hermano Bartolomé ha ordenado varias expediciones hacia el interior. Todas ellas se han saldado con éxito, pero la isla es muy grande para tan poca hueste y el enemigo se mueve a favor del terreno. El almirante recibe entonces una visita inesperada: Alonso de Ojeda, el jefe del fuerte de Santo Tomás, que acude a La Isabela para exponer al almirante la desesperada situación del medio centenar de hombres que allí resiste, asediado sin descanso por los taínos de Caonabó. Ojeda lleva meses combatiendo a los ciguayos. Prácticamente no ha habido día sin lucha. Nadie conoce al enemigo mejor que él. Ojeda debió de brindar al almirante valiosas informaciones. Y seguramente algo más le dijo Ojeda. Por ejemplo, que el mejor modo de combatir a los rebeldes era dejarlos sin cabeza. Y la cabeza de la rebelión era Caonabó, el exterminador del fuerte Navidad.

De Ojeda ya hemos hablado aquí: un militar de Cuenca, oriundo de La Bureba burgalesa, veterano de la guerra de Granada, hombre de confianza del obispo Fonseca y que, en calidad de tal, había acudido a las Indias en este segundo viaje de Colón dentro del cupo de enviados de la propia corona. Un tipo templado, audaz, duro, pequeño de cuerpo pero grande en coraje y también en inteligencia. Ojeda había levantado con Margarit el fuerte de Santo Tomás, en el interior de la isla, y había quedado al frente del destacamento español cuando el catalán volvió a La Isabela. En su puesto había frenado una tras otra todas las acometidas de los indios que hostigaban el fuerte. Si alguien podía ahora afrontar la tarea de neutralizar a Caonabó, ese era Ojeda. Y no lo haría con un ataque frontal en territorio enemigo, sino con una jugada de astucia.

A partir de este momento comienza una operación que parece más propia de una película de aventuras. Ojeda parte hacia el interior con solo nueve jinetes. Por todas partes se encarga de hacer saber que no va a atacar a Caonabó, sino a ofrecerle la paz. El cacique enemigo se entera de la extraña embajada y ordena que se le permita acercarse; sin duda deseaba conocer a aquel formidable soldado que tan difíciles le había puesto las cosas en el fuerte de Santo Tomás. Después de cabalgar sesenta leguas, Ojeda llega hasta el jefe de la coalición rebelde: un rey duro y austero, un caudillo guerrero sin tronos ni lujos. Ambos, Ojeda y Caonabó, se han combatido directamente en los últimos meses. El español ha resistido los ataques sin tregua del ciguayo; este ha podido comprobar de qué pasta estaba hecho el español. Dos enemigos frente a frente. Que se respetan lo bastante como para,

ahora, parlamentar.

Caonabó recibe a los españoles rodeado por su feroz séquito. Y allí Ojeda le hace una propuesta sorprendente: le invita a ir con él a La Isabela porque —arguye— Colón desea firmar la paz y, en prenda, va a regalar al cacique la campana de la colonia, aquel extraño objeto de bronce cuyo sonido fascinaba y a la vez amedrentaba a los indígenas. Caonabó acepta: interpreta la oferta de Ojeda como un signo de sumisión. Pero el cacique ciguayo no irá solo, sino que con él llevará a sus guerreros. Y no se refiere a su séquito, no: se refiere a todo su ejército. Así Ojeda y sus nueve jinetes parten de regreso hacia La Isabela acompañados por Caonabó... y varios cientos de indios hostiles.

Sin duda no era exactamente esto lo que había planeado Ojeda, pero, a lo hecho, pecho: el capitán y sus nueve jinetes vuelven grupas hacia La Isabela acompañados por Caonabó y su ejército de ciguayos. A medida que se acercan, el temor de los nuestros crece: van a presentarse en la precaria capital de La Española con una feroz tropa enemiga. Y entonces, cuando aún les separan de la ciudad varios días de camino, Ojeda hace algo sorprendente: en un alto del trayecto organiza una solemne ceremonia para entregar a Caonabó un regalo muy especial. Son unas pulseras. Unas joyas de resplandeciente y pulido metal iguales —dice el capitán— a las que portan los reyes de España. Caonabó se deja agasajar entre el alborozo de sus guerreros. Ojeda coloca en las muñecas del cacique aquellas pulseras. Acto seguido, el español invita al ciguayo a subir a la grupa de su caballo. Con sus nueve jinetes, Ojeda celebra el acontecimiento, los caballos caracolean y piafan como en un cortejo triunfal que los indios rubrican con grandes aclamaciones. Los nativos ignoran que en realidad aquellas regias pulseras son grilletes que han atenazado los brazos del cacique. Y en un momento dado, ante los indios boquiabiertos, los diez españoles salen a escape y se internan en la espesura. Con Caonabó preso.

Cuando los indios salieron de su pasmo, los españoles ya habían corrido muchas leguas a lomos de sus corceles. Amarraron bien a Caonabó y se dirigieron a La Isabela sin perder un minuto. Aún les aguardaban varios días de camino entre la selva y los pantanos, pero lograron su propósito: llegaron a la ciudad con el jefe enemigo como trofeo. Colón no salía de su asombro cuando vio ante sí, amarrado, al terrible Caonabó.

El almirante interrogó al cacique. Este se mostró orgulloso e inasequible a los requerimientos de Colón. Finalmente se resolvió mantenerle encerrado hasta que un barco pudiera partir a España: conforme a los usos de la época, Caonabó sería presentado a los reyes de Castilla y Aragón como jefe del pueblo enemigo y con él habría de negociarse cualquier tratado de paz. Pero hasta que eso sucediera, sería preciso afrontar un peligro inminente: los otros caciques hostiles, parientes y amigos de Caonabó, enterados del cautiverio de su jefe, empezaban a reunirse para atacar a los españoles. Iban a hablar las armas.

La coalición de caciques se dio cita en Vega Real, cien kilómetros al sureste de La Isabela, al pie de las montañas donde las tribus rebeldes se sentían seguras. Sin duda Ojeda había previsto esa circunstancia. Más aún, probablemente se trataba de algo calculado de antemano, porque el mejor modo de vencer a los indios era, en efecto, fijarlos en un solo punto, de manera que se vieran obligados a presentar batalla campal, en vez de combatirlos en su propio terreno, donde las selvas y las sierras harían muy difícil doblegarlos. Y así, en cuanto llegaron a La Isabela noticias de la

concentración indígena, la hueste española partió a su encuentro.

Fue el 27 de marzo de 1495. Los caciques rebeldes habían reunido a sus tribus en gran número; diez mil combatientes, dice fray Bartolomé de las Casas, probablemente exagerando un poco. Los mandaba Manicaotex, hermano del cautivo Caonabó. Los españoles eran algo más de trescientos, cifra a la que hay que añadir los aliados indios de Guacanagarí, cuyo número desconocemos. Los rebeldes tenían a su favor su mayor número, sus flechas envenenadas y el conocimiento del terreno. Los españoles contaban con la superioridad militar de sus armas —ballestas y arcabuces—, sus caballos y sus perros, y con la ventaja de sus aliados indios, que ahora tendrían la oportunidad de solventar viejas querellas.

Colón permaneció en La Isabela, todavía enfermo. Quien dirigió a la hueste fue su hermano Bartolomé y, secundándole, el prodigioso Alonso de Ojeda. Bartolomé optó por una táctica elemental: atacar a la concentración india desde dos flancos, para dar al enemigo la impresión de que se enfrentaba a una fuerza muy numerosa. Y mientras tanto, por el centro de la tenaza avanzaría Alonso de Ojeda con sus jinetes en un choque frontal.

La batalla tuvo poca historia. Los españoles marcharon sobre los indios desde sus flancos. Cada brazo de la tenaza expelió su ración de flechas de ballesta y balas de arcabuz. Después los perros alanos se lanzaron sobre el enemigo y, tras los canes, los infantes y los indios aliados. La muchedumbre indígena se desorganizó en una retirada letal. Entonces cargó Ojeda con sus jinetes alanceando cuanto encontraba a su paso. Los indios corrieron despavoridos. Varios miles murieron. Otros muchos cayeron presos. Apenas unos minutos de furia. En eso consistió la batalla de Vega Real, también llamada de Jáquimo y del Santo Cerro. Y que a Alonso de Ojeda le valdría desde entonces el apelativo de *centauro de Jáquimo*.

La mayor parte de los caciques rebeldes se entregó a los españoles. Alguno huyó a otras islas con la esperanza de continuar la resistencia. Unos pocos indígenas lograron refugiarse en las montañas. Colón no será magnánimo: todas las tribus rebeldes se verán gravadas con fuertes impuestos en oro y en algodón. Así terminaba la aventura de los caciques hostiles. Tampoco terminó bien la historia de Caonabó: enviado a Castilla, falleció por el camino; según cierta versión, murió de dolor y pena, aunque otros dicen que, simplemente, enfermó y su cadáver fue arrojado por la borda.

Al final de la primavera de 1495 Cristóbal Colón ya había logrado pacificar La Española. Aquello ya se iba pareciendo al objetivo que el almirante pretendía. Y sin embargo, algo no terminaba de marchar bien: los tributos indígenas en oro seguían siendo insuficientes, los cultivos daban menos fruto del apetecido y los indios no dejaban de crear problemas. Para colmo de males, aquel otoño llegó a la isla un inquietante personaje: un tal Juan Aguado, repostero de la corona, que traía la misión de informarse sobre cuanto estaba ocurriendo en La Española. El almirante debió de maldecir al obispo Fonseca, el hombre que desde Sevilla inspeccionaba la aventura americana. Porque era Fonseca, sí, quien había ordenado el viaje de Aguado. Los problemas de Colón estaban lejos de haber concluido.

3. COLÓN PIERDE LA EXCLUSIVA

Un penitente retorna a la corte

Colón había pacificado La Española, pero un funcionario de la corona, el repostero Aguado, agente del obispo Fonseca, llegó a la isla para saber qué estaba pasando allí. Lo que encontró fue un cierto número de españoles ahorcados —la severa justicia del almirante—, una colonia hambrienta y menesterosa, unos colonos decepcionados, unos nativos sometidos a un severo régimen tributario —cuando no a la simple esclavitud— y, en las montañas, grupos de rebeldes refractarios al yugo español. Junto a todo eso, Aguado debió de ver mucha muerte. Morían los colonos de fiebres y extrañas enfermedades. Y morían, sobre todo, los indígenas por las mismas causas, porque los virus traídos por los españoles y sus animales —viruela, gripe, etc.— estaban diezmando aquellos cuerpos sin defensas contra las enfermedades de Europa (con la particularidad de que, en aquel tiempo, nadie sabía qué era un virus). Un desastre.

El repostero Aguado debió de quedar, no obstante, sumamente impresionado por el relato de Colón, un hombre cuya elocuencia y capacidad de convicción eran proverbiales. Y así el enviado de Fonseca pudo conocer también la inmensa geografía descubierta por el almirante, las condiciones paradisíacas de aquellas tierras y las grandes posibilidades de un suelo donde, pese a todo, abundaban el oro y el algodón. Todo consistía en saber organizar aquello, en tener paciencia y aguardar a que el Nuevo Mundo empezara a dar, generoso, los frutos que albergaba.

Pero el repostero Aguado no solo escuchó, sino que también habló. Y por Aguado debió de saber Colón las cosas que Margarit y fray Bernardo habían contado a los reyes. El hecho es que cuando al repostero le llegó la hora de volver a España, el almirante concibió una nueva jugada: le acompañaría en su viaje. ¿No le habían pedido los reyes acudir a Castilla? Este era el momento. Colón hizo provisión de oro, animales exóticos y cautivos. Tal sería su tarjeta de visita. El 11 de marzo de 1496 zarpaban de La Isabela dos carabelas: la veterana *Niña*, convenientemente reparada, y la *India*, armada en La Española. Con Colón y Aguado viajaban doscientos veinte colonos que, arruinados, habían visto defraudadas todas sus expectativas. Al navegante le tocaba ahora justificarse ante Isabel y Fernando. En la isla quedaba Bartolomé con una nueva misión: fundar otra ciudad con mejor puerto. Así nacería La Nueva Isabela, hoy Santo Domingo, en el sureste de La Española, junto al estuario del río Ozama.

Colón llegó a Cádiz el 11 de junio de 1496. Tres meses de travesía. El almirante había decidido navegar rumbo sur para evitar tempestades y el resultado fue aquel larguísimo periplo. En todo caso, quedaba abierto otro camino para llegar a la península. Una vez en Cádiz, despachó a los doscientos veinte colonos fracasados y reunió lo que había traído de las Indias: los treinta taínos cautivos, algunos animales exóticos y unas cuantas piezas de oro. Poca cosa, la verdad. El almirante pidió audiencia a los reyes. Se la concedieron para el otoño siguiente, en Burgos. Colón supo que tendría que hacer uso de toda su fuerza de convicción para que Isabel y Fernando siguieran creyendo en él.

Isabel y Fernando tenían en aquel momento otras ocupaciones. Las tropas españolas estaban

combatiendo en Italia contra los franceses. Francia había intentado ocupar Nápoles y Fernando de Aragón contestó organizando una coalición que contaba con la bendición del propio papa. Pese a los iniciales reveses militares, el Gran Capitán estaba dando la vuelta a la situación y sus victorias en Cosenza y Atelia habían echado a pique el poderío francés. Además, en aquel momento concluía la conquista de las Islas Canarias y empezaba a planificarse la toma de plazas fuertes en el norte de África.

Simultáneamente, los reyes trataban de tejer una sólida política internacional sobre la base de los matrimonios de sus hijos. La primogénita, Isabel, había emparentado con la casa real portuguesa. Juan, el segundo, iba a contraer matrimonio con Margarita de Austria, hija del emperador del Sacro Imperio, Maximiliano. Para Juana se preparaba un enlace de campanillas con Felipe de Habsburgo, hijo también del emperador. Igualmente se preparaban nupcias con la casa real inglesa. Aquellos vínculos tenían un objetivo político muy concreto: aislar a Francia, principal enemigo de España en aquel momento.

A estas alturas el conflicto con Portugal sobre qué zonas de exploración correspondían a cada cual —aquel por el que los reyes habían llamado a Colón casi dos años atrás— estaba prácticamente resuelto. En el verano de 1494 se había suscrito el Tratado de Tordesillas, que fijaba la línea divisoria en un punto 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. «Que se haga y asigne por el dicho mar océano una raya o línea derecha de polo a polo, del polo Ártico al polo Antártico, que es de norte a sur, la cual raya o línea e señal se haya de dar e dé derecha, como dicho es, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de poniente, por grados o por otra manera, como mejor y más presto se pueda dar, de manera que no será más», decía literalmente el tratado. ¿Asunto resuelto? En realidad, no.

El asunto no estaba enteramente resuelto porque ahora había una línea de referencia, sí, pero la cartografía de la época carecía de conocimientos suficientes para señalar con precisión la trayectoria de la línea. Durante años, sucesivos geógrafos tratarán de ceñir con exactitud por dónde pasaba la línea de marras. Aún se tardaría bastante tiempo en obtener una imagen definida. Con todo, el arreglo de Tordesillas fue suficiente para solucionar los problemas entre España y Portugal, al menos por el momento. Los portugueses veían reconocida su exclusividad sobre las rutas africanas y los españoles encontraban expedita la vía hacia las nuevas tierras descubiertas por Colón. Ambas partes se dieron por satisfechas. No hacía falta más. Ni siquiera la presencia del propio Colón.

El almirante llegó a Burgos aquel otoño de 1496, tal y como se le había ordenado. Había tenido dos meses para preparar su informe. Colón no ahorró esfuerzos a la hora de organizar su propia puesta en escena. De entrada, decidió presentarse ante los reyes envuelto en un tosco hábito penitente de franciscano. Porque esa iba a ser ahora la línea argumental del almirante: quizá no hubiera podido —todavía— volver con enormes cargamentos de oro, ni siquiera con la certidumbre de haber hallado las costas de Cipango, pero sí podía ofrecer un mundo entero abierto a... la evangelización. Y Colón sabía perfectamente que aquel argumento iba a tocar la fibra sensible de los reyes, especialmente de Isabel.

Gran diferencia había entre aquel primer retorno de tres años atrás, cuando Colón flotaba en la gloria del descubrimiento, y este nuevo regreso propiamente penitencial. El problema de Colón se

reducía a esto: los rendimientos obtenidos en La Española estaban muy por debajo de los gastos que la corona había destinado a la aventura. Para seguir adelante hacía falta más dinero, pero Isabel y Fernando no daban abasto con los costes de la campaña italiana y con las dotes precisas para su política matrimonial. En mal momento llegaba el almirante, que además no podía ofrecer otra cosa que promesas. Sin embargo, el argumento de la evangelización dibujaba un escenario nuevo: predicando la Cruz entre los indígenas España iba a prestar a la cristiandad un servicio nunca antes visto. Y los Reyes Católicos —aquel mismo año les concedería el papa tal título—, que habían hecho de la defensa de la Cruz el norte de su política, no podían desdeñar algo así.

Colón pudo comprobar que Isabel y Fernando, a pesar de las denuncias de Margarit y fray Bernardo, seguían confiando en él. Pudo comprobar también, eso sí, que los reyes no mentían y que las arcas de la corona estaban realmente exhaustas. No había dinero para sufragar una nueva singladura. Los fondos fueron llegando muy poco a poco, con una lentitud desesperante. Hasta bien entrado el siguiente mes de enero no pudo enviar Colón a La Española un par de barcos como avanzadilla —la *Niña* y la *India*, sus carabelas—, al mando de Pedro Hernández Coronel, con noventa labradores, víveres y bastimentos. Por cierto que en aquella expedición zarpó también al Nuevo Mundo un grupo de mujeres: algunas, esposas de los colonos; otras, solteras. Fueron las primeras mujeres españolas que viajaron a América. Y su misión era evidente: someter a una cierta disciplina familiar el caos pasional de La Española.

Mientras el descubridor se desesperaba tratando de encontrar fondos, a sus oídos llegó una noticia alarmante: el 8 de julio de 1497 el portugués Vasco de Gama había zarpado desde Lisboa con el propósito de doblar el cabo de Buena Esperanza y llegar hasta la India por el camino de África. Eso significaba que los portugueses iban a ganarle la mano por una ruta que, para Colón, seguía siendo más larga que la occidental por él abierta.

Como el dinero de la corona tardaba en llegar, el almirante buscó socorro en los armadores locales. Solo encontró indiferencia: las noticias que habían llegado ya del Nuevo Mundo no eran en absoluto halagüeñas y pocos estaban dispuestos a correr riesgos. Tuvo encuentros interesantes, como una larga charla con un armador y cartógrafo italiano llamado Américo Vesputio, pero el tono general fue la renuencia. El mismo recelo encontró Colón entre la marinería, hasta el punto de que tuvo que echar mano del privilegio regio de reclutar a presidiarios condenados por delitos menores. Todo parecía conspirar contra el navegante.

Algo debió de tener que ver con todo esto la actitud del obispo Fonseca, a quien los reyes habían entregado ya todo el control sobre los viajes a las nuevas tierras. Fonseca, recordémoslo, velaba ante todo por proteger los intereses de la corona —ciertamente, sin olvidar los suyos propios— en detrimento de los propósitos de Colón, que quería gobernar las Indias a su entero antojo. En la mente de Fonseca —y hay que suponer que con la plena connivencia de los reyes— iba madurando ya la idea de abrir la exploración a otros nombres que no fueran el exclusivo de los Colón. Aquellos largos meses del almirante en Sevilla debieron de hacerse insoportables.

Finalmente, en mayo de 1498, casi dos años después de su retorno, pudo considerar el navegante que estaba todo preparado para volver a las nuevas tierras descubiertas al otro lado del mar. Seis barcos zarparon de Sanlúcar de Barrameda. Poco más de trescientos hombres se enrolaron. Entre

ellos, Bartolomé de las Casas, que tanta importancia habría de tener en los sucesivos acontecimientos de las Indias. Y a Colón le aguardaban horizontes que en aquel momento no podía ni sospechar.

Las costas del paraíso y el rebelde Roldán

Olas gigantes, calmas atroces, indios desnudos adornados con perlas... El tercer viaje de Colón tiene algo de legendario. El propio almirante creyó haber llegado al paraíso (al de verdad). Pero cuando atracó en La Española, la cruda realidad iba a despertarle de su sueño.

Recompongamos el paisaje. Los seis barcos del tercer viaje de Cristóbal Colón zarparon de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498. El almirante sabía bien que la situación en La Española era dramática. Apenas trescientos hombres habían aceptado enrolarse en esta nueva aventura. Por otro lado, el portugués Vasco de Gama estaba buscando el camino a la India por África: a Colón se le acababa el tiempo para encontrar Cipango y Catay desde las islas que había descubierto. Y además, sin duda ya sospechaba que el obispo Fonseca, delegado de la corona para las cosas de Indias, pretendía arrebatarse la exclusividad de los viajes a las nuevas tierras. El descubridor necesitaba urgentemente un nuevo hallazgo.

Seguramente fueron todas estas consideraciones las que llevaron a Colón a dividir su flota: mientras tres barcos cargados de víveres y herramientas ponían proa directamente a La Española, el almirante buscaría nuevos caminos. Se quedó con los tres barcos restantes —la *Santa María de Guía*, la *Vaqueños* y el *Correo*— y tomó rumbo sur. En alguna parte tenía que estar el ansiado paso a las Indias o, aún mejor, el propio continente asiático.

Los tres barcos de Colón hicieron escala en Cabo Verde, el archipiélago africano de propiedad portuguesa, frente a las costas del Senegal. Después, con buen viento, se dirigieron al suroeste. Su sorpresa vino cuando el viento, de repente, se paró: el 13 de julio dejó de soplar. Colón había entrado en las terribles calmas de aquella región donde la quietud del mar aterrorizaba a los marineros y el calor sofocante corrompía el agua potable de a bordo. Ocho largos días sin la menor brisa llevaron a la tripulación al límite de su resistencia. Hasta que un día, como por milagro, sopló un fuerte viento del sudeste: el alisio, que ya no les abandonaría durante las siguientes semanas. El viento empujaba muy al sur. El almirante, temiendo al calor, enderezó rumbo al oeste. Y el día 31... ¡tierra!

Los barcos españoles habían divisado dos islas. La mayor fue bautizada como Santísima Trinidad. La otra, mucho más pequeña, recibió el nombre de Bella Forma (hoy se llama Tobago). El hallazgo permitió a los nuestros proveerse de agua fresca y algunos víveres. También descubrieron quiénes eran los inquilinos de aquellas islas: los inquietantes indios caribes. Los tres barcos bordearon Trinidad y avistaron otras tierras. Todo cuanto iba apareciendo a sus ojos era enteramente nuevo, perfiles nunca antes vistos. Los españoles creyeron que estas otras tierras eran igualmente islas, y así lo consignaron, pero no: eran los entrantes y salientes del delta del Orinoco. Colón había pasado a escasos kilómetros del continente americano... sin darse cuenta.

Bordeando Trinidad por el sur, rumbo oeste, se ha de pasar por un estrecho pasillo que separa la isla del continente. Boca del Sierpe, se llama. Y boca de serpiente debió de parecerles a los nuestros, en efecto, porque de súbito una enorme ola surgió de la nada para envolver a los tres barcos. Podemos imaginar el terror de los navegantes. ¿Qué pudo ser aquello? Hoy los investigadores se inclinan a creer que la gigantesca ola fue producto de una erupción volcánica

submarina. Es lo más probable, sí. Pero a Colón y los suyos, aquel mes de agosto de 1498, debió de parecerles un acontecimiento sobrenatural.

Aún no se habían disuelto los efectos de la ola cuando nuestros barcos llegaron a las mansas aguas de un golfo. Allí desembarcaron. Hallaron indios. Y descubrieron algo asombroso: aquellos nativos adornaban sus cuerpos desnudos con perlas, nada menos. En la mente de Colón iba tomando forma una extraña idea. ¿Qué podía ser aquella tierra mansa y grata, anunciada por terroríficas olas, pero hermosa y fértil, habitada por hombres que usaban perlas como quien emplea conchas de moluscos? Los nuestros exploraron la región. Lo que creían isla se reveló península: la de Paria. Estaban pisando el continente americano, pero el almirante no podía saberlo. Lejos de eso, a la vista de tan estremecedores fenómenos dio en pensar que se hallaba en el Paraíso Terrenal, la bendita región que tantos quebraderos de cabeza había dado durante siglos a los geógrafos medievales.

A todo esto, la salud de Colón no hacía sino empeorar. Las fiebres que años atrás le habían postrado en La Española volvían a sacudir su cuerpo. Perdía frecuentemente la conciencia y le fallaba la vista. Era preciso regresar a tierra conocida. Los barcos bordearon la península de Paria hasta hallar de nuevo mar abierto. Por fortuna el almirante sabía dónde estaba o, más precisamente, sabía dónde estaba La Española: al norte. La flotilla puso rumbo hacia allí. En pocos días divisó la gran isla que albergaba a la primera colonia española en las Indias. El 31 de agosto los barcos fondeaban en la desembocadura del Ozama, junto a la nueva ciudad de Santo Domingo. Aquí Colón encontró a su hermano Bartolomé. El almirante venía persuadido de haber pisado el paraíso. Pero lo que su hermano contó le hizo ver que había vuelto al infierno.

En ausencia del almirante todo había rodado cabeza abajo, una vez más. La relación con los indios había mejorado y la nueva ciudad, Santo Domingo, se hallaba perfectamente organizada, pero los víveres escaseaban, había mucha hambre, no venían noticias de España y, para colmo, el alcalde mayor de La Isabela, Francisco Roldán, se había sublevado y andaba por la isla recabando apoyos tanto entre indios como entre colonos. La Española podía arder por los cuatro costados en cualquier momento.

¿Por qué se había sublevado Roldán? Este caballero, al que unos hacen nacido en Moguer y otros en Torredonjimeno, había llegado a las Indias en el segundo viaje y era uno de los hombres de confianza de los Colón. Tanto que de hecho ostentaba la tercera autoridad de la isla, después de Cristóbal y Bartolomé. Roldán tenía fama de trabajador y astuto, pero le faltó templanza para soportar las numerosas privaciones a las que se vieron sometidos los españoles en aquella primera colonia. No había víveres. No había oro. Quienes acudieron buscando fortuna solo hallaban frustración. Cristóbal Colón, enfermo, viajaba aquí y allá, y la colonia, mientras tanto, se ahogaba. La severa justicia aplicada sobre los propios españoles no hacía sino aumentar el malestar.

Hay que intentar ponerse en la cabeza del rebelde. Cuando Margarit y fray Bernardo volvieron a España, todos creyeron que la corona iba a destituir al almirante. Más todavía cuando al cabo llegó el repostero Aguado para recabar información. Nadie daba un maravedí por la cabeza de Colón: sin duda —pensaban— sería ejecutado en cuanto pisara Castilla. Pasaron los meses. Pasaron los años. No llegaban noticias de España ni del almirante. No había duda: Colón había sido encarcelado y España había abandonado a los colonos a su suerte. Entonces Roldán concibió un plan: salir de la

isla, regresar a Castilla y cambiar de un plumazo la situación en la colonia. Cierta día, Roldán solicitó rebotar una carabela que los Colón, quizá previendo una fuga, habían varado en tierra. Diego Colón —el hermano menor de Cristóbal— se negó. Intuyendo las intenciones de Roldán, le sacó de la ciudad y le envió a cobrar impuestos a los indios. Pero Roldán aprovechó el encargo para internarse en la isla, reunir a los descontentos y organizar la rebelión.

Francisco Roldán se puso en campaña. A los españoles dispersos por la isla les ofreció tierras, riqueza e indios. A los indios les prometió exonerarles de tributos. Como el malestar era general, muchos prestaron oídos a sus palabras. Colón no había vuelto. La isla estaba sin cabeza. Había que organizarlo todo de otra manera. Rodeado de su hueste, Roldán llegó al fuerte Concepción, la más sobresaliente de las posiciones españolas, a mitad de camino entre La Isabela y Santo Domingo. Su gobernador, Miguel Ballester, le cerró la entrada y pidió ayuda a Bartolomé Colón, que andaba recabando tributos en otro lugar. Cuando llegó Bartolomé, este instó a Roldán a acatar las leyes de Castilla. Pero el alcalde mayor repuso que él no estaba contra las leyes de Castilla, sino contra unos malos gobernantes: los Colón. No hubo acuerdo.

La hueste rebelde volvió a La Isabela y se pertrechó de armas y víveres; esto ya era una guerra. Acto seguido marchó a la región de Xaragua y convenció al cacique Guarionex para sumarse a la rebelión. Guarionex debió de calcular que bien podía prestar a los españoles algunos de los esclavos que él mismo tenía, o los que pudiera hacer entre las tribus enemigas, si a cambio se le liberaba de pagar tributos. Otros muchos españoles y otros muchos indios le siguieron. Un auténtico ejército se dirigió contra el fuerte Concepción.

Pero en eso ocurrió algo que nadie había previsto: los dos barcos que Colón había mandado en avanzadilla de su tercer viaje, mandados por Pedro Hernández Coronel, llegaban a Santo Domingo con labradores, mujeres, víveres, armas y, sobre todo, una noticia desconcertante: Cristóbal Colón no había sido ajusticiado, ni siquiera encarcelado; al revés, pronto volvería a La Española con nuevas instrucciones de los reyes Isabel y Fernando. Y la rebelión de Roldán inmediatamente cambió de color. Los sublevados se dividieron. Bartolomé atacó los poblados de Guarionex y apresó al propio cacique. Pero Roldán iba a ser un hueso duro de roer.

Roldán no se echó atrás. Cuando Cristóbal Colón llegó finalmente a La Española, se entrevistó con el rebelde. Este exigía que se le confirmara en su puesto de alcalde mayor y que él y sus hombres fueran dotados con tierras e indios para cultivarlas. Colón tuvo que ceder en casi todas sus reclamaciones porque carecía de fuerza material para hacer otra cosa. Envío, eso sí, un par de barcos a España con una carta a los reyes: el almirante pedía sacerdotes, para evangelizar, y un juez para que pusiera orden. En el fondo era una confesión de impotencia.

Con la rebelión de Roldán empezó algo muy importante: el repartimiento de indios, es decir, la atribución a los colonos españoles de un cierto número de nativos para que cultivaran la tierra. El sistema iba a permitir obtener mejor rendimiento de las riquezas naturales de La Española, pero también iba a producir situaciones de esclavitud que no tardarían en levantar enorme polémica. Con todo, para Colón el mayor de los problemas no era este, sino otro: Alonso de Ojeda, el centauro de Jaquimo, el valiente capitán, que ya ha brillado en nuestro relato, se enemistaba con el almirante y volvía a España. Y no solo eso, sino que se proponía explorar las Indias por su cuenta.

La expedición de Ojeda: Colón pierde la exclusiva

Alonso de Ojeda había abandonado La Española profundamente decepcionado. El militar llevaba cinco años largos en las Indias, se había jugado la vida en la difícil plaza del fuerte de Santo Tomás, había hecho la proeza de apresar al cacique Caonabó en una operación de extrema audacia, había combatido día y noche contra los indios hostiles... A cambio, lo que veía era una colonia hundida en el caos, con unos gobernantes —los Colón— incapaces y arbitrarios, rebeldías intolerables como la de Roldán y muchas expectativas personales frustradas. Eso era lo que le había impulsado a salir de la isla después del último episodio de incompetencia de Colón. Y ahora llegaba a Sevilla para ver al obispo Fonseca y contarle qué estaba pasando realmente en las Indias.

No es difícil imaginar lo que Ojeda pudo decir al obispo Fonseca. Colón había prometido riquezas; las que había en La Española eran exiguas. Sin embargo, más al sur, en las costas abiertas en su último viaje, había descubierto perlas en abundancia. Si el objetivo era hallar nuevas fuentes de riqueza para la corona —y, naturalmente, para los propios exploradores—, ¿qué sentido tenía mantener cerradas estas nuevas rutas? El proyecto de Colón en La Española se estaba viniendo abajo por la incompetencia del propio almirante para gobernar la colonia. ¿No sería más sensato abrir otras expediciones al margen de la autoridad de Colón? Y en efecto, era más sensato. También más rentable.

Había, no obstante, un pequeño problema. ¿Podía organizarse un viaje a las Indias al margen de Colón? Delicado asunto. De hecho, durante los años siguientes iban a sucederse los pleitos sobre la cuestión (un punto capital de los famosos «pleitos colombinos»). Las capitulaciones firmadas por Colón con los Reyes Católicos otorgaban al almirante el derecho a participar —con sus correspondientes beneficios— en cualquier expedición a las Indias, pero no prohibía a nadie, y menos a la propia corona, fletar barcos por su cuenta a otros destinos de ultramar. De manera que sí, el obispo Fonseca podía patrocinar nuevos viajes sin violar pacto alguno. Y a ello se atuvo para empezar a socavar la exclusividad de Colón en las cosas de las Indias.

A mediados de mayo de 1499 zarpaba del Puerto de Santa María la expedición de Alonso de Ojeda. Con él viajaban otros nombres importantísimos. Por ejemplo, Juan de la Cosa, propietario de la *Santa María* en el primer viaje de Colón. Y también, el astrónomo y comerciante italiano Américo Vesputio, instalado en España desde algunos años atrás. Hay más gente importante: Diego Martín Chamorro, Juan Sánchez, José López, Francisco Morales... Todos ellos iban a inscribir su nombre en la historia de la navegación.

De Juan de la Cosa ya hemos hablado abundantemente: era uno de los hombres de confianza de la corona desde largo tiempo atrás. Había aportado la nao capitana en el primer viaje a las Indias y después se había desempeñado como piloto en la segunda exploración colombina, lo cual le había procurado unos conocimientos muy extensos sobre la región. Tanto por su relación privilegiada con la corona como por su experiencia en aquellas aguas, nada más lógico que contar con él para este viaje, que iba a ser el primero fuera del control de Colón. Pero fijémonos en el otro personaje que ahora aparece en nuestro relato: Américo Vesputio, que por un rocambolesco azar iba a terminar dando su nombre al Nuevo Mundo.

Este Vespucio (Amerigo Vespucci, en realidad) era un florentino que a estas alturas rondaba los cuarenta y cinco años y que tenía tras de sí una intensa experiencia comercial. Hijo de una familia notable, había llegado a Sevilla en 1489 como administrador de los bienes de los Medici en esa ciudad, porque Sevilla se estaba convirtiendo ya en un auténtico emporio de actividad naviera y mercantil. Montó una empresa de avíos navales y comercio de esclavos —en la época, una actividad enteramente convencional— y así entró en contacto con Colón. De hecho, su firma estuvo presente en la financiación de todos los viajes colombinos.

Cuando Colón le refirió sus hallazgos, Vespucio fue moderadamente escéptico. Parece ser que entonces concibió la idea de verificarlo por sí mismo, no se sabe bien si a propia iniciativa o por encargo del rey Fernando. La leyenda le atribuye un primer viaje a las Indias hacia 1497 que, con toda probabilidad, nunca existió. Pero sí se sabe a ciencia cierta que ahora, en esta expedición de Ojeda y Juan de la Cosa, Américo Vespucio iba a comprobar en primera persona la exactitud de los datos aportados por el descubridor.

Los barcos de Ojeda enfilaron hacia las Canarias. Después, rumbo suroeste, cruzaron el océano. En apenas tres semanas avistaban tierra. La ruta estaba ya trazada y el camino occidental a las Indias había dejado de ser un misterio. Sin embargo, los nuestros aún no saben que lo que tienen delante es un continente nuevo. De hecho, los barcos exploran el litoral del norte del Brasil pensando, como Colón, que en alguna parte ha de estar la ruta hacia Japón y la China, o Cipango y Catay, como entonces se les llamaba. ¿Adónde llegó exactamente Ojeda? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Hay quien cree que tocó, sin saberlo, el cabo de Consolación, en lo que hoy son tierras brasileñas. Otros sostienen —con abundante prueba documental— que en realidad este cabo no apareció en el mapa hasta que llegó Vicente Yáñez Pinzón, algunos meses después. Pero entonces... ¿qué vieron Ojeda, Vespucio y De la Cosa?

Sabemos que el propósito de Ojeda era buscar las regiones que Colón había identificado como el Paraíso Terrenal, y también que no las halló hasta algunos días después de ver tierra, luego lo más probable es que la expedición tocara las costas de la actual Guyana y desde aquí, siguiendo el litoral rumbo noroeste, navegara hasta hallar las islas de Trinidad y Bella Forma (hoy Tobago), descubiertas por Colón en su anterior viaje. Los de Ojeda exploraron el delta del Orinoco y siguieron la ruta colombina hasta las sorprendentes tierras donde los nativos se adornaban con perlas y el golfo de Paria, pero aquí no enderezaron hacia el norte, como había hecho Colón, sino que siguieron la costa. Porque, en efecto, había más costa. Aquella tierra parecía interminable.

La expedición llegó a la isla Margarita, frente al litoral de un extraño país donde los indígenas construían sus casas sobre postes de madera clavados en las aguas. Américo Vespucio, al ver aquello, pensó en Venecia, y desde entonces aquellas tierras se llaman Venezuela. Siguieron la costa hasta dar con otra isla: la de los Gigantes, que hoy se llama Curazao. Aquí Ojeda trató de capturar a una muchacha aborígen para llevarla a Castilla, pero la hostilidad de los nativos se lo impidió. De hecho, a Juan de la Cosa le propinaron un flechazo los indígenas.

Lo que sí pudieron coger los navegantes fue un buen montón de perlas. Aquello debió de parecerles un regalo del cielo, porque las perlas, en Europa, eran un material extremadamente valioso por su escasez, pero aquí abundaban como flores silvestres. Para completar la recolección,

Los nuestros obtuvieron también varias muestras de un árbol de madera muy dura y color rojo como la brasa, el *palo brasil* o *palo tintóreo*, que se utilizaba tanto para la ebanistería como para extraer colorantes. De ese palo brasil vendrá enseguida el nombre del gran país del Amazonas: Brasil. Aún siguieron los barcos explorando la costa hacia el oeste. Llegaron a un cabo que les pareció tener forma de vela de barco, y lo bautizaron como cabo de la Vela: era la península que hoy se llama La Guajira, en Colombia. Vespucio iba tomando cuidadosa nota de todo, en particular de la fauna y la flora de aquel extraño mundo. Y Juan de la Cosa, por su lado, iba dibujando en sucesivos mapas las nuevas tierras que aparecían a sus ojos.

A estas alturas, con la tripulación cansada después de más de tres meses de periplo, Ojeda resolvió poner rumbo norte y detenerse en La Española. Cuando llegaron ya era el 5 de septiembre de 1499. Poco sabía el guerrero de cuanto hubiera podido pasar en la isla durante su ausencia. Los barcos recalaron en Santo Domingo. Allí Ojeda descubrió algo asombroso: el rebelde Roldán se había reconciliado con Colón y ahora actuaba como alcalde mayor de la ciudad. En calidad de tal, Roldán interceptó a los expedicionarios y les inquirió por su permiso para explorar aquellas aguas. Ojeda tenía tal permiso —el obispo Fonseca siempre hacía las cosas a conciencia—, pero era evidente que los barcos de Ojeda, Vespucio y De la Cosa no iban a tener un buen recibimiento en la isla.

La expedición navegó en torno a La Española y llegó a las Lucayas, que hoy se llaman las Bahamas. Allí Américo Vespucio, que estaba tan convencido de hallarse en Asia como todos los demás, creyó identificar el cabo Catigara, sede del mítico mercado oriental consignado por Tolomeo. Los barcos cargaron esclavos y, al fin, decidieron poner rumbo de nuevo a Castilla. Habían estado casi un año en la mar. Además de los esclavos, traían algunas perlas y palo tintóreo. Y una buena porción de datos geográficos y astronómicos para completar el borroso mapa de aquellas misteriosas Indias occidentales.

La expedición de Ojeda arribó a Cádiz hacia el mes de junio de 1500. Américo Vespucio venía enfermo de malaria. El italiano se apresuró a escribir una carta a su amigo Lorenzo di Pierfrancesco con los resultados de su viaje: descripciones de flora y fauna y, sobre todo, datos astronómicos. En principio, las cosas que Vespucio contaba eran decepcionantes: los portugueses ya habían recorrido el camino hasta la India doblando África, de manera que los descubrimientos de los españoles no dejaban de ser meros tanteos en unas tierras sin interés. Poco podía imaginar entonces Américo Vespucio que sus crónicas sobre aquel viaje, y otros que le sucederían, terminarían llegando a un monasterio de los Vosgos donde un monje cartógrafo, Martin Waldseemüller, impresionado por el relato, pondría a las nuevas tierras su nombre: América.

En cuanto a Juan de la Cosa, se aplicó a poner en limpio el abundante material cartográfico que había traído de su odisea. Era mucho lo descubierto. En el espacio vacío del Extremo Occidente aparecían sin cesar los perfiles de tierras nuevas. Y más que iban a aparecer cuando, pocos meses después de su llegada a Cádiz, De la Cosa se encontrara con alguien que también volvía de las Indias: Vicente Yáñez Pinzón, que acababa de descubrir las costas del Brasil, nada menos. Pero esta historia hay que contarla aparte.

Niños y Pinzones: la costa de las perlas y el Brasil

Todo había cambiado desde el momento en que otros navegantes pudieron transitar las rutas que había abierto Colón. El Nuevo Mundo se hacía cada vez más grande y las oportunidades de riqueza crecían. Fonseca, desde Sevilla, movía los hilos.

Algunos comentaristas dibujan al obispo Fonseca, delegado de la corona para los asuntos de Indias, como una especie de torvo traidor que pisó los derechos de Cristóbal Colón y le arrebató la gloria del gran descubrimiento. Sin embargo, la verdad es que Fonseca no hacía otra cosa que defender los intereses de la corona, que se había gastado una fortuna en financiar la aventura colombina y a estas alturas, casi siete años después, no había obtenido a cambio más que algunas muestras de oro, unos cuantos indios y un cierto número de animales exóticos. El testimonio de Ojeda debió de ser decisivo: en el Nuevo Mundo había riqueza, pero Colón no era el hombre adecuado para sacarle partido. El pacto de Colón con los reyes reservaba al almirante un radio de 50 leguas como territorio exclusivamente suyo. Pero fuera de ese radio, el mar estaba abierto a cualquier navegante. Y Fonseca decidió dar paso a otros espíritus aventureros.

Al poco de salir Ojeda zarpó del puerto de Palos otro veterano del descubrimiento: Pedro Alonso Niño, que había pilotado la *Santa María* en el primer viaje de Colón y participado también en el segundo, y que en los años siguientes había navegado en varias de las expediciones que fueron y vinieron de La Española. Pedro Alonso Niño —de la misma familia que había aportado la carabela *Niña*— había recibido ya el título de piloto mayor de las Indias y conocía muy bien aquellos mares. Buscó financiación en su amigo Luis Guerra, un comerciante de Triana, que situó a su hermano Cristóbal como capitán de la expedición. Armaron una carabela. Enrolaron a treinta y tres hombres y se hicieron a la mar.

Lo que Niño buscaba era muy concreto: perlas. Las había visto en el viaje de Colón por la península de Paria y sabía muy bien que la región quedaba fuera del radio de 50 leguas reservado al almirante. Buen navegante como era, tardó muy poco en llegar a destino. En la isla Margarita estaba el ansiado mercado indígena de perlas. Podemos imaginar el asombro de los nuestros al ver aquello. El cronista Pedro Mártir de Anglería dice que «cargaron perlas como si fuera paja». El procedimiento consistía en ofrecer a los nativos cosas que para los españoles tenían poco valor: vidrios, por ejemplo, o piezas de latón. Baratijas, sí, pero que los indígenas apreciaban mucho, porque ya se sabe que el valor de las cosas reside en su escasez, y allí, en las Indias, no había vidrio ni apenas metalurgia. Por el contrario, las perlas significaban bien poca cosa para los nativos.

Niño y los suyos sacaron más de 150 marcos de perlas. El marco era un patrón de peso que solía usarse para el oro y la plata. Un marco castellano de la época equivalía a unos 230 gramos. Total: 34,5 kilos de perlas. Si tenemos en cuenta que una perla de un gramo ya era un tesoro, podemos imaginar la euforia de Niño. Y los indios —subraya la crónica— quedaron muy contentos pensando que habían engañado a los españoles al venderles aquellas «piedrecillas» sin valor alguno. Cuestión de perspectiva, sin duda.

Pedro Alonso Niño hizo otro descubrimiento importante: unas inagotables salinas en la punta de Araya, en el norte de Venezuela. De ahí iban a proveerse de sal los españoles de Indias durante

muchos años. Y concluido el trabajo, volvieron a España sin perder más tiempo. A mediados de 1500 atracaba la carabela en el puerto de Bayona, en Pontevedra. Vendieron 96 marcos de plata y se quedaron con el resto. Por desgracia, la codicia les cegó: omitieron declarar todo su cargamento para no tener que pagar a la corona el «quinto real» (el 20 por ciento de sus ganancias, el impuesto habitual en estos casos) y Niño y los suyos se vieron envueltos en un enojoso proceso judicial. Aun así, y cumplido el trámite, pronto pudieron volver a casa. Eran ricos.

Aún estaba Niño en la isla Margarita cuando salió de Palos otro veterano del primer viaje colombino: Vicente Yáñez Pinzón, el pequeño de los Pinzones, que en la aventura de 1492 había sido capitán de la *Niña*. Firmó las correspondientes capitulaciones con Fonseca y el 19 de noviembre de 1499 se hizo a la mar con cuatro carabelas. El viaje de Niño había sido una vertiginosa operación comercial; este de Pinzón se proponía ser algo más grande. Lo era, primero, por la cantidad de gente que llevaba: cuatro barcos repletos de voluntarios reclutados entre vecinos, parientes y amigos, donde no faltaban el médico Garci Fernández, uno de los primeros amigos de Colón en Palos, y el otro Pinzón superviviente, Francisco Martín. Pero este viaje era más grande también por su objetivo: colonizar nuevas tierras fuera del territorio colombino. Adelantemos que Vicente Yáñez iba a ver frustrado su proyecto, pero a cambio firmaría una hazaña asombrosa.

Los barcos de Pinzón se lanzaron al sur; muy al sur. Hasta este momento los barcos españoles hacían escala en Canarias, primero, y en Cabo Verde después para tomar enseguida rumbo oeste: era el camino natural que marcaban los «ríos de viento» de los alisios y la corriente ecuatorial norte. Vicente Yáñez resolvió dirigirse más al sur todavía, para aparecer lejos de las tierras tocadas por Colón en su tercer viaje. Corrieron 700 leguas desde Cabo Verde. Tan al sur marchó que atravesó la línea del ecuador, allá donde la Estrella Polar desaparece. Cosa no menor, porque en aquel tiempo la referencia esencial de los navegantes eran las estrellas y los marinos españoles no conocían el cielo austral. Era la primera vez que barcos castellanos cruzaban la línea media del planeta. Podemos imaginar el ánimo sobrecogido de los nuestros al hallarse bajo un cielo distinto. Para hacer más estremecedor el episodio, una terrible tormenta sacudió en ese momento a la flota. Fue un auténtico milagro que a ningún barco se lo tragara la mar. Y 240 leguas después, hacia el oeste, hallaron tierra.

Era el 26 de enero de 1500. Navegaban los barcos de Pinzón por aguas extremadamente turbias. Lanzaron una sonda: 16 codos, es decir, más o menos 8 metros. Se acercaron a la playa. Desembarcaron. Hallaron numerosas huellas en la arena. Exploraron los alrededores. Por todas partes había signos de presencia humana, pero no vieron a nadie. Finalmente, resolvieron grabar en unos árboles los nombres de Isabel y Fernando como signo de su toma de posesión de aquel paraje. Lo llamaron cabo de Santa María de la Consolación. Hoy se llama cabo de San Agustín, en una tierra que pronto sería bautizada como Brasil. Porque Vicente Yáñez Pinzón, en efecto, había descubierto el Brasil antes de que llegaran allí los portugueses.

La expedición siguió la costa rumbo noroeste. Halló entonces un río de aguas poco profundas. Como las carabelas no podían entrar en ellas sin riesgo, Pinzón resolvió enviar cuatro barcas con hombres armados. Fue grande su sorpresa cuando, al llegar a la playa, divisaron sobre un cerro a una multitud de indígenas. Al fin, humanidad. Uno de los nuestros se adelantó para negociar. A una distancia prudencial de los nativos, les arrojó un cascabel. Estos respondieron lanzando a su vez una

vara de oro. El español se inclinó sobre el objeto. Parecía que sería posible entrar en tratos. Pero, en ese momento, los indios se abalanzaron sobre el embajador y le rodearon con la evidente intención de apresarlos.

El español, cuyo nombre no nos ha legado la crónica, sacó la espada, terció la rodela y se defendió como pudo. Los indios porfiaban por atrapar a aquel demonio que con su metal segaba los brazos de quienes se acercaban. Los demás expedicionarios, viendo lo que ocurría, echaron a correr hacia el lugar para ayudar a su compañero. Hubo lucha. Corrió la sangre. Ocho españoles cayeron; otra docena quedaron heridos de diversa consideración. Peor parte llevaron los indígenas, que finalmente abandonaron el campo dejando tras de sí a un buen número de los suyos. Los de Pinzón volvieron a sus barcos.

Las carabelas continuaron recorriendo aquel extraño río que de repente se convertía en mar y otras veces desaparecía para dejar paso a intrincados laberintos de islas. Cuarenta leguas después llegaron a otro río. Pero ocurría algo extraño: a lo largo de todo el trayecto, la mar era dulce. Y las olas se comportaban de una manera nunca vista, levantando enormes marejadas que alzaban a los barcos por los aires. Tardaron en comprender que en realidad no estaban navegando por el mar ni aquel segundo río era un curso fluvial distinto, sino que se trataba del mismo: la inmensa boca del Amazonas, que los indios llamaban Marañón. Penetraron en aquel misterio y, pasmados, observaron cómo de todas partes aflucía agua hacia su cauce: «Desde unos grandes montes se precipitaban con gran ímpetu ríos de rápidas corrientes. Dicen que dentro de aquel piélago hay numerosas islas feraces por la riqueza de su suelo y llenas de pueblos», escribe Pedro Mártir de Anglería.

Los barcos de Pinzón siguieron por aguas ya conocidas hasta la península de Paria, donde cargaron 3.000 libras de palo brasil (una libra castellana equivalía a algo menos de medio kilo). Después, varios islotes de las Antillas, donde descubrieron, entre otras cosas, numerosas comunidades de indios hostiles y, en plena selva, un extraño marsupial, tal vez un rabipelado. Pasaron por La Española y a finales de junio se vieron sorprendidos por una fuerte tempestad.

Pinzón, que conocía aquellas aguas, buscó refugio en los Bajos de Babueca, un área que algunos sitúan en la isla de Barbuda y otros en la del Gran Turco. Fue una catástrofe. Dos de los cuatro barcos naufragaron. Un tercero se perdió de vista y no volvió a aparecer hasta que la tormenta se disipó. Tremendo.

Vicente Yáñez Pinzón regresó al puerto de Palos el 30 de septiembre de 1500. Venía quebrantado y deprimido, con dos carabelas perdidas, muchas bajas y unos rendimientos económicos lamentables. Lo que había descubierto era extraordinario, pero, para el marino, no compensaba el esfuerzo. Los Reyes Católicos trataron de animarle a proseguir: le hicieron gobernador de toda la región descubierta —la costa norte del actual Brasil, desde el Amazonas hasta el Orinoco—, le concedieron la sexta parte de todo lo que obtuviera de aquellas tierras y le nombraron caballero. Pero Vicente Yáñez Pinzón no lo veía claro, quizá porque presumía que estas aguas eran de titularidad portuguesa. No habrá una nueva expedición brasileña. Con todo, al valiente marino de Palos aún le quedaban muchas páginas por escribir.

Y mientras todo esto ocurría, ¿qué hacía Colón? El almirante, en La Española, trataba infructuosamente de poner orden en el caos. En su última carta a los reyes había pedido que se le

enviara un juez. El juez llegó. Francisco de Bobadilla, se llamaba. Y Colón no podía ni imaginar cuánto iba a arrepentirse de su propia petición.

El día que Colón cayó en desgracia

Los reyes habían recibido la carta de Colón pidiendo que se le enviara a alguien capaz de ayudarlo a impartir justicia. Isabel y Fernando tenían al hombre adecuado: Francisco de Bobadilla, aragonés, freire de la Orden de Calatrava, hombre con fama de honrado y religioso, llano y humilde, inasequible a la codicia y colmado de las más dignas virtudes del caballero. Bobadilla no era un militar. Tampoco un aventurero. Menos aún un intelectual. Era un cortesano, un hombre que había hecho carrera en la corte de Fernando de Aragón, pero no debemos imaginar a un diplomático avezado en las habilidades sociales. Al revés.

Bobadilla era lo que suele llamarse «un duro», un tipo enérgico y resolutivo al que los reyes encomendaban misiones especialmente ásperas, y de hecho esas eran las virtudes que le habían permitido subir en el escalafón. En 1480 se le designó comendador de la Orden de Calatrava en diversas poblaciones que habían entrado en desobediencia. Por ejemplo, Auñón, en Cuenca. Su actuación allí fue tan dura que los vecinos quisieron matarle. No lo consiguieron, evidentemente. Eran los años en los que Isabel y Fernando empezaban a someter a los señores feudales, lo cual incluía a los feudos de la órdenes militares como Calatrava. Después Bobadilla ocupó el mismo cargo en Berninches y El Condado, en Guadalajara: nadie le amó por aquello, pero cumplió a plena satisfacción la misión encargada por los reyes. Y nadie mejor que él para poner orden ahora en La Española.

Los reyes nombraron a Bobadilla juez («pesquisidor») en las Indias en marzo de 1499. Dos meses después hacían algo más: le dotaban con un tesoro de 90.000 maravedíes para pagar atrasos a los colonos y le nombraban... gobernador. Pero, entonces, ¿en qué posición quedaba Colón? Evidentemente, el propósito de la corona era destituir al almirante. La razón: su incapacidad para someter la rebelión de Roldán. Conste que los reyes se lo tomaron con calma: todo un año estuvo Bobadilla aguardando la orden de zarpar. Tal vez los reyes esperaban noticias positivas: que Colón hubiera sofocado la rebelión. Pero las informaciones que iban llegando eran cada vez peores.

Al fin Isabel y Fernando dieron a Bobadilla una carta para que se la entregara al almirante en La Española. La carta, muy escueta, decía así: «Nos hemos mandado al comendador Francisco de Bobadilla, llevador desta, que vos hable de nuestra parte algunas cosas qué'l dirá. Rogamos vos que le deis fe e creencia y aquello pongáis en obra». Empezaba el verano de 1500 cuando Bobadilla se hizo a la mar. Llevaba dos carabelas —la *Gorda* y la *Antigua*— con cincuenta hombres en cada una. Entre ellos, varios religiosos. Y además, diecinueve de los indios llevados a España por Colón y que volvían ahora a su tierra.

El 23 de agosto de 1500 llegaron a Santo Domingo los barcos de Bobadilla. Lo primero que vio nada más bajar a tierra fueron siete cadáveres de españoles colgando de la horca. Preguntó por Cristóbal Colón; no estaba. Preguntó por Bartolomé; tampoco estaba. Allí solo estaba Diego Colón, el otro hermano. El almirante y Bartolomé —refirió Diego— se hallaban en el interior, sofocando revueltas... de españoles. Los ahorcados —siguió el menor de los Colón— eran rebeldes; otros cinco aguardaban en la mazmorra para ser ejecutados al día siguiente. Bobadilla debió de sentirse como si hubiera entrado en una casa de locos.

¿Qué estaba pasando en La Española? Fundamentalmente, que la colonización había fracasado. El almirante había llegado en 1493 con 1.200 hombres. De ellos no quedarían ahora más de 400 españoles, todos ellos acosados por el hambre y las enfermedades. La población indígena —como mucho, unas 90.000 personas—, entregada después de la batalla de Vega Real, se adaptaba como podía a la nueva situación. El intento de obtener cultivos que hicieran a la colonia autosuficiente había quedado frustrado, en parte por razones técnicas —las semillas traídas de España no arraigaban— y en parte porque la mano de obra india no sabía cultivar como los españoles querían. Pronto las únicas vituallas disponibles fueron las que de vez en cuando venían de España, que el almirante guardaba en los almacenes y distribuía con severidad: «Una escudilla de trigo y una tajada de tocino rancioso o de queso podrido y no sé cuántas habas o garbanzos», según refiere fray Bartolomé de las Casas.

Con el hambre vino el descontento, y con el descontento las peleas... por comida. Hubo quien pretendió superar la situación explotando hasta el agotamiento a los indios, lo cual solo sirvió para que estos empezaran a morir. La mortandad de la población indígena en estos años es tremenda. ¿Exterminada por los españoles? Exterminada más bien por el hambre y por las enfermedades que los nuestros traían, y en particular, en este primer momento, por la sífilis. Se calcula que a la altura de 1500 la sífilis, o lo que parecía tal, afectaba ya al 30 por ciento de la población de La Española. ¿Era realmente sífilis? Los científicos actuales tienden a pensar más bien que se trataba de infecciones y enfermedades contraídas en los genitales por defecar y orinar al aire libre, en la selva, expuestos a los mosquitos. El hecho es que los españoles caían a mansalva y los indios, por supuesto, también y en mayor número. Muchos indios, agotados y enfermos, optaban por suicidarse. Esta fue la causa de que, cuando comenzaron las sublevaciones de tales o cuales españoles, una buena porción de indios se sumaran a la rebelión... contra otros españoles y contra otros indios. Ya hemos visto que Colón quiso resolver la situación pactando con los rebeldes y otorgándoles encomiendas, indios, tierras, reses, etc. Fue peor el remedio que la enfermedad, porque a partir de aquel momento la isla se hizo ingobernable.

Bobadilla, que era tipo curtido, no tardó en darse cuenta de lo que pasaba y tomó una primera decisión: prender a Diego Colón antes de que ahorcara a más gente. Después entró en la fortaleza y revisó todos los casos pendientes de horca; los reos quedaron absueltos o libres previa fianza, pues no eran pleitos graves. Finalmente, el pesquisidor resolvió ir a por el propio almirante, responsable de todo aquello. Mandó orden a Colón para que se presentara en Santo Domingo. Cuando los dos hombres se encontraron, Bobadilla esgrimió la carta de los reyes que ya conocemos, «que vos hable de nuestra parte algunas cosas qué os dirá». Y vaya si se lo dijo: Cristóbal Colón fue inmediatamente encerrado.

Quedaba un Colón libre: Bartolomé. Cuando se enteró de lo que estaba pasando, marchó con una hueste armada hacia Santo Domingo para liberar a sus hermanos. Pero no hubo lucha, porque el almirante, que sabía que Bobadilla venía con instrucciones precisas de los reyes, terció para que Bartolomé se entregara: lo último que podía convenirle en aquel momento era alzarse en armas contra un enviado de la corona. Así Bartolomé quedó también preso. Y no solo él, porque enseguida Bobadilla se dirigió contra el principal factor de caos de aquella casa de locos: el rebelde Francisco

Roldán, al que también hizo preso. ¿Ya era bastante? No, porque quedaba suelto el cacique indio que, pactando con unos y otros y peleando con otros y unos, más había enredado en toda esta historia: Guarionex. Así que también Guarionex acabó en la mazmorra.

En cuanto pudo, Francisco de Bobadilla se las arregló para aviar un barco —la carabela *Gorda*—, meter en él a los hermanos Colón y mandarlos a Castilla. Dice la tradición que Colón no quiso que le quitaran los grilletes, para acentuar lo injusto de su condición. La verdad es que, según la mayoría de los testimonios, en ningún momento fue encadenado. También había gozado de cierta libertad incluso durante el periodo que pasó encerrado en Santo Domingo. De hecho, pudo escribir varias cartas. Una de ellas iba dirigida a Juana de la Torre, hermana del veterano marino Antonio de Torres y, según parece, persona próxima a la reina Isabel. En esa carta el almirante expresó toda su amargura al verse tratado «como un gobernador cualquiera» y no como un hombre que había dado a la corona nuevas tierras. Aquella misiva llegó a la corte y sin duda hizo su efecto.

Los Colón, cautivos, tocaron el puerto de Cádiz el 20 de noviembre de 1500. Allí el almirante envió un mensaje a los reyes, que se encontraban en Granada. Isabel y Fernando, indulgentes, dieron orden de poner inmediatamente en libertad a los tres hermanos. No solo eso, sino que además le enviaron 2.000 ducados para sus gastos personales y dieron cita a Colón para pocas semanas después. El lugar del encuentro sería la Alhambra. El día 17 de diciembre entró Colón de nuevo en la corte. Contó su versión de los hechos. Expuso sus hallazgos y sus planes. Los reyes le brindaron palabras de aliento y cariño. También restituyeron al almirante sus bienes. Pero nada más: si el almirante esperaba que Isabel y Fernando le designaran de nuevo gobernador, todas sus expectativas quedaron frustradas. Los reyes le habían devuelto la dignidad personal, incluso iban a autorizarle un nuevo viaje, pero su posición como virrey de las Indias quedaba anulada de hecho.

Colón no iba a ser gobernador porque los reyes ya habían pensado en otra persona: Nicolás de Ovando, caballero de la Orden de Alcántara y funcionario de plena confianza, del que pronto nos ocuparemos con detalle. Él tomaría el relevo del pesquisidor Bobadilla, que mientras tanto completaba su tarea en La Española. Ovando llegó a la isla en abril de 1502. Llevaba consigo a Bartolomé de las Casas —que aún no era sacerdote— y a un agente del propio Colón: Alonso Sánchez de Carvajal, encargado de que los derechos económicos del descubridor fueran respetados. ¿Qué derechos? Ante todo, la décima parte de todas las mercaderías que se obtuvieran en las Indias, cuestión esta que Colón iba a defender hasta la extenuación y que enseguida irá acompañada de otros privilegios, como la tercera parte sobre las transacciones de las mercaderías y poder contribuir con la octava parte de los gastos de cualquier nueva armada, con los consiguientes beneficios a cambio. Hay que señalar que pocas veces conseguirá lo que pedía.

En España, el almirante eludió la cárcel y el castigo: seguía contando con la amistad de los reyes. Con lo que ya no contaba era con su confianza. Arrinconado en Granada, el almirante se encuentra con sus hijos, Diego y Hernando, ennoblecidos como pajes de la reina Isabel. La primera preocupación del descubridor es que nadie ponga en cuestión sus derechos sobre unas tierras que, después de todo, él ha incorporado a la corona. ¿Cómo hacerlo? Poniendo por escrito sus títulos: eso es el *Libro de los privilegios*, cuarenta y cuatro documentos que recogen todo lo que ha descubierto al otro lado del mar. No es solo un hombre que porfia por que no le quiten lo suyo; es también un

visionario que invoca el nombre de Dios, por quien se considera elegido para cumplir una trascendental misión. Por eso escribe igualmente el *Libro de las profecías*, donde recopila pasajes de la Biblia y se atribuye a sí mismo la misión de recabar oro para reconquistar Jerusalén. Tenía razones para apuntar tan alto: muchas otras ambiciones navegaban ya por los caminos que el almirante había abierto.

4. LA FORJA DE UN MUNDO NUEVO

La primera imagen del Nuevo Mundo

Colón ha terminado arrinconado en Granada. Desde allí ve, impotente, cómo otros navegantes se lanzan al Nuevo Mundo. Más aún, los españoles empiezan a sentar bases en tierra firme.

Colón debió de hacer cuentas y constatar que le estaban «madrugando» el descubrimiento. La ruta abierta hacia las Indias se había convertido en una verdadera autopista marítima. Aquí ya hemos visto las expediciones de Alonso de Ojeda y Vicente Yáñez Pinzón. Hubo otras muchas con dispar fortuna, como las de Diego de Lepe y, después, la de Rodrigo de Bastidas, de la que enseguida hablaremos. Para colmo, el almirante ya sabía que los portugueses habían llegado hasta la India por el camino de Oriente, navegando por el sur de África, que era la ruta abierta por Vasco de Gama. Pero es que había más: los propios portugueses, en uso de su derecho y sobre la línea trazada en Tordesillas, habían desembarcado en las costas del norte del Brasil con la expedición de Cabral. Y españoles y portugueses no eran los únicos en cruzar el Atlántico, porque un genovés llamado Juan Caboto se había hecho a la mar con bandera inglesa y había llegado a las costas orientales de Norteamérica. Colón tenía razones para apresurarse a señalar con detalle qué tierras había descubierto y cuál era su situación exacta. Pero no era tarea fácil.

Hay que advertir al lector de que, en este momento, decir «situación exacta» es todavía una fórmula muy generosa, porque nadie sabía muy bien qué eran aquellas «Indias occidentales» descubiertas por el almirante. Tanto Caboto como Vesputio y Cabral estaban en la misma tesis de Colón: aquello era Asia o, más precisamente, un rosario de islas que por algún lado tenía que conducir a Catay y Cipango, o sea, la China y el Japón. Todos los viajes de exploración de aquellos años alentaban la esperanza de dar con el paso hacia el otro lado, hacia Oriente y sus fabulosas rutas de las especias. El problema era que aquel paso no aparecía por ninguna parte. Lo único que había era una silueta relativamente clara de islas y costas que se abrían a una tierra sin continuidad, porque aún nadie se había internado en ellas. Pero al menos había una imagen de ese Nuevo Mundo. Y esa imagen fue la que dibujó en 1500 nuestro viejo conocido Juan de la Cosa, aquel agente de la corona de Castilla que había armado la *Santa María* en el viaje del descubrimiento y que desde entonces no había dejado de navegar las aguas del Nuevo Mundo.

Juan de la Cosa compuso su mapa en 1500. Al parecer, por encargo directo de la corte. Fue el primer mapamundi que incluye a América, que aún no se llamaba así. Una gran obra: casi un metro de ancho por más de 1,80 de largo en pieles de pergamino. De la Cosa reflejaba correctamente todas las Antillas. Incluso dibujaba ya Cuba como una isla, aunque Colón estaba convencido de que era tierra continental. Alrededor de las Antillas, el mapa refleja un arco continuo de tierra desde el sur, con las costas del norte del Brasil, Venezuela y Colombia, hasta el norte, que aparece de manera más difusa. El dibujo sugiere algo inquietante: contra la opinión de Colón y muchos otros, no había un paso hacia el oeste que condujera a Cipango y el Catay. Esto no dejaba de ser un problema político, de manera que Juan de la Cosa optó por una singular solución: tapó el lugar del supuesto paso al

oeste con una imagen de San Cristóbal, evidente alusión a Colón. Aquel mapa sería la principal referencia cartográfica del Nuevo Mundo durante muchos años.

Al poco de acabar su mapa, Juan de la Cosa se enroló en un viaje que iba a resultar de una enorme importancia desde el punto de vista geográfico: el de Rodrigo de Bastidas en 1501. Este Bastidas era un navegante sevillano que había estado en el segundo viaje de Colón. Cuando el obispo Fonseca abrió las rutas a otros marinos, se hizo a la mar con cuatro barcos y un buen grupo de españoles dispuestos a encontrar fortuna. Entre ellos, el piloto Juan de la Cosa y un joven Vasco Núñez de Balboa. Aquella expedición fue crucial porque recorrió todo el litoral de Venezuela y Colombia, exploró las bahías de Santa Marta y Cartagena y finalmente navegó las costas de Panamá, donde Bastidas mandó construir un puerto: El Escribano. Allí sus barcos fueron víctimas de uno de los grandes peligros de aquel tiempo: la broma, un parásito que literalmente devora la madera. Con las naves en precario, puso rumbo a La Española en busca de socorro. Allí se encontró con Bobadilla, que, fiel a su misión, como primera providencia decidió juzgarle por comercio ilegal. Bastidas fue absuelto y logró salvar la carga de oro que había encontrado en su ruta. Finalmente volverá a España, pero no será su última aventura. Ya nos ocuparemos más adelante de él.

Mientras tanto, los nuestros afrontaban un desafío nuevo: ya no solo explorar, sino colonizar las tierras halladas fuera del radio atribuido a Colón. Hasta el momento, la colonización se limitaba a la isla de La Española. Ahora se trataba de establecer asentamientos en las otras tierras descubiertas. ¿Quién fue el primero en intentarlo? El incansable Alonso de Ojeda, el valiente capitán que había apresado a Caonabó. Ojeda, recordemos, había descubierto tierras en el norte de Venezuela. Coquibacoa, se llamó aquella región. En junio de 1501 obtuvo de los reyes el nombramiento de gobernador de ese lugar: «Y sus Altezas, habida consideración a lo que gastasteis y servisteis y por lo que ahora os obligáis a servir, os hacen merced de la gobernación de la isla de Cunquevacoa que vos descubristeis», decían las capitulaciones. No era isla, sino continente, pero eso aún no lo sabía nadie. Ojeda se buscó dos socios sevillanos —Juan de Vergara y García de Ocampo—, armó cuatro barcos y en enero de 1502 se hizo a la mar.

Ojeda conocía el camino. Hizo escala en Cabo Verde para buscar provisiones —allí se topó con la escasa colaboración de los portugueses—, cruzó el mar y avistó la costa de la Guyana y enseguida el golfo de Paria. Eludió estas tierras —coto de Cristóbal Colón— y siguió hasta la isla Margarita. Aquí zozobró uno de los barcos, la *Santa Ana*, capitaneado por Hernando de Guevara. En la Margarita recogió Ojeda oro y perlas. Acto seguido pasaron a la península de Paraguaná y fondearon frente a un punto que llamaron Valfermoso y hoy se llama Coro. Como se estaban acabando los víveres y el hambre empezaba a adueñarse de la tripulación, Ojeda resolvió enviar a uno de sus socios, Vergara, a buscar comida en Jamaica. La expedición, mientras tanto, ponía rumbo oeste y recalaba en la península de la Guajira. Allí fundó Ojeda la primera colonia española en tierra firme: Santa Cruz, se llamó. Era el 3 de mayo de 1501.

El periplo distó de ser un paseo triunfal. En todas estas costas había indios hostiles. En algún lugar tuvo Ojeda que recurrir al fuego de los falconetes de sus barcos. El propio poblado de Santa Cruz se vio pronto acosado por los nativos. Por otra parte, no tardaron en surgir las disensiones entre los propios españoles. Ojeda, que venía escaldado de La Española, tomó la precaución de

reservarse la custodia de todo el oro que encontraron. Pero eso despertó el recelo de sus socios, que temieron que el capitán desapareciera con el botín; no en vano era el que mejor conocía esos mares. ¿Sospechas justificadas o simple paranoia? Sin duda, el hambre y la escasez, junto al agotamiento de la permanente lucha contra los indios, excitaron los ánimos. El caso es que Ojeda se vio de repente apresado por sus socios. Ocampo y Vergara dieron orden de abandonar la colonia. El sueño de la gobernación de Coquibacoa se desvanecía: la primera colonia española en suelo continental americano —aún sin saber que era tal— desaparecía después de solo tres meses. Los socios se dirigieron a La Española. Allí entregaron a Ojeda a la autoridad competente: el ya gobernador Ovando. Terminaba el mes de mayo de 1502.

Porque en La Española, a estas alturas, Bobadilla se preparaba para regresar a casa y quien tenía todo el mando era ya el caballero de la Orden de Alcántara don Nicolás de Ovando, extremeño de Brozas y hombre de la total confianza de los reyes. Ovando venía de una linajuda familia y pertenecía al círculo de fieles de Isabel y Fernando desde su más temprana juventud. Baste decir que fue uno de los diez escogidos para acompañar al príncipe Juan, el heredero, a las Cortes de Almazán. En 1478, con veintisiete años, se le otorgó la encomienda de Lares, una de las villas de la Orden de Alcántara, porque esta orden, como la de Calatrava, había pasado a depender directamente de la corona castellana. Y en esas tareas siguió, primero como visitador (inspector) de la orden y después como responsable de la reconstrucción de la propia villa de Alcántara.

Ovando sabía de armas, como todos los nobles de su época, pero ante todo era un político, un gestor, y también un ejecutivo. El tipo de hombre que llega a un lugar y pone orden. En toda la historia de la conquista americana veremos con frecuencia a este género de personas: los exploradores y descubridores conquistan tierras, pero luego hay que organizar lo conquistado y para eso hacen falta temperamentos sensiblemente diferentes. El juez Bobadilla era uno de esos temperamentos. El gobernador Ovando, también.

Ovando llegó a La Española al frente de 32 barcos —la mayor flota jamás enviada hasta entonces a las Indias— con 2.500 nuevos colonos y el objetivo expreso de hacer bien lo que Colón había hecho mal. Bobadilla le entregará enseguida los trastos. Ovando conseguirá su propósito. Y creará una forma singular de colonización que después se verá prolongada en otros territorios españoles en América.

Pero si Ovando estaba gobernando La Española, ¿qué hacía mientras tanto Colón? Colón, incansable, preparaba su cuarto viaje a las Indias. Quería seguir explorando; quería encontrar el estrecho que sin duda conduciría a las Indias, el famoso estrecho de Malaca (entre Sumatra y Malasia), porque Colón seguía persuadido de hallarse en Asia; quería, ante todo, que nadie le disputara su papel protagonista en los descubrimientos. Escribió a los reyes pidiendo permiso. Isabel y Fernando le respondieron que sí, que podía viajar, pero con dos condiciones: la primera, que no hiciera esclavos, porque los reyes, católicos al fin y al cabo, no querían esclavos en sus tierras; la segunda, que no tocara La Española salvo en el viaje de regreso, porque nada debía alterar el trabajo colonizador de Ovando. Colón aceptó, como no podía ser de otro modo. Era mayo de 1502 cuando emprendió su cuarto viaje. Y sería el más fascinante y también el más violento de todos los que el almirante realizó a aquellas nuevas tierras.

El cuarto viaje de Cristóbal Colón

Cristóbal Colón zarpó de Cádiz el 11 de mayo de 1502. Pasaba ya de los cincuenta años y tenía la salud arruinada por las enfermedades contraídas en las Indias. Llevaba consigo cuatro carabelas: la *Capitana*, la *Santiago de Palos*, la *Gallego* y la *Vizcaíno*. Le acompañaban su hermano Bartolomé y su hijo Hernando. Los Reyes Católicos le habían encomendado la exploración de nuevas aguas al oeste de La Española y Cuba. Le habían vetado, eso sí, instalarse en La Española, donde ya mandaba Nicolás de Ovando, enviado por la corona para solucionar los desastres creados por el propio Colón. En la mente del descubridor solo había una obsesión: encontrar el paso a Oriente, a los ricos mercados de las especias en la China y el Japón, y demostrar que solo a él, al almirante, correspondía la gobernación de las tierras recién descubiertas. Los mapas de la época señalaban el límite oriental de Asia en la denominada «península de Chiamba». Colón estaba seguro de que Chiamba debía hallarse algo más al oeste de La Española. Él la encontraría. Y ese sería su triunfo.

Colón tocó tierra en La Española, ante el puerto de Santo Domingo, el 29 de junio. No iba a establecer base allí, pero necesitaba cambiar la *Santiago de Palos*, averiada, por otro barco en mejor estado. Por otra parte, el almirante preveía la llegada de una gran tormenta y solicitó que se permitiera a sus barcos fondear en Santo Domingo hasta que el mal tiempo hubiera pasado. Colón cursó aviso al gobernador Ovando, que le recibió de uñas. Nada podía incomodar más a Ovando que aquella inesperada presencia. En aquel mismo momento se disponía a volver a España la flota del pesquisidor Bobadilla, hecho ya su trabajo, y Ovando iba a quedar como única cabeza al frente de la colonia. ¿A cuento de qué aparecía ahora Colón? En cuanto a ese aviso de una gran tormenta, el gobernador debió de pensar que con toda seguridad sería otra añagaza del viejo navegante.

Tampoco Bobadilla quería retrasar su marcha. El caballero de Calatrava había pacificado la isla, había reorganizado La Española, había desactivado los focos de resistencia —tanto de indios como de españoles— y había entregado el relevo a Ovando limpio de polvo y paja. Misión cumplida, una vez más. Ahora iba a regresar, triunfal, con la razonable esperanza de obtener una buena recompensa. Una flota de 31 barcos, nada menos (aunque sobre el número exacto hay cierta discusión), surcaría el mar para llevar a España la noticia de que todo estaba en orden en La Española. Ovando desoyó a Colón. Le denegó el permiso para fondear en Santo Domingo. Dio orden de partir a la flota de Bobadilla. Y entonces llegó la tormenta.

Fue una auténtica catástrofe. El huracán comenzó el 1 de julio de 1502 y se prolongó al menos durante diez días más. Fue tremendo, uno de los más fuertes de los que hay noticia histórica. El viento desbocado y las aguas fuera de control arrasaron todo a su paso. Hubo cerca de 500 muertos. De los 31 barcos de Bobadilla, 20 terminaron en el fondo del mar. Allí acabó sus días el propio pesquisidor, pero también otros protagonistas de nuestra historia: el piloto Antonio de Torres, el navegante Pedro Alonso Niño, el rebelde Francisco Roldán, el cacique Guarionex... Todos muertos. La flotilla del almirante también sufrió los efectos del huracán. Su nave pudo mantenerse anclada frente a Santo Domingo, pero los otros tres barcos, rotas las amarras, se vieron arrastrados por la furia del mar y tardaron varios días en reunirse. Entre los marineros no tardó en extenderse la leyenda de la maldición del almirante. Colón, después de todo, tenía razón.

Cristóbal, Bartolomé y Hernando Colón pusieron rumbo al oeste. El 24 de julio fondearon frente a Cayo Largo, al sur de Cuba, en el archipiélago que el propio almirante había bautizado como Jardines de la Reina. Desde allí se lanzaron rumbo suroeste en busca de la legendaria península de Chiamba. Una semana después los barcos hallaban tierra: era el actual cabo de Honduras. Navegando hacia el sur y el este recorrieron las costas de lo que hoy son Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Todos los indicios que recogían a su paso eran prometedores. Los indios les hablaban de doradas tierras al otro lado de las montañas. Las llamaban Veragua y Ciguare. ¡Ciguare! ¿Podría ser Chiamba? De ser así, al otro lado de las montañas tenía que estar el océano Índico. Sin embargo, algo extraño ocurría en aquellas tierras: si aquello era Chiamba, la península tenía que extenderse hacia el suroeste y el oeste, pero la tierra que pisaban se desplegaba en sentido contrario, hacia el sureste. No podían saber que en realidad estaban en el istmo de Panamá. Hoy se eleva allí la ciudad de Colón.

Entonces volvió el mal tiempo. Los barcos apenas se movieron entre Cativá y la bahía de Manzanillo. Parece ser que fue aquí donde murió ahogado Francisco Martín, el segundo de los hermanos Pinzón. Como los temporales les impedían navegar, Colón resolvió dedicarse a buscar oro. Fueron meses atroces. Al mal tiempo y al calor se sumó el hambre, porque los víveres se echaron a perder, mientras los barcos se deterioraban a toda velocidad. La expedición marchó hacia las tierras que los indios llamaban Veragua, al norte del actual Panamá. Allí —decían los indios— había yacimientos de oro. Y los había, en efecto. El 6 de enero de 1503, fiesta de los Reyes Magos, los barcos fondearon en un río al que llamaron Belén. En su boca construirían los hombres de Colón, guiados por el veterano Bartolomé, un primer asentamiento en tierra firme: Santa María de Belén.

El intento salió mal. El terreno era idóneo y había oro cerca, pero resultaba difícil encontrar alimentos, el clima era atroz y, sobre todo, los indios mostraban una hostilidad sin límites. Después de tres meses de continuos conflictos y tras perder una docena de hombres en combates contra los nativos, el almirante resolvió levantar el campo. Ni siquiera pudieron contar con todos los barcos: la *Gallego*, destrozada por la broma, ese letal parásito, tuvo que quedar abandonada. La expedición marchó hacia el este, hasta la acogedora bahía de Portobello. Allí se vieron obligados a desprenderse también de la *Vizcaíno*. Los dos barcos restantes, la *Capitana* y la *Santiago*, continuaron hacia levante buscando el paso a Chiamba. No lo encontraron. En un cabo al que llamaron Marmóreo, seguramente en la actual frontera entre Panamá y Colombia, Colón no tuvo otra opción que renunciar a su búsqueda y puso proa al norte: tal vez en La Española pudiera ahora encontrar mejor acogida, reparar sus barcos y hacer acopio de víveres. Pero todo saldría mal.

En su búsqueda de La Española, los dos barcos supervivientes de la cuarta expedición de Colón pasaron por las islas Tortugas (las actuales Caimán), costearon el sur de Cuba y terminaron en la playa de Santa Gloria, en Jamaica, a primeros del mes de julio de 1503. Allí las naves se vinieron abajo: la broma se había comido literalmente las maderas de sus cascos. La *Capitana* y la *Santiago* acabaron sus días varadas en la arena. Y al almirante se le planteaban ahora dos problemas: uno, llevar noticia de su desventura a La Española y a los mismísimos reyes; el otro, sobrevivir. Con canoas de los nativos jamaicanos provistas de quilla y velas se improvisó una expedición de socorro. El 17 de julio dos de los hombres de Colón, el criado Diego Méndez y el capitán de la

Vizcaíno, Bartolomé Fieschi, abandonaban Jamaica rumbo a La Española. En la isla quedaba el almirante con un centenar de marineros.

Colón trató de mantener la disciplina entre sus hombres y evitar cualquier conflicto con los nativos. Instaló a toda la tripulación en los barcos, aun varados, y prohibió a los marineros bajar a tierra sin su permiso. Él mismo se encargó de negociar con los indios un suministro regular de víveres y agua a cambio de las habituales baratijas, mayormente cuentas de cristal y gorrillos de colores. No debió de ser nada fácil la vida de la tripulación, hacinada en las cubiertas de los barcos muertos, protegiéndose del sol con techumbres improvisadas a base de hojas de palmeras. Pronto las enfermedades empezaron a diezmar a la marinería. A la altura del mes de diciembre ya se contabilizaban cuarenta enfermos por fiebres y desnutrición. Era inevitable que estallara un motín, y estalló: dos hermanos, Diego y Francisco de Porras, sublevaron a parte de la tripulación y se hicieron a la mar en canoas para llegar a La Española. No llegaron: tuvieron que regresar a Jamaica e instalaron su propio campamento al margen de Colón.

En algún momento los indígenas debieron de pensar que ya estaba bien de llevar comida a aquellos desharrapados que solo les daban a cambio cascabeles y trocitos de vidrio, objetos que circulaban en tal cantidad que ya habían perdido su valor. El hecho es que a la altura del 26 de febrero los caciques nativos comunicaron a Colón que ponían fin al abastecimiento. Era una noticia terrible: con la mitad de la tripulación enferma de fiebres y la otra mitad al borde del motín, que los indios les cortaran el suministro de víveres era tanto como condenarles a muerte. Y entonces Colón tramó uno de los golpes de efecto más célebres de la Historia: el anuncio de un eclipse.

Colón, en efecto, había leído en uno de los libros que llevaba a bordo que en breve habría un eclipse de luna. Concretamente, el 29 de febrero. La fuente era un clásico de la cosmografía: el *Almanaque perpetuo* de Abraham Zacuto. El almirante se dirigió a los caciques y les formuló una clara amenaza: si no le procuraban alimentos, rogaría a Dios que les castigara privándoles de la luna. En la noche de aquel 29 de febrero los indios acudieron a la playa. Ante sus pasmados ojos, la luna se ocultó. Aterrorizados, suplicaron a Colón que la luna volviera. El almirante elevó una plegaria, y la luna, en efecto, volvió. Ese día se acabaron los problemas de abastecimiento del almirante. Pero quedaban todos los demás.

Quedaba, sí, el problema mayor, que era la incertidumbre y el miedo de unos hombres que se veían abandonados en tierra hostil. Hacía ya ocho meses que Méndez y Fieschi habían partido a La Española a buscar socorro, pero el socorro no venía. Mientras tanto, el hambre y las enfermedades se iban adueñando de los cuerpos y las almas de los españoles. El propio Colón yacía presa de fiebres. La única posibilidad era construir balsas y buscar la ruta, pero Cristóbal Colón se negaba en redondo. Los marineros que habían permanecido leales al almirante empezaron a perder toda esperanza. Inevitablemente, estalló un nuevo motín. Pero entonces un barco apareció en el horizonte. ¿Estaban salvados?

La desdicha del almirante

Un barco, sí. Hacía ocho meses que Fieschi y Méndez habían cruzado el mar en canoa para buscar socorro en La Española. Los que quedaron en Jamaica no podían saber que los aventureros habían logrado su propósito. Tampoco que Méndez y Fieschi llegaron a Santo Domingo y enviaron a España la carta que el almirante les había confiado para los reyes. Una misiva dirigida a Isabel y Fernando en la que Colón reclamaba lo suyo, denunciaba haber sido víctima de un despojo y pedía auxilio para que se le rescatara. Las palabras de esa carta describen con elocuencia las dramáticas circunstancias que afligían al almirante y sus hombres. En el ánimo de Colón, la amargura y la decepción se mezclaban con la incertidumbre sobre su propia supervivencia. Así escribía el descubridor:

Yo vine a servir de 28 años, y ahora no tengo cabello en mi persona que no sea cano, y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquéllos, y me fue tomado y vendido, y a mis hermanos hasta el sayo, sin ser oído ni visto, con gran deshonor mío. Es de creer que esto no se hizo por su Real mandado. La restitución de mi honra y daños, y el castigo en quien lo hizo, hará sonar su Real nobleza; y otro tanto en quien me robó las perlas, y de quien ha hecho daño en ese almirantado. Grandísima virtud, fama con ejemplo será si hacen de vuestras Altezas agradecidos y justos Príncipes. La intención tan sana que yo siempre tuve al servicio de vuestras Altezas, y la afrenta tan desigual, no da lugar al ánimo que calle, bien que yo quiera: suplico a vuestras Altezas me perdonen.

(...). Yo estoy tan perdido como dije: yo he llorado hasta aquí a otros: haya misericordia ahora el cielo y llore por mí la tierra. En lo temporal, no tengo ni una blanca para ofrecerla; en lo espiritual, he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará desta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine este viaje a navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto, porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta. Yo vine a V. A. con sana intención y buen celo, y no miento. Suplico humildemente a V. A. que, si a Dios place de sacarme de aquí, que haya por bien mi ida a Roma y otras romerías. Cuya vida y alto estado la Santa Trinidad guarde y acreciente.

Eso decía la carta de Colón a los reyes. Pero hasta que la carta llegara a su destino quedaban muchas semanas. De momento lo prioritario era encontrar un barco para volver a Jamaica y sacar de allí a Colón y sus hombres. Fieschi y Méndez acudieron a ver al gobernador Ovando. Pidieron ayuda para rescatar a los expedicionarios. Pero Ovando no tenía la menor intención de apresurarse por socorrer a Colón. En aquel momento el gobernador, libre de la enojosa presencia del almirante, estaba logrando poner orden en La Española y terminaba con éxito su guerra contra los nativos. Nada menos oportuno que traerlo de nuevo a la colonia. Y Ovando dejó que pasaran lentamente los días. Solo algunos meses después se decidió a enviar una nave a Jamaica. Y no para salvar a la gente de Colón, sino únicamente para enterarse de qué estaba pasando.

La actitud de Ovando hay que explicarla un poco, porque, a primera vista, su negativa a auxiliar al almirante puede parecer de una crueldad sin límites —lo era—, pero también hay que apuntar que el gobernador tenía sus razones. En ese momento Nicolás de Ovando llevaba ya dos años en La Española. Lo que había encontrado en la isla a su llegada era un absoluto caos: unos pocos centenares de españoles —360, concretamente—, cuatro villas precarias que malvivían sin abastecimiento, innumerables rebeliones de indios y españoles por toda la isla y una absoluta ausencia de instrumentos logísticos elementales (camino, puentes, etc.), por no hablar de la carencia

de una Justicia eficaz, pese a los esfuerzos del pesquisidor Bobadilla. Ovando, naturalmente, responsabilizaba de semejante desastre a Colón, que no en vano había sido el virrey y gobernador titular de la isla hasta su destitución de hecho por los reyes. Y don Nicolás traía instrucciones concretas para rectificar el despropósito, lo cual significaba implícitamente desproveer al almirante de cualquier autoridad. Puede entenderse que no quisiera ver a Colón ni en pintura. Y por eso se limitó a enviar a Jamaica un barco para averiguar qué nuevos entuertos estaba fabricando el almirante.

Cuando el barco enviado por Ovando apareció en las costas de Jamaica, una parte de la tripulación, la de los hermanos Porras, vagaba amotinada por la selva, y otro grupo, que hasta entonces había permanecido fiel a Colón, preparaba un nuevo motín. La aparición del navío calmó súbitamente las cosas. Los expedicionarios se vieron salvados. Grande debió de ser su decepción al comprobar que aquel barco no tenía la menor intención de llevarlos consigo. Sin embargo, el capitán del navío entregó a los hombres una carta de Diego Méndez: el hombre de confianza de Colón daba noticias de su llegada, transmitía que la carta de Colón había sido enviada a España y prometía que en breve volvería a rescatar a la tripulación. Algo era algo, después de todo.

El almirante sacó sus propias conclusiones: no podía esperar nada de Ovando. Sin embargo, tenía plena confianza en Méndez y en el socorro regio. Así las cosas, decidió poner un poco de orden en su propio desconsuelo. Reunió a los hombres que aún le eran fieles y les expuso su plan: enviaría emisarios a los amotinados de Porras, les ofrecería una amnistía y todos juntos retornarían a La Española. Al fin y al cabo, el almirante llevaba consigo el descubrimiento de las tierras de Veragua y sus yacimientos de oro. Ya era más de lo que otros muchos podían ofrecer. Y eso reforzaría de nuevo su posición ante la corona.

Lo malo fue que los amotinados de Porras, que no se fiaban de Colón, se negaron a cualquier acuerdo. No les bastaba con hacer borrón y cuenta nueva: pidieron tierras, honores, dignidades en el mundo recién descubierto... Pidieron, sobre todo, no permanecer bajo el mando de Cristóbal Colón. La gente de Porras temía que el almirante, de vuelta en Santo Domingo, los entregara a la Justicia. Colón, a su vez, temía que cualquier signo de debilidad le costara la vida. Ya había transigido una vez, cuando la rebelión de Roldán en La Española, y aquella debilidad le había costado carísima. No volvería a repetirse.

El almirante sabía con quién se la estaba jugando. Esa vez no iban a cogerle desprevenido. Antes de que la gente de Porras pudiera actuar, Colón escogió a los cincuenta hombres más enteros de entre sus fieles, los armó y los envió bajo el mando de su hermano Bartolomé para ajustar las cuentas a los rebeldes. Hubo combate. Varios amotinados murieron. Los que no cayeron presos se dispersaron por la selva. El propio Francisco de Porras fue apresado y puesto en el cepo. En él permanecería hasta la llegada del socorro prometido por el fiel Méndez.

El barco de Méndez llegó. Terminaba el mes de junio de 1504. Traía víveres, agua, ropa. La expedición de Colón, verdaderos naufragos en las playas de Jamaica, logró por fin salir de aquella isla en la que había permanecido varada un largo año. El almirante pudo hacer balance de este viaje: de sus cuatro barcos no quedaba ninguno; de las rutas abiertas, ninguna conducía hasta Cipango y el Catay; de las ciudades fundadas, ninguna había podido salir adelante; de las tierras descubiertas,

solo Veragua prometía riqueza, pero bajo la amenaza de los indios hostiles; su propia salud estaba resquebrajada, minada por las fiebres y la gota. Sobrevivir había sido un milagro, pero todo lo demás no era otra cosa que una total desventura.

El propio retorno a La Española fue una pesadilla: zarandeado por los vientos y las corrientes, el barco tardó más de un mes en llegar a la colonia. Y lo que el almirante encontró allí debió de herir todavía más su corazón: el Paraíso Terrenal que él había descubierto al otro lado del océano, y que súbitamente se había convertido en un infierno, volvía ahora a parecer una tierra apacible y llena de oportunidades, habitable y ordenada, moldeada por las leyes y costumbres de Castilla. El almirante seguía sintiendo aquella tierra como suya, pero sin duda debió de pensar que allí ya no había sitio para él.

Colón se había imaginado virrey de extensas tierras ricas en oro y especias, explotadas por sus fieles con la mano de obra indígena, al estilo portugués. Pero La Española se parecía muy poco a ese sueño. La isla estaba habitada ahora por colonos más semejantes a los primitivos pioneros castellanos de la Reconquista que a los ricos mercaderes de las costas africanas. En cuanto a los indígenas, los Reyes Católicos habían prohibido taxativamente la esclavitud y, al contrario, ordenaban evangelizar y bautizar a los nativos. Solo sería aceptada, y no en todos los casos, la cautividad de los que, como los caníbales, hubieran hecho guerra a los españoles negándose a la conversión. Lo cual dejaba en pésima posición a los que, como el propio Colón, habían enviado varias remesas de nativos para su venta en España. No, decididamente aquel ya no era el mundo del almirante.

Otras cosas, además, estaban pasando en España. La reina Isabel caía gravemente enferma y miraba de frente a la muerte. El cardenal Cisneros, primado de España, hombre de la mayor confianza de Isabel y Fernando, tomaba en sus manos cada vez más parcelas de gobierno y, entre ellas, se había hecho cargo de la evangelización de las Indias, sometiendo a los misioneros a un severo control. En Sevilla, el obispo Fonseca, que seguía siendo el hombre del rey Fernando para las cosas de las Indias, había creado en 1503 —por orden de los reyes— la Casa de la Contratación: un auténtico órgano de gobierno con atribuciones sobre la justicia, el comercio, las rutas de navegación, el tráfico marítimo y hasta la inspección de las gentes de mar que pasaban al otro lado del océano.

La Casa de la Contratación tenía un solo objetivo: mantener el control de la corona sobre el Nuevo Mundo que iba apareciendo al otro lado del mar y, por supuesto, sobre el tráfico comercial allí generado. Ya hemos visto que Fonseca venía ejerciendo personalmente esas funciones desde 1493, cuando la corona decidió marcar de cerca a Colón. Los desencuentros entre el descubridor y el obispo harán leyenda, pero los reyes jamás dejarán de apoyar a Fonseca. En 1503 —con la guerra de Nápoles ya prácticamente resuelta a favor de España— la corona se vuelca sobre las Indias; la Casa de la Contratación será la institución encargada de liderar el proceso de exploración y conquista, y ello con amplísimas atribuciones. Sus ordenanzas fundacionales, expedidas en Alcalá de Henares, lo decían así: «Recoger y tener en ella, todo el tiempo necesario, cuantas mercaderías, mantenimientos y otros aparejos fuesen menester para proveer todas las cosas necesarias para la contratación de las Indias; para enviar allá todo lo que conviniera; para recibir todas las mercaderías y otras cosas que de allí se vendiese, de ello todo lo que hubiese que vender o se enviase a vender e contratar a otras

partes donde fuese necesario». Es decir, supervisión del tráfico marítimo y participación en todos los negocios. Pero, además, la Casa tenía capacidad judicial para conocer de causas criminales, controlaba los viajes de ida y vuelta en lo que empezó a llamarse «carrera de Indias», llevaba el registro de pilotos, maestros y marineros, organizaba el despacho de buques y se encargaba del cobro y custodia del «quinto real» (el beneficio correspondiente a la corona).

Para garantizar el monopolio de la corona, se centralizaba el tráfico de Indias en un solo puerto: Sevilla, la ciudad más protegida y mejor comunicada de todas las que daban a las aguas del suroeste, donde se cogían los vientos y corrientes que llevaban a América. Para asegurarse de que la corona cobrara los preceptivos impuestos por el comercio, se limitaba el tráfico a los súbditos del reino de Castilla. En aquella época la Hacienda no estaba centralizada y cada cual tributaba a su reino (Castilla, Aragón, Navarra, etc.), el cual después, vía Cortes, contribuía al presupuesto general. Es fácil imaginar el caos administrativo y fiscal que habría supuesto abrir el comercio a súbditos de otros reinos a la hora de cobrar los preceptivos impuestos. El tráfico de Indias atraerá, por supuesto, a muchos comerciantes de otros puntos de la corona —catalanes, valencianos, aragoneses, navarros, italianos—, pero todos tendrían que trabajar con testaferros andaluces, gallegos, vascos o castellanos, es decir, con súbditos del reino de Castilla, para que ni un maravedí de las tasas escapara a las arcas de la corona.

Fonseca reinaba sobre este mundo con completa autonomía, y no lo hizo mal: suya fue la iniciativa de convocar sucesivas juntas de pilotos y navegantes, suya fue la decisión de permitir la libre navegación —bajo el control de la corona— al margen de los privilegios de Colón, suya fue la dirección del proceso evangelizador y suya la creación de gobernaciones en tierra firme. Fonseca era inteligente, ambicioso, astuto y eficaz, pero, sobre todo, era hombre de una inquebrantable fidelidad a la corona, de manera que los reyes le dejarán hacer. Mientras Colón esperaba ser rescatado en Jamaica, Juan de la Cosa zarpaba en una expedición destinada a crear colonias en tierra firme, en las costas del norte de Colombia. La Historia estaba pasando por encima del almirante. El mundo que había descubierto ya no le pertenecía.

El 12 de septiembre de 1504 un barco abandonaba La Española y se adentraba en el océano rumbo a España. A bordo iba Cristóbal Colón, el hombre que doce años atrás había descubierto aquellas tierras. Ahora regresaba derrotado. Apenas se le había permitido otra cosa que preparar su marcha. El almirante llegaría a Sanlúcar de Barrameda semanas después, enfermo y agotado. Nunca más volvería a pisar América.

Ovando, gobernador: la derrota de los caciques

Colón dejaba a sus espaldas La Española y, en ella, al nuevo líder de la conquista: Nicolás de Ovando. Hay que decir, no obstante, que la posición de Ovando no era precisamente envidiable.

Lo que el frey de Alcántara don Nicolás de Ovando se había encontrado en las manos era, ya lo hemos visto, lo más parecido a una catástrofe general. La colonia de La Española había fracasado en su principal objetivo: garantizar su propia subsistencia. Ovando había traído consigo numerosas gentes de oficio —herrerros, albañiles, artesanos, labradores, etc.—, pero era muy complicado ponerlas a trabajar sin tener asegurado el avituallamiento. Además, los colonos de los anteriores viajes seguían cerca del estado de insurrección: los rebeldes más notorios habían sido atrapados por Bobadilla, pero permanecían numerosos núcleos de españoles dispersos por la isla. Y en eso llegó el terrible huracán, que arruinó cualquier esperanza de proseguir la obra emprendida. En buena medida, Ovando tenía que empezar desde cero. Pero eso, después de todo, no dejaba de ser una oportunidad.

Una de las primeras decisiones de Ovando fue cambiar de sitio el asentamiento de Santo Domingo. El brutal huracán de 1502 había dejado la precaria ciudad —cuarenta y tantos bohíos más unas pocas casas de piedra— completamente destrozada. El gobernador decidió cambiarla al otro lado del río Ozama, sobre la margen derecha. El cronista Fernández de Oviedo le acusará de hacerlo por capricho y para ganar notoriedad, pero Ovando tenía sus razones: un médico, el físico Gonzalo, le había explicado que la orilla derecha era más salubre que la otra. Y era verdad. De hecho, hoy la ciudad de Santo Domingo sigue estando allí. Pero, además, el nuevo emplazamiento facilitaba la comunicación con los otros puntos de la isla y estaba más cerca de las minas (las de San Cristóbal, concretamente) y de los propios campos de labranza de los españoles.

Casi todos los vecinos estuvieron de acuerdo. Los veteranos porque, arruinado el viejo emplazamiento, no había otra opción que empezar otra vez desde el principio. Y los nuevos pobladores porque Ovando era su líder. El gobernador —cuenta la crónica— pidió ayuda a García de Salas y, con un cordel, trazó la cuadrícula de la ciudad, tal y como había visto hacer en Santa Fe de Granada. De algún modo, la colonización de las Indias era la prolongación natural de la Reconquista. Como era costumbre, se marcó primero el lugar de la catedral, después el de la casa de gobierno, en medio la plaza donde había de levantarse el rollo de la justicia y, a su alrededor, ordenadamente, las calles. Sobre los solares así trazados empezaron a levantarse las casas. Nada de bohíos de paja: todas las edificaciones —impuso Ovando— debían construirse con materiales duraderos, porque los españoles habían escarmentado con el huracán. Es fama que el primer español con casa de piedra en Santo Domingo se llamaba Francisco de Garay. El propio Ovando se construyó quince, nada menos.

Con todo, el principal problema de Ovando en este momento no era dónde vivir, sino garantizar su propia supervivencia. La colonia española estaba al borde de la muerte. Por una parte, las cosechas eran catastróficas. Por otra, los indios empezaban a sentirse víctimas de una opresión inaguantable y muchos de ellos habían huido a regiones alejadas para alzarse en rebeldía. La fuga de los indios, a su vez, agravó el problema del hambre, porque si ya era difícil producir tanta harina de

yuca como se precisaba, ahora, con menos mano de obra, la tarea era simplemente imposible, aparte de que los indios fugitivos solían destruir los cultivos. Todo ello mientras las enfermedades tropicales iban diezmando a los colonos: se calcula que entre 1502 y 1504 murieron en torno a 1.000 españoles, prácticamente un tercio de los que habían cruzado el océano. Porque así como los indígenas morían a mansalva por los virus traídos de Europa, los españoles no quedaban menos afectados por la malaria, el dengue, etc. Ovando tenía que actuar, y rápido. Y así resolvió atacar a los indios rebeldes y aplicarles un castigo ejemplar.

Era una decisión extraordinariamente arriesgada. Los indios eran muchos y los españoles pocos y, además, mal avenidos. El frey de Alcántara solo tenía a su favor dos factores. Uno, la superioridad técnica de sus tropas frente a los indios; el segundo, y fundamental, la amistad de numerosas tribus indias que hasta entonces habían vivido sojuzgadas por los caciques más poderosos y ahora podían cobrarse venganza. Habría que añadir un tercer factor que era, simplemente, la desesperación: entre el hambre y las enfermedades, o se actuaba de inmediato o los españoles tendrían que afrontar una muerte segura. Aun así, Ovando necesitó toda su fuerza de persuasión para alinear a los hombres disponibles. Pocos: no logró reclutar a más de 400, junto a otros tantos aliados indios. Pero sería suficiente. Y el propio Ovando se puso al frente de la expedición.

Fue una campaña dura y cruel. El contingente español acudió a los núcleos donde los indios rebeldes se habían hecho fuertes: Higüey, en el extremo oriental de la isla, principal productor de cazabe (la harina de yuca), bajo el mando del cacique Cotubanamá, y Jaragua, en el extremo occidental, principal productor de algodón, donde se había alzado la viuda de Caonabó y hermana de Bohechío, de nombre Anacaona. Recorriendo la isla palmo a palmo, combatiendo tribus una tras otra con sus arcabuces, sus caballos y sus perros alanos, los hombres de Ovando consiguieron imponerse a una muchedumbre tan aguerrida como desorganizada. Pero hará falta casi un año de combates. Debió de ser una pesadilla de sangre y fuego.

En Higüey, la tropa española, mandada por Juan de Esquivel, sojuzgó a los taínos de Cotubanamá. Esquivel dejó allí una pequeña guarnición de 9 hombres al mando de Martín de Villamán. Más oscuras fueron las cosas en el otro lado de la isla, en Jaragua, donde los taínos se hallaban a su vez en guerra con otras tribus, porque la vida de aquellos pueblos nunca fue pacífica. Anacaona, hay que insistir en ello, era viuda de Caonabó, es decir, el cacique que más se había distinguido contra los españoles. Sin embargo, tras la derrota de este las cosas debieron de templarse mucho. Lo suficiente como para que un español llamado Hernando de Guevara —el mismo que había participado en la primera expedición capitaneada por Ojeda— entrara en amores con la hija de Anacaona, Higüemota. La muchacha se cristianó como Ana, y desde entonces fue Ana de Guevara. Tuvieron una hija: Mencía. Ahora bien, Hernando era uno de los que se habían levantado contra la autoridad en La Española, de manera que fue apresado y ejecutado. Ana quedó con su madre, Anacaona. En principio, como aliados de los españoles. Pero una extraña historia iba a complicar el paisaje.

Es difícil saber cuánto hay de realidad y cuánto de leyenda en los sucesos que a continuación ocurrieron, porque los cronistas ofrecen testimonios contradictorios. Para algunos, Anacaona era una especie de lujuriosa serpiente que seducía y atrapaba a cuantos españoles caían en sus redes. Para

otros, era una gran señora de modales principescos, inteligente y hermosa, amante de las artes y venerada por su pueblo. En realidad todas esas cualidades no son incompatibles. El hecho es que un tal Sebastián de Vitoria, colono en La Española, trató de desposar a Anacaona y hacerse rey de Jaragua. Pero Anacaona, viuda y hermana de caciques derrotados por los españoles, no aceptó a semejante pretendiente. Sebastián de Vitoria salió de allí jurando venganza. Y la obtuvo de la manera más brutal.

Ovando, en su campaña de occidente, iba acogotando poco a poco a los taínos. Anacaona se dio cuenta de que no podía ganar. Después de varios combates contra los españoles, la cacica organizó una asamblea para recibir a Ovando en son de paz. Numerosos jefes de tribu —entre cincuenta y ochenta, según los distintos testimonios— se reunieron en el caney de la anfitriona, una de aquellas anchas construcciones de madera y paja que servían como casa de los caciques y centro de reunión del pueblo. Nicolás de Ovando acudió al caney. Pero entonces el gobernador recibió una carta de Sebastián de Vitoria, el despechado amante de Anacaona. La cita de la cacica —decía la carta de Sebastián— era una trampa de aquella serpiente para diezmar a los españoles. ¿Aviso cabal? ¿Treta para vengarse del desdén de Anacaona? Imposible saberlo. El hecho es que Ovando, viéndose atrapado, optó por ordenar que se incendiara el caney... con todos los caciques dentro.

No todos murieron. Higüemota, es decir, Ana de Guevara, saldrá viva y, en atención a su linaje, se le permitirá mantener sus posesiones, incluidos sus siervos indios. También sobrevivirá Mencía, la hija de Ana y Hernando. Igualmente pudo escapar un sobrino de la cacica, Guarocuya, que fue entregado a Bartolomé de las Casas y bautizado como Enriquillo. La propia Anacaona salió viva, pero solo para ser juzgada por traición y condenada a la horca. Otros cronistas y la leyenda posterior añaden circunstancias diversas —por ejemplo, la tortura de los caciques dentro del caney—, pero, en síntesis, esto fue lo que pasó.

Mientras todo esto ocurría en el oeste, los indios de Higüey, en el oriente de la isla, volvían a levantarse: viendo que Esquivel no había dejado más que a 10 hombres, los taínos de Cotubanamá resolvieron aniquilar a la pequeña guarnición empezando por su capitán, Villamán. Mataron a todos. La respuesta de Ovando fue expeditiva: una nueva expedición acudió a Higüey, derrotó a los nativos y apresó a Cotubanamá, que fue inmediatamente ejecutado. De esta manera, tan cruenta, terminó la rebelión indígena. La resolución del problema causará verdadera indignación en España y, en particular, en la reina Isabel: se cuenta que la reina católica trasladó al duque de Alba su decisión de castigar a Ovando por la carnicería. La posteridad juzgará severamente a Ovando por esta campaña. Pero otros estudiosos se preguntan si acaso el frey tenía otra posibilidad de sobrevivir en aquel trance.

A finales de 1504, después de las campañas de Jaragua e Higüey, la isla de La Española estaba enteramente bajo el control de Ovando. Los que participaron en las expediciones de castigo obtuvieron importantes beneficios: botín, tierras, siervos indios para hacer el trabajo duro... De hecho, es aquí cuando nace la primera aristocracia de La Española. Los indios vencidos terminaron, en general, sujetos a los campos. Los que se convirtieron al cristianismo —que fueron muy numerosos— eludieron la esclavitud. No pocos quedaron bajo la protección de los misioneros. En cuanto a los indios aliados de los españoles, su suerte fue muy variada según su estatus: los caciques

y sus familias, con mucha frecuencia, emparentaron con los colonos y entraron en la elite local; los demás, la gran mayoría, simplemente vieron cómo la hegemonía de las tribus dominantes en el mundo taíno era reemplazada por la hegemonía española.

Ovando, en cualquier caso, estaba muy lejos de cualquier preocupación «indigenista». Había conseguido su primer objetivo, que era derrotar a los indios hostiles y garantizar la subsistencia de los colonos. Ahora iba a afrontar su segundo gran proyecto: la repoblación de La Española. Y gracias a eso pasaría realmente a la Historia.

Un pie en tierra firme

Mientras Colón volvía a España, enfermo y decepcionado, y Ovando sofocaba la rebelión indígena en La Española, un viejo conocido de nuestro relato se hacía nuevamente a la mar: el cartógrafo Juan de la Cosa, el autor del primer mapa de América, que se había propuesto colonizar el norte de Colombia.

A estas alturas de nuestra historia —mediados de 1504— Juan de la Cosa ya era uno de los pilotos más renombrados de la ruta de Indias, tanto por méritos propios como por el hecho de que los otros pioneros habían muerto en el huracán de 1502 —Antonio de Torres, por ejemplo— o se habían retirado de la mar. Por otro lado, el mapa de Juan le había convertido en el cartógrafo de referencia para todos los viajeros. Sus excelentes relaciones con el obispo Fonseca le colocaban, además, en situación privilegiada. No hay que olvidar que Juan de la Cosa había entrado en esta aventura americana como agente de la reina Isabel. No puede extrañar que, con tales credenciales, el navegante cántabro obtuviera de la corona el permiso para descubrir nuevas tierras. Y esta vez no lo haría como piloto de otros, sino como capitán general de su propia expedición.

¿Adónde quería ir Juan de la Cosa? ¿Qué tenía el cartógrafo en mente? Sin duda, resolver el enigma de aquel mundo nuevo. En aquel momento la tesis oficial seguía siendo la de Colón: aquello eran las Indias, es decir, Asia. Pero cada vez se hacía más evidente que la tesis oficial no era la correcta. Los caníbales no eran súbditos del Gran Kan. Las Bahamas no eran el cabo Catigara. Ciguare no era la península de Chiamba ni aquellas aguas entre islotes eran el estrecho de Malaca. Lo que los españoles tenían ante sí era un rosario de islas circundado, al oeste, por un gran arco de tierra desde lo que pronto iba a llamarse Florida hasta lo que ya se empezaba a llamar Brasil. Juan de la Cosa había sido el primero en dibujarlo. Y nada de todo aquel inmenso mundo se parecía a lo que las crónicas contaban sobre las tierras de Asia.

Era posible que en algún punto de ese gran arco existiera un paso hacia el oeste que condujera a Cipango y Catay, Japón y la China, pero, si lo había, nadie en doce años lo había encontrado. El propio Juan, en su mapa, había ocultado la incógnita tapando con una imagen de San Cristóbal el punto donde debía de hallarse el paso. Ni siquiera era posible saber si aquel gran arco de tierra al oeste era un continente o, simplemente, islas de mayor tamaño. Y sin embargo, en aquel mundo nuevo había perlas en abundancia, oro en importantes cantidades, grandes masas de palo brasil y, además, pueblos indígenas sumidos en la barbarie a los que era posible evangelizar. Razones sobradas para poner un pie allí y establecer asentamientos en lo que ya se iba conociendo como «tierra firme». Y esto es lo que se propuso Juan de la Cosa.

Había un objetivo conocido: precisamente, la «tierra firme», es decir, la larga línea de costa que abarcaba desde el golfo de Urabá, en lo que hoy es el sur de Panamá, hasta la isla de Trinidad, frente a lo que ya se conocía como Venezuela. En aquella anchísima región había una bahía que Juan de la Cosa conocía bien: la de Barú. Tan familiar le resultaba que la vio semejante a la bahía murciana de Cartagena, y fue él mismo, Juan de la Cosa, quien convenció a la reina Isabel para dar el nombre de Cartagena de Indias a aquel lugar. Ese sería el objetivo.

De la Cosa, en efecto, ya había estado allí. Fue cuando el viaje del sevillano Rodrigo de

Bastidas, en 1501, en aquella expedición en la que también estuvo Vasco Núñez de Balboa. Recordemos que Bastidas había descubierto las costas de Colombia y fue el primero en pisar el istmo de Panamá. Hizo acopio de gran cantidad de oro y recaló en La Española. Allí tuvo que afrontar el enojoso y rutinario juicio de la autoridad —en este caso, del pesquisidor Bobadilla—: exhibición de credenciales, demostración de la ruta, garantía de que sus negocios con los nativos habían sido legales, cuantificación del «rescate» (el botín) y de la parte correspondiente a la corona, etc. En cuanto pudo, Bastidas volvió a España. Fue de los pocos que sobrevivieron al espantoso huracán de 1502. Los reyes le reconocieron una renta sobre la explotación de las tierras de Urabá. Un buen negocio, después de todo.

En aquel viaje de Rodrigo de Bastidas, Juan de la Cosa había explorado palmo a palmo el golfo de Urabá y las bahías cercanas. Sabía dónde tenía que ir. Sabía dónde encontrar buenos puertos para los barcos. Sabía dónde estaba el oro. Aquella bahía de Barú, rebautizada por él mismo como Cartagena, era el destino idóneo. Convenció al sevillano Juan de Ledesma para que le financiara el viaje, armó cuatro barcos y se lanzó al océano. Siguió la ruta habitual desde la isla Margarita. Y cuando llegó a Cartagena, encontró algo inesperado: había españoles allí.

A quien encontró Juan de la Cosa en Cartagena de Indias fue a otro viejo conocido de este relato: el mercader sevillano Cristóbal Guerra, que estaba pasándolas canutas bajo el acoso de los indios calamares. De este Guerra y de su hermano Luis vale la pena hablar un poco, porque son un perfecto ejemplo de familia entregada a los incipientes negocios de Indias. Los Guerra, asentados en Triana, eran bizcocheros; es decir, que fabricaban los bizcochos para los viajes náuticos, cosa de la mayor importancia, porque este era el alimento básico de los marinos de la época en cualquier travesía. Bizcocho quiere decir «cocido dos veces», y ahí estaba el secreto de que aquella humilde vitualla, así privada de humedad, aguantara días y días sin corromperse. Hay que decir, con todo, que los bizcochos de a bordo terminaban invariablemente cubiertos de gusanos y roídos por las ratas, y por eso los manuales náuticos de aquel tiempo aconsejaban comer siempre por la noche, para que el trance fuera menos ingrato.

Los bizcocheros Guerra entraron muy pronto en la carrera de Indias, como ya hemos contado aquí. Luis pagaba y Cristóbal viajaba. La expedición del año 1500 a la península de Paria y la isla Margarita reportó a la familia una pequeña fortuna en perlas y esclavos. Los reyes les obligaron a liberar a los cautivos, pero pudieron quedarse las perlas. En vista de su éxito, un notable vecino de Moguer, el comendador Alonso Vélez de Mendoza, que también sentía el aguijón de la aventura, se asoció con ellos. Entre todos armaron cuatro carabelas y se hicieron a la mar. Destino: las tierras al sur de La Española, libres de la exclusividad de Colón. Parece ser que tocaron el litoral brasileño, más al sur incluso de lo que llegó Pinzón, aunque esto no se sabe a ciencia cierta. Sí consta que trajeron esclavos y que el viaje debió de ser lo suficientemente rentable como para que enseguida volvieran a la mar. En 1503 los dos hermanos —Luis y Cristóbal— partían hacia el golfo de las Perlas. Y allí los encontró Juan de la Cosa. En situación francamente apurada.

Los Guerra, que eran gente muy bragada, eran también tipos de una ambición sin límites, y fue esa ambición lo que les llevó a una situación desesperada. En cuanto llegaron a América enfilaron al golfo de Paria y se dedicaron a coger perlas. Dice Las Casas que reunieron «casi un costal». Un

«costal» era, en la época, una medida de capacidad que equivale a unos 110 litros actuales: eso, en perlas, es una fortuna. Pero no contentos con ello, los bizcocheros de Triana pasaron a la bahía de Cartagena y se pusieron a buscar oro. Más precisamente: obligaron a los indios a buscarlo. ¿Cómo? Por el expeditivo procedimiento de secuestrar al cacique nativo y exigir a los indios como rescate un cesto de vendimiar lleno del precioso metal. Los indios no tuvieron otra posibilidad que transigir, pero, en cuanto se liberó al cacique, comenzaron a hostigar a los españoles. Y aquello se convirtió en un infierno.

¿Quiénes eran exactamente aquellos terribles nativos que hacían imposible asentarse en la bahía? Los indios «calamares». En realidad se llamaban calamari, o más bien ese era el nombre que los indios daban a su propio poblado. Calamari, en su lengua, quería decir «cangrejo». Los exploradores españolizaron el término como «calamar». Los calamares eran una rama de los indios caribes y, como estos, cultivaban costumbres inquietantes. Por ejemplo, adornar sus poblados con altas estacas coronadas por calaveras humanas. La aldea calamar se extendía a orillas de la bahía de Cartagena, bohíos con anchos techos de paja envueltos por una gruesa empalizada circular. No eran en absoluto pacíficos y los hermanos Guerra tuvieron sobrada oportunidad de comprobarlo. Pero en eso apareció Juan de la Cosa.

La llegada del cartógrafo con sus cuatro naves cambió la situación. Recordemos que el objetivo de su viaje era precisamente sojuzgar a los caribes de la zona. La presión de los calamares remitió. Los Guerra salvaron sus vidas. También su oro. Pero, claro, Juan de la Cosa no era ajeno a la seducción de aquellas riquezas. Y los Guerra, por su parte, temían que el cántabro quisiera quedarse con el tesoro. Hubo gresca, como era de esperar. Los Guerra recogieron las perlas y el oro y se marcharon de allí. Ya eran ricos. No les restaba sino volver a España. Pero el infortunio les acompañaría durante su viaje. Al poco de partir, Luis Guerra, enfermo, murió. Y algunos días después, la carabela de su hermano Cristóbal, minada por la broma y azotada por los vientos, se partía en dos y se hundía en el mar. Parece que el propio Cristóbal murió ahogado, aunque otros creen que sobrevivió, se quedó con los tesoros de su hermano y desapareció de la Historia. Fray Bartolomé de las Casas no dudará en hablar de castigo divino al referirse a la suerte de los dos hermanos.

Mientras la ambición de los bizcocheros de Triana se pudría en las aguas del océano, Juan de la Cosa trataba de realizar su objetivo: asentar una colonia en tierra firme. Pero tardó poco en constatar que el proyecto era irrealizable. Hoy aquellas tierras son un pedazo de paraíso, pero en la época eran un infierno de húmedas selvas impenetrables llenas de mosquitos y alimañas. Para los indios, la jungla era al mismo tiempo una reserva de caza peligrosa, pero inagotable, y un cordón protector frente a otras tribus del interior. Pero para los españoles, mal adaptados a aquel clima, la selva era un muro letal que impedía cualquier asentamiento estable. De hecho, aún pasarían muchos años antes de que fuera posible explorar el interior de lo que hoy es Colombia. Juan de la Cosa y los suyos no perseveraron: viendo imposible permanecer allí más tiempo, levaron anclas. Los barcos del cántabro se dedicaron entonces al oro. En Urabá obtuvieron buenas cantidades. Siguieron explorando, pero todo aquel litoral ofrecía el mismo aspecto hostil. Dice López de Gómara que «tomaron allí seiscientas personas», pero no aclara si se trata de indios cautivos o de españoles desperdigados.

Pasaron a Jamaica y finalmente acabaron en La Española.

Con los barcos deshechos y la tripulación enferma, Juan de la Cosa se tomó su tiempo: dos años permaneció en Santo Domingo antes de regresar a España. Pero en La Española nuestro hombre recibió una tristísima noticia: la reina Isabel de Castilla, su protectora durante tantos años, había muerto. Y eso cerraba una página en la cruzada del océano.

El testamento de la reina Isabel

Isabel la Católica, reina de Castilla y, por su matrimonio con Fernando, reina consorte de Aragón, falleció el 26 de noviembre de 1504 después de varios meses de sufrimiento; se la llevó un cáncer de útero. Tenía cincuenta y tres años. Con ella desaparecía el motor principal del descubrimiento de América. Pero, además, Isabel dejaba tras de sí un testamento que iba a cambiar la historia moral del mundo, porque por primera vez prohibía esclavizar a los vencidos.

Isabel había reinado en Castilla por espacio de tres decenios. Cuando ella llegó al trono, Castilla era un reino precario, con la corona en manos de las ambiciones nobiliarias, envascado en permanentes querellas de facción, con sus campos esquilados por la guerra y el desorden. Ahora se había convertido en la primera potencia de Europa. La unión con Aragón había creado un núcleo político de extraordinaria solidez. La voluntad política de los reyes imperaba sin discusión sobre los poderes feudales, sustituidos por una nueva clase rectora elegida ya no por sangre, sino por sus propios méritos. El reino funcionaba ya como un Estado prácticamente moderno —el más avanzado de Europa—, con instituciones sometidas a la corona e independientes de los grandes magnates. La arbitrariedad había desaparecido casi por completo en beneficio de la justicia. Las riquezas del país fluían. La Iglesia había emprendido su propia reforma mucho antes que en el resto de Europa. Se había conquistado el reino moro de Granada poniendo fin a la presencia musulmana en España. Se empezaba a saltar al otro lado del Estrecho para establecer bases en el norte de África. Se había derrotado a Francia en Nápoles. Los barcos castellanos habían descubierto un mundo nuevo en las Indias. Unos logros, en fin, impresionantes.

Los últimos años de Isabel, gloriosos en lo político, habían sido tristísimos en lo personal. El heredero Juan había muerto en 1497; dejaba una hija póstuma que murió al nacer. Su hija Isabel, casada con el rey de Portugal, moría igualmente al año siguiente en el parto de su hijo Miguel, llamado a unificar los reinos de Portugal y España, que también murió en el alumbramiento. Quedaba como heredera la princesa Juana, que enseguida empezó a dar muestras de la inestabilidad mental que le valdría el sobrenombre de *la Loca*. Otra infanta, Catalina, casada con el heredero de la corona inglesa Arturo, veía morir a su marido poco después de la boda, en 1502; Catalina terminaría casándose con el hermano del difunto, el príncipe Enrique, que sería Enrique VIII. Esta sucesión de desastres golpeó severamente el alma de la reina católica. Isabel empezó a vestir de luto. Solo su recia fe la libró de la depresión. «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea su santo nombre», dicen que dijo al conocer la noticia de la muerte de Juan, su heredero.

La enfermedad fue la culminación inevitable de tanto sufrimiento. Isabel enseguida tuvo conciencia de que su vida se acababa. Se encerró en su castillo de Medina del Campo y dispuso misas diarias por su alma. A estas alturas ya solo le restaba dictar testamento y dejar en la tierra una buena siembra que le permitiera acudir con la frente limpia al encuentro de Dios. Escribe a su confesor, el ya anciano fray Hernando de Talavera, y lo hace en estos términos: «Siendo la vida humana tránsito temporal hacia la eternidad, los reyes deben recordar que han de morir y que el juicio que Dios va a pronunciar sobre ellos es más severo que sobre el común de los mortales». Isabel ordena que su entierro sea austero, que los gastos previstos se empleen más bien en limosnas y

beneficencia y que, cuando sea cadáver, no sea embalsamada, sino vestida con un simple hábito franciscano. Sus joyas y objetos personales los deja a su marido para que haga con ellos lo que quiera y el resto de sus bienes los lega a obras de caridad.

Pero Isabel sentía que su testamento debía ser no solo la última voluntad de un moribundo, sino también y sobre todo un testamento político, como correspondía a un tiempo en el que la persona del monarca era inseparable de la propia existencia del reino. Y así dispone igualmente que su hija Juana, heredera de la corona de Castilla, y su esposo, Felipe de Habsburgo, queden obligados a reinar conforme a los fueros castellanos, y les veta entregar dignidades a nobles extranjeros. Isabel prevé también la incapacidad de su hija y, en consecuencia, manda que si Juana y Felipe no quisieran o no pudieran hacerse cargo del gobierno, la regencia sea desempeñada por su marido, Fernando de Aragón, hasta que el hijo de Juana, el pequeño príncipe Carlos, cumpla veinte años. Evidentemente, Isabel sabía lo que tenía entre manos. Como sabía también cuáles debían ser los objetivos fundamentales de la política castellana: mantener la lucha contra el moro, ahora en suelo africano, y no entregar nunca la plaza de Gibraltar, baluarte contra futuras invasiones islámicas.

Pero hubo algo más. Algo que iba a tener unas consecuencias decisivas. Y es que el 23 de noviembre, pocas horas antes de expirar, la reina ordenaba añadir a su testamento un codicilo con dos asuntos que le causaban gran inquietud de conciencia. Uno, de orden interno, era la fiscalidad, y concretamente el impuesto denominado alcabala, una tasa que tenía que pagar el comprador de cualquier bien y, en los contratos de compraventa, ambas partes; ese impuesto, que desde el siglo anterior era privilegio de la corona, había dado lugar a numerosos abusos, y la preocupación de la reina era que lo fijaran y recaudaran directamente las Cortes. El otro asunto que preocupaba a Isabel era de naturaleza puramente moral, y este es el fundamental para nuestro relato: que los indios de las tierras descubiertas no fueran esclavos, sino que se les considerara inmediatamente como súbditos de la corona. Era la primera vez en la Historia que un monarca tomaba semejante decisión. Así lo escribió la reina:

Cuando nos fueron concedidas por la santa sede apostólica las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue inducir y traer a los pueblos de ellas y convertirlos a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas Islas y Tierra Firme prelados y religiosos y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir a los vecinos y moradores de ellas en la fe católica, y enseñarles y adoctrinarles en buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida. Por ende, suplico al rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando a la princesa, mi hija, y al príncipe, su marido, que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, sino que manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido, lo remedien...

Este codicilo de Isabel la Católica presentaba implicaciones de gran alcance. Si el propósito era convertir a los indios a la fe de la cruz, eso significaba que no podrían ser esclavos, pues no se podía esclavizar a un cristiano. Si a los nativos se los consideraba «vecinos y moradores», eso significaba que se reconocía de antemano su derecho a mantener sus comunidades propias. Si se ordenaba respetar la inmunidad de «sus personas y bienes», eso significaba garantizar su libertad y su propiedad, que eran las cualidades básicas de la dignidad individual según el derecho natural y la

teología de la época. En definitiva, la reina Isabel venía a dar una dimensión moral y religiosa a la conquista de América.

A partir de este momento el testamento de la reina iba a actuar como una guía para la conquista. Esto no iba a ser una guerra: iba a ser una cruzada. La evangelización no será algo que ocurra por accidente o por azar, sino que es desde el principio «nuestra principal intención», según la reina, que además ordena a sus sucesores que ese siga siendo su «principal fin». Bastantes decenios de historiografía materialista han logrado cerrarnos los ojos ante la evidencia, pero ya es hora de quitarnos las legañas: si los españoles del siglo xvi cruzaron el océano para ir a un mundo que no era el que buscaban, si durante decenios gastaron en la empresa más dinero del que recuperaron y más hombres de los que podía permitirse un país poco poblado como España; si hicieron todas esas cosas, aparentemente absurdas, fue porque España se tomó aquello como una misión en el sentido religioso del término. Los españoles cruzaron la mar porque iban a poner la cruz al otro lado; y sin eso, muy probablemente, no se habría acometido la mayor aventura de todos los tiempos.

Pronto aparecerá, por supuesto, lo demás, todos esos rasgos tan «humanos, demasiado humanos»: la ambición, la rapiña, la demencia del oro, la violencia sobre la población conquistada... Es decir, que aparecen todas y cada una de las cosas que vemos en absolutamente todas las conquistas que en la Historia han sido. Pero la de América tiene una particularidad, y es que, cada vez que a alguien se le vaya la mano, ahí estará la Iglesia para denunciarlo, el poder civil para sancionarlo y los propios jefes de la conquista para poner orden. Esa norma correctora no la vamos a encontrar en ningún otro ejemplo histórico de gran conquista: ni en las de la Roma imperial, ni en las de los ingleses y los franceses en América y África.

El signo distintivo de la conquista española es que posee, desde el primer momento, una motivación religiosa y, por tanto, un freno moral. Y eso fue así precisamente por el protagonismo vigilante de la Iglesia y porque los conquistadores, además de ser aventureros, quizá locos, sin duda ambiciosos, eran hombres de fe. Por eso existieron casos como los de Montesino o Las Casas, que tanto empeño pusieron en denunciar los abusos de las encomiendas y que enseguida veremos. ¿Voces aisladas? En absoluto. Sabemos que en América muchos abusos se corrigieron, y que en Filipinas, donde la conquista será posterior, ni siquiera se llegaron a producir; sencillamente, porque los españoles ya sabían qué hacer. Y todo eso fue así porque la reina Isabel lo mandó en su testamento.

Isabel de Castilla, sí, expiró el 26 de noviembre de 1504 en su palacio de Medina del Campo. Según sus deseos, fue enterrada en una sencilla tumba en el monasterio de San Francisco en la Alhambra de Granada, la ciudad por la que tanto luchó. Más tarde, cuando murió su esposo, ambos fueron trasladados a la Capilla Real de la catedral granadina. E igualmente según sus deseos, la corona española desarrollará a partir de ese día una intensa labor legislativa para proteger a los indios de América: las leyes de Indias. Ningún imperio había hecho nunca nada igual.

La triste muerte de Cristóbal Colón

Colón apenas sobrevivió año y medio a la reina Isabel. En mayo de 1506 moría en Valladolid, adonde se había trasladado la corte. Al almirante se le fue la vida sin conseguir que el rey Fernando le reconociera los títulos de gobernador y virrey de las Indias.

Porque en realidad eso era todo lo que preocupaba al descubridor: que la corona le reconociera aquellos títulos como privativos de su persona y, por tanto, pudiera legarlos a sus herederos. No era poca cosa, ciertamente: establecer un linaje de su nombre que gobernara las Indias como tierra propia. Pero si ya la reina Isabel había recelado de las condiciones de Colón como gobernante, mucho más suspicaz era a ese respecto el rey Fernando. Y no sin razones.

Cristóbal Colón había regresado de su último viaje en noviembre de 1504. La reina murió tres semanas después. El almirante, aunque enfermo, intentó a toda costa desplazarse a Sevilla para entrevistarse con el rey. No pudo moverse hasta el mes de mayo siguiente. Mientras tanto, se dedicó a enviar cartas a su hijo Diego; cartas que más bien parecen escritas para que las leyera otras personas, porque eran un compendio de reivindicaciones económicas y críticas al gobierno de las Indias. Esas cartas y otras de esta misma época han creado la leyenda de que Colón pasó sus últimos años hundido en la más atroz miseria. Eso no es exactamente así. Ciertamente el descubridor distaba de llevar una vida principesca, pero no vivía en la pobreza y, por otro lado, mantenía su sitio en la corte.

Cuando Colón llegó ante el rey Fernando, en aquel mayo de 1505, halló a un monarca que lo último que tenía en la cabeza eran los problemas del navegante. Colón pidió una vez más que se le reconocieran los privilegios firmados años atrás en Santa Fe: almirante, virrey, gobernador. Fernando, una vez más, respondió con buenas palabras, evasivas y dilaciones. La corte se trasladó a Salamanca y Colón fue con ella. Después marchó a Valladolid, y Colón, detrás. Ya era abril de 1506 y Fernando el Católico parecía haberse desentendido por completo de la causa colombina.

¿Había caído Colón en desgracia? ¿Tal vez el rey Fernando detestaba al descubridor? Ni una cosa ni otra. Sencillamente, en aquel momento Fernando tenía entre manos asuntos muy distantes del problema americano. En 1502 había estallado de nuevo la guerra entre Francia y España por el control del reino de Nápoles, la vieja herencia aragonesa, llave del Mediterráneo occidental. Las dos potencias habían llegado dos años atrás a un acuerdo para repartirse el territorio napolitano —el Tratado de Granada—, pero inmediatamente surgieron discrepancias y la guerra se reavivó. Para Francia, controlar Nápoles significaba rodear a España por oriente y cortar de raíz la hegemonía naval hispana en el Mare Nostrum. Para España, hacerse con la pieza era tanto como frenar en seco las aspiraciones francesas de proyección hacia el sur. Fue una guerra muy intensa, salpicada de choques cruentos por tierra y por mar. Las armas españolas, aun en inferioridad numérica, consiguieron la victoria gracias, entre otras cosas, al talento militar de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Allí comenzó la leyenda de la infantería española. En febrero de 1504 Francia se avino a firmar un tratado, el de Lyon, que reconocía la soberanía española sobre Nápoles. Pero la enemistad entre las dos potencias estaba lejos de haberse apagado.

Para complicar las cosas, el rey Fernando había entrado en conflicto con su yerno Felipe de

Austria, llamado Felipe el Hermoso, el marido de Juana la Loca. Conflicto que, naturalmente, había servido de detonante para que volvieran a prender las viejas querellas internas de los reinos españoles. Así, mientras que la nobleza castellana encontraba en Felipe una magnífica bandera para oponerse al rey Fernando, que no dejaba de ser un aragonés, las ciudades veían en Fernando a su único valedor frente a la nobleza y, por tanto, frente a Felipe. Ahora bien, esta dimensión nacional solo era uno de los rostros del problema, y seguramente en el ánimo de Fernando el Católico pesaban mucho más las consecuencias de la ambición de Felipe en el plano exterior.

Veamos: Felipe había desposado a Juana de Castilla, la heredera de Isabel y Fernando, en 1496. Aquella boda tenía por objeto vincular los intereses de Castilla y Aragón a la casa de Habsburgo (o de Austria), titular del Sacro Imperio romano germánico. Pero Felipe, el yerno, rápidamente mostró un acusado interés por acercarse a Francia, lo cual despertó mil sospechas en la siempre inquieta mente del rey Fernando: si Felipe y Juana pactaban con Francia, el reino de Aragón podía quedar despedazado en beneficio de los franceses. Felipe el Hermoso, ladino, había firmado en 1504 un acuerdo secreto con el rey Luis XII de Francia. Por ese acuerdo, Luis respaldaría las ambiciones de Felipe sobre el trono de Castilla —del que el Hermoso solo era consorte— y Felipe daría a su hijo Carlos en matrimonio a la hija de Luis. La maniobra era una respuesta diplomática de los franceses a sus reveses en Nápoles. Y una excelente maniobra.

Fernando vio venir el peligro de lejos, como de costumbre, y maniobró a su estilo. Promovió otro acuerdo semejante con el rey de Francia y subió la apuesta: él, Fernando, ya viudo, se casaría con una sobrina del rey francés, Germana de Foix, y la descendencia de ambos reinaría sobre Nápoles. Además, Fernando pagaría al rey de Francia una rica dote y liberaría a los cautivos franceses de las guerras napolitanas. Puestos a elegir entre un consorte de Castilla y un rey de Aragón, Luis de Francia escogió lo segundo. Así, el viejo Fernando el Católico (cincuenta y tres años) terminó casado con la jovencísima Germana (diecisiete) y, sobre todo, Felipe el Hermoso se vio privado de apoyos extranjeros. Fernando había ganado una vez más. La nobleza castellana se subió por las paredes, pero la oportuna muerte de Felipe, apenas un año después de esta carambola diplomática, enderezaría definitivamente la situación.

Todos estos eran los asuntos que preocupaban al rey Fernando, y bien puede entenderse que, en medio de tales berenjenales, las reivindicaciones de Cristóbal Colón sobre las lejanas Indias le parecieran un abominable engorro. Es verdad que el rey le devolvió los atrasos que le debía, lo cual alivió la situación personal del descubridor, pero poco más. El almirante tampoco mejoró las cosas cuando, decepcionado por el silencio de Fernando, optó por acercarse a Felipe y Juana, lo cual debió de ser visto en la corte del aragonés como una traición; para colmo, a Juana y Felipe, obsesionados como estaban por asentar su poder sobre tierra europea, todo aquello de las Indias les sonaba a libros de caballerías. Las reclamaciones del descubridor, en fin, no hallaron en ninguna parte oídos receptivos. El almirante iba a dejar esta tierra sin que se le hiciera justicia.

El 19 de mayo de 1506 Colón se siente morir. No aguanta más. Llama al escribano de cámara de los reyes, Pedro de Inoxedo, y le dicta testamento. Designa como legatarios y albaceas de sus últimas voluntades a sus hijos Diego y Fernando, a su hermano Bartolomé Colón y al tesorero de Vizcaya, Juan de Porras. Colón se autotitula como «almirante, virrey y gobernador de las islas y tierra firme

de las Indias descubiertas y por descubrir», es decir, los mismos títulos que se le reconocieron en las Capitulaciones de Santa Fe. Y aquel testamento decía así:

Yo constituí a mi caro hijo don Diego por mi heredero de todos mis bienes e ofiçios que tengo de juro y heredad, de que hize en el mayorazgo, y non aviendo el hijo heredero varón, que herede mi hijo don Fernando por la mesma guisa, e non aviendo el hijo varón heredero, que herede don Bartolomé mi hermano por la misma guisa; e por la misma guisa si no tuviere hijo heredero varón, que herede otro mi hermano; que se entienda ansí de uno a otro el pariente más llegado a mi linia, y esto sea para siempre. E non herede muger, salvo si non faltase non se fallar hombre; e si esto acaesçiese, sea la muger más allegada a mi linia.

¿Y qué es lo que había que heredar? Precisamente, el título de virrey de las Indias, una dignidad que, sin embargo, valía bien poco si no llevaba adjunta la gobernación efectiva del territorio descubierto. Este asunto iba a ser objeto de pleitos sin fin durante muchos años, porque la corona no estaba dispuesta a conceder a los Colón la titularidad del Nuevo Mundo; los «pleitos colombinos» generarán toneladas de papel. Con todo, hay que decir que la corona tampoco se mostró hostil a Diego, el heredero: el rey Fernando le facilitó un buen matrimonio con la casa de Alba y, apenas dos años después de la muerte del almirante, le designó gobernador de La Española. Pero ya llegaremos a eso.

El almirante murió un día después de dictar testamento: expiraba el 20 de mayo de 1506. ¿De qué murió exactamente Cristóbal Colón? Durante siglos se pensó que la causa de su muerte, aquella enfermedad que durante años le había torturado, era la gota, pero en fecha reciente se ha descubierto que lo que el almirante padecía era el síndrome de Reiter, es decir, una artritis reactiva que suele venir como consecuencia de infecciones gastrointestinales o genitourinarias. El hallazgo se debe al profesor de la Universidad de Granada Antonio Rodríguez Cuartero. Los síntomas del síndrome de Reiter, incluida la pérdida de visión por conjuntivitis y los fuertes dolores de articulaciones que le obligaron varias veces a guardar cama, encajan con las dolencias que las crónicas atribuyen al descubridor. Sus últimos años en España debieron de ser un calvario: al dolor de la enfermedad se unía la angustia de sentirse víctima de una injusticia. Fue seguramente un fallo cardiaco lo que terminó llevando a la muerte a un cuerpo que ya no aguantaba más.

Cristóbal Colón fue enterrado con honores de almirante. Su cuerpo fue descarnado —un tratamiento muy extendido en la época, sobre todo en Italia, para conservar el cadáver— e inhumado en el convento de San Francisco de Valladolid, primero, y en la Cartuja de Sevilla después. Mucho más tarde su hijo Diego ordenará que se traslade el cuerpo a Santo Domingo, y de allí pasará, ya en el siglo xviii, a La Habana. Los restos de Cristóbal Colón terminarán en la catedral de Sevilla en 1898. Un estudio genético realizado en 2006 por la Universidad de Granada confirmó que esos huesos eran, sí, los de Cristóbal Colón, al que los investigadores definían como «varón, de entre cincuenta y setenta años, sin marcas de patología, sin osteoporosis y con alguna caries; mediterráneo, medianamente robusto y de talla mediana». Pero los huesos que hay en esa tumba sevillana —un precioso catafalco— apenas llegan al 15 por ciento del esqueleto, de manera que se supone que el resto se halla disperso por distintos puntos de América. En el fondo, un digno final para el primer europeo que halló el nuevo continente.

5. TRASPLANTAR ESPAÑA A LAS INDIAS

Caravanas del mar

¿Cuándo y por qué se decidió que el objetivo español en las Indias era la repoblación? Portugal no había repoblado las áreas africanas abiertas por sus barcos: se había limitado a instalar factorías donde unos pocos portugueses explotaban la mano de obra local. Pero España apuntaba más alto.

En España, en efecto, alguien pensó que el objetivo debía ser llenar con españoles el Nuevo Mundo, como hizo Roma con el viejo. Ese «alguien» solo puede tener dos nombres propios: la reina Isabel o el obispo Fonseca, o ambos de consuno, que es lo más probable. El hecho es que la expedición de 1502, la que había conducido a Ovando a la gobernación de La Española, ya era propiamente un viaje de repoblación. En los barcos acuden 1.200 paisanos, entre ellos 70 mujeres casadas y docenas de artesanos (herrereros, albañiles, vidrieros, carpinteros). Y las naves traen consigo varias toneladas de alimentos —signo elocuente de que se preveía una larguísima estancia—, mucho material de farmacia, decenas de animales domésticos, abundante herramienta de albañilería y carpintería y hasta varios sagrarios y objetos litúrgicos. Esa expedición iba, sí, para quedarse. Apenas un año después zarpará de Sevilla un nuevo navío al mando de Antonio Vélez de Mendoza con otros 29 hombres casados y sus respectivas familias. España había decidido trasplantarse a las Indias.

Ya hemos visto los terribles problemas que aquejaron a los primeros colonos. La pésima gestión de los Colón había conducido a varias rebeliones, tanto de indios como de españoles, que hacían imposible asegurar los recursos imprescindibles para la supervivencia. Con la isla manga por hombro, muchos indios abandonaron los campos de yuca destruyendo los cultivos. Sin harina de yuca, los colonos conocieron el hambre. Con el hambre, las enfermedades tropicales hicieron mella en unos cuerpos aún mal aclimatados a aquellos parajes. La mortalidad fue atroz: se calcula que más de la mitad de los primeros colonos pereció en apenas dos años. ¡Un 50 por ciento de bajas! Lo cual explica la desesperación del gobernador Ovando y la virulencia homicida de su campaña contra los indígenas rebeldes.

La pacificación de la isla lo cambió todo. Los caciques rebeldes terminaron sojuzgados. Sus tribus se desperdigaron o se sometieron. Los indios aliados de los españoles obtuvieron a cambio su venganza sobre los clanes que hasta entonces los habían oprimido, aunque su situación no cambió de manera sustancial: sencillamente, dejaron de rendir tributo a los caciques taínos para pasar a obedecer a los españoles. Siguió habiendo núcleos de resistencia dispersos, lo cual dio pie a nuevas campañas, de menor alcance, que Ovando administró como si se tratara de empresas privadas: el capitán que pudiera armar una hueste —siempre bajo las órdenes del gobernador— podría quedarse con el botín, salvo el «quinto real» que correspondía a la corona. Muchos ofrecieron sus armas. Pero lo más importante es que se restableció la producción del cazabe, el pan de yuca, alimento básico de indios y colonos. Ya era posible organizar la vida en La Española.

A partir de 1503 habían empezado a llegar a ritmo constante barcos de España. Con ellos venían

decenas de familias dispuestas a encontrar una vida nueva. Poderosas razones empujaban al viaje. Por una parte, las cosechas de cereales en Castilla estaban siendo calamitosas. Por otra, la explotación del oro en La Española se había convertido en un señuelo de fuerte seducción. La atracción de las Indias era irresistible. Pero Ovando quería convertir esa atracción en algo más que cantos de sirenas para aventureros. El gobernador no quería buscavidas. Quería familias. En 1505 ordenó que todos los colonos que mantuvieran esposa en España volvieran a la península a por ella. Y para asegurarse de que cumplieran la orden, primó en el reparto de tierras a las familias en detrimento de los solteros; más aún, arrebató sus propiedades a los colonos que no hubieran traído a sus familias a La Española.

El método para atribuir tierras a los colonos fue el mismo que había creado Colón: el «repartimiento», que consistía literalmente en repartir a los indios en grupos y asignarlos a la autoridad de un español. Esos indios debían trabajar unas tierras en concreto, ya fueran cultivos o minas, y el colono obtendría el beneficio correspondiente. ¿Y qué diferencia había entre esto y la esclavitud? En realidad, muy poca, y aquí es donde surgió uno de los mayores desencuentros entre los Colón y la corona. Por eso Ovando, sobre el primitivo modelo de Colón, desarrolla en La Española el sistema de la «encomienda», copiado del modo de organización de las órdenes militares durante las últimas fases de la Reconquista en España: al colono se le encomienda el gobierno y protección de un grupo de indios, sobre las tierras tradicionalmente ocupadas por ellos, y estos indios han de proporcionar al encomendero un tributo fijo en metales, alimentos, etc. El encomendero, por su parte, queda obligado a dispensar a los indios un trato justo, una retribución equitativa y asistencia espiritual. Una orden de diciembre de 1503 fijó el sistema, que en la práctica no venía a trastornar la estructura indígena, sino que simplemente cambiaba la cabeza del proceso: los indios ya no trabajarían para el cacique, sino para el encomendero.

El sistema de repartimientos y encomiendas tenía un inequívoco toque colonial. De hecho, fray Bartolomé de las Casas siempre reprochará a Ovando haber inventado esa forma de explotación tan «tiránica y cruel». Pero quien crea que Ovando hizo aquello para aniquilar a los indígenas, se equivoca. Porque al mismo tiempo que nacía ese sistema, se favorecía expresamente el matrimonio de españoles con indias, y ello desde fecha tan temprana como el 20 de marzo de 1503. El objetivo de estas uniones mixtas era esencialmente religioso: «Para que los unos y los otros se comuniquen y enseñen para ser doctrinados en las cosas de Nuestra Santa Fe Católica», decía la orden regia de 1503. Diez años después había en La Española 60 españoles casados legalmente con indias (sin contar a los que vivían simplemente amancebados), cifra que, habida cuenta del número total de familias, es una elevadísima proporción. Y consta que Ovando favoreció a esos matrimonios mixtos de una manera muy notable. Solo hubo una excepción: a los españoles les quedó vetado desposar a hijas de caciques, porque lo hacían con el evidente propósito de lucrarse. Ya hemos visto páginas atrás alguno de esos casos.

Pero hay más: Ovando también favoreció una experiencia insólita de comunidades libres de indios, generalmente bajo la supervisión de religiosos. Del mismo modo, el gobernador decidió que los mestizos no estuvieran sujetos al sistema de encomiendas; lo cual, por cierto, estimuló el mestizaje. Y además de todo eso, Ovando se opuso a que los notables del reino, afincados en la

península, mantuvieran encomiendas en las Indias. ¿Por qué? Fundamentalmente, porque los mayordomos encargados de administrarlas se entregaban a todo género de abusos e intentaban escapar a la autoridad del propio gobernador, algo que Ovando no podía consentir.

La cruz de esta moneda fue el fuerte descenso de la población nativa, provocado por el brutal cambio de forma de vida y por las enfermedades que trajeron los españoles. Es interesante subrayar que la población indígena, entre los años 1496 y 1508, apenas descendió, y ello a pesar de que en este periodo se produjo la violenta campaña de pacificación de Ovando. Sin embargo, a partir de ese último año, que coincide con la máxima llegada de colonos castellanos a la isla, la población aborigen iba a descender en un 30 por ciento: de 60.000 a 40.000 personas, según los datos que manejan los actuales historiadores dominicanos. ¿Qué pasó? Se han formulado muchas hipótesis. La más habitual es que los españoles se entregaron a una explotación brutal de los indígenas, asesinatos masivos incluidos, pero es una hipótesis difícilmente sostenible: si la causa de la mortandad fue la violencia directa, ¿cómo es posible que cayera más gente en periodo de paz que en periodo de guerra? La hipótesis de la violencia masiva bebe sobre todo en fuentes como fray Bartolomé de las Casas, pero las contradicciones y distorsiones del fraile son tantas que su validez como fuente fidedigna en este punto es muy discutible. Otra hipótesis bastante más verosímil es que la mortandad de los indios viniera determinada por el brutal cambio de sus condiciones de vida: el paso de una rutina agraria y recolectora a otra de trabajo intensivo en los campos y las minas debió de ser, sin duda, muy traumático, y no es casual que tantos historiadores nativos insistan en los letales efectos psicológicos de esa transformación que, según fórmula común, llevó a muchos indios a «dejarse morir».

Con todo, en los últimos años han surgido dos teorías que aportan la explicación definitiva al problema. La primera concierne a algo que en el siglo xvi se ignoraba pero que hoy nos resulta muy familiar: los virus. En efecto, ya hemos visto como los españoles y sus animales domésticos llevaron consigo todas las enfermedades europeas —viruela, peste porcina, sarampión, etc.—, virus que las poblaciones amerindias desconocían y que, en consecuencia, causaron un efecto letal en todo el continente. Si las enfermedades tropicales provocaron la muerte masiva de los colonos españoles en los primeros años, los virus europeos diezmaron a los indios en medida aún mayor y, precisamente, en los años siguientes, años de paz en los que la colonia ya estaba establecida. En cuanto a la segunda teoría, apunta a la escasa fiabilidad de los censos: los registros que hicieron los españoles a lo largo del siglo xvi son, en general, inservibles, porque no son exhaustivos y porque carecen de criterios rígidos. Por ejemplo, había escribanos que computaban a los indios como tales cuando aún eran paganos y empezaban a registrarlos como cristianos cuando se bautizaban, mientras que otros alguaciles los mantenían como indios aun después de su bautismo. Esto lo ha estudiado muy bien Lynne Guitar precisamente para el caso de los indios taínos («El mito de la extinción de la cultura taína», *KACIKE: Revista de la Historia y Antropología de los Indígenas del Caribe*, 2002). Así pues, conviene desconfiar de las exageraciones: hubo sin duda gran mortandad de indios, pero las cosas son demasiado complicadas como para contentarse con explicaciones simplistas.

Sea como fuere, el hecho es que, como obra de repoblación, el balance del gobierno de Ovando fue espectacular. Cuando él llegó a La Española, en 1502, había 360 españoles y cuatro pequeñas

villas, y la isla hervía en rebeliones y disturbios. Cuando Ovando se marchó, siete años después, dejó tras de sí quince villas y entre 10.000 y 12.000 españoles, según las cifras de fray Bartolomé de las Casas. Santo Domingo era una ciudad con casas de piedra, comercios, talleres, tabernas, hospital, calles empedradas y muralla. En La Española había medios de transporte regulares y un camino de herradura que recorría la isla desde Santo Domingo hasta Santiago, ciudad que también se había desarrollado notablemente, como Concepción. En los campos de La Española había nuevos cultivos, una ganadería en expansión y fraguas que aseguraban cuatro fundiciones anuales. Además se había logrado el autoabastecimiento de la población. Y había aparecido algo muy importante: una sociedad distinta de la original española, con sus propios rasgos y costumbres. En suma, había aparecido ya la imagen de la América Hispana, una imagen que se reproduciría después en todas y cada una de las sucesivas conquistas españolas.

La colonización de Tierra Firme

Todos los esfuerzos de la corona parecen centrarse en la isla de La Española, pero en realidad nadie ha abandonado el viejo proyecto: encontrar un paso hacia el Oriente, hacia la India y la China y sus ricos mercados de especias. La frontera sigue abierta. Mientras Nicolás de Ovando levanta un mundo nuevo en aquella lejana isla del Caribe, en Castilla el rey Fernando planifica la exploración.

Lo único que los españoles tienen en la mano es el mapa que ha trazado Juan de la Cosa y una amplia colección de informaciones fragmentarias traída por los navegantes que han surcado esas aguas. Todos siguen pensando que tiene que haber un paso al otro lado. Hay que encontrarlo. Así que el rey Fernando —es marzo de 1505— convoca una junta en Toro y recibe al obispo Fonseca, a Vicente Yáñez Pinzón y a Américo Vespucio. El obispo sigue siendo el hombre clave en la Casa de la Contratación de Sevilla. Los otros dos son expertos pilotos de Indias. A ellos se les encomendará la misión. En Toro el italiano Vespucio recibe la carta que le naturaliza como súbdito de la corona española. Pinzón, por su parte, se ve convertido en corregidor de Puerto Rico, la mayor isla al este de La Española. El rey provee a ambos de una misiva para ser entregada en Sevilla: «Yo he acordado enviar a descubrir por el océano ciertas partes que os dirán Américo y Vicente Yáñez, e que ellos entiendan en ello», dice el texto. Y faculta a los dos hombres para armar barcos con los que partir a la busca del ansiado paso a Oriente.

La empresa iba a terminar enredándose en mil problemas. Para empezar, la Casa de la Contratación decidió armar los barcos lejos de Sevilla, en los astilleros de Vizcaya, con el consiguiente retraso. Después —verano de 1506—, el rey Fernando tuvo que dejar la regencia de Castilla y así la empresa quedó sin patrón. La corona de Castilla pasa a las sienes de Juana y Felipe el Hermoso. Este asume el liderazgo y por una carta de su puño y letra sabemos que en agosto de 1506 las carabelas estaban ya listas y rumbo a Sevilla. Pero al mes siguiente muere Felipe y el reino entra en crisis, con lo cual el viaje se aplaza. El rey Fernando vuelve a ocupar la regencia castellana, pero con un complejo paisaje político ante sí. No podrá ocuparse del asunto de Indias hasta marzo de 1508, cuando convoca una nueva junta, esta vez en Burgos, y con nuevos protagonistas: el cartógrafo Juan de la Cosa y el piloto Juan Díaz de Solís se suman a Fonseca, Vespucio y Pinzón. Para entonces Ovando ya ha pacificado La Española y los mares de Indias conocen nuevas rutas. Fernando el Católico está en condiciones de afrontar nuevos retos.

Aquella Junta de Burgos fue decisiva porque al proyecto de la búsqueda del paso occidental a las Indias —encomendado ahora a Pinzón y Solís— se sumaron otros dos objetivos. El primero, de tipo organizativo, fue poner los viajes a América bajo el control de un piloto mayor que, en nombre de la Casa de la Contratación, ordenara rutas y llevara la nómina de los pilotos. Ese piloto mayor será el florentino Américo Vespucio. ¿Un italiano, aunque estuviera naturalizado? Sí, italiano, pero con larga experiencia en España; por otra parte, en aquel momento las armas españolas se habían cobrado ya la mitad del territorio italiano después de las largas guerras con Francia, de manera que Vespucio no era exactamente un extranjero. El segundo objetivo, cuyo alcance sería trascendental, representaba un enorme paso adelante: saltar desde las islas conocidas hasta la Tierra Firme —el territorio continental americano, que aún nadie se atrevía a declarar continente— y levantar allí

bases estables. Solo faltaba saber qué hombre podría encargarse de semejante desafío. Pero enseguida aparecieron dos candidatos dispuestos a afrontarlo.

No uno, en efecto, sino dos: Alonso de Ojeda, viejo conocido de nuestro relato, que venía ahora de la mano de Juan de la Cosa, y Diego de Nicuesa, un rico hidalgo que había llegado a La Española con Ovando y ya apuntaba a horizontes más altos. La aparición de dos aspirantes para la gobernación de las nuevas tierras no fue un problema: si algo sobraba en las Indias era, precisamente, tierra. De manera que la junta dividió en dos el área señalada, aproximadamente desde el cabo Gracias a Dios, en la actual Honduras, hasta el cabo de la Vela, en lo que hoy es Colombia. Al norte lo llamó Veragua y al sur, Nueva Andalucía. El límite entre ambas demarcaciones quedó fijado en el golfo de Urabá. A Nicuesa se le encomendó Veragua y Nueva Andalucía fue para Ojeda. Era el 6 de junio de 1508.

A Ojeda ya lo hemos visto en estas páginas escribir proezas sin cuento. Llegó a las Indias como agente de Fonseca en el segundo viaje de Colón, peleó con los taínos, apresó al cacique Caonabó, después recorrió las costas de Venezuela con De la Cosa y Vesputio, trató infructuosamente de fundar una gobernación en Tierra Firme —la de Coquibacoa, precisamente en torno al cabo de la Vela— y acabó de mala manera, traicionado por sus socios, en presidio, del que solo pudo salir gracias a una gestión personal del obispo Fonseca. Ahora, libre, esperaba en La Española una nueva misión. Por eso, cuando Juan de la Cosa conoció las intenciones de Fernando el Católico, no dudó sobre quién debía capitanear la nueva aventura.

El otro candidato, Nicuesa, era una clase distinta de hombre. Diego de Nicuesa, jienense de Baeza (otros dicen que de Torredonjimeno), era lo que podríamos llamar «un niño bien». Había nacido en una familia hidalga, había entrado al servicio del almirante de Castilla don Fadrique Enríquez de Velasco (en la época el almirantazgo ya era una dignidad palaciega más que naval) y vio la oportunidad de volar solo cuando se enteró de que Ovando marchaba a las Indias. Con el gobernador viajó a La Española en 1502. Como iba con dinero, supo invertirlo y se hizo con una encomienda. Y como era listo y emprendedor, en poco tiempo amasó una fortuna. Se las arregló para ganarse la confianza de Ovando hasta el punto de que este le nombró procurador, y así Nicuesa volvió a España, en 1507, como delegado para negociar con la corona las cuestiones de Santo Domingo. De esta manera se enteró de lo que planeaba la Junta de Burgos. Y naturalmente, Nicuesa, con sus impecables credenciales, se postuló para la empresa: Veragua sería para él.

Las dos expediciones fueron muy diferentes. La de Urabá resultó desde el principio menesterosa. Ojeda y De la Cosa apenas pudieron reunir cuatro pequeños barcos y 220 hombres; dejaron en Santo Domingo, como alcalde mayor, a su socio Martín Fernández de Enciso, cosmógrafo, con la tarea de reclutar a más voluntarios, pero no tuvo gran éxito. La bandera de Nicuesa, por el contrario, convocó a una multitud, quizá por la promesa de oro que se presumía en Veragua o quizá porque, siendo Nicuesa rico como era, a priori resultaba mejor partido que Ojeda. El hecho es que, frente a la modestia de Ojeda, la expedición de Nicuesa a Veragua iba a partir de Santo Domingo con casi un millar de hombres, docenas de caballos, siete naves de buen aparejo y víveres sin fin. Ojeda debió de sentirse francamente irritado.

Ojeda salió primero: el 10 de noviembre de 1509. En pocos días tocó tierra en la bahía de

Calamar, en el sitio que De la Cosa, en un viaje anterior, había bautizado como Cartagena de Indias. Ojeda también había estado ya en aquella región que ahora iba a llamarse Nueva Andalucía. Conocía bien la dificultad del terreno, sus junglas impenetrables y la ferocidad de los indígenas. El propio Juan de la Cosa, que ya había pasado serios apuros en aquellos parajes cuando la desdichada aventura de los bizcocheros de Triana, le insistió en que no estableciera bases en la bahía. Pero en algún lado había que atracar, debió de pensar Ojeda. Y desembarcó en Calamar.

Los indígenas no tardaron en aparecer. Ojeda les leyó un requerimiento formal de sumisión al rey y al papa. Los indígenas no debieron de entender gran cosa, así que el explorador optó por seducirles con quincalla: cascabeles, espejuelos, etc. Pero los indios de la zona ya estaban vacunados contra esas atracciones: otros españoles —los de la expedición de Bastidas— habían actuado antes de la misma guisa, de manera que nada pudo vencer su desconfianza. Tampoco debía de estar muy confiado el propio Ojeda, que en Coquibacoa, unos años atrás, se había visto envuelto en situaciones semejantes. El hecho es que de la desconfianza se pasó a la hostilidad y, enseguida, de la hostilidad al combate.

Hubo lucha. Los españoles vencieron a los indios de la costa. Espoleados por la victoria, se internaron unos cientos de metros. Llegaron a la aldea de los indios: Turbaco, se llamaba. No quedaba nadie allí: los que no habían sido derrotados en la playa, habían huido al interior de la jungla. Las gentes de Ojeda, ávidas de botín, saquearon todo lo que pudieron. Seguramente pensaban que el poblado había quedado desierto. Enorme error, porque pronto aparecieron de entre la espesura decenas de indios que ahora empezaban a rodear el poblado. Los atacantes se convertían en atacados. Una lluvia de flechas cayó sobre los españoles. La huida fue una catástrofe. El propio Juan de la Cosa recibía un flechazo mortal. Allí, en aquella aventura absurda de Turbaco, moría el primer gran cartógrafo de las Indias. Con él, muchas decenas de los nuestros, obnubilados por un inexistente botín.

Ojeda llegó a duras penas a la playa. Dejaba tras de sí a la mayor parte de sus hombres, muertos a manos de los indios. La salvación solo era momentánea: los nativos no tardarían en darle alcance. Podemos imaginar al explorador rezando a todos los santos. Solo un milagro podía salvarle. Y el milagro ocurrió: barcos españoles aparecieron en el horizonte.

Los barcos eran los de Nicuesa, que llegaba en ese momento a la bahía de Cartagena para emprender su propia exploración. Guiados por las señas de Ojeda y los suyos, los de Nicuesa desembarcaron. Si alguna vez hubo diferencias entre los dos gobernadores de Tierra Firme, todas desaparecieron ante la inminencia del peligro. La tropa de Nicuesa, con Ojeda y sus pocos supervivientes, enfiló hacia la aldea de Turbaco: había que vengar la muerte de Juan de la Cosa y tantos otros. La represalia fue feroz. De los indios de Turbaco nunca más se supo.

Aquí se separaron los destinos de Ojeda y Nicuesa. Este —un caballero, al fin y al cabo: nobleza obliga— cedió al primero hombres y armas para continuar la exploración. Cada cual siguió su propio camino. Nicuesa, rumbo noroeste, hacia Veragua. Ojeda, rumbo sureste, hacia la costa de la Nueva Andalucía. Pero las penalidades del uno y el otro no habían hecho más que comenzar.

Arañar el mapa de lo desconocido

Está terminando el año 1509 y los españoles intentan abrir el mundo. Obra de titanes. El impulso que la corona había dado a la empresa americana en la Junta de Burgos no buscaba solo establecer colonias en el continente, sino también hallar el ansiado paso occidental a las Indias. Así que, mientras Ojeda y Nicuesa abrían selvas en Colombia y Panamá, Pinzón y Solís exploraban la costa mexicana en busca de un canal, un estrecho, un pasillo que permitiera alcanzar los mares de la China y el Japón.

No hay que perder de vista que ese era el objetivo inicial de la aventura en 1492. Lo que se había encontrado se parecía muy poco a lo que se buscaba. Los españoles habían descubierto un rosario de islas y, después, una inmensa franja de tierra que abarcaba desde las costas del Brasil, por el sur, hasta Florida por el norte. Se había explorado a fondo el litoral colombiano, venezolano y panameño. Solo quedaba un área por explorar. Y allí apuntaron Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís.

«Que sigáis la navegación para descubrir aquel canal o mar abierto que principalmente vais a buscar e que yo quiero que se busque», había ordenado el rey Fernando el Católico. En los astilleros vascos se armaron una nao y una carabela: la *Magdalena* y la *Isabelita*. Solís se encargaría de dirigir los movimientos por mar. Pinzón cubriría la exploración por tierra. Como piloto viajaba Pedro de Ledesma, veterano del cuarto viaje de Colón. El 29 de junio de 1508 zarparon los barcos. Tocaron La Española. Siguieron hasta Costa Rica. Luego, rumbo norte, recorrieron el litoral de lo que hoy es Nicaragua. Recalaron en el golfo Dulce, entre Honduras y Belice. El paso al otro lado no aparecía por ninguna parte. Terminaron en la costa oriental de la península del Yucatán, donde hoy está Cancún. Solís ya había estado allí. Sabía que en esa latitud no había paso alguno al oeste. En octubre de 1509 la expedición volvió a España.

El viaje de vuelta no fue cordial. Pinzón y Solís discutieron por el botín, al parecer por el porcentaje que correspondía al rey. Tan fuerte fue la discusión que Solís, una vez en España, terminó en prisión y ante los tribunales. No llegará la sangre al río: la corona absolvió a Solís y le compensó con 34.000 maravedíes por las molestias. No sería la última vez que el rey solicitara sus servicios. En cuanto a Vicente Yáñez Pinzón, veterano del descubrimiento, tal vez el mejor navegante de su época, esta fue su última aventura: nombrado piloto mayor de la Casa de Contratación, se casa por segunda vez, se establece en Triana y muere, enfermo, cinco años más tarde. Otra página de esta historia se cierra.

Mientras Pinzón y Solís ventilaban sus pleitos en Sevilla, otros dos exploradores seguían arañando el mapa de lo desconocido: Ojeda y Nicuesa, los primeros gobernadores de Tierra Firme, que en vano intentaban fundar alguna ciudad en Nueva Andalucía y Veragua. Ya hemos visto a Ojeda sucumbiendo a la ferocidad de los indios calamares: su expedición quedó deshecha, a Juan de la Cosa le mataron a flechazos y el propio Ojeda habría muerto de no ser porque in extremis llegó el socorro de Nicuesa. Este cedió a su rival, ahora aliado, hombres y armas para proseguir su aventura. Y al fin Ojeda encontró un lugar adecuado. O eso creyó él.

El lugar en cuestión era un amable altozano en el golfo de Urabá, en lo que hoy es la frontera entre Panamá y Colombia. Buen sitio para emplazar un fuerte. Ojeda lo llamó San Sebastián porque

corría el 20 de enero de 1510 y ese era el santo del día. Allí instalados, los nuestros solo tenían que procurarse avituallamiento y protegerse de los hostiles indios urabaes. Pero pronto se vería que ambas cosas requerían esfuerzos sobrehumanos. Entre la humedad y el calor, el sitio no podía ser más insalubre. Las enfermedades empezaron a hacer mella en la tropa. Para ganar fuerzas era preciso obtener alimentos frescos fuera del fuerte, pero he aquí que las selvas aledañas estaban atiborradas de indios hostiles. Y para colmo de males, las flechas que estos indios lanzaban contra los españoles estaban impregnadas de curare, una pasta venenosa de efectos letales. No era algo que los españoles desconocieran: el médico Pedro Mártir de Anglería había estudiado tales venenos, fabricados a partir de raíces y tallos de plantas. Juan de la Cosa había sido una de sus víctimas.

La situación se tornó desesperada. Ojeda aún confiaba en que en cualquier momento apareciera Fernández de Enciso, su socio, con los refuerzos prometidos, pero Enciso no llegaba. En una salida para buscar alimentos, el propio Ojeda fue alcanzado en una pierna por una flecha nativa. Era curare; iba a morir. El veterano guerrero no se anduvo con chiquitas: consciente de que el veneno iba a matarle, ordenó al cirujano que aplicara sobre la herida dos planchas de hierro al rojo vivo. Dice la crónica —Las Casas lo cuenta— que fue preciso consumir un tonel entero de vinagre para calmar las heridas a base de paños empapados.

En el verano de 1510 apareció un barco en lontananza. ¿Eran, al fin, los refuerzos de Enciso? No, no lo eran. Algo malo le había ocurrido a Enciso, sin duda. Pero al menos este barco representaba una oportunidad: Ojeda podría volver a La Española y regresar a Urabá con refuerzos y víveres. El barco atracó frente al fuerte de San Sebastián. Ojeda subió a bordo. En la fortaleza quedarían los 70 supervivientes de la hueste con instrucciones de aguardar durante cincuenta días el retorno de Ojeda. Si el jefe no volvía, los colonos podrían subir a sus dos barcos y retirarse a Santo Domingo. Al frente de los expedicionarios quedaba un curtido teniente que había llegado a América con Ovando. Se llamaba Francisco Pizarro.

Ojeda se dispuso a cruzar el Caribe a bordo de aquel providencial barco que le había rescatado en Urabá. El gobernador de Nueva Andalucía mantenía la esperanza de llegar a La Española y volver a San Sebastián con refuerzos. Vana ilusión: a poco de emprender viaje, Ojeda descubrió que aquel barco salvador no era otra cosa que una nave pirata. Su capitán, un vividor llamado Bernardino de Talavera, no tenía la menor intención de pisar La Española: precisamente el tal Bernardino, acosado por las deudas, había abandonado pocos meses antes la isla con unos cuantos compañeros y se había lanzado a buscar fortuna con un barco robado en el puerto de La Isabela. Ese mismo barco en el que ahora viajaba el desdichado Ojeda.

Bernardino, sí, era un pirata; el primer pirata del Caribe, antecesor de todos los que le seguirían en los siglos posteriores. Y no, Bernardino no se metería en la boca del lobo: en La Española le esperaban los alguaciles para ajusticiarle. Lo que hizo fue dirigirse a Cuba, lugar que consideraba libre de amenazas. ¡Cuba, es decir, tierra de nadie! Ojeda debió de sentir que el suelo se abría bajo sus pies. Pero lo que en realidad se abrió fue el mar: el barco zozobró y los supervivientes —entre ellos, Ojeda y Bernardino— a duras penas lograron llegar a la playa. Náufragos en Cuba, arruinados y sin más que lo puesto, la extravagante compañía marchó hacia el oriente de la isla. Allí unos indios socorrieron a la hueste. Y allí, también, los hombres de Bernardino rompieron sus lazos con el

pirata, probablemente porque Ojeda se impuso: necesitaban que alguien les rescatara, necesitaban pedir auxilio, pero nadie iba a molestarse en ayudar a los secuaces de un pirata, mientras que, por el contrario, un famoso capitán como Ojeda, y nada menos que gobernador, contaría con mejores avales. Y si eso significaba que Bernardino acabara en el cepo, bien: más valía sacrificar a uno que morir todos.

¿Pedir ayuda? ¿A quién? ¿Dónde? Por los propios compañeros de Bernardino debió de enterarse Ojeda de que muchas cosas habían cambiado en La Española. Ovando se había marchado, cumplida su misión. En su lugar actuaba ahora como gobernador Diego Colón, el hijo del almirante. Y una de sus primeras decisiones había sido someter la vecina isla de Jamaica. Para la empresa había escogido a un personaje que ya ha aparecido en nuestro relato: el capitán Juan de Esquivel, el mismo que años atrás había derrotado al cacique Cotubanamá en Higüey y al que, por supuesto, Ojeda conocía. Esquivel había fundado en el norte de Jamaica, a poca distancia de la costa cubana, una ciudad: Sevilla la Nueva. Era posible llegar hasta allí y dar noticia de su desesperada situación.

Unos pocos hombres cruzaron el mar hasta Jamaica. Y en efecto, volvieron con la ayuda otorgada por el gobernador Esquivel: un destacamento al mando de cierto capitán llamado Pánfilo de Narváez. Ojeda, Bernardino y sus naufragos desembarcaron en Jamaica. Quizá los piratas esperaban piedad, pero no la hubo: Bernardino y varios de sus compañeros fueron apresados y enviados a La Española, donde les aguardaba la horca. Y en cuanto a Ojeda, al fin podría organizar las cosas para socorrer a sus hombres, si es que aún vivían. Pero al llegar a Santo Domingo le esperaba una amarga sorpresa: Enciso, su socio, ya se había marchado. Y él, Ojeda, estaba en la más completa ruina. Imposible mandar refuerzos. ¿Qué sería ahora del destacamento abandonado en Urabá?

Mientras todo esto le ocurría a Ojeda entre Jamaica y Cuba, la otra expedición de Tierra Firme, la de Nicuesa en Veragua, no estaba atravesando por mejores trances. El camino del norte era tan áspero como el del sur. La atracción del oro pronto cedió ante la imposibilidad de domar aquellas selvas pantanosas. A las pocas semanas de exploración, con los cuerpos castigados por el hambre y los combates, una parte de la hueste se rebeló. El cabecilla de la revuelta fue el segundo de Nicuesa, Lope de Olano. A Nicuesa y a los pocos que le fueron fieles —entre ellos, el leal Colmenares— se les permitió quedarse con un barco, pero la nave estaba tan deteriorada que tardó poco en zozobrar. Nicuesa, naufrago, ganó la playa y, con algunos de los suyos, echó a andar por la costa panameña hacia Veragua. Sin víveres y apenas armada, la compañía terminó hallando refugio en un islote. Pero aquello no era tanto un refugio como una tumba, pues no había recursos para sobrevivir. Nicuesa y los suyos se dispusieron a aguardar la llegada de la muerte.

Cuando el gobernador Nicuesa y sus hombres se habían resignado ya a la peor de las suertes, llegó el milagro: los hombres de Olano, el rebelde, regresaban a por ellos. ¿Por qué? Sin duda, porque tampoco Olano había sido capaz de asegurar la supervivencia. El hecho es que Nicuesa se hizo de nuevo con el mando y marchó hacia el río Belén. No lejos de allí fundaría la ciudad de Nombre de Dios. Y al poco apareció su lugarteniente, Colmenares, que también había sobrevivido al naufragio y, después, marchado en su búsqueda. Parecía que, después de todo, la aventura iba a terminar bien. Sin embargo, Colmenares refirió a Nicuesa algo que sumió al gobernador en la mayor de las perplejidades: en su búsqueda por tierras de Veragua había encontrado a los hombres de

Ojeda, los supervivientes del fuerte de San Sebastián. Ahora bien, Ojeda no estaba. En su lugar los comandaba un desconocido: un tipo llamado Vasco Núñez de Balboa.

Donde aparece Vasco Núñez de Balboa

La escena debió de ser de lo más tenso. Nicuesa, gobernador de Veragua, a duras penas ha escapado de la muerte. Funda el precario sitio de Nombre de Dios y cree que puede empezar de nuevo. En eso aparece su lugarteniente, Colmenares, y le cuenta que a poca distancia la gente de Ojeda ha levantado un establecimiento. ¡En las tierras que corresponden a la jurisdicción del propio Nicuesa! Pero eso no era lo peor. Lo peor era que Ojeda ni siquiera estaba allí. En su lugar encabezaba la hueste el tal Vasco Núñez de Balboa. ¿Qué había pasado?

Hemos de retroceder unos meses y situarnos en el instante en el que Ojeda abandona a sus hombres en San Sebastián de Urabá. El gobernador de Nueva Andalucía parte en el barco pirata de Bernardino de Talavera. Espera regresar con refuerzos, pero nunca más volverá. Los que quedan en San Sebastián son apenas 70 hombres al mando de Francisco Pizarro: un tipo duro, labriego sin instrucción, bastardo de un hidalgo, ya veterano —tenía más de treinta años en aquel momento—, que había hecho carrera como soldado de a pie en las guerras de Nápoles y después, desocupado, había pasado a las Indias con Ovando en 1502. Pizarro buscaba lo que todos: gloria y fortuna. Lo que había encontrado era una pequeña hacienda y una aburridísima vida sedentaria. Cuando Ojeda levantó bandera para pasar a tierra firme, Pizarro no se lo pensó dos veces. Por eso estaba ahora allí, en aquel rincón olvidado del mundo.

Ojeda les había dicho que aguardaran cincuenta días. Si no regresaba, podrían abandonar el lugar y retornar a La Española. Pizarro ha de hacer frente al hambre, a las enfermedades y a la hostilidad de los indios. Pasan los cincuenta días y Ojeda no ha vuelto. Pasan otros cincuenta y allí no llega nadie. Al fin, cuando la situación es enteramente desesperada, Pizarro decide levantar el campo. La pequeña hueste marcha hacia la playa, lejos de San Sebastián y sus peligros. Los indios tardarán muy poco en incendiar el fuerte. La tropa de Pizarro ha de arreglárselas para sobrevivir a la intemperie, errante en territorio hostil: ha escapado a la muerte, pero esta llegará finalmente si no aparecen socorros. Y entonces se produce el milagro: unos barcos se dejan ver en lontananza. Son los refuerzos, largamente esperados, de Enciso, el socio de Ojeda y alcalde mayor de Nueva Andalucía. Pizarro y los suyos están salvados.

Enciso socorre a la gente de Pizarro y por él recibe las nuevas de cuanto ha sucedido. La expedición reconoce el sitio de San Sebastián, ya inservible. Ahora el problema es qué hacer, porque nadie sabe dónde está Ojeda, allí no pueden quedarse y Enciso no tiene instrucciones para esta contingencia. El alcalde mayor decide convocar una junta. Y entonces uno de los presentes habla así: «Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo, y a la parte de occidente, a mano derecha, según me parece, salimos en tierra y vimos un pueblo de la otra banda de un gran río, que tenía muy fresca y abundante tierra de comida, y la gente de ella no ponía veneno en sus flechas».

Quien así había hablado era Vasco Núñez de Balboa, un sujeto que había subido al barco de Enciso como polizón y ahora aportaba una solución providencial. Núñez de Balboa era otro veterano —treinta y cinco años—, extremeño de Jerez de los Caballeros, de familia hidalga pero pobre como las ratas, que había pasado a América diez años atrás como criado del señor de Moguer, Pedro de

Portocarrero. En la expedición de Bastidas y De la Cosa, en efecto, Balboa había recorrido el litoral colombiano y panameño. Después, instalado en La Española, participó en las campañas de pacificación y fue premiado con un repartimiento de indios. Intentó hacer fortuna criando cerdos, pero aquel hombre no había nacido para los negocios: se arruinó, contrajo deudas, no pudo pagarlas y si no acabó haciéndose pirata, como Bernardino de Talavera, fue porque después de todo era un tipo decente. Uno de sus acreedores, por cierto, era el propio Enciso.

Arruinado y endeudado, Núñez de Balboa optó por escapar. Una noche cogió lo único que tenía: su ropa y su perro, un alano llamado *Leoncico*, y se escondió en un barco que se preparaba para zarpar. Lo que nuestro hombre no podía ni imaginar era que en aquel barco mandaba Enciso, y que no partía para un viaje de comercio, sino con una misión de guerra: socorrer a los colonos de la Nueva Andalucía. En el curso del trayecto, los tripulantes hallaron a Núñez de Balboa —y a su perro—. Enciso, fuera de sí, resuelve abandonar al perro y al hombre en el primer islote que encuentre. Pero Vasco es hombre de recursos: ha navegado ya por esos mares, conoce el litoral y convence al alcalde de lo útil que puede serle a bordo. Por otro lado, el polizón era un tipo con un carisma excepcional: pronto se gana la voluntad no solo de Enciso, sino de toda la tripulación. En breves días es aceptado como un miembro más de la hueste. Y tardaría poco en ser, además, su líder.

Ahora Núñez de Balboa ofrecía una solución, y a todos, empezando por el propio Enciso, les pareció bien. La hueste navegó hacia el noroeste y llegó al paraje señalado. Eran las tierras del hostil cacique Cémaco. A poco aparece en el lugar una muchedumbre de nativos en son de guerra. Los españoles, que no llegan a cien, se encomiendan a la Virgen de la Antigua. La batalla resulta favorable para los españoles por dos razones: una, que esos son los únicos indios de la región que no usan flechas envenenadas, tal y como había dicho Balboa; la otra, que los indios de Cémaco tienen pavor a los perros que los españoles llevan consigo —entre otros, *Leoncico*—. Y Vasco, en la victoria, hace algo que le retrata: se acerca a los indios cautivos, que esperaban ser aniquilados —era lo que los indios hacían entre sí—, y los libera, ganándose su voluntad e incorporándolos a su hueste. Balboa hará esto en todas las ocasiones. Una regla de guerra que le dará excelentes resultados.

Fieles a su voto, los españoles fundan en aquel sitio la ciudad de Santa María la Antigua. Había nacido la primera ciudad propiamente dicha en suelo continental americano. La iglesia fue levantada sobre la vivienda del cacique Cémaco. Enciso se proclamó alcalde mayor de la ciudad, pero el líder natural ya era Núñez de Balboa. Por otro lado, Enciso cometió un error: se incautó de todo el oro expoliado a los nativos y prohibió el reparto del botín con el argumento de que aquello era competencia exclusiva del jefe de la expedición, es decir, de Ojeda. Lo cual no gustó nada a la hueste.

El alcalde mayor tenía razón, pero Núñez de Balboa no dejó de hacer una observación determinante: el lugar donde ahora se hallaban, en el Darién, quedaba al oeste de Urabá y, por tanto, no era jurisdicción de Ojeda, sino de Nicuesa. Es decir, que allí Ojeda no tenía autoridad. Enciso, fuera de sí, ordenó abandonar la ciudad y retornar a San Sebastián, el arruinado fuerte que había defendido Pizarro. Aquello fue la gota que colmó el vaso: los expedicionarios se conjuraron, convocaron cabildo y destituyeron a Enciso. Por votación se eligió a dos nuevos alcaldes: Martín

Zamudio y, por supuesto, Vasco Núñez de Balboa. Enciso, agraviado, embarcó y marchó a La Española a reclamar justicia.

Balboa demostró ser un gobernante sensato. Se esforzó por firmar la paz con los indios, prohibió la esclavitud y los saqueos, no hizo repartimientos ni impuso tributos a los nativos, estrechó relaciones con los caciques del lugar y organizó matrimonios mixtos. Con esa política logró que los indios proveyeran a los españoles de alimentos, lo cual aseguró la estabilidad de la colonia. Además, enseguida implantó un sistema de cultivos —maíz y yuca— y granjas para criar cerdos. Pronto fue fama que los españoles del Darién podían recorrer cien leguas en torno a La Antigua sin tener nada que temer de los indios. La ciudad ya era viable.

Debió de ser en ese proceso cuando llegó a Santa María la Antigua el esforzado Colmenares, el lugarteniente de Nicuesa, en busca de su jefe. Vio lo que allí ocurría y enseguida fue con la noticia al propio Nicuesa en la escena que ya hemos relatado. El gobernador, naturalmente, reclamó para sí el gobierno de la ciudad, pues estaba en su jurisdicción. Nicuesa dejó a unos pocos hombres en Nombre de Dios y marchó a La Antigua con Colmenares y los suyos.

Cuando el gobernador de Veragua se presentó en La Antigua, el cabildo de la ciudad salió a recibirle. Nadie reconoció su autoridad. Aquella ciudad la habían fundado ellos, los hombres de Núñez de Balboa. Nicuesa podría ser gobernador de un pedazo del mapa, pero la tierra era de los hombres de La Antigua. Y un cabildo, por sí mismo, era una fuente de autoridad. Nicuesa se subió por las paredes. Anunció su intención de marchar a La Española para que le reconocieran sus derechos y exigió un barco. Se lo dieron. El 1 de marzo de 1511 Diego de Nicuesa abandonaba el lugar dispuesto a volver como regidor de Santa María la Antigua del Darién, la primera ciudad española en Tierra Firme. El leal Colmenares quedaba en ella como fedatario de su jefe.

Pero Nicuesa no volvería nunca. Su barco zozobró. Es fácil pensar que los hombres de Balboa le dieron adrede un barco en mal estado, pero, por un lado, Nicuesa tenía la suficiente experiencia como para saber dónde se podía navegar y dónde no, y por otro, ya hemos visto en nuestro relato suficientes naufragios como para ignorar la frecuencia de este tipo de accidentes. Lo más probable es que el barco, después de tantos meses en alta mar, estuviese carcomido por la broma y el maderamen terminara cediendo. El hecho es que Nicuesa desapareció en algún punto del Caribe entre Panamá y La Española. Así acabó la historia del gobernador de Veragua.

A mediados de 1511, los dos gobernadores de Tierra Firme habían fracasado. Nicuesa, muerto. Ojeda, arruinado en La Española. Pero en Panamá se había levantado una ciudad. Núñez de Balboa no tardaría en oír de los indios historias acerca de un gran mar hacia el sur, al otro lado de las montañas, tan inmenso que la vista se pierde en sus aguas. Pero ahora hemos de cambiar de escenario, porque en la isla de La Española un nuevo gobernador pensaba en cómo gestionar todo aquello: Diego Colón, el hijo del almirante. Hora es ya de ocuparse de él.

Diego Colón, gobernador

Mientras Ojeda y Nicuesa trataban de asentarse en el continente —ya hemos visto con qué poco éxito—, y mientras Pinzón y Solís buscaban infructuosamente un paso hacia las Indias por el Yucatán, algo de la mayor importancia ocurría en La Española: el gobernador Ovando dejaba la isla y en su lugar llegaba Diego Colón, hijo del descubridor. ¿Se acuerda usted de aquel niño que llegó junto a Cristóbal Colón al monasterio de La Rábida, en el lejano 1485? Ese era Diego Colón, hijo del navegante y de doña Felipa Moniz Perestrelo.

En aquel tiempo, veinte años atrás, Felipa acababa de morir y el navegante buscaba un patrón para su loca empresa: llegar a Oriente a través del Atlántico. El niño creció y quedó convertido en heredero y legatario de todos los éxitos (y fracasos) de su padre. Desde 1493 fue paje del príncipe Juan. Cuando este murió, en 1497, pasó a servir como paje a la propia reina Isabel. Cristóbal se las tenía tiesas con la corona por sus derechos sobre las Indias, pero eso no obstaculizó la carrera de Diego, que en 1503 fue nombrado contino de la casa de la reina —una dignidad de la corte— con un sueldo de 30.000 maravedíes. A la muerte del almirante, en 1506, Diego Colón era un hidalgo de excelente posición prometido en matrimonio nada menos que con María de Toledo, nieta del primer duque de Alba. Pero, sobre todo, era el heredero de todos los títulos de Cristóbal, el descubridor; títulos por los que este había peleado hasta el final de sus días. Tan pesada herencia marcaría la vida del joven Diego.

Por las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas antes del descubrimiento, a Cristóbal Colón le correspondían derechos muy amplios sobre las Indias: título de virrey, título de gobernador, almirante de la mar oceánica y, por supuesto, los beneficios económicos derivados de todo eso. Pero ya hemos visto aquí cómo la corona, en un determinado momento, despojó a Cristóbal del gobierno, anuló de facto su título de virrey y limitó geográficamente el ámbito de sus derechos. A partir de entonces, todos los esfuerzos de Colón irían dirigidos a reivindicar las Capitulaciones de Santa Fe y, por supuesto, asegurar que sus derechos pasaran intactos a su heredero. Para la corona era un problema peliagudo. Colón había demostrado ser un pésimo gobernante, y las Indias, por otro lado, eran demasiado grandes para convertirse en virreinato de un solo hombre. Pero las capitulaciones decían lo que decían.

La presión de la poderosa familia de Alba, implicada directamente en el asunto por matrimonio, fue determinante. El rey tuvo que ceder. Fernando, sin embargo, lo hizo a su manera: nombró a Diego gobernador de La Española, sí, pero no en nombre de sus derechos de herencia, sino «por gracia» del propio rey. En cuanto a la dignidad de virrey, podría desempeñarla, pero no de forma vitalicia. Era el 8 de agosto de 1508. Diego aceptó y marchó a las Indias, pero no renunció a seguir peleando por lo que consideraba suyo: además del virreinato, los títulos de gobierno sobre Puerto Rico, Veragua y Urabá, territorios descubiertos por su padre, y además amplias competencias sobre justicia y recaudación. Así comenzaron los llamados «pleitos colombinos», que iban a prolongarse durante años.

Diego Colón llegó a La Española en 1509. Iban con él su esposa, María de Toledo, sus tíos Bartolomé y Diego y su hermano Hernando. En la isla les recibió Nicolás de Ovando, el verdadero

fundador de la colonia, que inmediatamente regresaría a la península. A Ovando le esperaba un glorioso retiro: había cumplido a la perfección el encargo de la corona y, en recompensa, fue elevado a comendador mayor de la Orden de Alcántara. Dos años después, el 29 de mayo de 1511, moría durante una reunión de la orden en Sevilla. Tenía cincuenta y un años. En todo caso, Ovando ya era historia: ahora el gobernador era Diego.

Pero el joven Diego encontró en La Española a alguien más: a un tesorero que el rey Fernando, previsor, había mandado un año antes, en el mismo momento en que decidía conceder al hijo del descubridor el gobierno de la isla. Ese tesorero era el zaragozano de Ibedes Miguel de Pasamonte, hombre de la mayor confianza del rey, que había marchado a la primera colonia española con anchísimas atribuciones: el control de todos los fondos de la Real Hacienda en la isla y la tenencia de las fortalezas de La Concepción y Santo Domingo. Un hombre, en fin, cuya autoridad venía del mismo rey y que no quedaba bajo el mando del nuevo gobernador. Una china en el zapato de Diego Colón.

Lo primero que hizo el hijo del descubridor fue impulsar la conquista de las islas que rodeaban La Española. En aquel momento Ojeda y Nicuesa estaban afrontando sus respectivas misiones de conquista en Tierra Firme. Las grandes islas de las Antillas —no solo La Española, sino también Puerto Rico, Jamaica y Cuba— habían de ser plataformas esenciales para el control de las rutas de conquista. El proceso estaba en marcha desde tiempo atrás; no era una iniciativa de Diego. Ovando ya había encomendado en 1506 a Sebastián de Ocampo que verificara si Cuba era una isla o tierra continental, y Ponce de León, dos años después, había marchado a conquistar Puerto Rico igualmente por orden del viejo gobernador.

Puerto Rico, la más oriental de las Grandes Antillas, había permanecido asombrosamente al margen de la expansión española. Tanto Colón como Pinzón habían desembarcado en sus costas, pero nadie sintió la necesidad de sentar bases estables. La tarea quedó para un veterano de la conquista de La Española: el vallisoletano Juan Ponce de León, un tipo de cincuenta años que se había distinguido en los combates de Higüey hasta ser nombrado gobernador de la región. Allí se había casado con una indígena cristianada como Leonor y con la que tuvo tres hijos. Ponce de León, eficaz administrador —ganó una fortuna con los cultivos de yuca en Higüey—, estaba convencido de que en Puerto Rico, la isla de San Juan, abundaban los yacimientos de oro. Pidió y obtuvo permiso para explorar. Allí la población era taína, como en La Española. No le fue difícil ganarse la confianza del cacique mayor de la isla, Agüeybaná. La conquista fue pacífica. Ponce de León convirtió al cristianismo a la madre del cacique. No hubo guerra de conquista. Y efectivamente, en San Juan había oro. Juan Ponce de León fue nombrado gobernador. Terminaba el año 1508.

Para desdicha de Ponce y sus colonos, todo se torció a la vez. Por una parte, a La Española llegaba Diego Colón y reclamaba sus derechos sobre Puerto Rico. Por otra, el nuevo régimen implantado por los españoles empezaba a causar estragos entre los indios, tanto por las enfermedades llevadas por los colonos como por la dureza del trabajo minero. Y para colmo de males, Agüeybaná murió en 1510 y subió al trono su pariente Agüeybaná II, que mantenía hacia los españoles sentimientos mucho menos amables que su predecesor. El nuevo cacique levantó a numerosas tribus de la isla. A un colono llamado Diego Salcedo lo apresaron y, para verificar la

naturaleza divina que algunos indios atribuían a los españoles, lo ahogaron, por ver si resucitaba. No resucitó, evidentemente. Hubo guerra. En el paraje de Yagüecas los españoles —poco más de un centenar de hombres— se encontraron con los guerreros taínos, que sumaban entre 11.000 y 15.000 según los historiadores actuales. Un arcabuz español perforó el pecho de Agüeybaná II. La hueste india se disgregó. Ponce de León había vencido. Era 1511.

No obstante, al conquistador la victoria le sirvió de bien poco. El 5 de mayo de 1511 el Consejo Real dictaba una primera provisión en la que daba la razón a Diego Colón sobre muchos de los derechos que reclamaba, entre otros, el gobierno de Puerto Rico, que era efectivamente tierra descubierta por su padre. De manera que a Ponce de León solo le quedaban dos salidas: o avenirse a trabajar para Diego, cosa que no quería hacer en absoluto, o marcharse de allí. El vallisoletano negoció: habló con el tesorero Pasamonte y por su mediación obtuvo permiso de la corona para buscar la enigmática tierra de Bimini, al norte de Cuba, que según los indios manaba riqueza y en la que, además, se hallaba la fuente de la eterna juventud. Un horizonte nuevo se tendía ante el veterano conquistador. Pronto lo veremos.

En La Española, mientras tanto, la situación de Diego se iba haciendo más y más precaria. Castilla le reconocía muchos de sus títulos, pero el rey Fernando no quería ni oír hablar de hacer vitalicio su cargo de virrey. Por otro lado, los colonos de la isla aceptaban muy mal la autoridad del nuevo gobernador y el tesorero Pasamonte no tardó en hacérselo ver al rey. El resultado fue una polémica decisión: la creación de una audiencia en Santo Domingo. Polémica porque entre las reclamaciones de Diego figuraba el derecho a impartir justicia, pero crear una audiencia significaba que habría jueces independientes del poder de los Colón. Tres jueces, concretamente.

Diego Colón debió de sentir que le robaban la cartera: se le negaba el poder sobre la Justicia, se le negaba el virreinato vitalicio, se le negaba incluso la autoridad sobre los territorios continentales —Veragua y Urabá—, que ya tenían gobernadores propios a pesar de que formaban parte de las regiones descubiertas por el almirante. Diego persistió en sus reivindicaciones, para gran irritación de la corona. Los «pleitos colombinos» iban para largo.

Pero la corona no había creado una audiencia en Santo Domingo por fastidiar a Diego, sino porque los colonos, hartos de los Colón y sus pretensiones, así lo habían demandado. Enseguida surgieron dos partidos en La Española: uno, minoritario, seguía a Colón; el otro, mayoritario, se atenía a la autoridad de la corona, los jueces de la audiencia y el tesorero Pasamonte, que en la práctica ejercía como delegado personal del rey. El aire se hizo irrespirable.

Por si faltaba algo, a la altura de 1511 estalló un conflicto inesperado: los religiosos presentes en la isla empezaban a denunciar los abusos de los encomenderos sobre los indios, lo cual era tanto como censurar el sistema de gobierno en La Española. Y en esta denuncia hemos de detenernos, porque iba a tener consecuencias de muy largo alcance.

La rebelión de los frailes

Es el 21 de diciembre de 1511, último domingo de Adviento. Los nombres más distinguidos de La Española se han reunido en la iglesia de Santo Domingo para asistir a la liturgia. El dominico fray Antonio Montesino sube al púlpito y, ante el estupor de los presentes, les espeta: «¡Todos estáis en pecado mortal!».

El gobernador Diego Colón está allí. Con él, los principales encomenderos de la isla y las autoridades de la colonia. Su enojo es patente: nadie les había dicho nunca nada igual. Aquel hombre, el dominico Montesino, lleva poco más de un año en La Española: ha llegado con otros catorce hermanos para evangelizar a los indios y hacer realidad el mandato de la difunta reina Isabel. Todos han acogido bien a los predicadores, pero estos han visto lo que está sucediendo en campos y minas. Y no están dispuestos a callar.

La víspera, la comunidad de dominicos ha celebrado sesión. Allí estaban, entre otros, el vicario de la comunidad fray Pedro de Córdoba, fray Bernardo de Santo Domingo, fray Domingo de Villamayor, fray Tomás de Fuentes y fray Domingo Velázquez. Juntos, han decidido denunciar la explotación de los indios taínos. La comunidad ha elegido a fray Antonio Montesino como su portavoz. Por eso es Montesino quien sube al púlpito ese domingo. Y no se va a morder la lengua:

Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas; donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¡Tened por cierto que en el estado que estáis, no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo!

¡Los moros o los turcos! Para aquellos caballeros, que blasonaban de enarbolar la bandera de la cristiandad, la acusación debió de ser un ultraje imperdonable. Y sin embargo, en el fondo nadie ignoraba que aquellos dominicos, Montesino y los demás, estaban dando voz a un rasgo singular de la conquista española de las Indias: el mandato evangelizador. En estas páginas ya hemos visto la trascendental innovación que supuso el testamento de Isabel la Católica: por primera vez una potencia conquistadora se imponía a sí misma la obligación de tratar bien a los vencidos, no esclavizarlos y convertirlos a la fe de Jesucristo. En la época, semejante disposición fue de una heterodoxia inconcebible, porque alteraba el derecho de conquista hasta entonces vigente. Un derecho que había llevado a los conquistadores a la convicción de que no había nada inmoral en explotar a los vencidos. Y sin embargo, todo eso iba a cambiar.

En efecto, hasta aquel momento, y durante siglos, el derecho de conquista se basaba en tres fuentes que nadie discutía. Una, el derecho romano: el descubrimiento y ocupación de un territorio era título suficiente para ejercer un pleno dominio con total legitimidad. Dos, el derecho

consuetudinario medieval: los no cristianos carecían de personalidad jurídica y por tanto no podían ser sujetos de derecho, lo cual legitimaba la esclavitud, entre otras cosas. Tercera fuente, el derecho pontificio: dado que el papa era suprema jurisdicción internacional, la Santa Sede podía otorgar derecho de conquista a un rey, a un «príncipe cristiano». Cuando España llega a América, lo hace con todos esos títulos; la conquista es estrictamente legal y legítima.

Ahora bien, el papa había prescrito que los españoles quedaban obligados a la evangelización, la conversión de los infieles. Y eso cambiaba las cosas, porque los indios, una vez conversos, eran sujetos de derecho. Por eso la reina Isabel, en su testamento, había dispuesto que los indios fueran «bien tratados». Nace así una contradicción, que llegará a ser violenta, entre la teoría de la conquista, que se rige por el nuevo imperativo de la evangelización, y la práctica, que se aplica según los viejos principios de ocupación y dominio. Los encomenderos se sentían plenamente legitimados para actuar como lo estaban haciendo, pero los dominicos sabían que los indios «son hombres y tienen ánimas racionales», como decía Montesino en su sermón. Por eso los encomenderos se vieron amenazados con la condenación eterna.

Montesino repitió su sermón al domingo siguiente. El problema alcanzó una temperatura insoportable. Los predicadores llegaron hasta las últimas consecuencias: negaron la absolución a los encomenderos que mantuvieran indios en régimen de explotación. El veto no ahorró a nadie. Por ejemplo, entre los que vieron su absolución negada figuraba incluso un sacerdote que en otro tiempo, como colono, había participado en la conquista de Higüey y ahora regentaba un repartimiento de indios. Se llamaba Bartolomé de las Casas.

Quizás en otro lugar y en otro tiempo no habría pasado nada, pero en la España del Renacimiento sí pasó. La denuncia de los dominicos no solo había planteado una crisis moral en La Española, sino que además había alimentado el fuego de la sorda oposición que se vivía en la isla entre partidarios y detractores de Diego Colón. El tesorero Pasamonte escribió a la corte dando cuenta de los sucesos y el rey Fernando tomó cartas en el asunto. Fernando el Católico nunca había sido un místico ni tampoco un idealista —era más bien un tipo del género pragmático—, pero sabía perfectamente que la legitimidad de la presencia española en las Indias descansaba en el mandato evangelizador. Si los frailes se sublevaban contra el poder civil, es que algo grave estaba ocurriendo. Ahora bien, la corona tampoco podía consentir que la autoridad del gobernador Colón quedara en entredicho de semejante manera. Había que actuar.

De entrada, Diego Colón denunció a los frailes ante el Consejo de Castilla. El superior de los dominicos en España, fray Alonso de Loaísa, se puso del lado de la autoridad: condenó a sus hermanos bajo acusación de estar inspirados por el demonio. El rey, por su parte, escribió a Colón reafirmando la legitimidad del sistema de encomiendas y aconsejándole que procurara una retractación por parte de los dominicos. Ahora bien, ninguno de los predicadores se avino a tal cosa. En marzo de 1512 la corona les ordenaba viajar a España. En principio, para castigarles. Pero no fue eso lo que pasó.

No fue eso lo que pasó porque la España de la época, contra todos los tópicos modernos, era probablemente el país más civilizado y culto de Europa, de manera que los frailes Córdoba y Montesino, de vuelta en la península, no fueron ejecutados, ni torturados, ni encarcelados ni nada de

eso, sino que se les llamó a capítulo, se les interrogó, se escucharon sus razones y, finalmente, se deliberó sobre cuánto había de verdad y mentira en sus denuncias. Y hecho todo esto, la corona decidió que había que tomarse en serio el asunto. ¿Cómo? Dictando normas de obligado cumplimiento que garantizaran la dignidad de los indígenas y el mandato evangelizador de la conquista. Era la hora de los juristas.

Fernando el Católico reunió a lo mejor que tenía: bajo la presidencia del obispo de Palencia y factótum de Indias, Juan Rodríguez de Fonseca, a la sala capitular del convento dominico de San Pablo, en Burgos, llegaron el letrado Hernando de la Vega, los licenciados Gregorio (predicador del rey), Santiago Zapata, Moxica y Santiago, el afamado doctor López de Palacios Rubios (cumbre de los juristas de su tiempo) y los teólogos fray Tomás Durán, fray Pedro de Covarrubias y fray Matías de Paz, dominicos los tres. Los frailes Antonio de Montesino y Pedro de Córdoba concurren como testigos, pero también, en representación de la otra parte, el franciscano Alonso del Espinar. Y allí, en aquellas sesiones, Matías de Paz formuló por primera vez una tesis que para la época era sencillamente revolucionaria, a saber: que el indio era un ser humano pleno y, por tanto, titular de derechos. Hoy nos parece una obviedad, pero en 1512 solo mentes españolas —y, desde luego, no todas— estaban en condiciones de pensar de esta manera.

De la Junta de Burgos salieron unas leyes —fechadas en 27 de diciembre de aquel año— que a partir de entonces iban a orientar la acción colonizadora en América. Se llamaron «Ordenanzas reales para el buen regimiento y tratamiento de los indios». Sus disposiciones representaban una innovación trascendental. Los indios —decían las leyes de Burgos— son libres y deben ser tratados como tales. Han de ser instruidos en la fe, como mandan las bulas pontificias. Tienen la obligación de trabajar, pero sin que ello estorbe su educación en la fe, y de tal modo que ellos obtengan provecho personal de su trabajo, lo que incluye expresamente un salario justo. Ese trabajo ha de ser conforme a su constitución, de manera que lo puedan soportar, y ha de tener sus horas de distracción y de descanso. Los indios han de poseer casas y haciendas propias, y deben disponer de tiempo para dedicarlo a su cultivo y mantenimiento. Además, han de tener contacto y comunicación con los cristianos. En suma, las leyes de Burgos declaraban prohibidas la esclavitud y la segregación.

Costará mucho aplicar esas leyes; entre otras cosas, porque para la mentalidad general de la época resultaban inconcebibles. Los dominicos, de hecho, no dejarán de exigir su cumplimiento. Pero al año siguiente habrá nuevas leyes —las de Valladolid— que ampliarán la protección a las mujeres y a los niños. Y la obra legislativa no cesará, hasta el punto de convertirse poco más tarde, con Francisco de Vitoria, en el embrión de la teoría jurídica de los derechos humanos. Era otra dimensión de la conquista: la espiritual e intelectual. Y todo eso empezó con la rebelión de aquellos frailes de La Española y su encendido sermón de Adviento.

Y ahora, volvamos a la apertura de nuevos territorios.

La conquista de las Grandes Antillas

A la altura de 1512 el gobierno de Diego Colón en La Española arrojaba un balance más bien triste: división política entre los colonos, conflictos sociales, crisis moral por las denuncias de los dominicos, pleitos con la corona... Pero, eso sí, el gobernador podía exhibir un logro notable: la conquista de las Grandes Antillas.

Las Grandes Antillas son las islas mayores que dominan el Caribe. De este a oeste: Puerto Rico, La Española, Jamaica y Cuba. Todas ellas formaban parte de los territorios atribuidos a los Colón por la corona. La Española era la base de la colonización desde 1492. Puerto Rico había sido conquistada por Ponce de León y reclamada después por Diego en las condiciones que ya hemos explicado aquí. Y el joven gobernador, aunque seguía porfiando por obtener derechos en Tierra Firme, se había apresurado a poner el pie en las otras islas que la corona le reconocía como ámbito de gobierno: Jamaica y Cuba. Entre otras razones porque la propia corona había concedido a Nicuesa y Ojeda el derecho a emplear tales islas como base de su proyecto colonizador del continente y Diego, receloso, temía quedarse sin ellas.

La conquista de Jamaica empezó en 1509. La dirigió Juan de Esquivel. Este caballero, de origen sevillano, llegó a América con el segundo viaje de Colón, en 1493, y parece que seis años después, cuando el tercer viaje colombino, participó en la exploración de la costa de la Guyana. Dicen que el río Esequibo lleva tal nombre precisamente por Esquivel. Lo que es seguro —lo hemos visto páginas atrás— es que el gobernador Ovando le confió el aplastamiento de la rebelión indígena en la región de Higüey, en el oriente de La Española, y desde entonces Esquivel gozaba de un relevante estatuto en la colonia de Santo Domingo. En 1509 era ya un curtido veterano de posición acomodada, pero seguía siendo hombre de aventura y, además, gozaba de la confianza de los Colón. Por eso Diego pensó en él para la empresa jamaicana.

En Jamaica había unas pocas tribus arahuacas, de etnia taína. Ya las hemos conocido: son las mismas que atendieron a Colón en su cuarto viaje, aquellas que tan impresionadas quedaron cuando el almirante predijo un eclipse de luna. Según la tradición local, fueron los arahuacos quienes dieron nombre a la isla: Xaymaca, que quiere decir «tierra de madera y agua». Allí, efectivamente, no había otra cosa y, desde luego, nadie encontraría oro jamás. Tal vez por eso la isla permanecía vacía de españoles. Hasta que llegó Esquivel.

Diego Colón había dado órdenes muy claras: desembarcar, conquistar, levantar enclaves y, por decirlo así, poner el nombre «Colón» en todas partes. Si Ojeda o Nicuesa llegaban a tocar las costas jamaicanas en sus correrías, que supieran que aquello era territorio de otro. Esquivel lo hizo con eficacia, incluso de manera expeditiva. Todas las crónicas señalan que la conquista fue rápida y violenta. Esquivel, recordemos, ya había pasado por el trance de ver a su guarnición asesinada después de haber llegado a un acuerdo con los taínos de Higüey. Podemos imaginar que sus sentimientos ahora serían muy poco proclives al pacto. Desembarcó en el norte de Jamaica con 60 hombres y arrasó cualquier resistencia. En apenas unos meses había fundado dos enclaves: Sevilla la Nueva y Melilla, y desde ahí marchó al sur sin oposición. Misión cumplida.

Tan aplastante fue la victoria de Esquivel que enseguida pudo repartir indios entre sus hombres y

abrir campos al cultivo. Aquellos primeros colonos fueron los que acogieron a los náufragos de Ojeda en el extravagante episodio del pirata Bernardino. No había oro en Jamaica, pero sí yuca, algodón y caña de azúcar. La isla se convirtió pronto en una especie de copia a pequeña escala de La Española. Pero en Santo Domingo había aparecido un elemento nuevo que seguramente Esquivel ignoraba: la rebelión de los frailes, que exigían respeto para los derechos de los indios. A los nativos había que evangelizarlos. Solo eso justificaba la conquista. Y bien: ¿qué había hecho Esquivel en ese sentido? Nada. O, al menos, esa fue la acusación que cayó sobre el conquistador.

Es difícil saber si la causa de la caída en desgracia de Esquivel fue realmente su poco celo evangelizador o, más bien, el hecho de que formara parte de la facción de Diego Colón, que en ese momento ya estaba en abierto conflicto con el partido de la corona encabezado por el tesorero Miguel de Pasamonte. El hecho es que el 10 de diciembre de 1512 Esquivel fue denunciado ante la corona, juzgado en Santo Domingo y desposeído del gobierno de Jamaica. Ahí acabó su historia: Juan de Esquivel, cansado y enfermo, falleció apenas un año después en la isla que había conquistado.

Aún no se había completado el control sobre Jamaica cuando los colonos de La Española abordaron el segundo objetivo antillano: la isla de Cuba, otro de los hallazgos colombinos que Diego reivindicaba como territorio propio y que, hasta el momento, apenas había conocido el pie de los nuestros. Cristóbal Colón había deseado creer que Cuba era tierra continental y seguramente llegó a convencer a muchos de ello, pero tanto el mapa de Juan de la Cosa como la posterior expedición de Ocampo en 1506 habían constatado sin ningún género de duda que Cuba era una isla. Desde entonces sus playas se convirtieron en ocasional refugio de fugitivos, ya se tratara de caciques huidos de La Española o de españoles en conflicto con la justicia de Ovando, primero, y de Diego Colón después.

Diego Colón decidió conquistar Cuba a la altura de 1511, pocos meses antes de que estallara la rebelión de los frailes en Santo Domingo. Confió la empresa a un distinguido guerrero: Diego Velázquez, un veterano que había nacido en el seno de una linajuda familia de Cuéllar, Segovia, en 1465, y que había combatido en Granada y en Nápoles. Velázquez llegó a las Indias en el segundo viaje del descubridor y trabó relaciones muy estrechas con todos los protagonistas de nuestra historia: la familia Colón, el obispo Fonseca, el pesquisidor Bobadilla y el gobernador Ovando. Era hombre de prestigio y dinero y, además, político aplicado, de manera que se las arregló para no verse involucrado en ninguno de los conflictos que azotaron a la colonia. Se le encomendó la tenencia del occidente de La Española y, a las órdenes de Ovando, participó en la pacificación de la isla y su posterior gobierno. A Velázquez se debe la fundación de pequeñas ciudades como Salvatierra de la Sábana, Varapaz, San Juan de Xaragua, Villanueva de Jáquimo, Sábana de Armilla y Aznar. Así nuestro hombre se convirtió en uno de los principales líderes de la colonia.

Si el gobernador pensó en él para la empresa cubana fue, seguramente, por su prestigio militar, por su capacidad organizadora y porque tenía dinero para cubrir los riesgos. El hecho es que Diego Velázquez se vio convertido en capitán general de la expedición y, por cierto, con tres asistentes de primer nivel: Hernán Cortés, Pánfilo de Narváez y Pedro de Alvarado, que enseguida iban a dar muchísimo que hablar. Velázquez alineó cuatro naves y 300 hombres y en el verano de 1511 zarpaba de Salvatierra de la Sábana, en el extremo occidental de La Española, rumbo a las costas orientales

cubanas. La expedición tocó tierra en el puerto de Palmas, cerca de donde hoy está Guantánamo, y sin tiempo que perder se fundó un asentamiento: Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa. Fue la primera ciudad española en Cuba. Era el 15 de agosto de 1511.

La conquista de la isla no fue difícil. Los nuestros ya habían aprendido mucho sobre las particularidades de los pueblos nativos. Sabían que, normalmente, bastaba con ganarse la voluntad de los caciques para cobrarse el dominio del territorio. Así lo hizo Velázquez en casi todas las ocasiones. Solo hubo una resistencia: en el área de Maisí, el cacique Hatuey, fugitivo de La Española, se hizo fuerte con un grupo de indios siboneyes y trató de hostigar a los españoles con tácticas de guerrilla. Pero Hatuey estaba solo. No tardó en ser delatado por otras tribus y, finalmente, apresado. Velázquez, según se cuenta, lo mandó quemar vivo. Fray Bartolomé de las Casas no ahorrará invectivas contra el conquistador por esta barbaridad.

El resto fue política: Velázquez dejó todos los aspectos militares en manos de Pánfilo de Narváez y unos pocos hombres —«treinta flecheros», dicen las crónicas— mientras él se dedicaba a pactar con los caciques, organizar el territorio y fundar ciudades. Por cierto que a Narváez se le atribuye un hecho que a día de hoy continúa sin explicación: la matanza de Caonao, donde la avanzadilla militar española masacró a cientos de indígenas sin que se conozca la causa. El suceso es particularmente incomprensible porque contrasta con el tono general de la conquista de Cuba, que fue relativamente poco violento. Una vez más, sorprende la dimensión atribuida a la carnicería en manos de tan exigua hueste. La única fuente que narra la matanza es Bartolomé de las Casas y no da razón alguna de sus causas. Compútese, pues, como misterio sin resolver.

En pocos meses quedaron fundadas las siete primeras ciudades de Cuba: después de Baracoa vinieron San Salvador de Bayamo, Santiago —ahí quedó radicada la capital—, Trinidad, Sancti Spiritus, Santa María del Puerto del Príncipe y finalmente San Cristóbal de la Habana. En Trinidad quedaron Alvarado, Las Casas y Grijalva. Sancti Spiritus se confió a Hernández de Córdoba, Sandoval y Portocarrero. Las instrucciones de todos ellos eran muy concretas: poner bajo cultivo los campos, criar ganado y sacar rendimiento de las vetas de oro descubiertas aquí y allá. Los indígenas pondrían la mano de obra. Como siempre.

Velázquez se vio pronto reconocido como gobernador de Cuba. A Hernán Cortés, dedicado a labores de secretaría del gobernador, se le concedió la alcaldía de Baracoa y después responsabilidades en Santiago. Ambos hombres iban a entablar a partir de este momento una tormentosa relación que tendría consecuencias decisivas para nuestro relato, pero ya llegaremos a eso. Por el momento, quedémonos con lo sustancial: a mediados de 1514 Cuba ya estaba enteramente bajo control. Todas las Grandes Antillas eran tierra española.

Pero, mientras tanto, algo trascendental acababa de ocurrir en Panamá, en la única colonia viable que España había logrado establecer en Tierra Firme: Núñez de Balboa descubría el océano Pacífico. Y esta historia merece ser contada en capítulo aparte.

6. EL DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO

Rumores de otro mar

Volvamos, en efecto, a Vasco Núñez de Balboa, que se había convertido en capitán de la primera colonia continental de la manera más azarosa: la pequeña ciudad de Santa María la Antigua del Darién crecía en territorios de Nicuesa, gobernador nominal de Veragua, y estaba poblada por hombres de Ojeda, gobernador nominal de Nueva Andalucía, pero el primero había muerto ahogado en un naufragio y el segundo vegetaba, arruinado, en La Española. Puro vacío de poder. Ahora bien, el poder, por definición, rechaza el vacío; siempre hay alguien que quiere llenarlo. También aquí.

Quien ahora reclamaba el poder en La Antigua era Enciso, el socio de Ojeda. Delicado problema. Porque los hombres de la colonia eran suyos, sí, pero la ciudad se hallaba en tierras que correspondían a otro, difunto por demás. Enciso reclamó ante el gobernador Diego Colón, pero ¿con qué derecho? Diego juzgó que, por el momento, más valía reconocer a la autoridad de hecho, es decir, la de Núñez de Balboa, que al menos había logrado sacar adelante una empresa en la que otros habían fallado. Y así el improvisado alcalde de La Antigua se convirtió en gobernador provisional del Darién. Era abril de 1511. La corona confirmará el nombramiento.

Sobre el azaroso gobernador del Darién hay que decir, y es relevante para retratar al personaje, que no solo era un tipo valiente, duro y ambicioso, como todos los conquistadores, sino que además hacía gala de una portentosa mano izquierda, sabía negociar antes de sacar la espada y, aún más importante, después; tenía un sentido innato de la justicia y siempre se las arreglaba para ganarse simultáneamente el respeto de los indios y de sus propios hombres, lo cual no debía de ser nada fácil en una situación como aquella. Todas esas virtudes quedaron patentes en su experiencia como regidor de una ciudad que era, por así decirlo, un poblado de robinsones en medio de ninguna parte.

La Antigua se levantaba sobre lo que hoy es el municipio de Unguía, en el Chocó colombiano, en la actual frontera con Panamá. Toda la región del Chocó es una densa selva tropical lluviosa —tiene uno de los índices pluviométricos más altos del planeta—, con abundancia de metales, pero agricultura difícil, ríos desmesuradamente caudalosos y una temperatura media de entre 25 y 26 grados Celsius. Al noroeste, los bosques tropicales del Darién y sus serranías, pobladas por numerosas tribus nativas; al sur, los espacios inextricables del Chocó. Podemos imaginarnos a los nuestros, sumergidos súbitamente en un mundo como aquel, sin inviernos ni veranos, con ese húmedo calor permanente, sin sequías, sin llanos para cultivar, donde la selva se lo come todo, tratando de sobrevivir en un entorno gobernado por reglas que no tienen nada que ver con las que ellos conocían.

¿Cómo elevar ahí una ciudad? Abriendo literalmente un hueco a la selva y tratando de que esta no devore lo construido. Eso era Santa María la Antigua del Darién: un claro en medio de la jungla. Y para organizar ese claro se recurrió a la más vetusta tradición urbanística española. No hay ningún plano veraz de La Antigua, pero gracias al arqueólogo colombiano Graciliano Arcila, que halló los restos en 1957, sabemos que la ciudad, la primera que logró ser viable en territorio continental americano, constaba de un centenar de casas, un hospital, una fundición, un convento (el de San

Francisco) y, por supuesto, una iglesia, dedicada a San Sebastián y construida sobre la casa del cacique Cémaco.

El cacique Cémaco, el vencido de la batalla del Urabá, era de una tribu que los españoles llamaron «chocoes» y que en realidad corresponde con la etnia kuna o guna (los indígenas dicen «guna»), acremente enfrentada a los emberá, otra etnia local. Ambos, gunas y emberás, eran pueblos que vivían de la agricultura itinerante —sembraban, recogían y cambiaban de lugar— y organizaban sus comunidades en pequeñas aldeas regidas por un cacique sobre un área territorial relativamente estable. Entenderse con ellos era difícil porque cada uno de estos pueblos hablaba lenguas distintas; todas de la familia chibcha, pero con tantas diferencias entre sí que los españoles necesitaron un intérprete para cada comunidad. Aún hoy —porque estos pueblos todavía existen— los filólogos discuten sobre el número de lenguas chibcha y chocó, y la cifra nunca baja de las cuarenta variantes.

Este era el mundo en el que aquellos 300 españoles tenían que sobrevivir. Lo primero que se le ocurrió a Núñez de Balboa para asegurar la subsistencia fue intentar criar cerdos —un negocio que conocía bien desde sus tiempos de hacendado en La Española—, y funcionó: las pjaras permitieron que allí, al contrario que en otros lugares, la colonia no pereciera de hambre. Después había que arreglarse con los indios: los emberás, en general, resultaron mejores aliados que los gunas, aunque leyendo las crónicas se constata que los españoles nunca llegaron a saber quién era exactamente cada cual.

Apenas había comenzado a levantarse la ciudad cuando a ella arribaron dos españoles. Eran dos supervivientes del naufragio de Nicuesa, un año atrás. Contaron cosas extraordinarias. Originalmente —refirió uno de ellos, un tal Juan Alonso— eran tres compañeros. En su periplo habían ido a parar a la región de Cueva (Coyba), gobernada por el cacique Careta, líder de un pueblo de 2.000 guerreros. Los indios acogieron bien a los náufragos. En una disputa entre españoles, el tal Juan Alonso mató a uno de sus compañeros, y el cacique Careta, impresionado, le nombró jefe de sus guerreros. Los dos españoles que quedaban vivieron largos meses entre los indios y aprendieron no solo su lengua, sino también sus costumbres y, muy importante, el complejo mapa de relaciones de guerra y paz entre las tribus de la región. Pero había algo más: descubrieron oro en abundancia. Y todas esas preciosas informaciones las pondrían ahora al servicio de la colonia de La Antigua si sus compatriotas les acogían.

Núñez de Balboa no se lo pensó dos veces: se hizo a la mar con un bergantín, varias canoas y 190 hombres, navegó rumbo noroeste con dirección a Cueva y se entrevistó con el tal cacique Careta (en realidad se llamaba Chima; Careta era el nombre de la región que dominaba). El área de Cueva era una de las más fértiles y generosas del país, tanto en frutos como en caza. A los españoles, que venían de pasarlas moradas en La Antigua, se les hizo la boca agua. Una vez ante Careta, Balboa, de entrada, le pidió alimentos. Pero el cacique se mostró mucho más hostil de lo previsto: aunque pacífico, explicó que no podía dar alimentos a los españoles porque necesitaba todos los víveres para abastecer a sus guerreros, en perpetua pelea con un cacique vecino llamado Ponca. Núñez de Balboa volvió al barco con el ánimo contrariado, pero dispuesto a conseguir por las malas lo que no había obtenido por las buenas. Con ayuda de Juan Alonso, organizó una expedición nocturna contra el poblado y atacó a Careta. Hubo pelea. Careta terminó preso.

Preso, sí, porque Núñez de Balboa, ya ha quedado dicho, no era de los que andaban por el mundo pasándolo a sangre y fuego. Careta se vio lo suficientemente amenazado como para ofrecer a los españoles una paz que estos enseguida aceptaron. ¿Y los alimentos? El cacique, astuto, jugó sus cartas: era verdad que estaba en guerra y era verdad que necesitaba los víveres para sus propios hombres. Pero si los españoles le ayudaban en su guerra con el tal Ponca, él les daría no solo alimentos, sino también oro. Para firmar el pacto, Careta entregó a varias mujeres de su pueblo, tal y como entre aquella gente era costumbre. Entre esas mujeres estaba su propia hija, Anayansi, una joven de trece años que se convertirá en pareja —fidelísima— de Núñez de Balboa. En cuanto a Careta, se bautizó con el nombre de Fernando, en honor del rey de España.

Núñez de Balboa cumplió su palabra: auxiliado por los indios de Fernando (o sea, de Careta), atacó a la tribu de Ponca y dominó sus tierras. Entonces Careta pidió más: no se hallaba solo en guerra con el tal Ponca, sino también con otro cacique aún más poderoso llamado Comogre, y también a este quería vencer. Núñez de Balboa accedió a las demandas de su suegro, pero lo hizo a su propia manera: marchó a tierras del cacique Comogre y pidió parlamentar. Comogre, que sin duda ya conocía la suerte de Ponca, escogió también el camino de la paz: recibió a los españoles con un gran banquete y les ofreció, a modo de tributo, oro en abundancia (4.000 pesos, dicen las crónicas) y 70 de sus propios esclavos. Balboa aceptó el trato, como es natural. Pero en tierras de Comogre encontraron los nuestros algo de aún mayor valor: un hijo del cacique, Panquiaco, les dice que, si tanto les gusta el oro, prueben a buscarlo en las tierras de Tubanamá, porque allí hay mucho, a seis días de camino, «yendo hacia la otra mar». ¡La otra mar! Era lo que estaban buscando desde 1492.

Núñez de Balboa decide cruzar las montañas hasta encontrarlo. El 1 de septiembre de 1513 parte de Santa María con 190 españoles, un millar de indígenas y una jauría de perros, y comienza a recorrer Panamá en busca de la mar del Sur. Les esperan larguísimas jornadas de fatiga, peligro y, sobre todo, hambre. El camino se jalona con las etapas habituales: choque con indígenas, batalla favorable a los españoles e incorporación de los indios vencidos a la hueste española. Poco a poco la compañía se va reduciendo por el hambre y la fatiga. Los heridos y los que no pueden continuar por agotamiento van quedando en las tribus sometidas, ahora aliadas. Finalmente, son 67 los españoles que llegan a la cima del Pirre, en la cordillera del río Chucunaque. Era el 25 de septiembre de 1513. Y allí estaba, sí, aquel mar de aspecto infinito.

El escribano de la expedición, Andrés de Valderrábano, lo describió así:

Y en martes veinte y cinco de aquel año de mil e quinientos y trece, a las diez horas del día, yendo el capitán Vasco Núñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso, vido desde encima de la cumbre de la mar del Sur antes que ninguno de los cristianos compañeros que allí iban.

Podemos imaginarnos la impresión de aquellos hombres, exhaustos, ante su descubrimiento. Los cronistas nos han dejado mención muy detallada de lo que dijo Núñez de Balboa ante la visión del «otro mar», la «mar del Sur». Así habló el conquistador:

Allí veis lo que tanto deseábamos. Demos gracias a Dios que tanto bien y honra nos ha guardado. Pidámosle por merced que nos ayude y guíe a conquistar estas tierras y nuevo mar que descubrimos y que nunca más cristiano vio, para predicar en ella el Santo Evangelio y bautismo. Y vosotros, sed lo que soléis y seguidme, que con el favor de Cristo seréis los más ricos españoles que a Indias han pasado, haréis el mayor servicio a vuestro rey que nunca vasallo hizo a su señor, y tendréis la honra y prez de cuanto aquí se descubriese y conquistase a nuestra fe católica.

El capellán de la expedición, Andrés de Vera, con el poco aliento que le queda, entona el «Te Deum laudamus».

Gloria, honra, prez, religión, servicio a la corona y promesa de fortuna, todo mezclado con todo: ese era el formidable motor que empujaba a los hombres de la cruzada del océano, y pocas explicaciones hay más elocuentes que estas pocas palabras de Núñez de Balboa. El descubridor, solemne, procedió a tomar posesión de aquellas tierras en nombre de los reyes de Castilla: cortó ramas, amontonó piedras, elevó un túmulo y en los troncos de los árboles grabó los nombres del rey regente Fernando y de su hija, la reina Juana. El escribano Valderrábano tomó nota de todos los nombres que allí habían sido testigos, los 67 supervivientes de la expedición. Primero: Vasco Núñez de Balboa. Segundo: Andrés de Vera, capellán. Tercero: Francisco Pizarro, el hombre al que Vasco había rescatado en Urabá y que ahora actuaba como lugarteniente suyo; el mismo que años más tarde iba a conquistar el Perú.

Pero no todo estaba hecho: había que bajar hasta el mar y comprobar que, en efecto, de mar se trataba. Los españoles descienden la cordillera por tres caminos distintos. Aún habrá tribus hostiles por el camino —las del cacique Chiapes—, pero el conquistador actúa como siempre: los vence, los bautiza, los incorpora a su hueste. Uno de los grupos, el de Alonso Martín, llega al agua, la bebe para comprobar que es salada —que es mar—, se embarca en una canoa y navega por primera vez el océano Pacífico. Núñez de Balboa pisa la playa el 29 de septiembre, día de San Miguel Arcángel. Por eso ese golfo se llama todavía hoy golfo de San Miguel. Con Vasco han llegado 26 hombres: los hay de Baracaldo, de Toledo, de Cáceres, de Sevilla... España está pisando el mar que faltaba. Ningún otro europeo lo había pisado antes.

Núñez de Balboa, consciente de que está haciendo algo importantísimo, confiere al momento toda la solemnidad que puede. Con coraza y casco, avanza hacia el agua. Levanta los brazos. En una mano lleva la espada; en la otra, un estandarte con la imagen de la Virgen María. Penetra en el mar hasta las rodillas. Se vuelve hacia sus hombres y proclama: «Vivan los muy altos e poderosos reyes don Fernando y doña Juana, en cuyo nombre, y por la corona real de Castilla, tomo posesión real y corporal de estos mares y tierras, y puertos y costas, e islas australes con todos sus anexos y reinos, y provincias que les pertenecen o pertenecer pudieran por cualquier manera y razón, antigua o moderna, pasada o presente. Y si algún otro príncipe o capitán cristiano o infiel, o de cualquier Ley o secta o condición, pretendiera algún derecho de estas tierras y mares, estoy preparado para defenderlas en nombre de los reyes de Castilla».

Acto seguido se dirige a sus hombres para tomarles juramento: «Caballeros, hidalgos y hombres de bien, jurad solemnemente conmigo: ¿reconocéis el absoluto poder y dominio de los reyes de Castilla sobre estas y cualesquiera otras partes de las Indias, descubiertas o por descubrir? ¿Estáis

dispuestos a defender espada en mano estos territorios de cualquier agresión por mar y tierra?»).

Los nuestros juran por Dios y por su propio honor. Enseguida se hacen a la mar y, en canoas, bordean las islas del archipiélago de las Perlas. A la mayor la bautizan como isla Rica, seguramente por su abundancia de peces; hoy se llama isla del Rey. La mar del Sur, el océano Pacífico, ya era tierra española.

Los nuestros regresaron por un camino distinto, con objeto de descubrir otras tierras y recoger más botín. Dieron un rodeo para pasar del río Maje al Bayano. Llegaron al cacicazgo de Thevaca y luego a los de Pacra y Bucheribuca. Entraron en tierras de Pocorosa el 8 de diciembre. Desde allí hicieron una incursión a la provincia del cacique Tamaname, donde se sospechaba que existían minas de oro. Resultó un fracaso y volvieron al pueblo de Pocorosa. Los hombres estaban exhaustos y Balboa enfermó de fiebres, seguramente de paludismo. Tan débil se hallaba que hubo que transportarlo en una hamaca. Con el mapa en la mano, el recorrido es de una dureza pasmosa. Desde Pocorosa siguieron hasta las tierras, ya conocidas, de Comogre. Era el 1 de enero de 1514. Pasaron luego a los dominios de Ponca hasta llegar a Cueva. En su puerto embarcaron para arribar finalmente a Santa María la Antigua, donde atracaron el 19 de enero del mismo año. El balance de la entrada no podía ser mejor: un botín de más de 2.000 pesos en oro y perlas, 800 naborías —esto es, repartimientos de indios— y, sobre todo, el descubrimiento de la mar del Sur. Y todo eso, sin perder un solo hombre. Triunfal.

Algo, sin embargo, iba a amargarle a Núñez de Balboa la victoria. Recién llegado a La Antigua apareció un comerciante, Pedro de Arbolancha, y le contó que el barco que llevaba a La Española el quinto real —el porcentaje del botín correspondiente al rey— había naufragado. Y peor aún: en Santo Domingo, Enciso se las había arreglado para forzar la designación de un nuevo gobernador. El elegido por el rey Fernando para cubrir la plaza era un conspicuo caballero, ya entrado en años, llamado don Pedro Arias de Ávila, más conocido como Pedrarias Dávila. El nuevo delegado regio preparaba su llegada con una gran flota y 2.000 colonos. Núñez de Balboa no podía ni imaginar hasta qué punto eso cambiaría su vida. El pequeño paraíso que el conquistador había construido en el Darién, la primera colonia de Tierra Firme, iba a volverse cabeza abajo.

Llega Pedrarias Dávila

Pedrarias Dávila era un gran señor castellano que ya había hecho lo esencial en su vida. Nada le acercaba a las cosas de las Indias. Había nacido hacia 1450 en una familia de judíos conversos próxima a la corte de Castilla; tan próxima que el pequeño Pedro se crio como paje del propio rey. Siguió la habitual carrera cortesana entre palacios y campos de batalla. Descolló en justas y torneos hasta el punto de que se le apodó *el Gran Justador*; en uno de estos torneos, en Portugal, dio muestras de su singular personalidad al renunciar a un copioso premio en oro y joyas para regalárselo a unas damas allí presentes. Combatió en las guerras civiles castellanas, en la guerra de sucesión entre Juana la Beltraneja y la infanta Isabel, en la campaña de Granada. Casó con la aristócrata Isabel de Bobadilla, veinte años más joven que él. Después vinieron las campañas norteafricanas en Bugía y Orán. En Bugía se cubrió de gloria al defender su posición con solo 14 hombres, y 9 de ellos enfermos, frente a una muchedumbre enemiga. Era el 5 de enero de 1510. Aquello debería haber sido su canto del cisne, porque a estas alturas Pedrarias Dávila ya era un veterano. Pero he aquí que, cuando pensaba en un cómodo retiro, el rey Fernando le encomendó una última misión: marchar a las Indias, nada menos, como gobernador del Darién. El territorio abierto por Núñez de Balboa recibía ahora un nombre mucho más sugestivo: Castilla del Oro.

Dávila recibió su designación en julio de 1513. Como su nombre va a ser decisivo en nuestro relato, conviene aportar algunos datos que vayan trazando el perfil de este caballero «pequeño de cuerpo, de color moreno, calvo y con barba crecida y poblada». Porque era un personaje extremadamente singular, con rasgos patológicos que han dado pie a una abundante literatura (el antropólogo forense Reverte Coma le dedicó un estudio que ya es un clásico del género). Ciertamente su vida estuvo marcada por trances completamente extraordinarios. Entre ellos figura un episodio de muerte aparente después de un gran banquete —probablemente un accidente cardiovascular— que le llevó incluso al féretro; si no terminó enterrado vivo fue porque un criado, al abrazar el ataúd a modo de despedida, advirtió movimientos dentro de la caja. Tanto impresionó aquello al propio Pedrarias —y no era para menos— que desde entonces mandó officiar todos los años una misa de cuerpo presente —el suyo— y resolvió llevar consigo, siempre, un pequeño féretro para recordarle aquel suceso. Dávila padecía lo que los cronistas de la época llamaban «mal de ijada», un dolor agudo y persistente en el bajo vientre, pero eso, en realidad, es un síntoma, no una afección. Reverte, atendiendo al historial del personaje, opina que Pedrarias sufría probablemente un tipo de arterioesclerosis. Todo esto es relevante porque muchos de los episodios que a partir de ahora vamos a ver guardan relación directa con la precaria salud del nuevo gobernador de Castilla del Oro. Lo asombroso es que con esa dolencia pudiera llevar la vida que llevó. Y que sería una muy larga vida.

La organización de la expedición de Pedrarias se demoró muchos meses, porque las instrucciones del rey Fernando eran muy ambiciosas: no se trataba solo de enviar a un nuevo gobernador, sino que era todo un aparato de gobierno el que debía trasladarse a la colonia del Darién. Con Pedrarias Dávila, gobernador y capitán general de Castilla del Oro, habían de viajar un obispo, un equipo económico (tesorero, factor, contador y veedor), otro judicial (alcalde mayor y auxiliares) y aún un

tercero de carácter sanitario para construir un hospital. El dato es elocuente: significa que Pedrarias, de entrada, ya acudía con sus poderes visiblemente recortados por la competencia de estos otros contrapoderes. ¿Y por qué? La causa, dice el cronista Herrera, es que el rey Fernando «non fiaba dél».

Pedrarias zarpó finalmente de Sanlúcar de Barrameda en la primavera de 1514. Llevaba consigo una impresionante flota de 17 barcos y cerca de 2.000 hombres, que aún creció en número cuando recaló en La Española como penúltima etapa de su viaje. Cruzó el Caribe y el 26 de junio puso pie en Santa María la Antigua, la ciudad fundada por Balboa. Entre los que desembarcaron estaba el otro fundador de la ciudad, Enciso, el socio de Ojeda en su frustrada gobernación, destituido por los primeros vecinos de La Antigua y agraciado ahora con el cargo de alguacil mayor de la colonia. Violenta tesitura.

Rancio cortesano como era, el viejo Pedrarias organizó su llegada con toda solemnidad: una auténtica parada militar encabezada por él mismo, a caballo y con armadura, seguido por sus familiares; en la comitiva caminaba el nuevo obispo nombrado para aquellas tierras, fray Juan de Quevedo, franciscano, bajo palio y tocado con mitra, rodeado por otros religiosos; tras ellos, una larga cohorte de funcionarios, artesanos, soldados, mujeres... De semejante guisa llegó el nuevo gobernador al poblacho de Núñez de Balboa.

A Balboa le sorprendió el acontecimiento arreglando el tejado de una chabola. Corrió a recibir a la espectacular comitiva tal y como estaba: con una camisa rota y un calzón viejo. El descubridor del Pacífico, pese a su grotesco atuendo, trató de mantener la dignidad: se acercó al obispo, besó su anillo y dibujó una profunda reverencia ante el viejo Pedrarias. Este, siempre solemne, bajó del caballo y entregó sus credenciales. Balboa, ceremonioso, las besó y las puso sobre su cabeza, según mandaba el ritual. Después guio a la lujosa cohorte del gobernador hasta el centro de La Antigua. A Pedrarias Dávila, que esperaba encontrar una ciudad digna de ese nombre, se le cayó el alma a los pies cuando descubrió que aquello no era otra cosa que una aglomeración de cabañas. En aquel momento vivían en La Antigua unos 500 españoles y alrededor de 1.500 indios, y no es que nadaran en la abundancia. ¿Cómo iba a meter ahí Dávila a sus 2.000 colonos?

La primera conversación entre los dos hombres debió de ser como acostarse en un lecho de cuchillos. Núñez de Balboa sabía perfectamente que su mando en el Darién era interino, fruto del naufragio de Nicuesa y de la ruina de Ojeda, y que tarde o temprano el rey iba a enviar personalmente a un nuevo gobernador. Por supuesto que aceptaría la autoridad de Pedrarias Dávila. Pero él, Balboa, había descubierta la mar del Sur, y se había preocupado por hacérselo saber a todo el mundo enviando las correspondientes noticias a La Española y a Castilla, incluido un sustancioso quinto real para la corona. ¿Qué menos que obtener a cambio el cargo de gobernador de la mar del Sur? Eso no menoscabaría la posición de Dávila; al revés, dejaría el campo libre al nuevo gobernador de Castilla del Oro.

Dávila, por el contrario, alentaba sentimientos mucho más suspicaces. Le habían enviado a gobernar una supuesta Castilla del Oro que en realidad era un poblacho de mala muerte gobernado por un aventurero de reputación dudosa, del que sus enemigos contaban innumerables enormidades y que había creado allí, en su pequeño mundo, una extraña asamblea de españoles e indios con más

mestizos de los que aconsejaba la decencia. Para colmo, era patente que los habitantes de La Antigua no reconocían otra autoridad que la de Núñez de Balboa, y eso tenía que cambiar.

Pedrarias pidió a Balboa informes pormenorizados de la colonia: mapas, intendencia, rutas hacia la mar del Sur, tribus indias aliadas y tribus enemigas, etc. Balboa se los dio sin rechistar. Precisamente en las semanas anteriores había enviado dos nuevas expediciones para buscar caminos alternativos hacia el otro mar. Pedrarias le abrió juicio de residencia —una formalidad habitual en todos los casos—, y encargó el trámite a un tal Gaspar de Espinosa, un oscuro sujeto con fama de jurista que venía en la nueva expedición. Vale la pena retener este nombre, el de Gaspar de Espinosa, porque aún protagonizará muchos episodios importantes en nuestro relato. Balboa salió del juicio —en realidad, una auditoría— muy bien parado, sin apenas otro trastorno que algún desembolso económico para cuadrar cuentas. Pero no debió de quedar Pedrarias muy satisfecho con el veredicto, porque prohibió al descubridor efectuar nuevas «entradas» —esto es, expediciones en pos de botín— y encargó una investigación secreta para buscarle las cosquillas. Ahora bien, de algún modo trascendió esta última pesquisa, el secreto se rompió, la cosa llegó a oídos del obispo, que se encargó de propalarla, y Pedrarias se vio metido en un buen lío, porque nada justificaba la hostilidad del nuevo gobernador hacia el alcalde de La Antigua. Fue el primer conflicto entre Pedrarias Dávila y Núñez de Balboa.

El segundo conflicto tardó poco en llegar. Como en La Antigua no cabían los colonos que traía Pedrarias, el gobernador envió hasta cinco expediciones a diferentes puntos del territorio para descubrir minas de oro y someter a los indígenas. Las expediciones tuvieron éxito —se cuenta que trajeron un botín de 30.000 pesos—, pero su actitud hacia los indígenas fue cualquier cosa menos amable. Núñez de Balboa había logrado en los meses anteriores un pacífico equilibrio con la mayoría de las tribus de la región. Muchos colonos habían desposado a hijas de caciques. El propio Balboa vivía con la india Anayansi. Tan íntima era la convivencia con los nativos que uno de los caminos hacia la mar del Sur se llamaba «Camino del Suegro», porque pasaba por las tierras de un cacique cuya hija se había casado con un capitán español. Pero la predisposición de Dávila hacia los indígenas era mucho menos amable; con el nuevo gobernador había llegado un lugarteniente, Juan de Ayora, que en breve se revelaría como un verdadero perro de presa hacia los nativos. No se quedará atrás Espinosa, el mismo funcionario que había sometido a Balboa al prescriptivo juicio de residencia, y que será igualmente implacable con los indígenas. Conclusión: ahora el delicado equilibrio logrado por Balboa se rompía, con la consiguiente irritación del descubridor y sus hombres, y de los indios.

En este episodio se ha querido ver una contraposición moral entre el conquistador bueno que estrecha lazos con los indios —Balboa— y el conquistador malo —Pedrarias— que solo piensa en someter a los nativos. Es una interpretación bastante simplista. Más bien estamos ante un choque de mentalidades políticas, choque provisto de una fuerte carga histórica. El sistema de dominio aplicado por Núñez de Balboa en el Darién era puramente medieval: el descubridor se acercaba a los nativos, obtenía por las buenas o por las malas un vasallaje materializado en tributos —oro, alimentos— y en colaboración física para abrir caminos y cultivar la tierra, y a cambio dejaba a las comunidades indígenas en paz, sin otro requisito que su conversión formal al cristianismo. Pedrarias, por el

contrario, abandonara un concepto de dominio político que ya es propiamente moderno: no basta con el vasallaje pacífico de los indios, sino que quiere reorganizar el territorio, instalar mecanismos de control, repartir la población según criterios de racionalización administrativa y, en suma, cambiar el sentido del espacio y el tiempo en el Nuevo Mundo. Evidentemente, la mayoría de las comunidades aborígenes acogieron de muy mal grado todas estas transformaciones.

De todos modos, el verdadero problema de Pedrarias en estos primeros días en la colonia no fue político, sino médico: apenas una semana después de instalarse, se declara una epidemia que afecta violentamente a los recién llegados. Las crónicas la llaman «modorra», una especie de viriasis tropical: somnolencia profunda, fiebre alta, postración, complicaciones pulmonares y renales... No será una broma: murieron más de 400 expedicionarios (¡un 25 por ciento del contingente!) en aquel lance, porque en la época no había manera de curar estos males. El propio Pedrarias caerá gravemente enfermo. A los médicos de la colonia no se les ocurre otra cosa —y será un acierto— que trasladar al gobernador a un lugar más elevado y fresco, Caribari, por ver si así mejora. Fue un calvario, porque en el traslado Dávila sufre una hemiplejía. «Vuestra Alteza sabrá —escribe Balboa al rey— que el Gobernador es muy viejo para estas partes y está tan doliente de gran enfermedad que nunca ha estado un día bueno después que aquí vino». Sin embargo, Pedrarias, a pesar de su edad y sus dolencias, salió del trance: flaco, maltrecho y con un brazo paralizado —nunca llegará a recuperarse de eso—, pero vivo.

¿Cabían más conflictos? Sí, y el tercero se produjo casi inmediatamente. En marzo de 1515, casi un año después del desembarco de Dávila, llegó a Santa María la Antigua la cédula real que nombraba a Vasco Núñez de Balboa adelantado de la mar del Sur y gobernador de Panamá y Coiba, dos de las provincias del Darién. Era lo que Vasco esperaba para, por fin, volar solo. La cédula especificaba que Balboa quedaba bajo las órdenes de Pedrarias Dávila, pero este no dejó de temer que el nombramiento redoblara la autoridad del descubridor dentro de la colonia. ¿Qué hizo el gobernador? Guardarse el nombramiento y tratar de mantenerlo en secreto. Pero, una vez más, el secreto trascendió. Tanto el obispo Quevedo como los funcionarios reales allí presentes afearon a Dávila su conducta y este, finalmente, no tuvo otro remedio que comunicar a Balboa su nueva dignidad. Otro sinsabor para Dávila. «Desde que llegaron las provisiones —escribe a España el obispo Quevedo—, el Gobernador aborreció a Vasco Núñez de Balboa y decidió acabar con él».

El anciano gobernador, resuelto a impedir que Núñez de Balboa volara por libre, le impuso una onerosa cortapisa: podría marchar a la mar del Sur, puesto que así lo quería el rey, bien, pero en modo alguno podría hacerlo con hombres de La Antigua. ¿Por qué? Porque Pedrarias los necesitaba a todos para levantar la colonia. Ese fue, al menos, el argumento del gobernador. Si Balboa necesitaba hombres, tendría que reclutarlos en otra parte. Esa «otra parte» solo podría ser La Española. A 1.500 kilómetros del Darién.

Lo asombroso es que Vasco Núñez de Balboa no se desanimó. Había concebido grandes proyectos: fundar ciudades en las orillas de ambos océanos y establecer rutas permanentes entre unas y otras. Los pequeños destacamentos dispersos por Nombre de Dios y el golfo de San Miguel servirían para asentar estas poblaciones; los indios del cacique Careta, el padre de Anayansi, facilitarían las cosas. Después, con las bases bien avitualladas, construiría barcos capaces de

hacerse a la mar y seguir la ruta hasta las Islas de las Especias, el viejo sueño de Colón. Y si no encontraba tales islas, con toda seguridad podría buscar un paso de una mar a la otra; algo en lo que todos los demás habían fracasado. De manera que, decidido a intentarlo pese a todos los pesares, Balboa mandó a su lugarteniente Garavito a La Española para reclutar hombres mientras él, en La Antigua, se dedicaba a prepararlo todo para la gran aventura.

Por algún motivo, sin embargo, incluso en esta tesitura Pedrarias Dávila desconfió del descubridor del Pacífico. A pesar de su avanzadísima edad, decidió emprender viaje hacia las tierras del cacique Careta, al noroeste de La Antigua. Quizá pretendía hacer patente su autoridad ante unos nativos que no reconocían a otro interlocutor que Balboa. Pero en mala hora lo hizo el viejo Pedrarias, porque a poco de marchar sufrió un cólico hepático que le obligó a volver al punto de partida. No pudo hacer otra cosa que encargar a uno de los suyos la fundación de un fuerte en la región: Acla. Y ya fuera por el cólico o por cualquier otra causa, Pedrarias retornó con la decisión de abortar la aventura de Núñez de Balboa.

Garavito, entre tanto, había vuelto de su viaje. No había encontrado hombres en La Española, pero sí en Cuba: 60 aventureros dispuestos a ganar tierras a orillas de la mar del Sur. Lo primero que Pedrarias Dávila vio cuando llegó a La Antigua fue precisamente a la cohorte de Garavito. ¡Un ejército hostil!, pensó. Tan suspicaz como enfermo y ofuscado, el anciano gobernador lo tuvo claro: con aquella gente armada —acusó—, Núñez de Balboa pretendía ocupar el poder aprovechando su ausencia. De poco sirvieron las protestas del descubridor, al que todo aquello debió de parecerle un atroz delirio. Dávila formuló contra su enemigo cargos de conspiración y rebelión frustrada. Y le condenó a una pena tan extravagante como cruel: permanecería encerrado en una jaula, en el patio de la casa del propio gobernador. Era enero de 1516.

Dos meses estuvo Núñez de Balboa en la jaula de Pedrarias Dávila. Hasta que un día, y tan extemporáneamente como le había encerrado, el gobernador abrió la humillante cárcel y, aún más, pidió perdón a su enemigo. No solo eso: el gobernador ofreció al descubridor la mano de su hija. ¿Qué estaba pasando?

La fortuna abandona a Núñez de Balboa

Para Vasco Núñez de Balboa debió de ser una sorpresa mayúscula: dos meses llevaba esperando que el gobernador le cortara la cabeza, pero lo que ahora se le ofrecía era la reconciliación y, aún más, convertirse en hijo del propio Pedrarias por vía matrimonial. ¡La mano de su hija! La hija en cuestión era María Arias de Peñalosa, una joven dama que iba a tener cierta importancia en sucesos posteriores de la conquista de América, pero que por el momento solo era una damisela que, por otro lado, permanecía aún en Castilla a la espera de viajar junto a su padre. En todo caso, aquel matrimonio, efectuado por poderes, era más un arreglo político que otra cosa: se trataba de solventar un conflicto por el tradicional procedimiento de las familias nobles, o sea, poniendo por medio un lazo de sangre. Y Núñez de Balboa aceptó, naturalmente.

¿Por qué Pedrarias Dávila hacía cosas tan raras? ¿Por qué tan pronto perseguía a Núñez de Balboa como cedía ante él? Sin duda los violentos vaivenes de su salud tuvieron su parte, pero, además, y a juzgar por los testimonios de la época (incluidos los del propio gobernador), parece que la respuesta a estas preguntas no está tanto en el propio Dávila como en la gente que, a su lado, cortaba el bacalao en la colonia, es decir, el obispo Quevedo, el tesorero Alonso de la Puente y los oficiales del rey. Fueron estos los que tan pronto utilizaban a Balboa contra Dávila como a Dávila contra Balboa, sacando la correspondiente tajada de una situación en la que el poder basculaba de un lado a otro del tablero. A eso hay que añadir una prevención muy lógica por parte de la corona y sus delegados, a saber: el temor a que cualquier aventurero se erigiera en rey de hecho sobre un territorio tan desconocido y tan alejado que nadie podría controlar al rebelde. Ya había estado a punto de pasar en La Española con Roldán. Por consiguiente, los representantes del poder regio extremarán las precauciones hasta el límite de lo patológico.

Señalemos, por otra parte, que la suerte parecía haber abandonado al hasta entonces afortunadísimo descubridor. En Castilla del Oro había menos oro del que Balboa había presumido. Sus exploraciones en busca del mítico tesoro del Dabaibe se habían saldado con un rotundo fracaso. Este Dabaibe (o Dabaiba) resultó ser uno de los innumerables «Eldorados» que los indios comentaban aquí y allá sin saber a ciencia cierta dónde se hallaban. Núñez de Balboa fue a buscarlo, sin éxito. Muchos otros seguirán su camino después, siempre de manera infructuosa. La gran diferencia entre el tesoro del Dabaibe y los otros Eldorados es que este sí existía: a finales del xix se hallarán por fin las legendarias minas de oro en la región del Chocó, en lo que ya era la frontera de Colombia con Panamá. Pero en el momento de nuestro relato el oro del Dabaibe seguía bien oculto, y Vasco volvió con las manos vacías, la hueste quebrantada y un serio agujero en sus propias finanzas. ¿Había al menos otras riquezas naturales que compensaran la ausencia de metales preciosos? No. Incluso los recursos más elementales, los agrarios, eran más escasos de lo previsto. En consecuencia, la lucha por hacerse con ellos será cruel.

La crónica de estos años está llena de desconfianzas, intrigas, maledicencias, sospechas, falsas acusaciones y equívocas denuncias. Fue seguramente la camarilla del obispo —manipulado a su vez— la que movió a Dávila a la convicción de que Balboa planeaba una insurrección, y del mismo modo le hicieron ver después que era preciso liberar al descubridor, que al fin y al cabo tenía en su

mano un nombramiento expedido por el propio rey Fernando. Consta, de hecho, que los oficiales enviaron al rey informes primero contra Balboa, contra Pedrarias Dávila después, y finalmente, rota la camarilla de intrigantes, contra el propio obispo. Lo que pasó en el Darién, en fin, fue un denso drama de pasiones cainitas que iba a terminar de la peor manera posible.

No obstante, y por el momento, el hecho era que, una vez estuvo Balboa fuera de la jaula, Dávila no pudo mostrarse más colaborador. Le dio hombres para su proyectada expedición a la mar del Sur y llamó a los 60 soldados que Garavito había traído de Cuba. Por cierto que Garavito, temiendo que al final fuera su cabeza la que cayera en prenda, se aseguró de que Dávila le procurara un salvoconducto para poder entrar en La Antigua con sus hombres. Y aún hizo Garavito otra cosa que iba a tener funestas consecuencias: aprovechando que Balboa estaba encerrado y, después, que este se había comprometido con la hija de Dávila, se acercó a Anayansi, la amante india —a efectos indígenas, esposa— de Balboa, y trató de seducirla. Anayansi, fiel, se negó y Garavito quedó en evidencia. El amante despechado no perdonaría jamás aquel desprecio.

Dávila había dado instrucciones precisas a Balboa: le permitiría su expedición a la mar del Sur, sí, pero debía fundar un asentamiento en tierras del cacique Careta —el padre de Anayansi— y hacerlo en el plazo de año y medio. Ese asentamiento sería la ciudad de Acla, donde Pedrarias había mandado poco antes levantar una fortaleza a uno de los suyos, Lope de Olano; un navegante vasco, este Olano, cuyo nombre había sido seriamente puesto en entredicho cuando el primer naufragio de Nicuesa. Para administrar la empresa de la nueva exploración se creó la Compañía de la mar del Sur. Los regidores de La Antigua proveyeron a Balboa de fondos y el propio Dávila entró como socio.

Acla iba a ser la segunda ciudad española en Tierra Firme. Su emplazamiento, muchas leguas al norte de La Antigua, cerca de la costa caribeña, fue escogido por razones puramente prácticas y circunstanciales: estaba en territorio conocido y controlado, había sido ya recorrido por los españoles en la primera expedición de Balboa, no resultaba peligroso y, sobre todo, era uno de los pocos caminos que conocían los nuestros para cruzar hasta el otro mar. Nunca había sido aquel un lugar pacífico: Acla quiere decir en lengua nativa «huesos», y aquel sitio se llamaba así por la cantidad de despojos humanos que yacía en el paisaje. Dice la tradición que la acumulación de osamentas se debía a una larga guerra entre hermanos; probablemente es una formulación literaria de las perennes querellas entre gunas y emberás. En todo caso, allí, en Acla, estaba el fuerte levantado por Lope de Olano.

Pero cuando Núñez de Balboa llegó a Acla, se quedó helado: el fuerte estaba destrozado; los españoles de Olano, todos muertos. ¿Qué había pasado? Los indios; habían sido los indios. Los mismos que pocos años atrás habían sellado la paz con Balboa e incluso le habían dado una esposa —Anayansi—, ahora habían atacado un puesto español hasta aniquilarlo por completo. Lope de Olano, cuya carrera en las Indias se remontaba a los primeros viajes de Colón, terminó allí sus días. Y el descubridor del Pacífico se vio en la obligación de empezar de cero una vez más. Como en su hacienda de La Española. Como en Santa María la Antigua. Con el agravante de que aquel lugar era absolutamente insalubre: solo selva y agua. Pero había que hacer una ciudad, y una ciudad se hizo.

Era ya noviembre de 1516. Desde Acla, Núñez de Balboa empezó a trabajar en su proyecto:

dibujar rutas estables desde el Caribe hacia el otro mar a través de Panamá y construir tres barcos que exploraran la mar del Sur. Le hacía falta mano de obra. Balboa supo recomponer las relaciones con los indígenas y fueron ellos, los hermanos de sangre de Anayansi, los que aportaron el trabajo necesario para talar y aserrar árboles. Los españoles, seguramente por un error de observación, estaban convencidos de que las maderas de aquella región eran inmunes a la broma, ese feroz parásito al que ya hemos visto devorar literalmente los barcos y deshacerlos de un golpe. Durante meses, los hombres del descubridor trabajaron en la fabricación de tablones, jarcias, velas, etc. Mientras tanto, Balboa enviaba a Francisco de Compañón hacia la costa occidental para buscar un buen sitio donde instalar el astillero. Lo halló junto al llamado río de las Balsas, en el gran estuario donde desembocan también el Tuira y el poderoso Chucunaque, en el golfo de San Miguel. Ahora había que transportar todo el material desde la costa atlántica hasta la del Pacífico. Nada menos.

Para calibrar la dureza del cometido hay que imaginar cómo sería esa parte de Panamá a principios del siglo xvi: sencillamente inextricable. Aún hoy, toda la franja costera donde se habían asentado los españoles es una inmensa extensión de selva prácticamente virgen, escasísimamente poblada, sin otra organización que la que le confiere su condición de comarca indígena: Guna Yala, y donde las vías de comunicación no son tanto los caminos como los ríos. Al sur de esas selvas interminables, una cordillera de orografía laberíntica, y después más selvas y planicies inundadas por pantanos antes de asomar a la costa del Pacífico. Los nuestros surcaban ese dédalo de junglas como en un mapa ciego: un gran dibujo todo en negro donde apenas si se había trazado una frágil ruta entre dos puntos. Lo milagroso es que, en esas condiciones, la gente de Balboa aún fuera capaz de reencontrar y transitar el camino que les llevó al golfo de San Miguel y a la ansiada mar del Sur. Sin la colaboración de los indios, habría sido imposible. Pero aún quedaba lo fundamental: había que armar los barcos.

Fue un trabajo de titanes flagelado, además, por la adversidad. Cuando los nuestros aún no habían terminado de armar los bergantines, una inopinada crecida del Chucunaque arrasó los astilleros. A duras penas consiguieron recuperar los barcos. Decididos a botarlos a pesar de todo, lanzaron los bergantines al agua. Entonces comprobaron con horror que la madera con la que habían trabajado no estaba a salvo de la broma, como ellos creían: los barcos se hundieron de inmediato. A Núñez de Balboa no le quedó otra que pedir una ampliación del plazo a su suegro —que tal era ya, formalmente, Pedrarias Dávila— y más dinero a La Antigua para sufragar los gastos. Se lo concedieron, quizá porque lo que más le interesaba a Pedrarias era tener bien lejos a su incómodo yerno.

Balboa logró reflotar los bergantines, tapan las vías de agua, reparar las maderas carcomidas y, aún más difícil, mantener la moral de la hueste. Cuando se hizo finalmente a la mar, se fijó un objetivo suculento: el archipiélago de las Perlas, hacia el oeste del golfo de San Miguel. Pero al desembarcar se encontró con que uno de los lugartenientes de Pedrarias, un tal Morales, ya había esquilmado literalmente las islas. Optó entonces por navegar hacia el sur, pues los indios contaban maravillas de aquella región. Tocó un lugar al que llamó Puerto Peñas porque parecía lleno de arrecifes; pero no eran arrecifes, sino ballenas, lo cual le obligó a abandonar también este lugar, que hoy se llama Jaqué. Finalmente, derrotado, regresó al golfo de San Miguel, al precario astillero del

río de las Balsas. No le restaba sino pedir una nueva prórroga al gobernador. El escribano Valderrábano, el ambiguo Garavito y otros de la hueste marcharon a Santa María la Antigua para pedir a Pedrarias Dávila un poco más de tiempo. Pero lo que encontraron en la ciudad iba a cambiar trágicamente las cosas.

Lo que los hombres de Balboa descubrieron en La Antigua era desconcertante. Pedrarias Dávila, enfermo crónico, había sido destituido como gobernador de Castilla del Oro. Parece que la leishmaniosis le había provocado úlceras incurables en «sus partes vergonzosas», como dice fray Agustín de Farfán; era aquella enfermedad extendidísima entre españoles e indios que no hay que confundir con la sífilis y que se contraía invariablemente por picaduras de insectos al orinar o defecar en la selva. Nunca se insistirá bastante en la extrema dureza de las condiciones de vida en aquellos parajes. El hecho, en todo caso, es que a Pedrarias se le dio por amortizado y en su lugar había sido designado un tal Lope de Sosa cuya llegada se anunciaba inminente.

El relevo de Pedrarias por otro funcionario significaba que el mapa del poder cambiaba por completo. Cuando Núñez de Balboa se enteró, temió que el nuevo gobernador, visto su fracaso en la mar del Sur, zanjara en seco sus proyectos. El descubridor reaccionó lo más rápidamente que pudo. Primero, comenzó la construcción de un nuevo asentamiento en la desembocadura del río Chepo, en la costa occidental. Mientras tanto los embajadores de Balboa —Valderrábano, Garavito y demás— buscaban en La Antigua la conformidad de Pedrarias. Y al mismo tiempo uno de ellos, Luis Botello, se dirigía a Acla para saber si Sosa, el nuevo gobernador, había llegado ya. Entonces fue cuando todo se vino abajo a la vez.

Antes de llegar a Acla, Botello fue detenido por Francisco Benítez, uno de los oficiales del rey que tanto habían intrigado contra Balboa en los años anteriores. Botello cantó: Núñez de Balboa iba a construir una nueva ciudad en la costa oeste. ¿Sin permiso del gobernador?, le preguntaron. «Pero el gobernador Sosa no ha llegado aún», debió de contestar Botello. Y entonces se enteró de otra novedad desconcertante: Sosa, el nuevo gobernador, había muerto sin llegar a tomar posesión, cosa que Balboa y los suyos ignoraban. De manera que el gobernador no era el tal Sosa, sino que seguía siendo Pedrarias Dávila, el cual, en efecto, no había dado permiso para construir ninguna otra nueva ciudad. El avieso Benítez lo vio claro, porque así lo quiso ver: Núñez de Balboa —acusó— trataba de construirse su propio territorio a espaldas del gobernador legítimo, y eso era inaceptable. De inmediato comunicó a Pedrarias Dávila la supuesta traición. Este, por su parte, hizo detener a todos los socios de Balboa que habían acudido a La Antigua y ordenó a De la Puente, el tesorero, que redactara una acusación formal contra Núñez de Balboa. Terminaba el año 1518. La suerte estaba echada.

Pedrarias —asombrosamente recuperado de su enésima crisis de salud— citó a su yerno en Acla. Balboa acudió sin sospechar nada. Fue inmediatamente prendido, acusado de traición y encerrado en una casa de la localidad. Dávila aún quiso tranquilizar al descubridor quitando importancia al trance. Pero fue por poco tiempo, porque enseguida volvió con la acusación formal de que había traicionado al rey y al propio gobernador. Balboa se vio trasladado a la cárcel. De inmediato comenzó el proceso. El juez que lo instruyó fue el mismo que había sometido al descubridor al primer juicio de residencia: Gaspar de Espinosa. Y ahora, ante un tribunal que probablemente ya había dictado

sentencia de antemano, aparecieron todos y cada uno de los argumentos que los enemigos del reo habían manejado siempre contra él. Que fue el responsable de la muerte de Nicuesa. Que fue culpa suya la ruina de Enciso. Que solo a él se debió la calamidad de la expedición en busca del Dabaibe. Que de mala fe había excedido los plazos de su gobernación en la mar del Sur. Que planeaba crearse un territorio propio en rebeldía hacia la autoridad del gobernador nombrado por el rey. Más todavía: que pese a su compromiso con la hija de Dávila, seguía viviendo con la india Anayansi. No faltaron «amigos» dispuestos a ponerse del lado de la acusación. ¿Quién? Garavito, que ahora vengaba el desprecio de Anayansi con una traición. Núñez de Balboa fue condenado a muerte junto a varios de sus compañeros. Pedrarias, nunca sabremos si por vergüenza, remordimiento o disconformidad con el proceso, abandonó la ciudad.

El cadalso se levantó en Acla. Eran cinco reos: junto a Núñez de Balboa iban a morir el escribano Valderrábano, Fernando de Argüello, Luis Botello y Hernán Muñoz. El alguacil leyó los cargos. Balboa protestó, indignado: «Nunca halló cabida en mí semejante crimen; he servido al rey como leal, sin pensar sino en acrecentar sus dominios». Fueron sus últimas palabras. Los descubridores de la mar del Sur, que pronto se llamaría océano Pacífico, cayeron ejecutados en enero de 1519.

Dice el cronista Fernández de Oviedo —último alcalde de Acla— que en aquel instante, con las cabezas de los reos aún sangrantes sobre una cesta, entró en la plaza un caballo que había sido propiedad de Núñez de Balboa. El caballo se dirigió al poste donde se había fijado el edicto con la sentencia y, a mordiscos, lo arrancó. Así terminó la historia del hombre que descubrió «el otro mar».

Triste final, ciertamente. Todo lo que hizo Núñez de Balboa terminó así de mal. La pequeña aldea de Acla, emplazada en un lugar malsano y de difícil avituallamiento, tardaría muy poco en ser abandonada. Lo mismo ocurriría algunos años más tarde con la ciudad de Santa María la Antigua, la primera española en América. Hoy las ruinas de La Antigua han podido ser descubiertas bajo espesas capas de vegetación tropical, pero de Acla no queda ni rastro. Pedrarias ordenó —y, hay que decirlo, con buen criterio— desalojar aquellos lugares para trasladarlo todo a la ciudad de Panamá, que él mismo fundaría en la costa del Pacífico andando 1519, muy poco después de la ejecución de Balboa. De aquella titánica tarea española en la costa atlántica del istmo solo quedó el precario emplazamiento de Nombre de Dios, fundado por Nicuesa, y que aún tardaría varios años en ser propiamente una ciudad. La fidelísima india Anayansi, súbitamente viuda, volvió con los suyos, ya declarados en abierta rebeldía. Enseguida estalló una insurrección india, esta vez en el oriente del país, bajo el mando del cacique Urracá. Hay que decir que las revueltas de indios gunas y emberás, a su vez enfrentados entre sí, iban a prolongarse hasta 1925, nada menos. En cuanto al perro *Leoncico*, aquel alano que Núñez de Balboa llevó siempre consigo, alguien lo envenenó.

Sin embargo, y al contrario que otros muchos conquistadores, a Núñez de Balboa le esperaba una posteridad esplendorosa. No solo había aportado al conocimiento universal un dato decisivo —la situación del océano Pacífico—, sino que, además, raro es el cronista de Indias que habla mal del descubridor. Es uno de los pocos héroes de la cruzada del océano cuyo nombre perdura en infinidad de calles, centros públicos, monedas, monumentos, etc. Allí ganó Pedrarias, pero, al cabo, el vencedor de aquella despiadada guerra personal fue Vasco Núñez de Balboa.

7. DE LA FLORIDA AL PLATA

El Bimini y la fuente de la juventud

En el mismo momento en que Núñez de Balboa, en el sur, empezaba a recibir nuevas sobre la existencia de un mar desconocido, desde el norte llegaban a La Española noticias extraordinarias: Ponce de León había tomado posesión de la Florida, en lo que hoy son los Estados Unidos. Dicen que buscaba la fuente de la eterna juventud.

A Juan Ponce de León ya le hemos visto aquí conquistando Puerto Rico, adueñándose de la isla y, acto seguido, abandonando la pieza, forzado por el gobernador Diego Colón, que reclamaba aquel territorio. Ponce se fue, pero no con las manos vacías: además de sus rentas en La Española y en Puerto Rico, había obtenido de la corona el derecho a explorar las tierras al norte de las Lucayas, que es como entonces se llamaban las Bahamas, ese rosario de islotes que se despliega desde La Española hasta, precisamente, la Florida. Los nuestros conocían bien las Lucayas; de hecho, la primera tierra avistada por Colón, Guanahaní o San Salvador, era una de esas islas. Lo que se desconocía era qué había exactamente al norte. Los hermanos Pinzón, Solís y Vespuccio habían navegado muy cerca de sus costas, pero sin poder componer una imagen nítida de su contorno ni, aún menos, poner el pie en esas tierras. A ese misterioso mundo los indios lo llamaban Bimini y aseguraban que era rico en oro. También se decía que en aquel enigmático paraje había una fuente cuyas aguas otorgaban la eterna juventud.

Ponce de León no lo dudó: el Bimini sería suyo. Con la alianza del tesorero Pasamonte —el hombre del rey Fernando en La Española— y los correspondientes permisos de la corona, a finales de 1512 comenzó a preparar su viaje. Contrató dos carabelas y seleccionó a los pilotos: Juan Bono de Quejo y Antonio de Alaminos, un veterano de los viajes colombinos que conocía el Caribe como la palma de su mano. En marzo de 1513 los dos barcos se unieron a la que iba a ser la nao capitana: la *San Cristóbal*, con Juan Pérez de Ortubia y al mando del propio Ponce de León, que esperaba en Puerto Rico. El 3 de marzo la expedición zarpó en busca del ansiado Bimini.

Basta ver un mapa para darse cuenta de qué tipo de laberinto conforman las Lucayas: una sucesión de islotes que desde Puerto Rico se despliega en sentido noroeste y que va a dar a los cayos de la Florida, que a su vez, a primera vista, parecen otra cadena de islotes. Los conocimientos de la época sobre la geografía de esta región eran puramente intuitivos; nadie estaba en condiciones de asegurar si lo que había allí, en el norte, era tierra firme o si se trataba de otro rosario de islas como las ya descubiertas. Una vez más, la exploración era como orientarse en un mapa ciego.

Hacia el 27 de marzo, Domingo de Resurrección, los hombres de Ponce de León avistaron algo que parecía una isla mucho mayor que las demás. Los barcos trataron de acercarse, pero las corrientes les alejaban del objetivo. Siguieron bordeando la supuesta isla y, efectivamente, su tamaño era considerable. Era ya el 2 de abril cuando Ponce decidió acercarse a tierra con un bote y unos pocos hombres. Alcanzó la playa. Cruzó un paisaje de dunas. Ganó una elevación natural del terreno. Desde allí vio cómo se extendía a sus pies una vastísima llanura boscosa. Si se trataba de una isla,

ciertamente era inmensa. Los nuestros exploraron en varias direcciones. Por todas partes hallaron lo mismo: bosques y ciénagas hasta donde se perdía la vista. La Florida es una inmensa planicie boscosa, más grande que Andalucía, donde los pantanos y los ríos ocupan más de un 20 por ciento del territorio. Aún hoy se discute en qué punto exacto desembarcó Ponce de León, si en la playa de Melbourne, cerca de Cabo Cañaveral, o en la playa de Ponte Vedra, cerca de Jacksonville; en cualquier caso, fue en la costa este. Finalmente, el 8 de abril, después de una semana de exploraciones, Juan Ponce de León tomó solemnemente posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España. Las llamó Florida porque el calendario marcaba, precisamente, la Pascua Florida, y el nombre se adecuaba muy bien a aquella vegetación en flor.

Ya había una tierra nueva. Ahora era preciso saber qué había allí y si realmente abundaba el oro, tal y como decían los indios de Puerto Rico y las Lucayas. La expedición bordeó la costa oriental de Florida hacia el sur. En un río que Ponce de León llamó Canas —tal vez el actual río Saint John— aparecieron por primera vez indígenas. Eran amistosos, para alivio de los nuestros. Los españoles desembarcaron y erigieron una gran cruz de madera. Pero no habían acabado de dar gracias a Dios por las bendiciones recibidas cuando aparecieron otros nativos, esta vez hostiles.

¿Quiénes eran aquellos indios que tan pronto se manifestaban pacíficos como belicosos? En la Florida de aquel tiempo, y en esas regiones concretas, había dos grandes comunidades nativas: los timucua y los calusa. Los timucua habían desarrollado un grado de civilización relativamente avanzado con aldeas sedentarias, una organización social rígida, cerámica bastante perfeccionada y agricultura de estación, aunque su subsistencia dependía sobre todo de la caza y la pesca. Hacían la guerra regularmente a otros pueblos y entre sí mismos, y los vencidos se convertían invariablemente en esclavos. Sus costumbres rituales eran inquietantes: caníbales y cazadores de cabelleras, practicaban sacrificios humanos y con frecuencia las madres mataban a sus hijos en ofrenda al sol, que era una de sus principales deidades. El otro pueblo de la zona, los calusa, tenía costumbres semejantes —canibalismo, sacrificios humanos, esclavitud, etc.—, pero era sensiblemente más primitivo, sin alfarería ni otras artes: fabricaban sus armas con espinas de grandes peces. La singularidad de los calusa es que solían asolar las tierras de otros pueblos en feroces incursiones a bordo de canoas, y parece probado que en algunas de estas razias, antes de la llegada de los españoles, tocaron tierras de Cuba y Santo Domingo. Otros pueblos de la península, como los ais, los tequesta y los miamis (los que darían su nombre a la futura capital), solían ser tributarios de los calusa. Nadie sabe si los indios que vieron Ponce y los suyos fueron timucuas, calusas o qué, pero el hecho es que eran demasiados para entablar combate con ellos. Los expedicionarios ganaron rápidamente sus barcos y continuaron su periplo. Llegaron a los cayos, esa larga franja de islotes que circunda Florida por el sur. Y allí hicieron otro hallazgo sorprendente.

Descubrir tierra era muy importante, pero no lo era menos descubrir agua, y en particular las fuertes corrientes que mueven los mares de la región. A la altura del 21 de abril, cuando los barcos intentaban navegar rumbo sur por los cayos de Florida, la expedición se topó con un fenómeno extraordinario: aunque el viento les empujaba hacia el suroeste, las aguas les impulsaban en sentido contrario, hacia mar abierto, hacia el Atlántico. Tan poderosa era la corriente que no había manera de dominarla. Dos barcos lograron acercarse a tierra y fondear, pero, incluso así, la fuerza de la mar

era tan intensa que las maromas del ancla parecían a punto de romperse. ¿Qué misteriosa potencia era esa? Ponce de León y los suyos habían descubierto la corriente del golfo, que circula desde el Caribe hacia el Atlántico. Dicen que Colón ya había intuido su existencia, pero nunca hasta ahora se había navegado sobre ella. Y el hallazgo era trascendental, porque iba a permitir encontrar una ruta rápida y segura de retorno a Europa desde las Indias.

Uno de los grandes problemas que dificultaban la exploración del Atlántico norte era precisamente la incertidumbre del camino de vuelta. Unos pocos años antes había desaparecido en algún lugar cerca de Groenlandia el navegante Juan Caboto, un veneciano al servicio de Inglaterra. Este Caboto, enterado del hallazgo colombino, había propuesto a la corona inglesa buscar el camino de Oriente por el Atlántico norte, que según sus cálculos debía de ser una ruta más corta. Lo intentó, sí, y parece ser que en un primer viaje tocó Terranova, pero, a la hora de volver, las aguas le empujaron hasta las costas francesas. Era 1497. Al año siguiente lo intentó de nuevo, aún más al norte. La mar se lo tragó en algún momento del año 1499. El dato es importante porque indica hasta qué punto era difícil gobernar las rutas del Atlántico. Y por eso fue tan decisivo el hallazgo de la corriente del golfo por Ponce de León.

La expedición remontó la península hacia el norte por la costa occidental. Ponce de León seguía convencido de que era una isla: ¿qué otra cosa podía ser? Solo faltaba que apareciera el codiciado oro del Bimini. El 23 de mayo, en algún lugar cerca de donde hoy está fuerte Myers, tuvieron un nuevo encuentro con nativos. Y esta vez, con sorpresa: uno de ellos hablaba español. ¿Cómo era posible semejante cosa? Hay muchas hipótesis; la más plausible es que aquel indio, como tal vez otros en la región, hubiera huido de las Lucayas o de La Española. El hecho es que el nativo informó a Ponce de León de que había oro, sí: el jefe de su tribu atesoraba grandes cantidades y estaba dispuesto a comerciar. Al fin —debió de pensar Ponce— habían encontrado lo que buscaban.

La promesa indígena de oro resultó ser una falsa ilusión: a poco de pisar tierra, los nuestros se vieron nuevamente atacados por los nativos. ¿Quiénes eran esta vez? La costa oriental era territorio calusa, y los españoles pudieron comprobar que estos guerreros elaboraban sus flechas con anzuelos de pescar y envenenaban sus puntas. Debió de ser un mal trago. Pese a ello, Ponce de León seguía dispuesto a explorar aquella enigmática tierra. El 4 de junio la expedición desembarcó en la bahía de Tampa, el punto más septentrional de su recorrido por la costa oeste. Parece ser que aquí Ponce empezó a dudar de que aquello fuera una isla. Seguramente también dudó de que hubiera realmente oro. Los nativos, sin embargo, se hacían lenguas del precioso metal. Y entre los expedicionarios empezaron a correr historias sobre la ciudad dorada de Cíbola, las Siete Ciudades de Oro y, aún más, la fuente de la eterna juventud.

A propósito de la fuente de la juventud: es lugar común que Ponce de León se lanzó a la conquista de la Florida precisamente porque buscaba la fuente de marras, pero no hay ningún testimonio directo que avale tal cosa. Los autores que atribuyen a Ponce este empeño escribieron sus obras más de medio siglo después de muerto el explorador. Lo que sí consta es que la historia circulaba entre los españoles de la época y que el piloto de la *San Cristóbal*, Pérez de Ortubia, intentó encontrarla. El tema de la fuente de la eterna juventud es un mito procedente de las novelas clásicas sobre Alejandro Magno. Algunas de ellas la sitúan en el Extremo Oriente. Sabemos que los españoles de aquel tiempo

vivían inmersos en el mundo imaginario de las novelas de caballerías. Es posible que muchos de los nuestros, una vez llegados a las Indias, rodeados por un mundo enteramente distinto al que conocían, lleno de cosas asombrosas, paisajes nunca antes vistos, animales enigmáticos y gentes exóticas, dieran por buenos los fabulosos relatos clásicos. Pero no parece que fuera el caso de Ponce de León.

El conquistador volvió a La Española vía La Habana y Puerto Rico. Había descubierto un pedazo de tierra mucho más grande que la isla de La Española, más grande incluso que toda Cuba. Aún no sabía si era isla o península, pero aquel duro vallisoletano que pasaba ya de los cincuenta años, veinte de los cuales habían transcurrido en las Indias, se puso por misión hacer suya la Florida. Viajó a España. En el verano de 1514 fue recibido por el rey Fernando. La corona le nombró adelantado y justicia mayor de la Florida y el Bimini. Asimismo se le daba mando sobre la flota que habría de combatir a los indios caribes para facilitar el dominio de la región.

La nueva misión de Ponce de León no se limitaba a la misteriosa Florida: incluía la isla de Guadalupe, en las Antillas, y el conjunto del Caribe. La isla de Guadalupe ya había sido someramente explorada por Colón en su segundo viaje; allí el almirante descubrió, entre otras cosas, la piña, pero además supo que los feroces caribes solían desembarcar en esas playas para saquear pueblos y coger esclavos. Ponce de León llegó, vio y, después de varios meses de esfuerzos, resolvió que nada tenía que hacer en aquel islote. Más eficaces fueron sus campañas contra los caribes que asolaban las otras islas de las Antillas. Y en todo caso, en su mente solo había un nombre: la Florida, aquel inmenso territorio que había descubierto años atrás.

Ya había colonias firmemente asentadas en Panamá. Hernán Cortés estaba conquistando México—muy pronto veremos cómo—. ¿Por qué no intentar una hazaña semejante en este otro punto del Nuevo Mundo? Ponce de León agotó sus últimos recursos en una expedición cuyo objetivo era asentar una colonia estable. Armó dos bergantines, enroló a 200 hombres, incluyó en el equipaje una buena proporción de sacerdotes, artesanos y labradores, así como caballos y gran cantidad de animales domésticos, y desembarcó en algún punto de la costa suroeste, muy probablemente cerca de donde hoy está el parque de Charlotte Harbor. Pero la Florida iba a resultar un universo mucho menos amable de lo que su nombre indicaba.

En efecto, el resto de la vida de Ponce de León fue una continua lucha contra los indígenas de la región. Finalmente, en 1521, en el curso de una expedición, resultó herido por una flecha indígena envenenada. Hubo que abandonar la colonia. Evacuado a La Habana, el descubridor murió pocas semanas después. Sus restos descansan en Puerto Rico, aquella isla que él conquistó. Y en los bosques y pantanos de la Florida aún permanecería oculto durante muchos años el secreto de la fuente de la eterna juventud.

Un rey blanco en una sierra de plata

Ya tenemos el mar que faltaba: lo ha encontrado Núñez de Balboa al otro lado del Darién, en el actual Panamá. Ese hallazgo modifica de un plumazo todos los mapas del mundo. Ahora hay dos preguntas acuciantes. Una: ¿dónde está el paso que permite llegar hasta allí en barco, para establecer bases permanentes? La otra: ¿cómo navegar desde ese punto hasta las lejanas Islas de las Especias?

Era lo que se estaba buscando desde veinte años atrás y a nadie se le había olvidado. Y menos que a nadie, al rey Fernando el Católico, que al fin y al cabo era quien pagaba la fiesta y esperaba obtener rendimiento suficiente de la aventura. En este momento, año 1513, era mucho lo descubierto, pero faltaba completar el mapa con el ansiado paso al Extremo Oriente. El último intento por encontrarlo había sido el de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, entre 1508 y 1509. Recorrieron toda la costa del Caribe y no vieron paso alguno. Ahora, con el hallazgo de Núñez de Balboa, se abría una nueva oportunidad.

Después de aquella exploración por el Caribe, Vicente Yáñez Pinzón se había retirado voluntariamente de la mar. El propio rey Fernando le había propuesto formar en la expedición de Pedrarias Dávila a Castilla del Oro, pero el veterano navegante declinó la oferta por razones de salud; no debía de ser una simple excusa, porque lo cierto es que murió poco después. Quedaba vivo y activo el otro protagonista, Juan Díaz de Solís, que desde 1512 ostentaba el cargo de piloto mayor de Castilla en relevo del fallecido Américo Vespucio. Solís seguía obsesionado por encontrar el paso a Oriente. Incluso había planificado un viaje por una ruta alternativa bordeando el continente por el sur. Pero había un problema mayúsculo: tal ruta implicaba explorar tierras portuguesas, y Portugal no lo iba a tolerar. Ahora bien, el hallazgo de Balboa cambiaba las cosas: los tratados con Portugal prohibían a los españoles explorar tierras portuguesas, pero no cruzar sus aguas para llegar a tierras españolas como las descubiertas en Panamá y, desde allí, buscar las Islas de las Especias. Ese sería ahora el objetivo.

Solís y el rey Fernando firmaron las capitulaciones en noviembre de 1514. El objetivo era muy claro: «Ir con tres navíos a espaldas de la tierra donde ahora está Pedro Arias, mi capitán general gobernador de Castilla del Oro, y de allí adelante ir descubriendo por las dichas espaldas de Castilla del Oro mil setecientas leguas o más si pudiereis, contando desde la raya o demarcación que va por la punta de la dicha Castilla del Oro adelante, de lo que no se ha descubierto hasta ahora, sin tocar en tierra de Portugal». Aquello era literalmente sumergirse en lo desconocido, porque nadie sabía aún qué podía haber más al sur —hoy lo sabemos: Argentina—, ni siquiera dónde estaba el supuesto paso al Pacífico, pero era exactamente lo que Solís deseaba hacer. Las capitulaciones añadían precisiones suplementarias: zarpar en septiembre de 1515, hacer el viaje discretamente, como si no fuera mandato regio, para evitar roces diplomáticos con Portugal y, una vez llegados a destino, enviar al rey mapas de la costa. Era como rellenar un puzle del que solo tenemos dos piezas.

Los preparativos fueron una auténtica operación secreta. «Habéis de mirar que en esto ha de haber secreto, e que ninguno sepa que Yo mando dar dineros para ello, ni tengo parte en el viaje, hasta la tornada», había advertido el rey. Solís extremó las precauciones. Escogió a gente de entera confianza, como el veterano piloto Juan de Ledesma, salmantino afincado en Sevilla, el escribano

Pedro de Alarcón y el factor Francisco de Marquina. Se encerró en Lepe y desde allí hizo creer a todo el mundo que la expedición era cosa suya. Nadie supo que la corona le había entregado nada menos que 4.000 ducados de oro. Armó tres naves. Reclutó una tripulación reducida al mínimo: sesenta personas. Hizo acopio de vituallas y bastimentos para largo tiempo: dos años y medio, calculó Solís. Largo viaje el que preparaba. Y después de una avería en la nave capitana, la expedición zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 8 de octubre de 1515, con un levísimo retraso sobre el calendario prescrito.

Los barcos de Solís siguieron la habitual ruta del sur: Canarias, Cabo Verde y cruzar el Atlántico hasta el Brasil. Tocaron el cabo de San Roque, la punta noreste del subcontinente suramericano, y desde ahí exploraron minuciosamente la costa rumbo sur. Son varios miles de kilómetros de litoral que Solís recorrió palmo a palmo. Tenía muy claro lo que buscaba: cualquier brazo de agua que pudiera conducir al otro lado, a la mar del Sur, que aún nadie llamaba «Pacífico». Exploró las islas de San Sebastián (hoy isla Bella) y de Santa Catalina (hoy Florianópolis). Cada vez que encontraba una bahía o una desembocadura, penetraba en ella en busca de un paso. Así llegó a un río tan colosal que sus aguas dulces se vertían varias millas dentro de la mar. Mar Dulce, lo llamó Solís. Era el estuario del Plata, donde vierten sus aguas el Paraná y el Uruguay. Ese río se llamaría Solís durante veinte años.

Los nuestros desembarcaron y exploraron detalladamente el litoral. En un puerto natural que bautizaron como Nuestra Señora de la Candelaria —hoy es Punta del Este, en Uruguay— celebraron la ceremonia de toma de posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España. Era el mes de febrero de 1516. Remontaron dirección noroeste. Hoy allí están Montevideo y Buenos Aires, pero en la época no había absolutamente nada. Un tripulante, Martín García, falleció a bordo por esos días. Los nuestros desembarcaron en una isla para darle cristiana sepultura. Esa isla todavía hoy se llama de Martín García. Fue precisamente en aquella región, en las islas que cierran la boca del gran estuario, donde la expedición de Solís halló indígenas. ¿Conocerían ellos un paso al otro mar? ¿Incluso sería posible asentar una base estable? Solís y otros siete hombres bajaron a negociar con ellos. Y allí fue donde la aventura se tiñó de sangre.

Fue, a todas luces, una trampa. Los indios les mostraron objetos de oro. Hicieron gestos como si quisieran negociar. Curiosa actitud: seguramente otros españoles, o más probablemente portugueses, dada la latitud, habían pasado ya por allí; por eso los indios sabían qué cebo utilizar. Solís y sus compañeros se acercaron sin tomar precauciones. El capitán no era un novato: ya había tratado con indígenas en otros lugares. Muy claro debió de verlo cuando botó aquella barca para ir a tierra. Así parece indicarlo su *Diario de a bordo*: «A medida que iban bordeando la costa descubrían ora montañas ora grandes escollos, divisaban también gentes en las playas, y en la orilla del Río de la Plata vieron muchas chozas de indios que, con gran curiosidad, observaban el paso del buque y, con signos, ofrecían los objetos que tenían, depositándolos en el suelo». El hecho es que, una vez en tierra, apenas tuvieron tiempo de pedir socorro.

Los indios —eran chandules guaraníes, o sea, guaraníes de las islas— se abalanzaron sobre ellos. Los mataron a flechazos mientras el resto de la tripulación, desde los barcos, asistía espantada al drama. Una vez muertos, los despedazaron. Allí mismo. Y allí mismo empezaron a devorar a Solís,

al factor Marquina, al contador Alarcón y a otros cuatro marineros. Solo uno de los que habían desembarcado, el grumete Francisco del Puerto, logró zafarse de los indios y escapar a la matanza. Francisco era un niño y los guaraníes solo comían guerreros; eso le salvó. Pero los expedicionarios, aterrorizados, no se atrevieron a bajar a rescatarle, así que el pobre Francisco tuvo que esperar nada menos que diez años, viviendo entre aquella gente, hasta que otra expedición española le localizó. Volveremos a hablar de él.

Es fácil imaginar cómo impresionó a los expedicionarios la atroz muerte de Solís y sus compañeros. Caído el capitán, tomó el mando su cuñado Francisco de Torres, que resolvió volver inmediatamente a mar abierto y navegar de regreso a España. Pero, si se creían salvados, se engañaban. A la altura de la isla de Santa Catalina, entrada ya la primavera de 1516, uno de los barcos naufragó y solo dieciocho hombres consiguieron ganar a duras penas la playa. Los otros dos barcos, arrastrados por la mar, no pudieron hacer nada por ellos.

Por cierto que a estos dieciocho supervivientes les esperaba una odisea digna de ser contada. El grupo se dividió. Siete marcharon al norte, donde cayeron presos de los portugueses. Finalmente terminaron en Lisboa, y enseguida veremos qué estaban haciendo los portugueses en Brasil. Dos de aquellos cautivos, Melchor Ramírez y Enrique Montes, darían luego informaciones preciosas que permitirían reanudar la exploración del Plata. Otro grupo de seis náufragos quedó vagando por la zona; varios murieron allí. Y los cinco restantes de los dieciocho, que seguían con ganas de aventura, se lanzaron a una empresa demencial. Uno de este último grupo, Alejo García, había escuchado las historias que contaban los indios acerca de una «sierra de plata» gobernada por un «rey blanco», tierra de inmensa riqueza. Era el Perú, aunque eso nadie aún lo sabía. El hecho es que Alejo y sus compañeros reclutaron a un centenar de nativos y se internaron en las selvas en busca del famoso «rey blanco».

Cinco años tardaron en completar la empresa. Era ya 1521 cuando atravesaron el actual Paraguay. Cruzaron la región del Chaco hasta llegar a las primeras estribaciones de los Andes, en lo que hoy es Bolivia. Y allí había, sí, plata, y también oro. Pasaron varios años viviendo entre los indígenas. Los aventureros recogieron un considerable botín y volvieron por donde habían venido. Pero si el camino de ida había sido relativamente tranquilo, el de vuelta iba a ser una tortura. En el Paraguay la expedición sufrió el ataque de los guaraníes. Después, otras tribus enemigas de aquellas, los guaycurúes —que significa «bárbaros» en lengua guaraní— les hostigaron hasta darles muerte. Allí acabó la increíble aventura de Alejo García. No obstante, algunos de los españoles que con él habían marchado lograron salir vivos del trance y llegar de nuevo a Santa Catalina. Serán rescatados, ya en 1526, por la expedición de Jofre García de Loáisía. A partir de ese momento, el asunto del «rey blanco» y su «sierra de plata» iba a convertirse en una obsesión para multitud de aventureros.

Los dos barcos supervivientes de la expedición de Solís, por su parte, llegaron a Sevilla en septiembre de 1516. Había sido un fracaso patente. Pero al menos se había descubierto el Río de la Plata, que con el tiempo se convertiría en una base logística fundamental. Con todo, la primera noticia que recibió Torres al llegar a puerto fue fulminante: el rey Fernando el Católico, que tanto empeño puso en organizar aquel viaje, había muerto en enero de aquel mismo año de 1516, mientras Solís tomaba posesión de Punta del Este. Y la muerte del rey Fernando —enseguida lo veremos—

iba a alterar algunas cosas importantes en los asuntos de Indias.

Portugueses en Brasil...

Siete náufragos de la trágica expedición de Solís al Plata acabaron en manos de los portugueses. Y bien: ¿qué hacían allí los portugueses? ¿No habían concentrado sus esfuerzos en África y la ruta oriental hacia la India? ¿Desde cuándo habían puesto bases estables en ese inmenso territorio que ya se conocía como Brasil?

Las proezas de los navegantes españoles de aquel tiempo suscitan admiración, pero hay que recordar que el liderazgo en la navegación transoceánica, desde medio siglo atrás, correspondía a los portugueses, cuya escuela de Sagres, fundada por Enrique el Navegante, seguía funcionando a pleno rendimiento. Recordemos sus capítulos fundamentales: población de Madeira en 1425, descubrimiento —o, más bien, exploración— de las Azores en 1427, Gil Eanes dobla el cabo Bojador en 1434, establecimiento de rutas interiores por el océano desde Guinea a partir de 1445, Diogo de Teive navega sobre el mar de los Sargazos y las islas de Corvo y Flores en 1452... Diogo Cao exploró el río Congo entre 1482 y 1486 y Bartolomeu Dias tocó en 1488 el cabo de Buena Esperanza, el punto más austral de África. Incluso hay quien dice que las carabelas portuguesas pudieron tocar Terranova, aunque nadie lo ha podido demostrar de manera fehaciente. Hay muchas historias de marinos portugueses que quizá divisaron las costas americanas antes de 1492, pero ninguna con cobertura documental suficiente. ¿Eran esas historias las que empujaron a Colón a acometer su aventura? Es muy posible. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que unas carabelas portuguesas siguieron a Colón en su primer viaje, aunque abandonaron la presa, y que muy poco después, hacia 1498, Pero de Barcelos y Joao Fernández Lavrador exploraban la costa canadiense del Labrador (que por eso se llama así). Al mismo tiempo, Vasco de Gama lograba abrir la ruta oriental —africana— hacia las Indias entre 1497 y 1499. Es un balance impresionante.

Dentro de este gigantesco progreso náutico, las rutas occidentales —esto es, hacia América— ocupaban un lugar importante, pero secundario. La proeza de Vasco de Gama había enfocado la atención portuguesa hacia la costa africana y la India, con la ventaja de que nadie disputaba a los barcos lusos esa ruta oriental. El Occidente, por el contrario, chocaba con las líneas de proyección españolas. El Tratado de Tordesillas —junio de 1494— entre Castilla y Portugal delimitaba un largo meridiano de perfil impreciso, pero que en cualquier caso atribuía zonas de exclusividad, lo cual por fuerza había de entorpecer las exploraciones portuguesas hacia esas aguas. Siempre ha extrañado a los investigadores que, siendo los portugueses buenos conocedores del Atlántico, nadie se tomara la molestia de navegar el océano para señalar con precisión por dónde pasaba la raya. Pero quizás hay que atribuir esa finalidad a los viajes de Bartolomeu Dias y Duarte Pacheco Pereira a la costa brasileña y, sobre todo, a los que entre 1500 y 1502 lanzó Portugal al Atlántico norte: los de los hermanos Corte Real, Gaspar y Miguel, a Terranova, alguno de ellos con trágicas consecuencias. Es interesante constatar que, a partir de ese momento, los intentos portugueses por abrir el paso del noroeste van a ser muy frecuentes. No lo consiguieron porque no había tal paso, pero asentaron las rutas que desde entonces iban a utilizar los barcos bacaladeros y balleneros tanto de Portugal como de España.

¿Y el sur? El territorio del actual Brasil, del que hacia 1500 no se conocía más que su extremo

oriental, correspondía a los portugueses por el Tratado de Tordesillas, pero la corte del rey don Manuel —casado sucesivamente, por cierto, con dos hijas de los Reyes Católicos— estaba mucho más interesada en la ruta oriental. Fue precisamente en una de las grandes expediciones hacia Oriente cuando, al parecer por azar, se descubrió por primera vez la costa brasileña en toda su extensión. El 9 de marzo de aquel 1500 había zarpado del puerto lisboeta de Restelo la flota más brillante nunca antes fletada por la corona: 10 naos y 13 carabelas, 1.500 hombres y los mejores pilotos del país bajo el mando del gran Pedro Alvares Cabral. Entre otras eminencias, en la armada viajan el maestre Joao Faras, astrónomo y médico del rey Manuel, y el escribano Pero Vaz de Caminha. Su destino es Calicut, en la India: la ciudad de las especias. Su objetivo, ganar para Portugal la hegemonía comercial en la zona. La flota navega hasta Cabo Verde y, a partir de ahí, no sigue hacia el sur, sino que pone rumbo al oeste, para ganar los vientos que empujan hacia el cabo de Buena Esperanza, y bordean el continente africano. Era la ruta de Vasco de Gama. Pero he aquí que por el camino, y sin que sepamos muy bien cómo ni por qué, al menos uno de los barcos llega más hacia occidente, toca la costa y baja a tierra. Era Brasil.

El maestre Joao Faras escribe desde allí al monarca describiéndole el cielo austral —la posición de las constelaciones vistas desde el hemisferio sur— y sitúa su posición en el mapa. Cabral llama a ese sitio Tierra de Vera Cruz. El mapa no deja lugar a dudas: es Brasil. El escribano Vaz de Caminha envía también una carta al rey Manuel y le ofrece más informaciones: los expedicionarios han descendido a tierra y han entrado en contacto con los nativos. Se trata de los indios tupí. Los tupíes —cuenta Vaz de Caminha— parecen gentes pacíficas a las que será posible civilizar y cristianizar. ¿Pacíficos? Grave error: en realidad los tupíes eran una amalgama de decenas de tribus distintas, todas enfrentadas a muerte entre sí, que desde el interior de la selva amazónica hasta las costas del Atlántico se hacían permanentemente la guerra; en sus combates intentaban capturar a los enemigos vivos para poder comérselos después en rituales antropófagos. Pero eso los portugueses lo descubrirán algunos años más tarde.

La flota de Cabral dejó atrás Brasil y llegó a Calicut en agosto de 1500. Allí le esperaba una seria refriega con los árabes, que no querían otras banderas en aquellas aguas; tan seria que Vaz de Caminha murió en la pelea. La cosa terminará con el bombardeo portugués de Calicut, una entrada comercial muy rentable en otro puerto vecino, Cochín, «la reina del mar arábigo», y la firme decisión de plantar factorías en aquellas tierras de la India tan ricas en especias. ¿Y Brasil? Brasil permanecía en un rango secundario. Pasarán muchos años antes de que los portugueses empiecen a instalar puestos estables. Y será iniciativa, sobre todo, de un hombre: Fernando de Noroña, un rico comerciante y armador asturiano, judeoconverso, que representaba los intereses de la banca alemana Fugger en España y Portugal.

Noroña no solo era un águila para los negocios, sino que, además, gustaba de jugar fuerte. A la altura de 1502 entró en contacto con otros comerciantes portugueses, judíos convertidos al cristianismo como él, y juntos concibieron el proyecto de apoderarse del todavía ignoto Brasil. El consorcio patrocinó un viaje de reconocimiento del litoral brasileño a cargo de Gonçalo Coelho, dicen que asesorado por Vespuccio. Las informaciones que trajo Coelho fueron lo bastante apetitosas como para que Noroña y sus socios pidieran al rey Manuel una concesión para explorar los recursos

del Nuevo Mundo. El rey la dio: tres años de manos libres. Objetivo: importar masivamente palo brasil, aquella madera roja como la brasa y tan valiosa para la tintorería y la ebanistería. Coelho, por cierto, descubrió en su viaje unas paradisíacas islas que llamó San Juan de Cuaresma y que muy pronto iban a ser conocidas como islas de Fernando Noroña. La aventura fue un éxito: en 1506 ya habían importado más de 20.000 quintales de palo brasil. Se cuenta que el beneficio de la inversión rondó el 500 por ciento. Un negocio redondo.

Aquello fue solo el principio. La industria del palo brasil permitió asentar bases permanentes y los rendimientos seguían siendo excepcionales. Noroña obtuvo la primera capitania marítima portuguesa en el nuevo país. Los portugueses no ensayaron una repoblación al estilo español: su horizonte, en este momento, era puramente comercial. Todavía cinco años más tarde, hacia 1511, veremos a Noroña asociado con comerciantes italianos —Marchioni y Morelli— y fletando una nueva expedición, la de la nave *Bretoa*, que volvió a Portugal con 5.000 toneladas de palo brasil, medio centenar de esclavos —en su mayoría, mujeres tupíes— y un rico muestrario de animales exóticos. Hasta este momento, Brasil seguía siendo una empresa privada de Noroña y sus amigos.

Las cosas empezaron a cambiar cuando los franceses, estimulados por el horizonte abierto en América, comenzaron a mandar barcos. Por cierto: hay una descabellada teoría —inequívocamente francesa— según la cual el auténtico descubridor del nuevo continente fue el normando Jean Ango padre (porque tuvo un hijo homónimo) en 1488, pero hay que decir que esto es pura literatura; no hay ni un solo dato fehaciente que consigne tal cosa. Lo que sí consta es que en fecha tan temprana como 1504 otro normando, Binot Paulmier de Gonneville, tocó las costas del Brasil, y que los marinos de Saint-Malo ya habían empezado a patrullar el extremo occidental del Atlántico en cuanto supieron que allí había algo que ganar. Seguramente esto fue lo que impulsó a la corte portuguesa a tratar de guarnecer un poco mejor su pedazo del pastel americano. ¿Cómo? Emplazando puertos seguros y pequeños destacamentos que, a falta de algo mejor, marcaran el territorio. Y sobre todo, midiéndolo: Estevao Frois y Juan de Lisboa navegan rumbo sur y llegan al Río de la Plata. En la misma estela, Cristóvão Jacques descubrirá diez años más tarde el río Paraná. Sin duda fueron estos los portugueses que encontraron los desdichados naufragos de la expedición de Solís.

Esto, con todo, no era aún una colonización. Para que Portugal empiece a fundar ciudades en Brasil habrá que esperar hasta la década de los treinta. El 3 de diciembre de 1530 zarpa de Lisboa una flota al mando de Martín Alfonso de Sousa con la misión expresa de convertir aquella heteróclita red de factorías y puertos en algo parecido a una colonia. La pauta: atribuir a cada núcleo habitado una longitud de 50 leguas de litoral y extender el territorio hacia el interior hasta la línea marcada por el Tratado de Tordesillas. El reparto de tierras empezó en 1534. Inmediatamente llegaron remesas masivas de esclavos africanos para hacer el trabajo duro: hasta 100.000 negros en el siglo xvi, a los que se sumarían nada menos que 2 millones en los años siguientes. Y entonces sí: entonces Brasil adquiriría la fisonomía que ha permanecido hasta hoy.

... y negros en las Antillas

Los portugueses inauguraron los envíos masivos de esclavos negros a las Indias, pero los primeros africanos de América no llegaron bajo bandera portuguesa, sino bajo bandera española, y ello desde el primer minuto del descubrimiento. Es sabido que Cristóbal Colón siempre llevaba consigo un esclavo personal africano, pero hay más: el norteamericano T. Douglas Price ha estudiado para la Universidad del Yucatán los cadáveres de la segunda expedición de Colón, enterrados en el asentamiento de La Isabela, y ha llegado a la conclusión de que en la tripulación viajaban tres africanos. ¿Esclavos o libres? Por el tipo de enterramiento, probablemente libres. Sorprendente.

Se trata, en todo caso, de una circunstancia poco frecuente: la inmensa mayoría de los africanos que empezaron a llegar a las Indias en los primeros años de la conquista lo hizo en condición de esclavos. Es tradición que el primer negro cuyo nombre aparece en las crónicas fue Estebanico, un esclavo que venía con Pánfilo de Narváez y Dorantes en 1527, en una aventura que pronto veremos. Pero seguramente hay que anticipar bastante la fecha de la llegada a América de los primeros negros, porque consta su presencia en algunas de las expediciones que los españoles lanzaron hacia el interior de México y Panamá y, sobre todo, porque solo con mano de obra extranjera podía compensarse la prohibición de esclavizar a los indígenas.

Ya hemos visto que el testamento de la reina Isabel prohibió la esclavitud de los nativos americanos, que los misioneros velaron con vehemencia por el cumplimiento de la norma y que la corona dictó sucesivas leyes en ese mismo sentido. Esto no desterraba completamente la esclavitud en las Indias, porque seguía siendo factible esclavizar a los nativos que se hubieran rebelado en armas contra los españoles y negado a la conversión, pero tales requisitos limitaban extraordinariamente el número de posibles esclavos; además, los rebeldes, una vez vencidos, solían aceptar sin más reservas el nuevo orden. Así las cosas, el trabajo en las encomiendas, ya se tratara de agricultura o de minería, quedaba sujeto a normas muy restrictivas. Para colmo de inconvenientes, tanto el tipo de trabajo como las enfermedades traídas por los europeos causaron muy pronto gran cantidad de bajas entre los indios. Por eso hubo que importar esclavos extranjeros.

En esta época, principios del siglo xvi, la esclavitud era una institución social comúnmente aceptada en todas partes: formaba parte del paisaje. Había sido la base del sistema socioeconómico tanto en el imperio romano como en el islam, y seguía vigente en toda Europa. En las sociedades de tipo agrario con pequeñas propiedades —por ejemplo, en la España cristiana de los primeros siglos de la Reconquista— apenas había esclavos porque no eran necesarios ni había fortunas que los pudieran adquirir y mantener, pero la mano de obra esclava aparecía en cuanto una economía se desarrollaba lo suficiente como para precisar una fuente de trabajo masiva y continua. La labor de la Iglesia la había limitado muy notablemente al prohibir que se esclavizara a los cristianos, y por eso los mercaderes de mano de obra pusieron sus ojos en África. ¿Y no era también inmoral esclavizar a los negros africanos? En la época, no: los negros, además de no ser cristianos, venían ya como esclavos, de manera que su condición «natural» era precisamente esa. Así se pensaba entonces y se seguiría pensando durante muchos siglos más.

Los grandes mercados de esclavos estaban en África: las tribus centroafricanas mantenían la

esclavitud como una institución social básica de su derecho de guerra y como una fuente fija de ingresos. Los cautivos de guerra eran tradicionalmente esclavizados por el vencedor (como en la Europa antigua) y muy pronto empezaron a ser vendidos a los musulmanes del norte, que precisaban grandes cantidades de mano de obra. El negocio alentó el surgimiento de auténticos reinos negreros que vivían casi exclusivamente de la captura y venta de esclavos. Se calcula que en torno a tres cuartas partes de la población del Sahel eran esclavos. Los estudiosos aportan cifras asombrosas. Por ejemplo, se estima que el tráfico anual del centro de África hacia el norte superaba las 10.000 «cabezas». Asimismo, se ha calculado que el número total de negros africanos enviados hacia los mercados del norte —musulmanes o europeos— en los siglos anteriores, antes de la llegada de los portugueses, supera los 5 millones de personas. Eso sin contar a los esclavos que permanecían en los propios reinos africanos como agricultores, mineros o soldados. Cuando los portugueses instalaron sus bases comerciales en el litoral africano, se quedaron con el negocio. Serán las factorías de Portugal las que surtan de esclavos al resto del mundo. El golfo de Ghana se convertirá en el escenario principal del tráfico. Y eso comenzó precisamente en los primeros años del siglo xvi.

Muchos de los notables españoles que pasaron a las Indias en los primeros años de la conquista lo hicieron con sus esclavos, pero, por lo general, se trataba de personal para servicio doméstico. La idea de adquirirlos para labores agrarias y mineras fue posterior, y precisamente por las ya mencionadas trabas de hecho y de derecho al empleo de mano de obra india. Parece que el modelo que inspiró el uso masivo de esclavos en América fue el de las plantaciones musulmanas de caña de azúcar en el sureste peninsular, un tipo de cultivo que necesitaba abundantísima fuerza de trabajo. La apertura de los mercados africanos por los portugueses brindó una oportunidad inesperada.

A la altura de 1510, la corona de Castilla —bajo la regencia de Fernando de Aragón— dio vía libre a la Casa de la Contratación para que adquiriera esclavos africanos con destino a América. La pretensión inicial del rey Fernando era convertir este tráfico en una fuente de ingresos para la propia corona: serían los propios oficiales de la Casa los que comprarán esclavos y los vendieran a los colonos, quedando el beneficio para la Real Hacienda. El sistema, no obstante, presentaba demasiadas complicaciones: necesidad de una logística especial —y costosa— para canalizar el tráfico, funcionarios venales que alteraban los precios, protestas de los colonos que recibían un «género» demasiado caro o que se ajustaba poco a sus demandas... El rey se vio obligado entonces a modificar el sistema y, por así decirlo, «privatizar» el comercio humano, aunque se aseguró de que la corona siguiera recibiendo el máximo beneficio posible con el menor esfuerzo. ¿No gustaba el monopolio de la corona? Bien, entonces la corona abriría el tráfico, pero reservándose el derecho a conceder las licencias para participar en el negocio y, por supuesto, cobrando las correspondientes tasas por cada licencia expedida. En 1513 cada licencia costaba dos ducados, y el precio subirá en los años sucesivos.

La administración de licencias para exportar esclavos a América generará de inmediato un intenso negocio, particularmente en Sevilla, que se convirtió en centro internacional de este tráfico. Internacional, en efecto, porque serán muchos los comerciantes que vengan a instalar sus oficinas junto al Guadalquivir. Así se concedieron licencias a conquistadores y colonos españoles que buscaban repoblar sus campos en las Indias, como Hernández de Serpa o Ponce de León, pero

también a comerciantes alemanes que acudieron al reclamo del negocio, como Einger y Saylor, a traficantes genoveses y portugueses y, por supuesto, a la burguesía sevillana (Juan de Sámano, Tomás de Lazcano, etc.) que había florecido en torno a la carrera de Indias.

Cuando muera Fernando el Católico en 1516 —y enseguida veremos en qué circunstancias políticas—, los favoritos de Carlos I, el nuevo rey, la mayoría de origen flamenco, acapararán el negocio. Para Carlos I, cuyas necesidades de financiación eran todavía más perentorias que las de su abuelo Fernando, las licencias de esclavos se convertirán en un recurso fiable y constante. El primer gran desembarco de esclavos procedentes directamente de África —del golfo de Guinea— llegó a las Indias en 1518; lo patrocinó Jorge de Portugal. Los flamencos de la corte verán enseguida las posibilidades del negocio. La primera licencia de exportación masiva fue para un favorito del rey, Lorenzo de Gouvenot (o de Gorrevod), barón de Montinay y maestro de la Casa Real, al que en aquel mismo 1518 se concedió permiso durante ocho años para exportar a La Española nada menos que 4.000 esclavos guineanos. El negocio salió muy mal porque el codicioso barón, al parecer, no había calculado suficientemente bien las necesidades logísticas del transporte, pero se las arregló para vender la licencia a dos genoveses: Agustín de Vivaldo y Nicolás de Grimaldo. Los italianos pagaron al flamenco 25.000 ducados por la transacción.

El tráfico de esclavos negros hacia América comenzó aquí. En los años siguientes se ampliará la licencia a los propios colonos de Indias, que se quejaban de las leoninas condiciones impuestas por los traficantes europeos. Algo más tarde la corona modificará el sistema e introducirá los llamados «asientos», que consistían en arrendar a particulares los derechos de la corona por un tiempo determinado. Portugal será el gran beneficiario de este sistema, porque suyos eran los principales puertos esclavistas de África. Hasta que Holanda, Francia e Inglaterra, por este orden, estén en condiciones de disputar la supremacía naval a las naciones ibéricas. Entonces el tráfico se multiplicará hasta alcanzar dimensiones fabulosas: en lugares como Cuba, Jamaica o Brasil, la proporción de población esclava a mediados del siglo xix será del 50 por ciento del total; en los Estados Unidos será del 18 por ciento. Pero esto es otra historia. Sigamos con la nuestra.

La muerte del rey Fernando y la desdicha de Diego Colón

Antes de 1520 los españoles ya habían dominado las Grandes Antillas, explorado el litoral atlántico desde Florida hasta el Río de la Plata y establecido una colonia en el continente desde la que se había descubierto el Pacífico. Pero el centro de la empresa de Indias seguía siendo la isla de La Española, y allí no ganaban para disgustos.

Recordemos: Diego Colón, hijo primogénito del descubridor, había llegado en 1508 a La Española con el cargo de gobernador y virrey. Pero esos laureles estaban muy por debajo de lo que él esperaba —de hecho, no cumplían lo acordado por Cristóbal con los Reyes Católicos—, de manera que el joven gobernador promovió pleitos sin fin para que se le reconocieran sus derechos. Las ambiciones de Diego y las reticencias de la corona hicieron la atmósfera irrespirable en La Española, donde la población se dividió en dos bandos: los partidarios de la corona, que eran mayoría, y los de Diego, que se contaban sobre todo entre los amigos del clan Colón desde los años del descubrimiento. Y si faltaba algo para enrarecer el ambiente, a partir de 1511, como ya hemos visto, arreciaron las denuncias de los misioneros dominicos contra la explotación de los indios, denuncias que llegaron a España ocasionando una polémica de enorme repercusión. Tiempos difíciles.

Pese a todo, Diego porfiaba en sus reclamaciones. Y obtuvo una importante victoria cuando el Consejo Real, en mayo de 1511, reconoció algunos de sus derechos: el carácter hereditario de los títulos de virrey y gobernador de La Española y demás islas descubiertas por Cristóbal Colón, la potestad para administrar justicia y el derecho a ingresar una quinta parte de las granjerías del oro así como el diezmo de los beneficios económicos. Fernando el Católico sancionó la sentencia. No era, sin embargo, todo lo que Diego quería: el heredero del descubridor reclamaba también derechos sobre el conjunto de las Indias, y no solo sobre las tierras descubiertas por su padre, y además pedía autoridad sobre el repartimiento de indios, que sin embargo el Consejo Real atribuía al rey. De manera que planteó nuevas reclamaciones, para enorme enojo del rey Fernando.

La verdad es que Diego no estaba en las mejores condiciones para formular exigencias. El descontento de los vecinos de La Española crecía al mismo tiempo que las denuncias de los frailes. Tan poco se fiaba el rey del joven gobernador, que atendió a las quejas de los colonos y creó una audiencia con tres jueces de apelación; Diego la presidía, sí, pero aquellos jueces estaban puestos allí para limitar su poder. Al mismo tiempo, el tesorero Pasamonte se las ingeniaba para sustraerle toda autoridad en materia económica. Más todavía: en 1514, y en buena medida a causa de las denuncias de los dominicos, la corona le quitó las competencias sobre el reparto de indios, que Diego estaba utilizando en provecho propio, y envió a dos repartidores desde España, Ibáñez de Ibarra y Rodrigo de Alburquerque. La puntilla llegó enseguida, en 1515: con el pretexto de someter a sus oficiales al rutinario «juicio de residencia», Diego Colón fue llamado a España. El hombre fuerte de Castilla, el cardenal Cisneros, colocó en su lugar a tres padres jerónimos. Eran fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanedo y fray Alonso de Santo Domingo. Ellos gobernarían ahora La Española con instrucciones precisas para eliminar los abusos de la primera etapa colonial. Todos estos cambios iban a ser decisivos para el gobierno de las Indias. Pero acababa de llegar Diego a la

patria cuando se murió el rey Fernando, lo cual dejó al hijo del descubridor literalmente con los pies en el vacío: sin nadie a quien dar explicaciones en España y, al mismo tiempo, sin poder volver a las Indias.

Fernando había muerto, sí. Con Fernando de Aragón desaparecía el otro gran motor de la empresa americana, y no estará de más subrayar el papel del rey católico en toda esta historia. Existe la idea preconcebida, en buena parte producto de una leyenda romántica, de que la conquista de las Indias fue sobre todo cosa de Isabel de Castilla. Y ciertamente, el papel de Isabel en esta aventura fue trascendental, pero en esto, como en todo, montó tanto Isabel como Fernando. La reina había muerto en 1504, doce años después del descubrimiento. En los doce años siguientes, Fernando pilotó en solitario la gran empresa y los frutos fueron extraordinarios: suya, de Fernando, fue la iniciativa de los grandes viajes de exploración y de la colonización de Tierra Firme, suyas fueron también las decisiones políticas que consolidaron el Consejo de Indias y la Casa de la Contratación, como suya fue la mano que firmó las sucesivas leyes de Indias.

En la gran empresa americana no hay diferencia alguna entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón: ambos compartían el mismo proyecto y, aún más, ambos estuvieron igualmente decididos a convertirlo en proyecto de Estado, como un capítulo fundamental de la monarquía unificada que estaban construyendo. A la altura de 1516, cuando Fernando muere a punto de cumplir los sesenta y cuatro años de edad, el legado que Isabel y Fernando dejan a la Historia es asombroso: una corona que ha reunificado por completo la vieja Hispania romana (y nunca dejarán de intentar atraerse a Portugal), que ha vencido al último reducto musulmán de la península, que ha incorporado al reino de Navarra, que ha extendido su influencia al norte de África, que ha derrotado a los franceses en Italia y que está abriendo un mundo nuevo al otro lado del Atlántico. Basta comparar esta imagen con la que Castilla y Aragón ofrecían cuarenta años atrás, cuando Isabel y Fernando comenzaron su andadura, para calibrar la magnitud del balance. Isabel y Fernando —los dos: tanto monta, monta tanto— se cuentan sin duda entre los nombres más señeros de la Historia Universal.

En el capítulo de la política de Indias, la actitud de Fernando había sido tan decidida como prudente: la unificación de las coronas de Aragón y Castilla, que era plena en la cúspide, no lo era tanto en la base, y la pervivencia de los viejos vínculos, herencia medieval, es una constante tanto en los conquistadores que toman posesión de tierras en nombre de Castilla como en los urbanistas que dibujan planos de ciudades y colocan las barras de Aragón. Fernando, muy consciente de la realidad política de su reino, forzó las cosas solo lo justo para que la empresa siguiera adelante incluso cuando el cetro castellano pasó a su hija Juana y Felipe el Hermoso. Después, muerto Felipe, el aragonés ocupó la regencia de Castilla con el buen tino de apoyarse en una persona como el cardenal Cisneros, lo cual le permitió mantener casi intacto el viejo proyecto de la monarquía unificada y, dentro de él, la empresa de Indias.

Ahora Fernando el Católico moría y la corona iba a las sienes de su nieto Carlos de Gante, hijo de Juana la Loca y del difunto Felipe el Hermoso. El joven rey Carlos, un príncipe flamenco que sabía pocas cosas de España y aún menos de las Indias, delegó la mayor parte de los asuntos de Estado en el cardenal Adriano de Utrecht. Y serán Cisneros y Adriano —con evidente protagonismo del primero— quienes a partir de este momento adopten una serie de medidas de amplia repercusión.

Para empezar, Cisneros apartó de la gestión de las Indias al arzobispo Fonseca, que llevaba veinte años al frente del negocio; acto seguido, ordenó sanear las cuentas de la Casa de la Contratación de Sevilla y apartó asimismo de la Secretaría de Indias a otro veterano de primera hora, el aragonés Lope de Conchillos. La «reforma indiana», como se la llamó, iba realmente en serio.

¿Fonseca, nada menos, fuera de combate? Sí. Las cosas habían empezado a torcerse para el obispo después de 1511, cuando la rebelión de los frailes. Después, las denuncias de fray Bartolomé de las Casas, por un lado, más las quejas de Diego Colón y otros prohombres de las Indias, por otro, terminaron poniendo al obispo en una incómoda situación. Hay que decir que Fonseca y su camarilla habían aprovechado su control sobre el negocio para amasar una fortuna considerable, y ello sin poner un pie en los nuevos territorios; esto también influyó para que el obispo cayera en desgracia. Por eso en 1516, a la muerte de Fernando el Católico, Fonseca se vio desposeído de sus cargos. Y Cisneros no hizo nada para impedirlo.

Lo que seguramente no esperaba Cisneros —ni nadie— es que el nuevo hombre fuerte del país, el cardenal Adriano de Utrecht, preceptor del joven rey Carlos I, se las arreglara para poner al frente del negocio americano a un personaje de su propia corte: el borgoñón Jean de Sauvage, gran canciller de Borgoña y dueño de una celeberrima fábrica de tapices. Sauvage gozaba de toda la confianza de Carlos, pero despertó inmediatas malquerencias en Castilla, porque era decididamente francófilo en su política y porque tenía una acentuada tendencia a quedarse con todo el dinero que pasaba cerca de él. La cuestión americana, por otro lado, no le interesaba más que como fuente de ingresos.

La avidez del partido flamenco de la corte, el de los nobles que habían venido a España en nombre del joven rey Carlos, se hizo patente en cuanto aquella gente descubrió la mina de oro que tenía en sus manos. El único que podía poner orden, el cardenal Cisneros, murió en 1517 cuando se dirigía a recibir al rey, que al fin venía a España. Y con el poder vacío, la gente de Carlos hizo y deshizo a su antojo: Lope de Conchillos volvió por donde solía y la Secretaría de Indias terminó convirtiéndose en un bazar donde los cortesanos flamencos obtenían encomiendas en América a cambio de tráfico de dinero y poder en las nuevas tierras. El propio Conchillos se aseguró una encomienda en Puerto Rico. Varios nobles de la corte carolina obtendrán tierras en La Española, Cuba, Jamaica... El que no, obtendrá licencia para envíos masivos de esclavos, como el ya mencionado flamenco Lorenzo de Gorrevod, pionero en el infame tráfico. Y sin necesidad de pisar jamás el Nuevo Mundo. En cuanto a la reforma indiana de Cisneros, los tres jerónimos enviados a La Española hicieron lo que pudieron, pero era imposible sobreponerse a las consignas de depredación masiva dictadas desde la corte. Un desastre.

Las cosas iban tan cabeza abajo que muy pronto, en las Cortes de 1518, en Valladolid, los castellanos pusieron a Sauvage en entredicho. Aun así, Carlos I quiso mantener a su lado al borgoñón, pero fue para desdicha de este, porque acto seguido, mientras acompañaba al rey en la reunión de las Cortes de Aragón de aquel mismo año, se declaró en Zaragoza una epidemia de peste que llevó a la tumba al propio Sauvage. La cabeza de la Secretaría de Indias quedaba de nuevo vacante. Había que buscar a alguien capaz de devolver orden al caos. ¿Y quién era el mejor para ese menester? Fonseca, claro. Así el veterano obispo tomaba de nuevo el mando.

Todo esto ocurrió mientras Diego Colón aguardaba en Castilla una resolución para sus innumerables litigios. Se entenderá que la atmósfera era la menos adecuada para favorecer la agilidad burocrática: serán años desesperantes para el hijo del descubridor. Y en La Española, mientras tanto, había quedado sola su esposa: María de Toledo. ¿Qué pasó en la isla durante este periodo de cinco largos años? Un poco de todo. Lo más grave fue que varios funcionarios se dedicaron a detraer los recursos que llegaban de España. Los jueces y oficiales de la corona en la isla ignoraron la presencia de la esposa del virrey y pretendieron hacer y deshacer a su antojo. Para María la situación era delicadísima, porque no estaba en juego solo su propia posición en la colonia, sino también el futuro de sus hijos. María tuvo ayuda; en particular, los misioneros, tanto Montesino como Las Casas. Pero fueron años muy difíciles.

Diego Colón pudo regresar a La Española en 1520, después de la sentencia de La Coruña, que fijaba definitivamente sus derechos. Volvía con el título de virrey, pero limitado a La Española. Perdía, pues, el mando político (y económico) sobre las otras tierras descubiertas. En la isla, la tónica fue la misma de los años precedentes: un permanente conflicto entre el virrey y buena parte de los colonos. El partido seguía jugándose en España, de modo que Diego tuvo que viajar una vez más a la metrópoli. Era 1523. Más litigios. Más pleitos. Su esposa María, de nuevo sola en la isla, quedó ejerciendo de virreina. Y entonces la muerte se llevó a Diego en la Puebla de Montalbán, Toledo, en 1526. Y para María empezó una nueva aventura.

En este momento la suerte de los Colón ya estaba completamente al margen de los nuevos hallazgos en las Indias. La conquista iba sola, por así decirlo. Los movimientos en Panamá y en Florida, en el Plata y enseguida en México, se producen sin que los Colón tengan arte ni parte. El único objetivo de la familia es ya asegurar sus derechos sobre La Española. No habrá nuevos Colón en los episodios fundamentales de la conquista. Pero María de Toledo, la esposa de Diego, iba a escribir su propia epopeya.

Cuando María quedó viuda, sus hijos aún eran muy pequeños. Felipa, la mayor, era una niña enfermiza que exigía constantes atenciones. Luis, el heredero de los títulos virreinales, era un crío de cuatro años. Los otros tres aún eran más chicos. Nuestra protagonista se veía así atrapada por una doble obligación: sacar adelante a su prole y defender los derechos que el difunto Diego dejaba en herencia. Enfrente iba a tener a todos los que esperaban sacar tajada de la situación, que eran muchos. Al lado de la viuda quedaban los misioneros, los escasos amigos de su marido y, eso sí, el derecho. María decidió jugar fuerte: pidió permiso a la corte para fletar una armada, ponerse al frente y conquistar Tierra Firme, es decir, las tierras continentales. Era, en efecto, su derecho. Pero no hubo respuesta. Y así, después de cuatro años ejerciendo de virreina, María terminó siguiendo el camino de su marido y viajó a Castilla. Era su última carta.

Estamos hablando de una madre. Y una madre, por definición, vela antes que nada por sus hijos. Recién llegada a España, María se mueve para colocar a su prole. Avalada por el buen nombre de su familia —recordemos, nieta del primer duque de Alba—, María obtiene entrada en la corte. Ya no están los Reyes Católicos, sino su nieto Carlos I, el emperador, con su mujer, la hermosa Isabel de Portugal. De María se conserva una carta a la emperatriz particularmente notable por su caligrafía y buenas maneras; sin duda era una dama de primer rango la que escribía a la esposa del rey. Y la

emperatriz no fue insensible a la determinación de nuestra protagonista.

Las gestiones de María dieron fruto. A la hija menor, Isabel, le procuró un buen matrimonio con el alcalde de los Alcázares de Sevilla, Jorge de Portugal, conde de Gelves. A su hijo pequeño, Diego, le consiguió un puesto de paje junto al infante Felipe (el futuro Felipe II) y el hábito de Santiago. Al heredero del empleo de almirante, Luis, le ganó una asignación anual de 500 ducados, pero eso solo fue el principio, porque enseguida obtendrá María una lista imponente de prebendas: el título de duque de Veragua (la región explorada del Panamá), la isla de Jamaica y el marquesado de la misma, 10.000 ducados de oro en las rentas anuales de la corona, el alguacilazgo mayor de La Española, el título de almirante perpetuo de las Indias y, más importante aún, el derecho de transmitir todo eso a sus sucesores. ¿Cabía más? Sí: a María y Juana, sus otras dos hijas, el emperador les acordó una pingüe dote anual «para ayuda a su casamiento», como dice Fernández de Oviedo, que lo vivió de primera mano. Es verdad que la familia perdía el derecho a gobernar las Indias. Pero seguramente María pensó que para qué le servía un derecho que nadie podría ejercer...

María volvió a La Española en 1544. Era una mujer de cincuenta y cuatro años, viuda y sola, pero había conseguido un futuro de alcurnia para sus hijos. Eso sí, el paisaje en Santo Domingo era desolador: durante su larga ausencia todas las posesiones de la familia habían sido saqueadas. Había que empezar de cero. Y María lo hizo. Lo último que sabemos de ella es que se instaló en el Alcázar, el palacio virreinal, un hermoso conjunto de gótico mudéjar, y allí esperó la muerte mientras trataba de recomponer los restos de su hacienda. En 1548 dictó testamento: dispuso ser enterrada en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, como su esposo, pero no en la misma sepultura, sino en otra situada en el suelo. Murió el 11 de mayo de 1549. Para entonces, como pronto veremos, los españoles ya habían abierto México, el Amazonas y el Perú. El mundo se había hecho mucho más grande. Pero ella nunca dejaría de ser la virreina.

8. LA CONQUISTA DE MÉXICO

El misterio del Yucatán

Cuba, febrero de 1519. Un hombre culmina a toda prisa los preparativos de una gran expedición. Lo que se le ha encomendado es, en realidad, poca cosa: reconocer la costa del Yucatán, en lo que hoy es México, y comerciar con los nativos. Pero ese hombre aspira a más. Ese hombre aspira a la gloria. Se llama Hernán Cortés.

La flota que precipitadamente se alinea en Santiago de Cuba es impresionante para los escuetos usos de los colonos españoles en las Indias: 11 barcos, 109 marineros, 508 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 16 jinetes, 200 indios de servicio, algunos negros... Los barcos transportan también una importante cantidad de caballos y perros. Y una buena panoplia artillera: 10 cañones de bronce y 4 falconetes. ¿Para qué semejante despliegue? El gobernador de la isla, Velázquez, no le ha encargado más que un mero reconocimiento del litoral y ensayar algún comercio con los indígenas. Pero Cortés ha oído hablar de los tesoros de la región y de las grandes ciudades que esas selvas esconden, y quiere conquistarlas. Por desgracia para el aventurero, Velázquez se entera: no es eso lo que él le ha mandado. Desconfía de Cortés. Planea quitarle el mando. Por eso nuestro hombre se apresura: hay que partir antes de que llegue la contraorden del gobernador.

Hernán Cortés ya ha aparecido en nuestro relato: es ese extremeño que llegó a Cuba escoltando a Diego Velázquez e inmediatamente se hizo cargo de labores administrativas. Había nacido en Medellín en 1485, hijo de hidalgos pobres. A los catorce años le mandaron a estudiar a Salamanca y algo, en efecto, estudió, pero no dio la nota para entrar en la universidad. Dos años después aparece de nuevo en Medellín y se dedica a la «vida alegre». Cuando se entera de que la corona prepara una gran expedición a las Indias —era la de Ovando—, corre a enrolarse, pero en los días previos se enamora de una dama casada, se decide a rondarla, sube a los muros de la casa de su amada, cae de la tapia y se pega tal golpe que queda fuera de combate. Ovando zarpa sin él. Cuando se recupera, viaja a Valencia para alistarse en las tropas que van a Italia, con el Gran Capitán, pero tampoco llega a tiempo. Solo en 1504 logra entrar en una de las expediciones a las Indias. Desembarca en La Española y allí conoce a su mentor: Diego Velázquez.

Cortés estuvo con Velázquez en la campaña de pacificación de La Española. Gracias a eso obtuvo una encomienda y pudo hacer una cierta fortuna. Supo ganarse la confianza de las autoridades locales, empezando por el propio Velázquez, que le aupó para ser escribano del ayuntamiento de Azúa. Después llegó Diego Colón y entre sus primeras decisiones estuvo la conquista de Cuba. La operación la dirigió Velázquez en calidad de gobernador y llevó consigo a Cortés. Cuando aparecieron por Cuba los primeros colonos, entre ellos vinieron dos hermanas que harían historia: María y Catalina Juárez. Velázquez se casó con María; Cortés, con Catalina. Sólida alianza. Los encomenderos de Cuba quisieron derrocar a Velázquez por un supuesto fraude a la Hacienda Real, y Cortés se las arregló para proteger a su gobernador y concuñado sin enemistarse con los demás colonos. Cinco años después de su llegada a las Indias, Hernán se había convertido en la mano

derecha de Velázquez. Y en un hombre rico.

¿Cómo era Hernán Cortés? Bernal Díaz del Castillo dejó una descripción que ha pasado a ser canónica:

Fue de buena estatura y cuerpo bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a ceniciento, y no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo como en pláticas y conversación, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Era afable con todos nuestros capitanes y compañeros, en especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez (...). Y cuando estaba enojado se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado. Era mañoso, altivo, amador de honras y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado.

Hasta este momento, nada en Cortés, dedicado a labores administrativas en Cuba, anunciaba al futuro conquistador de México. De hecho, cuando Velázquez planeó dar el salto al Yucatán ni siquiera pensó en su concuñado. Otros fueron los encargados de la misión: Francisco Hernández de Córdoba, primero, y Juan de Grijalva, después. Hernández de Córdoba era uno de los pioneros de Cuba. Y era, además, muy rico. Cosa que conviene subrayar porque, en general, estas expediciones funcionaban como empresas privadas: el capitán ponía su dinero, armaba a la hueste y, a cambio, sabía que obtendría una buena porción (el «rescate», se llamaba) del botín obtenido en las tierras descubiertas. Hernández de Córdoba, pues, fue el primero en ir a Yucatán. Era 1517. Y lo que descubrió iba a alimentar muchas esperanzas.

¿Qué descubrió allí Hernández de Córdoba? «Casas de cal y canto». Es decir, una cultura avanzada capaz de levantar construcciones de piedra. Hasta entonces los españoles solo habían encontrado tribus primitivas que vivían en chozas de palma. Pero lo del Yucatán era otra cosa: palacios y templos de rica arquitectura, sociedades jerarquizadas y complejas con castas diferenciadas de sacerdotes y guerreros, caminos trazados con inteligencia y poblaciones habitadas por auténticas multitudes. Y además, oro. Por desgracia, los de Hernández de Córdoba también hallaron tribus hostiles que les hicieron la vida imposible. Muchos volvieron heridos. Entre ellos, el propio Hernández de Córdoba, que fallecería a los pocos meses de su regreso.

El siguiente en intentarlo, siempre bajo el mando de Velázquez, fue Juan de Grijalva, otro pionero de La Española y de Cuba. Una vez más se escogió como piloto a Antonio de Alaminos. Grijalva, escarmentado en cabeza ajena, quiso prevenir cualquier ataque indígena y se hizo acompañar por 4 navíos y 240 hombres: una fuerza estimable. Entre enero y julio de 1518 recorrió detalladamente la costa del Yucatán. Desembarcó en el lugar donde había sido atacada la expedición de Hernández de Córdoba y derrotó a los nativos. En su itinerario halló un gran río. La expedición ascendió su curso y descubrió algo fascinante: una ciudad. Se trataba de la población maya de Potonchán, el dominio del cacique Tabscoob o Tabasco. Era la primera vez que los españoles tomaban contacto directo con la civilización maya.

A la altura de 1500 los mayas ya no eran ni sombra de lo que habían sido, pero hay que recordar que estamos hablando de una de las grandes civilizaciones de todos los tiempos, cuyo influjo se extendía por toda la península del Yucatán y hasta las costas del Pacífico. Los mayas no eran exactamente un pueblo, es decir, una comunidad étnica de rasgos homogéneos, sino más bien un crisol cultural del que formaron parte pueblos diversos —hasta más de cuarenta— unidos por parentescos lingüísticos, religiosos y culturales. Durante dos milenios constituyeron la civilización hegemónica en la región mesoamericana. Después, a lo largo del siglo ix d. C., todo el mundo maya entró en un acelerado colapso a causa, probablemente, de una anormal sucesión de severas sequías. Los siglos siguientes verían cómo una miríada de pueblos nacidos del mismo núcleo de civilización —itzaes, cocomes, xius, putunes, etc.— entraban en guerra entre sí. Aparecieron también las primeras influencias nahuas procedentes de México, donde un nuevo poder se alzaba. Cuando llegaron los españoles, el mundo maya era una colección de ciudades-estado independientes —hasta dieciséis— y enfrentadas entre sí, gobernadas por rígidas teocracias que conservaban algunos rasgos de los mayas antiguos —la lengua, los sacrificios humanos, la rígida estructura social, la eficiencia constructiva—, pero poco más.

Potonchán, la ciudad a la que llegó Grijalva, era la capital del cacicazgo de Tabasco, dominado por los mayas chontales. «Chontal» es el apelativo que les pusieron los mexicas, que llamaban así a todos los que les resultaban extranjeros. Lo más probable es que se tratara de un pueblo emparentado con los viejos putunes mayas. La ciudad fascinó a los españoles, y Pedro Mártir de Anglería, citando el testimonio del piloto Alaminos, la describió con acentos inequívocos: «Se extiende lamiendo la costa como quinientos mil pasos (*sic*), y tiene veinticinco mil casas entrecortadas por huertas que están ricamente fabricadas con piedras y cal, en cuyo conjunto sobresale admirablemente la industria y el arte de los arquitectos». Una gran ciudad, en suma

Grijalva intentó trabar amistad con Tabscoob. El intercambio de regalos fue sumamente ilustrativo. El capellán de la flota, Juan Díaz, dejó escrita la escena con rasgos muy vivos: «Otro día en la mañana vino el cacique o señor en una canoa, y le dijo al capitán que entrase en la embarcación, luego le dijo a unos indios que vistiesen al capitán con un coselete y unos brazaletes de oro, borceguíes hasta media pierna con adornos de oro, y en la cabeza le puso una corona de oro. El capitán mandó a los suyos que vistiesen al cacique con un jubón de terciopelo verde, calzas rosadas, un sayo, unos alpargates y una gorra de terciopelo».

Mucho oro, sí. Y todavía había más —refirieron los mayas— hacia donde el sol se pone, «en Culúa y México», donde hay un imperio muy poderoso. «Nosotros no sabíamos qué cosa era Colúa ni aun México», anota Bernal Díaz del Castillo, que estuvo en aquella expedición. Pero era la primera noticia que recibían los españoles sobre el imperio azteca de Moctezuma, y no dejarían caer la nueva en saco roto.

Cuando escasearon las provisiones, Grijalva decidió regresar a Cuba. En mala hora lo hizo: el gobernador Velázquez, enojado al ver que no había establecido colonia alguna en aquella tierra, ordenó su destitución. Grijalva, humillado y resentido, decidió abandonar Cuba y viajar al Darién para ponerse a las órdenes de Pedrarias Dávila, de quien ya hemos hablado aquí. Así quedaba vacante la plaza de capitán de la siguiente expedición al Yucatán.

Esa era precisamente la oportunidad que Hernán Cortés estaba esperando en Cuba, y el extremeño la cogió al vuelo: él tendría éxito donde otros habían fracasado, él exploraría la enigmática península con ciudades de «cal y canto», más aún, él fundaría en Yucatán los asentamientos que Grijalva no pudo construir. Al gobernador Velázquez no podía desagradarle que uno de sus hombres de confianza, y además unido por lazos de parentesco, capitaneara la empresa. Pero algo raro debió de ver el gobernador en la manera en que Hernán Cortés preparaba su expedición. Quizá le alarmó el grueso número de la hueste —casi 1.000 hombres entre soldados, marineros e indios— o quizá prestó oído a las voces que, en Cuba, desconfiaban del ambicioso encomendero. El hecho es que Velázquez empezó a acariciar la idea de destituir a Cortés. Hubo un momento en que la suerte del extremeño comenzó a pender de un fragilísimo hilo. Cortés se enteró, naturalmente. ¿Qué hacer? Cualquier movimiento podía suponer la cancelación de la aventura. Hernán Cortés, desconfiado, optó por quemar etapas. De ahí su prisa, aquel mes de febrero de 1519, por zarpar cuanto antes. E hizo bien: cuando la orden de destitución llegó a destino, Cortés y los suyos ya navegaban rumbo a Yucatán.

A partir de este momento a la expedición de Cortés le esperaba una de las odiseas más asombrosas jamás vividas por ser humano alguno. De entrada, los nuestros encontraron en las costas del Yucatán a dos supervivientes de antiguos naufragios: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, viejos compañeros de Núñez de Balboa. Ocho años antes —aquí lo hemos contado—, después de fundar el asentamiento de Santa María la Antigua del Darién, Balboa envió a La Española un barco para dar cuenta del hecho y entregar el quinto real del botín. Una tormenta llevó el barco a pique. Contemos ahora que solo veinte miembros del pasaje —dieciocho hombres y dos mujeres— lograron salvarse en una barquichuela. Fue para sumergirse en un infierno de sal, hambre y sed. Doce murieron en el trayecto. Los supervivientes tuvieron que comerse a alguno, cadáver, para no perecer de inanición. Ocho llegaron vivos a las playas del Yucatán. Pero no estaban salvados: les esperaba el encuentro con tribus hostiles que no dejarían de acosarles con la mayor violencia. Cuatro murieron en el primer choque y fueron devorados por los indios. Al cabo de unos meses, solo dos habían eludido a la muerte. Uno de ellos, Aguilar, se instaló en la isla de Cozumel y desde entonces convivió con los nativos —mayas putunes— como criado de un sacerdote, posición que debía de resultar bastante inquietante en una cultura donde los sacerdotes oficiaban sacrificios humanos. El otro que también se salvó, Guerrero, militar de oficio, se integró igualmente en las comunidades mayas del interior, xiúes que vivían en perpetua guerra con los cocomes; gracias a eso, a la guerra, pudo el soldado demostrar a los indios que valía más vivo que muerto. Y allí estaban ahora los dos. Aguilar y Guerrero eran los únicos que podían dar informaciones precisas a Hernán Cortés.

¿Los encontraron por casualidad? Es poco verosímil que la nueva expedición careciera de noticias sobre ellos; lo más probable es que ya supieran de su existencia, como da a entender Bernal Díaz del Castillo. El hecho es que Cortés decidió enrolarlos en su hueste. A través de un indio intérprete, Melchor, envió cartas a los caciques de los pueblos donde se hallaban los naufragos. Su respuesta sería muy distinta en cada caso. Jerónimo de Aguilar fue el primero en recibir la carta del capitán. Su cacique le dejó ir. Fue el propio Aguilar quien llevó a Guerrero el segundo mensaje. Pero este se hallaba en otra disposición de ánimo: «Hermano Aguilar —contestó Gonzalo Guerrero—, yo

soy casado y tengo tres hijos. Tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras, la cara tengo labrada y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí esos españoles, si me ven ir de este modo? Idos vos con Dios, que ya veis que estos mis hijitos son bonitos, y dadme por vida vuestra de esas cuentas verdes que traéis, para darles, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra».

Guerrero, en efecto, se había convertido ya en un maya y con los mayas permanecería. Aguilar, por el contrario, estará junto a Cortés durante toda la conquista. Será su intérprete de lengua maya y, con frecuencia, también su embajador. Fue Aguilar quien condujo a la expedición a su próximo destino: el río Tabasco, la tierra de Tabscoob. Allí sería su primera batalla. La conquista de México había comenzado.

Mayas, aztecas y los ojos de la Malinche

El 12 de marzo de 1519 Hernán Cortés tuvo su primer contacto con indios hostiles. Guiada por Aguilar, la expedición había desembarcado en la Punta de los Palmares, cerca del poblado de Potonchán, en el actual estado de Tabasco. Sus habitantes eran los ya referidos mayas chontales de Tabscoob. Y no se mostraron nada hospitalarios.

Lo que hizo Cortés fue forzar la visita, por así decirlo. Llegó a Potonchán y trató de entrar. Difícil: un poblado aupado en lo alto de un barranco, a orillas del río Grijalva. Los indios, por otro lado, multiplicaron los signos de hostilidad. El cacique Tabscoob, que antaño había sido obsequioso con Grijalva, se mostró mucho menos amable en esta nueva visita. Cortés se vio obligado a retroceder a la Punta de los Palmares, pero, si quería abrir el tapón de aquel mundo desconocido, no podía renunciar a la pieza. Desde su improvisado campamento planificó su estrategia. El 13 por la mañana se oyó misa en el campamento español, la primera en territorio continental americano; la oficiaron fray Bartolomé de Olmedo y el capellán Juan Díaz. Acto seguido, comenzó la ofensiva.

Hernán Cortés se dirigió, río arriba, a la puerta principal de Potonchán. Una lluvia de flechas recibió a los españoles. El conquistador, puntilloso, ordenó al escribano de la expedición, Diego de Godoy, que redactara el preceptivo requerimiento solicitando a los indios, uno, entrada libre; dos, que reconocieran la autoridad del rey de España, y tres, que se le permitiera aprovisionarse de víveres y agua. Era el último paso formal antes de la ruptura de hostilidades. Los indios conocieron la demanda por la traducción de Aguilar, pero contestaron literalmente: «Si saltáis a tierra, os mataremos». Lanzaron nuevas salvas de flechas. Y Cortés atacó.

Tomar Potonchán desde el río era una operación compleja: un desembarco que exigía salvar las aguas del Grijalva, primero, y coronar el barranco después. Pero Cortés era un buen guerrero: en el preciso instante en que las primeras detonaciones de los arcabuces llenaron el aire, un segundo contingente español apareció inesperadamente en la puerta trasera del poblado. Eran los hombres de Alonso Dávila, un capitán de Ciudad Real, veterano de las anteriores expediciones al Yucatán, al que el jefe había enviado con un centenar de hombres por tierra. La maniobra acogotó literalmente a los indios. Después de una breve resistencia, los guerreros maya-chontales abandonaron el sitio dejando tras de sí numerosos muertos y gran cantidad de prisioneros.

El parte de bajas es elocuente: solo dos españoles muertos, cerca de ochocientos indios fuera de combate. El estruendo de los arcabuces había hecho su efecto —«palos que arrojaban relámpagos», decían—, pero, al parecer, lo que más impresionó a los mayas fue la estampa de los jinetes, que a sus ojos aparecían como centauros de pecho de metal —las corazas— donde hombre y caballo eran todo uno. Hernán Cortés dejó huir a los indios; aún aspiraba a entenderse con Tabscoob. Después, solemne, se paseó por la plaza central del poblado y tomó posesión del lugar. Cuenta Bernal Díaz del Castillo que el conquistador desenvainó su espada y «dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio».

Acto seguido, Cortés envió dos columnas de reconocimiento. Una, al mando de Pedro de Alvarado, extremeño de Badajoz y sobrino del gobernador Velázquez, y veterano de la conquista de Cuba y del viaje de Grijalva a estas mismas tierras del Yucatán. La otra, capitaneada por Francisco

de Lugo, vallisoletano de Medina del Campo, bastardo del señor de Foncastín y Villalba, e igualmente veterano de Cuba. Cada columna constaba de cien hombres, incluidos quince ballesteros y otros tantos escopeteros. Sus instrucciones eran idénticas: penetrar dos leguas en territorio hostil y regresar para dar cuenta de lo descubierto. Pero todo iba a complicarse.

En su exploración, Francisco de Lugo se topó con una numerosa hueste hostil. Visiblemente los indios de Tabscoob se estaban reagrupando para recuperar Potonchán. Viéndose desbordado y en alarmante inferioridad, Lugo abrió fuego. Alvarado, no lejos de allí, escuchó los disparos y corrió en auxilio de su compañero. Se entabló combate. Y una vez más, los indios retrocedieron. La ordenada táctica de la infantería española, la impresión psicológica de los disparos de escopetas y falconetes, así como el terror que en los indios causaban los jinetes de caballería, desarbolaron toda resistencia. Coinciden Cortés y Díaz del Castillo en que la proporción de combatientes fue de 40.000 indígenas contra 410 españoles. Incluso si quitamos un cero a la cifra de mayas, la proeza ya sería bastante notable. El episodio pasará a la Historia como la batalla de Centla, por el nombre de esa comarca. Era el 14 de marzo de 1519.

Tabscoob entendió que tenía que ceder. Al día siguiente mandó embajadores al campamento español. Aguilar negoció la paz. Siguiendo la costumbre local, los vencidos colmaron de regalos a los vencedores. Piezas de oro, piedras de jade y turquesa, plumas de aves exóticas, pieles de animales y... veinte muchachas. Sí, porque también aquí las sociedades amerindias eran esclavistas, y entregar personas como tributo formaba parte de sus costumbres. Además, dentro de su comercio humano ocupaban un lugar particular las mujeres, donadas habitualmente como regalo, incluso si se trataba de mujeres libres, esto es, no esclavas. Unos pocos años atrás, los mayas chontales de Tabscoob habían librado una feroz guerra contra los xicalangos de la isla de Tris, una población nahua. Estos, derrotados, ofrecieron a Tabscoob un cierto número de esclavos en prenda. De ahí procedían aquellas veinte muchachas. Y entre ellas, una que iba a ser decisiva para la conquista de México: Malinalli Tenepatl, Malinchín, llamada *la Malinche*, inicialmente dada en prenda por Cortés al capitán Alonso Hernández de Portocarrero, pero que muy pronto iba a convertirse en un personaje capital.

Sobre la figura de la Malinche se ha escrito tanto que es difícil separar la realidad de la leyenda. De ella solo sabemos con seguridad que procedía de una notable familia de un lugar llamado Painaia y que terminó como esclava de los mayas de Tabscoob. Es legendaria, aunque no necesariamente falsa, la historia de que su familia la vendió al nacerle un hermano varón. También es legendaria, aunque muy verosímil, su belleza, que crónicas muy posteriores definen como «una diosa». Lo que sí es absolutamente seguro es que, siendo nahua de origen, conocía la lengua náhuatl que hablaban los aztecas, y por sus años de esclavitud en Centla hablaba perfectamente el maya. De manera que Hernán Cortés se encontró con que le caía del cielo una traductora excepcional para adentrarse en el imperio mexica: Malintzin traduciría del náhuatl al maya, y Aguilar del maya al español. Los nuestros bautizaron a todas las mujeres que recibieron. La Malinche se cristianó como Doña Marina. Ese será desde entonces su nombre en la hueste de Hernán Cortés.

Sobre el sitio de Potonchán, Hernán Cortés ordenó levantar una ciudad: Santa María de la Victoria, que recibió ese nombre «así por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que

tuvimos», dice Bernal Díaz del Castillo. Era el objetivo señalado por Velázquez: fundar un asentamiento. Pero el conquistador no tenía la menor intención de echar raíces. Después de dejar allí a unos pocos hombres con sus esposas y concubinas indias, apuntó a lo que estaba buscando: aquellos misteriosos «Culúa y México» donde según los nativos abundaba el oro y que, a estas alturas, los nuestros ya sabían dónde encontrar.

Culúa era el sitio hispanizado como San Juan de Ulúa, una isla por la que ya había pasado Grijalva y donde constaba la existencia de ciudades y templos. El 12 de abril, los barcos de Cortés zarparon rumbo norte. El conquistador sabía que estaba contraviniendo las órdenes del gobernador Velázquez: este le había autorizado para un simple viaje de comercio en la costa, nada más. Pero Hernán había descubierto un horizonte de gloria que superaba con mucho las expectativas del gobernador. Y aún las superaría más en los días sucesivos.

En efecto, a poco de instalarse allí, al campamento que los españoles han levantado en Ulúa empiezan a llegar embajadores. Son enviados oficiales del emperador azteca. Traen piezas de oro, ropas exquisitamente confeccionadas, joyas de diferentes clases. El conquistador comprueba que los mayas le han dicho la verdad: las riquezas aztecas son ciertas. Hernán Cortés invita a sus visitantes a una misa solemne. Informa a los embajadores de que se hallan ante una hueste cristiana enviada por el más poderoso emperador del mundo. Les obsequia con cuentas de vidrio —algo que siempre fascinaba a los indios, porque allí no conocían tal material— y una lujosa jamuga, esas «sillas de caderas» que eran lo más valioso del mobiliario de la época. Y para impresionarles aún más, organiza una carrera de caballos por la playa y ordena una salva de disparos de artillería. Al final, formula la petición que más le importa: quiere entrevistarse con el rey de los aztecas.

No hubo respuesta. En vez de tal, en los días siguientes se sucedieron las visitas de embajadores y la multiplicación de regalos: grandes ruedas de oro y plata, oro en grano, ropas de algodón... Cortés agradeció los regalos y aportó en respuesta nuevos obsequios, pero de la solicitada entrevista con el emperador mexicana, nada de nada. Finalmente, una tercera delegación llegó al campamento de los españoles con una respuesta definitiva: Moctezuma Xocoyotzin, el huey de Tenochtitlán, que esos eran los nombres y títulos del monarca y su capital, no les recibiría. Más aún, instaba a los visitantes a coger cuanto necesitaran de sus tierras y abandonar el país.

La respuesta de Moctezuma puso a Hernán Cortés ante una seria disyuntiva. Si se marchaba, dejaría escapar las mayores riquezas que los españoles habían hallado desde su llegada a las Indias. Si se quedaba y partía en busca de aquel imperio de oro, él y todos sus hombres serían acusados de rebelión por el gobernador Velázquez. Era preciso tomar una decisión. Y además, una decisión que implicara a toda su hueste, porque la aventura exigía emplear todos los recursos a su alcance. ¿Cómo convencer a la hueste de que valía la pena afrontar el riesgo? Hernán Cortés encontrará la fórmula.

El día que Cortés varó las naves

Hernán Cortés no era solo un tipo valiente y emprendedor. Posiblemente era sobre todo un tipo muy astuto. Sabía bien que tenía por delante un mundo para conquistar. Sabía bien que sus hombres, los poco más de 400 españoles que llevaba consigo —los demás habían ido quedando en las poblaciones conquistadas—, tenían tanta hambre de gloria y oro como él. Y sabía que la mayoría de ellos estaban dispuestos a romper amarras con Cuba y su gobernador a cambio de esa recompensa. No fue él, Hernán, quien dio el primer paso: hizo que sus hombres lo dieran.

Una confidencia aquí y un comentario allá. Una seducción discreta y eficaz de voluntades. Él no puede rebelarse contra el gobernador Velázquez, pero un levantamiento general de la hueste, en un lugar donde la autoridad tardaría meses en hacerse presente, cambiaba el paisaje de un plumazo. Fueron los más íntimos de Cortés quienes encrespaban los ánimos. A finales de abril de 1519, se produce en la hueste un motín que en realidad es una parodia: los capitanes se sublevan y obligan a Cortés a desobedecer las órdenes. Hernán, buen actor, se manifiesta sorprendido y abrumado y pide que le den una noche para pensárselo. Al amanecer pone sus condiciones: aceptará contravenir las instrucciones del gobernador siempre y cuando sus hombres le nombren capitán general y justicia. Más aún: exige la quinta parte del botín que la hueste obtenga, una vez descontado el quinto real (la parte correspondiente a la corona). Y todavía pone una condición suplementaria: para formalizar la rebelión y proveerse de protección jurídica, se fundará una población dotada de su propio cabildo. Jurídicamente hablando, es lo mismo que había hecho Núñez de Balboa en el Darién, pero aquí, en México, con menos espontaneidad.

Esa ciudad fue la Villa Rica de la Veracruz, fundada oficialmente el 10 de julio de 1519 en las playas frente al islote de San Juan de Ulúa. Sus primeros alcaldes serán dos hombres de absoluta fidelidad al jefe: Alonso Hernández de Portocarrero (el que se había llevado de premio a la Malinche) y el salmantino Francisco de Montejo, veterano de Cuba y de la expedición Grijalva, hombre acaudalado y con notables dotes diplomáticas. A partir de ese momento, ya no habrá vuelta atrás. La hueste de Hernán Cortés solo depende de su jefe. Y para contrarrestar las inevitables maniobras de Velázquez, que tarde o temprano se enterará de lo que está pasando, el conquistador toma una prudente providencia: envía a España a Portocarrero y Montejo con el quinto real para que, a la vista del botín, la corona le reconozca el título de capitán general «puenteando» al gobernador. En Veracruz quedan como alcaldes Alonso Dávila y Alonso de Grado. La suerte está echada.

En efecto, el gobernador Velázquez, desde Cuba, empezaba a maniobrar: enterado de que la hueste de Hernán Cortés había desobedecido las órdenes, envió mensajes a la corte. Velázquez denunciaba la rebeldía de Cortés y pedía para sí el nombramiento de adelantado del Yucatán, lo cual privaría al rebelde de cualquier autoridad efectiva sobre el territorio descubierto. Pero al mismo tiempo llegaban a España Montejo y Portocarrero con una relación detallada de sus hallazgos y abundantes muestras de las riquezas mexicas. Al rey Carlos I se le presentaba un dilema evidente: aceptar las peticiones de Cortés significaba desautorizar a Velázquez, lo cual creaba un peligroso precedente, pero confirmar la autoridad de Velázquez era tanto como deshacer todo lo que Cortés había conseguido, que era mucho y prometía ser más. El pleito tardará varios años en resolverse.

Un dilema parecido se les presentaba a muchos hombres de la hueste de Cortés, que se habían enrolado en la aventura precisamente por su amistad con Velázquez y que ahora se veían en la tesitura de optar entre la lealtad personal y la certidumbre de gloria. Muchos optaron por lo primero: el capellán fray Juan Díaz, los capitanes Diego de Ordás y Juan Velázquez de León (primo del gobernador) y el piloto Diego Cermeño, entre otros. Los disconformes intentaron fugarse a Cuba. No lo consiguieron. Se les sometió a un consejo de guerra bajo la autoridad de los alcaldes. Cermeño y un tal Juan Escudero fueron ahorcados. Al marinero Gonzalo de Umbría se le amputó un pie. Los demás quedaron bajo arresto, aunque pronto fueron liberados. Después del mal trago, todos se convertirán en incondicionales de Cortés, pues, como escribe Bernal Díaz del Castillo, «¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho de guerra?».

Debió de ser entonces cuando el conquistador, para prevenir tentaciones, resolvió inutilizar los barcos que había llevado consigo. Excepto los que utilizaron Montejó y Portocarrero para volver a España, los demás fueron varados. La tradición nos ha legado la imagen de Hernán Cortés quemando las naves para no volver atrás, una estampa muy del gusto clásico. En realidad, no las quemó, sino que ordenó barrenar el casco, de manera que se hundieron sin posibilidad de salir a flote. Cortés adujo que era imposible seguir navegando en ellas y que, por tanto, más valía hundirlas. No era verdad, pero la mayoría de la expedición estaba dispuesta a dar por cierta la excusa del jefe. Ahora bien, nada en aquellas naves se desperdició, y sus maderas iban a resultar más tarde de una utilidad preciosa.

El contacto directo con los nativos, facilitado por la impagable labor traductora de doña Marina y Aguilar, permitió a los españoles conocer muchas cosas sobre aquel mundo misterioso. Instalado entre los totonacas del área de Cempoala, pacíficos hacia los españoles, Cortés pudo hacerse una idea precisa de las dimensiones del imperio azteca, la magnitud de sus ejércitos, su estructura política, su dominio incontestable sobre todos los pueblos de la región, la majestad de sus ciudades con palacios, calzadas y templos, la autoridad divina del rey Moctezuma y los innumerables tesoros que guardaba en su capital, Tenochtitlán.

Ellos se llamaban a sí mismos mexicas (mexihcah). Su mitología los hacía provenir de un islote llamado Aztlán, y por eso se los llamó «aztecas». Los mexicas o aztecas, como los mayas, procedían de culturas milenarias que habían dejado, entre otras cosas, la asombrosa ciudad-templo de Teotihuacán, el lugar donde nacieron los dioses. El esplendor de Teotihuacán se apagó en el siglo vii —como el de los mayas doscientos años más tarde—, y de su gloria no quedaron más que las majestuosas pirámides mudas, pero su influjo cultural iba a permanecer vivo durante mucho tiempo. Hacia el año 1200 de nuestra era, los mexicas solo eran un grupo de nómadas guerreros en el complejísimo contexto de alianzas y guerras de la América Central. Expulsados de su original asentamiento de Chapultepec, habían terminado estableciéndose en el lago de Texcoco, donde hoy se halla la ciudad de México. Allí levantaron su nueva capital: Tenochtitlán. Los mexicas habían sabido atesorar y aplicar los innumerables conocimientos técnicos generados durante los siglos anteriores en el área mesoamericana. Así Tenochtitlán floreció como un festival de pirámides, calzadas, acueductos y palacios. Era el año 1325. Un siglo después los mexicas estaban en condiciones de

imponerse a los otros pueblos ribereños del lago, los acolhuas de Texcoco y los tepanecas de Tlacopan, todos de origen nahua como los propios mexicas. Ahí nació el imperio azteca.

¿Qué era exactamente el imperio azteca? Una teocracia de estructura oligárquica cuyo poder funcionaba esencialmente como un mecanismo de explotación de los pueblos sometidos. Veinte clanes —las familias patricias de los mexicas— elegían a un rey o «Huey tlatoani» al que se confería un poder casi absoluto de carácter tanto religioso como político. Sobre la base de un aguerrido ejército, el Huey tlatoani desplegaba su dominio acudiendo a los pueblos limítrofes, sensiblemente menos desarrollados, e imponiéndoles una pesada tributación en víveres, minerales y esclavos. Con frecuencia, la sumisión quedaba sellada mediante alianzas matrimoniales. Dentro de los tributos figuraba la obligación de prestarse a las denominadas «guerras floridas» (xochiyaoyotl), un ritual bélico a través del cual se capturaba a prisioneros que después eran sacrificados a los dioses y, ocasionalmente, devorados.

Los aztecas no conocían la rueda, ni la moneda, ni la tracción animal ni el arado. Pero poseían grandes conocimientos astronómicos que les permitieron idear un calendario muy exacto. Habían creado un sistema de escritura propio, con ideogramas y pictogramas. Aun sin moneda, tenían grandes mercados con su propio sistema de contabilidad, y el ignorar el arado no les había impedido organizar cultivos. Además, habían alcanzado un gran nivel en el trabajo de metales y piedras preciosas, que maravillaron a Europa cuando comenzaron a circular los primeros objetos que Cortés envió a Carlos I. Y no era solo técnica y artesanía: los aztecas, como los mayas, también habían desarrollado una cultura religiosa muy elaborada, una teología compleja, una ascética severa con oraciones, ayunos y mortificaciones, un amplio gremio sacerdotal.

Pero este pueblo, que había alcanzado ese grado de desarrollo y de espiritualidad, practicaba sacrificios humanos; sacrificios masivos. Y no solo mataba a las víctimas, sino que también se las comía. En esto coinciden todos los testimonios de la época: Bernal Díaz del Castillo, Bernardino de Sahagún, el dominico Diego Durán. Los estudios más recientes, como los de Ortiz de Montellano, lo corroboran. Algunos historiadores de sello indigenista han tratado de hacer pasar la idea de que, en realidad, tales sacrificios no eran ni tan numerosos ni tan cruentos, sino que todo es una exageración de los cronistas españoles para legitimar su conquista. Falso de toda falsedad: son innumerables los hallazgos arqueológicos que demuestran la constancia del ritual homicida, en particular los pudrideros de cadáveres donde se abandonaba a los sacrificados. Menos frecuente era, por lo que parece, el canibalismo ritual sobre las víctimas, aunque no faltan los hallazgos de cadáveres hervidos con inconfundibles huellas de dientes en los huesos.

Uno de los primeros misioneros que pisaron América, fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía, nos dejó una descripción muy detallada de estos rituales. Dice así:

Tenían una piedra larga, la mitad hincada en tierra, en lo alto encima de las gradas, delante del altar de los ídolos. En esta piedra tendían a los desventurados de espaldas para los sacrificar, y el pecho muy tenso, porque los tenían atados los pies y las manos, y el principal sacerdote de los ídolos o sus lugartenientes, con una piedra de pedernal, hecho un navajón como hierro de lanza, con mucha fuerza abrían al desventurado y de presto sacábanle el corazón, y el oficial de esta maldad daba con el corazón encima del umbral del altar, y allí dejaba hecha una mancha de sangre; y caído el corazón, estaba un poco bullendo en la tierra, y luego poníanle en una escudilla (...). Otras veces tomaban el corazón y levantábanle hacia el sol, y a veces untaban los labios de

los ídolos con la sangre. Los corazones a veces los comían los ministros viejos; otras los enterraban, y luego tomaban el cuerpo y echábanle por la gradas abajo a rodar; y allegado abajo, si era de los presos en guerra, el que lo prendió, con sus amigos y parientes, llevábanlo, y aparejaban aquella carne humana con otras comidas, y otro día hacían fiesta y le comían; y si el sacrificado era esclavo no le echaban a rodar, sino abajábanle a brazos, y hacían la misma fiesta y convite (...). Y nadie piense que ninguno de los que sacrificaban era de su propia voluntad, sino por fuerza, y sintiendo muy sentida la muerte y su espantoso dolor. De aquellos que así sacrificaban, desollaban algunos y vestían aquellos cueros, y bailaban con aquel cruel y espantoso vestido. Otro día de la fiesta, sacrificaban una mujer y desollábanla, y vestíase uno el cuero de ella y bailaba con los del pueblo; aquel con el cuero de la mujer vestido, los otros con sus plumajes.

Los sacrificios humanos, en efecto, eran parte esencial del sistema: constituían el tributo cotidiano que pagaban los mexicas a su dios Huitzilipotchli (Huichilobos, le llamarán los españoles). Un rito fijo entre los aztecas, y de gran importancia social, era el sacrificio a Tezcatlipoca. Esta deidad es el hermano gemelo y antagónico de Quetzalcoatl, algo así como el lado oscuro de la luz. Todos los años se elegía a un joven al que se trataba como a un dios: se le enseñaba a tañer la flauta y a fumar con elegancia, se le vestía con riqueza y ocho pajes le servían y acompañaban. Veinte días antes del ritual se le daban por esposas a cuatro jóvenes que representaban a cuatro diosas. El día del sacrificio se conducía al muchacho en cortejo triunfal hasta la plataforma del templo, donde se le abría el pecho con un cuchillo de obsidiana.

Podemos imaginar el estado de ánimo de Cortés y los suyos al escuchar aquellas historias. Para una mentalidad europea de la época, era lo más parecido a la promesa de un gran tesoro custodiado por un feroz dragón. En todo caso, esto que ahora se abría ante los españoles no tenía nada que ver con las tribus semiprimitivas que los nuestros habían encontrado en La Española, Jamaica, Cuba o Panamá. Y por cierto: así conocieron también los conquistadores aquella profecía según la cual los enviados de aquel dios llamado Quetzalcoatl vendrían a poner fin al dominio mexica. Porque ocurrió —contaban los aztecas— que en la vieja Teotihuacán había un rey divino y sabio, Quetzalcoatl, que fue arteramente destronado por otros dioses. Tomó su lugar el mencionado Huitzilipotchli (o sea, Huichilobos), ese terrible dios que exigía continuos sacrificios humanos. Quetzalcoatl tuvo que huir hacia el este, pero un día volvería para reclamar lo que era suyo. El día que regresara, Huichilobos sería derrotado y, con él, desaparecería el dominio azteca. ¿Cómo era Quetzalcoatl? De piel blanca y lucía grandes barbas. ¿Cómo eran los españoles? ¡Blancos y, con frecuencia, barbados! ¿De dónde venían? Del este, por donde antaño marchó Quetzalcoatl. Enseguida veremos lo determinante que iba a ser esta historia para los sucesos posteriores.

Pero de momento, y en un plano más práctico, los españoles descubrieron algo que iba a facilitarles mucho el trabajo, a saber: las feroces querellas que oponían a buen número de pueblos indígenas contra la hegemonía azteca, porque ya no toleraban más los insoportables impuestos y la exigencia periódica de esclavos y cautivos para sus sacrificios humanos. Era precisamente el caso de los totonacas que poblaban la región donde se había asentado la hueste. En el puerto de Cempoala y en la ciudad de Quiahuiztlán se entrevistó Cortés con los jefes de los pueblos totonacas, que yacían sojuzgados por el despotismo de Tenochtitlán. Cortés prometió liberarles de ese yugo. Los totonacas celebraron una reunión en Cempoala. Acordaron auxiliar a los españoles con una tropa de 1.300 guerreros. Conocemos los nombres de sus capitanes: Tamalli, Mamexi, Teuch... Y eso iba a ser solo

el principio.

Ahora solo había un camino: «Ir adelante», como dice Díaz del Castillo. En Veracruz quedó el alguacil Juan de Escalante con una pequeña dotación compuesta sobre todo por heridos y enfermos; ellos tendrían que guardar la ciudad y proteger a los totonacas. Alentado por sus aliados indios, Cortés se dirigió a las tierras de Tlaxcala, una suerte de confederación de cacicazgos igualmente en guerra contra los aztecas. A priori, los tlaxcaltecas eran potenciales aliados de Cortés: también estaban hasta el gorro de la opresión de Tenochtitlán. La sorpresa de los nuestros fue que, llegados al territorio de Tlaxcala, su cacique Xicohtencatl les negó el paso. Y no solo eso, sino que les declaró la guerra. ¿Por qué actuaba así el cacique? Por interés y por honor: interés, porque temía más a los aztecas que a los españoles; honor, porque Xicohtencatl había avalado con su palabra la sumisión de su pueblo.

El 2 de septiembre de 1519 los tlaxcaltecas de Xicohtencatl Axayacatzin atacaron a los españoles. Hernán Cortés ordenó retroceder hasta el desfiladero de Tecoantzinco y rechazó a los de Tlaxcala. Estos decidieron atacar en terreno llano, pero volvieron a perder. Nunca se incidirá bastante en la eficacia militar española en aquel tiempo, que no se basaba solo en la superioridad tecnológica, sino, sobre todo, en la destreza táctica. Los indios, por el contrario, combatían de un modo extraordinariamente caótico: eran las suyas culturas muy guerreras, donde la lucha revestía gran importancia, pero el combate era más individual que colectivo y sus ejércitos no eran propiamente tales, sino más bien agrupaciones aleatorias de bandas cuyos jefes, por otro lado, estaban enemistados entre sí y competían por ver quién hacía más. Todo eso, en el campo de batalla, tenía funestos resultados. Choque tras choque, los tlaxcaltecas retrocedían sin que los españoles sufrieran baja alguna. Los nativos quedaron apabullados por aquel enemigo que parecía imbatible. La confederación tlaxcalteca se rompió: los partidarios de pactar con los españoles y sus aliados totonacas abandonaron el campo. Aun así, Xicohtencatl quiso dar una tercera batalla que, inevitablemente, perdió una vez más: si las armas españolas ya eran de por sí temibles, la alianza de los totonacas las hacía insuperables.

Tlaxcala, finalmente, pidió la paz. Cortés, más político que guerrero, la aceptó: necesitaba a los tlaxcaltecas para conquistar Tenochtitlán, así que, lejos de tomar represalias sobre los vencidos, los integró en su hueste. Antes habían jurado sumisión al de Tenochtitlán; ahora tenían un nuevo jefe. Los tlaxcaltecas celebraron la paz con sacrificios de esclavos —para horror de los españoles— y rubricaron la fiesta con la entrega de abundantes ropas, valiosas joyas y trescientas jóvenes para los soldados de Cortés. El propio Xicohtencatl estará después en la conquista de la capital azteca.

Veinte días permaneció la hueste de Hernán Cortés entre los tlaxcaltecas. Lo suficiente para trazar planes y estrechar lazos. Muchos jefes nativos se convirtieron al cristianismo y numerosos españoles aceptaron las esposas y concubinas entregadas por los indios como premio al vencedor. El conquistador seguía con la idea de marchar sobre Tenochtitlán, pero en ese momento recibió una nueva embajada de Moctezuma: entre regalos de oro y bellas mantas, el azteca invitaba al español a encontrar acomodo en la ciudad santa de Cholula.

¿Una invitación de Moctezuma? Los tlaxcaltecas, desconfiados, enviaron a su vez un embajador a Cholula. Fue una tragedia brutal: los cholultecas apresaron al embajador —Patlahuatzin, se llamaba

— y le desollaron el rostro y las manos hasta los codos. Los de Tlaxcala pidieron venganza. Cortés, sin embargo, optó por la prudencia: puesto que Moctezuma le pedía que fuera a Cholula, iría. Los tlaxcaltecas le advirtieron de que todo era una trampa. Pero el conquistador había tomado su decisión: en Cholula se escribiría el siguiente capítulo de esta historia.

De Cholula a Tenochtitlán

Hernán Cortés no viajó solo a Cholula: con él marchaba una buena parte de su ya enorme ejército de guerreros indios. Los jefes tlaxcaltecas, deseosos de vengar el salvaje desollamiento de su embajador, iban con la hueste. Cholula era una gran ciudad: cerca de 30.000 habitantes, la segunda concentración urbana del imperio azteca después de Tenochtitlán. Un brillante ramillete de autoridades locales recibió a los españoles y a sus aliados. A partir de este momento, sin embargo, los hechos iban a encadenarse de la peor manera posible.

Cuando entraron en la ciudad, los españoles descubrieron con inquietud largas filas de varas y cadenas dispuestas en torno a los templos: el mismo tipo de varas que se utilizaba para conducir a los cautivos. Los nuestros ya sabían de la costumbre azteca de capturar guerreros enemigos para sacrificarlos a sus dioses. ¿Para quiénes eran, pues, aquellos aparejos? Poco más tarde, unos sacerdotes locales y una anciana llamaron la atención de doña Marina: alarma, desconfianza. ¿Había razones? Sí: los cholultecas ya habían matado al embajador de Tlaxcala y eran fieles tributarios de Moctezuma, el cual no había hecho otra cosa en los últimos meses que poner trabas al avance español. Para más inquietud, uno de los sacerdotes de Cholula refirió a Cortés que Moctezuma había enviado un gran ejército camino a la ciudad; 20.000 hombres, nada menos. Todo iba tomando el aspecto de una gran trampa. En un momento determinado, Cortés ya no lo dudó: les preparaban una celada. Esa noche reunió a sus capitanes. El extremeño examinó la situación. Y al fin dio la orden: atacarían a la salida del sol... para gran alegría de sus aliados tlaxcaltecas, que no esperaban otra cosa desde que habían puesto un pie en la ciudad.

Fue el 16 de octubre de 1519. La hueste de Cortés avió escopetas y artillería y se concentró en una de las puertas de Cholula. Desde allí el conquistador recriminó a los cholultecas su traición. A un tiro de escopeta, que era la señal convenida, indios y españoles atacaron a la vez. El episodio pasará a la Historia como la matanza de Cholula. Entre 3.000 y 5.000 cholultecas —la cifra varía según las fuentes— murieron a manos del ejército de Cortés y, sobre todo, bajo las armas de los de Tlaxcala, que se cebaron en una venganza descomunal. El extremeño necesitó de toda su fuerza de convicción para lograr que, después de dos días de sangre, sus aliados indios detuvieran la carnicería y pusieran en libertad a los cautivos que pretendían sacrificar. Ese gesto, por otro lado, le valió la sumisión de los caciques y sacerdotes de Cholula que habían sobrevivido a la tragedia. Otra victoria en su camino.

Aún hoy se discute qué pasó exactamente en Cholula. ¿Fue una matanza arbitraria de Cortés, una simple maniobra de terror? Es difícil creerlo, porque la operación habría implicado enormes riesgos: allí vivía demasiada gente en armas como para no temer una reacción. ¿Había realmente una conspiración contra los españoles, una trampa para Cortés? Es posible, pero el hecho es que la reacción de los nuestros cogió a los cholultecas desprevenidos y, por otro lado, el supuesto ejército de Moctezuma no apareció jamás. ¿Entonces? Hay varias posibilidades. Una, que el episodio fuera reflejo de las propias divisiones de la ciudad: una facción enemiga de los aztecas se las habría arreglado para hacer creer a los españoles que Moctezuma había ordenado su muerte, forzándoles a reaccionar contra la facción fiel al emperador. ¿Y a costa de tanta sangre? Cabe, sin embargo, una

segunda posibilidad, quizá la más probable, a saber: que una parte significativa de la elite local, persuadida del origen divino de los españoles, prefiriera vender a sus propios paisanos antes que indisponerse con aquellos extranjeros. Nunca lo sabremos. El hecho, en todo caso, es que a los mensajes de muerte enviados por Moctezuma el conquistador respondía con aquella matanza y, todavía más importante, con la conquista de una ciudad que era tributaria del azteca. Ahora el emperador de los mexicas entendería que no tenía otra salida que abrir sus puertas a los visitantes.

La hueste permanecerá dos semanas en Cholula, avituallándose y reorganizándose, planificando la marcha hacia su objetivo. Inmediatamente tomarán los nuestros el camino de Tenochtitlán a través del valle de México. A ambos lados, sendos volcanes: el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, con alturas de más de 5.000 metros. Los españoles se quedan admirados al ver cómo el Popocatepetl echa fuego por la boca. ¿Y qué resuelven? coronarlo. Lo hará Diego de Ordás, el primer europeo que sube a ese pico y, sin duda, uno de los primeros alpinistas con marca reconocida. Así nos cuenta Bernal Díaz del Castillo, cronista de la aventura, la gran hazaña montañera:

El volcán que está cabe Guaxocingo echaba aquella sazón mucho fuego, más que otras veces solía echar. Y un capitán de los nuestros, que se decía Diego de Ordás, tomóle codicia de ir a ver qué cosa era, y demandó licencia a nuestro general para subir. Y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo, y los indios poníanle temor con que cuando estuviere a medio camino de Popocatepeque, que así se llamaba aquel volcán, no podría sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedra y ceniza que de él sale, y que ellos no se atreverían a subir más. Y todavía el Diego de Ordás, con sus dos compañeros, fue su camino hasta llegar arriba. Vieron al subir que comenzó el volcán a echar grandes llamaradas de fuego, y piedras medio quemadas y livianas, y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra donde está el volcán. Estuvieron quedos sin dar más paso de allí a una hora, que sintieron que había pasado aquella llamarada. Y subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha, y que desde allí se veía la gran ciudad de México y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella. Y después de bien visto, muy gozoso el Ordás, y admirado de haber visto México y sus ciudades, volvió con sus compañeros.

Diego de Ordás, en efecto, no solo había subido al Popocatepetl, donde hizo buen acopio de azufre para fabricar pólvora, sino que además había localizado el objetivo: Tenochtitlán, el ombligo del mundo azteca. Acto seguido el ejército de Cortés, que en este momento sumaba ya más de 3.000 tlaxcaltecas y totonacas a la hueste española, entró en un hermoso valle boscoso que aún hoy se llama Paso de Cortés. Desde allí divisó el lago de Texcoco, el corazón del imperio.

La visión de la enorme cuenca lacustre del valle de México debió de dejar patidifusos a los nuestros. Estamos hablando de una gran masa de agua que en la época se extendía sobre una superficie de unos 2.000 kilómetros cuadrados —aproximadamente, toda el área metropolitana del Madrid del siglo xxi— en torno a la cual se había levantado una intensa aglomeración urbana. El llamado lago de Texcoco son (eran) en realidad cinco lagos: Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Xochimilco y Chalco. Estos dos últimos —los suroccidentales— eran de agua dulce, aunque tan invadida por materia orgánica que resultaba impotable; por el contrario, era excelente para la agricultura. Los otros tres eran de agua salada, hasta el punto de que la extracción de sal constituía una de las principales fuentes de trabajo de la región. Ocasionalmente, entre unos lagos y otros emergían franjas de tierra pantanosa, pero en época de lluvias el nivel crecía hasta formar una masa de agua homogénea. A lo largo de los siglos, los mexicas habían ido construyendo una red de

canales, diques y albarradas que separaban los lagos entre sí, y calzadas que comunicaban los islotes con tierra firme. Todo eso había comenzado a desecar las lagunas, pero, aun así, los movimientos en el interior se realizaban fundamentalmente en canoa. Al oeste de la gran cuenca lacustre emergía un islote artificialmente ampliado y construido hasta el último palmo de suelo: era Tenochtitlán.

La hueste de Cortés se instaló en Texcoco, en la orilla oriental: la ciudad que daba nombre al gran lago, capital del señorío acolhua y tributaria y aliada de los aztecas. Era también, y Cortés enseguida lo percibió, una ciudad hondamente dividida por las querellas entre su cacique, Cacama, y los hermanos de este. Cacama, sobrino y consejero de Moctezuma, no opuso resistencia a la llegada de los españoles, pero urdió una añagaza: el emperador —sostenía Cacama— debía recibir a aquellos poderosos extranjeros, sí, pero después debía apresarlos y devolverlos a las costas de donde habían venido. Como el tal Cacama tenía numerosos enemigos en su propia ciudad, Hernán Cortés no tardó en enterarse de la trampa; el conquistador, sin embargo, guardó para sí la información y decidió actuar como si la ignorara, pues su principal objetivo era precisamente entrevistarse con Moctezuma. La hueste española —con sus aliados indios— instaló en Texcoco su base de operaciones hasta recibir la invitación. Y al fin, en una de las ciudades ribereñas, Iztapalapa, llegó la noticia tanto tiempo esperada: dos caciques, en nombre del emperador Moctezuma, invitaban formalmente a Hernán Cortés a pisar Tenochtitlán. El soberano azteca se había rendido a lo inevitable.

Delante de Moctezuma

El 8 de noviembre de 1519 partió la comitiva hacia la gran capital. Cortés al frente, a caballo, acompañado de otros tres jinetes; detrás, 400 españoles a pie, resguardados por otros 12 de a caballo, y tras ellos la artillería, más otro escuadrón de jinetes, los carros con los bagajes y, cerrando la cohorte, varios millares de indios de Tlaxcala y Cempoala. Bernal Díaz del Castillo describe la marcha con acentos asombrados: «Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la Ciudad de México que me parece que no se torcía poco ni mucho, y como es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían, unos que entraban en México y otros que salían, y los indios que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas todas las torres y cúes y en las canoas y de todas partes de la laguna, y no era cosa de maravillarse, porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros». En particular, los mexicas no habían visto jamás que la rueda se empleara para transportar cosas; era una de las grandes carencias de aquella civilización.

Tenochtitlán era, en efecto, una gran ciudad, y el testimonio más directo sobre su grandeza es el del propio Hernán Cortés, que no ahorró detalles en su informe al rey Carlos I. Por el conquistador sabemos que la capital azteca se alzaba en medio del lago, que era tan grande como Córdoba o Sevilla, que se llegaba a ella a través de cuatro anchas calzadas, que del corazón de la ciudad a cualquier punto de tierra firme había dos leguas y que estaba organizada en torno a calles principales anchas y rectas, cruzadas a su vez por canales en los que la gente circulaba sobre canoas. Las calles se sustentaban sobre los canales gracias a grandes puentes de enormes vigas, tan firmes que «sobre muchos de ellos pueden pasar diez hombres a caballo a la vez», escribe el conquistador.

A Cortés le llamaron mucho la atención las grandes plazas con mercados permanentes —una de ellas, dice, doblaba en tamaño a la plaza Mayor de Salamanca— y la inmensa muchedumbre que a ellas acudía, que el conquistador cifra en «más de sesenta mil personas comprando y vendiendo». ¿Y qué compraban y vendían? La crónica de Cortés es exhaustiva: «Toda clase de mercancías como puedan encontrarse en la Tierra (...), sean de alimentos y vituallas, o de adornos de oro y plata, o plomo, latón, cobre, hojalata, piedras preciosas, huesos, conchas, caracoles y plumas; la piedra caliza para construir se vende igualmente allí, piedra tosca y pulida, ladrillo cocido y sin cocer, madera de todas clases en toda etapa de preparación (...) Hay una calle de vendedores de hierbas, donde hay toda suerte de raíces y plantas medicinales que se encuentran en la Tierra. Hay casas como boticas, donde venden medicinas hechas de estas hierbas, para beber y para usar como unguentos y bálsamos. Hay barberías donde puede hacerse cortar y lavar el cabello. Hay otras tiendas donde se pueden adquirir alimentos y bebidas...».

Tenochtitlán lo tenía todo para impresionar al visitante. En particular, su amplia plaza central flanqueada por los monumentos piramidales del templo mayor, el palacio del tlatoani Axayácatl, el de Moctezuma I y el de Moctezuma II. Moctezuma I había gobernado entre 1440 y 1469: fue el artífice del expansionismo mexica y también el más vehemente partidario de ejecutar sacrificios humanos para aplazar la sucesión de calamidades naturales que sacudió su reinado. Su hijo y sucesor, Axayácatl, que reinó entre 1469 y 1481, no fue más pacífico: aplastó a sangre y fuego a los

vecinos de Tlatelolco y después sufrió una severa derrota a manos de los tarascos en Toluca. Después de Axayácatl vino su hermano Tizoc, que gobernó cinco años en una atmósfera de insatisfacción generalizada: a pesar de sus catorce campañas militares, sus resultados fueron paupérrimos; tanto que una conjura palaciega terminó llevándole a la muerte, verosímilmente envenenado por sus propios cortesanos. La corte escogió entonces a su hermano menor Ahuízotl, un guerrero de puño de hierro y cerebro despejado que entre 1486 y 1502 extendió el dominio mexica en todas direcciones y se las arregló para afianzar su hegemonía con ventajosos tratados comerciales y diplomáticos. Ahuízotl murió de una manera extravagante: se lo llevaron las aguas mientras supervisaba la construcción de un acueducto para llevar agua potable a Tenochtitlán. Llegó entonces al trono del huey tlatoani un hijo de Axayácatl: Moctezuma II Xocoyotzin. Él era el emperador cuando aparecieron los españoles.

Moctezuma en persona salió a recibir a los extranjeros. Lo hizo con la mayor pompa, transportado en andas por un séquito de hasta 200 nobles de su imperio. El propio Hernán Cortés refirió así el encuentro al rey Carlos I: «Y allí me tomó de la mano y me llevó a una gran sala que estaba frontera del patio por donde entramos, y allí me hizo sentar en un estrado muy rico que para él lo tenía mandado hacer, y me dijo que le esperase allí, y él se fué. Y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata, y plumajes, y con hasta cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas, y después de me las haber dado, se sentó en otro estrado que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba». Los testigos de aquel encuentro refieren que Moctezuma sonreía; más aún, que acogió a Cortés con gran cordialidad. El dato es significativo porque Moctezuma II era conocido como el «señor sañudo» y todos se hacían lenguas de su hierática majestad, de la inmensa distancia con que trataba a sus súbditos y, por supuesto, de su habitual ausencia de sonrisa. ¿Por qué se comportaba con Cortés de aquella extraña manera, como si ante él no hubiera de guardar la prescriptiva apariencia de majestad? Lo que hizo Moctezuma en aquella primera entrevista con Cortés fue, en una palabra, claudicar.

Moctezuma II ya era un hombre de edad: cincuenta y tres años. Todas las descripciones de la época coinciden en subrayar su buen porte, su figura delgada y sus cualidades con las armas —había sido el jefe de los ejércitos de su predecesor en el trono—, pero estamos hablando de un veterano. Las calamidades sufridas por el imperio bajo el reinado de su abuelo, las derrotas de su padre y el asesinato de su tío sin duda habían cincelado su carácter. Consciente de hasta qué punto eran frágiles los lazos que anudaban el imperio, Moctezuma se manifestó como un gobernante enérgico y justiciero. Con ello logró mantener sumisos a los pueblos tributarios de Tenochtitlán, pero a costa de despertar rencores que muy pronto iban a despertar —que estaban despertando ya.

Se ha interpretado de muy distintas maneras el derrumbamiento súbito del poder azteca. Sobre todo, la pasividad de Moctezuma ante los españoles. La explicación más convincente es la religiosa, y de eso las crónicas dan más que sobrados indicios. Ya hemos mencionado la convicción azteca de que Quetzalcoatl —blanco y barbado— volvería desde el este para recuperar su trono. La propia mitología azteca —recordemos— decía que los mexicas no eran originarios de este lugar, sino que habían llegado siguiendo la señal de su dios y señor, Quetzalcoatl, y que como la gente de aquella

tierra no lo quiso, el señor se fue y anunció que volvería con hombres y poder para apoderarse de ella. Todo eso habría ocurrido doscientos cincuenta años antes, pero los aztecas habían guardado memoria del augurio, y allí estaban para recordárselo las formidables pirámides de Teotihuacán, la impresionante y abandonada ciudad de los dioses. Semejante augurio era tanto como la promesa de un funesto final. ¿Y era precisamente ahora cuando Quetzalcoatl tenía que volver? Sí, y esto es lo más sorprendente. Según los cálculos de los sacerdotes, habitualmente secretos, pero que el huey Moctezuma conocía, era precisamente ahora: en el año Ce-Acatl del calendario mexica, el año 1519 del calendario cristiano.

Diez años antes el imperio azteca se había visto sacudido por diferentes sucesos: cometas, señales extrañas, temblores de tierra, incendios de templos. Estas señales habían causado una enorme conmoción en todo el mundo mexica, y muy especialmente en Moctezuma II, convencido de que había llegado el final. Se cuenta que el emperador y sumo sacerdote hacía frecuentes peregrinaciones a Teotihuacán en busca de respuestas. Todas sus zozobras hallarán confirmación cuando sus informadores le cuenten que han visto en el mar «unos cerros que flotan» y que transportan hombres muy blancos con barbas muy largas. Había tratado de evitar por todos los medios el encuentro, había enviado hechiceros de Huichilobos para que derrotaran a Quetzalcoatl como en los tiempos antiguos, incluso había tramado aquella última intentona de la trampa de Cholula, pero nada había podido detener a los españoles. Ahora Moctezuma estaba convencido de que Cortés y su hueste eran los enviados de Quetzalcoatl. No exactamente «dioses», según parece: el propio Cortés explicará hasta la saciedad a los nativos que ellos, los españoles, no eran dioses, sino enviados del mayor rey de la Tierra, que gobierna en nombre del único Dios verdadero. Pero esto, traducido al contexto cultural mexica, no significaba otra cosa: los nuestros eran heraldos de una voluntad divina. Exactamente lo que anunciaban las profecías. Solo cabía bajar los brazos. Por eso Moctezuma se sometió. Y sin un solo disparo de arcabuz.

La victoria parecía estar ya en la mano. La hueste española se instaló en Tenochtitlán con la plena aquiescencia del emperador. Moctezuma les llenó de regalos. El conquistador queda maravillado: «Qué podría ser más asombroso —escribe a Carlos I— que el que un monarca bárbaro como él tenga reproducciones hechas de oro, plata, piedras preciosas y plumas de todas clases de todas las cosas que haya en su tierra, y tan perfectamente reproducidas que no hay platero o artesano del oro en el mundo que pudiera mejorarlas, ni se puede entender qué instrumento podrían haber usado para dar forma a las joyas; y del trabajo de las plumas, su igual no ha de verse, ya sea en cera o en bordado; tan maravillosamente delicado es». Además, durante su estancia la gente de Cortés descubre por puro azar la cámara donde el emperador guarda su inmenso tesoro: un almacén de riquezas fabulosas muy superior a lo que jamás pudieron soñar.

Algo, sin embargo, hace desconfiar a los españoles: una parte importante de la aristocracia y de los sacerdotes mexicas se muestra mucho menos obsequiosa. Hay atmósfera de conjura. Los expedicionarios pasean inquietos por entre los muretes de los palacios y pirámides tenochcas, contruidos con calaveras de sacrificados. El capitán Andrés Tapia descubre el muro de cráneos del gran teocali de Tenochtitlán y dice que había en él «muchas cabezas de muertos pegadas con cal, y los dientes hacia fuera»; Tapia cuenta que vieron miles de palos verticales y «en cada palo cinco

cabezas de muerto ensartadas por las sienas». Cortés examina el paisaje: está literalmente encerrado en un islote separado de tierra firme, rodeado de enemigos y sin espacio para maniobrar. Nada más fácil que caer víctimas de una trampa. El extremeño se apresura a dar instrucciones para construir algunos bergantines sobre el terreno: que al menos tengan una salida por el agua. Los nuestros temen quedar convertidos en prisioneros de aquella misteriosa gente.

Un día llegan noticias alarmantes de Veracruz: caciques tributarios de Moctezuma han atacado la plaza y decapitado a siete españoles que allí permanecían. Los nuestros se indignan hasta la furia. No ha sido una operación discreta: los atacantes han enviado a Moctezuma la cabeza de un soldado español, un tal Argüello. Cortés, fuera de sí, decide apresar a Moctezuma y llevarlo a vivir consigo, al mismo tiempo que exige condenar a los autores del ataque a Veracruz. Obtiene ambas cosas del emperador. Y más: Moctezuma se reconoce vasallo de Carlos I.

En principio esto debería solucionar las cosas, pero algo va a ocurrir que trastocará todos los planes del conquistador: el gobernador Velázquez, dispuesto a hacer valer sus derechos, envía al Yucatán una expedición al mando de Pánfilo de Narváez con el objetivo de apresar a Hernán Cortés y llevarle a Cuba. Más aún: Velázquez manda un mensaje a Moctezuma declarando a Cortés rebelde. Es el propio azteca quien se lo cuenta al extremeño. Eso es tanto como arruinar la mayor conquista jamás lograda por los españoles desde 1492. A Hernán Cortés no le queda otra opción que salir a dar la batalla. Deja en Tenochtitlán una pequeña hueste, apenas un centenar de hombres con Pedro de Alvarado al frente, y parte en busca de la expedición de Narváez. Y a partir de aquí los acontecimientos se encadenarán en una verdadera espiral de sangre.

La Noche Triste y la victoria final

Es el 20 de mayo de 1520. Los aztecas van a celebrar el rito religioso de Toxcatl en el templo mayor. Es una ceremonia cargada de sentido: el Toxcatl, en honor de los dioses Huitzilipochtli (Huichilobos) y Tezcatlipoca, era uno de los ritos que permitían conjurar el retorno de Quetzalcoatl y, por consiguiente, prolongar el dominio mexica. Los nativos piden permiso a Alvarado, alejan del templo mayor las imágenes de Cristo y de la Virgen allí llevadas por los españoles e inician su liturgia. A partir de este momento, nadie puede decir que sabe exactamente lo que ocurrió. Los cronistas españoles aseguran que todo era una trampa para matar a Alvarado; las fuentes indígenas dicen que se trataba de una celebración pacífica. El hecho es que los nuestros, convencidos de que la aristocracia azteca va a por ellos, deciden adelantarse, entran a saco en el templo y matan a los cabecillas de la supuesta rebelión. Quizás el exceso de la matanza se entienda mejor si recordamos que el rito de Toxcatl incluía sacrificios humanos. Y Alvarado, por otra parte, nunca destacó por ser hombre dado a los razonamientos complejos.

Fue una matanza, sí. Nadie sabe cuánta gente murió, pero debió de ser mucha, porque la fiesta de Toxcatl era una de las ceremonias más importantes del mundo azteca y el templo estaría lleno. Acto seguido, los españoles regresaron a las casas donde estaban alojados y, para prevenir represalias, Alvarado llevó como rehén nada menos que al propio Moctezuma. Esto ya era una declaración de guerra. Y en el peor momento posible.

En aquel preciso instante Hernán Cortés ya estaba frente a Narváez, un duro veterano de cincuenta años, de absoluta confianza del gobernador Velázquez, que había partido de Cuba con un pequeño ejército: 800 hombres, 80 caballos y una docena de piezas de artillería. En la hueste de Narváez, por cierto, figuraba también un nutrido número de mujeres y, entre ellas, una que inscribiría su nombre con letras de oro en la historia de la conquista: María de Estrada. El hecho es que Narváez desembarca en Veracruz —recientemente atacada, recordemos, por tribus aliadas de los aztecas— y desde allí parte al encuentro de Hernán Cortés. Sus órdenes son claras: prender al rebelde y, si no se entrega, matarle. Perseguidor y perseguido intercambian mensajes y amenazas. Pero, contra las previsiones de Narváez y Velázquez, la mayor parte de la hueste perseguidora se pasa al bando de Cortés. Al parecer, el extremeño se las había arreglado para ganarse la voluntad de numerosos oficiales de la hueste cubana. Narváez, perplejo, descubre que muchos de sus hombres actúan como si la cosa no fuera con ellos. Hay combate a campo abierto. En el lance, un soldado de Cortés, Pedro Sánchez Farfán, hiere a Narváez en un ojo, le deja tuerto y le apresa. Este Pedro Sánchez Farfán terminará casándose con la citada María de Estrada.

¿Por qué decidió aquella gente abandonar a su jefe natural y pasarse al bando de Cortés? ¿Acaso eran unos traidores, unos desertores, unos mercenarios sin escrúpulos? No, nada de eso. Su situación puede entenderse mejor si nos ponemos en esta tesitura: nos han dicho que vamos a perseguir a un traidor —al que, por otra parte, conocemos todos—, pero he aquí que el tal traidor no es realmente tal, sino un caballero que ha afrontado una aventura ordenada por el propio gobernador, que ha tenido éxito allá donde otros —Grijalva, Hernández de Córdoba— han fracasado, que ha fundado una ciudad con su legítimo cabildo, más aún, que ha abierto la puerta de ese mundo misterioso y

lleno de oro, que ha sometido a las tribus nativas y que ha logrado alojarse en el propio palacio del emperador local. ¿Cuál es exactamente su delito? Todas las empresas de conquista desplegadas hasta este momento han sido en realidad empresas privadas con patrocinio regio. ¿Qué hay de distinto en la de Cortés, que, por otro lado, ya ha enviado al rey su correspondiente parte del botín? Inversamente, ¿qué ofrecen Narváez y el gobernador Velázquez? ¿Una existencia de destripaterrones en Cuba? Toda esa gente no ha cruzado el océano para acabar así. ¿Acaso el gobernador pretende guardar para sí el oro que este Nuevo Mundo atesora? ¿No están la justicia y la gloria más bien del lado de Cortés? Esa debía de ser la disposición de ánimo de buena parte de la hueste de Narváez y, situándonos sobre el terreno, es difícil negarle fundamento.

Hay que entender quiénes eran los españoles que acudieron a las Indias en aquellos primeros años y qué tenían dentro. La España que desembarca en América no es un país que llega con sus ejércitos y sus banderas; no estamos ante una operación de conquista convencional, no son las legiones de Roma invadiendo Hispania o la Galia. La gente que llega a las Indias viene voluntaria, en un contexto que no es exactamente el de la disciplina militar, sino más bien el de una empresa privada y, por otro lado, con expectativas individuales que tampoco vienen sometidas a la cadena de mando. La cruzada del océano no es una invasión colonial. La atmósfera se parece mucho más a la de los primeros colonos de la Reconquista en el temprano siglo ix. Así, los hombres (y mujeres) que llegan a las Indias vienen para buscar fortuna. Unos pocos de entre ellos eran hijos de la nobleza que buscaban dorar su nombre en el servicio a la corona y en la ganancia de riquezas. Una buena parte eran hidalgos menesterosos que en la empresa de Indias veían un camino de ascenso social, como Cortés y Narváez. Otros muchos eran labriegos que preferían ser soldados antes que languidecer en el terruño. Viajemos a la España de principios del xvi. Somos ya una gran potencia, hemos vencido a los moros en la península y a los franceses en Italia, pero somos también muy pocos: unos 7 millones según los cálculos más generosos. Somos bastante pobres, porque la guerra cuesta dinero y el país tampoco da mucho de sí. Y para muchos españoles, la vida es un paisaje cerrado: hidalgos pobres que solo tienen linaje, villanos sin fortuna ni expectativas en una sociedad rígidamente estamental... América, por el contrario, parece guardar promesas infinitas. No solo de dinero, sino, sobre todo, de honra y fama, que son los verdaderos motores de la cultura española en el siglo xvi.

En efecto, en la España de la época —como, por otro lado, en la mayor parte de Europa—, el modelo ideal de vida, el objetivo al que un hombre cabal debe aspirar, no es otro que la nobleza, el señorío. Los colonos españoles no fueron a América para fundar prósperas granjas y crear rentables negocios. En la Europa del temprano siglo xvi no se concedía gloria alguna al trabajo económico; solo en la península italiana había empezado a desarrollarse una justificación moral del dinero y aún harán falta muchos años para que el burgués sea un hombre respetable (un proceso, todo sea dicho, que corre paralelo a las necesidades de financiación del Estado). No, los españoles no fueron a las Indias para convertirse en opulentos rancheros; fueron para vencer en buena lid a los indígenas, ganar tierras —y brazos que la trabajen—, recoger oro y, con esos títulos, alcanzar fama y posición. Se ha hablado mucho de la sed de oro de los conquistadores, pero enseguida hay que subrayar que esa codicia no era propiamente económica, sino más bien social. El español del xvi no quiere ser rico. El español del xvi quiere ser *señor*. El oro solo es el instrumento.

La mentalidad de los conquistadores no era económica: era completamente caballeresca, medieval. Los capitanes son jefes de hueste; sus hombres se ven a sí mismos como caballeros, y ello aunque su condición social sea de lo más humilde. El mundo mental del español medio en este tiempo es el de las novelas de caballerías. La gran colección de libros de caballerías había comenzado a publicarse en España en torno a 1496, cuando aparece el *Amadís de Gaula*. En un siglo se publicarán por lo menos cuarenta y dos títulos, y consta que todos ellos salieron hacia América en cantidades inmensas. El español que llega a América se siente un caballero andante. Y lo que encuentra allí le parecerá todavía más fascinante que lo que ha leído en los libros: «Si no fuese porque estas historias contenían encantamientos —escribirá más tarde el cronista Pedro de Castañeda, que participará en una de las expediciones de Coronado por Norteamérica—, hay algunas cosas que nuestros españoles han hecho en nuestros días en estas partes, en sus conquistas y encuentros con los indios, que como hechos dignos de admiración sobrepasan no solo a los libros ya mencionados, sino también a lo que se ha escrito sobre los doce Pares de Francia».

Para alcanzar la gloria, poco más de 200.000 españoles cruzan el océano a lo largo del siglo xvi; un 20 por ciento, aproximadamente, son mujeres. Van a las Indias dispuestos a conquistar un paraíso de riqueza y fama. Lo que encuentran, sin embargo, es de una dureza inaudita: un mundo caluroso y húmedo, donde los metales se oxidan y las heridas se infectan, poblado por extrañas gentes con las que es muy difícil entenderse y en cuyas oscuras selvas moran animales fabulosos. Sobre todo, los españoles encuentran mucha muerte. Hay muerte, por supuesto, en los choques violentos con los indios, pero esta no es la más aterradora. Más terrible aún es la muerte invisible que se apodera de los nuestros bajo el hechizo de unas enfermedades que entonces nadie conocía. Hay que recordar los partes de bajas en las expediciones de Bobadilla, de Ovando, de Pedrarias: porcentajes de muertes en torno al 30, al 40, incluso al 50 por ciento a las pocas semanas de poner el pie en el Nuevo Mundo. Allí hay oro, sí, pero es altísimo el precio que hay que pagar.

Nunca se insistirá bastante en la extrema inclemencia del clima tropical para los organismos de los europeos: todavía en la guerra de Cuba, a finales del siglo xix, se contarán 78.000 bajas por enfermedades (son las cifras de Ramón y Cajal) contra apenas 4.000 en los combates; cuánto más duro no sería el azote en el siglo xvi. En consecuencia, el conquistador que sale vivo de aquella primera y salvaje selección natural se siente tocado por el dedo divino y elegido para un destino sublime. Pero cuando pase esa prueba, tendrá que hacer frente a más y más muerte: los peligros de las junglas, los azares de la mar y la ocasional hostilidad de unos nativos que de forma prácticamente general ejecutan sacrificios humanos en nombre de siniestras deidades con terribles máscaras, como las que descubren los nuestros en el Yucatán. Hay que entender este paisaje mental para explicarse qué sentimientos movían a los españoles que llegaron a las Indias. Y qué razonamientos empujaron a los hombres y mujeres que ahora, bajo las órdenes de Narváez, preferían sin embargo pasar al bando de Hernán Cortés.

A la gente que quedó con Narváez le esperaba una suerte atroz. De acuerdo con la información proporcionada por el mismo Cortés, corroborada siglos más tarde por los hallazgos arqueológicos, en junio de 1520, estando Narváez herido y preso, una caravana de su expedición compuesta por 550 personas entre españoles, negros y mestizos cayó en manos de guerreros del reino de Texcoco.

Todos los hombres, mujeres y niños terminaron sacrificados en rituales mexicas. Entre los cadáveres sacrificados se ha logrado identificar a unos 20 españoles (8 mujeres y 12 hombres), 7 negros y 2 mulatas. Los hallazgos incluyen huesos humanos hervidos, lo que indica que los muertos fueron víctimas de canibalismo ritual. Mexicas y texcocanos exhibirían después las calaveras a modo de advertencia para los invasores.

Cuando Cortés regresa a Tenochtitlán, con buena parte de los expedicionarios que habían llegado con Narváez, la situación es caótica. La capital del imperio mexica hiere contra los españoles. El conquistador decide entonces liberar a un hermano de Moctezuma, Cuitláhuac, para que apacigüe a los aztecas, pero este hace todo lo contrario: encabeza la rebelión contra los españoles. Cortés intenta un último ardid: que salga el propio Moctezuma al balcón del palacio de Axayácatl y calme a su gente, pero ya es demasiado tarde. Aún peor: en el tumulto, una piedra lanzada por los indios mata al emperador. Los aztecas se levantan en masa y sitian a los españoles en el palacio. Todo está perdido.

Cuitláhuac llama en su auxilio a los pueblos vecinos, tributarios del imperio, para que acudan en su socorro. Con amargura constata que apenas nadie escucha la llamada: los viejos rencores suscitados por la opresión mexica salen ahora a la luz. Eso alivia la situación de los españoles y sus aliados tlaxcaltecas que, no obstante, es desesperada: cercados en el palacio de Axayácatl, aguantarán una semana racionando los víveres y ahorrando cuanta pólvora les queda. Finalmente, Cortés entiende que no tiene otra opción que intentar la huida. Será en la medianoche del 30 de junio. En el más absoluto silencio, los sitiados abandonan el palacio y se dirigen hacia un puente de canoas que debe conducirles a Tacoplan, al oeste del lago. Algo, sin embargo, falla: una anciana que ha salido a buscar agua descubre la fuga y avisa inmediatamente a los guerreros. El sonido de los tambores del templo de Huichilobos, aquellos tambores de piel de serpiente que tanto impresionaban a los nuestros, advierte a los españoles de que han sido sorprendidos.

Una muchedumbre de enemigos se abalanza sobre la hueste. En la retaguardia, los mexicas salen en tromba; en los flancos, miles de canoas avanzan contra la calzada por la que huyen los de Cortés. Pero todavía hay algo peor: otros guerreros enemigos intentan cortar los puentes que sostienen la única vía de escape. Fue una batalla absolutamente caótica, en plena noche, sobre el movedizo piso de los puentes de Tenochtitlán. Las piezas de artillería se hundían sin remedio en el agua; los caballos se ahogaban en los canales. Alvarado está a punto de perecer: le salva Martín de Gamboa, que llega justo a tiempo de subirle a la grupa de su caballo. El tesoro de Moctezuma desaparece también bajo las aguas. Se combate cuerpo a cuerpo en un infierno de flechas, lanzas y gritos. Las tácticas de la infantería española son inútiles aquí, en el oscuro caos de la laguna, donde ya solo cuenta el valor personal y la suerte. En la refriega brilla una mujer: María de Estrada. Así lo contó Muñoz Camargo: «En esta tan temeraria noche triste (...) se mostró valerosamente una señora llamada María de Estrada, haciendo maravillosos y hazañeros hechos con una espada y una rodela en las manos, peleando valerosamente con tanta furia y ánimo, que excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuera, que a los propios nuestros ponía espanto». Otro cronista, Torquemada, lo dice así: «Se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo».

Los españoles caen a mansalva. Peor aún será la suerte de los aliados tlaxcaltecas, en cuyos cuerpos se ceban los aztecas con la furia de la venganza. Cuando los nuestros logran llegar al otro lado, lo hacen como quien acaba de atravesar el infierno. El balance de la «Noche Triste» fue aterrador. Del millar de guerreros tlaxcaltecas que formaba con los españoles, solo 100 lograron salir vivos. En cuanto a los 1.200 soldados de Cortés, la mitad pereció en las aguas de Tenochtitlán y, entre los supervivientes, raro era el que no estaba herido. Además de Alvarado, lograron salvar la piel otros protagonistas de nuestra historia: María de Estrada, doña Marina, también Pedro Sánchez Farfán. Dicen las crónicas que Cortés lloró por los caídos, y señala Díaz del Castillo que «mirábamos toda la ciudad y las puentes y calzadas por donde salimos huyendo; y en ese instante suspiró Cortés con una gran tristeza, muy mayor a la que antes traía, y por los hombres que le mataron antes».

Pero los problemas están lejos de haber terminado. Los aztecas saben que la hueste española está seriamente quebrantada y que no tendrán otra oportunidad mejor; saben también que están solos, que ningún otro pueblo de los alrededores va a reanudar los viejos lazos de sumisión a Tenochtitlán. Resueltos a jugárselo todo a esa carta, los mexicas perseguirán a los nuestros y a sus aliados indios durante una semana. Hernán Cortés intenta zafarse de los perseguidores, pero sin éxito. También él sabe que ya solo le queda una carta. El 7 de julio de 1520, Cortés decide hacer frente a sus perseguidores. Es una locura, pero no hay otra opción.

A la altura de los llanos de Otumba, decenas de miles de indios —entre 40.000 y 70.000, según las diversas fuentes— copan a la exigua hueste de Cortés. Los indios tlaxcaltecas, aliados de los españoles, han enviado varios millares de guerreros en su socorro, pero aun así la superioridad enemiga es abrumadora. Cortés opta por una táctica defensiva: aguardará a los mexicas y tratará de deshacer sus embestidas. Llega el momento supremo: todos saben que los mexicas sacrifican a sus cautivos, de manera que solo cabe vencer o morir. ¿Pero cómo vencer a semejante marabunta?

La infantería española se agrupa dispuesta a resistir. En las líneas de Cortés, una mujer agita sin cesar su lanza y su adarga: es María de Estrada. Al grito de «Santiago y cierra, España», los infantes rechazan los ataques mexicas. Entonces Cortés distingue sobre una loma al jefe enemigo, el Cihuacoatl. Es la única oportunidad: cargar contra el jefe. Una pequeña hueste de caballería, con Cortés en cabeza, se abalanza sobre el mando rival. Con la hueste cabalga María. El caballero Juan de Salamanca, abulense de Fontiveros, logra dar alcance al jefe azteca, herirlo de muerte y arrebatarse la enseña de entre las manos. En el código guerrero mexica, eso es tanto como una adversa señal divina. El ejército enemigo, al ver sus insignias en manos de los españoles, se disuelve como si fuera agua. Milagrosamente, Cortés ha ganado la batalla de Otumba.

Los españoles, quebrados pero victoriosos, se retiraron a Tlaxcala, territorio aliado, para reorganizarse. Cortés se dirige a las mujeres que forman entre los conquistadores y les ruega que se queden allí a descansar. Pero las damas no están dispuestas y le contestan así: «No es bien, señor Capitán, que mujeres españolas dexen a sus maridos yendo a la guerra; donde ellos murieren moriremos nosotras, y es razón que los indios entiendan que son tan valientes los españoles que hasta sus mujeres saben pelear, y queremos, pues para la cura de nuestros maridos y de los demás somos necesarias, tener parte en tan buenos trabajos, para ganar algún renombre como los demás

soldados». ¿Quiénes eran aquellas mujeres? Cervantes de Salazar menciona algunos nombres en su crónica: Beatriz de Palacios, María de Estrada, Joana Martín, Isabel Rodríguez «y otra que después se llamó doña Joana». Algunas eran esposas de los conquistadores; otras... no. Su trabajo era duro y abnegado: hacer guardias, preparar la comida, ensillar caballos, curar heridas, confeccionar ropas... ¡Y vaya si ganaron «algún renombre»!

Los conquistadores volverán a Tenochtitlán. Será casi un año más tarde. Cortés ha preparado a conciencia su revancha. Son solo 900 españoles. Pero esta vez cuentan con el refuerzo de 150.000 indios, nada menos: tlaxcaltecas, tepeaqueños, cempoaltecas, cholultecas, huejotzincos, chinantecos, xochimilcos, otomites, chalqueños, todos enfrentados a la tiranía de los aztecas. Ninguno de ellos ignora que esta es su oportunidad para liberarse del dominio mexica. Con los restos de las naves barrenadas en Veracruz, los nuestros construyen bergantines que arrastran cien kilómetros tierra adentro para atacar desde los lagos que rodean Tenochtitlán.

Cortés se lo tomó con calma: esta vez utilizaría el tiempo como un arma a su favor. En mayo de 1521 empezó el asedio al más clásico estilo de la guerra europea: cortar las vías de acceso, privar de abastecimiento de agua a los sitiados, levantar puntos fuertes sobre los que pueda pivotar la ofensiva... y esperar. En el interior de la ciudad se había declarado una epidemia de viruela que mató al sucesor de Moctezuma, su hermano Cuitlahuác. El jefe azteca era ahora Cuauhtémoc, que envió cartas de socorro a todos los pueblos cercanos. Fue en vano, una vez más: los aztecas pagaban ahora la dureza con la que habían aplicado su hegemonía.

Con todo, el asedio no fue un camino de rosas. En una de las escaramuzas previas, Cortés está a punto de caer preso de los mexicas. Un valiente, Cristóbal de Guzmán, interviene para rescatar al jefe y logra su propósito, pero es hecho preso a su vez junto a otros compañeros. Guzmán será inmediatamente sacrificado en lo alto de un templo. Bernal Díaz del Castillo lo contó con elocuencia: «Digamos ahora lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos cués, y es que tañían el maldito tambor, que digo otra vez que era el maldito sonido y más triste que se podía inventar, y sonaba en lejanas tierras, y tañían otros peores instrumentos y cosas diabólicas, y tenían grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos; y en aquel instante estaban sacrificando a nuestros compañeros de los que habían tomado a Cortés, que supimos que diez días arreo acabaron de sacrificar a todos nuestros soldados y al postrero dejaron a Cristóbal de Guzmán». El propósito de los mexicas era amedrentar a los españoles; no solo no lo consiguieron, sino que incluso enardecieron los ánimos de la tropa, en especial de Pedro de Alvarado, que, ebrio de deseos de venganza, se ofreció para dirigir la vanguardia del asalto.

La batalla final debió de ser impresionante, pero en realidad fue una batalla entre facciones indias. El propio Cortés le contará al emperador Carlos que los españoles no pudieron hacer otra cosa que «estorbar a nuestros amigos para que no hiciesen tanta crueldad». Tenochtitlán cayó el 13 de agosto de 1521. El jefe enemigo, Cuauhtémoc, fue apresado cuando intentaba huir en canoa. Llevado ante Cortés, pidió que se le matara: «Llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir a aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase», cuenta el propio conquistador. Pero Cuauhtémoc

valía mucho más vivo que muerto: aunque se le sometió a tormento, Cortés se aseguró de que permaneciera a su lado.

La conquista de Tenochtitlán significó el final del imperio azteca. Aún harían falta muchos esfuerzos para dominar todo el territorio, pero eso solo era cuestión de tiempo. Aquel 13 de agosto de 1521 marcó el destino de la América Hispana. Para dar solemnidad a la victoria se celebró un baile. Lo abrió una mujer: María de Estrada.

9. CON UN PIE EN CADA MAR

Elcano y Magallanes: la primera vuelta al mundo

Exactamente en el mismo periodo en que Cortés conquistaba el imperio azteca, un barco español, la nao *Victoria* de Magallanes y Elcano, escribía una hazaña asombrosa: por primera vez alguien daba la vuelta al mundo. El paso del Atlántico al Pacífico quedaba abierto.

Situémonos en el puerto de Sanlúcar de Barrameda un 6 de septiembre de 1522. Ha llegado una nao. Se llama *Victoria*. Tres años antes habían zarpado cinco barcos; solo vuelve este. En ellos viajaban 265 hombres; solo vuelven 18. Están enfermos y flacos, vestidos con harapos. Más parecen náufragos que héroes. Y sin embargo, estos 18 acaban de rubricar una hazaña extraordinaria: son los primeros hombres que han dado la vuelta al mundo.

Entre los embarcados hay gentes de todos los lugares de la corona, desde Huelva hasta Aquisgrán. Conocemos sus nombres: Juan Sebastián de Elcano, de Guetaria, capitán. Francisco Albo, de Axila, piloto. Miguel de Rodas, piloto. Juan de Acurio, de Bermeo, piloto. Antonio Lombardo (Pigafetta), de Vicenza, sobresaliente. Martín de Yudícibus, de Génova, marinero. Hernando de Bustamante, de Alcántara, marinero y barbero. Nicolás el Griego, de Nápoles, marinero. Miguel Sánchez, de Rodas, marinero. Antonio Hernández Colmenero, de Huelva, marinero. Francisco Rodrigues, portugués de Sevilla, marinero. Juan Rodríguez, de Huelva, marinero. Diego Carmena, marinero. Hans de Aquisgrán, cañonero. Juan de Arratia, de Bilbao, grumete. Vasco Gómez Gallego, el Portugués, de Bayona, grumete. Juan de Santandrés, de Cueto, grumete. Juan de Zubieta, de Baracaldo, paje.

Atentos a ese singular italiano, Antonio Lombardo, Pigafetta, criado de Magallanes, porque Pigafetta va a ser algo así como el reportero de a bordo: un cronista que va escribir, con un estilo vivísimo, todo lo que acontece en el viaje. Y gracias a Pigafetta conocemos hoy los detalles de esta extraordinaria aventura.

¿De dónde volvía esta gente, cuál había sido su singladura? Vamos cinco años atrás, a 1517. Un avezado marinero portugués, Fernando de Magallanes, ha concebido la idea de rectificar el rumbo de Colón y llegar hasta las Islas de las Especias a través del Atlántico, sí, pero por una ruta distinta. Colón buscaba las Indias y se ha topado con otra cosa, algo que pronto se llamará América. Durante los años siguientes, los marineros españoles buscarán sin éxito un paso a través del continente americano. Lo que Magallanes se propone es rodear América por su extremo sur y abrir una nueva ruta hacia Asia. Nadie ha ido nunca por ahí. Magallanes, apoyado en los mapas de su tiempo, cree que las primeras islas asiáticas no están lejos de la barrera americana.

No es un loco Magallanes: es un caballero que se acerca a los cuarenta años, hijo de una noble familia del norte de Portugal, formado como paje en la corte del rey Juan, y desde 1505 ha participado en importantísimas expediciones portuguesas a la India por el camino oriental. Ha estado en Goa, en Cochín, en Quiloa, en Diu, en Malaca... De vuelta a casa, en 1513 ha dorado sus blasones en la batalla de Azamor, en Marruecos, siempre al servicio de la corona portuguesa, victoria que le

valió un relevante puesto en la administración colonial. Aquí, sin embargo, un mal paso le hace caer en desgracia: se le acusa de comercio ilegal con los moros y se comprueba la veracidad de las denuncias. El marino se queda sin empleo.

Magallanes se siente injustamente tratado; tanto que rechaza unirse a una nueva expedición en 1515. En vez de eso, viaja a Lisboa y se dedica a estudiar mapas con su amigo Rui Faleiro, reconocido cosmógrafo. Algo grande ronda la cabeza del navegante: un viejo compañero de fatigas, Francisco Serrao, se ha instalado en las Molucas y desde allí envía a nuestro hombre preciosas informaciones sobre la posición exacta de las Islas de las Especies. Magallanes recibe esas informaciones, las contrasta con las cartas de navegación de Faleiro y concluye que esas islas, muy posiblemente, están en la parte española de la línea de Tordesillas. El marino ofrece su proyecto al rey de Portugal, Manuel I el Afortunado. Manuel, casado con una hija de los Reyes Católicos, lo rechaza: ese viaje transcurre por una ruta bajo jurisdicción española y ampararlo supondría vulnerar los acuerdos con España. Magallanes entiende que su futuro pasa por la corona española.

Mediado 1517, Magallanes aparece en Sevilla; con él viene Faleiro. Sevilla, ya lo sabemos, es la cabecera de las expediciones a las Indias. El navegante tiene en su agenda dos importantes citas: una, casarse con Beatriz Barbosa, hija de una influyente familia portuguesa instalada en la ciudad del Guadalquivir; la otra, entrevistarse con Juan de Aranda, el factor de la Casa de la Contratación. Lo que Magallanes ofrece a la Casa es una propuesta estimulante: llegar a las Islas de las Especies por la ruta occidental navegando aguas españolas, fuera del control portugués. Factible, sí, pero nadie ha pasado antes por ahí; de hecho, se ignora qué hay más al sur del Plata. Bien es cierto que los barcos españoles han afrontado ya aventuras aún más insensatas. Los promotores de la idea consiguen inmediatamente el apoyo del obispo Fonseca, que está recuperando su influencia en las cosas de Indias y ya planea nuevas expediciones —enseguida lo veremos— que permitan sacar el máximo partido de los hallazgos en la mar del Sur. El propio rey Carlos I apuesta por la operación. Era el 22 de marzo de 1518.

El entusiasmo de la corte española ante la propuesta de Magallanes es perfectamente explicable: si se demostrara que las Islas de las Especies, es decir, las Molucas, forman parte de la zona atribuida a España en el Tratado de Tordesillas, el principal tráfico comercial de aquel momento quedaría bajo el cetro de Carlos I. Con bases ya establecidas en la orilla oriental del Nuevo Mundo —tras el hallazgo del Pacífico por Núñez de Balboa—, el mapa de la navegación mundial tendría un inequívoco sabor español. Los beneficios que la empresa podría reportar a la corona española serían extraordinarios. Después de todo, eso era lo que se venía buscando desde 1492: un paso a Oriente por occidente. Si Magallanes tenía razón, la hegemonía española en el mundo sería incontestable. Fonseca vio aquí una oportunidad de oro para limpiar su nombre después de los pasados sinsabores. Carlos I no dudó en ofrecer a Magallanes y Faleiro los más altos honores: comendadores de la Orden de Santiago, los títulos de gobernador en las zonas descubiertas, el monopolio de la nueva ruta por diez años, una vigésima parte de las ganancias netas del viaje e incluso una isla en propiedad para cada uno.

La gestación del viaje daría para escribir una novela de intriga: dificultades financieras, rivalidades de corte, agentes portugueses que intentan frustrar el proyecto... Sí, porque la corona

portuguesa no va a afrontar la aventura, pero tampoco tiene la menor intención de dejar que los españoles se lleven el premio. Para colmo de problemas, Faleiro se pelea con el navegante y abandona la empresa. Otro portugués, Diego Ribeiro, que ya trabajaba para la Casa de la Contratación, tomará su puesto como cartógrafo. Y un rico mercader castellano, Cristóbal de Haro, asumirá la inversión necesaria en dinero y bastimentos. Magallanes, hombre obstinado, consigue finalmente su propósito. Reúne cinco barcos: la *Trinidad*, que es la capitana; la *Concepción*, cuyo contramaestre es Elcano; la *Victoria*, la *Santiago* y la *San Antonio*. A bordo viajan 234 hombres. Casi medio centenar son portugueses enrolados en España; otros tantos son vascos. El 10 de agosto de 1519 zarpan de Sevilla. Tras una larga estancia de avituallamiento en Sanlúcar de Barrameda, el 20 de septiembre se hacen a la mar.

El primer tramo de la expedición es relativamente tranquilo. Tocan Río de Janeiro, bordean la costa del Brasil, exploran la gran boca del Río de la Plata y el litoral de la Patagonia. Es marzo de 1520. Hasta aquí llegan las aguas conocidas por los navegantes después de la expedición de Solís. Pero pronto aparecen los problemas. Uno: Magallanes mantiene el secreto sobre el objetivo de su viaje, lo cual inquieta sobremanera al resto de los capitanes. Dos: estos, los capitanes españoles, están ya muy mal predispuestos hacia Magallanes, en buena parte por la cizaña sembrada en Sanlúcar por los agentes portugueses. Tres: pasan los meses, la costa parece interminable, no se ve ningún paso hacia el otro lado y, además, hace un frío que pela, porque estamos en el hemisferio sur y aquí el invierno empieza en marzo. Magallanes decide invernar en la bahía de San Julián. No es un hotel confortable. Hace mucho frío. La temperatura media en el mes de julio es de 1,2 grados, con máximas que nunca suben de los 5. Nadie ha estado nunca tanto tiempo por esos parajes. Cunde el miedo. Y con el miedo, el primer motín. El inspector de la expedición, Juan de Cartagena, secundado por otros capitanes como Mendoza y Quesada, se niega a seguir adelante.

Magallanes resolverá el problema a fuerza de astucia: envió a uno de sus capitanes, Gómez de Espinosa, con una carta para Mendoza; pretextaba parlamentar, pero en realidad era una añagaza para meter a un grupo de hombres armados en el barco de los amotinados. Mendoza murió de una cuchillada en la garganta mientras leía la carta de Magallanes. Quesada fue juzgado y condenado a muerte. El jefe será severo con los culpables: los expulsa de la escuadra y los abandona en medio de la nada patagónica. Así lo cuenta Pigafetta: «Habíamos apenas fondeado en este puerto, cuando los capitanes de las otras naves formaron un complot para matar al comandante en jefe: estos traidores eran Juan de Cartagena, veedor de la escuadra; Luis de Mendoza, tesorero; Antonio Coca, contador, y Gaspar de Quesada. El complot fue descubierto, y muertos Mendoza y Quesada. Se perdonó a Juan de Cartagena, quien algunos días después meditó una nueva traición. Entonces el comandante, que no osaba quitarle la vida porque había sido creado capitán por el Emperador en persona, lo arrojó de la escuadra y lo abandonó en la tierra de los Patagones con cierto sacerdote su cómplice». Ese sacerdote era un clérigo francés que oficiaba de capellán de la flota. Y allí se quedaron ambos, Cartagena y el cura, desterrados en el vacío.

Magallanes tenía derecho a aplicar justicia: era uno de sus atributos como capitán general. Sus sanciones parecen duras, pero, en realidad, fue clemente: con la ley en la mano, dictó cuarenta condenas a muerte y solo ejecutó dos. Más bien prefirió contemporizar con unos marineros sin los

que no hubiera podido proseguir viaje. Uno de los más beneficiados por aquella indulgencia fue precisamente Elcano, subordinado de Quesada, que estaba entre los cabecillas del motín. Elcano se vio atrapado en un conflicto de fidelidades: o seguir al capitán de su barco, o seguir al jefe de la expedición. Elcano anduvo entre dos aguas: se amotinó, pero también contribuyó a aplacar los ánimos. Y el caso es que se ganó la confianza de Magallanes.

Sofocado el motín, la expedición fondea en una bahía a la que llamará San Julián. Allí, en un paisaje de marismas, los hombres van a pasar cinco largos meses bajo el frío austral. No dejan de ocurrir desgracias: la *Santiago*, enviada a un reconocimiento hacia el sur, se estrella contra la costa por un temporal. Milagrosamente, no habrá muertos. Los expedicionarios se dedican a cazar: avestruces, conejos, zorros, moluscos; obtienen agua derritiendo grandes bloques de hielo. Pero también allí va a ocurrir algo muy importante: la expedición descubre a los indios tehuelches, a los que llamarán «patagones» por las enormes huellas que sus abarcas dejaban en la nieve. La descripción que de ellos hace Pigafetta no ahorra detalles:

Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza (...). Al vernos manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin dudas significarnos que habíamos descendido del cielo. Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circudados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas (...). Las mujeres no son tan grandes como los hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes tienen más de un pie de largo. Se pintan y visten de la misma manera que sus maridos, pero usan una piel delgada que les cubre sus partes naturales. Y aunque a nuestros ojos distaban de ser bellas, sin embargo sus maridos parecían muy celosos (...). Por muy salvajes que sean, no dejan estos indios de poseer cierta especie de ciencia médica: por ejemplo, si tienen dolor de cabeza, se hacen una incisión en la frente, efectuando la misma operación en todas las partes del cuerpo donde sienten dolor, a fin de dejar salir una gran cantidad de sangre de la región dolorida (...). Llevan los cabellos cortados en forma de cepillo, como los frailes, pero más largos, y sostenidos alrededor de la cabeza por un cordón de lana, en el cual colocan sus flechas cuando van de caza. Cuando el frío es muy intenso, se atan estrechamente sus partes naturales contra el cuerpo. Parece que su religión se limita a adorar al diablo (...). Se alimentan de ordinario de carne cruda y de una raíz dulce que llaman capac. Son grandes comedores: los dos que habíamos cogido se comían cada uno en el día una cesta llena de bizcochos y se bebían de un resuello medio cubo de agua. Devoraban los ratones crudos y aun con piel. Nuestro capitán dio a este pueblo el nombre de Patagones.

La expedición volvió a ponerse en marcha a finales de agosto, siempre hacia el sur. El camino es dramático: borrascas, temporales. En uno de ellos, la flota está a punto de irse a pique. En ese momento los mástiles se recubren del fuego de San Telmo, que los marineros interpretan como una señal del auxilio divino. En efecto, la flota consigue salvarse. Magallanes se verá obligado a fondear otros dos meses. Antes de zarpar, ordena que todos sus hombres se confiesen y comulguen: van a afrontar el desafío decisivo.

El 21 de octubre de 1520 se hace el gran descubrimiento: un cabo tras el cual se anuncia una gran entrada de mar. ¿Era el ansiado paso? Los nuestros llamarán a ese cabo «de las Once Mil Vírgenes», conforme al santoral. Magallanes recorre cuidadosamente el cabo. Encuentra un estrecho canal. Es ya el 1 de noviembre, día de Todos los Santos. Tal será el nombre que reciba el estrecho, que hoy conocemos como «de Magallanes». En la orilla vislumbran los navegantes unos inquietantes fuegos

naturales: son emanaciones de gas que los indios, en algún momento, hicieron arder; desde entonces ese paraje se llama Tierra del Fuego. El canal es estrecho; muy estrecho. El paisaje en derredor, desolado. Pero de repente el mar se abre en una gran bahía, la de San Bartolomé, y ante los ojos de los marinos aparece un mundo enteramente distinto de altas montañas nevadas y frondosos bosques. ¿Es ya el final del paso? No. Ahora el estrecho gira vertiginoso hacia el sur. Y más complicaciones: de repente la mar se abre en dos brazos.

Magallanes resuelve desdoblar la expedición: los cuatro barcos que todavía le quedan explorarán ambos brazos y volverán al punto de partida. Pero en esos días ocurre de nuevo algo desagradable: una deserción. Porque la *San Antonio*, al mando de Álvaro de Mezquita, pariente de Magallanes, ha vuelto al punto indicado y, al no hallar al jefe, ha sufrido una sublevación. El piloto portugués Esteban Gómez se amotina, apresa a Mezquita y decide abandonar la flota para volver a España. Gómez quiere dar la noticia de que se ha descubierto el paso a Oriente —y, de paso, atribuirse el mérito—. Lo logrará. Más tarde encontraremos a Gómez explorando el Atlántico norte y dibujando el primer mapa de toda la costa norteamericana. Pero el que encontró el paso al Pacífico fue Magallanes.

Cuando los barcos se reunieron, el capitán constató que la *San Antonio* no estaba. Temió que hubiera naufragado en algún punto de aquellas escarpadas costas. Ignorante de su deserción, se demoró varios días en su búsqueda. Finalmente, persuadido de que alguna desgracia se había abatido sobre la *San Antonio*, salió de allí con los tres barcos que le quedaban. El camino correcto para salir de aquel laberinto era el estrecho que se extendía hacia el noroeste. Magallanes se hizo una adecuada composición de lugar: sin duda las tierras que quedaban al norte eran el extremo austral de las Indias; al sur, solo islas sin mayor significado. Y al fin, el océano. Al otro lado del estrecho, el mar se les presenta suave, apenas agitado por unos amables alisios que hinchan grácilmente las velas. A Magallanes le resulta tan dulce que lo bautiza como mar de las Damas o Pacífico.

De todos modos, aún quedaba lo más difícil para las tres naves que seguían en la expedición: llegar a las Islas de las Especies. Y a partir de aquí la crónica del viaje es una brutal prueba de supervivencia. Primero, el hambre. Acto seguido, las enfermedades. Pigafetta lo describe con su habitual realismo: «La galleta que comíamos ya no era más pan sino un polvo lleno de gusanos que habían devorado toda su sustancia. Además, tenía un olor fétido insoportable porque estaba impregnada de orina de ratas. El agua que bebíamos era pútrida y hedionda. Por no morir de hambre, nos hemos visto obligados a comer los trozos de cuero que cubrían el mástil mayor (...). Muy a menudo, estábamos reducidos a alimentarnos de aserrín; y las ratas, tan repugnantes para el hombre, se habían vuelto un alimento tan buscado, que se pagaba hasta medio ducado por cada una de ellas». La falta de víveres y de agua fresca debilita los cuerpos. La peor maldición no tarda en aparecer: «Nuestra más grande desgracia llegó cuando nos vimos atacados por una especie de enfermedad que nos inflaba las mandíbulas hasta que nuestros dientes quedaban escondidos». Esa «especie de enfermedad» era el escorbuto, el flagelo de los marinos, que se contrae por falta de vitaminas. Sus consecuencias inmediatas son la caída del cabello, hemorragias generalizadas internas y externas, flebotrombosis y, finalmente, la muerte.

Son tres meses horribles. Los marineros empiezan a morir uno tras otro. No tocan tierra hasta el

mes de enero: son las islas de los Ladrones, hoy llamadas Marianas. Los supervivientes pueden aprovisionarse de alimentos frescos. El 16 de marzo llegan a San Lázaro, hoy Filipinas: los hombres de Magallanes serán los primeros en celebrar allí una misa. Después, Cebú, siempre en las Filipinas. Descanso para el cuerpo y para el alma. Están a un paso de las Molucas. La expedición ha cumplido su objetivo: se ha encontrado un camino para llegar a las Indias navegando hacia occidente. Y sin embargo...

Será aquí, en lo que todavía no eran las Filipinas, donde se consuma la tragedia: los expedicionarios entran en amigables tratos con los aborígenes, pero un cacique local, Lapu-Lapu, celoso de su jefe, tiende una emboscada a los españoles. En la batalla mueren muchos marinos, entre ellos el propio Magallanes. Sobreviven 114 hombres. Tan pocos que sobra un barco. Los expedicionarios deciden hundir la *Concepción*. Ya solo quedan dos: la *Trinidad* y la *Victoria*. La primera la mandará el fiel Gonzalo Gómez de Espinosa; la segunda, Elcano.

Los barcos seguirán ruta hasta llegar a su destino. Arriban a la isla de Ternate, donde Serrao, aquel amigo de Magallanes, se había instalado, y después recalán en Tidore. Las Molucas son un archipiélago de más de 600 islas que a los nuestros, después de tantas penalidades, debió de parecerles el paraíso. Su nombre, Molucas, proviene del árabe: Jazirat al-Muluk, «islas de los reyes», las llamaron los primeros mercaderes árabes que aquí acudieron en busca de las preciadísimas especias: nuez moscada, clavo de olor... Elcano y los suyos cambian paños y otras mercaderías por una importante cantidad de especias, sobre todo clavo. Están en la meta. Pero lo que han dejado atrás es demasiado costoso.

Ahora el problema es volver. La *Victoria* todavía navega, pero la *Trinidad* hace agua. El 21 de diciembre la expedición se divide. La *Trinidad* no tiene más remedio que atracar para reparar su casco. Su capitán, Gómez de Espinosa, se propone dar después la vuelta y dirigirse al Darién, entre Panamá y Colombia; fracasará, se verá obligado a volver a las Molucas y sus hombres, extenuados y enfermos, terminarán siendo apresados por los portugueses, que les someterán a un cruel cautiverio. Mientras tanto, la *Victoria*, bajo el mando de Elcano, sigue hacia occidente, doblando África por el sur y luego rumbo a Castilla. Lo conseguirá, como sabemos, pero el viaje es un calvario de hambre, sed y enfermedades. Para colmo de males, Portugal, donde ahora reina Juan III, se ha propuesto desbaratar la nueva ruta española: todos los puertos bajo dominio portugués negarán cualquier ayuda a Elcano. En Cabo Verde, ya en el África occidental, el guipuzcoano envía a 13 hombres para conseguir víveres y los portugueses los apresan. Elcano comprende que nadie va a socorrerle. Está solo en medio del océano. No tiene otra opción que navegar. Así llega a Sanlúcar ese 6 de septiembre de 1522, con solo 17 hombres, después de recorrer 14.000 leguas. Fin del viaje.

El emperador Carlos llenó de honores a Elcano: le concedió una renta anual de 500 ducados de oro y un escudo de armas cuya cimera, un globo terráqueo, llevará la leyenda *Primus circumdetisti me* («El primero que me dio la vuelta»). El emperador recibió personalmente a todos los supervivientes y, además, se preocupó de que fueran liberados los marineros apresados por los portugueses. Esta vez la aventura, después de todo, terminó bien. Y para la Historia quedó la proeza: se había dado por primera vez la vuelta al planeta.

¿Y qué hizo Elcano *después*? Elcano vivió tranquilo durante unos años, con su jugosa renta, hasta

que la sangre marinera se le sublevó. Apenas cuatro años después de su retorno, el 4 de agosto de 1526, moría mientras atravesaba el Pacífico. Hay un viejo dicho latino que Plutarco atribuye a Pompeyo y que la Liga Hanseática adoptó como lema: *Navigare necesse est, vivere non est necesse*. «Navegar es necesario, vivir no es necesario». Así, como marino, vivió, es decir, navegó Juan Sebastián Elcano. Su último viaje, en la expedición de García Jofre de Loáisa, es casi legendario. El barco que mandaba Elcano se llamaba *Espíritu Santo*. Iba a conquistar las Molucas. Elcano murió a bordo. Con él navegaban varios pilotos del viaje de la *Victoria*, pero también, según se dice, un célebre veterano: Rodrigo de Triana, el primer hombre que vio América. Y además, otro marino que años después sería el primero en descubrir la ruta de ida y vuelta por el Pacífico: Andrés de Urdaneta. Esta no es otra historia: es la misma, y eso es lo prodigioso. Ya llegaremos a ello.

Bases estables en el otro mar

La expedición de Magallanes y Elcano marcó un hito en la Historia Universal al demostrar empíricamente la redondez del planeta, confirmar sin ningún género de duda que América (las Indias) era un continente distinto de Asia y abrir una vía de comunicación entre los dos grandes océanos. Ahora bien, aquel viaje solo era una parte de un proyecto más ambicioso: una vez descubierto el Pacífico por Núñez de Balboa, el objetivo de la corona española era establecer bases permanentes en sus costas y navegar ese mar (la mar del Sur) en todas las direcciones posibles. La de Magallanes era una de las vías, pero había otras. En particular, era preciso saber hasta dónde podía llegarse desde el Darién, el Panamá de Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila. Y ahí vamos a encontrar a un hombre que se propone navegar por el nuevo océano. Ese hombre se llama Gil González Dávila y a él se debe el descubrimiento de los territorios que hoy conocemos como Nicaragua y Honduras, aunque el final de su epopeya será más bien desdichado.

Para contar esta nueva historia desde el principio tenemos que retroceder unos pocos años, a 1519. En España ya se conoce el descubrimiento de la mar del Sur, el océano Pacífico, y el triste fin de Núñez de Balboa. El obispo Fonseca, el «cerebro» que en Castilla ha venido organizando las cosas de Indias desde 1493, ha vuelto a la escena. En su mente no hay otra cosa que el gran proyecto: encontrar por fin el paso hacia Oriente. El obispo tenía encima de la mesa el proyecto de Magallanes, que se propone bordear el nuevo continente por el sur. Las exploraciones efectuadas hasta entonces habían llegado al estuario del Plata. Nadie sabe exactamente por dónde continúa el camino ni qué hay al otro lado, pero el hallazgo de Núñez de Balboa ha confirmado que un gran mar se extiende al occidente de las tierras descubiertas en el Darién. Fonseca piensa que es el momento de dar el salto: explorar la ruta occidental y poner bases en las costas del nuevo mar. Magallanes, sí, hará el viaje. Pero, al mismo tiempo, habrá que establecer bases en la costa para multiplicar las posibilidades de dominar ese nuevo mar. Y aquí es donde entra Gil González Dávila.

Vayamos ahora al personaje. González Dávila era, ante todo, un hombre de la estricta confianza del obispo Fonseca. Había nacido en Ávila hacia 1480, era licenciado en leyes, de linaje hidalgo, y había hecho carrera a la sombra del obispo; no era, pues, un simple aventurero. Se sabe que marchó por primera vez a América en 1509, acompañando a Diego Colón cuando este fue a tomar posesión como gobernador; era uno de los agentes que el suspicaz obispo había colocado, a modo de vigilantes, en el equipaje del hijo del descubridor. En La Española, Gil recibió el nombramiento de contador y regidor de Santo Domingo, y se le dotó con un repartimiento de indios digno de un gran hacendado: tres caciques con sus indios —un total de 160 personas—, más 42 «naborías de casa», que era como se llamaba al personal de servicio doméstico. Un envidiable estatuto.

Ahora bien, el descubrimiento de la mar del Sur abre nuevas expectativas para todos, y también para nuestro personaje. Hacia 1515, Gil González Dávila concibe un proyecto estimulante: dar el salto al Darién, llegar al nuevo mar y explorarlo a fondo. Hombre de Fonseca como era, no duda en regresar a España para exponer su plan. No eran buenos tiempos: el viejo obispo había sido apartado por los nuevos cortesanos flamencos del rey Carlos. Pero, como hemos visto, eso pronto iba a cambiar. En cuanto Fonseca vuelve a ocuparse de las cosas de Indias, recibe a su fiel Gil. El

proyecto encaja perfectamente con las nuevas perspectivas del obispo. Hay, sin embargo, un problema: Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila se las tienen tiesas por el control del territorio. El uno esgrime sus títulos de adelantado y gobernador del Panamá y Coiba; el otro, su rango de gobernador de Castilla del Oro, que era como se llamó a aquel pedazo de tierra. Será difícil meter ahí la cuchara. La única opción es explorar los territorios algo más al norte, para eludir a los dos conquistadores. En junio de 1518 se firman las capitulaciones para la empresa. Pero he aquí que enseguida llega a España la noticia de que Núñez de Balboa ha sido ajusticiado en enero de 1519. Y eso modifica el paisaje.

Quien ha traído a España la triste nueva es Andrés Niño, hijo del célebre piloto Juan Niño, la misma familia que fletó la carabela *Niña* en el primer viaje del descubrimiento. Niño, que ha estado en Panamá, viene con otro fiel de Balboa: el joven tesorero Andrés de Cereceda. Ambos se entrevistan con Fonseca. Y los dos Andrés añaden algo más: primero, que Pedrarias Dávila ha dado permiso a varios de sus tenientes para explorar el litoral; segundo, que Núñez de Balboa, antes de morir, ha dejado armados varios barcos listos para esa tarea. Gil González Dávila ve claro el proyecto: asociarse con Niño y Cereceda, reclamar para sí los barcos de Núñez de Balboa y proseguir la exploración que este no pudo llevar a cabo. El obispo Fonseca, que quiere mantenerlo todo bajo su control, no puede sino aplaudir la empresa: esta expedición le permitirá establecer puertos en la costa occidental, abierta al nuevo mar, y de paso limitará el poder de Pedrarias Dávila en la región.

Fonseca autoriza a los expedicionarios a explorar mil leguas en la mar del Sur hacia el oeste, con el propósito de llegar a las islas Molucas. Termina el verano de 1519 —Magallanes acaba de emprender su viaje— cuando Gil González, Niño y Cereceda se hacen a la mar. Llevan 200 hombres y tres carabelas: la *Merced*, la *Victoria* y la *Consolación*. Dentro de los barcos van otros dos navíos desmontados por piezas; así habrán de ser transportados luego por tierra hasta llegar a la costa del Pacífico, donde serán de nuevo ensamblados. Gil González Dávila era un tipo inteligente y resolutivo. Niño, un excelente piloto con buen conocimiento de aquellas aguas. Cereceda, un aplicado y eficaz administrador. El plan no podía fallar.

Con lo que no habían contado los expedicionarios, ni seguramente el propio Fonseca, era con que Pedrarias Dávila no estaba en absoluto dispuesto a facilitarles las cosas. Gil González, Niño y Cereceda llegaron a presencia del gobernador en enero de 1520, en Acla, en la costa atlántica panameña. Encontraron a un hombre extraordinariamente hostil, profundamente desconfiado hacia todo y hacia todos, resuelto a sofocar cualquier atisbo de desafío a su autoridad y, seguramente —pero esto solo es hipótesis—, dispuesto a sacar partido hasta de la última onza de oro que apareciera en aquellas tierras. De hecho, Pedrarias no permitirá a los recién llegados abordar su empresa hasta que, por vía del tesorero De la Puente, estos le inviten a participar en los beneficios: 300 pesos serán la llave de la solución al problema. Más de un año se demoraron las negociaciones. Hasta la primavera de 1521 no pudieron Gil y Niño cruzar el istmo e instalar sus talleres en la costa del Pacífico. El plan inicial era fletar siete naves; finalmente tuvieron que conformarse con cuatro. Eso, más un centenar de hombres y unos cuantos caballos. Gil González Dávila y Andrés Niño debieron de respirar bien hondo cuando, por fin, el 21 de enero de 1522, dos años después de su llegada a

Panamá, pudieron zarpar rumbo norte desde el archipiélago de las Perlas. Para esa fecha, Cortés ya había conquistado Tenochtitlán y Elcano había alcanzado las Islas de las Especias; nuestros protagonistas, naturalmente, lo ignoraban.

El objetivo de Gil y Niño era muy concreto: primero y ante todo, encontrar un paso entre los dos mares; después, aunque no de manera secundaria, «rescatar» —que esa era la palabra empleada— la mayor fortuna posible. Los nuestros no podían pasar por tierra desde Panamá hasta la actual Costa Rica: aunque en el mapa son territorios contiguos, la orografía costarricense hace extremadamente penoso atravesar esa región; de hecho, anteriores expediciones españolas habían tenido que abandonar el propósito al medirse con aquel laberinto montañoso envuelto en humedad y lleno de pantanos. Más al norte, sin embargo, la tierra se abría en selvas llanas aptas para la exploración. Pocos años antes, Hernán Ponce de León y Juan Castañeda habían recorrido el litoral pacífico hasta un ancho y amable golfo y una gran península. Fue aquí donde apuntaron Niño y Gil González.

El golfo en cuestión era lo que hoy se llama golfo de Nicoya, una enorme ensenada de 90 kilómetros de fondo y anchura de hasta 50 kilómetros, recortada a su vez en golfos y salientes más pequeños, que los nuestros, como quien pone nombres sobre un mapa mudo, fueron bautizando con el habitual repertorio del santoral: el golfo de San Vicente en lo que hoy es la ensenada de Tivives, y el de Sanlúcar en lo que aún hoy se llama isla de San Lucas. El de San Vicente era el primer objetivo de los viajeros, pero la mar tiene sus propios planes: los barcos enseguida empezaron a sufrir los efectos de la broma —el parásito que tantas páginas lleva acompañándonos—, de manera que Niño se vio obligado a detener la marcha. La expedición se dividió: el piloto envió un bergantín de vuelta a Panamá en busca de pez para calafatear los barcos y, mientras tanto, permanecería en la isla de San Lucas; Gil González, por su parte, afrontaría por tierra la exploración de aquellos nuevos parajes. Fue así como entró en nuestra historia la península de Nicoya y, con ella, lo que pronto se llamaría Nicaragua.

El periplo de Gil González Dávila por aquel territorio es asombroso y no tiene nada que envidiar a otras grandes gestas de conquista; por desgracia, la mayor parte de la documentación relativa a esta expedición se perdió en un incendio en el siglo xviii, de manera que los datos que han llegado hasta nosotros son muy fragmentarios. Aun así, lo que sabemos basta para inspirar admiración. Primero y ante todo: lo que los españoles encontraron allí superaba con mucho cualquier expectativa. Hasta entonces, los pueblos descubiertos en las selvas de la América Central eran comunidades muy primitivas, de pequeña dimensión y poco evolucionadas. Pero ahora aparecía la puerta de una civilización desarrollada y compleja, de población abundante, con ciudades bien estructuradas y destrezas técnicas notables en orfebrería, cerámica y artesanía textil. Allí, en aquella península, descubrieron los españoles una ciudad con plazas y, como en casi todas partes, los preceptivos altares para sacrificios humanos. Los cronistas de la época contaron unos 6.000 habitantes. De esta primera ciudad dependían a su vez otras más pequeñas. Los nuestros pusieron a todo este nuevo mundo el nombre de su cacique: Nicoya, precisamente.

El tal cacique Nicoya, a todo esto, demostró ser un anfitrión excelente: acogió a los españoles con benevolencia, les colmó de regalos y permitió que un nutrido grupo de sus súbditos se bautizara. Gil González Dávila, por su parte, manifestó unas notables dotes para ganarse la amistad de los

nativos. No tardó en descubrir que Nicoya se hallaba en guerra con otros caciques vecinos. Supo que hacia el noroeste había otros reyes —Nicarao, Chorotega, Gurutina, Chomi— de belicoso carácter. Naturalmente, Nicoya trató de obtener la ayuda de Gil para hacer frente a sus vecinos, y Gil, también naturalmente, se la brindó. Diez días estuvieron los expedicionarios en Nicoya. Y concluida la visita, siguieron rumbo norte, hacia las tierras del hostil Nicarao.

Los españoles nombraban a los pueblos descubiertos con el nombre de sus caciques, pero hoy los antropólogos han determinado que aquella gente, los de Nicoya y sus vecinos, conformaba un grupo étnico específico: los chorotegas, un conjunto de pueblos de origen norteño desplazado violentamente hacia el sur por los mexicas, y que a su vez desplazó a otras culturas preexistentes. No eran mayas ni aztecas, aunque todo indica que mantenían relaciones con el mundo mexica y, además, compartían con ellos algunos rasgos de civilización. Junto a estos chorotegas había además otros pueblos de lengua nahua, es decir, emparentados con los mexicas, y unos y otros andaban en perpetuas guerras entre sí. No hay que decir hasta qué punto facilitó esto las cosas para aquellos 100 españoles que, asombrados, veían cómo se les abrían las selvas de este nuevo mundo.

Gil González y los suyos acudieron, en efecto, al encuentro de Chorotega, y allí se vieron agasajados con 4.708 pesos y 4 tomines de oro, además de bautizar a 487 nativos. La misma operación efectuaron en las tierras del vecino cacique Gurutina, uno de los más ricos de la región, que entregó a los nuestros 6.053 pesos de oro y 713 almas para bautizar. Menos amigable fue el cacique Chomi, que huyó al ver llegar a los españoles; de sus predios recogieron 683 pesos y 2 tomines de oro. Todas estas cifras las conocemos por la relación de Andrés de Cereceda, el contador de la expedición. Con el oro de estos caciques más otros cuyo detalle ahorraremos aquí, el balance de la «entrada» ascendió a 90.000 pesos de oro. ¿Eso es mucho o poco? Veamos. Un peso de oro equivalía a 500 maravedíes. Es decir, que Gil González recogió oro por valor de 45 millones de maravedíes. Por la Hacienda de la época sabemos que una persona era considerada rica a partir de una renta de 20.000 maravedíes. De manera que, aunque el oro hallado en la región no era de la mejor calidad, la conclusión va de suyo.

Uno de los caciques que más oro aportó (18.500 pesos) fue el antes mencionado Nicarao, un hombre que, sin embargo, no iba a pasar a la Historia por su generoso tributo, sino por el profundo diálogo que, según la tradición cronística, mantuvo con González Dávila. Este Nicarao o Niqueragua era un poderoso jefe guerrero de origen nahua —es decir, no chorotega—, cuyos territorios se extendían al sur y el este de un gran lago. Cuando los españoles llegaron ante él, Nicarao los recibió amistosamente y quiso saber no solo quiénes eran, sino también cuál era su visión del mundo. «¿Has escuchado hablar de un gran diluvio que acabó con la humanidad? ¿Volverá Dios a hacer naufragar la tierra?», dice el cronista Pedro Mártir de Anglería que preguntó Nicarao a Gil González Dávila. «¿Qué sucede después de la muerte?». Aún más: «¿Cómo se mueven el sol, la luna y las estrellas? ¿A qué distancia se encuentran? ¿Cuándo dejarán de brillar?». Era la primera vez que los nuestros entraban tan a fondo en el mundo cultural de los indios mesoamericanos.

Hay quien pone en duda este diálogo y lo considera fruto de la leyenda. Argumento: en ninguna parte consta que los españoles llevaran consigo intérpretes. Eso es cierto, pero tampoco consta en parte alguna lo contrario. Por otro lado, quien da cuenta del famoso diálogo, el italiano Mártir de

Anglería, era uno de los grandes talentos de la época: un italiano hispanizado que desde 1487 trabajaba para la corona española como diplomático y que en 1520 había entrado en el Consejo de Indias. Mártir cita como fuente los papeles de González Dávila y el testimonio del tesorero Cereceda, que fue uno de los cinco testigos de aquel diálogo. Es posible que el buen don Pedro, humanista clásico, adornara el encuentro, pero no hay razones para creer que se lo inventara todo. Y el hecho, en cualquier caso, es que Nicarao ofrecería a los españoles el nombre con el que bautizar a todo aquel territorio: Nicaragua.

Del encuentro con Nicarao sacaron los nuestros informaciones muy valiosas. La más impresionante, la existencia de un enorme lago algo más al este. ¿Era el ansiado paso al otro mar? Gil lo exploró: no, no era el otro mar, pero quizás aquel lago tuviera canales que enlazaran los dos océanos. No pudo completar la exploración porque entonces apareció otro de los peligros que Nicarao le había anunciado: los hostiles hombres del cacique Diriangén, un belicoso chorotega que gobernaba las tierras al noroeste del gran lago. Dice la crónica que Diriangén salió al paso de los españoles con un fastuoso cortejo de 500 hombres, 5 trompeteros y 17 muchachas profusamente adornadas con objetos de oro. Diriangén ofreció pavos a los españoles, y los nuestros, en son de paz, le propusieron el bautismo. El cacique pidió tres días antes de contestar. Y al cabo de ese plazo, el 17 de abril de 1523, volvió Diriangén con 4.000 guerreros dispuestos a aniquilar al centenar de hombres de Gil González Dávila. Fueron cuatro horas de lucha. Los nuestros detuvieron el ataque y lograron replegarse hacia las tierras de Nicarao. Ya poco más había que hacer allí. En el golfo de San Vicente debían de estar esperando los barcos de Andrés Niño.

Porque, en efecto, mientras Gil González Dávila afrontaba su expedición terrestre, Niño había recibido los bastimentos precisos para reparar sus barcos y navegar hacia el norte en su propia aventura. Fue él, Andrés Niño, el primer europeo que pudo ver y describir las costas del nuevo océano. Ante los ojos de los marineros fue apareciendo el perfil de la costa centroamericana del Pacífico: el puerto de la Posesión (hoy Corinto, en Nicaragua), el golfo de Fonseca (entre El Salvador y Honduras), así llamado en honor al obispo que patrocinaba el viaje, y desde allí toda la actual costa guatemalteca hasta el golfo de Tehuantepec, en México. Niño buscaba igualmente el paso hacia el otro mar. Tampoco lo encontró. A cambio, volvía con una buena cosecha de oro y perlas y con el mapa más completo de la costa pacífica de América Central. Cuando los barcos retornaron a San Vicente, recogieron a los de Gil González Dávila. Empezaba junio de 1523. La aventura había durado un año y medio.

Los viajeros regresaron a Panamá el 25 de junio. Traían los cuerpos rotos y los barcos en precario, pero los frutos habían sido cuantiosos: no solo los referidos 90.000 pesos de oro, sino también más de 10.000 almas bautizadas, y tanto contaba lo uno como lo otro. Además, los datos recogidos por Gil y Niño eran prometedores: allí, al norte, desde el golfo de Nicoya hasta el de Fonseca, había numerosos pueblos, oro en buena cantidad y un gran lago cuyos desagües podrían tal vez resolver para siempre el misterio del paso entre los dos mares. Nuestros protagonistas hicieron fundir el oro, separaron el quinto real y se dispusieron a acometer una nueva aventura. Pero entonces apareció, otra vez, él: Pedrarias Dávila. Y con las peores intenciones.

Es difícil saber qué tenía Pedrarias Dávila en la cabeza. Quizá temía encontrarse con otro «caso

Núñez de Balboa»: joven explorador que llega cargado de oro y con la llave de un mundo nuevo. Quizá trataba de sacar el mayor provecho de la aventura, puesto que en ella había participado con su propia inversión. Quizá sus adláteres, como otras veces, le habían movido a apartar a cualquiera que pudiera hacerles sombra (a él y a los adláteres). O quizá, simplemente, el rígido sentido del poder del gobernador de Castilla del Oro le empujaba a extender su control sobre cualquier cosa que se moviera en sus dominios. ¿Suyos? En fin... Teóricamente, la gobernación de Castilla del Oro se extendía por el norte hasta el río Belén, que era el límite con Veragua, la gobernación contigua, y eso quedaba muy lejos de las tierras exploradas por Niño y Gil; bien es cierto que nadie había dibujado el límite de Castilla del Oro por el oeste, y a eso pudo acogerse Pedrarias para considerar que aquellos nuevos territorios formaban parte de su circunscripción. Sea como fuere, el hecho es que Pedrarias Dávila, lejos de acoger a los recién llegados con los brazos abiertos, se puso tan hostil que Niño y Gil tuvieron que huir por piernas. Se refugiaron en La Española. Desde allí mandaron al emperador Carlos el oro de su rescate. Y desde allí pidió Gil González que se le concediera el gobierno del territorio por ellos descubierto.

Pedrarias Dávila no se quedó quieto, como era de esperar. Aguijoneado por la ambición, ordenó a uno de sus fieles, Francisco Hernández de Córdoba, que marchara hacia Nicaragua para tomar posesión de las nuevas tierras. Y así, mientras Gil González Dávila esperaba en La Española el permiso del emperador, el viejo Pedrarias le ganaba por la mano. O eso creía el anciano gobernador, porque, en ese mismo momento, otro hombre oía hablar de Nicaragua y decidía reclamar sus derechos: el flamante conquistador de México, Hernán Cortés. Y aquí se enlazan tres de las grandes historias que hemos visto hasta el momento: la de Pedrarias en Panamá, la de Cortés en México y la búsqueda de bases en el Pacífico.

La lucha por la tierra

Todo cuanto va a suceder a partir de este momento es un denso nudo de ambiciones, intrigas, traiciones y venganzas que merece ser contado con algún detalle y, sobre todo, de manera ordenada, porque no siempre es fácil orientarse en el río de los acontecimientos. Empecemos por ese Francisco Hernández de Córdoba, fiel lugarteniente de Pedrarias Dávila, comisionado para apropiarse de los nuevos territorios en nombre de su patrón. Hernández de Córdoba escoge a sus ayudantes —entre ellos, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar—, fleta una armada de considerables dimensiones y pone rumbo a Nicoya. Su visita a los nativos no tendrá nada que ver con la de Gil. El de Córdoba entra en tromba, sojuzga caciques, somete poblaciones, reparte tierras e indios y, sobre todo, funda ciudades: Bruselas en el golfo de Nicoya (la primera ciudad de Costa Rica, que lleva ese nombre por una gentileza hacia el emperador Carlos), Granada a orillas del lago Nicaragua, León —que sería la capital— y Segovia, concebida como fortificación. Todo en el curso de un año. No solo eso, sino que el hiperactivo Hernández de Córdoba acomete la exploración del gran lago que Gil González se proponía afrontar y, en efecto, descubre la salida fluvial al Atlántico.

¿Y qué hacía mientras tanto Gil González Dávila? Organizar su propia expedición. Cuando al fin recibió el permiso de la corona, se apresuró a poner los pies en aquel territorio que consideraba suyo. Desembarcó en la actual Honduras —concretamente en Puerto Caballos—, para evitar al siempre inquietante Pedrarias Dávila; fundó una ciudad —San Gil de Buena Vista— y se internó en el país en busca del valle de Olancho, donde, según los nativos, había oro en abundancia. Por supuesto, Gil se enteró de que Hernández de Córdoba le quería madrugar el hallazgo, y este, a su vez, supo también que el pionero se hallaba de vuelta. ¿Qué hizo Hernández de Córdoba? Enviar una avanzadilla para dar caza al inoportuno visitante. La mandó Hernando de Soto, un joven de veinticuatro años que había formado con Gil en su primera expedición, y con fama de buen guerrero. La fama, sin embargo, no le valió de mucho, porque Gil González Dávila desarboló a la columna. Soto, preso, perdió también el botín que llevaba consigo. Gil González fue clemente: exigió y obtuvo de Soto su palabra de no volver a atacarle y le dejó marchar. Pero no era este el único enemigo al que tendría que hacer frente.

Mientras tanto, Hernández de Córdoba cede a la fatal tentación del oro. Se ha convertido en autoridad máxima de un enorme territorio. ¿Por qué ha de seguir obedeciendo las órdenes de Pedrarias Dávila? Decide traicionarle. Viaja a Santo Domingo y desde allí fleta una nutrida expedición: *su propia expedición*. Se propone tomar a viva fuerza una tierra que, como otros, considera suya. Pero no es el único, porque en ese mismo instante llegan a la región los enviados de Hernán Cortés. Y estos, por cierto, también traen su carga de ambición y traiciones. El conquistador de México, persuadido de que los nuevos territorios solo son el sur de los que él acaba de dominar, reclama para sí el derecho de gobernarlos. Envía a modo de argumento de convicción un contingente armado que por dos vías penetra en Honduras: por tierra, Pedro de Alvarado; por mar, Cristóbal de Olid. Y he aquí que Olid, viéndose dueño de su propio ejército, traiciona a su vez a Cortés.

Un verdadero ejército, sí, era lo que el vencedor de Tenochtitlán había encomendado a Olid: 5 navíos, un bergantín, 400 soldados, buena cantidad de artillería, armas y municiones, todo ello

complementado con 8.000 pesos de oro para comprar caballos y vituallas. Con menos que eso Cortés había conquistado México. Olid, como Hernández de Córdoba, tampoco soportó la tentación. Marcha a Cuba, se entrevista con el gobernador Velázquez —recordemos, acérrimo enemigo de Hernán— y le ofrece sus servicios como conquistador a cambio del gobierno de Honduras. Ojo al sujeto: Olid es un veterano de las primeras exploraciones del Yucatán, enrolado en la aventura de Cortés, que ha dorado su nombre en los combates de Centla, Tlaxcala, Cholula, la Noche Triste y Otumba. Tan relevantes fueron sus méritos en la toma final de Tenochtitlán, que Cortés le premió con la mano de una princesa mexicana, hermana de Moctezuma. Es justamente el relieve del personaje lo que da tanta importancia a su deserción. Velázquez, que se la tiene jurada a Cortés desde su partida a México, acepta. Y así Olid se embarca en su propia empresa.

Atención al paisaje: entre 1523 y 1524 vamos a encontrar a cuatro huestes españolas que luchan por quedarse con las tierras de Nicaragua, Guatemala y Honduras. Está Gil González Dávila, que se siente justo propietario del tesoro. Está Hernández de Córdoba, que quiere arrebatárselo a Gil lo suyo, que ha roto con Pedrarias Dávila y que ahora actúa por su cuenta. Está la gente de Cortés, con Alvarado, que quiere quedarse con todo. Y está Cristóbal de Olid, que ha desertado de las filas de Cortés y ahora trabaja para el gobernador Velázquez. Y todo eso, en un territorio que es casi tan grande como España. ¿Suficiente enredo? No, porque no tardará en aparecer una quinta hueste: la del propio Pedrarias Dávila, dispuesto a que nada se le escape. Pero no adelantemos acontecimientos.

Olid desembarca en la costa de Honduras, en el Caribe, con una potente flota y más de 400 hombres entre tropa y colonos. Funda el sitio de Triunfo de la Cruz y se proclama gobernador. Enseguida aparecen por allí las huestes de Gil González Dávila y se entabla una larga serie de escaramuzas. Al mismo tiempo, Hernán Cortés, que ya ha tenido conocimiento de la deserción de Olid, manda a su vez una expedición de castigo: la dirige su primo Francisco de las Casas, un curtido navegante de más de sesenta años, veterano de los viajes colombinos, que desempeñaba la alcaldía mayor de México. Olid y Las Casas se conocen, se respetan y se temen. Ambos llegan al choque en situación precaria. Las Casas ha perdido muchos de sus barcos en una larga cadena de tormentas; Olid tiene a la mayor parte de su tropa lejos, en el interior, en lucha con los de Gil González. Olid, más osado, constata el triste estado de los barcos de Las Casas y toma la iniciativa: envía dos carabelas para aniquilar al enemigo. Pero Las Casas —veterano— reacciona con una maniobra sorprendente: bota varias barcas que abordan a los buques de Olid y los apresan. Olid propone una tregua. Las Casas la acepta y los enviados de Cortés permanecen en sus naves. Pero esa noche una feroz tormenta despedaza la flota de Las Casas, que pierde a casi un tercio de sus hombres. Olid, en posición de fuerza, obliga a su rival a rendirse. Los enviados de Cortés se ven conminados a jurar lealtad a Olid. Las Casas es encerrado. Y en su encierro recibe una visita inesperada: Gil González Dávila, cuya hueste también ha acabado cediendo ante la mayor pericia guerrera de Olid.

Todo parece perdido para Gil y Las Casas. Sin embargo, las cosas van a girar súbitamente ciento ochenta grados. Nadie sabe bien qué pasó, porque hay versiones contradictorias, pero lo más probable parece esto: Las Casas y Gil se las arreglaron para persuadir a sus vigilantes, sin duda esgrimiendo el miedo a la reacción de Hernán Cortés; los cautivos lograron salir de su encierro y acudieron a buscar a Olid; en la refriega, este quedó herido y fue inmediatamente hecho preso. Los

hombres de la hueste, ante el cambio del viento, no dudaron en jurar lealtad a Las Casas, es decir, a Cortés, cuyo solo nombre inspiraba un temor reverencial en los españoles. Olid escapó, pero enseguida fue capturado y sometido a juicio. Terminará decapitado en la plaza de Naco en ese mismo año 1524. Las Casas y González Dávila, liquidado el asunto, resolvieron volver a México; el segundo, más en calidad de vencido que de triunfador.

Mientras todo esto ocurría en la costa atlántica de Honduras, la columna fiel a Cortés, la de Pedro de Alvarado, se imponía en Guatemala y El Salvador. Alvarado, recordemos, es el mismo que había protagonizado la matanza del templo en Tenochtitlán: uno de los capitanes de confianza de Cortés y probablemente el más arrojado de aquella tropa que era puro arrojado. Destacó en la Noche Triste en el puesto más difícil, que era la cobertura de la retaguardia (allí estuvo con Juan Velázquez de León), y después brilló en la conquista de Tenochtitlán con su hermano Jorge, su paisano Gutiérrez y Andrés de Monajaraz. Recompensado con una gran encomienda, se había ocupado después de conquistar Tututepec, un reino independiente de los aztecas en la costa del Pacífico. Ahora, en Guatemala, él iba a ser el número uno.

Alvarado, al que los indios llamaban «El Sol» por lo rubio de sus cabellos, era un extremeño de Badajoz, contemporáneo estricto de Cortés (1485) e hijo de un importante caballero de la Orden de Santiago. Bernal Díaz del Castillo dice que «tenía buen cuerpo y era muy activo, de buenos modos y trato y siempre estaba sonriendo. Era gran jinete, gustaba de vestir bien; usaba una cadena pequeña con una joya y usaba un anillo con un buen diamante. Pero hablaba demasiado y era muy tramposo en los juegos». El típico retrato de un trueno. Y a este trueno había encomendado Hernán Cortés ocupar los territorios al sur del imperio azteca.

No será un camino de rosas: en Guatemala sobreviven los herederos de la civilización maya, ciertamente enfrentados entre sí, pero no por ello menos belicosos. Alvarado ha partido mediado diciembre de 1523. Ocho meses le llevará su misión. En la región hay tres grandes poderes: los quichés, los cakchiqueles y los pipiles. No es posible vencerlos a todos. Alvarado lleva consigo a 300 españoles y unos 5.000 indios aliados, pero cada uno de esos pueblos hostiles puede reunir decenas de miles de guerreros. El conquistador dista de ser tan astuto y sagaz como Cortés, pero entiende rápidamente que hay que tomar partido. ¿Quién es el enemigo más feroz? Los quichés. ¿Quiénes son los enemigos acérrimos de los quichés? Los cakchiqueles. En consecuencia, Alvarado decide ofrecer a los cakchiqueles un pacto a cambio de destruir a los quichés. Y aniquilados los quichés, españoles y cakchiqueles podrán enfrentarse a los pipiles.

Hubo una gran batalla. Fue en Acaxual, la actual Acajutla, en la costa pacífica de El Salvador. Alvarado había sumado a sus tropas un nutrido contingente de cakchiqueles. Los conquistadores cruzaron el río Paz el 6 de junio de 1524 y marcharon rumbo sur. Dos días después apareció ante ellos el enemigo. Vio Alvarado «los campos llenos de gente de guerra con sus plumajes y divisas», según él mismo escribió. Se da por cierto que los pipiles habían reunido a más de 20.000 guerreros; por numerosa que fuera la hueste del conquistador, la superioridad del rival era aplastante. Los nuestros se acercaron a la línea enemiga hasta la distancia de un tiro de ballesta. Los pipiles, envueltos en gruesas corazas de algodón prensado, armados con largas lanzas, permanecieron plantados sobre el terreno, dispuestos a que no pasara nadie. Alvarado hizo entonces un alarde de

talento militar. Leyó el terreno. Vio una loma tras la cual intuyó aún más enemigos. A espaldas de los españoles se abría un gran llano. Y el extremeño resolvió ejecutar una maniobra que recuerda mucho a una de las más célebres tácticas de las batallas de la Reconquista contra los moros: el «tornafluye».

El tornafluye era, básicamente, una ficticia retirada seguida de un rápido contraataque. Así Alvarado ordenó a su hueste dar media vuelta y emprender el camino de la retirada. Los pipiles, espoleados por lo que interpretaron como fuga del enemigo, se abalanzaron en tromba sobre los españoles y sus aliados indios. Alvarado mantuvo la orden: correr. Los pipiles ya estaban a punto de trabar contacto con los nuestros. Se acercaron «hasta llegar a las colas de los caballos y las flechas que echaban pasaban en los delanteros», escribe el capitán. No se percataban los pipiles de que Alvarado los estaba conduciendo hasta una gran llanura donde los españoles, con sus caballos, tendrían las de ganar. Cuando el extremeño vio que el campo era apropiado, frenó en seco, ordenó de nuevo media vuelta y cargó contra el enemigo. Los pipiles, con los movimientos entorpecidos por sus gruesas armaduras de algodón, se convirtieron en muñecos a merced de la caballería española y de los indios que venían detrás. La batalla fue dura: el propio Alvarado resultó herido por un flechazo que, según la tradición indígena, salió del arco del príncipe Atonal. Pero los pipiles no tenían nada que hacer. «Fue tan grande el destrozo que en ellos hicimos, que en poco tiempo no había ninguno de todos los que salieron vivos», escribe el conquistador.

Alvarado salió cojo de aquel lance, porque la flecha de Atonal le rompió el fémur y tardaría meses en reponerse de la herida, pero eso no detuvo su ímpetu. Después de Acaxual, la mayoría de las tribus locales se rindió. El 25 de julio de 1524, en Guatemala, Alvarado funda Santiago de los Caballeros en tierras de los cakchiqueles. Con esa capital, entrega a la corona española una porción de territorio de dimensiones asombrosas. Porque, además, esta vez no se trata de un rosario de localizaciones costeras, sino de tierra continental que permite trazar una buena red de comunicaciones y un control eficaz del país. Con la victoria de Las Casas y esta otra de Alvarado, la Nueva España de Cortés llega ya hasta las actuales Guatemala, Honduras y El Salvador. Y enseguida se extenderá hasta Nicaragua.

Cortés en las Hibueras y Pedrarias en Nicaragua

Las nuevas conquistas permitieron a Hernán Cortés desplazarse por tierra hasta aquella región que todavía estaba en litigio. Quería que todo el mundo en las nuevas tierras viera quién era el nuevo amo; quería hacer valer su derecho de conquista ante cualesquiera otros españoles; quería castigar la rebelión de Olid, al que ya sabía en connivencia con el gobernador Velázquez; quería, en fin, reforzar la posición de Las Casas, y todo ello a la vez. Esas fueron las motivaciones de la célebre expedición a las Hibueras, la penúltima gran empresa del vencedor de Tenochtitlán.

El conquistador no escatimó recursos para un viaje que desde el principio había concebido como manifestación de poder. No fue una expedición militar: fue una gran comitiva cortesana. A los cientos de soldados españoles se añadían varios miles de indígenas, en este caso de los recién sometidos aztecas. Con Cortés cabalgaban, medio invitados y medio vasallos, varios príncipes mexicas, como Cuauhtémoc —el último resistente de Tenochtitlán— y Tetzlepanquetzal. En la cohorte figuraban decenas de músicos tocando instrumentos de viento, así como médicos y cirujanos. La impedimenta, además de armas y vituallas, incluía lujosas vajillas. Una generosa piara de cerdos cerraba la marcha para asegurar la intendencia. El cortejo de los tlatoanis aztecas no era muy distinto.

Toda esa muchedumbre desfila triunfalmente desde Tenochtitlán hasta Veracruz y allí toma un barco rumbo sur hasta Espíritu Santo, donde desembarca para enfilarse hacia Tabasco. El camino dista de ser sencillo: Tabasco era entonces una gigantesca selva tropical cerrada sobre terrenos pantanosos regados por mil ríos. Es fácil imaginar los apuros de la comitiva, con sus músicos, sus carros y sus cerdos, para atravesar semejantes parajes. La columna atraviesa Cupilco, Cimatán, Nacaxuxuca (hoy Nacajuca), Zaguatán (hoy Jalapa), Ixtapa, la región de Acacán, la ciudad de Tatahuitalpan (hoy Balancán), el río Usumacinta... «Tierra muy baja y de muchas ciénagas —escribirá el propio Cortés al rey Carlos—, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar, ni se sirven sino en canoas, y pasarla yo en tiempo de secas se hicieron más de cincuenta puentes». Estamos ya en tierras de los mayas, un pueblo que los mexicas consideraban extranjero («chontal», en su lengua), y que, sin embargo, debió de quedar lo suficientemente impresionado por la cohorte como para acoger pacíficamente a los españoles con sus «prendas» aztecas. Gente «muy de paz», dice Díaz del Castillo en su crónica. Pero aquel entorno pacífico iba a cubrirse con la sangre de Cuauhtémoc y Tetzlepanquetzal.

Ocurrió en febrero de 1525, cuando la expedición de Cortés a las Hibueras llevaba ya varios meses de marcha sin novedad. Un sujeto al que las crónicas llaman Mexicalcingo (en realidad, un topónimo), al que el propio Cortés describe como «ciudadano honrado de esta ciudad de Temixtitlan» (es decir, Tenochtitlán), se acerca al conquistador y le dice que algo grave se prepara contra los españoles. Cuauhtémoc, el jefe azteca sometido, estaría conspirando para sublevar a los pueblos recién ganados, aniquilar a la mesnada de Cortés y extender la rebelión por todo el viejo imperio azteca. En la maquinación —dice Cortés que le dijo Mexicalcingo— no estaría solo Cuauhtémoc, sino también los otros generales mexicas: Couanoctzin y Tetzlepanquetzal. El conquistador no lo dudó: mandó apresar, juzgar y ejecutar a los tres. Dicen las crónicas que el príncipe, ante el cadalso, pronunció estas dramáticas palabras: «Oh, capitán Malinche, días ha que

yo tenía entendido y había conocido tus falsas palabras: que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de México. ¿Por qué me matas sin justicia?».

¿Justicia? ¿Arbitrariedad? El episodio de la muerte de Cuauhtémoc es una fuente de controversias. De las palabras de Bernal Díaz del Castillo, que estuvo allí, se deduce que los españoles no estuvieron ni mucho menos de acuerdo con aquella expeditiva acción de su jefe. La propia existencia de una conspiración ha sido puesta en duda por muchos historiadores, aunque otros la dan por innegable. Al parecer, Cuauhtémoc confesó estar al corriente de la sedición, pero negó ser su líder. Tampoco puede extrañar que Cuauhtémoc pensara efectivamente en rebelarse: último príncipe de Tenochtitlán, severamente torturado cuando su derrota cuatro años atrás, títere desde entonces de Cortés, quizás el mexica creyó que en aquellos nuevos pueblos hallados al sur, libres todavía del dominio español, encontraría unos oídos receptivos para su venganza. Lo notable es que los mayas, en cualquier caso, no se sublevaron contra los españoles y, aún más, los propios mexicas que formaban en la hueste —y eran millares— aceptaron la ejecución de su jefe. Lo cual dice mucho sobre hasta dónde había caído la autoridad de la vieja elite guerrera de Tenochtitlán.

La hueste de Cortés siguió camino hacia Tayasal —en el lago Petén Itzá, ya en la actual Guatemala—, cruzó selvas y sierras y llegó a Nito, en el mar, para seguir la costa caribeña hasta Naco, donde hoy se levanta precisamente Puerto Cortés. Allí supo el conquistador que el rebelde Olid había sido capturado y ejecutado. Pero su enviado, Las Casas, no estaba, y tampoco Gil González Dávila: habían viajado por mar a México precisamente para darle cuenta de la derrota de Olid. Hernán Cortés optó por tomar directamente el control, como en todas partes: nadie en las huestes de Olid y Gil González movió un dedo; al contrario, todos aquellos hombres se sentían ahora más seguros bajo el mando del gran conquistador. La expedición de las Hibueras no obtuvo su propósito, que era llegar a la mar del Sur, pero el balance tampoco fue negativo. Cortés unificó fuerzas, fundó asentamientos —el de Natividad pasó a integrarse en Trujillo—, puso orden en la región y, concluido el trabajo, regresó a México: con esta expedición, más la campaña de Alvarado en el interior de Guatemala, los territorios conquistados por el extremeño acumulaban ya las dimensiones de otra España. Era, de hecho, Nueva España.

A partir de aquí, los destinos de nuestros protagonistas corrieron suertes muy dispares. Francisco de las Casas tenía sobre las espaldas la muerte de Olid, de manera que fue obligado a regresar a España para someterse a juicio. Podrá volver a México, exonerado, en 1527. Ese mismo año el rey Carlos recibía a Alvarado, el conquistador de Guatemala, y le nombraba gobernador, capitán general y adelantado del nuevo territorio. Los títulos no le iban a librar de problemas con los funcionarios reales en la Nueva España, pero saldría con bien. Mucho peor le iría a Gil González Dávila, el auténtico descubridor de Nicaragua y Honduras, que regresó a España con las manos vacías o, mejor dicho, llenas de reclamaciones, buscó a Fonseca, pero el anciano obispo ya había muerto, y el frustrado conquistador se desgañó en vano tratando de que se reconocieran sus derechos: Honduras, por más que el bueno de Gil porfiara, ya estaba en manos de Cortés, mientras que Nicaragua...

En Nicaragua habíamos dejado a Hernández de Córdoba, el enviado de Pedrarias Dávila, tratando de asentar su propio dominio contra la autoridad de su jefe. El viejo Pedrarias no se lo perdonará: con calma, como él hacía las cosas, organizó una gigantesca expedición hacia el norte —

dicen las crónicas que dejó Panamá prácticamente despoblado de españoles— y marchó a Nicaragua para aniquilar al rebelde. Hernández de Córdoba volvía de Santo Domingo, donde había intentado — en vano— obtener el apoyo de Velázquez o de Cortés para reclutar su propio ejército. Al pisar de nuevo el continente, con terror descubrió que Pedrarias ya estaba allí. Era enero de 1526. El rebelde se vio perdido. Consciente de su inferioridad, se entregó al viejo gobernador buscando, al menos, salvar la vida. No hubo tal: Pedrarias ordenó que se le decapitara allí mismo, en la ciudad de León que él había fundado. Su cabeza fue clavada en una estaca a la vista del público. Después su calavera serviría como farol, con una vela dentro del cráneo, para alumbrar a los vecinos de una céntrica calle de la villa.

Pero falta un personaje en esta historia: Andrés Niño, el navegante que con Gil González Dávila había emprendido la aventura de conquistar el territorio de Nicaragua y, a la vez, buscar un paso que conectara los dos océanos. ¿Qué fue de él? No se sabe a ciencia cierta. Unos le dan por desaparecido en las cuencas del Ulúa o del Lempa, buscando a través de los grandes ríos centroamericanos un canal entre los dos mares. No andaba descaminado el explorador: el Ulúa, donde parece que Niño se dejó la salud, nace 400 kilómetros al interior, en las montañas de Intibucá, en el mismo lugar donde nacen ríos que, por la otra vertiente, van a dar al Pacífico. No hay, sin embargo, rutas navegables entre los dos océanos. ¿Murió allí Andrés Niño? Hay quien dice que no: que el piloto pudo volver con Gil González Dávila a España y aquí, deshecho por las enfermedades que había contraído a lo largo de su periplo, terminó rindiendo la vida pocos años más tarde. En todo caso, su nombre ha de inscribirse en la lista de los grandes exploradores de la odisea americana.

Después de esta alucinante aventura, el mapa de la América Central quedaba como sigue: en México, Cortés; en la actual Guatemala, Alvarado; en Honduras, Hernando de Saavedra y enseguida Diego López de Salcedo, ambos hombres de Cortés; en Nicaragua, Pedrarias Dávila, que sumaba ese territorio a su gobernación de Castilla del Oro, es decir, Panamá. Pero he aquí que la corona, aquel mismo año de 1526, relevó a Pedrarias del gobierno panameño y envió a ocupar su lugar a Pedro de los Ríos. Dávila quedaba como gobernador exclusivamente del territorio nicaragüense. ¿Se vino abajo el ya veteranísimo conquistador? No: el duro Pedrarias empleó todas sus energías —que ciertamente eran inagotables— en extender la agricultura y la ganadería por su nueva gobernación, al mismo tiempo que enviaba expediciones al río San Juan por ver si aparecía el anhelado canal entre los dos mares y, de paso, reprimía con crueldad a los caciques chorotegas que aún anhelaban liberarse del yugo español.

Pedrarias Dávila, el hombre que mandó ejecutar a Núñez de Balboa y a Hernández de Córdoba, moriría en su capital de León, en Nicaragua, en 1531. Por azares del destino, sus huesos terminarían enterrados junto a los de Hernández de Córdoba en la iglesia de la Merced de esa ciudad. La villa de León fue seriamente dañada por un terremoto cien años después. El antiguo núcleo pasó a llamarse León Viejo y sus pobladores se trasladaron a la actual ciudad de León, 30 kilómetros al oeste. Los restos de Pedrarias y Hernández de Córdoba no serían recuperados hasta el año 2000. Hoy, irónicamente, el viejo y duro Dávila yace a los pies de su enemigo y víctima en el Memorial de los Fundadores de la ciudad nicaragüense de León.

10. NÁUFRAGOS, HÉROES, VILLANOS Y MÁRTIRES

Nuño Beltrán de Guzmán o la fiebre del oro

Cualquier proceso de conquista —y más cuando se trata de conquistar todo un continente— pone en escena lo mejor y lo peor de la condición humana. Junto al intrépido descubridor de mundos aparece el depredador de hombres; junto al misionero que da su vida comparece el canalla que solo busca oro. Las leyendas negras suelen ser mentira, pero también las leyendas rosa. La conquista del imperio azteca y sus enormes territorios dio innumerables ejemplos de ello. En la estela de la obra civilizadora surgieron episodios simplemente atroces. Nunca fue falsa la consigna de cristianizar a unos pueblos sometidos al despotismo de una casta cruel y al terror de los sacrificios humanos, pero a esa limpia bandera se acogieron también quienes no buscaban otra cosa que poder y riqueza a cualquier precio. El hallazgo de abundantes metales preciosos en las Indias despertó una especie de gigantesca fiebre del oro; ese tipo de fiebre que suele cursar con derramamiento de sangre... ajena. Un caso paradigmático, precisamente en tierras de México, fue el de Nuño Beltrán de Guzmán.

Los españoles habían descubierto abundante oro desde el mismo instante en que pusieron sus pies en La Española. Aún aparecería más cuando tocaran tierra continental. Por eso llamaron «Castilla del Oro» al territorio panameño. Lo más notable, para los nuestros, era que los indios apenas concedían a aquel metal otro valor que el ornamental. La conclusión estaba clara: allí había tanto oro como frutos en los árboles. Su búsqueda se convirtió en una obsesión. Y si los indios lo trataban con tal ligereza, ellos debían de saber dónde se hallaba la fuente.

Vale la pena aclarar un poco conceptos para entender exactamente el fenómeno. Para un europeo —o un musulmán— del siglo xvi, el oro era el valor por antonomasia. No cabía en cabeza alguna que elpreciado metal se tratara como una baratija. Nadie había reparado aún en que el valor de las cosas no reposa sobre ellas mismas, sino sobre su abundancia o escasez: a más abundancia, menos valor; a más escasez, más valor. El oro, en Europa, era muy escaso. Como además es un metal bello, duro y maleable, en nuestra cultura se convirtió en representación máxima del valor. Pero en América las cosas eran muy distintas. En pueblos con una metalurgia primitiva, los metales en general y el oro en particular —que, en efecto, abundaba— no tenían apenas valor de cambio. Por eso los indios, al ver a los primeros españoles, intercambiaron alegremente su oro por cuentas de vidrio o cascabeles o, todavía mejor, por sal, objetos estos que, a efectos de cambio, resultaban para ellos mucho más valiosos que aquel otro metal que solo servía para adornarse. No es que fueran estúpidos —como debió de pensar algún conquistador— o tan virtuosos que carecieran de apego a las cosas materiales —como da a entender algún misionero—; era, simplemente, cuestión de contexto cultural.

Por la misma razón, cuando los españoles preguntaron por los yacimientos de oro, los indios se apresuraron a indicarles dónde estaban. No podían sentir que se les robaba algo a lo que no concedían gran valor. Importa tener esto en cuenta cuando se habla del «expolio» español en las Indias. En realidad los indios no empezaron a sentirse expoliados hasta que los conquistadores emplearon mano de obra indígena para explotar las minas, y lo que entonces se les expolió no fue el

capital —que para ellos era prácticamente metal muerto—, sino el trabajo.

Quizás el primer gran protagonista de esta fiebre del oro fue —vayamos ya con él— Nuño Beltrán de Guzmán, un letrado de talento que había hecho carrera en España y que, seducido por las historias que llegaban al país sobre las riquezas americanas, saltó al nuevo continente con el único propósito de depredar cuanto oro pudiera. Guzmán era de Guadalajara. Había nacido allí hacia 1500. Estudió leyes —en Alcalá de Henares, probablemente— y se instaló en Madrid. Un hermano suyo era embajador; otro, obispo. Nuño, ambicioso, utilizó esas influencias para pasar a las Indias con un cargo de relumbrón: gobernador de Pánuco, un territorio en litigio que había sido conquistado años antes por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, y ocupado ilegalmente por Hernán Cortés, que no quería renunciar ni a un palmo de tierra mexicana. Como el Consejo de Indias no podía legitimar la ocupación de Cortés, pero tampoco podía crear un nuevo conflicto en la Nueva España, optó por buscar un gobernador neutral. Nuño de Guzmán cogió la oportunidad al vuelo y pasó al Nuevo Mundo como gobernador de un territorio, nada menos.

Todo cuanto este hombre hizo en las Indias responde al más descarnado patrón del depredador colonial. Sintiendo rey de un mundo sin otra autoridad que él mismo, entró en guerra con los nativos locales y, una vez vencidos, los esclavizó por millares. ¿Y no había prohibido España esclavizar a los indígenas? Sí, pero la norma tenía una excepción: si los nativos habían sido requeridos para su conversión al cristianismo, si se habían negado a la misma y habían declarado la guerra a los españoles, y si una vez vencidos persistían en su negativa, entonces se les podía reducir a la esclavitud según los usos bélicos de la época. A eso se acogió Guzmán para esclavizar nada menos que a 10.000 indígenas del Pánuco y venderlos acto seguido. Fue el principio de su fortuna.

Nuño tenía dos grandes bazas a su favor: la primera, que era experto en leyes, lo cual en la Nueva España de la época era un mérito poco común; la segunda, que sus influencias en la corte eran poderosas. Sobre ambas cosas se apoyó para subir el siguiente peldaño en su carrera. Supo que el rey Carlos se proponía crear una audiencia en México para centralizar las labores de gobierno y así limitar el poder de Cortés; movió sus bazas y obtuvo nada menos que la presidencia del nuevo órgano. Dejó Pánuco y se instaló en México. Era 1528. El dedo regio le había convertido en la primera autoridad política y legal de aquel Nuevo Mundo, pero Nuño iba a lo que iba: no a construir un imperio, sino a metérselo en el bolsillo. La seducción del oro sirvió para lubricar muchas conciencias: la del tesorero Gonzalo de Salazar, las de los oidores Juan Ortiz de Matienzo y Diego Delgadillo... Todos ellos arroparán a Nuño de Guzmán en sus siniestros propósitos: explotación masiva de los indígenas, búsqueda desesperada de oro en todo el territorio, nuevos repartimientos de indios en beneficio propio (y de sus socios)...

Todo lo que el nuevo hombre fuerte de México estaba haciendo era tan irregular que no tardaron en estallar resistencias. Y estas no eran poca cosa: el obispo de México, el franciscano vizcaíno Juan de Zumárraga, nombrado protector de indios por la corona, y Hernán Cortés, por supuesto, que veía cómo aquel hombre había entrado a saco en el imperio por él conquistado. Nuño reaccionó procesando a Cortés, al que odiaba con toda su negra alma. El conquistador estaba entonces en España. El Consejo de Indias debió de quedar perplejo. Más todavía cuando el obispo Zumárraga, harto de los excesos de Guzmán, decidió denunciarle ante el Consejo y, aún peor, excomulgarle por

su brutalidad. Nuño había calculado mal sus fuerzas: pensaba que Cortés no tendría avales en la corte y que Zumárraga no se atrevería a dar el paso. Pero se equivocó. El Consejo de Indias resolvió renovar a los miembros de la audiencia y nombrar a Hernán Cortés capitán general de la Nueva España, lo cual era tanto como frenar en seco al codicioso Guzmán.

Nuño necesitaba urgentemente una escapatoria: denunciado ante la corte, excomulgado por el obispo, marcado de cerca por Cortés, abandonado por sus viejos socios... Tenía que sacarse algún as de la manga para recuperar su posición. Fue entonces cuando concibió un proyecto grandioso: formar una nutrida hueste y lanzarse a la conquista de los territorios del noroeste de México, todavía inexplorados. Y hacerlo antes de que Cortés llegara de España, porque el conquistador —Nuño estaba convencido de ello— no tardaría en tomarse su venganza. El obispo Zumárraga dio la voz de alarma: una nueva campaña, y de esas dimensiones, podía dejar México desguarnecido. Pero en la audiencia estaban tan hartos de Guzmán que no solo no impidieron su partida, sino que incluso la estimularon: a enemigo que huye, puente de plata.

El siniestro Guzmán salió de México en diciembre de 1529. Llevaba consigo una hueste de 300 españoles, con abundante caballería y 12 cañones, y unos 7.000 indios. Escogió como lugarteniente a un calmoso y eficiente soldado: Cristóbal de Oñate, yerno del tesorero Salazar. Imitando a Cortés en su viaje a las Hibueras, se hizo acompañar por un príncipe local: Sinsicha, rey de Michoacán, territorio al suroeste de México que había pactado con los españoles. Pero las intenciones de Nuño no eran exactamente diplomáticas: lo primero que hizo fue torturar al tal Sinsicha para que le dijera dónde estaba su tesoro. Entró en Michoacán a sangre y fuego. Hizo cautivos a miles de indios y los sumó, encadenados, a su propia comitiva. Los nativos se sublevaron, como era inevitable, porque los purépechas de Michoacán habían llegado a pactos muy ventajosos con los españoles, pero Nuño los estaba rompiendo todos. Para colmo, terminó matando a Sinsicha: mandó quemarlo vivo.

El fuego acompañará a Guzmán a lo largo de toda su travesía. De Michoacán gira hacia el noroeste con destino a Jalisco y Colima. No encuentra oro, pero los propios indios le dirigen hacia los ansiados yacimientos. A su paso incendia pueblos y echa la culpa a los indios que lleva consigo. Años más tarde, el intérprete de la expedición, el español García del Pilar, denunciará ante la audiencia todas estas salvajadas. La hueste se ve obligada a presentar batalla: contra los chichimecas, contra los cocas, contra los tecos, contra los caxcanes... Nuño envía una avanzadilla hacia Zacatecas al mando de Peralmíndez Chirinos, un alto funcionario venido a menos que había caído bajo la seducción de las promesas de oro de Guzmán; Chirinos pisa una auténtica montaña de plata, pero le pasa desapercibida. Nuño, mientras tanto, está en la costa noroeste de México. Allí recibe la noticia largamente esperada y temida: Cortés ha vuelto; Zumárraga ha sido escuchado; el Consejo de Indias ha ordenado que Nuño de Guzmán sea sometido al preceptivo juicio de residencia.

Otra vez acosado; otra vez acuciado por la necesidad de hacer algo grande para volver a México con garantías de éxito. Nuño de Guzmán toma una decisión: conquistará la región en la que se halla y edificará allí un nuevo reino para la corona española. El área de Culiacán, en la costa del Pacífico, va a ser su nueva pieza de caza. Corre ya 1531. Nuño llega al pueblo de Navito. Allí salen a recibirle «más de 50.000 indios armados con arcos, flechas, dardos, macanas, cuchillas de pedernal, con banderillas en los carcajes, vestidos de mantas y de pieles de leones y tigres y de muy lucidos

penachos de plumería, y al cuello traían sartales de codornices y papagayos», según escribirá cien años más tarde fray Antonio Tello en su *Historia de Nueva Galicia*. Más que pieles de «leones y tigres» serían de pumas y jaguares, pero eso no quita rango al encuentro. El hecho, sin embargo, es que los nativos no se mostraron agresivos: venían cantando y bailando, y enseguida condujeron a los españoles hacia la casa del cacique. Tan grande fue la expectación que en el mismo acto apareció en el pueblo el cacique del vecino Culiacán con una escolta que, según las crónicas, superaba los 15.000 guerreros.

Sonaba la hora de la verdad para Guzmán: aquello no era el imperio azteca, pero la región estaba muy poblada, había numerosas aldeas, la tierra era relativamente fértil y, sobre todo, se asomaba a la mar del Sur. Nuño reunió a los caciques, les explicó que venía en nombre del poderoso rey Carlos para evangelizarles y sacarles de sus errores, y requirió el preceptivo vasallaje. Como en otros muchos lugares, no hubo oposición. ¿Por qué? Porque aquellos españoles —y a estas alturas ya todo el mundo lo sabía en la región— venían de conquistar el poderoso y temible imperio mexicana de Tenochtitlán; porque aquella gente, con sus caballos y sus cañones, parecía realmente enviada por alguna fuerza divina; porque sus propósitos, en boca de los frailes que acompañaban a la hueste, no podían ser más pacíficos; porque los nativos, divididos en cacicazgos y enfrentados entre sí, no podían tampoco constituir resistencia alguna. Nuño de Guzmán fundó la villa de San Miguel en Navito. Desconfiado como era, la concibió más como fortaleza que como ciudad. Al frente puso como alcalde mayor a Diego Fernández de Proaño, un hombre de su confianza. Y enseguida partió en busca de nuevos pueblos para ampliar su territorio.

El ejército se dividió en tres: una hueste fue hasta Sinaloa, otra entró en la sierra de Topia y la del jefe apuntó hacia Culiacán, que pasó a formar parte de las propiedades personales de Nuño. El paso de la tropa de Nuño de Guzmán por aquel territorio dejó el habitual rastro de destrucción y esclavitud. En San Miguel, mientras tanto, el alcalde Proaño, hechura de su jefe, se dedicaba a capturar esclavos y venderlos después para su lucro personal, de manera que la pacífica receptividad de los nativos se convirtió inmediatamente en hostilidad manifiesta: las rebeliones indígenas en Sinaloa durarían muchos años.

El aventurero fundó más ciudades: Espíritu Santo, en Tepic, y otra Espíritu Santo en Chiametla que desapareció muy pronto. La más importante sería, ya en 1532, Guadalajara, en Jalisco. Ya podía Nuño escribir a España e informar a la corte de sus conquistas. Desmesurado como era, propuso para el nuevo territorio el nombre de Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España. Pero la emperatriz Isabel, que gobernaba en aquel momento la corte por ausencia del emperador Carlos, era mujer de gusto más exquisito y propuso otro nombre: reino de la Nueva Galicia, cuya capital habría de ser bautizada como Compostela. La villa de Tepic sería la agraciada con la capitalidad. En cuanto a Nuño, obtenía la dignidad de gobernador del nuevo territorio.

Desde el punto de vista del proceso general de la conquista, la obra de Nuño de Guzmán fue muy estimable: llegó hasta la orilla mexicana del Pacífico y la reconoció a fondo, dominó pueblos que ni siquiera los aztecas habían sojuzgado, fundó ciudades, organizó el territorio... Suficientes méritos para que, en la corte, sus excesos quedaran mitigados. Eso sí, la gloria del depredador iba a tardar muy poco en convertirse en ruina. Enseguida veremos cómo y por qué. Pero antes hay que ocuparse

de un hombre que por aquellos mismos años llegaba, como un náufrago, precisamente a esas tierras de Nueva Galicia; un aventurero que dejaba tras de sí una epopeya inconcebible. Era Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

Cabeza de Vaca: naufragio y supervivencia

La epopeya de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca es, en efecto, una de las más estremecedoras de cuantas firmaron los españoles en las Indias: naufrago en Florida, perdido con tres compañeros en las tierras entonces desconocidas de Texas y Nuevo México, vagó durante ocho años tratando de encontrar el camino a casa. Capturado por los indios, entre ellos fue sucesivamente esclavo, comerciante y curandero. Narró su aventura en un libro, los *Naufragios*, que es el primer testimonio histórico sobre el norte del continente americano, con detalladas descripciones de sus pueblos y sus paisajes. Su historia es un perfecto ejemplo de la dureza extrema de la cruzada del océano.

Cabeza de Vaca: un nombre extraño, ¿verdad? Retrocedamos tres siglos, hasta 1212, en la batalla de las Navas de Tolosa, un episodio crucial de la Reconquista. Los cristianos han de cruzar Despeñaperros, pero los moros controlan todos los pasos. En esa tesitura aparece un pastor y revela a las vanguardias cristianas que hay un camino accesible. El pastor dibuja el plano sobre una calavera de vaca. Los cristianos pasan y así obtendrán una victoria decisiva. Desde entonces —dice la tradición—, el linaje del pastor ostentará el apellido Cabeza de Vaca. De aquel pastor desciende nuestro protagonista: un caballero andaluz —nacido en Jerez en 1507— entre cuyos ascendientes figura también Pedro de Vera, uno de los conquistadores de las Canarias. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca se ha criado como un caballero del Renacimiento: buen guerrero, con letras, cortés, audaz e inteligente. Este es el joven que en 1527 zarpa de Sanlúcar de Barrameda hacia Cuba y la Florida, en una expedición fletada por un viejo conocido de nuestro relato: Pánfilo de Narváez.

Narváez, sí: el viejo capitán de Velázquez en Cuba, enviado a México para apresar a Cortés y que, como ya hemos visto, acabó de mala manera, tuerto y preso. Don Pánfilo de Narváez había pasado cerca de dos años cautivo en la Nueva España de Cortés. Cuando logró salir de allí, volvió a Cuba hecho una furia, dispuesto a vengarse del conquistador. Lo que encontró, sin embargo, debió de sumirle en la más honda perplejidad. Primero y ante todo, Cortés había convencido a todo el mundo de que su conquista era legítima, de manera que no era posible tomar venganza contra él. Segundo, las cosas en Cuba habían rodado espectacularmente bien en su ausencia, hasta el punto de que él, Narváez, se había convertido en un hombre rico. Y eso, ciertamente, actuó como un bálsamo sobre su agitado espíritu.

Esta última circunstancia merece ser explicada con algún detalle. Narváez, a juzgar por todos los testimonios, era un tipo atractivo y de buena planta: alto, rubio tirando a pelirrojo, fuerte, valiente en la batalla, con voz imponente, de buena conversación y, además, honrado en los negocios, pero, frente a todas esas virtudes, era extremadamente vanidoso y su inteligencia resultaba ostensiblemente limitada, lo cual siempre le trajo problemas. Quien cubría sus carencias era su esposa, María de Valenzuela, una española inteligente y laboriosa que alcanzó muy buena posición en Cuba, enviudó de su primer marido y encontró en Narváez el perfecto relevo para seguir subiendo en la escala social. Pánfilo obtenía encomiendas y honores, pero era María quien multiplicaba los beneficios, y lo hacía tanto más eficazmente cuanto más lejos se hallara su nuevo esposo. De manera que Narváez volvió a casa y se encontró con una inesperada fortuna, y eso calmó notablemente sus ímpetus. Para colmo, al poco tiempo (junio de 1524) moría su mentor, el gobernador Velázquez, lo cual, en la

práctica, venía a poner fin a la querrela con Hernán Cortés. ¿Hacia dónde caminar ahora?

Narváez, que pasaba ya sobradamente de los cincuenta años, se vio rico y sin objetivo. En Cuba tenía poco que hacer, salvo gozar de sus rentas; pero don Pánfilo no era el tipo de hombre que se duerme en los laureles. En México tampoco podía intentar aventura alguna porque era territorio vedado. Así que decidió afrontar su propia empresa: la Florida, que desde la expedición de Ponce de León seguía abierta a los conquistadores. En febrero de 1526 Narváez viajó a España. En atención a sus servicios, obtuvo del rey Carlos el cargo de adelantado de ese territorio. La Florida sería suya.

¿Qué se sabía entonces de la Florida? Después del intento pionero de Ponce de León en 1513, la misteriosa península —que aún se ignoraba que fuera tal— había permanecido ajena a las exploraciones; entre otras razones, porque se descartaba que por allí pudiera estar el ansiado paso a la mar del Sur. Pero a medida que el golfo de México era explorado palmo a palmo, los nuestros iban llegando a la inevitable conclusión de que el canal, si lo había, tenía que encontrarse en otro lugar. ¿Y por qué no al norte de la Florida? Debió de ser hacia 1517 cuando Antón de Alaminos, el reputadísimo piloto que había navegado el Caribe en todas direcciones, persuadió al gobernador de Jamaica, Garay, de que patrocinara una nueva búsqueda. El elegido para capitanearla fue entonces Alonso Álvarez de Pineda, que durante seis meses —entre marzo y agosto de 1519— recorrió todo el litoral sur de lo que hoy conocemos como Norteamérica. Fue Pineda quien confirmó sin género de dudas que Florida no era isla, sino península, lo cual abría innumerables preguntas sobre la naturaleza de aquel misterioso mundo septentrional. Narváez soñaba con descubrir las respuestas. Entre las selvas y ciénagas de aquel territorio permanecía dormido el secreto del Bimini y sus riquezas en oro. Sobre todo, Narváez quería ser más que Cortés o, cuando menos, igualar su hazaña. Por eso ahora, primavera de 1527, estaba Narváez en el puerto gaditano de Sanlúcar de Barrameda al frente de su propia expedición.

Hay quien ha comparado los puertos andaluces de esta época con lo que hoy es Cabo Cañaveral, el puerto de los cohetes espaciales. Del mismo modo, a principios del xvi España lanza barcos hacia lo desconocido. Han pasado solo treinta años desde el descubrimiento y los logros ya son extraordinarios: Núñez de Balboa ha abierto el Pacífico en 1513, Cortés ha conquistado México en 1521, Magallanes y Elcano han dado la vuelta al mundo en 1522, Pizarro —luego lo veremos— está intentando penetrar en el Perú desde 1524... El 17 de junio de 1527 parte una más de esas expediciones: la de Pánfilo de Narváez. Son 5 barcos; a bordo, 600 hombres y 10 mujeres casadas. El alguacil mayor y tesorero de esa expedición es nuestro protagonista: Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

A partir de este momento, nadie puede prever la sucesión de catástrofes que espera a los expedicionarios. ¿Nadie? No: una de las mujeres que viajan en la expedición guarda un secreto. Y es que, días antes de embarcar, una mora de Hornachos, Badajoz, le ha predicho el futuro: «Iréis por mar —dicen que auguró la mora—, pero no entréis en tierra. Porque si entráis, ninguno de los que entren saldrá con vida. Y si alguno saliese, será por muy grande milagro de Dios. Pero pocos serán los que escapen. Pocos o... ¡ninguno!».

Ajena a la secreta predicción de la mora, la expedición toca primero Santo Domingo para proveerse de alimentos y caballos. Allí la profecía se verifica: los huracanes y las tormentas causan

60 bajas antes de llegar a Cuba. Después, 140 hombres, atemorizados, desertan. Es marzo de 1528 y los barcos aún no han podido abandonar Cuba. Narváez, obstinado, insiste en hacerse a la mar. Son 400 hombres y 80 caballos los que surcan las agitadas aguas rumbo norte. Entonces un terrible vendaval arranca a los barcos de su ruta y los arrastra al suroeste de la Florida. El 14 de abril, Jueves Santo, echan el ancla en lo que hoy es la bahía de Tampa. La expedición ha perdido dos barcos. Ya solo quedan 300 hombres.

Narváez, pese a estar en lugar desconocido, desembarca para explorar el terreno. No está allí la dama para recordar lo que dijo la mora. El adelantado alinea a todos sus hombres en la playa, iza un estandarte, toma posesión de la Florida en nombre del rey y, acto seguido, recibe el juramento de sus oficiales, que le aclaman como gobernador del nuevo territorio. Todo parece marchar sobre ruedas, pero entonces aparecen los nativos: son timucuas, muy primitivos, y manifiestamente hostiles. Narváez, acreditando una vez más su escasa inteligencia, opta por el enfrentamiento abierto. Peor aún: después de la inevitable victoria, apresa al cacique indígena, llamado Hirrihigua, y a guisa de represalia le amputa la nariz, además de ejecutar otros castigos sobre los vencidos como la muerte de la propia madre del cacique. La crueldad puede entenderse en un tipo que había visto cómo los indios se comían a sus hombres en México, pero eso no resta gravedad al caso. Sobre todo porque, a partir de ese momento, la estancia de los españoles en aquella tierra iba a convertirse en una auténtica pesadilla.

Después de la toma de posesión y del primer choque con los indígenas, Narváez resuelve dirigirse hacia el interior. Es una decisión arriesgadísima: hay que abandonar los barcos y, con ellos, los víveres. Cabeza de Vaca considera que es una locura, pero se calla: teme que los demás le tomen por cobarde. Por otro lado, los indios han dicho que a pocos días de marcha hay una rica ciudad llamada Apalache, y el señuelo de la abundancia puede más que el sentido de la prudencia. Es un nuevo error de Narváez. Cuando la expedición se interna en tierra, lo que encuentra es un infierno: una sucesión interminable de ciénagas malsanas, tenebrosas junglas y parajes desérticos. Pronto se acaban las raciones; tienen que comerse los caballos. Además, aparecen los indios, que atacan desde sus escondrijos en el manglar. Son los famosos apalaches. ¿Tan ricos como decían los timucuas? En absoluto; pero eran una cultura sedentaria con aldeas y campos labrados, lo cual era visto por las otras tribus como una señal de riqueza extraordinaria. Narváez se desespera. En la aldea de los apalaches consigue entenderse con un jefe nativo. Este le dice que allí no va a hallar oro ni riqueza alguna, pero que a nueve días de marcha hacia el sur podrá reencontrar sus barcos. El adelantado comprende que está vencido.

No hay descanso para los expedicionarios. Cada paso que dan es un nuevo conflicto. ¿No hay tribus amigables? No: toda la Florida parece haberse enterado de las salvajadas perpetradas por Narváez y los nativos hostigan a la hueste sin cesar. A Tampa ha llegado mientras tanto un nuevo barco español: uno de los que había dejado atrás Narváez. El cacique Hirrihigua ve llegada la ocasión de su venganza. Cuatro indios se acercan ceremoniosamente al barco y exhiben algunos objetos allí abandonados por los españoles. Los recién llegados interpretan que se trata de una tribu amiga y desembarcan. Es una trampa. Cuatro españoles son apresados y el cacique Hirrihigua los torturará de una manera particularmente cruel: haciéndoles correr durante horas en un espacio

cerrado mientras los nativos les lanzan flechas con cuidado de no dañar ningún órgano vital, para prolongar más el sufrimiento. Uno de los cautivos, Juan Ortiz, casi un niño, salvará la vida por intercesión de la esposa y la hija de Hirrihigua. Volveremos a saber de él.

Mientras tanto, la expedición de Narváez, desorientada, vaga sin rumbo hasta divisar de nuevo el océano. No serán nueve días, como decían los indios: serán muchos más, y la mayor parte del trayecto transcurrirá por pantanos. La estampa es aterradora: cruzando kilómetros y kilómetros de áreas pantanosas, frecuentemente con el agua hasta el pecho, y al mismo tiempo recibiendo flechazos de los indios que aparecen por todas partes. El propio Cabeza de Vaca es herido en la cara. Poco a poco los hombres empiezan a caer por el hambre y las enfermedades. Cuando al fin divisan el mar, no ven ni rastro de los barcos. ¿Dónde están? Lo ignoran. Hoy llamamos al lugar bahía Apalache. A los nuestros no les queda más comida que un caballo y un poco de maíz. No pueden volver hacia el interior, porque el paisaje es infernal y los indios les hostigan sin tregua. Entonces deciden construir balsas para seguir la costa hasta dar con las naves. Es ya septiembre de 1528 y solo quedan 242 hombres. Pero la nueva aventura será todavía más desdichada.

Cinco precarias balsas recorren el litoral sur de Norteamérica. A bordo van 242 españoles tratando de sobrevivir al hambre, la sed, las tormentas y la permanente hostilidad de los indios. Así recorrerán 640 kilómetros durante seis semanas, hasta que alcanzan la desembocadura de lo que Pineda llamó río del Espíritu Santo, hoy Misisipi. Debería haber sido la salvación, pero fue todo lo contrario. La fortísima corriente del río arrastró dos balsas hacia alta mar. Una de ellas era la de Narváez: el desafortunado capitán encontró aquí la muerte. Otra barca volcó, una cuarta zozobró y la quinta, milagrosamente, embarrancó en la ribera. En esta quinta barca iba Cabeza de Vaca.

Pese a la hostilidad demostrada en las semanas precedentes, los indios no acogieron mal a los naufragos. Según narrará nuestro protagonista, los españoles estaban tan desconsolados por la suerte de la expedición que los indios terminaron llorando junto a ellos. Así lo contó Cabeza de Vaca: «Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tal fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora (...). Ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros hizo que en mí creciese más la consideración de nuestra desdicha».

A los naufragos, demasiado débiles y enfermos para huir, no les queda otra opción que pedir refugio en la aldea de los nativos. Están en un lugar que Cabeza de Vaca, elocuentemente, llama Malhado, hoy Galveston. Es noviembre de 1528. Los indios en cuestión son carancaguas, tribus seminómadas del sur de la actual Texas. Allí Álvar Núñez se encuentra con otros supervivientes: entre ellos, el capitán Alonso del Castillo Maldonado, de Salamanca; el capitán Andrés Dorantes de Carranza, de Huelva, y el negro Estebanico, esclavo de este último. Los naufragos rehacen filas: descubren que en total hay 80 supervivientes. De Cuba habían salido 400. Es decir, ¡320 bajas! Deciden enviar en busca de ayuda a los cuatro que se encuentran en mejor estado físico; nunca volverán. A los restantes les aguardan la esclavitud, el hambre y las enfermedades. Pronto, de los 80 que habían salvado la vida solo quedarán 15.

Aquellos pocos supervivientes han de enfrentarse a un mundo hostil, muy pobre en alimentos,

poblado por una enorme cantidad de pequeñas tribus muy distintas entre sí —hasta veinte, cuenta el náufrago— y, además, enemistadas sin tregua. La vida de los españoles es de pura esclavitud: han de hacer los trabajos más duros bajo continua amenaza de muerte. Así describe Cabeza de Vaca aquellas penalidades: «Los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa a otra mataron a tres».

Allí quedan Cabeza de Vaca, Del Castillo, Dorantes y Estebanico. Los indios exigen a los españoles que actúen como curanderos. De poco sirven las objeciones de los náufragos: si no hay curaciones, no habrá comida. Cabeza de Vaca se resigna, aplica sus rudimentarios conocimientos médicos mezclándolos con los rituales chamánicos de los propios indios y he aquí que la cosa funciona. Un día cura a un hombre herido por una flecha; los norteamericanos de hoy consideran que fue la primera cirugía efectuada en su país. El hecho es que el náufrago empieza a trabajar como curandero para distintos pueblos; así descubre que algunas otras tribus, como los chorrucos, no ejercen la esclavitud. En cuanto puede, escapa y se acoge al amparo de estos. Aquí conseguirá un estatuto más cómodo: hará de comerciante entre tribus enemigas llevando mercaderías —pieles, maíz, etc.— de un poblado a otro. Los demás españoles correrán peor suerte.

Pasan los meses. Pasan los años. Cabeza de Vaca sobrevive como mercader entre tribus y, al mismo tiempo, trata de componer el mapa de la región: ha de hallar el camino de vuelta a Nueva España, pero ¿por dónde? Un día los indios quevenes le informan de que hay tres españoles cerca de allí. Así el náufrago se reencuentra con Dorantes, Del Castillo y Estebanico; de la expedición Narváez ya solo quedan ellos. Juntos traman la fuga. Han de esperar a que los indios vuelvan a emprender una de sus migraciones anuales. Mientras tanto, el estatuto de nuestro protagonista volverá a ser el de un simple esclavo. Desesperado, intentará huir varias veces; siempre sin éxito. Es ya septiembre de 1534. Los nuestros, aun dispersos entre varias tribus, se las han arreglado para acordar el día y el lugar de la fuga. Cuando llega la noche prescrita, echan a correr. Durante días caminarán sin descanso.

En su fuga, los nuestros se topan con los indios avavares. No saben si se los van a comer. Pero, para su sorpresa, aquellos nativos también habían oído hablar de las cualidades médicas de los españoles. La tribu acude en tropel a Castillo quejándose de fuertes dolores de cabeza. Castillo — cuenta Cabeza de Vaca— les santigua, reza algunas oraciones, les impone las manos y... ¡curados! Los indios, en agradecimiento, celebran una fiesta y les ofrecen abundante carne de venado. Ocho meses pasarán con aquellos indígenas. Será aquí donde Cabeza de Vaca escribirá su mayor hazaña como curandero al sacar a un indio de un estado de catalepsia; sus compañeros le habían dado por muerto, de manera que, para los nativos, aquello fue una resurrección. «Esto causó muy grande admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba de otra cosa», comenta el propio náufrago en sus escritos. No era para menos.

Los nuestros no echaron raíces allí. Al año siguiente abandonan a los avavares y continúan camino hacia el sur. Es un periplo imposible, por territorios desconocidos y sin otro punto de

referencia que las estrellas. Al cruzar el río de Las Palmas, hoy río Bravo, entre México y Texas, encuentran una nueva aglomeración indígena. Es el verano de 1535. Para su sorpresa, los indios acogen a los recién llegados como a seres semidivinos. *Hijos del Sol*, los llaman: sin duda hasta allí ha llegado la fama de los extraños curanderos. Álvar Núñez dispensa cuidados médicos; Del Castillo predica la cruz a los indígenas.

Pronto nuestros cuatro supervivientes se ven acompañados por un séquito creciente de indios que les sigue a todas partes, pueblo tras pueblo. Esto protege a los españoles, pero les crea nuevas obligaciones: hay que mantener el orden, cosa que Cabeza de Vaca hará utilizando como tótem mágico una calabaza. Pero, sobre todo, hay que dar de comer al séquito, y este no será pequeño: llegará a haber hasta 3.000 indios detrás de Cabeza de Vaca y los suyos. El objetivo sigue siendo llegar hasta las posiciones españolas en el río Pánuco, pero las circunstancias obligan a cambiar los planes: en su búsqueda de alimentos, los nuestros y su nutrida cohorte india recorrerán cientos de kilómetros a lo largo del río Bravo hasta el golfo de California. Es un territorio pobre, de escasa o casi nula vegetación, sin apenas animales ni, desde luego, presencia humana. Con frecuencia el cortejo errante de los náufragos españoles y sus acólitos indios no podrá comer otra cosa que gusanos o insectos.

Esa es la inconcebible compañía que un destacamento español en Sinaloa, México, descubre en julio de 1536: cuatro españoles semidesnudos, barbudos y macilentos, esgrimiendo una calabaza y, tras ellos, más de seiscientos indios en apiñada muchedumbre. En todo caso, para los náufragos fue la salvación. Así narró el encuentro nuestro protagonista:

Y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho tiempo, tan atónitos que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen a donde estaba su capitán (...); y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí habían llegado...

La sorpresa de aquella patrulla debió de ser infinita, pero no tuvo que serlo menos la de Cabeza de Vaca y sus compañeros, porque ignoraban que los españoles hubieran llegado hasta aquellos parajes. Eran los territorios de Nueva Galicia, abiertos por Nuño de Guzmán. El gobernador de la región les proporcionó caballos y vestimenta. Los náufragos pudieron llegar a Ciudad de México y explicar al virrey de Nueva España su increíble aventura. Aquí se separó esta singular compañía. Sabemos lo que les pasó después. Alonso del Castillo se quedó en México, donde casó con una dama española de Puebla. El mismo camino siguió Dorantes. En cuanto al moro Estebanico, licenciado por su amo, se enroló en la expedición del fraile Marcos de Niza en busca de las legendarias Siete Ciudades de Cíbola, supuesto Eldorado norteamericano que jamás apareció; Estebanico, ya lo contaremos, morirá a manos de los indios zuñi algunos años más tarde.

A Cabeza de Vaca todavía le esperaban más aventuras y, por supuesto, más naufragios. De entrada, lo que hizo fue escribir su historia en un libro que se llamaría precisamente así, *Naufragios*, y que es la primera narración histórica sobre los Estados Unidos. El 10 de abril de 1537, casi diez

años después de haber abandonado España aquella primera vez, se embarcará en Veracruz con destino a la península. Como era de esperar, le sorprendió una tormenta. Su barco logró refugiarse en La Habana. Volvió a zarpar hacia España en el mes de junio, en un viaje de lo más accidentado: al borde del naufragio en las Bermudas, atacado por un barco francés en las Azores. No logró tocar Lisboa hasta el 9 de agosto. Una vez en España, fue recibido por el emperador Carlos. Nuestro protagonista no iba a pedirle descanso, sino más marcha: el título de segundo adelantado del Río de la Plata. Como tal volverá a embarcarse en 1540 hacia el sur del continente americano. Pero eso ya lo veremos.

Otro náufrago: la increíble aventura de Pedro Serrano

Cabeza de Vaca no fue el único náufrago que escribió una portentosa hazaña de supervivencia. Hay otro hombre, Pedro Serrano, un marino cuyo barco zozobró en el Caribe hacia 1526 y que estuvo ocho años, ocho, aislado del mundo en un banco de arena, hasta que un navío que pasaba por allí le rescató. La aventura de este Pedro Serrano, relatada años después por el Inca Garcilaso, causó sensación en su momento. Se da por seguro que Daniel Defoe se inspiró en él para escribir su *Robinson Crusoe*. La suya no es solo una historia curiosa: es sobre todo un testimonio muy vivo de cómo era el carácter de los españoles en el siglo xvi y de las enormes dificultades que tuvieron que superar en la conquista de América.

Pongámonos en 1526. Los barcos españoles cruzan el Caribe en todas direcciones, pero América todavía es un continente mal conocido. En el sur, en lo que hoy es Colombia, acaba de fundarse Santa Marta en ese año de 1526; Cartagena de Indias no nacerá hasta bastante más tarde, en 1533. Los mayores esfuerzos se concentran precisamente en el norte de Colombia, lo que será el virreinato de Nueva Granada: un territorio muy hostil de selvas impenetrables, donde hasta entonces ha sido imposible mantener una base estable. Los españoles mandan continuamente barcos desde Cuba para abrir esa región. Han de atravesar un mar nada fácil: los mapas aún no han cartografiado más que las costas y unas cuantas rutas seguras; fuera de ellas, acecha el peligro. Uno de aquellos barcos, un ligero patache de exploración, ha partido de La Habana con destino a Santa Marta. Lo manda el capitán Pedro Serrano.

A mitad de camino, en medio del Caribe, un fuerte temporal sorprende al patache. El barco zozobra; demasiado temporal para tan poca embarcación. Naufragan. Entre enormes dificultades, los tripulantes intentan ponerse a salvo. El mar se los traga. Solo tres hombres logran sobrevivir. Entre ellos, Serrano. A nado, llegan a un banco de arena, un atolón que no figura en mapa alguno. El lugar es un infierno: en 50 kilómetros de largo por 13 de ancho, solo hay arena y sol, sin apenas vegetación, sin fuentes de agua dulce. Esos tres hombres han sobrevivido, pero han quedado aislados en un paraje donde la muerte parece inminente. No saben dónde están. No saben cómo alimentarse. Tampoco saben si algún barco pasará por allí. Comienza una carrera contra la muerte. De los tres náufragos, uno muere a los pocos días. Solo quedan dos. Serrano sabe que solo sobrevivirá si aprovecha al máximo los exiguos recursos que la isla ofrece. El Inca Garcilaso, que conoció la historia, lo relató así:

Luego que amaneció volvió a pasear la isla, que es despoblada; halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas, porque no había candela donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vio salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes; y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua. Lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tasajos, y para desembarazar las conchas para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa.

Serrano y su compañero protagonizan un auténtico alarde de ingenio. Para aprovechar el agua de

la lluvia, recolectan caparazones de moluscos y maderas del naufragio y fabrican un pequeño depósito. Para protegerse del ardiente sol tropical y de los fuertes vientos, y a falta de árboles, recogen rocas, conchas y corales, y construyen una especie de túmulo que les sirve de cobertizo. Hacen fuego con pedernales; como no hay vegetación, lo que utilizan como yesca son los jirones de sus propias camisas.

Un día, después de varios meses de aislamiento, sucede algo extraordinario: aparecen dos hombres en un bote. No vienen a rescatarlos, por desgracia: son también náufragos. El compañero de Serrano partirá en ese bote con uno de ellos, en la esperanza de llegar a las costas de Nicaragua. Ambos se perderán para siempre. Serrano queda con el otro recién llegado.

La vida en el banco de arena es una lucha diaria por la supervivencia. No hay más madera que la que llega, azarosa, arrastrada por las olas, producto de otros naufragios. Con esas maderas hacen fuego. Hay que dosificar el combustible con extremo cuidado: no sirve solo para asar la carne de las tortugas y los moluscos, sino, sobre todo, para hacer señales de humo en caso de avistar algún barco. Pasan los años. Serrano y su compañero no se dan jamás por vencidos. Desde su atalaya divisarán algún barco español; ninguno los verá a ellos. Podemos imaginar la desesperación de los náufragos al ver cómo la salvación se les escapa por el horizonte. Mucho más nos cuesta imaginar así la vida, día tras día, hasta ocho años. Sin embargo, un día... Dejemos que lo cuente el Inca Garcilaso:

Durante años vieron pasar algunos navíos y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba, por lo cual ellos se quedaban tan desconsolados, que no les faltaba sino morir. Pero al cabo de este largo tiempo acertó a pasar un navío tan cerca de ellos que vio la ahumada y les echó el batel para recogerlos. Así los llevaron al navío donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo a España.

El compañero de Serrano, en efecto, murió a bordo; no llegó a ver tierra firme nunca más. Triste destino. Serrano, sin embargo, sobrevivió. Era ya 1534. Su historia dio la vuelta a España, que en aquel tiempo era como decir la vuelta al mundo. No es exageración. Tanto impresionó su gesta que las autoridades resolvieron llevarlo a Alemania, donde se hallaba entonces el emperador Carlos, para que Serrano se la contara personalmente. El náufrago llegó a la corte imperial con la pelambre tal y como la tenía cuando fue rescatado, para dar mayores visos de veracidad a su historia. Podemos imaginar el pasmo del emperador al ver aparecer a aquel hombre, con la salud ya recobrada, pero con los cabellos y las barbas de ocho años de aislamiento.

Serrano se convirtió en un hombre famoso. Fue llamado a decenas de reuniones cortesanas, donde la nobleza se aprestaba a escuchar su relato. Él mismo lo escribió en una viva narración que se conserva en el Archivo de Indias. Después, recompensado por la corona, marchó a Panamá. Allí terminaría sus días. Así lo cuenta el Inca Garcilaso:

Algunos señores le dieron ayuda de costas para el camino y la majestad imperial, habiéndole visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta. Yendo a gozarlos murió en Panamá, que no llegó a verlos.

Se cree que Daniel Defoe, cuando escribió *Robinson Crusoe* en 1719, tuvo entre sus fuentes de inspiración la historia de Pedro Serrano en su inhóspito banco de arena. Hoy ese islote, aquel infierno en forma de atolón, se llama isla Serrana, o Serrana Bank, en honor precisamente al náufrago Pedro Serrano. Está a unas 220 millas náuticas (unos 360 kilómetros) al este de la costa de Nicaragua. El escenario sigue como estuvo en 1526, con la salvedad de que los norteamericanos montaron allí una base militar temporal durante la crisis de los misiles con Cuba.

Hacia 1990 unos cazadores de tesoros encontraron el túmulo de rocas, corales y conchas que los náufragos construyeron para protegerse del sol. Tesoros, desde luego, no encontraron ninguno. El único tesoro es el inmenso esfuerzo de supervivencia del capitán Pedro Serrano y sus compañeros.

Cortés en las Californias

Cuando Cabeza de Vaca llegó al golfo de California, al borde mismo de la extenuación, se topó allí con una patrulla española. Era, recordemos, julio de 1536. Solo ocho años antes, cuando comenzó la expedición de Narváez y Cabeza de Vaca, en aquella alejada región no había huella alguna de presencia española. ¿Qué había pasado mientras tanto? Que los nuestros habían emprendido la conquista del oeste mexicano. Ya hemos visto el papel del siniestro Nuño de Guzmán en esta historia. Pero ahora toca hablar del que sin duda fue el gran protagonista de todos estos años en aquella parte del mundo: Hernán Cortés y su empresa de California, que fue la última gran aventura del conquistador extremeño.

Hernán Cortés, en efecto, no se había estado quieto mientras Nuño de Guzmán hacía de las suyas. Pero la posición del vencedor de Tenochtitlán en este momento era, por lo menos, ambigua: por una parte, había dado a España su mayor conquista desde la caída del reino de Granada; por otra, y a efectos políticos, no dejaba de ser un rebelde que había desobedecido reiteradamente al gobernador Velázquez. La corona no podía sancionar a un hombre de indudables méritos y que además gozaba de la admiración general, sobre todo en la propia Nueva España, donde su liderazgo natural era incontestable, pero tampoco podía premiar su conducta so riesgo de que el ejemplo cundiera y la autoridad de los gobernadores quedara arruinada ante la iniciativa de cualquier aventurero. La muerte de Velázquez, en 1524, había atemperado un tanto el paisaje, pero, aun así, Cortés hubo de afrontar la hostilidad de la corte. Su reivindicación fundamental, que era obtener el gobierno del territorio por él conquistado, era imposible. El nombramiento de capitán general y la concesión del marquesado del valle de Oaxaca, con amplias tierras, venía a compensar sus esfuerzos, pero no su ambición. Para Cortés serán años de continuas gestiones en España: quería su recompensa.

Hernán Cortés no solo había conquistado el mundo azteca, sino que además había extendido su poder hacia el Yucatán, Guatemala y Honduras con hombres de su estricta confianza: Francisco de Montejo, Alvarado y Saavedra, respectivamente. El propósito del extremeño era ocupar todo el territorio disponible y, por supuesto, explorar la mar del Sur, el océano Pacífico, para encontrar el ansiado paso entre los dos océanos o, cuando menos, instalar puertos que permitieran llegar a las Islas de las Especias, al Extremo Oriente. Ciertamente, no era el único. Los gobernadores nombrados por la corona y los aventureros como Nuño de Guzmán —provisto igualmente de mandato regio— iban a intentar lo mismo. Se abría así una carrera donde cada cual intentaría llegar antes que el vecino. Cortés no iba a quedarse atrás. Ese es el marco de la nueva aventura que el extremeño, después de la expedición de las Hibueras, pensó emprender: la conquista de lo que hoy conocemos como California.

La idea de atravesar México para llegar a la costa del Pacífico no era nueva en Cortés: se había apoderado de él en cuanto supo que más al oeste había otro mar. Tras la conquista de Tenochtitlán, las informaciones que le proporcionaban sus exploradores y los propios indios eran prometedoras: más islas se abrían a poniente. Uno de sus más afamados capitanes, Gonzalo de Sandoval, de Medellín, pudo llegar hasta el mar y fundar la ciudad de Colima; allí había recibido noticias de islas ricas en oro y perlas y, por cierto, pobladas solo por mujeres, como las míticas Amazonas. La

leyenda podía ser falsa, pero las perlas eran bien ciertas, pues Sandoval aportó una cuantiosa muestra como prueba. En 1524 Hernán expuso abiertamente el proyecto al rey Carlos I: llegar a la costa, armar barcos y buscar el paso entre los dos mares. ¿No había descubierto Magallanes un paso por el sur? Pues alguno debería haber por el norte. Los viejos mapas hablaban del estrecho de Anián que describió Marco Polo. ¿Sería eso el rosario de islas que se desplegaba hacia el oeste? Valía la pena intentarlo. En 1529, en España, en aquel viaje en el que logró cierto reconocimiento por parte de la corona, Cortés obtuvo formalmente permiso para fletar «armadas para descubrir islas y territorios en la mar del Sur». Ciertamente, él tendría que correr personalmente con los gastos, pero, a cambio, recibiría una décima parte de las tierras y riquezas descubiertas para sí y para sus descendientes. Estamos hablando de un territorio que, hasta donde Cortés podía saber, era aproximadamente como la mitad de la Península Ibérica (en realidad resultaba más grande todavía); una décima parte de eso no era moco de pavo.

El extremeño puso manos a la obra en cuanto pisó nuevamente México. Corría julio de 1530. Para entonces había surgido un problema nuevo —ya lo hemos visto aquí— y es que Nuño de Guzmán, aquel sujeto nombrado por la corona como presidente de la Audiencia, había emprendido una ambiciosa guerra de conquista hacia el oeste llegando hasta el Pacífico y ocupando parte de los territorios que Cortés se proponía explorar. Este tuvo que improvisar sobre la marcha: desde sus tierras de Oaxaca, al sur de México, preparó una expedición que debería navegar rumbo norte hasta sobrepasar los límites de la Nueva Galicia, que era el predio de Guzmán. El punto de partida fue el golfo de Tehuantepec. La expedición constaría de dos barcos al mando de Diego Hurtado de Mendoza, primo de Hernán: el *San Marcos*, que era la capitana, y el *San Miguel*, gobernado este último por Juan de Mazuela. Los objetivos son muy claros: salvado el territorio de Guzmán, navegar 100 o 150 leguas, buscar nativos, estudiar de qué clase son, poner especial atención a la calidad de sus embarcaciones y verificar la existencia de oro y perlas. Cortés parece persuadido de que sus hombres van a encontrar algún tipo de civilización desarrollada; quizá piensa que, en efecto, Asia está ya al alcance de la mano.

La expedición partió en junio de 1532. Será una catástrofe, y el principal culpable va a ser precisamente Nuño de Guzmán. Después de costear Jalisco y descubrir las tres islas Marías, los barcos fondearon cerca de Nayarit para buscar agua y provisiones. ¿Quién mandaba allí? Nuño. Y este, despiadado, negó puerto a los viajeros. Los barcos se vieron obligados a volver a la mar, y aquí comenzó la tragedia. El *San Miguel* recorrió 200 leguas y soportó varias tormentas, pero la tripulación, hambrienta y exasperada, se amotinó; Mazuela fue obligado por sus hombres a fondear en la bahía de Banderas —donde hoy está el muy turístico Puerto Vallarta— y allí se toparon con indios hostiles que exterminaron a todos menos a dos. Los supervivientes, así como el barco, acabaron en manos de Nuño de Guzmán. En cuanto a la otra nave, la *San Marcos*, desapareció en la mar: se cree que siguió rumbo norte hasta alcanzar las costas de Sinaloa y allí naufragó pereciendo todos sus hombres. Un desastre.

Hernán Cortés no se rinde. En noviembre de 1532 se traslada personalmente a los astilleros de Santiago, hoy Manzanillo, para fabricar otros dos barcos. Serán la *Concepción* y el *San Lázaro*. La primera, al mando de Diego Becerra, jefe de la expedición; la segunda, bajo el capitán Hernando de

Grijalva. Sus objetivos, exactamente los mismos que la expedición anterior, con la misión añadida de tratar de encontrar a Hurtado de Mendoza. Los barcos zarparon el 30 de octubre de 1533. La primera noche se separaron y ya nunca más volvieron a verse. El *San Lázaro* de Grijalva navegó rumbo norte y noroeste y descubrió una tierra nueva: un paraíso de árboles y aves que hoy conocemos como las islas de Revillagigedo, al sur de California. Grijalva, por cierto, consignó en su *Relación* haber hallado a un hombre marino que surgió de las aguas y que miraba a los barcos regocijándose «de la misma manera que un mono» y «mirando a la gente como si tuviera sentido». El *San Lázaro* regresó a puerto sin novedad... y en solitario. Porque en el otro barco, la *Concepción*, se había desatado la tragedia.

Lo que ocurrió en la *Concepción* fue que apareció uno de esos canallas que salpican la crónica de la conquista: Fortún Jiménez, piloto de Becerra. Por razones que nunca han estado claras, pero que al parecer tienen origen en una discusión a bordo, el tal Fortún se concertó «con muchos vizcaínos» (eso dice López de Gómara), mató a Becerra aprovechando que el capitán dormía y acto seguido la emprendió contra los leales al jefe. Los amotinados se hicieron con el control, abandonaron en la costa de Michoacán a los heridos y a los frailes franciscanos que viajaban en la expedición y, dueños absolutos del barco, pusieron rumbo norte. No es difícil imaginar qué pretendían: hacerse con las fabulosas riquezas de oro y perlas que desde los primeros informes de Sandoval se presumían en aquellas misteriosas islas del oeste.

El periplo de Fortún Jiménez por esas aguas sin nombre parece digno de una historia de piratas. La *Concepción*, después de mucho navegar, terminó tocando tierra: unas islas, creían ellos, pero en realidad era la península de California. Allí encontraron los rebeldes una extraña gente muy primitiva, semidesnuda, de largos cabellos y lengua muy distinta a la de los mexicas, con abundancia de mujeres y, además, perlas por todas partes. Aquella banda de malhechores no necesitaba otra cosa: durante días los hombres de Fortún se dedicaron a abusar de las mujeres y a saquear cuantas perlas pudieron. Hasta que los nativos se organizaron, pasaron a la ofensiva y mataron al canalla de Fortún Jiménez y a un buen número de sus cofrades. Los que pudieron escapar a la ira de los nativos ganaron apresuradamente la *Concepción* y se hicieron a la mar. Navegaron errabundos hasta tocar tierra... en los dominios de Nuño Guzmán, que, naturalmente, ordenó apresarlos y se quedó con el barco. Y ya iban dos.

La fórmula más precisa para definir el estado de ánimo de Cortés en este momento es probablemente esta: se le hincharon las narices. Tanto que decidió ponerse él mismo al frente de una nueva expedición y, aún más, hacerlo con un gran ejército, por tierra y atravesando los dominios de Nuño de Guzmán. Era una declaración de guerra. Al conquistador se le aconsejó que no entrara en querellas con Nuño, pero, por un lado, este ya había caído en desgracia en Castilla, y por otro, Cortés, que según propia confesión se había gastado ya la friolera de 100.000 castellanos de oro (unas 1.000 libras de oro fino, es decir, casi 500 kilos del preciado metal), estaba dispuesto a hacer valer su condición de capitán general y, sobre todo, el permiso regio para llevar a cabo una exploración que le estaba costando demasiados sinsabores. El extremeño marchó a Acapulco para dirigir personalmente los trabajos. Allí, por cierto, tuvo que atender una petición de socorro: la que le enviaba Francisco Pizarro desde Lima, porque este otro extremeño acababa de conquistar el

imperio de los incas en el Perú. Grijalva será quien auxilie a Pizarro. Pero de esto ya hablaremos más adelante.

Junto al *San Lázaro* de Grijalva, armó Cortés en Acapulco dos barcos más: el *Santo Tomás* y la *Santa Águeda*. Pero eso solo era una parte de la expedición; la otra, capitaneada por él mismo, viajaría por tierra para dejar claro quién era allí el jefe. Los dos contingentes —tal era el plan— se encontrarían en Chametla, en Sinaloa. Cuenta Bernal Díaz del Castillo que, en cuanto se supo en Nueva España que el conquistador volvía al camino, centenares de españoles se quisieron sumar a la hueste. Y detalla el cronista que en la comitiva no faltaron buen número de arcabuceros y ballesteros, más de un centenar de caballos y tres docenas de hombres casados que viajarían con sus esposas —dato significativo: iban a repoblar—, además de la habitual escolta de indígenas. Pero eso solo era el contingente de tierra; por mar, los tres navíos partían con abundancia de «bizcocho, carne, aceite, vino y vinagre, mucho rescate, tres herreros con sus fraguas y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, además de clérigos y religiosos, y médicos, cirujanos y botica», según explica Bernal.

El ejército —porque era un ejército— de Cortés penetró en tierras de Nueva Galicia, el feudo de Nuño de Guzmán, y acudió directamente al encuentro de este. El saludo entre los dos enconados enemigos debió de ser digno de verse. Pero Guzmán no hizo el menor gesto hostil: intimidado por la tropa de Cortés, consciente también de que en México y en España se estaba pidiendo su cabeza, el cruel gobernador de Nueva Galicia acogió a su rival con exquisita hospitalidad, le proveyó de cuantos materiales necesitaba para su viaje e incluso le ofreció recuperar la *Concepción* —el barco del canalla Fortún—, que Hernán declinó por inservible. Eso sí, Nuño le desaconsejó continuar con su exploración porque —arguyó— no iba a hallar nada valioso. Cortés, evidentemente, no le hizo el menor caso.

Cuatro días estuvo el conquistador de Tenochtitlán —con su ejército— en la sede de su enemigo. Dicen las crónicas que a Cortés le impresionó mucho la miseria general, la pobreza en la que vivía el propio Nuño de Guzmán y el pésimo aspecto de la colonia. Extraño paisaje para el territorio de un hombre como Guzmán, que solo pensaba en hacerse rico. Hoy, por las investigaciones de los historiadores, conocemos la razón de tanta penuria: desde mediados de 1535 se había extendido por Culiacán y Sinaloa una terrible epidemia que diezmó literalmente a la población indígena. ¿Cuál era el virus? Se habla de sarampión, de viruela, de fiebres intestinales... Seguramente fue todo a la vez. Los indígenas tahues y totorames, que jamás habían estado expuestos a aquellos agentes traídos por los europeos y sus animales, cayeron por millares.

En cuanto Hernán Cortés partió, Nuño desmintió su hospitalidad y escribió a la Audiencia de México quejándose porque el extremeño había penetrado en su territorio. Un mal tipo de verdad, el gobernador Guzmán. Pero aquella singular batalla incruenta entre dos hombres que se odiaban la había ganado Hernán Cortés.

Los dos brazos de la tercera expedición de Cortés hacia el norte se reunieron finalmente en Chametla, cerca de donde hoy está Mazatlán. Desde Oaxaca, su punto de partida, el viaje por tierra suma unos 1.500 kilómetros: un largo periplo. Allí, en Chametla, el conquistador se hizo a la mar con el *San Lázaro* y la *Santa Águeda* más un centenar de infantes y 40 jinetes con todo su equipo. En tierra quedaban 60 jinetes con la misión de mantener la posición y tratar de repoblar. El objetivo

estaba claro: verificar el perfil de las islas avistadas en las expediciones anteriores, explorar el camino hacia poniente con la esperanza de hallar las Islas de las Especias y, por supuesto, tratar de encontrar el hipotético paso entre los dos océanos. Tomó pie en las tierras ya descubiertas, constató la muerte de Fortún Jiménez y su banda de malhechores y tomó posesión del lugar en nombre de la corona. Lo llamó bahía de la Santa Cruz. Cortés seguía persuadido de hallarse en una isla; hoy sabemos que en realidad se trataba de la península de California.

Se fundó una ciudad en Santa Cruz. Los barcos regresaron a Sinaloa para traer víveres y materiales de construcción. Iba a ser el punto de partida de una nueva aventura. Pero los intentos españoles por asentarse en la zona parecían afectados por alguna maldición: un temporal disgregó a los barcos y a Santa Cruz solo llegó un cargamento de 50 fanegas de maíz; insuficiente para sobrevivir. Hubo que buscar víveres en la propia región, pero aquellas tierras, áridas y desérticas, eran muy poco generosas. Veintitrés de los nuestros murieron de hambre. No había más remedio que volver a Nueva España y desde allí organizar un avituallamiento masivo. En eso llegó una carabela. La pilotaba Francisco de Ulloa y la había fletado nada menos que la segunda esposa de Cortés, Juana de Zúñiga, para informar al extremeño de un acontecimiento trascendental: había llegado un nuevo virrey. Se llamaba Antonio de Mendoza. Y su primera orden era que Cortés regresara a casa.

El primer virrey de la Nueva España

La llegada del virrey a México cambió el mapa de golpe. La corona había mandado para este menester a lo mejor que tenía. Antonio de Mendoza, de la linajuda casa de Mendoza, sobrino nieto del poderosísimo cardenal, es una herencia viva del Renacimiento español. Su padre es Íñigo López de Mendoza, el *Gran Tendilla*, jefe militar en la última fase de la Reconquista, diplomático ante la Santa Sede, alcalde de la Alhambra, capitán general de Granada. Su abuelo es otro Íñigo López de Mendoza, el primer conde de Tendilla, héroe de la guerra contra el moro. Su bisabuelo, nada menos que el marqués de Santillana, legendario aristócrata, militar y poeta. Pero hay más: por parte materna, el abuelo del nuevo virrey es Juan Pacheco, marqués de Villena, el valido de Enrique IV y feroz enemigo de Isabel la Católica en las guerras por la sucesión castellana. O sea que este Antonio de Mendoza que aparece en México con el cargo de primer virrey es un pedazo de historia de Castilla.

Pero este hombre que llega a Nueva España no trae solo linaje, sino que también lleva a las espaldas un currículum impresionante. Ha aprendido minuciosamente las tareas de gobierno con su padre en Granada, se ha educado con el gran humanista Pedro Mártir de Anglería, ha formado parte del séquito de Carlos I, ha combatido para él en la Guerra de las Comunidades al mando de un ejército de moriscos, ha sido embajador en Flandes e Inglaterra, legado especial del rey Carlos en Hungría durante los difíciles años de la ofensiva turca, embajador más tarde en Italia y Alemania... Cuando volvió a España fue para ocuparse de la Real Cámara —una sección del Consejo de Castilla que entendía de los nombramientos políticos y eclesiásticos— y de la provincia de León de la Orden de Santiago. En este último cometido, por cierto, el mismo caballero que había encabezado una tropa morisca en defensa del rey tuvo que encabezar una tropa del rey para reprimir una insurrección morisca, cosa que hizo con una singular mezcla de mano dura y guante blanco. Cuando le nombraron virrey de Nueva España, a sugerencia de la emperatriz Isabel, Mendoza tenía cuarenta y cuatro años y las mejores credenciales para organizar aquel mundo que acababa de nacer.

Mendoza llega con todo el poder en la mano: es virrey, es decir, suprema autoridad política en nombre del emperador, pero además es gobernador, lo cual le confiere el mando directo sobre la administración de todos los territorios de la Nueva España, y capitán general, lo cual le da el mando militar, y también presidente de la Audiencia mexicana, lo cual pone los tribunales bajo su arbitrio. Lo único que no controla Mendoza es el poder religioso, la Iglesia, que desde 1527 está encabezada por el primer obispo de México: el franciscano vizcaíno fray Juan de Zumárraga, un enérgico anciano que se acerca a los setenta años, que desde el primer momento, por su celo como protector de indios, ha entrado en conflicto con los gobernantes de la Audiencia —llegarán incluso a acusarle, arteramente, de maltrato a los indios, lo cual obligará al obispo a volver temporalmente a España— y que ahora, con Mendoza, establecerá una relación ciertamente no fácil, pero mucho más provechosa.

Lo primero que tuvo que hacer el virrey fue, precisamente, domar a los conquistadores. Disciplinar a los miembros de la Audiencia no iba a costarle gran esfuerzo: eran funcionarios que parapetaban su poder en el nombre de la corona, pero ahora la corona era Mendoza, de manera que

más les valía plegarse. Pero otra cosa eran los jefes de hueste: un Cortés, héroe de los conquistadores de primera hora, al que le bastaba una palabra para poner en pie un ejército, o un Nuño Beltrán de Guzmán, que había llegado a controlar sin que nadie le chistara un enorme territorio al noroeste. Recién llegado a su cargo, en noviembre de 1535, Mendoza conoce que Cortés está explorando la costa del Pacífico entre graves aprietos. El extremeño tiene permiso para hacerlo, pero ahora es Mendoza quien manda. Lo que quiera hacer Cortés, tendrá que hacerlo con permiso del virrey.

Hernán Cortés recibe en Santa Cruz el mensaje de su esposa y las órdenes del virrey. Obediente, partió hacia México y dejó en Santa Cruz un destacamento al mando de Francisco de Ulloa. Finalmente incluso este destacamento tuvo que regresar con la anuencia del propio virrey. El tercer intento por explorar el noroeste había vuelto a fracasar.

Dicen que fue entonces cuando a la tierra recién hallada se la empezó a llamar California, y no por admiración, sino con ánimo burlesco. La California es una isla que aparece en *Las sergas de Esplandián*, una de las novelas de caballerías más famosas de la época, un auténtico *best-seller* de comienzos del xvi: «Sabed que a la diestra mano de las Indias —escribe en *Las sergas* Ordóñez de Montalvo— existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las Amazonas. Eran de bellos y robustos cuerpos, fogoso valor y gran fuerza. Su isla era la más fuerte de todo el mundo, con sus escarpados farallones y sus pétreas costas. Sus armas eran todas de oro y del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no había otro metal que el oro». En la menesterosa fundación de Santa Cruz no había oro, ni monturas ni negros: los pericúes, que así se llamaban los nativos, eran un pueblo nómada muy primitivo sin agricultura ni aldeas, mucho menos metalurgia, y el territorio no daba de sí más que cactus y arenales. Pero con el nombre de California se quedó.

Habrà un cuarto intento, y será la última empresa de Hernán Cortés en América. Francisco de Ulloa, el marino que ya había reconocido aquellas aguas con el conquistador, será el elegido para abrir definitivamente el misterio de California. Cortés corrió con los gastos, como siempre, pero él no iría: pensaba emprender viaje a España para intentar, por enésima vez, obtener mejor recompensa a sus esfuerzos. Ulloa partió con tres barcos en julio de 1539. Uno se quebró por el camino. Con los dos restantes penetró en un mar que llamaron mar Bermeja, por el color rojizo de sus aguas, y navegaron hacia el norte. Hallaron la causa del tinte de aquellas aguas: era la tierra arrastrada por el río Colorado, que por eso se llamó así. Descubrieron también que no se hallaban en mar abierta, sino en un golfo: el golfo de California. Tomaron posesión del «Ancón de San Andrés y Mar Bermeja» en nombre de la corona española «poniendo mano a la espada, diciendo que si abía alguna persona que se lo contradijese, que él estaba presto para se lo defender, cortando con ella árboles, arrancando yerbas, meneando piedras de una parte a otra, y sacando agua de la mar; todo en señal de posesión», según explicó en escrupulosa acta el escribano de la expedición, Pedro de Palencia. Y hecho esto, siguieron costeano California.

Ulloa fue el primer español que pudo comprobar que aquello no era isla, sino península, aunque el navegante conjeturaba que tal vez a través del Colorado se pudiera alcanzar el San Lorenzo, en el

norte del continente: siempre esa obsesión por el ansiado paso norte entre los dos océanos. A la altura de abril de 1540, Ulloa estaba en la isla de los Cedros, en el Pacífico, frente a la península de California. El navegante se recuperaba de las heridas recibidas en una refriega con nativos hostiles y aprovechó para escribir a Cortés: uno de sus barcos, el *Santa Águeda*, regresaría a la Nueva España y portaría el mensaje con una detallada relación de las tierras y aguas descubiertas; el otro navío, el *Trinidad*, continuaría la exploración bajo el mando del propio Ulloa. Fue la última noticia que se tuvo del bravo marino. ¿O quizá no?

El destino de Ulloa es uno de los grandes misterios de la conquista de América. En principio, y por el testimonio de un piloto de la *Trinidad* llamado Pablo Salvador Hernández, la hipótesis comúnmente aceptada es que a la altura de agosto de 1540 toda la tripulación enfermó gravemente; los hombres fueron cayendo uno tras otro y solo el tal Pablo Salvador logró sobrevivir a bordo de un bote con el que consiguió llegar hasta Nueva España. Sin embargo, Bernal Díaz del Castillo dice que Ulloa pudo regresar a Manzanillo. El propio Cortés habla de Ulloa en un documento de 1543 como si el navegante siguiera en este mundo. Incluso un hijo de Ulloa le dará más tarde por vivo. Por si esto no fuera bastante, muy pocos años después va a aparecer en otro escenario de la conquista, Chile, otro navegante igualmente llamado Francisco de Ulloa de quien se decía que venía de la Nueva España. ¿Era el mismo Ulloa? Imposible saberlo.

Vivo o muerto, la expedición de Ulloa deja otro misterio, este de carácter geográfico, y es precisar exactamente hasta dónde llegó en su navegación. Algunos creen que alcanzó la Alta California, en territorio actualmente estadounidense. En 1957, un erudito local, el doctor J. J. Markey, de San Diego —debemos el dato a Carlos López Urrutia—, siguió las indicaciones de Pablo Salvador Hernández y halló enterrados un zurrón con dos mil monedas españolas, seis esqueletos y, entre ellos, una calavera que pudo ser identificada sin duda como de raza europea y con una antigüedad de unos cuatrocientos años. ¿Eran las gentes de Ulloa? Una vez más, imposible saberlo.

En cuanto a Cortés...

El final de los sueños

En cuanto a Cortés, por si su conquista del imperio azteca fuera poco mérito, además pasará a la Historia como el hombre que descubrió California para la cultura europea (porque el canalla de Fortún Jiménez la pisó antes, pero no tenía la menor noción de dónde ponía el pie). Eso sí, el veterano conquistador ya no daría ni un paso más en América, bien a su pesar. El virrey Mendoza le dejó las cosas muy claras: los sinuosos fulanos que hasta entonces habían regido la Audiencia de México ya no pintaban nada, pero también las aspiraciones del conquistador habían tocado techo. Si quería algo más, tendría que ganárselo en España. Y Hernán Cortés se marchó.

De viaje nuevamente en España, llamando a cuantas puertas se le abrían en busca de mayores títulos, Cortés terminó enrolándose en la expedición del rey Carlos contra Argel, como otros muchos notables de aquella España. Era 1541. La expedición fue un desastre, en parte por un clima adverso y en parte por errores del propio emperador. Un dato interesante: en el momento de la retirada de Argel, el extremeño pidió al rey que le dejara el mando del ejército para intentar, in extremis, un asalto por tierra. ¡Genio y figura!

No hubo tal asalto sobre Argel. Y el hecho es que Hernán Cortés, después de aquella aventura, volvió a la península quebrantado y enfermo. No era un anciano —tenía cincuenta y siete años—, pero llevaba demasiada vida a sus espaldas. Hernán Cortés entró en la Historia. Un hombre difícil, duro, ambicioso, con virtudes tan grandes como sus defectos, cuya vida estará salpicada por episodios oscuros; al fin y al cabo, solo un hombre. Tuvo toda la gloria que ambicionaba, pero también pleitos sin cuento. Se instaló en Castilleja de la Cuesta, en Sevilla, y allí murió el 2 de diciembre de 1547. Dicen que planeaba volver a México. Lo hará cadáver, veinte años después, cuando sus restos sean trasladados a la iglesia de San Francisco en Texcoco. Para entonces, un hombre arruinado y repudiado por todos aguardaba en Madrid una sentencia que esperaba severa; era Nuño de Guzmán.

Volvamos a Nueva Galicia, en efecto, y reencontremos a Nuño de Guzmán, al que habíamos dejado miserablemente acomodado en un territorio pobre y devastado por la viruela. Nuño de Guzmán tenía pendiente en España un juicio de residencia. Este juicio, normalmente, era en realidad un trámite formal, una suerte de auditoría que la corona exigía a todos los capitanes de la conquista y a los gobernadores de los nuevos territorios. Por lo general, todo se limitaba a rendir cuentas —minuciosas, eso sí— y no había mayores consecuencias. El caso de Nuño de Guzmán, sin embargo, presentaba rasgos completamente singulares: era un hombre denunciado por practicar ilegalmente el tráfico de esclavos; era un hombre excomulgado por el obispo de México, Zumárraga; era un hombre que con su violento paso por los territorios del oeste había roto los acuerdos previamente alcanzados por los españoles con los nativos. Demasiados cargos en su contra, y todos perfectamente verificables.

Antonio de Mendoza, el virrey, no necesitaba más para quitarse de encima a aquel molesto sujeto. Una de sus primeras decisiones fue procesar al despiadado conquistador de Nueva Galicia. Nuño de Guzmán, que había atravesado México a sangre y fuego en busca de oro, tuvo que ver cómo todos sus bienes le eran embargados. En calidad de reo fue trasladado a España —ya era el año 1538— para

ser juzgado por sus crímenes. Las influencias de sus familiares y amigos le libraron de la cárcel, pero quedó confinado en Torrejón de Velasco, en Madrid, mientras se sustanciaba el proceso. No vería el final: murió en Madrid en 1549 o 1550, arruinado y repudiado.

Mientras tanto, en Nueva Galicia sus sucesores trataban de recomponer el paisaje de destrucción que aquel hombre había dejado tras de sí. Cristóbal de Oñate, el calmoso capitán que había acompañado a Nuño en sus correrías, quedó al cargo del territorio. Bajo su mandato se descubrieron las ricas minas de plata de Zacatecas, lo cual convirtió a Oñate en uno de los hombres más ricos del Nuevo Mundo: se asoció con dos paisanos suyos, Diego de Ibarra y Juan de Tolosa, vascos también, y creó un verdadero emporio. Lejos de los excesos de su predecesor y jefe, Oñate se distinguió por su generosidad y buen sentido, de manera que su nombre pasaría a la historia de Zacatecas, Aguascalientes y Guadalajara como el del verdadero fundador de aquellas ciudades.

En Michoacán, otro de los lugares donde Nuño había dejado una estela de muerte, volcaba sus esfuerzos el obispo Vasco de Quiroga, un abulense de Madrigal que había hecho carrera como jurista y embajador y que en 1531, cuando la corona tomó cartas en el asunto de la Audiencia de México, pasó a América como oidor de esa institución. Vasco de Quiroga fue el fundador del Hospital de Santa Fe, en los alrededores de la ciudad de México, dedicado a atender a los nativos. Y enseguida —1533— pasó a Michoacán, primero como visitador y después como obispo. En aquel territorio fundó un pueblo-hospital, Santa Fe de la Laguna, y un colegio de San Nicolás que andando el tiempo se convertiría en universidad. Más de treinta años se prolongó el magisterio de aquel obispo cuyo nombre es hoy recordado en innumerables calles, escuelas e instituciones de Michoacán.

Más trágico fue el destino de otro religioso que trató de enmendar los desmanes provocados por la fiebre del oro en Jalisco, algo más al norte: fray Juan Calero, un andaluz de Bollullos de la Mitación que iba a convertirse en el primer mártir de América. Fray Juan era un albañil que a los veinticinco años abrazó la vida religiosa y muy pronto, en 1527, pasó a América. Misionero en la hueste de Cristóbal de Oñate —el de las minas de plata—, participó en la fundación de Tequila y levantó conventos en Ahualulco y Etzatlán. Los abusos de los encomenderos, herencia directa de los desmanes de Guzmán, habían levantado los ánimos de los nativos en Nueva Galicia. A mediados de 1541 estalló una guerra, la llamada «guerra del Mixtón», en la que numerosos pueblos chichimecas se levantaron contra los españoles. Las medidas habituales —captura y ejecución de los cabecillas— no dieron ningún resultado y pronto Oñate se encontró con una guerra en toda regla. Los sublevados se hicieron fuertes en el cerro de Tequila.

El 5 de junio de aquel 1541, fray Juan Calero, que siempre había gozado del aprecio de los nativos, resolvió dirigirse al cerro para tratar de pacificar a los indígenas. No hubo modo: los nativos asaetearon al fraile, lo desnudaron, le arrancaron los dientes, le quemaron la cabeza y abandonaron el cadáver, que estuvo cinco días a la intemperie. Lo prodigioso es que, según los testimonios de quienes le recogieron, cinco días después el cuerpo permanecía incorrupto y exhalaba olor a rosas. Ese cerro se convirtió en lugar de peregrinación hasta el punto de que allí nació una ciudad en honor del mártir andaluz: San Juanito de Escobedo. Otros tres franciscanos fueron martirizados en aquella guerra: Antonio de Cuéllar, Francisco Lorenzo y Juan Francisco.

La guerra del Mixtón, aunque localizada en áreas concretas de Nueva Galicia y Michoacán, fue la

insurrección indígena más vigorosa a la que tuvieron que hacer frente los españoles en México. El virrey Mendoza, que no desconocía los campos de batalla, la afrontó con un estilo semejante al empleado en las sublevaciones moriscas en España: la hueste que combatió contra los indios rebeldes estaba formada muy mayoritariamente por indios leales a la corona. Las acciones propiamente bélicas duraron un año, pero las hostilidades se prolongarán por espacio de un decenio más. Fue la guerra, por cierto, en la que halló la muerte Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala, cuando un caballo desbocado lo arrolló.

Hoy Quiroga, fray Juan e incluso Oñate son recordados con veneración en México. La memoria de Guzmán, por el contrario, quedará condenada para siempre, y no merecía otra cosa. ¿Pero qué fue de los demás conquistadores, aquellos que partieron con Cortés de Cuba? Muchos murieron en las batallas. Otros muchos vieron realizado su sueño: se convirtieron en encomenderos de indios, señores de una tierra. Aún otros se instalaron como comerciantes, porque México iba a convertirse en el centro del comercio con el Pacífico. Los hubo que siguieron conquistando: Alvarado, Ordás, Narváez. Pero un buen grupo de ellos, muchos más de los que podríamos pensar, tuvieron un final insólito, inesperado con ojos de hoy, pero muy coherente con la mentalidad española de entonces. ¿Cuál fue ese final? Nos lo cuenta Bernal Díaz del Castillo:

Un buen soldado que se decía Sindos de Portillo, que tenía muy buenos indios y estaba rico, dejó sus indios y vendió sus bienes y los repartió a pobres, y se metió a fraile francisco, y fue de santa vida. Y otro buen soldado que se decía Francisco de Medina se metió a fraile francisco y fue buen religioso; y otro buen soldado que se decía Quintero, natural de Moguer, y tenía buenos indios y estaba rico, lo dio por Dios y se metió a fraile francisco, y fue buen religioso. Y otro soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fue la venta que ahora se llama de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla, y estaba rico y tenía buen repartimiento de indios, todo lo vendió y lo dio por Dios, y se metió a fraile dominico y fue muy buen religioso. Y otro buen soldado que se decía fulano Burguillos, tenía buenos indios y estaba rico, y lo dejó y se metió a fraile francisco; y este Burguillos después se salió de la Orden y no fue tan buen religioso como debiera. Y otro buen soldado, que se decía Escalante, era muy galán y buen jinete, se metió fraile francisco, y después se salió del monasterio, y de allí a obra de un mes tornó a tomar los hábitos, y fue muy buen religioso. Y otro buen soldado que se decía Lintorno, natural de Guadalajara, se metió fraile francisco y fue buen religioso, y solía tener indios de encomienda y era hombre de negocios. Otro buen soldado que se decía Gaspar Díez, natural de Castilla la Vieja, y estaba rico, así de sus indios como de tratos, todo lo dio por Dios, y se fue a los pinares de Guaxalcingo e hizo una ermita y se puso en ella por ermitaño.

Gente singular, aquella.

La conquista de la Nueva España otorgó a la corona de Carlos I unos dominios de excepcional riqueza en toda la franja de la América Central, desde lo que hoy es el sur de los Estados Unidos hasta las selvas del norte de la actual Colombia. Pero no era ese el único escenario de la cruzada del océano. Porque mientras Nuño de Guzmán y Hernán Cortés peleaban por el control del oeste mexicano, mientras Cabeza de Vaca erraba por los desérticos parajes del río Bravo y mientras navíos españoles buscaban el misterio de California, otros compatriotas, miles de kilómetros al sur, obraban otra conquista prodigiosa: la del imperio de los incas. Hora es ya de ocuparse en detalle de esta otra aventura.

11. LA CONQUISTA DEL PERÚ

Dos veteranos, un cura y un leguleyo

El relato de la conquista de la Nueva España nos ha hecho avanzar hasta bien pasada la década de 1540. Ahora hemos de volver atrás, hacia 1524, y en otro escenario: ya no el México de Cortés, sino el Panamá de Pedrarias Dávila. Allí gastaba sus días como hacendado de mediana fortuna un personaje que ya ha salido reiteradas veces en nuestra historia: Francisco Pizarro.

Pizarro había nacido en Trujillo, Extremadura, en 1475. Era hijo natural de un capitán, Gonzalo Pizarro, y una mujer llamada Francisca González Alonso. Tuvo una infancia paupérrima, ayuno de cualquier instrucción —fue analfabeto hasta edad avanzada— y la leyenda añade que creció criando cerdos. Aún no había cumplido los veinte años cuando su padre volvió a por él y lo llevó consigo a las guerras de Italia, donde combatió durante cuatro años. Esa fue su verdadera escuela. Al poco de volver a Extremadura supo de la expedición de Ovando a las Indias. Para un tipo como él, puro hombre de acción, era la oportunidad de su vida. Cruzó el mar, se instaló en La Española y participó en numerosas expediciones. En estas páginas le hemos visto defendiendo un precario fuerte en la costa colombiana. Núñez de Balboa le salvó de una muerte cierta. Después siguió al descubridor en su hallazgo de la mar del Sur y, finalmente, se vio en la tesitura de tener que prender al mismo hombre que le había salvado y llevarle ante el patíbulo. Pedrarias le recompensó el mal trago asignándole los más altos cargos en la ciudad de Panamá: sucesivamente, teniente de gobernador, visitador, regidor y alcalde.

A la altura de 1524, Pizarro era un veterano que rondaba el medio siglo de existencia y que, a su modo, era un triunfador, pues había alcanzado posición, fama y una cierta fortuna personal en las Indias. Sin embargo, si algo caracteriza psicológicamente a los conquistadores es su sed permanente de más gloria, y Pizarro era sin duda de los más sedientos. La hazaña de Cortés en Tenochtitlán había dejado a todos con la boca abierta. Muchos soñaban con emular y, aún más, superar la proeza. Aquel misterioso mundo guardaba aún muchos horizontes ocultos. En Panamá solo se pensaba en una cosa: las inmensas riquezas que, según los indios, atesoraba un enigmático imperio que extendía sus dominios más al sur, en lo que llamaban «el Birú».

El gobernador Pedrarias Dávila había intentado patrocinar alguna expedición hacia ese nuevo mundo. La llevó a cabo uno de sus hombres de confianza, el alavés Pascual de Andagoya, que había estado en la fundación de la ciudad de Panamá y después pudo explorar a fondo el litoral colombiano. Andagoya trabó contacto con los incas en 1522 y constató que, en efecto, había oro y plata, pero su aventura fue un desastre: por mar, las corrientes eran tan fuertes que impedían la navegación; por tierra, el país era impenetrable. El alavés ni siquiera pudo averiguar quiénes eran exactamente los pobladores de aquel difícil territorio. Pero al menos había obtenido la confirmación de que aquel fabuloso «Birú» no era una leyenda, sino que existía realmente. Otros lo intentarán después de él, igualmente sin resultado. Y entonces Pizarro, alma inquieta, decide probar suerte.

El de Trujillo sabe que no puede hacerlo solo. Carece de fortuna suficiente para sufragar

semejante empresa. Tampoco es el único que aspira a abrir la puerta del sur. Necesita socios. En Panamá tiene un amigo o, más bien, un conocido, porque amigos, lo que se dice amigos, Pizarro tiene pocos. Ese hombre se llama Diego de Almagro y su historial es aún más problemático que el del propio Pizarro.

El tal Diego es otro veterano: un manchego que había nacido en Almagro —precisamente— hacia 1479, hijo ilegítimo, fruto de los amores de un caballero calatravo y una dama de posición. La dama se quitó al niño de encima y se lo entregó a un aya. El niño terminó bajo el cuidado de un tío materno que le maltrataba. Crecerá abandonado, sin estudios, frecuentemente castigado en una jaula de hierro. A los quince años se escapa. Marcha a Toledo, trabaja de bracero, entra al servicio de un alcalde... La desdicha vuelve a visitarle en forma de navaja: se pelea con otro criado y le deja malherido. Tiene que huir. Después de dar mil vueltas llega a Sevilla. No puede permanecer en España ni un minuto más. Solo le queda una opción: las Indias, América. Pedrarias Dávila prepara su expedición. Estamos ya en 1514. Ese día cambió la vida del ya no joven Diego de Almagro.

Este hombre que se embarca hacia las Indias no es lo que se dice un dandi: bajito, con el rostro marcado de viruelas, no sabe leer ni escribir. Pero es laborioso, sufrido, honrado y valiente. Ha vivido mucho y ha aprendido mucho también. En las Indias, Almagro combate como simple peón. Acompaña a Pedrarias en sus refriegas en el norte de Colombia. Explora el golfo de Panamá con Gaspar de Espinosa y con Núñez de Balboa. No escribe grandes hazañas, pero ha conseguido unas tierras propias, una posición. Se instala como encomendero. Sienta cabeza. Se construye una casa en la primera ciudad europea del continente, Santa María la Antigua del Darién. Tiene un hijo con una india cristianada como Ana Martínez. Cinco años después de haber llegado a las Indias, Diego de Almagro es un cuarentón serio y respetado, de vida tranquila y moderadamente rico. Este es el socio que Pizarro encuentra para su empresa del Birú.

Pizarro y Almagro no son pobres, pero la suma de su fortuna personal dista de ser suficiente. Necesitan más nombres; en particular, necesitan socios que asuman el riesgo financiero. Palabras mayores, porque ¿quién va a fiarse de dos tipos sin apenas instrucción, dos conquistadores de a pie, dos tipos que rondan ya los cincuenta años y en ese tiempo no han logrado pasar del estatuto de respetables colonos? Hace falta alguien cuyo nombre y posición avale la búsqueda de fondos. El hombre idóneo es el vicario de la ciudad de Panamá: Hernando de Luque, un religioso gaditano de talento despejado y muchas letras que había llegado con Pedrarias Dávila en 1514, como Almagro, y que desde entonces había sabido hacerse un sitio en el Nuevo Mundo. El padre Luque, como los otros dos, no es un hombre rico: solo un hacendado de buena posición con una encomienda de 70 indios. Pero sí sabe a quién tiene que tocar para que el dinero acuda al proyecto: el licenciado Gaspar de Espinosa, aunque este impondrá que su nombre quede en secreto.

¿Fue Luque quien buscó a Espinosa o fue Espinosa quien utilizó a Luque para entrar en la empresa? Y si ocurrió de esta última manera, ¿por qué Espinosa quería ocultar su participación utilizando a aquel cura como pantalla? Son preguntas que aún no han hallado respuesta, y que muy probablemente nunca llegaremos a aclarar de modo definitivo. El hecho es que Gaspar de Espinosa aportó 20.000 pesos de oro que iban a ser decisivos para poner en marcha la gran aventura.

Este Espinosa ya ha salido en nuestro relato, aunque de modo marginal: es aquel mismo leguleyo

—pues parece que nunca llegó a licenciado— que trabajó para Pedrarias en la conquista de Panamá, enredó todo lo que pudo para hacerse con una posición ventajosa y terminó dictando la sentencia que llevó a Núñez de Balboa al patíbulo. Un tipo sumamente oscuro, Gaspar de Espinosa. Había nacido en Medina de Rioseco, Valladolid, hacia 1480, en el seno de una familia de comerciantes y banqueros enriquecida con el comercio de paños en el mercado de Flandes. Obtuvo en Salamanca el grado de bachiller en leyes, pasó a las Indias en 1513, se instaló en La Española, exploró las posibilidades de negocio, trabó contacto con Pedrarias Dávila antes de la aventura panameña y este le designó alcalde mayor de Santa María la Antigua apenas pisó América.

Teniendo en cuenta que las expediciones de Indias funcionaban como compañías privadas, lo más probable es que Espinosa, hijo de banqueros, figurara desde el principio como uno de los financieros de la nueva empresa. En las Indias iban a llamarle licenciado y doctor, aunque en realidad nunca fue nada de eso. Lo que sí tenía Espinosa era un talento natural para la maniobra y para el dinero, y en Panamá dará sobradas muestras. Su nombre aparece vinculado a todos los grandes «rescates» de Pedrarias: 80.000 castellanos de oro y 2.000 esclavos en razias contra el cacique Pocorosa, 30.000 pesos de oro en las campañas de la fundación de la ciudad de Panamá... Grandes «entradas» en las que, naturalmente, el vallisoletano ganó su cuota parte. Pedrarias le recompensó con el nombramiento de teniente de gobernador. Más aún: le confió —y ya hemos visto lo desconfiado que era el viejo— la tarea de viajar a España con el quinto real, que ascendía a la fabulosa suma de 600.000 pesos de plata y 2.500 marcos de perlas. Espinosa regresó a Castilla, se entrevistó con el rey Carlos, le entregó el quinto, obtuvo numerosas mercedes —entre otras, el cargo de corregidor de la villa de Madrid—, depositó en su ciudad natal de Medina de Rioseco sus propias ganancias y retornó a América dispuesto a seguir aumentando su fortuna. Y entonces se enteró del proyecto de Pizarro: un apetitoso bocado que un tipo como Espinosa no podía dejar escapar.

En aquel momento, 1524, toda la atención de los colonos de Panamá estaba puesta en las querellas por el control de Honduras, Nicaragua y Guatemala, que ya hemos visto páginas atrás, y que aún iban a absorber las ambiciones de Pedrarias y compañía durante muchos años. O sea que nadie estaba mirando hacia el sur. Al viejo gobernador le bastó con que se le prometiera vagamente una participación en los beneficios. Era el momento de partir. Pizarro repartió papeles: mientras Luque se encargaba de recaudar los fondos, Almagro se aplicaba a la logística (víveres, barcos, reclutamiento, etc.) y el propio Pizarro asumía la dirección personal del viaje. Aviaron un barco: la *Santiago*, vieja herencia de Núñez de Balboa, y otra nave de apoyo, la *San Cristóbal*, bajo responsabilidad de Almagro. Enrolaron a 112 españoles más unos pocos indios nicaraguas. Y el 14 de noviembre de 1524 el de Trujillo partió en busca del Birú. Comenzaba la gran aventura.

Los Trece de la Fama

Lo más piadoso que se puede decir de la primera expedición de Pizarro hacia el sur es que fue una calamidad. De hecho, apenas pudo llegar más allá de lo que hoy es la costa norte de Colombia. Por tierra —bien lo sabían ya los españoles— la selva del Chocó hacía el camino impenetrable. Por mar, la fuerte corriente —hoy la llamamos «de Humboldt»— obligaba a navegar lento y pegado a la costa. ¡Y qué costa! La *Santiago* abandonó Panamá, tocó las islas de las Perlas y desembarcó en Puerto Piña. Pizarro y los suyos trataron de continuar hacia el sur entre inmensas dificultades. Tantas que la expedición se demoró mucho más de lo previsto. Se acabaron las provisiones. La *San Cristóbal*, que debía haber llegado ya con víveres, no dio señales de vida. Así las cosas, el de Trujillo envió de vuelta a la *Santiago* con uno de los suyos, Gil de Montenegro, para buscar provisiones en la isla de las Perlas. Pero el viaje no era fácil: cuarenta y siete días aguardaron el retorno de Gil. Cuando este al fin apareció, 30 expedicionarios habían muerto ya entre el hambre y las enfermedades. «Puerto del Hambre» llamaron desde entonces a aquel infierno.

Era ya febrero de 1525 cuando Pizarro pudo continuar la exploración. Los españoles hallaron una singular fortaleza indígena. Trataron de acercarse. Para su sorpresa, lo que recibieron fue una lluvia de piedras y jabalinas. Ni pensar en presentar batalla: la tropa contaba ya muy pocos hombres y los indios, por el contrario, eran multitud. Cinco de los nuestros murieron allí, bajo las piedras y lanzas de los nativos. El propio Pizarro resultó herido. «Pueblo del Cacique de las Piedras», bautizaron a aquel lugar. Ni señal de los refuerzos que tenían que llegar con la *San Cristóbal* de Almagro. Frustrado, Pizarro ordenó el retorno hacia el norte.

En efecto, ¿qué había sido de la *San Cristóbal*? Otro desastre. El barco de Almagro, desorientado en aquellas aguas desconocidas, tomó otro camino y no encontró a los de Pizarro. Tanteando la costa, Almagro y medio centenar de hombres llegaron a un fortín indígena: ¡el del cacique de las Piedras! Nueva lluvia de lanzas y piedras sobre los españoles. Una flecha fue a parar a un ojo de Almagro, que a punto estuvo de ser capturado por los indios; le salvó la vida un esclavo negro. Almagro, tuerto y maltrecho, loco de ira, ordenó quemar el fortín nativo. Desde entonces se conoció a aquel lugar como «Pueblo Quemado». Los españoles buscaron a sus compañeros hasta el río San Juan, en los impenetrables manglares de la jungla de Colombia: ni rastro de Pizarro.

A Almagro no le quedó otra opción que regresar. Lo hizo en la convicción de que Pizarro, perdido en algún lugar más al sur, moriría de hambre sin el auxilio de la *San Cristóbal*. Pero cuando tocó la isla de las Perlas respiró aliviado: Pizarro —le contaron— había retornado igualmente y aguardaba en Chochama, en la costa panameña. El reencuentro entre los dos aventureros debió de ser digno de verse. Habían perdido casi medio centenar de hombres, un buen montón de dinero y mucha salud. A cambio no habían obtenido absolutamente nada, ni hallado otra cosa que aguas ingobernables, selvas imposibles e indios tan primitivos como hostiles. Y sin embargo...

Sin embargo, Pizarro y Almagro decidieron continuar. Retornaron a Panamá. Se reunieron con Luque. Repusieron la caja (parece que es entonces cuando entra decisivamente el dinero de Espinosa). Reorganizaron la hueste. Repararon los barcos. Los esfuerzos de los grandes capitanes de la conquista seguían puestos en el control del espacio mesoamericano; solo los hombres de la

Compañía de Levante —así se llamaría su sociedad— tenían los ojos en el sur, el mítico Perú. Y el 10 de marzo de 1526 Pizarro, Almagro y Luque firmaban un contrato que iba a sellar su destino:

En nombre de la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios Verdadero y la Santísima Virgen María Nuestra Señora, hacemos esta compañía. Sepan quantos esta carta de compañía vieren, como yo don Hernando de Luque, clérigo presbítero vicario desta Santa Iglesia de Panamá, de la una parte y de la otra el capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá; dezimos que somos concertados y convenidos de fazer y formar compañía, la qual sea firme e valedera para siempre jamás desta manera. Que por quanto nos, los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos merced y licencia del señor gobernador Pedrarias de Avila para descubrir a conquistar la tierra e provincias de los reynos llamados del Pirú que esta por noticia que hay, pasado este golfo y travesía de mar de la otra parte, y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente y bastimentos y otras cosas que son necesarias no la podemos hacer por no tener dineros y posibilidad tanta quanta es menester; y vos el dicho don Hernando de Luque nos los dais, porquesta dicha compañía la hagamos con voz por iguales partes somos concertados y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que haya ventaxa ninguna, mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare y poblare en los dichos reynos y provincias del Pirú.

La segunda expedición zarpó en octubre de 1526. Partieron Pizarro y Almagro con sus barcos. Llegaron al río San Juan, el punto más meridional alcanzado en el anterior viaje. El camino estaba abierto. Almagro retornó a Panamá en busca de víveres y refuerzos. Mientras tanto, Pizarro enviaba hacia el sur al piloto Bartolomé Ruiz para explorar la nueva ruta. A la altura de Coaque, en la costa de lo que hoy es Ecuador, Ruiz tuvo la fortuna de toparse con una balsa de indios; venían de Tumbes, es decir, el límite norte del imperio inca. Por primera vez los españoles recibían noticia directa del Tahuantinsuyo, el fabuloso reino del Perú.

Los nuestros habían localizado la cámara del tesoro. Ahora bien, faltaba encontrar la puerta, y la tarea iba a ser mucho más compleja de lo esperado. Pasaron los días; pasaron las semanas; pasaron los meses. Pizarro y los suyos patrullaron sin cesar aquel áspero mundo de selvas inextricables y aguas feroces. Nada. Muchas señales, mucha información, huellas indudables de la existencia del gran imperio, pero... Cada nueva información aumentaba las expectativas, pero cada nueva expectativa quedaba inevitablemente frustrada. En los hombres empieza a hacer mella el descontento, el cansancio, la desesperación. Pizarro decide entonces —y ya era agosto de 1527— replegarse a la isla del Gallo con la tropa y enviar barcos a Panamá para traer ayuda. Isla del Gallo no es exactamente una isla, sino más bien un cabo en la bahía de Tumaco, pero tan rodeado por cursos de agua que, en efecto, los nuestros bien pudieron tomarlo por isla. Aún hoy se llama así: isla. El hecho es que allí quedaron Pizarro y los suyos mientras Almagro y el veedor Juan Carballo regresaban a Panamá con los barcos en busca de más provisiones. De paso, Almagro llevará a bordo una buena porción de objetos para demostrar la riqueza de las nuevas tierras; entre otras cosas, el conquistador envía a la esposa del nuevo gobernador de Panamá un rico ovillo de algodón. Lo que no podía imaginar Pizarro es que, dentro de aquel ovillo de algodón, algunos soldados especialmente frustrados habían ocultado un mensaje para el gobernador: una denuncia en toda regla. Y el denunciado era, evidentemente, Pizarro.

«Al señor Gobernador: miradlo bien por entero. Allá va el recogedor y aquí queda el carnicero».

Eso decía, entre otras cosas y con aire de romance castellano, la nota delatora. El gobernador de Panamá ya no era Pedrarias Dávila, desposeído del laurel panameño y compensado con el gobierno de Nicaragua. El nuevo delegado del poder regio era Pedro de los Ríos y Gutiérrez de Aguayo, como hemos visto páginas atrás. Y don Pedro, licenciado en Leyes, tenía un sentido muy puntilloso del orden. ¿Qué era eso de que dos viejos aventureros anduvieran dando tumbos por el sur, al frente de una hueste hambrienta y quejumbrosa, sin obtener gloria ni riqueza alguna? De los Ríos, que en ese momento trataba de extender su autoridad hacia territorio nicaragüense, no quería aventureros, así que resolvió enviar un par de barcos al mando del capitán Juan Tafur, cordobés como él y hombre de su entera confianza, con instrucciones muy precisas: recoger a los expedicionarios de Pizarro, de buen grado o por la fuerza, y devolverlos a Panamá.

Cuando Tafur llegó a la isla del Gallo con el mensaje del gobernador, Pizarro debió de sentir que todos sus sueños se desmoronaban. Las cosas estaban resultando extremadamente complicadas. Isla del Gallo era un lugar infestado de indios hostiles. La tentación de volver a Panamá era muy fuerte. Como ahora había, además, órdenes superiores, nadie podría hacer el menor reproche a los que decidieran retornar. La aventura del Perú estaba a punto de irse al traste. Pero Pizarro era un hombre de honor y, además, un tipo ferozmente tozudo: no había llegado hasta allí para volver ahora derrotado. Así que el conquistador toma una decisión drástica: él se quedará en la isla del Gallo. Y con él, quienes lo deseen. Toma Pizarro su espada, traza una línea en la arena y... Pizarro no era hombre de muchas palabras; no soltó una arenga. Se limitó a exponer una disyuntiva escueta, suprema: «Por este lado se va a Panamá, a ser pobres. Por este otro, al Perú, a ser ricos. escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». Trece hombres cruzaron la línea. Serán «los Trece de la Fama».

Este de los Trece de la Fama es uno de los episodios más épicos de la conquista de América. Lo más llamativo es que, en realidad, no fueron trece, sino alguno más. Los nombres que habitualmente mencionan las crónicas son bien conocidos. Alonso Briceño, de Benavente. Francisco de Cuéllar, de Torrejón de Velasco. Juan de la Torre, extremeño de Villagarcía. Cristóbal de Peralta, hidalgo de Baeza. Nicolás de Ribera, el Viejo, gaditano de Olvera. García de Jaren. Pedro de Candia, *El Griego*, de Creta. Domingo de Soraluce, vizcaíno. Pedro Halcón, de Sevilla. Martín de Paz. Alonso de Molina, de Úbeda. Antón de Carrión, de Carrión de los Condes. Francisco Rodríguez de Villafuerte, andaluz. Bartolomé Ruiz, piloto. Estos son catorce; con el propio Pizarro, quince. Algún cronista añade más nombres. Sea como fuere, estos son los que desdeñaron regresar a la comodidad de Panamá y optaron por continuar la búsqueda del Perú.

Tafur sacó a Pizarro y los suyos de isla del Gallo, donde los indios habrían terminado matándolos, y los dejó en la isla Gorgona, donde tendrían que sobrevivir alimentándose de lagartos y culebras; a los demás los embarcó hacia Panamá. Pero Pizarro consiguió algo importante, a saber, que Bartolomé Ruiz, el piloto, pudiera volver a su base panameña para pedir no solo refuerzos, sino también una ampliación del permiso del gobernador: seis meses más. Era un mensaje en una botella flotando en el océano, pero Ruiz tuvo éxito. Al cabo de unos meses que debieron de ser terribles, Ruiz reapareció. Traía consigo víveres y, sobre todo, un permiso de Pedro de los Ríos para prolongar la exploración. Pizarro había vencido.

Lo encontró. Esta vez, sí. Con el barco que traía Ruiz los expedicionarios pudieron internarse hacia el sur, tocar la isla de Santa Clara y desembarcar en Tumbes. Allí vieron multitud de gentes vestidas con hermosos atuendos, innumerables objetos de oro y de plata, unos «ovejos raros» (las llamas), ricos templos... No eran los quechuas de Cuzco: eran indios tallanes, que tal nombre recibe la etnia nativa del Ecuador; pero, en todo caso, eran súbditos del imperio incaico. Tres embajadores mandó sucesivamente Pizarro para intercambiar regalos con los tumbesinos: Ginés de Bocanegra, Alonso de Molina y Pedro de Candia. Este último, cuando desembarcó, lo hizo ataviado con coraza y casco, y armado con arcabuz y rodela. Como era un tipo de talla descomunal y grandes barbas rojas, los indios quedaron estupefactos, y su estupefacción se trocó en fascinación cuando el griego — porque Pedro era griego— hizo algunas demostraciones con su arcabuz: para los indios, aquellas extrañas gentes de aspecto semidivino eran los dueños del trueno y el relámpago. Pizarro y los suyos recorrieron durante semanas el litoral entre lo que hoy es Perú y Ecuador, hasta agotar el plazo concedido por el gobernador Pedro de los Ríos. Aquello, sí, era ya el «Birú», el Perú, el Tahuantinsuyo: el gigantesco imperio de los incas. Corría marzo de 1528. Pizarro dejó en la región de Tumbes a varios de los suyos —entre ellos, Alonso de Molina— y regresó a Castilla del Oro.

Cuatro años después de su primer viaje, dos años después de la firma del contrato de la Compañía de Levante, Pizarro podía volver por fin a Panamá con algo sólido en las manos. Había hallado la puerta de un mundo nuevo. Y estaba dispuesto a hacerlo suyo.

De Toledo a la Puná

Pizarro era perro viejo: había vivido de primera mano el infortunio de Núñez de Balboa y tampoco ignoraba las dificultades que estaba teniendo que afrontar Hernán Cortés, en ambos casos por haber actuado en situación de dudosa legalidad. Escarmentado en cabeza ajena, lo primero que hizo el de Trujillo según llegó a Panamá fue tratar de ponerse dentro de la ley. Reunido con Almagro y Luque, los de la Compañía acudieron al gobernador Pedro de los Ríos: que nadie pensara que los descubridores del Perú iban a actuar al margen del poder legal. Como De los Ríos ya tenía bastante con sus propios problemas —de hecho, tardaría muy poco en ser destituido—, Pizarro y sus amigos comprendieron de inmediato que todo lo tendrían que hacer solos. ¿Y qué tenían que hacer? Ante todo, obtener los correspondientes permisos para explorar y conquistar. Ahora bien, eso exigía marchar a España. Pizarro fue comisionado por sus compañeros para realizar los trámites. Así el de Trujillo iba a pisar la corte por primera vez en su vida.

Pizarro partió hacia la patria en octubre de 1528. Le acompañaba el griego Pedro de Candia, uno de los Trece de la Fama, hombre muy bien relacionado porque se había distinguido como artillero en la guerra de Orán. Llevaban consigo un sugestivo abanico de pruebas de su hallazgo: oro, plata, piedras preciosas, llamas, tejidos de artesanía incaica... No iba a ser un viaje desprovisto de dificultades porque, recién desembarcado en Sevilla, Pizarro tuvo que vérselas con unos alguaciles que le buscaban por viejas deudas, pero pudo salir con bien del trance. Exonerado de sospechas, acudió al Consejo de Indias. Allí comunicó su hallazgo y expuso su plan. Y cumplimentados todos los trámites precisos, el de Trujillo marchó a Toledo para someter su proyecto a la autoridad del rey Carlos.

Las capitulaciones se firmaron en la ciudad imperial el 26 de julio de 1529. Carlos I no estaba: andaba ultimando los detalles de la Paz de Cambrai, que iba a poner fin a las hostilidades entre Francia y España por un buen periodo. En lugar del rey emperador firmaría su esposa, la reina Isabel de Portugal. «Por cuanto vos el capitán Francisco Pizarro, vecino de Tierra-Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestreescuela y provisor dé la iglesia de Darién, sede vacante, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitán Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicisteis relación que vos é los dichos vuestros compañeros...». Así comenzaba aquel texto que venía a poner en las manos de Pizarro el liderazgo absoluto de la conquista del Perú. Parece ser que el de Trujillo solicitó una gobernación compartida: él con Almagro, ambos en pie de igualdad. Pero el Consejo de Indias, que veía las bicefalías como fuente de conflictos (en Santa Marta acababa de estallar una de esas situaciones), se opuso y atribuyó a Pizarro toda la responsabilidad.

Al descubridor se le adjudicaba una gobernación de 200 leguas a lo largo de la costa del Pacífico desde el norte del Ecuador hasta Chíncha, en la costa del Perú. Se le otorgaban además los títulos de adelantado, capitán general, gobernador y alguacil mayor en ese territorio, con una renta anual de 725.000 maravedíes. Almagro salía menos favorecido: se le reconocía la condición de hidalgo —no era poco en su caso—, pero sus títulos se reducían al gobierno del sitio de Tumbes y su renta quedaba limitada a 300.000 maravedíes. La clara descompensación a favor de Pizarro iba a generar

no pocos conflictos en el futuro. En cuanto a Hernando de Luque, se le postulaba como obispo de Tumbes y protector de indios. Hubo también laureles para Bartolomé Ruiz, el fiel navegante, que obtuvo el título de piloto mayor de la mar del Sur, y para los Trece de la Fama, que fueron elevados a la condición de hidalgos y nombrados caballeros de la espuela dorada, que era el más alto rango en la caballería castellana. La corona, por su parte, se reservaba el habitual 20 por ciento de los beneficios: el «quinto real».

Pizarro regresó a Panamá con sus títulos. Ya tenía el permiso regio. Ahora hacía falta todo lo demás. Con el de Trujillo pasaban a Indias sus tres hermanos: Gonzalo, Hernando y Juan. Más tarde se unirán al grupo de expedicionarios algunos conquistadores de renombre asentados en Panamá, como Hernando de Soto o Sebastián de Belalcázar, a los que hemos visto páginas atrás en las querellas de Nicaragua y Honduras. Todos buscaban la gloria, la fama y la fortuna. Aun así, la hueste era exigua: 185 soldados, 37 caballos, un número indeterminado de esclavos negros, un puñado de frailes y un contingente auxiliar de indios. Esos son los que el 30 de diciembre de 1530, después de oír misa y comulgar, zarpan de Castilla del Oro rumbo al sur, a la conquista del Perú. Apenas dos centenares de hombres se disponen a someter al mayor imperio de América, un gigantesco espacio de 2 millones de kilómetros cuadrados poblado por 14 millones de personas. ¿Descabellado? Sí, pero eso es exactamente lo que iba a ocurrir.

Si la loca aventura del Perú fue posible, ello se debió a que Pizarro supo leer perfectamente dónde estaban los puntos débiles del gran imperio de los incas. Y quienes le abrieron la mente fueron los propios indígenas, porque eran muchos los pueblos dispuestos a ayudar a los españoles con tal de que les liberaran del yugo incaico. Era la misma circunstancia de la que se había beneficiado Cortés en México. Pizarro debió de percibir esto inmediatamente, apenas puso un pie en la región de Coaque, en el noroeste de lo que hoy es Ecuador. La expedición había desembarcado en esta zona después de una lenta travesía por mar. En Coaque, por cierto, sufrieron los nuestros el primer gran embate de las enfermedades propias del país: el «mal de las verrugas», una grave afección provocada por la bacteria *Bartonella bacilliformis* que hoy se conoce como «Enfermedad de Carrión» (por el nombre del descubridor de su causa); el cuerpo se lleva de verrugas sangrantes, el hígado se inflama, las defensas bajan y en pocos días puede llegar la muerte. El caso es que andaba la hueste tratando de sobrevivir al mal de las verrugas y a la selva de Coaque cuando un espectáculo impresionante embargó su ánimo: una gran flota de balsas indígenas tallanes aparecía en el horizonte y se dirigía al encuentro de la tropa española. Los indios desembarcaron y rompieron en grandes fiestas. Así conoció Pizarro al cacique Tomala.

Este Tomala, o Tumbalá, era el líder de una belicosa tribu tallán asentada en la cercana isla de la Puná. Aquel hombre iba a ser la primera llave para abrir este misterioso mundo. Tomala era uno de los que trataban de resistir al poder de los incas. Su hábitat insular había permitido a las tribus de la Puná mantener su independencia. Era aquel un pueblo primitivo, pero belicoso y bien organizado, que dominaba el arte de navegar por aquellas aguas y cuyas gentes vestían ropas de algodón y se adornaban con oro. Los de la Puná pasaban con frecuencia al continente a saquear campos y capturar prisioneros a los que sacrificaban después en los altares de sus dioses. Dicen los cronistas de la época que aquellos indios hablaban con los demonios, y es que su religión, fundamentalmente

sacrificial, descansaba en templos contruidos en lugares secretos y oscuros, protegidos por empalizadas cubiertas de esqueletos animales y humanos. El hecho es que, pese a lo inquietante del paisaje, Tomala acogió a los españoles con hospitalidad, les proveyó de víveres y los llevó consigo a su isla. Allí harían los nuestros un descubrimiento sobrecogedor: una cabaña con un crucifijo. Así se lo contaría años después un soldado, Diego de Trujillo, al cronista Jerez:

Hallamos una cruz alta y un crucifijo, pintado en una puerta, y una campanilla colgada: túvose por milagro, pues no sabíamos que hubiera cristianos por allí. Y luego salieron de la casa más de treinta muchachos y muchachas, diciendo: ¡Lodo sea Jesucristo, Molina, Molina...! Y es que, cuando el primer descubrimiento, se le quedaron al Gobernador dos españoles en el puerto de Payta: el uno se llamaba Molina y el otro Ginés. A Ginés lo mataron los indios en un pueblo que se decía Cinto, porque miró a una mujer de un cacique. Y el Molina se vino solo a vivir a la isla de la Puná. Y fue Molina capitán de aquellos indios contra los chonos y los de Túmbez. Allí levantó esa iglesia con cruz y campana. Un mes antes de que nosotros llegásemos le habían muerto los chonos en la mar, pescando; sintieronlo mucho, los de la Puná.

La cabaña del crucifijo era cosa de Molina, en efecto: el bravo Alonso de Molina, uno de los Trece de la Fama. Esta de Trujillo es solo una de las muchas y contradictorias versiones que nos han llegado sobre su suerte. El hecho, en cualquier caso, es que aquel hombre, pese a lo azaroso de su periplo, había terminado siendo un eficientísimo embajador. Lo suficiente para que ahora, ante este nuevo retorno, los de la Puná recibieran a los españoles con enorme hospitalidad. Tanto que el cacique Tomala entregó en prenda a una de sus hijas, que fue a parar al lado de Belalcázar.

En la isla de la Puná instaló Pizarro su cuartel general. Aprovechando la hospitalidad de Tomala, dispuso de tiempo para almacenar información y organizar a su hueste. A la tropa se unió pronto Hernando de Soto, que venía de Panamá enviado por Almagro con un contingente de indios nicaraguas; Soto traía consigo a su amante, Juana Fernández, que fue la primera mujer blanca en pisar el Perú. Gracias a los intérpretes de la anterior expedición, como los indios Felipillo, Fernandillo y Francisquillo, supo Pizarro qué era exactamente lo que tenía ante sí: el gran imperio de los incas.

El mundo de los incas

Érase una vez una rica cultura autóctona que en torno al año 1000 a. C. se extendió por el área central de los Andes. De aquella cultura nacieron dos grandes focos: Huari, en el norte, y Tiahuanaco, en el sur. La civilización andina pervivió casi dos milenios, pero en torno al año 900 d. C., y probablemente a causa de una sucesión de atroces sequías, aquel mundo entró en rápida decadencia. Siguió un tiempo de guerra y muerte. Hordas de etnia aimara arrasaron Tiahuanaco. De la vieja cultura de Tiahuanaco se desgajaron varios señoríos que entraron en guerra entre sí: en la costa se consolidaron Chincha, Huancavelica y Chimú, mientras en el interior se formaban las ciudades estado de los chancas y los quechuas. En torno al año 1200, un clan errante que había huido de Tiahuanaco, los taipicala, se internó en las montañas, llegó a la ciudad de Cuzco, la atacó y se adueñó del territorio. Aquel clan iba a ser el origen del linaje inca. Su líder se llamaba Manco Cápac.

Durante los dos siglos siguientes, los incas de Cuzco se convirtieron en la etnia hegemónica del espacio centroandino: su superioridad cultural y técnica, más una hábil política de guerras y alianzas con los señoríos vecinos, permitieron ir construyendo poco a poco un estado. Pero el gran salto se produjo a la altura de 1438, cuando los chancas de la costa, en una serie de crueles campañas de saqueo —crueles porque incluían el desollamiento de los vencidos—, aprovecharon la debilidad política de Cuzco para poner sitio a la ciudad. El inca Huiracocha y su heredero Urco, atemorizados, huyeron de la capital. Fue entonces cuando otro hijo del inca, el príncipe Cusi Yupanqui Pachacútec, decidió alzarse en armas, defendió Cuzco e infligió una severa derrota a los chancas. No hubo piedad para los atacantes y tampoco para su hermano Urco, que fue públicamente descuartizado. El padre, Huiracocha, reconoció a Pachacútec como nuevo inca. El vencedor fue investido en una gran ceremonia con el prescriptivo sacrificio ritual de niños. Así comenzó el imperio.

Pachacútec fue el auténtico fundador del Tahuantinsuyo. Por las buenas y por las malas se impuso a los señores (curacas, se los llamaba) de los pueblos aledaños. Después partió en guerra contra el territorio chanca y lo sojuzgó. La política de Pachacútec fue implacable: a los que se sometían voluntariamente, les respetaba sus títulos; a los que no, los aniquilaba y después deportaba a los supervivientes. La misma tónica mantuvieron sus sucesores: Tupac Yupanqui (1471-1493) y Huayna Cápac (1493-1525), ambos poseídos por el mismo anhelo expansivo, que fueron dominando uno tras otro a todos los pueblos que encontraban a su paso. A la altura de 1525, el imperio incaico era una gigantesca construcción que se extendía por todo el litoral pacífico americano desde el sur de la actual Colombia hasta el norte de lo que hoy es Argentina y Chile, y que penetraba en el interior hasta el altiplano de Bolivia y las selvas amazónicas del Perú. Eso era el Tahuantinsuyo, que quiere decir las «cuatro regiones», por los cuatro grandes dominios territoriales del imperio.

Los incas habían edificado su poder sobre tres pilares: un poderoso ejército siempre dispuesto para combatir, un eficazísimo control contable de la producción económica y una excelente red viaria con 40.000 kilómetros de caminos y multitud de puntos de control que recorrían todo el imperio. Era aquella una sociedad jerarquizada con extrema rigidez, de castas muy cerradas. En la cúspide estaban el inca y su linaje, que se revestían de un carácter sagrado. En la base, el pueblo

organizado en ayllus o clanes. En el orden material, los incas conocían la metalurgia, pero su uso era fundamentalmente suntuario. Su arquitectura alcanza niveles de perfección muy notable, pero desconocían el uso de la rueda. Son las contradicciones de una civilización que todavía guarda muchos misterios. La actividad económica se orientaba expresamente hacia la redistribución de todos los recursos, hasta el punto de que algunos estudiosos, quizás exagerando, hablan de un auténtico comunismo de Estado. El tributo que el súbdito prestaba al poder no era tanto la producción como el trabajo: a cada adulto se le asignaba un trabajo obligatorio. Al servicio de esas necesidades de redistribución había surgido un complejo sistema de contabilidad y escritura a partir de tejidos con nudos: los quipus.

Una extensa burocracia se encargaba del control de las tierras y hasta de las familias en el inmenso espacio del imperio. Ni rastro de libertades personales; a cambio, la seguridad y la subsistencia estaban garantizadas. Este es otro aspecto esencial de la vida inca: una disciplina de lo más estricta, que incluía leyes severísimas. Un indio cristiano, Felipe Guamán Poma de Ayala, nacido en 1534, nos dejó una visión muy completa de estas leyes incas. Eran así:

Mandamos que no haiga ladrones en este reino, y que por la primera vez, fuesen castigados a quinientos azotes, y por la segunda, que fuese apedreado y muerto, y que no entierren su cuerpo, sino que lo comiesen las zorras y cóndores. El adúltero tiene pena de muerte, y también la fornicación: doncellas y donceles deben guardarse castos, pues si no el culpable es colgado vivo de los cabellos de una peña llamada arauay, y allí penan hasta morir. Está dispuesto que quienes atentaren contra el Inca o le traicionaren, fuesen hechos, con su piel, tambor, de los huesos flauta, de los dientes y muelas gargantilla, y de la cabeza, mate de tener chicha. Mandamos que a la mujer que abortase a su hijo, que muriese, y si es hija, que le castiguen doscientos azotes y destierren a ellas. Mandamos que la mujer que fuese puta, que fuese colgada de los cabellos o de las manos en una peña y que le dejen allí morir (...). Con este miedo no se alzaba la tierra. Y así andaba la tierra muy justa con temeridad de justicia y castigos y buenos ejemplos. Con esto eran obedientes a la justicia y al Inca, y no había matadores ni pleitos ni mentiras, ni curador interesado ni ladrón, sino todo verdad y buena justicia y ley.

Los incas no practicaban habitualmente sacrificios humanos. Así lo dicen dos ilustres mestizos: el Inca Garcilaso y el jesuita Blas Valera, ambos hijos de conquistadores y princesas incas. Pero los estudios arqueológicos más recientes señalan que sí los hubo con cierta periodicidad: sacrificios de niños y adolescentes sin mácula ni defecto, y también, en ciertas zonas del imperio inca, sacrificio ritual de doncellas. Ocurre que el imperio era muy grande y los incas, en general, dejaban que los pueblos conquistados mantuvieran sus ritos, incluido el canibalismo. Blas Valera, por ejemplo, habla de cómo eran los antisuyos, los pueblos de la selva amazónica del Perú:

Si cautivan alguno en la guerra, o de cualquier otra suerte, sabiendo que es hombre plebeyo y bajo, lo hacen cuartos, y se los dan a sus amigos y criados para que se lo coman o vendan en la carnicería: pero si es hombre noble, se juntan los más principales con sus mujeres e hijos, y como ministros del diablo, le desnudan, y vivo le atan a un palo, y con cuchillo y navajas de pedernales le cortan a pedazos, no desmembrándole, sino quitándole la carne de las partes donde hay más cantidad de ella; de las pantorrillas, muslos, asentaderas y molledos de los brazos, y con la sangre se rocían los varones, las mujeres e hijos, y entre todos comen la carne muy aprisa, sin dejarla bien cocer ni asar, ni aun mascar; trágansela a bocados, de manera que el pobre paciente se ve, vivo, comido de otros y enterrado en sus vientres. Las mujeres, más crueles que los varones, untan los pezones de sus pechos con la sangre del desdichado para que sus hijuelos la mamen y beban en la leche. Todo esto hacen en lugar de sacrificio

con gran regocijo y alegría, hasta que el hombre acaba de morir. Entonces acaban de comer sus carnes con todo lo de dentro; ya no por vía de fiesta ni de deleite como hasta allí, sino por cosa de grandísima deidad; porque de allí adelante las tienen con suma veneración, y así las comen por cosa sagrada. Si al tiempo que atormentaban al triste hizo alguna señal de sentimiento con el rostro o con el cuerpo, o dio algún gemido o suspiro, hacen pedazos sus huesos después de haberle comido las carnes, asadura y tripas, y con menosprecio los echan al campo o al río; pero si en los tormentos se mostró fuerte, constante y feroz, habiéndole comido las carnes con todo el interior, secan los huesos con sus nervios al sol, los ponen en lo alto de cerros, los tienen por dioses y les ofrecen sacrificios.

Hay que hacer mención más detallada de la religión incaica porque aquí, como en México, iba a tener su papel en la penetración española. Los incas —la etnia hegemónica de Cuzco— creían que un dios superior llamado Viracocha había creado los tres mundos: el celestial, el terrenal y el de ultratumba. En este marco general, se prestaba una especial adoración al Sol, llamado Inti. Esta creencia se combinaba además con las propias de cada pueblo sometido al imperio y de los distintos grupos sociales, creencias que genéricamente se denominan «huacas» y que abarcan desde los cultos animistas a las fuerzas de la naturaleza hasta la veneración de las momias de los antepasados. El culto de Viracocha deriva probablemente de algún suceso semilegendario relacionado con la antigua cultura de Tiahuanaco y poco antes de la llegada de los españoles había conocido un singular resurgimiento. Cuando las gentes de Pizarro asomaron por el Tahuantinsuyo, con sus barbas de distintos colores y sus caballos de «piel de plata», muchos nativos pensaron que eran enviados de Viracocha y de hecho los llamaron así: los viracochas.

En la isla de la Puná supo Pizarro muchas de estas cosas. Supo también que, al igual que las gentes del cacique Tomala, numerosos pueblos sometidos al imperio deseaban sacudirse el yugo inca. Y supo, sobre todo, algo que debió de disparar su ambición, a saber: desde la muerte del último inca, Huayna Cápac, una encarnizada guerra civil estaba devastando el imperio. Atahualpa y Huáscar, hijos de Huayna, pelean por el trono hasta la extenuación. Huáscar es un joven noble al que apoyan los cortesanos de la vieja Cuzco y la casta sacerdotal; Atahualpa, por su parte, cuenta con el respaldo de una buena parte del ejército y representa a ese nuevo mundo incaico que está naciendo en la frontera del norte, en torno a Quito. Hay quien dice que aquello no era propiamente una guerra civil, sino, más bien, una guerra ritual, pues los incas no solían nombrar heredero, sino que el combate entre clanes escenificaba el acceso al trono. Los muertos, en todo caso, eran de verdad, y también el resentimiento de Huáscar cuando, después de una larga pugna, salió derrotado: Atahualpa le apresó y mandó matar a todas sus mujeres y a todos sus hijos, nacidos y por nacer (a estos últimos, abriendo el vientre de las desdichadas madres). Huáscar pudo huir para refugiarse en Cuzco, si bien en condición de cautivo. Las tropas del vencedor aplicaron sobre Cuzco una represión salvaje: asesinaron a millares de personas, profanaron templos, violaron vírgenes, incluso quemaron las momias de los antecesores del inca. Tan bárbara fue la venganza que Huáscar, incluso cautivo, siguió siendo visto como el monarca legítimo por una buena parte de la población. Atahualpa, mientras tanto, se hacía fuerte en Quito. Así el imperio se partió en dos.

Las fuentes ofrecen versiones muy dispares sobre aquella guerra, pero en lo que todas coinciden es en la abundancia de episodios de crueldad infinita. Esto era mucho más que un enfrentamiento entre dos clanes: era una verdadera tormenta de fuego y muerte que se extendió por todo el imperio

poniendo en escena, todo a la vez, viejísimos odios entre linajes enemigos, conflictos étnicos entre los distintos pueblos del Tahuantinsuyo, guerras tribales, rivalidades entre el sur cuzqueño y el nuevo horizonte que había florecido en el norte alrededor de Quito... Cada victoria se salda con el exterminio de los pueblos vencidos y la humillación de sus jefes; con frecuencia leemos cómo el vencedor hace fabricar tambores con las pieles arrancadas a los líderes derrotados, o vasos con sus cráneos, o manda exterminar a todas las mujeres y todos los niños de tal o cual poblado. No hubo rincón del territorio inca que no conociera en esos largos años el sello negro de la muerte.

No solo la guerra azotaba al imperio. También la enfermedad. El propio Huayna Cápac había muerto víctima de algún tipo de peste. Hoy sabemos que aquí las grandes epidemias llegaron al menos diez años antes que los españoles: la viruela y la peste porcina, transmitidas por los animales a través de la selva, ya habían hecho estragos, especialmente entre las poblaciones de las zonas cálidas. No es difícil imaginar el impacto psicológico que tuvo en aquella gente la confluencia de una feroz guerra civil y una sucesión de letales epidemias. El hecho es que el imperio inca al que llegan los españoles era ya un mundo en decadencia.

La estancia de Pizarro y los suyos en la Puná acabó de muy mala manera. Por una parte, los españoles habían traído consigo indios nicaraguas —los de Hernando de Soto— que congeniaron francamente mal con los nativos, al parecer por las costumbres antropófagas de los primeros, de manera que no tardaron en aparecer nicaraguas muertos, liquidados por los de la Puná por miedo a su acreditada ferocidad. Al mismo tiempo, las cosas dentro de la propia hueste española se pusieron muy feas desde el momento en que Hernando Pizarro —hermano legítimo del líder— empezó a manifestar una desmedida codicia, con el consiguiente enojo de los demás, especialmente del tesorero Riquelme; esas querellas, en una tropa forzosamente acantonada en espera de refuerzos y sin más tarea que entrar en conflictos con los indios, crearon un ambiente insoportable. Y para colmo de males, la insostenible situación terminó avivando viejas rivalidades en el seno de los indígenas, en particular entre el cacique Tomala (o Tumbalá) y otro cacique llamado Catoir.

El aire se hizo irrespirable: Catoir conspiraba contra Tomala y contra los españoles, Tomala conspiraba contra Pizarro y contra Catoir, los de la Puná se la tenían jurada a los nicaraguas y estos, por su parte, buscaban cómo sacar algún provecho del enredo, mientras la cohesión de la hueste española se deshacía a ojos vistas. Pizarro, temiendo verse aniquilado, tomó una decisión desesperada: abandonaría la Puná y desembarcaría en Tumbes, en el continente, pero antes hizo liberar a unos 600 cautivos tumbesinos que permanecían presos en la Puná desde la anterior guerra y que los locales utilizaban como víctimas de sacrificios. Los tumbesinos, al verse libres, la emprendieron contra sus viejos carceleros y asesinaron a varios jefes puneños antes de volver a su hogar. Pizarro los utilizaría como tarjeta de visita en su nueva etapa.

Cuando los nuestros salieron de la isla de la Puná, dejaban tras de sí un paisaje desolador. A Tomala le costará mucho reconducir las cosas, aunque finalmente logrará recuperar su autoridad e incluso, años más tarde, se verá recompensado con un título nobiliario español. En todo caso, Pizarro ya sabía a qué se enfrentaba y qué tenía que hacer. Precedido por su embajada de cautivos liberados, se dirigió a Tumbes, aquella primera ciudad que años atrás había maravillado a los españoles por su riqueza, la puerta del imperio inca. Estaba decidido a derrotar a Atahualpa. El

mayor imperio del Nuevo Mundo sería suyo.

Patos desollados

Está comenzando el año 1532. Pizarro se acerca a Tumbes. Envía por delante a tres de sus hombres con la hueste de cautivos tumbesinos redimidos. Espera que en la ciudad se le reciba como a un amigo. Pero, contra todo pronóstico, las gentes de Tumbes demuestran una inusitada hostilidad hacia los extranjeros: apenas la embajada ha puesto un pie en la playa, los antiguos cautivos entregan a los tres españoles, que son inmediatamente asesinados. ¿Qué ha pasado? Las crónicas no coinciden, pero, al parecer, el curaca de Tumbes, Chilimasa, había sido conminado por las gentes de Atahualpa a liquidar a los visitantes. La guerra civil incaica seguía viva: los de Tumbes, antiguos partidarios de Huáscar, habían pasado después al bando de Atahualpa, y ahora demostraban su fidelidad al inca con aquella carnicería. El hecho es que habrá guerra. Pizarro se ve obligado a tomar Tumbes a viva fuerza.

El de Trujillo esperaba encontrar en Tumbes el nido de oro del que había hablado el griego Pedro de Candia. Lo que los españoles hallaron, sin embargo, era decepcionante: una modesta ciudad en buena parte arrasada por el fuego y casi totalmente despoblada. ¿Había mentido el griego? No del todo: ciertamente Pedro había exagerado las riquezas de Tumbes en sus informes a Pizarro y al propio rey, pero la actual desolación de aquel paraje era más bien producto de las algaradas con los de la Puná y de la guerra entre atahualpistas y huascaristas en el interior de la ciudad. Los españoles controlaron Tumbes sin gran dificultad: los indios nicaraguas que llevaban consigo les procuraban la masa de maniobra que necesitaban para ejecutar operaciones de cierto alcance. El hostil curaca Chilimasa tuvo que huir a la selva con sus tropas. Dentro de los muros de la ciudad, Pizarro fue recibido por los tumbesinos del partido de Huáscar, que de inmediato se pusieron del lado español. Hernando de Soto partió hacia la selva con medio centenar de jinetes y una nutrida tropa de nicaraguas y negros. Durante semanas hostigó a los de Chilimasa hasta forzar su rendición.

A partir de este momento, Pizarro se plantea su penetración en territorio enemigo como una tenaz y paciente tarea de supervivencia más política que militar. No puede pensar en ocupar físicamente el país porque carece de efectivos para ello. Tampoco puede desplegar en exceso a su hueste porque el peligro acecha por todas partes; en cierta ocasión, un grupo de indios tumpis que observa de lejos el avance español apresa a dos soldados y los lleva ante Atahualpa, que ordena sacrificarlos. Así las cosas, lo que hace Pizarro es avanzar prudentemente, etapa tras etapa, para garantizar la seguridad de la hueste, al tiempo que envía expediciones de reconocimiento en vanguardia (brillarán en la tarea Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Belalcázar), consolida su dominio sobre las ciudades vencidas y entra en tratos con cuantos jefes locales le salen al paso. Pizarro descubre que la política le va a resultar mucho más útil que la guerra y dicta órdenes estrictas para prohibir cualquier acto de violencia sobre los nativos (va de suyo que no siempre será obedecido).

La atmósfera de guerra civil en el seno del imperio hace el resto: la tropa española va dejando tras de sí la impresión de que el dominio inca ha terminado y que el nuevo poder corresponde a este ejército de «viracochas» barbudos con sus caballos y sus corazas. En Poechos, que había sido una de las principales ciudades de los atahualpistas en la región, se recibe a los españoles en son de paz y en prenda se les entrega a Martinillo, un sobrino del curaca local que a partir de ahora será el

intérprete personal de Pizarro. En esta ciudad de Poechos, como en todas partes, los caciques locales aprovechan para vengarse de los curacas que los incas habían impuesto en el gobierno... en beneficio de los españoles. Para finales de mayo de 1532, Pizarro ya controla —políticamente hablando— un territorio mayor que la Península Ibérica.

Se ha dicho que Pizarro entra en el Perú como un elefante en una cacharrería. No es mentira, pero con una importante salvedad, y es que aquella cacharrería ya estaba previamente atestada de elefantes, hipopótamos, rinocerontes, tigres y buitres. Cada acción de la hueste española en aquel territorio obedece tanto a la voluntad de poder española como a los intereses de unas u otras facciones indias, que aconsejan aquí, empujan allá y mienten en este otro lado para vencer en sus propias querellas internas. El 15 de agosto de 1532 Pizarro funda en Piura, en el valle de Chira, la primera ciudad española: San Miguel de Tangarara. La solemne fundación viene precedida por la ejecución de trece curacas hostiles... denunciados por otros indios como atahualpistas. Serán muchos, en efecto, los que aprovechen la llegada de los españoles para ajustar cuentas. Sobre estos trece ejecutados dice la tradición que todos ellos declinaron la posibilidad de convertirse al cristianismo antes de morir. Los que sí se convirtieron fueron los de la otra facción india, bajo la interpretación de la fe que les sirvió el traductor Felipillo. Aquel mundo estaba cambiando a toda velocidad. Para hacer más visible el cambio, Pizarro construyó en San Miguel un fuerte donde dejó a Belalcázar con 60 hombres y unos cuantos indios. San Miguel de Tangarara (o de Piura) cambiará de emplazamiento varias veces, porque el lugar era francamente insalubre, pero terminará convirtiéndose en el ombligo del Perú.

Corre septiembre de 1532 cuando Pizarro abandona Piura con 67 jinetes y 110 infantes, más la consabida hueste de auxiliares indios y portadores negros. El conquistador sigue avanzando: quiere encontrarse con Atahualpa y le envía sucesivos mensajes con los curacas que, por el camino, han ido sumándose a la hueste invasora. Atahualpa, por su parte, ya conoce sobradamente a los españoles: sus propósitos, sus ambiciones, su extravagante mezcla de diplomacia y guerra, su descabellado arrojo, su ocasional brutalidad y también su fe pétrea en el Dios que traen consigo. El inca sabe, por supuesto, que esos hombres no son dioses, aunque ni siquiera el muy majestuoso Atahualpa logra hurtarse a la impresión que causan estos centauros con sus caballos y sus arcabuces. En todo caso, el monarca del Perú no teme a la exigua hueste de Pizarro: sus pocos viracochas no son nada comparados con el inmenso ejército del inca. Atahualpa ha vencido ya al muy poderoso ejército de su hermano Huáscar; sus guerreros son intrépidos y sus generales, eficientes. ¿Cómo tener miedo de los barbudos? Más aún: Atahualpa forzará el encuentro con ellos. Y los aniquilará.

¿Era realmente aniquilarlos lo que deseaba Atahualpa? Aquí entramos en uno de los grandes misterios de la conquista del Perú, y es que aún hoy los historiadores no se ponen de acuerdo sobre las verdaderas intenciones del inca. Podemos cifrar el misterio en un símbolo: unos patos desollados. Tal fue, en efecto, el obsequio que Atahualpa hizo llegar a Pizarro a poco de que este abandonara San Miguel: unos patos desollados junto a unas fuentecillas con aspecto de fortaleza. Los españoles, al ver semejantes presentes en manos de los embajadores del inca, no lo dudaron: las fuentecillas eran símbolo de la inexpugnable fortaleza del imperio incaico y los patos significaban que esa —el desollamiento— sería la suerte de los intrusos. Pero hay estudiosos que sostienen que

no, que las fuentecillas eran recipiente de sacrificio ritual y que los patos eran la materia del sahumerio, de manera que Atahualpa no estaba amenazando a los españoles, sino invitándoles a compartir un homenaje sagrado. ¿Con qué interpretación quedarse?

Quedémonos simplemente con los hechos. Los nuestros reciben aquellos presentes como una provocación y maltratan a los embajadores del inca. Estos regresan ante Atahualpa y le cuentan lo sucedido, de manera que Atahualpa interpreta a su vez la actitud de los españoles como una falta intolerable. Añadamos otros elementos: las disensiones entre los indios de las poblaciones que los españoles recorren, que una vez más azuzan el conflicto, y la taimada labor de algunos traductores, que al parecer manejaron los parlamentos de unos y otros para servir a sus propios intereses. Los españoles, en su periplo, hacen cosas que los incas consideran blasfemas, como entrar en los templos de las vírgenes del Sol e incluso desposar a algunas de ellas, o apropiarse de las vituallas y telas depositadas en los puestos donde se almacenaban los tributos para el inca. Acciones ciertamente menos graves que las que habían cometido las propias tropas de Atahualpa en Cuzco, pero, evidentemente, peor vistas al tratarse de una hueste extranjera. De las crónicas se deduce que muchas de estas cosas las hicieron empujados o, cuando menos, confundidos por sus propios auxiliares indígenas. Aquello debió de ser como jugar a la pelota con un avispero. El hecho es que cuando Pizarro y Atahualpa se aproximan, ambos están decididos a vencer al otro.

Cajamarca

Es ya noviembre de 1532. La hueste española cruza los Andes en un penosísimo ascenso, entre quebradas y gargantas que son una amenaza de muerte. Atahualpa podría haberlos exterminado en cualquier momento, pero, orgulloso, prefiere jugar con los nuestros. Pizarro sabe que Atahualpa está en la ciudad balnearia de Pultamarca. Ordena a sus hombres que no exhiban su poderío militar —los arcabuces, los cañones—, para que el inca ignore la existencia de tales recursos. Atahualpa, por su parte, cree que Pizarro se ha metido en una ratonera y confía en aplastarle como quien mata a un insecto; piensa sacar partido político del lance: le sacrificará y así mostrará a su pueblo que él, Atahualpa, es capaz de vencer a aquellos semidioses. El de Trujillo es consciente de su situación: está entrando en el corazón del imperio, no puede presentar batalla campal y tampoco puede volver atrás. Busca un lugar donde hacerse fuerte y escoge la cercana ciudad, semiabandonada, de Cajamarca. Se propone apresar al inca en un golpe de mano a fuerza de astucia. Atahualpa desdeña al español: todo lo fía a la muchedumbre de sirvientes y soldados que le escolta y que se cuenta por decenas de miles. Cada cual atiende a su propio juego.

Pizarro envía una embajada al inca: Hernando de Soto y Hernando Pizarro, en nombre de su jefe, invitan a Atahualpa a cenar en Cajamarca. Felipillo y Martinillo actúan como intérpretes. El inca declina la invitación. La entrevista es tormentosa: Atahualpa, solemne, sentado en una suerte de trono, oculto tras un velo rojo que apenas deja ver su silueta, recrimina a los españoles por haber maltratado a sus embajadores y por los desafueros cometidos durante su marcha. Hernando de Soto trata de mostrarse cortés y reverente, pero Hernando Pizarro, desabrido, caracolea con su caballo, provoca a los incas, insulta a los presentes... Atahualpa desdeña al provocador y habla solo con Soto: recibirá a Pizarro en Cajamarca, sí, pero no esa noche, sino la siguiente. Cuando los embajadores españoles vuelven a sus líneas, la suerte está echada.

Aquella noche fue, para los nuestros, simplemente atroz. Toda la gente de Atahualpa, las decenas de miles de sirvientes que iban en su séquito —las crónicas cuentan hasta 40.000 entre criados y soldados—, se desplegó por las laderas en torno a Cajamarca, encendió hogueras y rompió a cantar. Dentro de la fortaleza cajamarquina, 106 infantes y 62 jinetes miraban a su alrededor con el corazón encogido, sin otro consuelo que los 4 pequeños cañones y los 12 arcabuces que llevaban consigo. Hay que ponerse en la piel de aquella gente: unos pocos españoles perdidos en medio de un universo desconocido, reclusos en las ruinas de una oscura ciudadela mientras, a su alrededor, los montes y los valles se llenan de fuegos que brillan en la noche y el aire vibra durante horas con la melodía de unos cánticos que debieron de sonarles a himnos fúnebres. La vigilia se pobló de espanto. Cuenta la tradición que alguno se orinó encima de puro pavor. No es extraño. Lo prodigioso es que, pese a todo, los de Pizarro permanecieran allí, en Cajamarca, dispuestos a jugarse la vida en una apuesta suprema.

Es el 15 de noviembre de 1532. El inca, majestuoso, llega a Cajamarca. Los españoles quedan impresionados: no menos de 10.000 sirvientes y una lujosa cohorte de nobles acompañan a Atahualpa, sentado en una litera de oro, precedido por siervos que mullen con alfombras el suelo que pisan los portadores. Enfrente, 168 españoles barbudos y sudorosos, con un fraile dominico —fray

Vicente Valverde—, una docena de arcabuces, setenta caballos y unos cuantos falconetes ligeros, pero estruendosos. La aproximación entre la breve compañía de Pizarro y la multitudinaria horda de Atahualpa es, aparentemente, pacífica, pero nadie ignora que acabarán con las armas en la mano. El inca se ha propuesto atrapar a los españoles como alimañas. Varios millares de los supuestos sirvientes del cortejo son en realidad guerreros camuflados. Atahualpa, en un gesto de sumo desdén, ha considerado innecesario armarlos. Fuera del recinto aguarda, en cualquier caso, un poderoso ejército inca bajo el mando del general Rumiñahui, «ojo de piedra». Pero Pizarro ya ha trazado su plan.

Lo que pasó exactamente en Cajamarca está muy poco claro, porque las fuentes ofrecen relatos divergentes. Parece seguro que tres españoles se adelantaron a recibir a Atahualpa: eran Hernando de Aldana, el traductor Martinillo y el dominico fray Vicente Valverde. A partir de aquí, los hechos son bastante confusos. Hay cuatro versiones de aquel episodio, y en lo único en que coinciden es en que el encuentro acabó en batalla campal. Optamos por acogernos al testimonio del único cronista que fue testigo de los hechos, Francisco de Jerez. Se ha puesto en duda que realmente entendiera lo que estaba pasando, pero lo cierto es que él fue el único que estuvo allí:

Pizarro dijo a Fray Vicente si quería ir a hablar a Atahualpa con un traductor; él dijo que sí, y fue con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atahualpa estaba, y le dijo: «Yo soy sacerdote de Dios y enseño á los cristianos las cosas de Dios, y asimismo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios (...), y ve a hablar al Gobernador, que te está esperando». Atahualpa dijo que le diese el libro para verlo, y él se lo dio cerrado; y no acertando Atahualpa a abrirlo, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atahualpa con gran desdén le dio un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo por abrirlo, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí (...). El religioso volvió con la respuesta al Gobernador y le dijo lo que había pasado con Atahualpa, y que había echado en tierra la Sagrada Escritura. Entonces el Gobernador tomó la espada, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solo cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera de Atahualpa y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «¡Santiago!».

Y fue decir «Santiago» y entrar a descabello. Tronaron los falconetes, dispararon los arcabuces, los jinetes se precipitaron sobre la muchedumbre de indios y estos, al ver que todo aquello ocurría con el inca hecho preso, salieron de estampida... hacia ninguna parte, porque el recinto donde se hallaban no tenía más que una puerta. La tropa de indios y negros que iba con los españoles se abalanzó sobre los incas y los destrozó. Dicen que las bajas incas ascendieron a 4.000 muertos y 7.000 heridos. Al final, quien se había metido en la ratonera era el propio inca. Los españoles no tuvieron más que un muerto: un esclavo negro. Tal era la celada que había preparado Pizarro. La batalla duró media hora. Y en esa media hora cayó un imperio.

¿Y el poderoso ejército de Atahualpa? Impotente. La mayor parte de la tropa había quedado en las afueras de la ciudad al mando del general Rumiñahui, uno de los más victoriosos en las campañas contra Huáscar. Sus tropas, desconcertadas por los sucesos y amedrentadas por la carnicería de Cajamarca, sufrieron numerosas deserciones. El propio Rumiñahui, estupefacto al ver con qué facilidad había caído preso Atahualpa, decidió huir para hacer su propia guerra: marchó al norte,

donde se proclamaría señor de Quito y trataría de resistir a los españoles. Pizarro había ganado. Cuzco le esperaba.

Rescate y muerte de Atahualpa

Pizarro, ya ha quedado dicho, no era un humanista ni un fino político, ni siquiera un talentoso militar. Era un labriego metido a guerrero al que se le habían encallecido el cuerpo y el alma en las guerras de Italia y en las conquistas de Indias, un hombre cuya ambición no había quedado colmada con sus modestos logros en Panamá y que ahora, pasado el medio siglo de vida y después de ocho años de esfuerzos sobrehumanos, tenía en sus manos el mayor imperio que jamás armas españolas hubieran conquistado, más grande incluso que el México de Cortés. La pregunta, ahora, era qué hacer con el premio.

Tener cautivo a Atahualpa era un logro decisivo, pero Pizarro carecía de recursos para traducir eso en un dominio político efectivo sobre el inmenso Tahuantinsuyo. La alianza de decenas de miles de indios tallanes, cañaríes, yanaconas, chachapoyas y demás etnias sublevadas contra los incas le garantizaba que el poder del inca no resurgiría, pero no le permitía aún construir nada sólido. El hecho de que Huáscar permaneciera cautivo en Cuzco le otorgaba la baza de seguir manejando en su propio beneficio la guerra civil inca, pero tarde o temprano tendría que tomar una decisión sobre el destino de Atahualpa y sobre el propio Huáscar. De momento, en todo caso, lo prioritario era tener contenta a la propia hueste española, reorganizar al reguero de mesnadas que el conquistador había ido dejando tras de sí desde la partida de San Miguel y neutralizar las mil desavenencias que empezaban ya a surgir entre los españoles: la enemistad entre Hernando de Soto y Hernando Pizarro, la desconfianza de los hombres de Almagro —pues este aún no había llegado a Cajamarca—, las perspectivas de quienes, como Belalcázar, aspiraban a llevar su propia empresa de conquista en torno a Quito bajo el poderoso paraguas de Alvarado... Un difícil paisaje.

El mejor modo de deshacer rencillas y suspicacias era, precisamente, repartir el tesoro. Ahora bien, ¿dónde estaba? Porque el inca nadaba literalmente en oro y plata —su propio trono estaba forjado con metales preciosos—, pero en Cajamarca no había nada que pudiera ser repartido como botín. Lo que Pizarro decidió fue plantear un ultimátum al inca: para guardar su vida quedaba obligado a aportar un rescate. El propio Atahualpa aceptó el negocio y lo replanteó a su vez: él daría a los españoles el equivalente a dos habitaciones llenas de plata y una de oro, sí, pero a cambio de que le permitieran seguir gobernando el imperio. Y así se hizo: durante semanas, y siguiendo las instrucciones de la propia burocracia incaica, miles de súbditos del imperio acarrearón objetos de oro y plata desde todos los puntos del Tahuantinsuyo. El resultado de aquella recogida masiva de objetos de oro y plata sería fundido —en la época no existía el concepto de patrimonio artístico— y transformado en lingotes para pagar a cada hombre lo suyo.

En esas llegó al fin Almagro. Venía de un largo periplo desde San Miguel, obligado a atravesar ríos crecidos por el deshielo y caminos borrados por las aguas. Era ya abril de 1533. Hay quien dice que Pizarro y Almagro se encontraron con la alegría de dos viejos camaradas y hay quien sostiene que cada uno guardaba las peores sospechas hacia el otro. En realidad ambas cosas son posibles a la vez. Por otro lado, para entonces ya había llegado al Perú la cédula real que circunscribía el territorio asignado a Pizarro para su conquista, un documento que debería figurar en la antología de las mayores meteduras de pata administrativas de la Historia, porque, queriendo fijar límites para

evitar conflictos, lo único que consiguió fue multiplicar los problemas. Ocurre que el Consejo de Indias, para que en Perú no se repitieran las convulsiones de Panamá y México, decidió fijar el territorio de Pizarro en 200 leguas al sur del río Santiago, que era lo que se había señalado antes en las capitulaciones de Toledo. Pero lo cierto es que nadie en el Consejo de Indias tenía una noción clara de las dimensiones de aquel nuevo mundo, de manera que esas 200 leguas —unos 1.000 kilómetros, más o menos— quedaban muy por debajo de la extensión que Pizarro había conquistado ya. Este asunto de las 200 leguas iba a ser desde entonces una fuente inagotable de turbaciones. De hecho, cuando Pizarro mande a España a su hermano Hernando con el quinto real del rescate de Atahualpa, el replanteamiento de la cédula real será uno de sus principales encargos.

El rescate de Atahualpa, sí. Porque el oro al fin llegó. Y era una verdadera fortuna que hizo inmensamente ricos a todos y cada uno de los 168 expedicionarios de Cajamarca. Sabemos el importe del botín porque el escribano Pedro Sancho, un hombre de Almagro, se ocupó de levantar puntual acta del reparto. Primero se separó el quinto real, que era en sí mismo un fabuloso tesoro. Después se atribuyó a los 62 hombres de caballería 25.798 marcos de plata y 610 pesos de oro, y a los 106 de infantería 15.061 marcos de plata y 361 pesos de oro. Pizarro se llevó 2.350 marcos de plata y 57.220 pesos de oro. Se apartaron 15.000 pesos de oro para los expedicionarios que habían quedado en San Miguel y a Hernando Pizarro se le otorgó, además de su parte, otros 8.000 pesos para explorar nuevas tierras. Hernando de Soto se llevó 724 marcos de plata y 17.719 pesos de oro. A los otros capitanes —Belalcázar, Candia, etc.— les tocó la bonita suma de 407 marcos de plata y 9.909 pesos de oro. ¿Cómo traducir eso en valores contemporáneos? A partir del valor del oro y la plata, Reynaldo Moya, en su monumental *La conquista en Piura* (2003), evalúa el monto total del rescate de Atahualpa en 343 millones de dólares americanos. Es una aproximación, pero vale a título orientativo. Si se da por correcto el cálculo tradicional de 6 toneladas de plata y 12 de oro, eso sumaría, en precios de 2014, alrededor de 190 millones de euros. En cualquier caso, aquellos hombres se habían convertido en multimillonarios.

El problema vino cuando hubo que asignar su parte a los hombres de Almagro. Pizarro, con el argumento de que los almagristas no habían estado en la decisiva jornada de Cajamarca, limitó su parte a 20.000 pesos de oro. El argumento era veraz, pero tan magra recompensa contravenía los términos del contrato firmado en Panamá. Hubo tensiones y querellas. Por fortuna, el oro y la plata seguían afluyendo desde todos los rincones del Tahuantinsuyo, de manera que Pizarro pudo apartar otra pequeña fortuna para los almagristas: 100.000 ducados en concepto de compensación de los gastos del viaje y, para repartir entre la hueste, 80.000 pesos en oro y 60.000 en plata. Almagro recibió personalmente 30.000 pesos de oro y 10.000 de plata.

¿Y qué hacía mientras tanto Atahualpa? Gobernar, por extraño que parezca. Pizarro permitió al inca mantener su ritual cortesano y dirigir lo que quedaba de administración imperial. Los detalles de la liturgia en esta corte cautiva son muy elocuentes. Aun prisionero, Atahualpa seguía ejerciendo como rey divino. Solo los principales notables del imperio podían acercarse a él, y debían hacerlo descalzos, con una carga sobre las espaldas —en señal de sumisión— y de frente; al llegar ante el inca debían besarle los pies y permanecer arrodillados, la cabeza baja y la mirada en el suelo. Al servicio de Atahualpa no había sino mujeres, hijas de los curacas, y cada vez que el inca tenía que

escupir una de estas sirvientas ponía la mano a modo de bandeja. El soberano cambiaba de esposa cada diez días. Como vajilla usaba platos y vasos de oro y plata. Son solo algunos detalles, pero elocuentes.

Los españoles se cuidaron mucho de rodear a Atahualpa de comodidades: no dejaba de ser una prenda de su victoria. También el inca trató de mostrarse solícito y dio en matrimonio a Pizarro a una hermana suya: la jovencísima Quispe Sisa, cristianada como Inés Huaylas Yupanqui. Más aún: en su cautiverio, Atahualpa estrechó lazos con los dos Hernandos, Soto y Pizarro, que se convirtieron en su compañía casi permanente. Pero el inca también recibía a los funcionarios (curacas y orejones) que ejecutaban sus órdenes. Con la fundamental precisión de que para Atahualpa, en este momento, el único objetivo de gobierno era impedir que su cautiverio en Cajamarca fuera aprovechado por los partidarios de Huáscar, cautivo en Cuzco a su vez, para levantarse y arrebatarle su precario trono. Porque, en efecto, Atahualpa estaba preso de los españoles, pero Huáscar estaba preso de Atahualpa. ¿Y qué decidió Atahualpa? Asesinar a Huáscar.

Aquí entramos en una densa intriga cuyos hilos han inspirado tantas historias que es difícil distinguir los hechos reales de las fabulaciones posteriores. Básicamente, lo que ocurrió fue que Atahualpa se las arregló para hacer llegar secretamente a Cuzco la orden de ejecutar a su hermano y rival. Los hombres de Atahualpa salieron de Cuzco con Huáscar preso e instrucciones de ejecutarle en el camino de Andamarca. Ello mientras Pizarro, por su parte, enviaba un destacamento a Cuzco precisamente para hacer valer su captura de Atahualpa, manifestar su autoridad y llegar a algún tipo de acuerdo con los huascaristas. En el trayecto, los legados de Pizarro se cruzaron con la cuadrilla de ejecutores, que salía de Cuzco; los españoles descubrieron a Huáscar en el grupo y quedaron impresionados al ver el pésimo estado en que se hallaba, maltratado y torturado, descalzo y atado por el cuello. Volvieron a Cajamarca con las tristes nuevas, que desorientaron profundamente a Pizarro. Huáscar, mientras tanto, era finalmente asesinado por la gente de Atahualpa; la versión más común dice que se le ahogó en un río.

La muerte de Huáscar le creaba a Pizarro una complicación nueva. Lo peor vino cuando al conquistador le contaron que el responsable del asesinato de Huáscar era, precisamente, Atahualpa. Parece que aquí jugó un papel fundamental el intérprete Felipillo, un indio tallán que se había enamorado de una concubina de Atahualpa, que fue rechazado por la mujer en razón de su baja condición y en consecuencia alentó un feroz resentimiento; tan feroz que le llevó a delatar al inca como instigador del asesinato de su hermano. Otras fuentes dicen que el tallán Felipillo llegó a desposar a la mujer —Palla, se llamaba—, sacando de quicio a Atahualpa y llevándole a conspirar contra los españoles. Sea como fuere, el hecho es que, lejos de afianzar su posición, la muerte de Huáscar puso a Atahualpa en el disparadero. Ya eran muchos, empezando por Almagro, los que veían al inca como un engorro del que más valía librarse: con el rescate cobrado y el poder conquistado, ¿para qué seguir manteniendo a un rey cuyo trono era pura ficción?

El fondo de la cuestión, en efecto, era político. Después de Cajamarca, la vida de Atahualpa ya solo valía en la medida en que era objeto de cambio con la vida de Huáscar. Todo el plan político de Pizarro consistía en usar a uno y a otro alternativamente. Y Atahualpa, que era un hombre inteligente, no podía ignorarlo. Ahora bien, muerto uno de los dos, la balanza se desequilibraba de manera fatal.

La única forma de salir del atolladero era eliminar a la otra mandíbula de la tenaza. El dilema de Pizarro es fácil de entender: hiciera lo que hiciera, se veía metido de hoz y coz dentro de la guerra civil inca. Si dejaba sin castigo el asesinato, los huascaristas, que seguían fuertes en Cuzco y veían a los españoles con simpatía por haber apresado a Atahualpa, se rebelarían. Si castigaba a Atahualpa, entonces serían los partidarios de este los que se alzarían, pero el partido del inca ya se hallaba derrotado, dividido y en fuga, con sus generales tratando de reorganizarse en el norte. La opción estaba clara. La muerte de Atahualpa ya era inevitable. Pizarro quedaba obligado a mover ficha. Lo haría en Cuzco, buscando entre la inmensa progenie de Huayna Capac —más de 500 hijos— a alguien que pudiera reinar... como vasallo de la corona española y bajo las órdenes directas del propio Pizarro.

El conquistador, por lo que parece muy a su pesar, alejó de Cajamarca a Hernando de Soto, que había intimado con el inca, y ordenó abrir proceso contra Atahualpa. ¿De qué se le acusaba? De incesto, pues estaba casado con su hermana (cosa que entre la realeza inca no era inusual); de idolatría, pues no se había bautizado y, por supuesto, del asesinato de Huáscar. El juicio tuvo algo de pantomima, pero los cargos eran veraces y la ley española de la época los castigaba con severidad. Atahualpa fue ejecutado el 26 de julio de 1533. Para evitar la pira, se bautizó: su pena fue el más «humanitario» garrote vil. Dicen las crónicas que Pizarro lloró.

Así nació el nuevo Perú

El hecho es que, por mucho que Pizarro llorara, la ejecución de Atahualpa le abrió literalmente las puertas de Cuzco y, con ello, la conquista completa del poder en el Tahuantinsuyo. Los partidarios de Huáscar, aún numerosos, se la tenían jurada a Atahualpa desde su brutal represión años atrás. Ahora veían llegada la hora de su venganza. O, al menos, eso creyeron, y Pizarro enseguida entendió que le convenía mantener la ficción.

De entrada, Pizarro y Almagro optaron por nombrar a un nuevo inca. ¿Por qué? Porque el sistema de dominación español no iba a ser el simple saqueo del territorio, al estilo vikingo, ni tampoco la incorporación del viejo reino como provincia del imperio, al estilo romano, sino que la concepción hispánica del poder se basaba más bien en la suma de reinos vasallos a la corona imperial. Pizarro tenía los títulos de gobernador, sí, pero, a estos efectos, no dejaba de ser un subordinado del rey de España; el emperador Carlos debía gobernar sobre reyes con título legítimo, y eso exigía nombrar a un nuevo inca en el Perú. ¿Dónde elegir? ¿Y a quién? La progenie del viejo Huayna Cápac era numerosísima, pero buena parte de ella había perecido asesinada durante la guerra civil. Los españoles encontraron a un superviviente: Túpac Hualpa (llamado Toparpa en las crónicas), un hermano menor de Atahualpa y Huáscar. Para él sería la corona o, más exactamente, la mascaipacha, que así se llamaba la borla roja de hilos de oro que adornaba la frente del inca.

Ha entrado ya septiembre de 1533 cuando la cohorte española parte hacia Cuzco. Son casi 500 hombres con los refuerzos que en lento goteo han ido llegando desde Panamá. Y los españoles no marchan solos: a la tropa conquistadora se ha unido un buen número de nativos de los pueblos emancipados del poder incaico y también un nutrido grupo de fieles de Huáscar. Pero hay más: en la expedición marchan, como cautivos, algunos relevantes personajes del partido de Atahualpa. Estos últimos iban a ser la tarjeta de presentación de Pizarro en la vieja capital imperial, y entre ellos figuraba nada menos que Calcuchímac, el general que en su día tomó preso a Huáscar en medio de una brutal carnicería.

Lo que Pizarro encontró en su camino fue un recibimiento triunfal: los huascaristas le acogían como a un libertador, los atahualpistas ya se habían quitado de en medio —o habían cambiado de partido— y la mayoría de la población de a pie veía a los españoles como a unos extraños semidioses que habían puesto fin a la guerra. En plena travesía, otro hijo superviviente de Huayna Cápac, el joven Manco Inca Yupanqui, se unió a la columna: también él veía llegada la hora de la venganza. Nunca se insistirá bastante en el complejo mapa político que facilitó la victoria de Pizarro y que este, astuto, supo aprovechar al máximo: ¿para qué mostrarte como conquistador cuando puedes mostrarte como libertador?

Un buen ejemplo de esta circunstancia es la acogida que se dispensó a la hueste española en la ciudad de Jauja, en el fértil valle del Mantaro, el más amplio de la cordillera andina. Aquí, un siglo atrás, el Inca Pachacútec había aplastado una sublevación de los indios locales, de etnia huanca, por el expeditivo procedimiento de amputar las dos manos a todos los varones y la diestra a todas las mujeres. No puede extrañar que, ahora, los huancas recibieran al vencedor de Atahualpa como a un auténtico redentor. Pizarro y los suyos, por su parte, saltaron de gozo al comprobar que en aquel

paraje habían dispuesto los incas numerosos tambos, aquellos depósitos donde se almacenaban los tributos en víveres, ropas y metales preciosos que debían pagar los súbditos del imperio. Botín sobre botín. Pizarro decidió refundar Jauja como ciudad española: Santa Fe de Hatun Xauxa.

No fue muy distinta la entrada en Cuzco, la etapa que marcaba la conquista definitiva del imperio. La vieja capital incaica, que aún guardaba reciente memoria de los estragos causados por las gentes de Atahualpa, recibió a los de Pizarro en son de paz. Era el 15 de noviembre de 1533. El conquistador se instaló en el palacio de Casana, la vieja sede del difunto inca Huayna Cápac. La hueste entró a saco en el Coricancha, el templo del sol, llamado «casa del oro». Y oro había, en efecto, y en grandes cantidades, tanto en el Coricancha como en otros palacios y templos que recibieron la inevitable visita de los nuestros. La descripción de los tesoros de Cuzco deja boquiabierto: en el palacio real había tres cámaras llenas de objetos de oro, otras cinco con objetos de plata y una montaña de 100.000 lingotes de oro con un peso de 2,265 kilos cada uno. El trono del inca también era de oro todo él, desde la litera hasta las andas; pesaba algo más de 110 kilos, que equivalían a 25.000 pesos. En todas partes encontraron los nuestros vasijas, diademas, pectorales, estatuillas de animales varios... todo de oro. Las paredes del Templo del Sol estaban recubiertas con gruesas placas de oro, pero es que incluso los adornos del jardín del templo eran de oro. Más aún: en el templo había un patio que remedaba un campo de maíz... ¡con tallos de plata y espigas de oro! Era para volverse loco.

Puede entenderse la desbocada euforia de los conquistadores. Particularmente entusiastas se mostraron los hombres de Almagro, que en Cajamarca habían salido bastante poco favorecidos y ahora encontraban compensación. El botín de Cuzco fue mayor todavía que el de Cajamarca: 580.200 pesos «de buen oro», dicen las crónicas, y 215.000 marcos de plata. El quinto real ascendió a 116.460 pesos de oro. Carlos I tenía razones para estar contento.

Tan bonancible paisaje se nubló cuando el nuevo inca, Túpac Hualpa, apareció muerto: le habían envenenado. Todas las miradas se dirigieron hacia Calcuchímac, el odiado general que había pasado Cuzco a sangre y fuego en la pasada guerra civil y que ahora vegetaba preso en la hueste española. Ni que decir tiene que una de las primeras cosas que pidieron a Pizarro en la ciudad fue la inmediata ejecución —por supuesto, previa tortura— de Calcuchímac, y el conquistador accedió encantado. El carnicero de Cuzco murió en la hoguera mientras la población festejaba el tormento entre desmedidas manifestaciones de alegría. Ahora se trataba de encontrar un relevo para el inca. Fueron los cortesanos de Cuzco quienes propusieron al joven Manco Inca Yupanqui, aquel hermano de Huáscar y Atahualpa que se había unido a la hueste en el camino de Jauja. Reinará como Manco Cápac II.

La vieja Cuzco incaica será remodelada al estilo español en marzo de 1534. El propio Pizarro trazó los planos, con la consabida plaza mayor, el palacio del regidor —su hermano Juan— y la iglesia. El Coricancha mantendrá su carácter sagrado, ahora como convento de Santo Domingo. Se repartieron tierras, solares y, por supuesto, indios. Centenares de hombres —y de mujeres— se asentaron allí: era el premio a su conquista. Pizarro, sin embargo, no quería echar raíces en Cuzco: seguramente no se sentía tranquilo en una ciudad rodeada de enemigos. Por otro lado, la capital incaica estaba aislada entre montañas y demasiado lejos de todas partes. Los españoles necesitaban otra capital. ¿Cuál? En su camino desde Cajamarca la hueste había quedado extasiada por la

fecundidad del valle de Jauja. Pizarro decidió instalar allí su sede. En Jauja iba a nacer la primera hija mestiza del conquistador y la princesa inca Inés: Francisca. Ahora bien, Jauja presentaba un problema logístico importante, y era que se hallaba excesivamente lejos del mar. Los españoles necesitaban otra capital.

El lugar escogido fue un valle a orillas del río Rímac, al lado de la costa. Había campos de cultivo. Había agua potable. Había madera en abundancia. Había, sobre todo, buenos emplazamientos para construir un puerto. Los indígenas llamaban a aquel paraje Limaq. El 18 de enero de 1535 nació formalmente la Ciudad de los Reyes, así bautizada en honor de los Reyes Magos. Con Pizarro estaban Nicolás de Ribera, uno de los Trece de la Fama, Diego de Agüero, reputado jinete que se había cubierto de gloria en Cajamarca, y Francisco Quintero. Juntos trazaron el plano, dibujaron la plaza de armas y dirigieron la construcción del palacio de gobierno y de la catedral. Solemnemente, el conquistador en persona puso la primera piedra del templo cristiano. Había nacido Lima y, con ella, el nuevo Perú.

Muchas más cosas iban a pasar en aquellos años. Belalcázar había logrado sofocar las resistencias indígenas en el norte hasta apoderarse de Quito, el joven Inca Manco Cápac empezaba a prestar oídos a quienes le instaban a rebelarse contra los españoles y Almagro, el otro artífice de la conquista del Perú, rompía relaciones con Pizarro. Pronto el nuevo Perú español se cubrirá de sangre. Pero de todo eso nos ocuparemos más adelante. Y de momento, lo que aparecía ante los ojos del mundo era inaudito: el mayor imperio del continente americano había caído bajo la audacia y la astucia de un puñado de españoles; las posesiones americanas del César Carlos más que duplicaban la extensión de sus posesiones europeas. Las conquistas de México y del Perú convertían a la corona española en la primera potencia ya no europea, sino mundial.

12. DE CÓMO EXPLOTÓ EL TAHUANTINSUYO

Plano de situación

El control de Cuzco y la designación de un inca afín a los españoles no iba a significar el final de los problemas en Perú. Al contrario de lo que había ocurrido en México después de Tenochtitlán, el Tahuantinsuyo seguía hirviendo en mil conflictos abiertos. El primero de ellos fue la resistencia armada de dos generales de Atahualpa: Rumiñahui y Quizquiz (o Quisquis), que pudieron reagrupar a los restos del ejército incaico para librar su propia guerra.

No podemos imaginar a Rumiñahui y Quizquiz bajo la tónica luz de unos resistentes indígenas contra el invasor español. En realidad los enemigos de los generales rebeldes no eran tanto los españoles —que también— como los partidarios de Huáscar, fuertes ahora en Cuzco, y los pueblos antes sometidos a los incas, que por fin tenían en la mano una posibilidad de sacudirse el yugo. De manera que uno y otro, Quizquiz y Rumiñahui, se verán obligados a encastillarse en territorios muy concretos, sin más apoyo que sus propias fuerzas, en la esperanza de escapar al hundimiento del imperio y a la furia vengativa de sus enemigos indígenas. Rumiñahui, ya lo hemos visto, jugó fuerte: estaba en Cajamarca cuando Atahualpa fue apresado e, impotente, optó por refugiarse en Quito; más tarde, cuando supo de la muerte de su rey, no tardó en proclamarse «shyri» de Quito, es decir, señor de la gran gobernación inca del norte. No era el noble con más títulos para ello, pero sí el único que tenía tropas a disposición. En lo que concierne a Quizquiz, optó por alejarse de Cuzco hacia el oeste en busca de algún lugar donde hacerse fuerte. Y no lo tendría nada fácil.

Mientras todo esto ocurría en Perú, Hernando Pizarro abandonaba las Indias con rumbo a España. El hermano del conquistador iba a llevar ante el rey los frutos de su victoria. A Hernando lo hemos visto aquí prodigando acciones imprudentes y gestos atrabiliarios, lo cual puede hacer pensar que nos hallamos ante una especie de violento bárbaro. Pero hay que decir que Hernando Pizarro, el único legítimo de los hijos del prolífico capitán Pizarro que pasaron a América, era más bien lo que podríamos llamar un señorito: precisamente por legítimo, era el único de los hermanos que había recibido una esmerada educación. De su pluma se conservan algunos textos —por ejemplo, una célebre carta a la Audiencia de Santo Domingo— que le acreditan como un hombre muy cultivado y de formación excelente. Traía además una intensa experiencia bélica adquirida en los campos de batalla de Italia y de Navarra. Lo tenía todo, en fin, para ser bien visto en la corte, y esta fue seguramente la razón por la que Francisco Pizarro lo eligió para viajar a España.

La llegada de Hernando fue todo un acontecimiento. Abundantes y prodigiosas noticias le precedían: ya todo el mundo sabía en España que un fabuloso mundo de tesoros había sido conquistado en el Perú. Una vez en puerto, auténticas multitudes se dieron cita para escoltar al triunfador. El impacto fue tan grande que mucha gente decidió enrolarse para buscar fortuna en las Indias. Hernando Pizarro llegó a la corte de Toledo en enero de 1534. No solo traía consigo un quinto real que era una verdadera fortuna, sino que además prometía aún más y mayores hazañas. Se le recibió enseguida y se le colmó de honores y parabienes. El propio Hernando maniobró sobre la

marcha para hacer aún más fructífera su embajada. Ocurrió que Hernando, de entrada, iba con la idea de exaltar los méritos de su hermano Francisco en detrimento de Almagro, pero he aquí que, una vez en la corte, se enteró de la llegada de otros expedicionarios, hombres de Almagro, que habían hablado en sentido contrario. Haciendo de la necesidad virtud, Hernando rompió a elogiar a Almagro deshaciendo cualquier impresión de conflicto. El rey Carlos, satisfechísimo, hizo marqués a Francisco Pizarro y concedió a Hernando, entre otros reconocimientos, el hábito de la Orden de Santiago. Y Hernando también logró algo que, siendo una recompensa, iba sin embargo a desencadenar innumerables trastornos después: plena jurisdicción para otorgar repartimientos de indios.

Pero, sobre todo, lo que Hernando Pizarro llevaba consigo cuando abandonó España tras varios meses de gira triunfal era un mapa: un dibujo de las tierras americanas que marcaba con claridad las distintas jurisdicciones y que, por el momento, podría apaciguar cualquier disputa entre Francisco Pizarro y Almagro. Ese mapa, oficializado por real cédula de 21 de mayo de 1534, trazaba dos líneas paralelas sobre la gran masa suramericana. La primera abarcaba 270 leguas de norte a sur desde el río Santiago hasta Cuzco, confirmaba el nombre de Nueva Castilla para el nuevo territorio y atribuía su gobernación a Francisco Pizarro. La segunda línea partía del límite sur de Nueva Castilla, abarcaba otras 200 leguas al sur, recibía el nombre de Nueva Toledo y desde ahora sería el territorio de Almagro. Ambas líneas se extendían horizontalmente hasta el meridiano de Tordesillas, que marcaba la zona atribuida a Portugal. Tanto Pizarro como Almagro habían estado de acuerdo en esta partición. Pero el acuerdo era, en realidad, fruto de un malentendido: Pizarro pensaba que, trazada la línea como un meridiano, Cuzco caería dentro de sus dominios; Almagro, por el contrario, dibujaba la línea a partir de las sinuosidades de la costa, de manera que Cuzco entraría en Nueva Toledo. El mapa que Hernando traía era inequívoco: trazado en líneas paralelas, daba Cuzco a Francisco Pizarro. Guardémonos este dato, porque pronto será crucial.

Aún no habían nacido los virreinos propiamente dichos, pero con esta real cédula de 1534 se dibujaba ya el mapa de la América Hispana, que quedaba aproximadamente como sigue: en las Antillas, la isla de La Española, con jurisdicción sobre Puerto Rico, y la isla de Cuba, con jurisdicción sobre Jamaica; en el continente, y de norte a sur, el reino de Nueva Galicia, en el noroeste del actual México; el reino de Nueva España, que abarcaba desde el centro del actual México hasta Guatemala y Honduras; más al sur, la provincia de Nicaragua y la gobernación de Veragua; sobre lo que hoy es Panamá y Costa Rica, la gobernación de Castilla del Oro, que se extendía hasta el noroeste de la actual Colombia. Las tierras al sur de Castilla del Oro —es decir, lo que hoy es Colombia— seguían sujetas a exploración. Pero desde la costa del Pacífico, y a partir del río Santiago, tomaban ya forma estas dos nuevas gobernaciones de Nueva Castilla y Nueva Toledo. Y la corona, por otra parte, había negociado con Pedro de Mendoza una nueva franja aún más al sur: la gobernación de Nueva Andalucía en torno al Río de la Plata y el Paraguay, como pronto veremos.

Recapitulemos: Hernando en España, Francisco Pizarro en Jauja, Cuzco bajo control con Manco Cápac en el trono, Rumiñahui sublevado en Quito, el rebelde Quizquiz en algún lugar en torno al lago Junín y Belalcázar en Piura, en el noroeste, recibiendo a los españoles que sin cesar acudían al Perú seducidos por las noticias de la conquista. Esta era la situación general en febrero de 1534 cuando a

San Miguel de Piura llega un soldado, Diego de Vega, uno de los hombres que aseguraban las comunicaciones a lo largo de la costa ecuato-peruana, y cuenta algo alarmante: en Puerto Viejo, en la bahía de Caráquez, acaba de desembarcar nada menos que Pedro de Alvarado con una fuerza de casi medio millar de hombres —150 de a caballo— y con el propósito de conquistar Quito. ¿Podía acometer semejante empresa el vencedor de Guatemala? Legalmente, sí: las capitulaciones de la corte con Pizarro, recordémoslo, autorizaban a este a explorar y conquistar 200 leguas al sur del río Santiago, pero Quito quedaba fuera de esa línea. Y la promesa de gloria era tan poderosa que Alvarado no lo dudó: tenía un permiso de la corona para explorar las Islas de las Especies, cambió por su cuenta y riesgo el objeto del permiso, formó una armada de 8 barcos en el puerto de Iztapa y zarpó con su tropa.

La aparición de Alvarado puso a Belalcázar en un auténtico brete. ¿Hemos hablado ya de Belalcázar? Cordobés del pueblo de Belalcázar, cuyo nombre adoptó (en realidad se apellidaba Moyano), probable pionero en el tercer viaje de Colón, retornado a España, expedicionario de nuevo a las Indias en la tropa de Pedrarias Dávila, capitán en el Darién, lugarteniente de Hernández de Córdoba en la aventura de Nicaragua, alcalde de Santiago de los Caballeros de León, jefe de hueste en las luchas por el control de Honduras, amigo de Alvarado, de Almagro, de Pizarro... Ahora, principios de 1534, Belalcázar pasaba ya de los cincuenta años de edad, traía sobre las espaldas veinte años de experiencia en las Indias y era cualquier cosa menos un jovenzuelo imprudente. El cordobés mantenía muy buenas relaciones con Alvarado, pero estaba bajo las órdenes de Pizarro. Justamente por no quedar como díscolo a ojos de Pizarro, Belalcázar se había abstenido de marchar hacia Quito en persecución de Rumiñahui, pues no tenía órdenes para ello. Pero ahora llegaba Alvarado y, además, anunciaba su intención de ir a Quito, al último reducto del poder incaico, y eso lo cambiaba todo.

La noticia cayó como una bomba entre los hombres de Piura: allí, en Piura, bajo el gobierno de Belalcázar, se habían dado cita, por un lado, los veteranos de la conquista que por no haber estado en Cajamarca y Cuzco tuvieron que contentarse con un botín menor, y por otro, los nuevos refuerzos llegados de Panamá con el sueño de hacerse ricos. Unos y otros tenían todas sus esperanzas puestas en Quito, precisamente: la conquista de este nuevo frente les resarciría de todas sus penurias. Pero si ahora Alvarado entraba en liza, eso significaba que el botín podía perderse para siempre. ¿Qué hacer? Se hizo lo que los españoles hacían en estos casos: convocar cabildo, es decir, reunión de los vecinos, y tomar por mayoría una decisión. Belalcázar respiró aliviado: sus hombres decidirían por él. Y esa decisión solo podía ser una: formar tropa y marchar hacia el norte. La autoridad colegiada del Cabildo de Piura era suficiente para legitimar la empresa. Y así Belalcázar, con el oro de su parte del botín, organizó su propia campaña de conquista.

En aquel momento Rumiñahui estaba tratando de construir su poder. Con el viejo imperio manga por hombro, solo un obstáculo se interponía en su camino: su hermanastro Illiscacha, al que los cronistas españoles llamaron Illescas. Este Illescas era, como Rumiñahui, Manco o el propio Atahualpa, hijo del prolífico Huayna Cápac, pero su madre era la reina Paccha y eso le proporcionaba un mayor rango. Rumiñahui no dudará en quitárselo de en medio por el expeditivo método de mandarlo asesinar. Los caciques locales, viendo que el rebelde iba en serio, le aportaron

sus huestes: Nazacota, Jacho, Pillahuaso, y así hasta una docena de curacas y nobles incaicos. Cualquier cosa antes que volver a vivir el horror de la guerra civil. Cerca de 20.000 hombres logró alinear Rumiñahui. Más que suficiente para detener a los osados españoles y sus odiados auxiliares nativos. O eso pensaba Rumiñahui.

Belalcázar en Quito

Belalcázar, mientras tanto, atravesaba las sierras rumbo norte por el Camino del Inca, dispuesto a aplastar a Rumiñahui y, de paso, frustrar la intentona de Alvarado. El ejército español era modesto: 130 infantes y 70 jinetes. Pero con los nuestros formaban varios millares de indios tallanes —los de la Puná— y, sobre todo, cañaríes, los oriundos de aquella región, que, como tantos otros, odiaban a los incas. Años atrás, durante la guerra civil, Atahualpa había ordenado pasar por las armas a miles de cañaríes entre horribles torturas; ahora llegaba el momento de la venganza. Los cañaríes aportaron a Belalcázar una nutrida masa de maniobra —unos 6.000 hombres— y, sobre todo, una indispensable guía para orientarse en el laberinto de selvas y cordilleras que conduce desde Piura hasta Quito. Corría marzo de 1534.

La campaña de Belalcázar fue una carrera de obstáculos. El cordobés se planteó su ofensiva con una notable lucidez estratégica: avanzar con la vista fija en el objetivo y eludir en la medida de lo posible los mil intentos del enemigo por desviar, retrasar o detener la marcha. Rumiñahui trató de sorprender a la columna española en el desfiladero de Achupallas. Destacó una tropa de 4.000 hombres al mando del general Chaquitinta. Fracasó: Belalcázar, advertido por sus guías, no cayó en la trampa y, al revés, contraatacó sembrando el pánico en el enemigo a fuerza de tiros de arcabuz y cargas de caballería. La mortandad entre los incas fue terrible y el propio Chaquitinta, al regresar derrotado a sus líneas, murió decapitado por orden de Rumiñahui. El nuevo rey inca de Quito intentó frenar otra vez a los españoles y sus aliados indios en el valle de Alausí. La hueste de Belalcázar sufrió severas pérdidas, pero mantuvo la posición y obligó al enemigo a retirarse. Rumiñahui optó entonces por otra estratagema: se encerró en la fortaleza de Tixán y excavó alrededor fosas y zanjas para evitar el paso de la caballería española. Pero, una vez más, los guías cañaríes advirtieron a Belalcázar, que eludió la trampa, rodeó el lugar y mantuvo su ruta.

Donde Rumiñahui desplegaba tropas para obligar a Belalcázar a combatir en una gran batalla campal, este solventaba el problema con alguna escaramuza táctica que desalojara al enemigo de sus posiciones y de inmediato seguía camino hacia Quito. ¿Por qué? Porque Belalcázar sabía que el camino era largo, que el enemigo le doblaba y hasta triplicaba en número, que allí no tenía indios aliados y que en modo alguno podía permitirse una sucesión de combates que terminara mermando a su hueste. El escenario fundamental de los combates, el gran corredor andino del Chimborazo, es una suerte de gigantesco pasillo entre cumbres, con una altitud media de 3.000 metros y cimas de más de 5.000, donde dividir a la tropa hubiera sido suicida. Era lo que Rumiñahui buscaba, pero Belalcázar no se lo iba a dar.

En el llano de Tiocajas, Rumiñahui reagrupó a sus tropas y las lanzó en masa contra los españoles y sus aliados. Belalcázar aguantó las embestidas enemigas y, viendo que los quiteños estaban dispuestos a permanecer allí hasta el final, optó por tomar un sendero alternativo. Una vez más, los guías cañaríes ofrecían al cordobés una ventaja táctica decisiva. Tan decisiva que, tras rodear el obstáculo, Belalcázar constató que podía golpear por sorpresa a los de Rumiñahui y no lo dudó: lanzó un golpe de mano que desmanteló la línea quiteña y provocó la desbandada del ejército enemigo, que abandonó el campo dejando gran cantidad de provisiones y bestias de carga. A los

españoles les quedaba así abierto el camino hacia el lago de Colta.

Rumiñahui multiplicó las estratagemas para detener a los nuestros, y en particular a los caballos, porque las cargas de caballería estaban siendo decisivas en todos los choques entre las dos fuerzas: fosas erizadas de estacas y cubiertas por cañas y hierba, multitud de hoyos para quebrar las patas de los monturas... Pero semejantes recursos, una vez descubiertos el primero, dejaban de resultar eficaces, porque bastaba enviar por delante a exploradores de a pie para revelar las trampas. El shyri de Quito aún intentó parar a Belalcázar en los pasos de montaña, los puentes sobre los ríos, los cruces de caminos... Todo fue inútil, porque la columna española mantuvo claro el objetivo: marchar hacia Quito sin distraerse de la meta. Llegaba mayo de 1534 cuando Belalcázar divisó el lago de Colta y las tres llanuras de Liribamba, Cajabamba y Riobamba, 170 kilómetros al sur de Quito. La hueste española había recorrido ya más de 500 kilómetros a través de los Andes.

En Liribamba estaba Rumiñahui, que para entonces ya había aceptado su inevitable derrota. El rebelde tenía enfrente a los españoles, a los incas de Manco Cápac y a la muchedumbre de vengativos cañaríes. Resuelto a no rendirse, decidió incendiar Liribamba —con su población dentro—. Belalcázar entró en la ciudad calcinada el 3 de mayo. El rebelde, mientras tanto, marchaba a buscar refugio en Quito. Allí planeaba dar la batalla final. Pero, para desdicha suya, andaba aún en camino cuando el volcán Cotopaxi entró en erupción, la tierra tembló y los guerreros que le quedaban no lo dudaron: aquello era un pésimo presagio, un funesto anuncio de derrota y muerte. Las deserciones del ejército de Rumiñahui se contaron por miles.

Cuando Rumiñahui llegó a Quito, no halló más que una exigua hueste de nobles, funcionarios y sacerdotes. Apenas le quedaban tropas. La población local estaba tan dividida como atemorizada. Hay que recordar que la región de Quito había sido conquistada a sangre y fuego apenas cuarenta años atrás. Más sangre y más fuego azotaron a los quiteños después, cuando la guerra civil. Los rencores almacenados desde entonces estallaron ahora con una violencia aterradora. Es preciso consignar todo esto para poner en su contexto la brutalidad que alguna crónica atribuye a Belalcázar. Ocurre que, por una parte, la fuente principal de las denuncias es fray Marcos de Niza, un fabulador que iba a hacerse después tristemente famoso por su invención de las Siete Ciudades de Cíbola (pronto lo veremos), y por otra, no deja de chocar que una hueste tan exigua como la de Belalcázar pudiera repartir tanta muerte frente a un enemigo varias veces superior. Es muy verosímil, ciertamente, que los hombres de Belalcázar torturaran a cuanto cacique enemigo les salía al paso para arrancarle el secreto de los fabulosos tesoros que esperaban encontrar. Pero, por simple aritmética, parece mucho más probable que las grandes matanzas que ensangrentaron esta campaña fueran obra de los cañaríes que formaban con los españoles, los puruháes de Riobamba y los caras y los quitus del área quiteña, que llevaban muchos años en guerra entre sí y que ahora, con el poder inca en descomposición, saldaron viejas deudas.

Seguramente es este contexto de guerra de todos contra todos lo que explica la singular actitud de Rumiñahui cuando llegó a Quito: lejos de defender su capital, ordenó incendiar todos los palacios y templos, mandó asesinar a todas las vírgenes del Sol, hizo ejecutar a la friolera de 4.000 indios pillajes, zámbezos y collaguazos acusados de haber recibido a los españoles con benevolencia, requisó los tesoros que había dejado Atahualpa y, con los pocos hombres que aún permanecían junto

a él, tomó el camino del oeste no dejando tras de sí más que desolación y muerte. Cuando Belalcázar entró en Quito, el 24 de mayo de 1534, no encontró otra cosa que cenizas y cadáveres. Era la festividad de la Pascua del Espíritu Santo. Una misa oficiada entre las ruinas selló la victoria española.

Muchos meses más tarde, en enero de 1535, un capitán español llamado Hernando de la Parra andaba explorando las pampas de Chiac cuando descubrió a un indio lujosamente ataviado con collares y brazaletes de oro. El capitán enfiló hacia el nativo. Este huyó hacia un promontorio y se arrojó al vacío, pero con tan mala fortuna que, al caer, quedó enredado en unos matorrales. Hernando de la Parra rescató al desdichado. El indio dijo llamarse Rumiñahui. Fue transportado en parihuelas hasta Quito. Allí fue juzgado y, previa tortura, ejecutado junto a otros caciques. El general rebelde, definitivamente vencido, nunca confesó dónde había ocultado el tesoro quiteño de Atahualpa.

El incidente Alvarado

Belalcázar ya era señor de Quito, pero al cordobés le quedaba un enojoso problema por resolver: ¿Dónde estaba Alvarado? Porque aquella campaña sobre el norte del imperio inca tenía por finalidad, además de sojuzgar al rebelde Rumiñahui, frustrar las expectativas conquistadoras de Alvarado, pero el prestigioso conquistador de Guatemala no aparecía por ninguna parte.

Lo mismo debía de estar preguntándose Almagro, que penosamente ascendía hacia Quito desde Jauja con tropas de refuerzo y que, por el camino, había tenido que lidiar nada menos que con Quizquiz, el otro general atahualpista. Almagro había llegado a Jauja ya empezado abril de 1534. Traía consigo una fuerza de 4.000 guerreros de Cuzco prestados por Manco Cápac para la ocasión: a ojos de los huascaristas, aquello no dejaba de ser una reedición de su anterior guerra civil. Con toda esa tropa, bien encuadrada entre 30 infantes y otros tantos jinetes españoles, Almagro confiaba en llegar al norte y sumarse a Belalcázar. Pero la noticia de que Alvarado andaba por allí obligó a cambiar los planes.

Pizarro y Almagro hablaron. Los dos viejos socios tenían un problema. Pizarro sabía bien que el derecho asistía a Alvarado (aquel asunto de las 200 leguas al sur del río Santiago, que dejaba libre el norte), pero no estaba dispuesto a perder la menor parte del pastel tan trabajosamente conquistado. Sus órdenes para Almagro fueron precisas. Ante todo, era imprescindible que Alvarado encontrara el terreno ocupado, de manera que no lo pudiera reclamar fácilmente para sí. Complementariamente, convenía marcar de cerca a Belalcázar, no fuera a pasarse a la tropa del intruso: Belalcázar era leal, pero Alvarado era hombre astuto, y no cabía descartar que el recién llegado sirviera al cordobés una suculenta oferta sobre unos territorios que, después de todo, la propia corona le había concedido. Y por supuesto, había que evitar en la medida de lo posible que hablaran las armas: si se lograba un acuerdo económico con Alvarado, por alto que fuera el precio, mejor que mejor.

Con todas estas instrucciones y una misión más diplomática que militar partió el tuerto Almagro a Quito, y lo primero que se encontró fue al refractario Quizquiz, que desde hacía meses hostigaba los caminos de Jauja hacia el norte. Es famoso su asedio sobre Jauja, donde a punto estuvo de quebrar las defensas españolas. Mandaba entonces en Jauja el tesorero Alonso Riquelme, pues Pizarro había marchado a Cuzco, y los hombres de Quizquiz llevaron su audacia hasta el extremo de lamer las empalizadas de la ciudad. El propio Riquelme anduvo cerca de perecer ahogado en el río; unos providenciales ballesteros le sacaron de las aguas. Muy seguramente Jauja habría caído de no ser por los nativos huancas de la ciudad, que no querían ver a Quizquiz ni en pintura. En todo caso, el hecho es que Quizquiz perdió en esta ocasión. Y perdería también en las siguientes.

Almagro se topó con el viejo general de Atahualpa en los alrededores de Tomebamba, que había sido la capital de los cañaríes. Quizquiz estaba dispuesto a pegarse al terreno hasta perecer. Ahora bien, el terreno no le era particularmente propicio. Quizquiz, recordémoslo, había sido uno de los más sanguinarios oficiales de Atahualpa en la guerra civil: fue el asesino de las mujeres de Huáscar, fue el profanador de la momia de Huayna Cápac y fue también uno de los responsables de la matanza masiva de millares de cañaríes en la propia ciudad de Tomebamba. De manera que el rebelde, por mucho empeño que pusiera, tenía vetado echar raíces en parte alguna, pues por doquier se le

rechazaba. Almagro superó el trance de Tomebamba, como superó todos los demás.

Quizquiz retrocedía sin cesar hacia el norte con la esperanza de enlazar con las tropas de Rumiñahui, pero, en realidad, aquella marcha no era otra cosa que una huida. A la altura de Tarma, después de un nuevo encuentro frustrado con los españoles y sus aliados, el grupo de Quizquiz se hundió. El inca Huayna Palcón, un atahualpista de la familia real que formaba en las filas del rebelde, planteó abiertamente la posibilidad de rendirse. Quizquiz, fuera de sí, rompió a insultarle poniendo al joven inca de cobarde delante de sus oficiales. Huayna Palcón, orgulloso, no aceptó la humillación, esgrimió su lanza y la clavó en el pecho de Quizquiz, que cayó al suelo sin vida. Esta es, al menos, una de las versiones más difundidas sobre su muerte. Añade la leyenda —porque solo es leyenda— que Huayna Palcón, ya fuera por aplicarse a sí mismo justicia o ya por horror de lo que había hecho, esgrimió una espada con la mano izquierda y se mutiló la mano derecha, culpable de la muerte del general. Así, en cualquier caso, terminó la resistencia de Quizquiz.

Bien, pero ¿y Alvarado? Nadie lo sabía.

Cuando Almagro llegó a Quito, Belalcázar no estaba: hubo que mandarle aviso al norte, a Cayambe, donde perseguía —sin resultado— el tesoro que Rumiñahui había llevado consigo. El cordobés y el manchego se reunieron en la ciudad calcinada, alinearon 180 hombres y de inmediato despacharon columnas en busca de Alvarado. En algún lugar debía de estar el peligroso visitante. ¿Pero dónde?

Perdido. Alvarado estaba perdido. El conquistador no conocía el país y sus guías no dominaban más allá del territorio costero. Los nativos apresados para guiarles por el territorio huyeron en cuanto tuvieron ocasión. Desorientado, el conquistador fue a escoger el camino más difícil para llegar a Quito, entre grandes altitudes y ríos desmadrados. Con el mapa en la mano, su periplo parece descabellado. Pero es que Alvarado no tenía un mapa.

El territorio de lo que hoy llamamos Ecuador es una sucesión de tres franjas verticales: la selvática llanura costera del Pacífico asciende vertiginosamente hasta la cordillera andina, con altitudes de más de 5.000 metros, y seccionada por un pasillo central surcado por grandes ríos, para luego descender hacia la selva amazónica en el este. Es una tierra de naturaleza agresiva y comunicaciones difícilísimas. Los caminos incaicos habían aprovechado el corredor central de la cordillera para establecer sus rutas verticalmente en sentido sur-norte. Por el contrario, en sentido oeste-este mil ríos e imponentes cumbres hacen impracticable la ruta. Y bien, esta última fue precisamente la trayectoria escogida por Alvarado para llegar cuanto antes a Quito: de la bahía de Caráquez a Charapotó y de ahí a Jipijapa, Paján y el poderoso río Daule. Aquí descubrió Alvarado que era imposible seguir.

Retrocedió a la selva del río Paján y decidió dividir su expedición en dos. Un destacamento caminó hacia el norte y llegó hasta el frío y húmedo territorio de Nono, a solo 18 kilómetros de Quito, pero ignorando que estaba tan cerca de su objetivo. Otra avanzadilla exploró hacia el sur sin otro fruto que inmensas junglas pantanosas. Unos y otros regresaron sobre sus pasos y la expedición volvió a reunirse en Chimbo, a 2.400 metros de altitud, en un pliegue de la cordillera. Desde allí resolvió Alvarado atravesar los Andes en dirección noreste y salió a Ambato, en el camino de Riobamba a Quito. Fue en Ambato, el mismo lugar en el que Atahualpa había infligido a Huáscar su

derrota decisiva, donde Alvarado encontró por fin a otros españoles. Era agosto de 1534. La expedición del gobernador de Guatemala había tardado siete meses en encontrar su ruta. Por el camino, lluvias incesantes, ciénagas, ríos desbordados y, una vez en las montañas, vientos atroces y pertinaces nevadas. El balance de la aventura era catastrófico. Cieza de León, que dejó escrita una monumental *Crónica del Perú*, evalúa las pérdidas en veinte españoles, 3.000 indios y «numerosos negros», víctimas la inmensa mayoría de ellos del frío y las enfermedades.

No fue amable el encuentro de Alvarado y Almagro. De entrada, Alvarado hizo prender a los exploradores del manchego y dejó marchar solo a uno para que diera noticia de su llegada. Almagro aceptó ir a Riobamba, donde Alvarado había levantado campamento, pero acudió fuertemente escoltado. Parece ser que algunos hombres de Almagro, perdidos en aquel reino de Quito que no era jurisdicción de Pizarro, pensaron seriamente en pasarse a las filas de Alvarado para emprender una nueva aventura que les diera la riqueza que no habían obtenido en el Perú. Parece ser también que muchos hombres de Alvarado, exhaustos y rotos después de siete meses de odisea sin frutos, pensaron en desertar y marchar al Perú donde, al menos, podrían hallar tierras bajo el amparo de Pizarro y Almagro. Parece ser, en fin, que el taimado intérprete Felipillo, que había acompañado a Almagro, comenzó a enredar con los indios de las huestes de uno y otro, sembrando cizaña por todas partes. El paisaje era cualquier cosa menos apacible.

Almagro y Alvarado hablaron largo y tendido. Almagro pidió a Alvarado sus credenciales; este no se las dio (porque no tenía tales). Un hombre de leyes, el licenciado Hernando de Caldera, actuó como intermediario. Las intenciones de Almagro eran transparentes: quería que Alvarado se diera media vuelta. Este, por su parte, no había abandonado la idea de conquistar Quito, pero era perfectamente consciente de que su ejército estaba roto y desmoralizado, que carecía de guías fiables y, en consecuencia, que nada sería más demencial que emprender allí una campaña contra otros españoles. De manera que finalmente se llegó a un arreglo. ¿Qué quería Alvarado? ¿Oro? Pues bien, oro tendría. Y mucho: 100.000 pesos castellanos, nada menos; una verdadera fortuna (en valor contable, era el doble de lo que Pizarro había ganado en Cajamarca). Pero a cambio tendría que dejar a su ejército en el Perú, que pasaría a engrosar las filas de Pizarro y Almagro. ¿Y Alvarado podía aceptar semejante trato? Muy probablemente, si hubiera tenido un permiso firme de la corona para conquistar Quito no habría transigido con el trato, pero Alvarado carecía de autorización efectiva. Y Almagro, sin duda, lo había adivinado desde el primer instante.

El 26 de agosto de 1534 se firmó el acuerdo. Belalcázar quedó en Quito organizando el territorio mientras Alvarado y Almagro partían hacia el sur para encontrarse con Pizarro y sellar el pacto. La cita fue en Pachacámac y Pizarro, naturalmente, actuó como anfitrión. Se alojó a Alvarado en el gran templo y el conquistador del Perú no ahorró en fiestas ni agasajos. Envío a Hernando de Soto a Cuzco para traer el oro. A los hombres de Alvarado que quedarían en el Perú —y que Pizarro necesitaba como agua de mayo, pues su hueste seguía siendo exigua— les prometió buenas encomiendas y una participación en los tesoros que aún había que conquistar. En cuanto regresó Soto con el oro, Pizarro avió una embarcación para que Alvarado regresara a Guatemala; lo hizo el 5 de enero de 1535 en un fondeadero bautizado como El Callao y que con el tiempo se convertiría en el principal puerto del Pacífico hispanoamericano. Y mientras Alvarado retornaba al norte, Almagro,

con los hombres que aquel había dejado en el Perú, marchaba hacia Cuzco, que a partir de ahora sería su jurisdicción: el manchego se disponía a lanzarse sobre Chile para construir el reino de Nueva Toledo. Aún no había vuelto de España Hernando con su mapa, que atribuía Cuzco a Pizarro y no a Almagro. El hecho, en cualquier caso, es que Alvarado volvía a su casa y Almagro cambiaba de escenario. Pizarro había ganado. Una vez más.

Almagro en Chile

Decimos «héroe» y pensamos en un rostro hermoso y un corazón lleno de nobles sentimientos. Pero a veces no es así. A veces nos encontramos con tipos feos, pecadores y ásperos; auténticos sapos. Ahora bien, a esos sapos un día los besó la Historia, y en ese beso el sapo se convirtió en príncipe, aunque solo fuera por un tiempo. Ejemplo: Diego de Almagro.

Recordemos su perfil: un tipo de cultura muy limitada, bajito, tuerto y feo; hijo ilegítimo de un noviazgo desdichado, criado a palos por un pariente cruel, fugado de un hogar que en realidad era una cárcel, obligado a ganarse la vida como sirviente, homicida después de acuchillar a otro sirviente en una riña, enrolado a la desesperada en la expedición de Pedrarias Dávila; veterano del Darién, la vida en las Indias le había hecho más valiente que astuto y más prudente que inteligente. Se asoció a Pizarro y a Espinosa en la loca aventura peruana y, oh, milagro, la empresa salió bien. Ahora aquel bastardo de la villa de Almagro, provincia de Ciudad Real, era un hombre que rondaba los sesenta años de edad, dueño de una considerable fortuna, con título de «don» por concesión real y con derecho a usar su propio escudo de armas. Y sobre todo, había obtenido el título de gobernador de Nueva Toledo, que le facultaba para explorar y conquistar las tierras entre Cuzco y Taltal, desde el centro del Perú hasta lo que hoy es Chile. Al borde de la vejez, nuestro traqueteado héroe iba a afrontar el gran reto de su vida.

Para calibrar mejor la aventura hay que ponerse en situación. A Almagro le habían otorgado el liderazgo sobre un territorio tan grande como dos veces la Península Ibérica, pero nadie sabía qué podía haber exactamente allí. Nadie había bajado jamás hasta Chile. Los indios hablaban de mucho oro —y el propio Pizarro se había encargado de agrandar el señuelo—, pero solo eran promesas. Y ese territorio es lo que Almagro se propone conquistar.

Es julio de 1535. Allí es pleno invierno. Almagro sale de Cuzco con una importante comitiva: más de 500 españoles y 1.500 indígenas, además de un centenar de esclavos negros. Consigo lleva, a modo de embajador, a Paullu Inca, uno de los innumerables hijos de Huayna Cápac, hermanastro de Atahualpa, Huáscar y Manco. Como lugarteniente le acompaña un hombre singular: Rodrigo Orgóñez, nacido en una familia de judíos conversos —zapateros remendones— de Oropesa de Toledo, y que vivía obsesionado con ser realmente hijo del noble Juan de Orgoños, cuyo apellido adoptó. Este Rodrigo Orgóñez había sido soldado en Italia, después estuvo en la batalla de Pavía y formó entre quienes apresaron a Francisco I de Francia, nada menos; un héroe. Como muchos héroes, acabó metiéndose en líos, optó por poner tierra de por medio, pasó a las Indias en fecha incierta y se unió a Almagro en Panamá. Se ganó la confianza del manchego hasta el punto de convertirse en su lugarteniente. Con él llegó a Cajamarca. Siempre obsesionado por obtener condición de noble, Rodrigo había empleado buena parte de su botín peruano en colmar de regalos en oro y plata a su supuesto padre, el tal Juan de Orgoños, para que le reconociera como hijo y, así legitimado, optar al hábito de Santiago. Este es el personaje que desde ahora va a ser la sombra de Almagro.

Buen intendente, el manchego procura que a su expedición no le falte de nada: armas, pólvora, herraduras... Diego lo paga todo de su bolsillo: más de un millón de pesos castellanos; mucho dinero. Lo chocante del episodio es que Almagro, en aquel momento, no tenía la menor necesidad de

emprender la aventura. Un hombre más tranquilo se hubiera aplicado a materializar su dominio sobre las tierras que se le habían concedido, que por sí solas eran un tesoro, y a despejar los malentendidos sobre quién era el amo del Cuzco. Pero Almagro no era un hombre tranquilo. Por eso se lanzó a lo desconocido. Comienza así un periplo alucinante.

Chile quiere decir, según algunos, «frío» (del quechua *chire*), y según otros, el lugar donde se acaba la tierra (del aymará *chilli*). Sea como fuere, un horizonte poco apetitoso. Pero Almagro está decidido. La expedición asciende desde Cuzco hasta el lago Titicaca, bordea las aguas y toma rumbo sur hacia las secas planicies que conducen a Tupiza. Desde allí pasa al valle de Jujuy y después, rumbo suroeste, se dispone a cruzar los Andes. Vale la pena coger un mapa y seguir la ruta: parece sobrehumano. A todo esto, durante el camino no deja de sufrir el acoso de los indios. El propio caballo de Almagro es derribado por una flecha. Más desdichas: con las aguas del deshielo, cruzar los ríos es una tarea de titanes; las bestias de carga se ahogan y los indios desertan. Y lo peor es que lo encontrado no justifica el viaje: desiertos, duras estepas, campos de sal... ¿Dónde está el oro? Más contratiempos: antes de pisar los Andes, alguien cuenta a Almagro que ha llegado al Perú un obispo de Panamá —fray Tomás de Berlanga— para resolver el conflicto territorial con Pizarro. ¿Verdad? ¿Mentira? Sus hombres le piden volver a Cuzco. Pero Diego no quiere mirar atrás.

Lo más difícil fue cruzar los Andes. Almagro lo hizo por el paso de San Francisco, con altitudes de más de 4.500 metros. Alrededor, volcanes apagados y cumbres de nieves perpetuas con más de 6.000 metros, en un paisaje inhóspito y pelado. Por aquí pasaron los incas para someter a los indios del Chile. Ahora pasaban los españoles. Ya ha empezado el verano austral, pero en esas altitudes un intenso frío diezma a la expedición. Los esclavos negros, mal aclimatados, caen como moscas. Muchos indios también mueren; otros tantos desertan. En cuanto a los españoles, el infierno helado pasa factura: hay soldados que se detienen a descansar y mueren congelados; otros pierden los dedos de los pies al quitarse las botas, porque el hielo ha quebrado la carne. Para colmo de males, el áspero suelo de duros guijarros destroza las botas de los hombres y los cascos de los caballos. No es posible seguir así. Almagro escoge a 20 de los suyos y parte con ellos en busca de ayuda al otro lado de la cordillera, al valle del Copiapó.

La Providencia gusta de escribir con materiales de dudosa calidad. Al otro lado, en el Copiapó, hay un español al que le falta una oreja: Gonzalo Calvo Barrientos, un hidalgo de Sevilla que había estado con Pizarro en el Perú, se vio inmerso en un feo asunto de robo y terminó desorejado —ese fue el castigo que se le aplicó— y desterrado al lejano Chile. Ahora el desorejado, instalado entre los indígenas y rebautizado por ellos como «Gasco», se convierte en guía y anfitrión de los hombres de Almagro. El conquistador puede volver a la cordillera a socorrer a sus hombres. Y fue allí, en el Copiapó, donde Almagro tomó posesión de Chile en nombre del emperador Carlos.

La vida de Almagro en aquel paraje chileno es envidiable: esa tierra es suya, los indios le han acogido bien, el desorejado Gonzalo es un excelente embajador, atrás han quedado las penalidades del paso de los Andes... Pero he aquí que uno de los intérpretes que Almagro lleva consigo empieza a intrigar. ¿Quién? El indio tallán Felipillo, el mismo que había sembrado confusión entre Pizarro y Atahualpa, el mismo que había enredado en Quito entre las huestes indias de Alvarado y Almagro. Parece que este Felipillo, harto de escoltar a Almagro, resolvió quedarse a vivir allí, en el fértil

valle del Aconcagua, y para ello no se le ocurrió mejor cosa que excitar a los indios contra los españoles. Un buen día Almagro despertó y descubrió que todos los indios habían huido. El desorejado no tardó en encontrar al culpable. Felipillo huyó a uña de caballo, pero fue atrapado. Juzgado por traición, se le condenó a morir descuartizado.

Al norte, en el Perú, un auténtico reino esperaba a Almagro. Pero este, una vez más, decidió mirar solo hacia delante. Envió expediciones hacia el valle del Aconcagua, hacia los ríos Ñuble e Itata... Cojamos de nuevo el mapa: estamos en el centro mismo de Chile, ¡a 3.000 kilómetros de Cuzco! En ese invierno de 1536, una de las avanzadillas de Almagro —la de Saavedra— funda la ciudad de Valparaíso. Otra, la de Gómez de Alvarado, retorna tras un encuentro muy hostil con los belicosos mapuches: ya se sabe dónde está el límite sur. ¿Y el oro? No hay. Aun así, obstinado, Diego insiste en quedarse. Quiere fundar una ciudad. Manda llamar a su hijo, el retoño de la india panameña, que ya es un chaval de quince años. A la cercana costa ha llegado un barco cargado de provisiones. Los indios hostiles han sido sometidos, frecuentemente con brutalidad; los otros, los amistosos, se habitúan a los españoles sin mayor problema. Es verdad que no hay oro, pero, después de todo, la tierra es grata y el país aún está por explorar. ¿Por qué no quedarse allí? Sin embargo...

Sin embargo, un día llega un mensajero que informa a Diego de los últimos sucesos: la corona le ha confirmado como gobernador de Nueva Toledo, es decir, el sur del Perú. La disputada ciudad de Cuzco queda dentro de sus dominios. ¿O no? En todo caso, es preciso marcar el territorio. Pero para eso hay que volver al Perú. ¿Y por dónde hacerlo? El camino de los Andes es impracticable en invierno. Gonzalo Calvo, Gasco, el desorejado, propone una vía: hay que ir por el desierto de Atacama, el más árido del planeta, con temperaturas que oscilan entre unas mínimas de 20 grados bajo cero y unas máximas de 40. Es horrible, pero es el único camino posible. Y aquí es donde el hada de la Historia besó al sapo y lo convirtió en príncipe.

Almagro reúne a sus hombres y les enseña unos documentos: son las escrituras con la relación detallada de todas las deudas que los exploradores han contraído con él, las cantidades que le deben por las armas, por el avituallamiento... Y ante la mirada de los conquistadores, Almagro rompe esos papeles. Todas las deudas quedan saldadas antes de la última aventura. No han encontrado oro, pero volverán al norte enteramente libres.

Volvieron casi todos. Aquellos antepasados nuestros no tenían medida, pero tampoco estaban locos. Para soportar la dureza extrema de la ruta de Atacama, Almagro organiza la marcha con precaución: grupos pequeños de unos diez hombres, caminando de noche en jornadas de 20 kilómetros, descansos bien programados... Y así, en febrero de 1537, reaparecían en Arequipa los descubridores de Chile, después de año y medio de expedición. Llegaron tan destrozados que se les llamó «los rotos de Chile», y desde entonces en el Perú llaman «roto» al que viene del sur. Una proeza.

Cuando Almagro llegó al Cuzco, exhausto y deshecho, se encontró con una situación inesperada: el inca Manco Cápac, el aliado de los españoles, se había sublevado y estaba cercando la capital. Empezaba otra aventura. Pero detrás quedaba una de las hazañas más descabelladas que jamás hombre alguno emprendió.

La rebelión de los incas

Incas sublevados en torno a Cuzco, sí. Y los mandaba nada menos que Manco Cápac II, el monarca puesto por Pizarro. ¿Qué había pasado? Algo muy sencillo: que Manco Inca quería mandar. Y como los españoles no le dejaban, se rebeló.

La historia, según cuentan las crónicas, empezó en el verano de 1535. Manco acaba de volver de la exitosa campaña española contra Rumiñahui. Muertos este y Quizquiz, ya nada le hace sombra en la cúspide del Tahuantinsuyo. Sin embargo, su posición es extraordinariamente incómoda: es el inca, pero todo el mundo sabe que quienes realmente gobiernan son los españoles de Pizarro. Lo saben en particular sus propios sirvientes en Cuzco, cuyo comportamiento dista de observar la misma solemnidad que se dispensó a sus predecesores. Por otro lado, los anteriores soberanos incas gozaban de enormes riquezas, disponían de decenas de mujeres, eran tratados como auténticos dioses (ya hemos visto el fasto que rodeó a Atahualpa hasta el día de su muerte), pero Manco carece de todas esas cosas. El inca se pregunta qué va a ser él. Y seguramente teme que los españoles le reserven la misma suerte que a Atahualpa. Manco quiere revertir la situación. ¿Y qué hace? Huir de Cuzco.

Los españoles le atrapan, por supuesto: no es fácil huir de Cuzco cuando uno se llama Manco Cápac II y se comporta como soberano del Tahuantinsuyo. Manco no solo se ve atrapado, sino que además se le encierra en su palacio como si fuera un vulgar preso. Aquí la crónica se adorna con las vejaciones que el inca, reducido a cautiverio, hubo de soportar por parte de unos españoles que se veían a sí mismos como verdaderos reyes del país. Es muy verosímil que Manco se sintiera atrocemente maltratado, sí. Pero todo cambia cuando la situación del inca llega a oídos de Hernando Pizarro, que acaba de regresar de España. Hernando es un caballero y tiene ese rígido sentido de la jerarquía social que caracteriza a la pequeña nobleza española; ya lo había demostrado cuando rodeó al preso Atahualpa de una exquisita deferencia. Ahora, enterado de la prisión de Manco y visiblemente contrariado por el poco respeto con que se le ha tratado, corre a ver al inca. El hermano de Pizarro ordena su inmediata liberación. Es febrero de 1536.

La situación de Manco Cápac II mejora ostensiblemente: no puede salir de Cuzco, pero al menos es libre y ha recuperado sus atributos soberanos. En agradecimiento, regala a Hernando Pizarro una espléndida colección de objetos de oro. Más aún: le dice que sabe dónde encontrar la estatua del inca Huayna Cápac, toda ella hecha de oro «hasta las tripas». Sabe dónde encontrarla, sí, pero solo él, Manco Inca, puede llegar hasta ella, pues se encuentra en un lugar sagrado. Dice la tradición cronística que Hernando, desbocado en su ambición, mordió el anzuelo y dejó a Manco salir de Cuzco en busca de la codiciada pieza. Pero Manco no va a buscar estatua alguna, sino que marcha al valle del Yucay, 80 kilómetros al noreste de Cuzco, y se reúne con el sumo sacerdote del Cuzco, el Villac Umu, que secretamente ha reunido un gran ejército para alzarse contra los españoles. Así empezó la rebelión. Era el 18 de abril de 1536.

Es evidente que la crónica, a ojos de un lector contemporáneo, presenta muchas incongruencias. Por ejemplo, no tiene mucho sentido que Manco se sintiera desautorizado por su propio pueblo cuando, al mismo tiempo, sus secuaces estaban alineando un gigantesco ejército. También por

ejemplo, es bastante inverosímil que Hernando Pizarro, por ambicioso que fuera, cometiera el infantil error de dejar partir al inca en solitario, en pos de un incierto tesoro. Asimismo, una interpretación muy extendida dice que la causa de la rebelión fue que los incas se sintieron engañados por los españoles, pues descubrieron que no eran aliados, sino conquistadores que venían para quedarse, y que por eso se levantaron. Pero esto es tanto como decir que los incas, aquella gente que había construido a fuerza de inteligencia y ferocidad el mayor imperio de América, eran unas cándidas ovejitas a las que se podía engañar con cascabeles. ¿Hemos de pensar que la refinada aristocracia de Cuzco, capaz de gobernar con mano de hierro una compleja burocracia y decenas de etnias distintas a lo largo de 2 millones de kilómetros cuadrados, tardó tres años en entender lo que realmente quería Pizarro?

No, los incas eran mucho más listos que todo eso. Esta rebelión de Manco Cápac II hay que leerla como una maniobra política de largo alcance y, muy verosímelmente, tramada con notoria antelación. Es evidente que el partido de Huáscar, diezmado con saña por los atahualpistas durante la guerra civil, llevado al borde de la aniquilación física, vio en la llegada de Pizarro una oportunidad para recuperar posiciones. Agrupados en torno a Manco Cápac II, aprovecharon la alianza con los españoles para eliminar a los restos del ejército de Atahualpa, es decir, a los generales Quizquiz y Rumiñahui, como aquí hemos visto. Tiempo más que suficiente para reorganizarse y recobrar, si no la lealtad, al menos sí la neutralidad de numerosas etnias indígenas que habían dejado de ver en los españoles su salvación. Seguramente con el mismo objetivo contaron a Almagro aquellas historias sobre los tesoros de Chile, tesoros que no existían. Y así, con el enemigo interior exterminado, con la hueste española menguada, sin otro candidato al trono del Tahuantinsuyo y rehechas sus propias filas, los huascaristas de Manco Cápac II se sintieron con fuerzas suficientes para levantarse contra Pizarro y recuperar lo que consideraban suyo. Y, por supuesto, tenían todo el derecho del mundo a hacerlo. Tanto como Pizarro a defender lo que con tamaño tesón había conquistado. Porque la Historia suele regirse por estas leyes tan poco piadosas.

La gran maniobra, y esto sí que parece incuestionable, cogió enteramente por sorpresa a los españoles, cuyas fuerzas eran ínfimas en comparación con lo que los incas podían movilizar. Manco Inca pudo marchar sin contratiempos hasta Calca y, allí, recibir el homenaje de los curacas y generales sublevados. Es fama que el inca, ante sus fieles reunidos, pronunció las siguientes palabras: «Yo estoy determinado a no dejar cristiano en vida en toda la tierra y para eso quiero poner cerco en el Cuzco; quien de vosotros pensara servirme, servirme en esto, ha de poner sobre tal caso la vida; beba por estos vasos y no con otra condición». Los vasos en cuestión contenían chicha, la bebida ritual de los quechuas, que los notables del reino fueron bebiendo de uno en uno. En pocos días Manco se encontró con un enorme ejército a su lado. Nombró jefes de guerra a los nobles Quizu Yupanqui y Paucar Huamán. Y marchó sobre Cuzco.

Hernando Pizarro percibió enseguida lo que estaba pasando, pero calibró mal la magnitud del desafío. Partió con una columna de jinetes hacia el valle del Yucay y allí descubrió la terrible realidad: decenas de miles de guerreros se agrupaban bajo el cetro del inca. Hernando había ido con la intención de atacar y desbaratar cualquier ofensiva enemiga, pero la dimensión del ejército de Manco era simplemente aplastante; más de 100.000 hombres, dicen las fuentes. A duras penas pudo

regresar Hernando a Cuzco para alertar de lo que se les venía encima. El 3 de mayo de 1536, más de 20.000 guerreros sitiaban la vieja capital. En su interior, 190 españoles (entre ellos, Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro), un millar de cañaríes y algunos centenares de nicaraguas, chachapoyas y guatemalas iban a enfrentarse al mayor reto de la conquista del Perú desde la toma de Cajamarca.

Manco Inca ya había visto pelear a los españoles y sabía cómo hacerles frente: ante todo, moviéndose de tal manera que la caballería no pudiera actuar. Así el sitio de Cuzco fue una batalla de grandes masas en líneas cerradas, con muy poco campo abierto. La táctica tuvo éxito: una auténtica avalancha humana cayó sobre la capital y se apoderó de buena parte de ella, obligando a los españoles y sus aliados indios a refugiarse en dos de los edificios de la plaza central. Más aún: después de varios días de combate sin tregua, los incas lograron apoderarse de la fortaleza de Sacsayhuamán, clave para el control de la ciudad. En esa situación, donde ya solo contaba el número, los nuestros estaban perdidos. Viéndose en desventaja táctica, Juan Pizarro urdió una estratagema: fingió una retirada a caballo —de 50 jinetes— para provocar que los incas salieran de sus posiciones y, una vez en descubierto, contraatacó arrasando a los adversarios. La jugada tuvo éxito, pero Juan no lo vería: una piedra le golpeó en la cabeza y le dejó fuera de combate; morirá pocos días después.

El hecho, en todo caso, es que la contraofensiva de Sacsayhuamán permitió a los españoles recuperar la fortaleza, operación que se consumó semanas después mediante un ataque nocturno con escalas. En ese tipo de maniobras la pericia militar española compensaba con creces la inferioridad numérica. Así se llegó a una situación sorprendente: los sitiadores, que alineaban decenas de miles de hombres, se veían acosados por los sitiados. Los Pizarro —Hernando y Gonzalo— pudieron incluso lanzar expediciones a los alrededores en busca de víveres. Viendo que la ciudad era inexpugnable, el general del ejército inca, Paucar Huamán, resolvió dejar parte de su tropa en Cuzco y regresar a Calca en busca de refuerzos. Grave error: con el número de los sitiadores menguado, los españoles recuperaron el conjunto de la muralla cuzqueña; cuando Paucar Huamán volvió con sus refuerzos, solo pudo estrellarse contra los muros de Cuzco.

Mientras Paucar Huamán cercaba Cuzco, el otro general inca, Quizu Yupanqui, hermano de Manco, se lanzaba con un gran ejército contra Lima. Era junio de 1536. Francisco Pizarro, que estaba en la ciudad, acababa de mandar una expedición de socorro a Cuzco; nunca llegó porque las tropas de Quizu la masacraron por el camino. Lo mismo ocurrió con una segunda, una tercera y hasta una cuarta expedición. De esta última lograron sobrevivir dos soldados que retornaron a Lima justo cuando partía una quinta expedición al mando del alcalde de la ciudad, Francisco de Godoy. Fueron esos dos milagrosos supervivientes los que informaron a Pizarro de la ola que se cernía sobre Lima. Quedaban en la ciudad 120 españoles y un par de miles de aliados indios, sobre todo huancas. Enfrente, 40.000 guerreros bajo el mando de Quizu Yupanqui. Pizarro envió una angustiada llamada de socorro al norte, donde estaban las tropas que aseguraban el camino hasta Riobamba y Quito. Por fortuna para el conquistador, Quizu Yupanqui se demoró un par de meses reclutando indios para su hueste; se demoró porque los nativos de la región, enemigos de los incas, aceptaban de muy mala gana combatir bajo sus banderas. Así Pizarro pudo disponer en breve plazo de varias decenas de miles de guerreros huancas y huaylas como refuerzo.

Dicen que cuando Quizu Yupanqui llegó ante Lima, reunió a su hueste y proclamó: «Yo quiero entrar hoy en el pueblo y matar todos los españoles que están en él, y tomaremos sus mujeres con quien nosotros nos casaremos y haremos generación fuerte para la guerra, los que fueren conmigo han de ir con esta condición, que si yo muriese mueran todos y si yo huyese huyan todos». La masa enemiga penetró en la ciudad. Para sorpresa de Quizu Yupanqui, Lima parecía desierta. El hermano del inca entró en la plaza de Armas. Y entonces brotaron por todas partes soldados españoles — caballería, infantería, hasta artillería— que desmantelaron la vanguardia incaica para, acto seguido, dejar paso a la masa de aliados indígenas. El vaticinio de Quizu Yupanqui no se cumplió: según entraba en la escena del combate, una lanza española le perforó el pecho. Hay quien dice que el lancero fue el capitán Luis Ávalos de Ayala y hay quien atribuye la acción al soldado Pedro Martín de Sicilia. Sea como fuere, el hecho es que Quizu Yupanqui cayó a las primeras de cambio y sus tropas salieron huyendo, en particular los huancas, que vivían mejor bajo los españoles que bajo los incas. El ejército que iba a conquistar Lima tuvo que retirarse hacia las sierras. Era agosto de 1536.

En Cuzco la situación se había estabilizado en una penosa serie de escaramuzas en torno a los muros de la ciudad. La victoria de Lima había permitido a Francisco Pizarro enviar a Cuzco un socorro de medio millar de hombres; suficiente para aguantar. Ahora bien, tampoco era una posición fácil. Los españoles no perdían terreno, pero tampoco ganaban nada; el tiempo pasaba, el abastecimiento era un problema y, sobre todo, iba a ser difícil mantener el control sobre el conjunto del territorio si no se demostraba a los nativos quién era el más fuerte. Hernando Pizarro, decidido a romper el nudo gordiano en que se había convertido aquel asedio, resolvió lanzar una ofensiva. Supo que Manco Inca había puesto capital en Ollantaytambo, una vieja y rica ciudad fortificada, y hacía allá partió con un centenar de españoles (70 de a caballo) y cerca de 30.000 aliados indios. Y en mala hora lo hizo, porque Ollantaytambo era simplemente inexpugnable.

Lomas fortificadas, andenes anegados en las faldas, un río desviado de su cauce (el Patacancha) para convertir el terreno en un pantano y, alrededor del campo, 30.000 guerreros incas. Eso es lo que Hernando Pizarro descubrió en Ollantaytambo. Antonio de Herrera, cronista mayor de Indias a principios del siglo xvii, lo describió así: «Llegado pues Hernando al amanecer sobre Tambo halló las cosas muy diferentes de lo que esperaba porque había puestas muchas centinelas en el campo y por los muros, y muchos cuerpos de guardia tocando al arma con gran gritería como los indios suelen (...). Aparecía el inca a caballo entre su gente con su lanza en la mano, teniendo al ejército recogido y arrimado al lugar que estaba muy bien fortificado de muralla y de un río, con buenas trincheras y fuertes terraplenes, a trechos y en buen orden». Tan buen orden, en efecto, que Hernando Pizarro se estrelló contra aquellas defensas. Todas las maniobras de flanqueo fracasaron en un terreno imposible; el barrizal entorpeció extraordinariamente los movimientos de la caballería. Después de un largo día de combate, Hernando comprendió que iba a dejarse allí la vida. Al caer la noche, ordenó retirada para evitar una hecatombe. Era enero de 1537.

Manco Cápac II cometió el error de pensar que aquella retirada era una fuga y enseguida preparó una nueva ofensiva sobre Cuzco. Pero Hernando Pizarro había dejado tras de sí suficientes puestos de observación como para controlar hasta el más mínimo movimiento de su enemigo, de manera que, cuando el ejército incaico se aproximó a la ciudad y acampó para pasar la noche, Manco se encontró

con un ataque por sorpresa que desarboló por entero a su hueste. Fue seguramente allí donde Manco llegó a la conclusión de que su gran plan político, recuperar el trono y echar a los españoles, era inviable. El inca volvía a fallar ante Cuzco después de que sus tropas hubieran sido rechazadas también en Lima. Jauja permanecía en manos españolas, los huancas y otros muchos pueblos seguían manifestándose hostiles hacia el poder incaico y las fuerzas de Pizarro crecían con continuas incorporaciones. En marzo de 1537, Manco Inca ordenaba levantar el sitio de Cuzco.

¿Habían terminado los problemas de Manco? ¿Y los de los hermanos Pizarro? No. Porque he aquí que en aquel mismo momento aparecía Almagro, al que ya hemos visto escribir su propia epopeya con aquella descabellada aventura en Chile. Y Almagro llegaba para reclamar lo suyo, o sea, la gobernación de Cuzco. De entrada, y una vez repuesto de sus quebrantos, marchó en persecución de Manco y le asestó un severo golpe en Vicos, en el camino hacia el norte. Aquella de Vicos fue una batalla mucho más decisiva de lo que la Historia ha reconocido después. Las tropas de Almagro, comandadas por su lugarteniente, Rodrigo Orgóñez, acogotaron literalmente a un enemigo muy superior y le forzaron a huir. El propio Rodrigo llegó personalmente hasta las líneas de Manco y apresó al vilac umu (el sumo sacerdote de Cuzco) y a los principales capitanes del inca rebelde. A Manco no le quedó otra opción que huir hacia la selva. Una victoria inapelable.

Tan decisiva fue la victoria de Vicos que Cuzco quedó abierta para Almagro y los suyos. El trono lo ocuparía ahora Paullu Inca, el mismo que había acompañado a Almagro en la aventura chilena. Pero el verdadero enemigo de Almagro no iba a ser el inca Manco, sino el clan Pizarro. Comenzaba una guerra que iba a teñir de sangre el recién creado Perú español.

Semilla de muerte

Almagro entra en Cuzco y es implacable. Reivindica su dominio sobre la ciudad ante Hernando y Gonzalo Pizarro. Como esos se niegan a aceptar su autoridad, Almagro ordena encarcelarlos: serán su prenda para negociar con Francisco Pizarro. Este, mientras tanto, había enviado una columna para socorrer a sus hermanos frente al cerco de Manco Inca. Eran 500 hombres al mando de Alonso de Alvarado. Almagro salió de Cuzco con otro medio millar de hombres y paró a los pizarristas en Abancay, en el camino de Cuzco a Nazca, a orillas del río Mariño. Alonso de Alvarado le hizo frente, pero he aquí que, en los primeros compases del choque, uno de los capitanes pizarristas se pasó con su tropa al bando de Almagro, desequilibrando el combate de manera decisiva. Por si fuera poco, en ese momento apareció el socio nativo de Almagro, Paullu Inca, con 10.000 guerreros que no llegaron a entrar en combate, pero que fueron suficientes para convencer a Alvarado de que más valía rendirse. Almagro coronó a Paullu como nuevo inca de Cuzco y él se proclamó gobernador de la ciudad.

¿Qué hacer ahora? Almagro tenía dos opciones: encerrarse en Cuzco y esperar, o marchar sobre Lima y forzar a Pizarro a reconocerle sus títulos. Optó por esto último: dejó en Cuzco a Paullu Inca, alineó a la tropa y partió hacia la capital de Pizarro llevando consigo al cautivo Hernando. En la vieja ciudad inca quedaban presos Gonzalo Pizarro y el capitán Alvarado, que, por cierto, tardarían muy poco en escapar. Lo de Almagro no fue una ofensiva militar: se trataba más bien de marcar el territorio. Por el camino inca de Cuzco a Nazca llegó a la costa: quería fundar su propia capital en la mar, como Pizarro había hecho en Lima. Esa nueva ciudad costera será la villa de Almagro, en el valle de Chincha. Corría agosto de 1537.

Ni Almagro ni Pizarro querían llegar a las manos. Los viejos socios de la Compañía del Levante se conocían demasiado bien. Por cierto que en el ínterin llegó al Perú el tercer socio: no el cura Luque, que había muerto en 1533 en Panamá (nunca llegó a hacerse cargo de su diócesis de Tumbes), sino el tercero de verdad, el financiero Gaspar de Espinosa, que había recibido con alarma las noticias del levantamiento de Manco Inca y se presentó en Lima con 250 hombres. Cuando Espinosa arribó a puerto ya había desaparecido la amenaza de Manco sobre Cuzco, pero se abría esta otra querrela, mucho más preocupante para sus propios intereses. Espinosa se puso al lado de Pizarro y se ofreció como mediador. Nunca pudo ejercer de tal: a poco de llegar al Perú enfermó gravemente y murió en aquel mismo año de 1537.

Solo quedaban dos y, en efecto, no iban a llegar a las manos. No, al menos, por el momento. Pizarro desoye a quienes le incitan a aplastar a Almagro. Este, por su parte, desdeña también las recomendaciones de quienes desean ejecutar a Hernando y declarar una guerra sin cuartel. Pizarro envía emisarios y propone un encuentro en Mala, al sur de Lima, para negociar. ¿Qué negocian? El trazado de la línea que marca el territorio de cada cual. El fraile mercedario Francisco de Bobadilla actúa como árbitro. Almagro acepta. Los dos hombres se encuentran en Mala el 13 de noviembre de 1537. La negociación fue un desastre: se arma un jaleo que a punto está de terminar a cuchilladas. Almagro, airado, abandona la reunión. El fraile Bobadilla, escrupuloso, se dedica entonces a calcular con la mayor precisión posible por dónde pasa la línea de marras. Llama a quienes mejor

podían calcular meridianos: los navegantes. Y después de mucho estudio, llega a una conclusión: Cuzco, en efecto, está al norte de la línea que separa Nueva Castilla de Nueva Toledo; por tanto, es territorio de Pizarro, y no de Almagro. El manchego queda obligado a acatar el fallo, abandonar Cuzco y, por supuesto, liberar a Hernando.

Pizarro recapacita: el fallo le beneficia, pero conoce bien a Almagro y sabe que este no se va a dar por vencido. ¿Por qué? Entre otras cosas, porque no se trata solo de Almagro: con el manchego forman centenares de hombres que han quedado fuera del reparto de los grandes botines en Cajamarca y Cuzco, que tienen hambre de gloria y oro, que soñaban con hacerse ricos en la vieja capital incaica, que habían quedado frustrados por la inútil expedición a Chile y que ahora volvían a morder el polvo. Almagro, y Pizarro lo sabe bien, se ha gastado una inmensa fortuna en su expedición chilena y no tiene con qué compensar a sus soldados. Incluso en el caso de que Almagro doblara la cerviz y aceptara su suerte, sus hombres le empujarían a pelear y él no podría negarse. ¿Qué hacer?

Lo que hizo Pizarro fue proponer a su viejo socio un pacto al margen del fallo de Bobadilla: de entrada, una tregua en las hostilidades; acto seguido, se solicitaría al rey Carlos que enviara a una autoridad para tomar una decisión definitiva; mientras tanto, Almagro podría seguir ejerciendo como gobernador del Cuzco. A cambio, solicitaba la liberación de Hernando, al que se comprometía a enviar a España antes de seis semanas. Buena jugada: Almagro no podía más que aceptar.

Ahora bien, Hernando, una vez libre y en las filas de su hermano, no viajó a España. ¿Qué hizo? Formó tropa y salió hacia Cuzco; supuestamente, con la intención de combatir a Manco Cápac, pero, en realidad, con el propósito de recuperar Cuzco. ¿Fue un ardid de Francisco Pizarro, que engañó así a Almagro, o fue cosa del colérico Hernando, dispuesto a vengar su cautiverio? Imposible saberlo. La mayoría de los cronistas imputan la iniciativa a Francisco Pizarro, pero ¿acaso eso no iba a dejarle ante la corona como un verdadero felón? Lo más probable es que Pizarro se viera en una tesitura semejante a la de Almagro: ya no actuaba solo por sí mismo, sino que debía responder ante otros, ante sus propios hombres y, de manera muy particular, ante el propio Hernando, que al fin y al cabo era el único nexo físico entre Lima y la corte de España. El hecho, en cualquier caso, es que ya no había vuelta atrás: empezó la guerra.

Hernando ascendió desde Lima hacia la sierra. Almagro lo supo y se aprestó al combate. El manchego —sesenta y dos años ya— estaba tan enfermo que no pudo dirigir a las tropas; lo hizo en su lugar el fiel Rodrigo Orgóñez, nombrado mariscal para la ocasión. Tampoco Pizarro, al borde ya de los sesenta, estaba en condiciones de dirigir la campaña: sus hermanos Hernando y Gonzalo lo harían por él. Orgóñez era un buen guerrero: viéndose en inferioridad numérica, optó por el recurso táctico de taponar los pasos de Huaytará. Pero Hernando también sabía combatir: leyó el terreno, dio un rodeo y flanqueó al enemigo. Tal vez Orgóñez pudo descubrir entonces algo que iba a ser decisivo: muchos de sus hombres, envueltos en aquella querrela entre gigantes, no tenían nada claro de qué lado estar. Los de Almagro volvieron a toda prisa a Cuzco para defender la capital. Pero Hernando, que conocía bien lo difícil que era tomar la vieja capital incaica —él mismo había resistido entre sus muros—, se tomó su tiempo: se replegó hacia el valle de Ica, reorganizó a su gente, la avitualló a conciencia... y solo cuando estuvo listo, marchó sobre Cuzco.

Fue el 6 de abril de 1538. En las viejas salinas de Cachipampa, pocos kilómetros al sur de

Cuzco. El episodio pasará a la Historia como la batalla de Las Salinas. Con Almagro acudieron 500 hombres, casi la mitad de caballería. Hernando alineaba 700, la mayor parte de infantería. El cauce de un riachuelo sirvió de campo de batalla. Ganaron los pizarristas. Rodrigo Orgóñez murió en combate. Almagro, que asistió al campo en una litera, hundido por la enfermedad, se replegó a Cuzco y se encerró en un torreón del Sacsayhuamán, la fortaleza que protegía su capital. No le sirvió de mucho: los pizarristas llegaron y le tomaron preso. Quien le capturó fue el capitán Alonso de Alvarado: el mismo al que Almagro había derrotado meses atrás en Abancay.

Aquello debería haber sido el final, pero en realidad solo fue el principio de más y mayores desastres. Hernando Pizarro, enloquecido de soberbia, ordenó juzgar a Almagro para que se le condenara a muerte. Nadie en Cuzco quería semejante barbaridad, de manera que al atrabiliario Hernando no se le ocurrió mejor cosa que disponer que se le estrangulara en su celda. Así, viejo y enfermo, ahorcado en una mazmorra, murió Almagro. Acto seguido, Hernando escenificó la decapitación del cadáver en la plaza Central de Cuzco. Era el 8 de julio de 1538. Francisco Pizarro llegó poco después y, según todos los testimonios, lloró de ira al conocer la noticia. Bien sabía que esto no era sino el anuncio de nuevas calamidades.

Los almagristas marcharon a Lima; lo hicieron como pobres de solemnidad, pues en verdad lo habían perdido todo. Entre los vencidos estaba Diego Almagro *el Mozo*, el hijo del manchego y de la india Ana, la panameña; le acompañaba el navarro Juan de Rada, veterano de México y Honduras, de Perú y de Chile, uno de los más viejos compañeros de fatigas del frustrado conquistador. En Lima aguardaron la llegada de un juez que había de venir desde España para poner orden. Pero el juez no llegó.

Hernando Pizarro, mientras tanto, viajaba a España para dar cuentas de lo sucedido. Esperaba poder explicar por qué los españoles se habían hecho la guerra a sí mismos; por qué Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que contaban con capitulaciones firmadas por el propio rey emperador, habían terminado protagonizando un baño de sangre. Lo que no sabía Hernando era que, en España, los amigos de Almagro le acusaban del asesinato del manchego. Hernando Pizarro fue hecho preso y encerrado en el castillo de la Mota, en Medina del Campo. Allí permanecería hasta 1560.

Francisco Pizarro quedaba como dueño y señor del Perú en espera de que llegara el juez español. Cristóbal Vaca de Castro, se llamaba el real funcionario que salió de España en noviembre de 1540 para poner orden en los distintos territorios de Indias. Pero Pizarro no llegaría a conocerlo: el 26 de junio de 1541, un grupo de almagristas dirigido por Juan de Rada penetró en el palacio y mató a estocadas al conquistador. Rada se atribuyó la definitiva cuchillada en el cuello de Pizarro. «El marqués, de haber recibido muchas heridas, sin mostrar flaqueza ni falta de ánimo, cayó muerto en tierra nombrando a Cristo, nuestro Dios (...). Tenía sesenta y tres años y dos meses», consigna Cieza de León. Los almagristas se adueñaron de Lima, pero entonces los pizarristas se levantaron en Cuzco. Vuelta a empezar. La corona tardaría años en pacificar el paisaje.

Con el Perú manga por hombro, un viejo conocido de nuestro relato volvió a asomar la cabeza: Manco Cápac II, el inca rebelde, que vio la ocasión de cobrarse sus personales venganzas sobre los nativos huancas y, de paso, sobre Paullu Inca, el soberano proespañol de Cuzco. Manco arrasó cuanto pudo a su paso. En un choque con una fuerza cuzqueña hizo decapitar a dos de sus

hermanastros, Inguill y Huaspar. Derrotado en Vilcabamba, retornó a las selvas. Manco moriría de una manera singular: siete españoles se presentaron en su campamento diciendo que eran almagristas en fuga y solicitando ponerse bajo su protección; a cambio, enseñarían a los incas los secretos del arte militar. El gobernador de Cuzco se enteró del caso y ofreció a los almagristas un trato: les perdonaría todos sus delitos si mataban a Manco. Así lo hicieron: Manco fue asesinado en algún momento del año 1544. Pero los ejecutores no pudieron escapar: capturados por indios antis (los del antisuyo), los siete fueron torturados, quemados vivos y finalmente decapitados.

La resistencia de los incas de Vilcabamba aún se prolongaría por espacio de treinta años. Pero, para entonces, el Perú había ardido varias veces, y no por las guerras con los incas, sino por las querellas internas de los españoles, que llegaron a ser verdaderamente cruentas. La razón: la aplicación de las Leyes Nuevas, una legislación de protección de los indios que iba a modificar en profundidad el paisaje de las Indias. Tan importante es el episodio que merece la pena hacer un alto en el camino y examinarlo detenidamente: la revolución de las Leyes Nuevas.

13. LEYES NUEVAS, PASIONES VIEJAS

La revolución de las Leyes Nuevas

Si la construcción del imperio español tiene un rasgo distintivo, ese es la continua preocupación moral. Ningún otro imperio anterior presenta esta característica; en muy pocos la veremos después. La «leyenda negra» antiespañola nos ha acostumbrado a la idea de un poder salvaje y fanático que se impone cruelmente sobre los vencidos en una orgía de violencia y oro donde la religión solo es la hipócrita cobertura de la maldad. Es una imagen completamente falsa. La realidad incluso es más bien la contraria. Por supuesto que en la conquista de América, como en todas las conquistas que en el mundo han sido —y serán—, comparecen la violencia, la avaricia, la crueldad, etc. Sobradamente lo hemos visto en las páginas precedentes. Pero lo que distingue a la cruzada del océano es que continuamente, a cada paso, hay una reacción moral que pone en cuestión la victoria, que obliga a reflexionar sobre el derecho al dominio, que exige la aplicación de reglas que humanicen —o, más precisamente, que cristianicen— la conquista. Esto hay que subrayarlo porque, sin este elemento, no se entiende la construcción de las Indias españolas. Y desde luego, no se entiende nada de lo que pasó en Perú a partir de 1542.

¿Qué pasó en 1542? Que la corona hizo aprobar unas Leyes Nuevas que venían a limitar muy ostensiblemente el poder de los conquistadores sobre las poblaciones sometidas. Esto no era nuevo. El proceso es continuo y ya lo hemos visto en estas páginas: el testamento de Isabel la Católica en 1504, que prohibió esclavizar a los indígenas; la rebelión de los frailes de La Española, que obligó a revisar los principios morales de la conquista; las leyes de Burgos de 1512, donde por primera vez una potencia vencedora reconoció derechos naturales a los vencidos... El problema es que toda la legislación emanada a partir de estos hitos chocaba con la práctica sobre el terreno, que tendía a ser como cualquier otra conquista de la época. Así, por ejemplo, había quien encontraba mil subterfugios para burlar la proscripción de la esclavitud. Por más que las capitulaciones que la corona firmaba con los conquistadores contemplaran obligatoriamente el respeto a la legislación, todas las leyes de protección de los indios habrían podido quedar en agua de borrajas, subordinadas al albedrío del conquistador. Ahora bien, en las Indias no había solo conquistadores, sino también hombres de Iglesia que con frecuencia ostentaban, además, el cargo oficial de protector de indios. Y serán los religiosos los que empujen para endurecer las leyes y sancionar al que se las salte. Eso fueron las Leyes Nuevas.

Normalmente se atribuye el impulso de estas leyes a fray Bartolomé de las Casas, que, en efecto, denunció de manera incesante la explotación de los indios y acusó sin tregua —hoy sabemos que no siempre con veracidad— a los responsables de los abusos. Es verdad que la corona siempre escuchó a Las Casas, pero el verdadero inspirador doctrinal de la nueva legislación no fue él, sino otro dominico: el gran Francisco de Vitoria, eminencia intelectual de su tiempo, que en 1539 publicó dos *relectiones* sobre la cuestión de las Indias. La reflexión de Vitoria se centra en los «justos títulos» de la conquista. Apoyándose en Aristóteles y en Santo Tomás de Aquino, formula una serie de

principios que actúan como requisitos inexcusables para evaluar la justicia de la empresa. No basta con llevar una autorización papal para evangelizar a los nativos. Además hay que entender que los hombres no nacen esclavos, sino libres. Que, por derecho natural, nadie es superior a los otros. Que no se puede dar muerte a una persona que no ha sido juzgada y condenada. Que toda nación tiene derecho a gobernarse a sí misma y puede aceptar el régimen político que quiera, aun cuando no sea el mejor. Que todo el poder del rey viene de la comunidad, porque esta es libre desde el principio. Que ninguna guerra es justa si causa más mal que bien y si no es útil para la nación, por más títulos y razones que haya para una guerra justa. Y si no se respetan estos «títulos», entonces la conquista no es justa. Vitoria, en definitiva, estaba diciéndole a la corona española que su gran imperio americano era esencialmente injusto. Unos pocos años antes, en Inglaterra, se había decapitado a Tomás Moro por decirle a Enrique VIII que lo que estaba haciendo no era justo. Pero la España de Carlos I era otra cosa.

A partir de aquí, todo el empeño de la corona fue readecuar la legislación de Indias para que se amoldara lo más posible a los «justos títulos» enunciados por Vitoria. De ahí proceden en realidad las Leyes Nuevas. Se llamaron oficialmente «Leyes y ordenanzas nuevamente hechas por Su Majestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios». Se promulgaron en Barcelona el 20 de noviembre de 1542. Constaban de 40 capítulos y su contenido se ha definido como una Constitución política de las Indias, fórmula que, viendo su letra, no parece exagerada. Dice el capítulo 7: «Nuestro principal intento y voluntad siempre ha sido y es de la conservación y agmento de los indios y que sean instruidos y enseñados en las cosas de nuestra sancta Fée cathólica y bien tratados como personas libres y vasallos nuestros, como lo son». Y prescribe el capítulo 21: «Ordenamos y mandamos que de aquí adelante por ninguna causa de guerra ni otra alguna, aunque sea so titulo de reveli3n ni por rescate ni de otra manera, no se pueda hazer esclavo indio alguno, y queremos sean tratados como vasallos nuestros de la corona de Castilla, pues lo son».

Una vez más, el contenido de este nuevo cuerpo legal era revolucionario para la época. En materia de esclavitud, por ejemplo, las Leyes Nuevas prescribían que no hubiera causa ni motivo alguno para hacer esclavos, ni por guerra, ni por rebeldía, ni por rescate ni de ninguna otra manera. Más todavía, ordenaba que los esclavos existentes fueran puestos en libertad si no se mostraba el pleno derecho jurídico a mantenerlos en ese estado, e imponía a las audiencias —los 3rganos judiciales— muy severos requisitos para acreditarlo. Las Leyes Nuevas prohibían también, entre otras cosas, que se utilizara a los indios como porteadores («tamemes», se los llamaba) si no era por su propia voluntad y con la debida retribuci3n.

Estas normas sobre esclavitud y trabajo forzado ya de por sí lesionaban seriamente a los encomenderos, pero lo peor era que la propia instituci3n de la encomienda quedaba condenada a muerte. Las Leyes Nuevas ordenaban que los oficiales reales —virrey incluido— no tuvieran derecho a poseer encomiendas de indios, y la prohibici3n se extendía a las 3rdenes religiosas. Pero, además, ańadían que los repartimientos de indios otorgados a los primeros conquistadores debían extinguirse cuando los propietarios murieran y que los indios quedaran bajo protecci3n de la corona, prohibiendo expresamente que las encomiendas pasaran de padres a hijos.

La cuestión de la esclavitud, realmente, no era problemática para los colonos de las Indias: todos sabían desde mucho tiempo atrás que la esclavitud de los indígenas solo estaba permitida en casos muy limitados, casos que poco a poco se fueron haciendo marginales, hasta el punto de que las denuncias por esclavitud ilegal serán cosa común (lo cual demuestra que seguía habiendo esclavistas, pero también que su persecución era permanente). Por otro lado, la importación de esclavos negros africanos —ya hemos visto páginas atrás en qué condiciones— suplía esta limitación. Ahora bien, la supresión de las encomiendas era una auténtica calamidad para los colonos; un duro golpe que la inmensa mayoría tomó como injustificada agresión no solo a sus intereses, sino también a sus méritos. Porque aquellas encomiendas eran su vida. Su reacción, en consecuencia, será frecuentemente violenta.

Las Leyes Nuevas, en efecto, serán muy bien acogidas por fray Bartolomé y por la mayoría de los religiosos, pero tendrán un efecto explosivo entre los colonos de las Indias. Porque no era solo papel: se iban a aplicar, y de inmediato. Las Indias están muy lejos, pero en Nueva España ya hay un virrey que es brazo de la corona, y en cuanto al Perú... en el Perú iba a haber un virrey desde este preciso instante, porque al mismo tiempo que se aprueban las Leyes Nuevas se crean el virreinato y la Audiencia de Lima. La cosa iba en serio y todo el mundo lo percibió enseguida. Desde que llega a América la primera noticia de esta nueva legislación, el ambiente se torna tempestuoso. Y los trastornos que enseguida vendrán iban a tener el efecto de un ciclón.

Con ojos del siglo xxi es fácil simpatizar con las Leyes Nuevas, porque venían a humanizar la conquista, pero conviene ponerse en el lugar de los encomenderos para entender exactamente lo que ocurrió. La encomienda no era solo una institución económica, una forma de organizar la producción. La encomienda era mucho más que eso. Era una institución política, porque organizaba el territorio. Era una institución social, porque trazaba el mapa de jerarquías y obediencias. Era una institución religiosa, porque, al menos en su concepción original, el encomendero estaba obligado a evangelizar a los indios. La encomienda, es decir, una tierra en propiedad con indios para trabajarla, era la recompensa del conquistador. Esa gente, muchas veces de origen muy humilde, había cruzado el mar, se había endeudado hasta las pestañas para pagarse el equipo (armas, caballos, etc.), había visto caer a la mitad de sus compañeros, había superado penalidades sin cuento, había peleado con auténticas muchedumbres de enemigos, había vencido y, por consiguiente, lo justo era que a cambio obtuviera un premio. Ese premio no era solo económico —la tierra conquistada y sus frutos—, sino también social: ser propietario de una hacienda que trabajaran otros —porque el señor no trabaja con sus manos— y que además pudiera ser legada a la descendencia, de manera que uno se convirtiera en fundador de un linaje señorial.

Todo eso significaba la encomienda, ya se tratara de un campo de maíz o de una mina de plata: era el símbolo del ascenso social, la materialización de la fama y la gloria. Si eso ahora se suprimía, si la encomienda desaparecía a la muerte del propietario, si se cegaba la única fuente de ingresos para pagar las deudas contraídas, si la recompensa obtenida no se podía legar a los herederos... entonces, ¿para qué tanto esfuerzo? ¿No era como si el rey escupiera sobre la sangre derramada... en nombre del rey?

Mendoza se abstiene

Los primeros que experimentaron los sinsabores de la nueva legislación fueron los que tenían que aplicarla. En el caso de Nueva España, el virrey Mendoza. Porque una cosa era velar por la supresión de la esclavitud, y otra muy distinta explicar a los españoles del lugar que todo lo que habían conseguido iba a desaparecer con ellos.

Cuando el texto llegó a Nueva España ya era marzo de 1543. El Cabildo de México no se calló y elevó una queja formal. Ya hemos visto la importancia que tenían los cabildos en la organización política española tradicional: instancia democrática por antonomasia, en la conquista de las Indias los cabildos habían actuado muchas veces como poder legítimo en ausencia de autoridad superior, como atestiguan los ejemplos de Núñez de Balboa y de Hernán Cortés. Que el Cabildo de México protestara por la aplicación de las Leyes Nuevas significaba que los colonos de Nueva España — todos a una— se manifestaban contra la ley. El virrey, precisamente por ser representación personal del rey en el territorio, no podía ignorar la voz del pueblo. Para colmo, el propio obispo Zumárraga, a pesar de que los religiosos en general habían acogido bien las leyes, se manifestó comprensivo con los disconformes. ¿Por qué? Porque las Leyes Nuevas, aunque fundadas en razón, podían crear más problemas que otra cosa, especialmente en aquellos casos en los que privaba a los colonos de su sustento. Todo eso por no hablar de las encomiendas de las propias órdenes religiosas, que habían servido para acoger a numerosos nativos cuyos pueblos habían desaparecido. Y Zumárraga, esta vez, fue más práctico que dogmático.

Mendoza hizo lo castizo: «Se acata pero no se cumple». Acató las Leyes Nuevas, en efecto, pero, amparándose en la decisión del cabildo, decidió suspender su aplicación. Consultó a la corona sobre la posición del cabildo y esperó respuesta. Mientras tanto, sí dictó medidas que acentuaban la protección de los indios, pero no ejecutó la suspensión de las encomiendas. En octubre de 1545, viendo que la respuesta de España no llegaba, derogó por su cuenta y riesgo las Leyes Nuevas. Fray Bartolomé de las Casas, cuando se enteró, montó en cólera y excomulgó al virrey. Mendoza se vio denunciado ante el Consejo de Indias, que incluso envió a uno de sus miembros, el canónigo sevillano Francisco Tello de Sandoval, en calidad de «visitador», es decir, para abrirle un expediente. El padre Tello fue riguroso: nada menos que 46 cargos formuló contra Mendoza.

No obstante, el Consejo de Indias exoneraría al virrey de cualquier culpa. Las razones de Mendoza eran poderosas. El linajudo caballero se había visto obligado a lidiar con una rebelión de esclavos negros en 1537, una revuelta indígena en Nueva Galicia (la «guerra del Mixtón») y una guerra en toda regla con los mayas del Yucatán. No era sensato cortar en seco las expectativas de unos soldados-colonos a los que la corona seguía necesitando para asentar sus posesiones en la Nueva España. ¿Qué se pretendía? ¿Sumar a todo eso una sublevación de colonos? Tal vez alguien en el Consejo de Indias pensó que, después de todo, la renuente actitud de Mendoza había evitado que en México pasara lo que estaba pasando en Perú. ¿Y qué estaba pasando en Perú? Un auténtico baño de sangre.

La revuelta de los encomenderos

Perú no era México, en efecto. La caída del imperio azteca databa de más de veinte años; la del imperio inca, de apenas diez. En México y en Panamá, mal que bien, España había asentado una estructura política; en el Perú, por el contrario, aún ardían los rescoldos de la guerra entre conquistadores. En México, por las particularidades de la empresa de Cortés, la corona había podido intervenir de inmediato imponiendo a sus funcionarios en el territorio conquistado. Pero en Perú, donde Pizarro se cuidó de hacer su conquista con todos los papeles en regla, no existía otra autoridad que el propio Pizarro, y su asesinato en 1541 había creado un pavoroso vacío de poder. Nueva España, en fin, había entrado en la vida política española con completa regularidad y eran permanentes los contactos con la península, pero Perú seguía estando muy lejos. Por todas estas razones, la promulgación de las Leyes Nuevas, que en México pudo gestionarse por vías más o menos pacíficas, en Lima y Cuzco levantó una ola de violencia. Máxime cuando aquellas leyes traían en la mochila una novedad trascendental: la creación del virreinato del Perú y el nombramiento como primer virrey de un hombre completamente ajeno a la empresa del Tahuantinsuyo.

En Perú, recordemos, no había autoridad política propiamente dicha desde el asesinato de Pizarro a manos de la gente de Diego Almagro el Mozo. Varios años antes, los conquistadores del Perú habían pedido a España un juez para que dictara veredicto en el pleito que oponía a Pizarro y Almagro. Antes de que se nombrara a tal juez, la guerra estalló y Almagro terminó ejecutado. Era 1538. Finalmente el Consejo de Indias designó a un juez en calidad de «pesquisidor»: Cristóbal Vaca de Castro, con competencias además en otros contenciosos en Panamá y Quito. Para cuando este fue a zarpar —noviembre de 1540—, la situación en el Perú ya se había hecho explosiva. Después de un viaje accidentadísimo llegó a Popayán, y allí se enteró del asesinato de Francisco Pizarro. ¿Qué vino después? Una especie de anarquía delincuencial en la que la gente de Almagro el Mozo hizo y deshizo mientras cada cual guardaba su hacienda —su encomienda— como mejor podía.

Para cuando Vaca de Castro quiso estar en Lima, ya corría agosto de 1542. Constató que el dueño del Perú era el hijo mestizo de Almagro. Constató también que era un dueño relativo, porque otros caudillos habían levantado bandera contra él. Vaca de Castro se encontró con algo que no esperaba: tenía que hacer la guerra. Hombre de recursos, desplegó una sinuosa estrategia que consistió en reunir a los pizarristas mientras, a la vez, tentaba a los almagristas con ofertas de negociación. La cosa terminó en una sangrienta batalla, la de Chupas, donde cayeron más de 500 españoles; más que en ningún choque contra los nativos. Era septiembre de 1542. Entre los muertos se contaba Pedro de Candia, aquel griego de los Trece de la Fama; Pedro servía la artillería del Mozo, y este, al ver que fallaba demasiado, sospechó y resolvió matar al de Candia de un lanzazo. Diego Almagro el Mozo fue capturado, juzgado y ejecutado. El hijo mestizo del conquistador acababa de cumplir veinte años.

La batalla de Chupas fue tan sangrienta porque Vaca de Castro, como militar, era una nulidad, pero hay que reconocer que como administrador supo hacer su trabajo: revisó los repartimientos de indios otorgados por Pizarro, obligó a los encomenderos a contraer matrimonio legítimo (una imposición de la corona para evitar los amancebamientos masivos), se preocupó por aplicar las normas contra el traslado de indios y el trabajo forzado en las minas, suprimió algunos impuestos

ilegales, mejoró las calzadas incaicas hacia el norte y hacia el sur, organizó la expansión de las misiones, expulsó a los «clérigos licenciosos», etc. Parece que, por el camino, aprovechó para hacerse una pequeña fortuna. Pero en eso —finales de 1542— llegó la noticia de que en España se habían aprobado unas Leyes Nuevas. Y con las leyes venía la creación del virreinato del Perú. Y con el virreinato, un virrey: Blasco Núñez de Vela, nombrado en la primavera de 1543. Para Cristóbal Vaca de Castro sonaba el momento de partir. Y seguramente lo hizo con alivio, porque aplicar las Leyes Nuevas no era plato de gusto para nadie, y menos en el Perú.

Si el hombre elegido para ser virrey de Nueva España —Antonio de Mendoza— era un primer espada, el nuevo virrey del Perú no le iba a la zaga. Hijo del antiquísimo linaje alavés de los Vela, este Blasco Núñez, que rondaba ya los cincuenta años, era un veterano curtido en tareas que exigían energía y valor. Se inició como corregidor en Málaga y Cuenca, y enseguida fue jefe de hueste en Orán (con la guerra berberisca siempre presente), veedor general de galeras y tropas de Castilla (y había tropas combatiendo en todas partes), inspector general de la frontera de Navarra (frente perpetuo del conflicto político-militar con Francia)... Pasó los años siguientes dando caza a los barcos piratas en el Atlántico. Fue nombrado capitán general de la Armada. Durante mucho tiempo aseguró la ruta entre España y las Indias. Pronto se hizo preciso proteger con escolta armada a los barcos que iban y venían de las Indias. Blasco Núñez mandará un convoy de ese género.

Alguien en el Consejo de Indias debió de pensar que hacía falta un hombre como este, hecho a mandar galeras, para domesticar a los levantiscos conquistadores del Perú. Bien es cierto que, al parecer, el cargo se ofreció antes a otras personas que, amablemente, declinaron la propuesta. En todo caso, se requería un carácter muy particular para afrontar la tarea. Hay que ponerse en el contexto: el Perú era un depósito de hombres que llevaban veinte años peleando contra los incas y entre sí. Hacerse cargo del gobierno en un sitio de este corte no era como presidir una asamblea de vecinos. ¿Nos podemos hacer una idea del ambiente? El Inca Garcilaso, el gran escritor mestizo, puede ayudarnos. En su *Historia general del Perú* cita a cierta dama casadera que le hace una descripción de los conquistadores reunidos en Guatemala. Y la dama los pintaba así: «Dóilos al diablo. Parecen salidos del infierno, tan estropeados están; unos cojos, otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con medias caras, y el mejor librado tiene la cara cruzada una y dos y hasta más veces».

Una auténtica asamblea de tipos duros. Pero «para duro, yo», debió de pensar Blasco Núñez de Vela, que, efectivamente, traía una temible fama como severísimo capitán de galeras. El nuevo virrey se dirigió a Lima. Por el camino —un largo trayecto desde Panamá— fue dando muestras de lo que traía: por todas partes abolió encomiendas y liberó indios, con la consiguiente consternación de los lugareños. Lo hizo por las bravas, manu militari, lo cual le granjeó la inmediata animadversión de los colonos. Y Perú, ya se ha dicho, no era México. Aquí a la gente aún le gustaba jugar lo más fuerte posible.

El 15 de mayo de 1544 entra el virrey en la capital del Perú, rodeado por el boato apropiado para su condición. Es obsequiosamente recibido por los más conspicuos vecinos. Al día siguiente pregona su intención de aplicar de inmediato las Leyes Nuevas. Un hombre más astuto habría percibido sin duda la densa bruma de rumores y asechanzas que envolvió Lima a partir de ese día —

incluso le bisbisearon que Vaca de Castro le quería traicionar—, pero entre las virtudes de Blasco, que eran muchas, no se contaban ni la astucia ni la clarividencia. Tampoco la templanza. Una noche, el virrey se detiene en su camino y entra a cenar en una casa de postín. Según entra en el salón, descubre una pintada en la pared. La pintada decía así: «A quien viniere a echarme de mi casa y hacienda, procuraré yo echarle del mundo». El dueño de la casa se llamaba Antonio del Solar. El virrey no parará hasta encarcelarlo. Incluso le quiso dar garrote, y lo habría hecho de no ser por las súplicas del recién nombrado obispo de Lima, Jerónimo de Loayza.

Ante la determinación del virrey Núñez de Vela, los encomenderos se organizaron. Lo hicieron en torno a la persona que más prestigio tenía entre ellos: Gonzalo Pizarro, el único hermano del conquistador que quedaba en el Perú, afincado en una rica encomienda en Charcas. Él, en nombre de todos, protestaría por las Leyes Nuevas. En Cuzco se nombró a Gonzalo procurador general ante el rey. No tenía más títulos que esos. Era Fuenteovejuna, pero sin alcalde. Ahora bien, el acuerdo entre los encomenderos era tan amplio que no necesitaba más avales. Gonzalo, desafiante, proclama que no reconoce al virrey y, en nombre del rey, eso sí, marcha hacia Lima.

La disidencia llegó a todas partes. Incluso a funcionarios reales que, en principio, deberían haber estado al lado de Blasco Núñez. Uno de esos funcionarios era el factor Illán Suárez de Carbajal. Illán, que había sido uno de los hombres de confianza del viejo Pizarro, no se ha pasado a los gonzalistas, pero tiene en Perú familiares que van a verse muy seriamente afectados por la aplicación de las Leyes Nuevas y les recomienda venderlo todo y marcharse. El virrey se entera de estos mensajes y echa los pies por alto: considera a Suárez un traidor; le acusa de estar provocando que los encomenderos se pasen al bando de Gonzalo. Fuera de sí, Blasco Núñez acude a ver a Illán, le acusa de traición, pierde los estribos, esgrime su daga y le apuñala hasta matarlo. Es el 13 de septiembre de 1544.

El asesinato de Illán Suárez precipitó las cosas. El bando de Gonzalo Pizarro recibió numerosas adhesiones. El virrey se quedaba solo. Más todavía cuando los oidores de la audiencia, amedrentados por la situación, resolvieron procesar al propio virrey. Blasco Núñez de Vela se vio juzgado, apresado y, finalmente, sacado de Lima por una portezuela y embarcado hacia Panamá. Gonzalo Pizarro entraba triunfal en Lima en el mes de octubre, al frente de una hueste de 1.200 soldados y con las banderas reales de Castilla ondeando al viento. La audiencia le acogió como gobernador del Perú, lo cual era tanto como manifestarse en abierta rebeldía hacia la corona. ¿O no? En todo caso, a los oidores les daban más miedo los colonos de Gonzalo que las iras del lejano Consejo de Indias.

Blasco Núñez de Vela no se resignó. Logró que el capitán que mandaba su barco alterara el rumbo. El oidor encargado de su custodia, un tal Juan Álvarez, también se sumó a su causa. Así el virrey, en vez de navegar hasta Panamá, desembarcó en Tumbes, marchó hacia Quito y allí organizó un ejército para recuperar su virreinato. Blasco Núñez se sabía en inferioridad. Podía convencer a los capitanes del norte, como Belalcázar, de la justicia de su causa, pero la gran mayoría de los encomenderos estaba en el sur. El virrey se acantonó en Popayán a la espera de recibir refuerzos; llegaron, pero en muy poca cantidad. Gonzalo Pizarro se enteró y se puso camino al norte. Trató de entablar combate, pero esta campaña fue más bien una sucesión de marchas y contramarchas. Hasta

que un día, entrado ya enero de 1546, Gonzalo se las arregló para sacar al virrey de Quito. Y ese día todo terminó.

Fue en el campo de Ñaquito (o Añaquito), al norte de Quito. El virrey había conseguido alinear 400 hombres. Los de Gonzalo Pizarro les doblaban en número. El propio Blasco Núñez de Vela, cincuenta y un años, combatió durante horas al frente de su caballería hasta que recibió un hachazo en la cabeza. Cuando los gonzalistas vieron quién era el caído, llamaron a Benito Suárez de Carbajal, el hermano del asesinado Illán. Benito ordenó a un esclavo suyo que decapitara al virrey. La cabeza de Blasco Núñez de Vela fue arrastrada hasta Quito y puesta en la picota.

Gonzalo Pizarro se enteró de la suerte del virrey y se estremeció. Hasta el momento había conseguido que su sublevación tuviera cierta cobertura legal: se había levantado contra el virrey, sí, pero lo había hecho en nombre del rey, con sus banderas y bajo nombramiento popular como procurador, ratificado luego como gobernador por la audiencia. Todo en regla, pues, dentro de lo que cabe. Pero ahora su gente había asesinado al virrey y arrastrado cruelmente su cabeza. Esa humillación era una declaración de guerra a la propia corona. Gonzalo ordenó juntar cabeza y cuerpo, officiar un solemne funeral y enterrar al virrey como Dios manda. Pero sin duda, en el último responso, fue perfectamente consciente de que su suerte estaba echada. Hizo lo único que podía hacer: enviar al obispo Jerónimo de Loayza a España para tratar de justificar lo que había sucedido. Pero el buen obispo no ignoraba que era injustificable.

Seguramente lo que ni Loayza ni Gonzalo sabían era que la corona, por la presión del virrey Mendoza y la Audiencia de México, había decidido rectificar las Leyes Nuevas: el capítulo que prohibía la herencia de las encomiendas quedaba suprimido y, en su lugar, se permitiría legarlas «por dos vidas», es decir, la del propietario y su heredero. Y ellos habían matado a un virrey.

Llega el Pacificador

La noticia de la sublevación del Perú y de la muerte de Blasco Núñez de Vela impresionó profundamente al emperador. Blasco era un devoto súbdito de Su Majestad; el rey Carlos colmará a sus hijos de honores para tratar de compensar la tragedia. Pero, indemnizaciones al margen, la revuelta encomendera ponía a la corona en un verdadero aprieto. Ciertamente, no podía tolerar la sublevación; de ninguna manera se iba a reconocer a Gonzalo Pizarro como gobernador, por mucho que la Audiencia de Lima le hubiera investido. Había que mandar a alguien que sofocara la revuelta y pusiera orden. Pero ¿quién? ¿Un almirante, un cortesano, un letrado? En el Perú habían fracasado sucesivamente un letrado, Vaca de Castro, y un militar, Núñez de Vela. ¿A quién encargar ahora la tarea? El elegido será un sacerdote: Pedro de la Gasca. Cierto que aquel sacerdote era además un letrado con experiencia militar.

«Era muy pequeño de cuerpo, con extraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquier hombre alto y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo parecía aún más pequeño de lo que era porque todo era piernas; de rostro era muy feo». Así describe a La Gasca el Inca Garcilaso, que le conoció. Pero el propio mestizo añade: «Pero lo que la naturaleza le negó de los dotes del cuerpo se los dobló en los del ánimo». Porque, en efecto, el rasgo distintivo de La Gasca es una rara combinación de inteligencia natural, sentido común, habilidad y determinación. Y en grado sumo.

Nuestro hombre, La Gasca, había nacido en 1493 en una familia hidalga de Navarregadilla, una aldea de Ávila a dos pasos de Gredos. Como desde niño apuntaba una inteligencia despejada, se le permitió estudiar bajo la protección de un tío suyo, el licenciado Del Barco. La carrera académica de La Gasca es brillantísima. Empezó en la Universidad de Salamanca. Tanto destacaba que fue presentado al cardenal Cisneros, el gran cazatalentos de la época. Por recomendación de Cisneros continuó estudios en Alcalá de Henares: maestro en artes y licenciado en teología. Cuando llegó la Guerra de las Comunidades en Castilla —las sublevaciones contra Carlos I—, La Gasca abrazó el partido del rey y combatió bajo sus banderas. Fue solo un paréntesis porque enseguida volvió a Salamanca para cursar derecho civil y canónico. Obtuvo el grado correspondiente a ambas materias y se le becó para estudiar en el Colegio Mayor de San Bartolomé, el lugar donde se formaba la elite política de aquella España. Allí se licenció en cánones. Después se ordenó sacerdote. De entrada le nombraron canónigo de la catedral de Salamanca y juez vicario. Un fuera de serie.

Si la España de aquella época pudo dominar el mundo fue, entre otras cosas, porque la gente con talento tenía posibilidades de subir muy alto. Los méritos de La Gasca enseguida llegaron a oídos del hombre fuerte del gobierno, el cardenal Juan Tavera, que decidió fichar a nuestro personaje. En 1537 ya era juez vicario en Alcalá de Henares y desempeñaba funciones judiciales en Toledo. Estamos hablando de los grandes centros de la vida política y cultural española. En 1540 se le designó como «oidor» en el Consejo de la Suprema Inquisición. La Gasca tenía cuarenta y siete años y ya estaba en la cúspide de la estructura política y jurídica de la corona. Poco tardaría el emperador en encomendarle asuntos de importancia decisiva.

La primera misión propiamente política de La Gasca le llevó a Valencia. Trasfondo: la amenaza

de los piratas berberiscos, que asolaban el litoral levantino en connivencia, al parecer, con las comunidades moriscas que aún vivían en esa región. No fue una visita de cortesía: tres años estuvo La Gasca en Valencia y las Baleares en funciones de inspección general. Y allí hizo de todo: predicar entre los moriscos —y, a la vez, dictar normas para su estrecha vigilancia—, estudiar la fortificación de las costas, revisar las cuentas de los oficiales de la Hacienda Pública, supervisar la administración de justicia... un curso intensivo de ciencia política práctica. Salió de allí en 1545 sabiéndolo todo sobre el arte de gobernar.

Cuando llegaron a España las noticias sobre la insurrección de los encomenderos en el Perú, La Gasca acababa de cubrir con buena nota su examen valenciano. El emperador decidió que para solucionar el problema del Perú le hacía falta alguien con especiales talentos: no un militar, porque corría el riesgo de provocar a los insurrectos, sino un enviado de la corona que acudiera con la ley en la mano, que supiera negociar con tipos difíciles y que, además, estuviera en condiciones de poner orden donde solo había caos. Era el perfil de La Gasca. El 16 de febrero de 1546 nuestro hombre fue designado por vía de urgencia presidente de la Real Audiencia de Lima con atribuciones que le equiparaban a un virrey. En mayo zarpaba de Sanlúcar de Barrameda rumbo a las Indias. A bordo viajaba también de vuelta al Perú el obispo Loayza, aquel a quien Gonzalo Pizarro había encargado la defensa de su causa y que ahora iba a ser el primer defensor de... La Gasca.

El Pacificador, que tal fue su título, desembarcó en Panamá en julio de 1546. Tal vez alguien esperase ver a un potentado en la cumbre de su magnificencia, pero lo que bajó de aquel barco fue un hombrecillo vestido de oscuro y con un libro en las manos: su breviario litúrgico, del que no se separaba jamás. Tampoco traía armas ni soldados; solo secretarios y papeles. Fue ese hombrecillo el que, una vez instalado en tierra, pidió ver al general Pedro de Hinojosa, un curtido veterano de la conquista del Perú que capitaneaba a los partidarios de Pizarro. La Gasca logró que Hinojosa, tipo de terrible carácter, pero hombre de honor, entendiera el asunto: lo que estaba en juego ya no era la fidelidad a unos o a otros en las querellas de Indias, sino el cumplimiento de la ley y, por tanto, la fidelidad al emperador. ¿El problema eran las Leyes Nuevas? Bien: el emperador había rectificado su contenido y él, La Gasca, tenía autoridad para aplicarlas de manera que causaran el menor daño posible. Pero lo que no podía admitirse era una sublevación contra el rey. Hinojosa, como el obispo Loayza, abandonó también el partido pizarrista y se sumó a la hueste del Pacificador.

Después vino la gran travesía hacia el sur: por mar hasta Quito, venciendo la dura corriente del Perú, y desde ahí, por tierra, hasta Jauja a través de los Andes. La Gasca ya estaba en el corazón de la revuelta. Instalado en Andahuaylas, emprendió una metódica labor de persuasión: convocó a los más conspicuos insurrectos, les expuso la situación, les anunció el nuevo contenido de las Leyes Nuevas, les hizo ver que se hallaban incurso en delito de rebelión y les conminó a deponer su actitud, ofreciendo a cambio el perdón de sus delitos e incluso nuevas encomiendas en un Perú pacificado. Algo tenía aquel hombre, armado con su breviario, que conseguía imponer respeto a unos duros aventureros acostumbrados a no doblegarse jamás. Sin embargo, el líder de la revuelta, Gonzalo Pizarro, no se avino a razones. Seguramente porque ya no podía. Y entonces La Gasca echó mano de otros recursos.

A principios de 1548, cuando La Gasca llevaba ya año y medio en las Indias, nadie ignoraba

quién era el hombre fuerte en las Indias: él. Metódico, nuestro personaje se dedicó a acumular un importante ejército al tiempo que formulaba reiteradas propuestas de paz a Gonzalo Pizarro; mientras Gonzalo daba largas, poco a poco iban llegando a los cuarteles de La Gasca tropas procedentes de Chile, Nueva Granada, Guatemala... En abril de 1548 el enviado del emperador había reunido ya el más potente ejército español visto en América desde tiempos de Cortés: 400 jinetes, 500 piqueros, 700 arcabuceros... Allí estarán, entre otros, Belalcázar y Valdivia. La hueste se concentró en el campo de Jaquijahuana, a 25 kilómetros de Cuzco. La Gasca no buscó el combate. De hecho, no hubo tal porque los pizarristas, al ver semejante ejército, huyeron en desbandada. El resto fue fácil: los principales cabecillas rebeldes, Gonzalo Pizarro incluido, fueron apresados, juzgados y ejecutados. Así acabó la rebelión.

Lo que a La Gasca le quedaba ahora por hacer era poner orden, es decir, gobernar. ¿Cuál era el programa de La Gasca en Perú? Dejar el gobierno de las Indias en manos de los conquistadores, pero bajo fuerte control de la corona. Después, reorganizar la Hacienda Pública virreinal aumentando los ingresos por la plata y creando nuevas cecas para acuñar moneda. Y someter a estricta inspección el trabajo de las encomiendas, incluida una tasa fiscal para el tesoro del virreinato. Y reformar la estructura de la Justicia designando oficiales que actuarían como jueces de distrito. Y aplicar las leyes de Indias en beneficio de la población indígena: suprimir realmente la esclavitud, pagar un sueldo a los trabajadores, prohibir que se les obligara a ejecutar tareas excesivas, limitar los impuestos, agrupar a los indios en poblados... Y además de todo eso, nuestro personaje dio instrucciones sobre las nuevas vías de exploración: las selvas de Quito, Chile, Paraguay, el Río de la Plata... En año y medio de gestión, La Gasca había fijado un programa que iba a seguir siendo válido por mucho tiempo.

Cuando consideró que las cosas estaban encarriladas, nuestro hombre transfirió el gobierno a la Audiencia de Lima y abandonó el Perú. A modo de presente para el emperador llevó consigo un rico cargamento de metales preciosos valorado en 2 millones de escudos de oro. El escudo era la moneda que acababa de sustituir al ducado. El peso medio del escudo de oro era de 3,40 gramos, de manera que podemos hacernos una idea del valor enorme de aquel tesoro. Por el camino, de paso por Panamá, sofocó otra rebelión de encomenderos. En Panamá tomó un barco con rumbo a Sevilla, donde tocó puerto en septiembre de 1550. Mandó el tesoro al emperador y él volvió a sus tareas. Pese a haber estado gobernando uno de los mayores centros de riqueza del mundo, La Gasca no llevaba en los bolsillos otra cosa que su breviario.

Después de aquella hazaña política, nuestro hombre volvió a la vida eclesial. En 1551 se le recompensó con el obispado de Palencia. Once años más tarde, ya con Felipe II en el trono, se le promovió a obispo y señor de Sigüenza. Mientras tanto el Perú conocería nuevas convulsiones, pero todas ellas muy inferiores a las que La Gasca tuvo que sofocar. Nuestro personaje moría en Sigüenza en 1567, cumplidos los setenta y cuatro años, en la misma modestia en la que había vivido. Con él desaparecía un talento descomunal.

En cuanto a las Leyes Nuevas, seguirían en vigor. Con la rectificación del capítulo de las herencias y con otras muchas salvedades, excepciones y reformulaciones en función de casos concretos, pero seguirían en vigor. Serán esas Leyes Nuevas las que den su definitivo perfil a la

España virreinal.

Y ahora podemos continuar con la crónica de la cruzada del océano, porque, mientras el Perú ardía, otras muchas cosas trascendentales estaban pasando en las Indias: el mapa se ampliaba hacia el norte y hacia el sur, y los nuestros ponían el pie en parajes que ningún europeo había visto jamás.

14. LA CONQUISTA DE NUEVA GRANADA Y LA SOMBRA DE ELDORADO

La selva de irás y no volverás

La sociedad de Pizarro y Almagro se llamó Compañía del Levante, porque las tierras que inicialmente se proponía explorar eran las que quedaban al este de Panamá, es decir, las selvas del Chocó y aún más allá, en el territorio de la actual Colombia. Con los conocimientos de la época — recordemos que aquella aventura peruana empezó en 1524— apenas si se tenía noción del verdadero perfil del subcontinente suramericano. Después, los propios avatares de la exploración terminaron llevando a Pizarro y los suyos no al «Levante», sino muy al sur: afloró un mundo inmenso que abarcaba desde las selvas ecuatoriales hasta los desiertos de Chile y desde las costas del Pacífico hasta las inmensidades amazónicas. Fue aquel mundo nuevo, y no el Levante, lo que atrajo entonces toda la atención. Pero el Levante, por supuesto, seguía existiendo. Y seguía tan impenetrable como hasta entonces lo había sido.

Impenetrable es la palabra adecuada: el Levante en cuestión, que es la costa caribeña de las actuales Colombia y Venezuela, era entonces un universo atrozmente hostil encerrado entre junglas densísimas y ríos feroces (el Magdalena y el Orinoco), poblado por tribus notablemente agresivas y, hacia el interior, encrespado en cordilleras infranqueables. En México y después en Perú ha sido posible desembarcar, penetrar en el país, descubrir ciudades, vertebrar el territorio con puestos en los caminos... Pero aquí no hay nada de eso. Los españoles lo están intentando desde muy temprano, desde 1500, pero un cuarto de siglo después a duras penas han conseguido instalar unas pocas factorías costeras.

El primer asentamiento de la región fue Nueva Cádiz, en la isla de Cubagua. Lo levantó hacia 1500 un italiano al servicio de España, Santiago Castellón (en realidad, Giacomo Castiglione), para explotar las pesquerías de perlas, que ya hemos visto cuánto éxito tuvieron en los primeros compases de la conquista. Cubagua está junto a la isla Margarita, en el noreste de la actual Venezuela. Nueva Cádiz nunca prosperó como ciudad: depósito de aventureros en busca de rápida fortuna, en 1520 una rebelión indígena la convirtió en un desierto. Volvió a ser ocupada algo más tarde y, entonces sí, lo hizo como villa con todos los derechos (de hecho, fue en ese momento cuando comenzó a ser llamada Nueva Cádiz).

Como en Cubagua no había fuentes de agua potable, los perleros de Nueva Cádiz crearon un asentamiento en tierra firme a orillas del río Cumaná (al que, por cierto, llamaron «Manzanares», como al de Madrid). El promotor de la idea fue Gonzalo de Ocampo, un trujillano que había pasado a La Española con Ovando y que allí se hizo rico. A Ocampo le habían ordenado en Santo Domingo que asegurara el aprovisionamiento de agua. El problema era la belicosidad de los indígenas. Hay que decir que los nativos de la zona eran frecuentemente víctimas de los cazadores de esclavos — indios o españoles— que venían desde las Antillas, lo cual explica su beligerancia. Ocampo intentó

primero colonizar el área solo con misioneros, sin soldados, para evitar la hostilidad de los nativos, pero no funcionó. Recurrió entonces a levantar un fuerte y sembrar el terror entre los indígenas. Eso sí funcionó, pero fray Antonio de Montesino —el líder de la «rebelión de los frailes»— puso el grito en el cielo. Hacia 1515 se instaló en Cumaná una comunidad de dominicos y franciscanos dispuesta a establecer colonia sin armas ni traficantes: solo la palabra y la cruz. La utopía misionera naufragó trágicamente en la rebelión de 1520: los indios cumanagotos destruyeron el convento y mataron a todos los religiosos. Retornó entonces Ocampo y, a sangre y fuego, pacificó el lugar y reconstruyó el convento. Lo llamó Nueva Córdoba.

Estos asentamientos de los que estamos hablando no tienen nada que ver con las pujantes ciudades coloniales que empezaban a crecer en La Española, Cuba y el Darién: son establecimientos precarios que apenas permiten controlar una mínima porción de territorio. Esa iba a ser la tónica en todos los intentos posteriores. Ya hemos hablado largamente de los quebrantos de Alonso de Ojeda para fundar algo parecido a una ciudad en la costa colombiana: la catástrofe de Coquibacoa, las penurias de la Nueva Andalucía, la decepción de Cartagena de Indias, el desastre de San Sebastián de Urabá, el fuerte en el que Núñez de Balboa rescató a Francisco Pizarro... Pasaban los años y en la costa sur caribeña parecía imposible levantar ciudades. Cualquier asentamiento quedaba confinado a la franja costera, donde, además, debía hacer frente a los indios. El interior quedaba completamente vetado: era como las selvas de irás y no volverás.

Un paso importante fue, ya en 1525, la fundación de Santa Marta por Rodrigo de Bastidas, del que también hemos hablado largamente. Santa Marta es un pequeño paraíso: una dulce bahía cerca de la desembocadura del gran río Magdalena, con costas de suave perfil, selvas habitables y, a poca distancia (42 kilómetros), una cordillera de nieves perpetuas con altitudes de hasta 5.700 metros. Bastidas, veterano de los viajes colombinos, compañero de Juan de la Cosa y de Núñez de Balboa, obtuvo el permiso regio para asentarse en esta región. Vino para quedarse. Trajo grano, colonos, aperos... trató de entenderse con los indígenas y, de hecho, se ocupó de que la prohibición de la esclavitud tuviera vigencia en su gobernación. Demasiada paz, sin embargo, para los hombres que le acompañaban. Una facción de los colonos encabezada por su propio lugarteniente, Juan de Villafuerte, se sublevó: querían oro, esclavos, poder... Bastidas dominó la refriega e hizo capturar y ejecutar a los sublevados, pero el viejo explorador resultó fatalmente herido. Intentó marchar a Santo Domingo para reponerse, pero no lo consiguió: murió en Cuba en julio de 1527. Santa Marta, mientras tanto, se convertía en escenario de perpetuas querellas entre los cazadores de oro y esclavos y los enviados de la corona. Un dato interesante: cuando hizo allí escala Hernando Pizarro, que venía del Perú con un cargamento de oro, innumerables colonos abandonaron la ciudad para buscar fortuna en el sur.

No conocía mejores momentos otra gran fundación española en aquellas costas, Santa Ana de Coro, 500 kilómetros al este de Santa Marta, junto al cabo de La Vela, que era uno de los límites formales de la exploración al margen de los derechos colombinos. A esta región se la llamaba ya Venezuela desde el primer viaje de Américo Vespucio. Allí marchó el zaragozano Juan de Ampiés en el verano de 1527 con una misión: frenar el tráfico ilegal de esclavos. La esclavitud, ya lo hemos visto, estaba severamente regulada y sometida a restricciones muy concretas. Pero era difícil hacer

cumplir la ley al otro lado del mar, de manera que los abusos y transgresiones serán constantes. Muchos traficantes de La Española, Cuba y Jamaica acudían a estas costas en busca de esclavos. ¿Y los encontraban sin problemas? Sí, porque los indios los vendían, pues la esclavitud era entre ellos una institución perfectamente convencional. El propio fray Bartolomé de las Casas cuenta casos de familias nativas que vendían a sus hijos a cambio de vino. Con todo, el tráfico más frecuente era el de cautivos apresados por tribus rivales; los captores los vendían después a los españoles y obtenían una ganancia mucho mayor que si los hubieran conservado en sus aldeas. Pero, a ojos de los españoles, aquello era ilegal.

Ampiés era un «duro»: un tipo curtido en las campañas de Italia, fiel súbdito de la corona, enviado a La Española en 1511 —en plena «crisis de los frailes»— para poner orden en el caos. Ejerció como gobernador de Santo Domingo y estaba en ese puesto cuando se le comisionó para reprimir el tráfico de esclavos. Muy influido por las denuncias sobre los abusos esclavistas, Ampiés declaró *guatiao*, es decir, «pacíficos», a los indígenas de las islas de Venezuela; eso era tanto como prohibir de hecho la esclavitud, pues no se podía esclavizar a los indios no hostiles. En 1526 Ampiés compró a unos nativos de aquellas islas en La Española y los devolvió libres a su tierra. Fue la mejor embajada posible, porque, a partir de ese momento, los indígenas verán al viejo zaragozano como a su protector. Entre los cautivos liberados estaba una hija del cacique Manaure, muy poderoso en la región. El cacique, en agradecimiento, hizo algo insólito en toda la historia de la conquista: mandó una embajada a La Española y pidió a Ampiés que colonizara aquella zona. Ampiés no lo dudó.

Así nació la población de Santa Ana de Coro: el 26 de julio de 1527, el hijo de Juan de Ampiés, llamado igual que su padre y por él enviado, fundaba oficialmente la ciudad. Hoy en Venezuela recuerdan a Ampiés como «el conquistador pacífico», y no es para menos. Aquel asentamiento constaba de apenas 60 soldados y algunos colonos. Manaure aseguraba la colaboración de los caquetíos, los nativos del lugar. Se repartieron tierras y se emprendió una colonización a fondo. Allí, como en todas partes, se hablaba de oro. El experimento prometía ser muy rentable. Lamentablemente, el proyecto quedó rápidamente frustrado porque apenas un par de años después aparecieron por allí unos incómodos visitantes: alemanes.

¿Alemanes en Venezuela? Sí, alemanes: el emperador Carlos, en uno de sus innumerables enjuagues para financiar el altísimo coste del imperio, había cedido a los banqueros alemanes Welser, de Augsburgo, el derecho a explorar y, sobre todo, explotar la provincia de Venezuela. ¿No se hablaba mucho de oro en la región? Pues bien: así encontrarían los Welser una compensación a sus préstamos. El 28 de febrero de 1529 desembarcaba en Coro Ambrosio Ehinger (Alfínger, le llaman nuestros cronistas), que desde unos años atrás ejercía como representante comercial de la banca Welser en La Española. Ambrosio Alfínger llegaba como gobernador y capitán general. Los hombres de Ampiés abandonaron el lugar y regresaron a Santo Domingo. La presencia alemana en Venezuela sería mucho menos amable que la española.

La seducción de Eldorado

Los alemanes acudieron a Venezuela porque estaban convencidos de que iban a encontrar oro. Ambrosio se lo había dicho con toda claridad a sus colegas de Europa. Porque Ambrosio Alfinger, como todos los que entonces estaban en las Indias, habían escuchado los relatos indígenas sobre un mundo de fabulosos tesoros donde el oro abundaba como la vegetación.

Todo empezó con un rumor. Pronto se convirtió en un clamor. Al parecer, el primero que lo escuchó fue Diego de Ordás, aquel conquistador de la hueste de Cortés que, cuando se topó en su camino con un volcán humeante, el Popocatepetl, no tuvo mejor idea que escalarlo. Es Ordás el primero que oye hablar a un indio de los tesoros del río Meta, en las profundidades de los llanos colombianos. Y casi al mismo tiempo, Belalcázar, de la hueste de Pizarro, recibe la confidencia de Eldorado, también de boca de un indio. ¿En qué consistía exactamente ese secreto? Los cronistas nos han legado distintas versiones. Todas coinciden en lo esencial. Si reunimos todos los hilos, la leyenda que aquellos indios contaron a los españoles pudo ser algo parecido a esto:

Más allá de las montañas hay una región en la que abunda el oro. Se llama Meta. Hay una gran ciudad toda de oro, a la que llaman Manoa; sus tejados de oro relumbran bajo el sol, y el fulgor se divisa desde lejos. El cacique de esa ciudad es el Hombre Dorado, que lo llaman así por la enorme cantidad de oro que posee, y porque todo él se recubre de polvo de oro para bañarse en una laguna. Todos los años celebran esa ceremonia. Hubo un día en que la mujer del cacique, adúltera, se ahogó en la laguna para purgar su culpa. Desde entonces el cacique se hace recubrir de oro en polvo, sube a una almadía y se adentra en la laguna, cargado de grandes cantidades de objetos también de oro, y de esmeraldas, y todo se arroja al agua, oro y cacique, para dar satisfacción a los dioses. Luego vuelve el cacique Dorado a la orilla, y todo el pueblo celebra una gran fiesta que dura hasta el amanecer.

¡Un auténtico yacimiento de infinitos tesoros, tan abundantes que los arrojan al agua! Será imposible guardar el secreto. La noticia corre como la pólvora por todo el continente. Por todas partes se buscará Eldorado.

¿Era posible creer aquello? En 1500, sí. Las referencias culturales de los europeos eran la Biblia, las fuentes grecolatinas y la literatura bajomedieval, sobre todo los viajes de Marco Polo. En ese repertorio, los relatos sobre ciudades repletas de oro son cosa común. Era completamente lógico que los españoles del 1500 interpretaran todo lo que estaban descubriendo bajo el prisma de aquellas fuentes. El nombre de las Antillas y de los indios caribes proviene de fuentes medievales. A las poblaciones descubiertas se les aplican los moldes de gigantes y pigmeos, que están en toda la literatura de viajes anterior. Cuando el vallisoletano Ponce de León conquista la Florida se habla de la *fons juventutis*, la fuente de la eterna juventud. Los españoles buscarán la mágica región de Cibola donde hoy está Kansas City. Este es, por cierto, el escenario de la aventura impresionante de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que ya hemos contado aquí: ocho años recorriendo toda Norteamérica desde Florida hasta Nuevo México. En ese largo periplo, los indios no dejarán de referir fabulosas historias: ciudades repletas de oro.

Esas son las leyendas que calientan las orejas de los conquistadores. Y son especialmente intensas en el sur del continente. Según la versión de la leyenda que cada cual reciba, los

conquistadores buscarán a un hombre (el cacique Dorado), una región (Omagua o el Dabaibe), una ciudad (Manoa), una laguna (Guatavitá, Parima), etc. Y lo buscarán por todas partes: por la sabana de Bogotá, por los llanos de Venezuela, en las fuentes del Orinoco, en las selvas de las Guayanas... Basta ver un mapa para darse cuenta de la locura: aquella gente se puso a rastrear un territorio mayor que la Península Ibérica. Pero ¿por qué los conquistadores otorgaron tanto crédito a la leyenda? Porque por todas partes recibían la misma información. Y también porque era creíble: ¿no portaban todos esos indígenas numerosos objetos de oro? ¿No trataban el oro como un simple adorno, como algo que para ellos careciera de valor? Los indios se repiten unos a otros la misma historia. Los españoles hacen lo mismo.

La noticia llega a los cronistas, que la relatan y así, a su vez, siguen alimentando el sueño. La promesa del oro martillea la cabeza de los españoles. Pronto es una obsesión. Las páginas de los cronistas son elocuentes: «Y estos caribes decían que tierra adentro estaba una provincia llamada Meta (...). Decían aquellos caribes, mostrándoles oro e plata, que no había plata; mas que hallarían mucho oro, e lo cogían en una sierra de la provincia de Meta», escribe Gonzalo Fernández de Oviedo. Y fray Pedro Simón: «Noticia les dieron los indios que encontraban, de que en las tierras más adelante de las suyas, en las playas y márgenes del río que llaman Barraguán y Meta, había innumerable cantidad de gente tan rica, que todo el servicio de sus casas era de oro y plata». Juan Rodríguez cita testigos oculares: «Y lo que este testigo vio por sus propios ojos fue que todos los indios de aquella tierra, chicos y grandes, hombres y mujeres, traían chagualas de oro y unas paletillas de anchor de dos dedos y tres, el cual oro le parece a este testigo que tenía hasta doce o trece quilates, aunque en la color era más de veinte. Y preguntado a los dichos indios que de donde traían aquel oro, todos conformaban en decir que tierra adentro, hacia otras sierras, donde había mucha cantidad de oro». Cieza de León sitúa el objetivo en el norte del Tahuantinsuyo: «Los indios le decían que en adelante hallaría grandes provincias asentadas en tierra llana, llenas de muchos indios que poseían grandes riquezas, porque todos andaban amados de piezas y joyas de oro».

¿Una quimera? No tanto. Ya hemos visto los formidables tesoros de oro que guardaban los incas, y a los que conferían una singular significación religiosa. Todo ese oro, ¿de dónde había salido? Porque en el Perú no había minas conocidas (la de Carabaya no se descubrirá hasta 1542). Y si en territorio inca no había minas de oro, y si la comunicación con el sur era difícil, y si los indios narraban historias de abundancia de oro en el norte, más allá de Quito, entonces... Entonces Eldorado tenía que ser algo más que una fábula. Entonces era real aquel Dabaibe que tanto y tan infructuosamente buscó Núñez de Balboa. Entonces, en fin, aquella frenética búsqueda de un mundo de oro estaba plenamente justificada.

Ahora bien, en lo que concierne al Caribe sur es precisamente la seducción del oro lo que está haciendo imposible vertebrar la presencia española en la región. Con el sistema de capitulaciones, que en la práctica viene a organizar la conquista como competencia de pequeñas empresas privadas, cada gobernador y cada adelantado hacen la guerra por su cuenta. Hacia 1530 ya hay una presencia estable en las costas de lo que hoy son Colombia y Venezuela. Es posible pensar en explorar metódicamente el interior. ¿Acaso Cortés no ha conquistado ya México? ¿Acaso Pizarro no está entrando en el Perú? Pero aquí, no. Aquí falta un líder con esa decisión y esa fuerza. Y además, sobra

codicia.

Sobra codicia porque hay, sí, oro cerca: los indios lo lucen abundantemente en pectorales, narigueras, brazaletes, collares. Eldorado —piensan todos— tiene que ser verdad. Los españoles, obnubilados por esa visión, pasan más tiempo peleando entre sí que asentando las ciudades que acaban de fundar. Nuestra gente sucumbe a una doble fiebre: la del oro y la de la selva. Inmersos en la dura naturaleza tropical, siempre agobiados por los insectos, las fieras, la humedad y el calor; en un lugar donde las corazas y las armas se oxidan a toda velocidad, donde la pólvora se moja; rodeados de tribus fieras —muiscas, arahuacos, caribes, etc.—, los españoles entraron por centenares en busca de oro y cayeron a mansalva persiguiendo una ambición que era una trampa mortal.

Este de los indios es, junto a la naturaleza selvática del lugar, el otro gran problema de la zona. En México o Perú había imperios que conquistar, grandes unidades políticas con una estructura organizada; derrotada esa estructura, cayeron los imperios y pudo sustituirse un poder por otro. Pero aquí, en las selvas de Colombia y Venezuela, no hay nada de eso. Aquí hay un mosaico de pueblos diversos, a veces muy feroces, con distintas lenguas, de civilización dispar y costumbres bastante sanguinarias. La única unidad política reconocible es, selva adentro, el reino de los Chibchas, una liga de caciques no siempre bien avenidos, en guerra frecuente y que, eso sí, comparten unas prácticas culturales y económicas semejantes. También creen, como incas y aztecas, en un dios blanco y barbudo: allá era Viracocha o Quetzalcoatl; aquí, entre los chibchas, Nemqueteba.

¿Hablamos algo más de los chibchas? Los chibchas no eran exactamente un pueblo. Era más bien un mosaico de tribus diversas que se llamaban a sí mismas chibchas, que quiere decir «pobladores». Los chibchas tampoco construyeron estados ni civilizaciones, pero desarrollaron una maestría sin igual en la orfebrería del oro y el cobre, en el dominio de los metales; sus obras son aún más ricas que las del imperio incaico. Y también practicaron abundantemente sacrificios humanos. Lo sabemos por fuentes de la época, corroboradas hoy por las excavaciones arqueológicas.

Era especialmente frecuente el sacrificio ritual de niños, ofrecidos al Sol. Había un auténtico mercado de niños —llamados *moxas*— para estos menesteres. Los caciques los compraban a muy alto precio. Mientras eran pequeños, los dedicaban al culto sagrado: cantaban, celebraban oficios, etc. Al llegar a la pubertad, los sacrificaban y frecuentemente dejaban su cuerpo expuesto al sol, en signo de reverencia. Estos cadáveres se convertían en objetos sagrados. Cuando los españoles entraron en tierras de los indios de Gachetá, en el centro de la actual Colombia, vieron con estupor que los indios les arrojaban cadáveres de niños; eran *esos* niños.

Pero el rasgo más singular de los chibchas era la antropofagia: comían frecuentemente carne humana, sobre todo de enemigos vencidos en la guerra. Uno de los grandes cronistas de la conquista, Pedro Cieza de León, que estuvo en América entre 1535 y 1550 y que trató muy estrechamente a varios jefes tribales, como el gran cacique Nutibara, nos dejó muchos detalles sobre estas costumbres. Así lo cuenta Cieza de León:

Junto al aposento de Nutibara, y lo mismo en todas las casas de sus capitanes, tenían puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habían comido, las cuales tenían allí como en señal de triunfo. Todos los naturales de esta región comen carne

humana, y no se perdonan en este caso; porque en tomándose unos a otros, como no sean naturales de un propio pueblo, se comen. Gustaban especialmente de la tierna carne de los niños, y oí decir que los señores o caciques de estos valles buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales, traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empreñaban de ellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que habían doce o trece años, y de esta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que era su sustancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas para después comer. Al poniente de Cali pude ver que estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos de los que habían vencido y preso en las guerras, todos abiertos; y abríanlos con cuchillos de pedernal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cueros de ceniza y hacíanles rostros de cera con sus propias cabezas, poníanlos de tal manera que parecían hombres vivos. De lo cual ellos se gloriaban y lo tenían por gran valentía, diciendo que de sus mayores lo aprendieron.

Son cosas que hay que tener en cuenta para entender la ferocidad de algunos episodios que a continuación referiremos. Y por todo eso tendrán que pasar los buscadores de Eldorado.

Ambrosio Alfínger, el alemán, sucumbe a la fiebre de Eldorado y es de los primeros en seguir sus huellas. Apenas ha pisado tierras venezolanas, alista un contingente de 200 alemanes y españoles más un millar de porteadores y se sumerge en el país. Explora el lago de Maracaibo, toma dirección oeste y se interna hacia el valle de Upar (hoy está allí la ciudad de Valledupar, Colombia). Es un periplo agotador, en un paisaje de llanuras boscosas y con frecuentes choques con los indígenas. Los muertos se cuentan por centenares. Pasan las semanas, los meses, incluso los años. Termina ya 1532 cuando la expedición llega a la sabana de Los Caracoles, donde encuentra oro en abundancia. Decide entonces regresar a Santa Ana de Coro, pero nunca llegará: por el camino, en Chinácota, un ataque de los indios chitareros sacude fuertemente a la compañía. Alfínger es herido en la garganta; tras cuatro días de agonía, morirá. Era ya 1533.

Casi al mismo tiempo había empezado a buscar Eldorado Diego de Ordás, el alpinista del Popocatepetl, un hombre que se había cubierto de gloria en México, bienquisto en la corte y que había obtenido permiso para explorar las misteriosas huellas de Eldorado entre el cabo de la Vela y la desembocadura del Orinoco. El atractivo de la aventura le permitió enrolar a 500 hombres en Sevilla. El 20 de octubre de 1530 zarpaba de Sanlúcar y enfilaba hacia las Indias. Recorrió el litoral entre el Caribe y la desembocadura del Amazonas y penetró en el gran Orinoco, que los españoles llamaban «Marañón», como al Amazonas (hoy el Marañón es otro río: uno que nace en el Perú y desemboca en el Amazonas).

Por el camino, Ordás encuentra grupos de españoles aislados y como náufragos en poblados de la selva: son los restos errantes de anteriores expediciones. El conquistador los incorpora a su hueste y con ellos intenta remontar el Orinoco. «Remontar» quiere decir bajar a tierra y, con maromas, remolcar los barcos a fuerza de brazos contra la corriente, a través de la selva. En su periplo explora toda la región entre el gran río y Maracapana, el actual valle de Caracas. Ordás falla. Eldorado no aparece por ninguna parte. Pero no desespera: su lugarteniente Alonso de Herrera, otro veterano de México, le aconseja volver a tierra y buscar el Meta desde su desembocadura. Es lo que hacen. Ponen pie en la península de Paria, donde Ordás intenta hacer valer sus derechos. Allí se ve envuelto en un pleito que le lleva a Santo Domingo. Solventados los problemas administrativos, embarca en Santo Domingo y zarpa hacia España en busca de refuerzos. No llegará: Ordás murió durante la

travesía; dicen algunas fuentes que envenenado, aunque lo más probable es que las enfermedades tropicales hubieran afectado letalmente a su salud.

La muerte de Ordás creó un problema legal agudísimo en la región, que se quedó sin gobernador, para ser más precisos, con varios hombres disputándose el puesto. Finalmente es el zaragozano Jerónimo Dortal, tesorero de Ordás, quien recibe el cargo. Y no tarda un minuto en explorar el mismo camino: hacia 1534 marcha a Cubagua a recoger a 130 hombres que vienen de Sevilla y, como vanguardia, envía río arriba a Alonso de Herrera, el viejo lugarteniente de Ordás, que desempeña ahora la misma función para Dortal. Será otra proeza. Será otra catástrofe.

Herrera conoce bien la zona. Todo lo bien que se puede conocer un laberinto imposible de ríos, afluentes, brazos de agua, selvas y poblaciones ocultas entre la espesura. Su intención inicial es remontar el Orinoco 50 leguas y fundar un asentamiento estable junto al río. Con seis bergantines se interna en el gran cauce. Cuando los barcos ya no pueden navegar, desciende a tierra con 100 hombres, deja a los restantes al cuidado de las naves y marcha en busca del río Meta. Herrera quiere descubrir caminos, sendas, poblados, huellas de humanidad... No encuentra nada. La marcha es de una dureza atroz. Los caballos sirven de bien poco. Finalmente halla un poblado de unas pocas cabañas y, a su alrededor, cultivos de yuca y maíz. Herrera está exultante: puede ser su segunda base en el camino hacia Eldorado. Se asienta en el poblado y de inmediato envía a buscar a los que habían quedado con los bergantines. Pocos saldrán vivos de allí: de repente aparece un grupo de indios que ataca a los intrusos con flechas envenenadas. Herrera «acudió presto a echar la silla a su caballo, e no tuvo tiempo, porque le hirieron de cinco o seis flechas, e una de ellas por la boca», cuenta Fernández de Oviedo. Murió tres días después, tratando de regresar a los bergantines. Los supervivientes de la expedición regresaron río abajo. Otra calamidad.

Alfinger, Ordás, Herrera... Todos acabaron mal. Dortal intenta seguir el camino de Herrera: ya han llegado sus hombres de Sevilla, bajo el mando del capitán Fernández de Alderete. Pero la tarea es ímproba: indios hostiles, hambre, una naturaleza feroz... La hueste se rebela y le desposee del mando. Resignado, el zaragozano decide volver a casa. Era 1534. Dortal vivirá muy poco más: falleció en Santo Domingo en 1538, verosíblemente por enfermedades contraídas en sus sucesivas expediciones en busca de Eldorado.

Todavía no está todo dicho. En estos primeros años hay otro hombre que se dejará la salud en pos de ese sueño de oro: Antonio Sedeño, que, dentro del caos administrativo de Venezuela, ocupaba el cargo de gobernador de la isla de Trinidad. Sedeño era un funcionario de la Real Hacienda que llegó a Puerto Rico en 1512 y desde 1515 gobernó en esa isla. Dos rasgos le caracterizaban: uno, que era muy bajito; el otro, su enorme ambición, hasta el punto de que en su elegía fúnebre se escribió «que fue de cuerpo pequeño y en el ánimo muy alto». Interesado en el tráfico de esclavos de las Antillas y enterado de las leyendas sobre el oro del río Meta, no paró hasta que fue nombrado gobernador de Trinidad, frente a las costas de Venezuela.

Sedeño iba a lo que iba: aun sin autorización emprende diversas exploraciones por el Orinoco, lo cual le crea continuos conflictos —y no pacíficos— con Ordás, con Herrera, con Dortal... Al fin consiguió un permiso regio y en junio de 1536 se internó en el río Unare con 150 hombres y 70 caballos. Quería llegar al Meta por tierra, ya que el camino del Orinoco parecía maldito. Serán

meses, años de agotadora marcha por los llanos de Paya. Sedeño excede con creces los límites de su autorización: la corona ordena apresarle. Para entonces el aventurero ya está en el valle de río Tiznados, muy tierra adentro, aunque lejos aún del Meta. En el Tiznados choca con unos indios con tatuajes. Hay lucha. Sedeño sale bien librado, pero será por poco tiempo. «Allí —dice la crónica— cogió la muerte, pues en el partido de Tiznados, la violencia de un veneno, que le dio una criada suya, puso fin a sus temeridades, y a su vida». La tal criada, al parecer, era la morisca Fernández, que no se sabe muy bien si era su criada o su amante. El hecho es que Sedeño se dejaba allí el alma. Y así la loca búsqueda de Eldorado se cobraba otra vida en su siniestro balance.

Entre el río Magdalena y la india Catalina

Todas estas historias, casi unánimemente trágicas, y otras muchas que no cabrían en un libro, tuvieron por escenario las tierras de Venezuela bajo la convicción de que, río Orinoco arriba, sería factible llegar a las tierras del Meta (que, dicho sea de paso, nadie sabía aún muy bien dónde estaba). Ahora bien, al Meta no se llega solo desde Venezuela, sino también desde la actual Colombia, y allí, en lo que hoy es Colombia, los españoles se habían hecho su propia composición de lugar. La llegada de los primeros cargamentos de oro del Perú, enviados por Pizarro camino de España —era 1528: el botín de Tumbes—, quiso verse como la confirmación de lo que todos anhelaban: en algún lugar al sur se hallaba una fuente inagotable de tesoros. Y visto el mapa desde Santa Marta, el camino estaba claro: río Magdalena arriba debía hallarse la clave del misterio.

En Santa Marta mandaba entonces, desaparecido Bastidas, Rodrigo Álvarez Palomino, nombrado por el difunto. Palomino fue el primero que, al ver el cargamento de Pizarro, decidió liarse la manta a la cabeza y buscar una salida a la mar del Sur, camino que supuestamente debía conducirle al foco de los tesoros incas. En eso llegó un nuevo gobernador interino nombrado en Santo Domingo: Badillo. ¿Habría pelea? No: Badillo y Palomino se pusieron de acuerdo y juntos marcharon desde Santa Marta hacia el sur, bordeando la sierra. No hallaron la mar del Sur ni nada parecido, pero llegaron hasta el valle de Upar, donde cosecharon un importante botín. Palomino se ahogó en un río que aún hoy lleva su nombre y Badillo volvió rico a Santa Marta. Allí se encontró con que había llegado un nuevo gobernador titular enviado desde España: García de Lerma. Y este, naturalmente, siguió el mismo camino que sus predecesores, y además lo hizo con sorprendente intensidad, porque llegó a organizar hasta doce expediciones sucesivas.

García de Lerma estaba convencido de que el poderoso río Magdalena, que atraviesa Colombia, cruzaba toda Suramérica, pasaba por detrás del imperio inca y manaba de las mismas sierras donde nace el río de la Plata. En realidad el Magdalena es largo, sí (1.500 kilómetros), pero no tanto; nace en los Andes, en efecto, pero en el macizo colombiano, muy lejos del límite norte del imperio incaico; «por detrás» del Tahuantinsuyo hay ríos, es verdad, pero no son el Magdalena, sino los mil padres del Orinoco y el Amazonas; el río de la Plata, si damos por tal a los afluentes del Paraná y el Paraguay, nace mucho más al sur, en los Andes bolivianos. García de Lerma equivocaba sus cálculos en 1.000 kilómetros, más o menos. No llegó a salir de su error porque murió muy poco después, mientras preparaba una de sus febriles aventuras, pero dejó un mapa muy detallado del Magdalena hasta Aguachica. Algunos meses más tarde pasaría por aquí el alemán Alfinger en el desdichado periplo que ya hemos contado.

Este es el contexto en el que aparece en Santa Marta un hombre capital para nuestro relato: el madrileño Pedro de Heredia, un bala perdida que había escapado de Madrid tras una riña que, entre otras cosas, le costó las narices. Ocurrió que el joven Heredia, señorito de familia hidalga y gustos pendencieros, se lió a cuchilladas con seis sujetos que de un tajo le arrancaron la nariz. Un médico de la Villa y Corte le recompuso el apéndice por el singular procedimiento de «arrimarle el corte y rostro al molledo del brazo derecho y estando así sesenta días, le fue formando otras narices que, por ser remedio del mismo paño, diferenciaban poco de las primeras», según explica Pedro Simón. Y

así, con aquellas narices recompuestas a partir del propio bíceps, según el uso quirúrgico de la época, salió Heredia en busca de sus agresores y mató a tres. Como no era cosa de quedarse en Madrid, Pedro se concertó con su hermano Alonso y marchó a las Indias. En Santo Domingo se hizo con un ingenio azucarero y adquirió una estancia. Esa fue su vida hasta que le llegó noticia de la muerte de Bastidas y de su relevo por Badillo. Heredia, que conocía a este último, se apresuró a ofrecerse como su teniente. Así entró Pedro de Heredia en la crónica de las exploraciones colombianas.

Cuando Badillo volvió a La Española, relevado por García de Lerma, Heredia se quedó en Santa Marta. Había encontrado un filón para su espíritu inquieto. Y sobre todo, había encontrado a un intérprete eficacísimo para recabar toda la información posible sobre aquel extraño mundo que tantos tesoros ocultos guardaba. El intérprete en cuestión era una mujer: la india Catalina, una muchacha calamarí de las que Nicuesa había capturado en el lejano año de 1509. Esta Catalina era hija de un cacique de los caribes mokanas y no pasaría de los catorce años cuando fue raptada. En Santo Domingo fue evangelizada y educada según los usos españoles. Heredia la llevó consigo y, gracias a Catalina, consiguió lo que nadie había logrado antes: pactar con los belicosos turbacos, entenderse con feroces caciques como Carex y Bahaire, incluso encontrar, guiado por los indios, tesoros en Zipacoa y Mahates. Esta es la parte amable. Hubo otra bastante menos grata y fue que, para conseguir estas cosas, Heredia tomó parte en las guerras internas entre indios y demostró una crueldad estremecedora.

Animado por aquellos éxitos, Pedro de Heredia concibió un sueño aún más grande: desde muchos años atrás permanecía inexplorada la zona de Cartagena de Indias, aquella bahía así bautizada por sugestión de Juan de la Cosa y que nunca había podido albergar un asentamiento estable. Heredia volvió a España, capituló con la corona en Medina del Campo y obtuvo medio mundo: un área que iba desde el Darién (Panamá) hasta el río Magdalena y desde Cartagena (el Caribe) hasta la línea del equinoccio (la mitad de Ecuador, más o menos). Con semejantes prerrogativas alistó en Sevilla un galeón, una carabela y un patache, enroló a 150 hombres, cruzó el mar hasta Puerto Rico y Santo Domingo, donde engrosó su hueste con otro centenar de soldados y muchos colonos —hombres y mujeres, blancos e indios, además de esclavos negros— y tomó tierra en Cartagena. Desde principios de 1533 anduvo operando por la zona, combatiendo a los indios y desbrozando el paisaje, diseñando la que sería su ciudad. El 1 de junio —es la fecha académicamente aceptada— se fundaba oficialmente la villa de Cartagena de Indias.

La carrera de Heredia parece imparable. Aquel mismo mes de junio acomete una expedición hacia el interior, hacia el este, a Zamba. Lleva consigo a la india Catalina, a la que espera una grata sorpresa: su familia. Los indios de Zamba, en agradecimiento a Heredia, pactan con él y le abren el camino. En Malambo encuentra oro: más de 1.500.000 ducados. Una fortuna. Cada hombre de la expedición recibe 6.000 ducados. Es un nuevo Perú. Las exploraciones continúan: se propone llegar a la mar del Sur. En el río Sinú descubre numerosas sepulturas indígenas con ricos ajuares de oro. Las profana sin el menor escrúpulo. Pregunta a los indios de dónde viene el oro y le dicen que del sur, de lo que hoy es la región de Antioquia. Tras varios meses de búsqueda infructuosa, tiene que volver grupas. Deja tras de sí una estela de destrucción. En Cartagena se le une su hermano Alonso,

que capitanea una expedición al Sinú y llega hasta el río Cauca. Pedro de Heredia toma el mando de otra campaña hacia el río Atrato, siempre en dirección a la costa del Pacífico colombiano. Tampoco allí encuentra lo que busca.

A medida que pasan los años, Heredia se va volviendo más y más cruel. Llega un momento en que sus crueldades son conocidas en La Española. Además, se sospecha que está defraudando grandes cantidades al Tesoro Real. El obispo Tomás de Toro le denuncia. Finalmente, la Audiencia de Santo Domingo, de la que dependía jurisdiccionalmente Cartagena, envía a un oidor: Juan de Badillo, hermano del Pedro de Badillo que había ostentado antes la gobernación de Santa Marta. Juan de Badillo no está dispuesto a transigir. En 1536 llega a Cartagena, apresa a los hermanos Heredia, los somete a juicio y los encarcela. El oro les sacará de la mazmorra. Pedro consigue que se le juzgue en España y viaja a la península. Alonso, su hermano, recibe autorización para explorar el cauce del Magdalena y funda Santa Cruz de Mompo. Catalina, la india, se casa con un sobrino de Heredia.

¿Se detiene la exploración por la marcha de Heredia? No: el oidor Badillo se hace cargo de la gobernación de Cartagena y emprende por su cuenta la búsqueda. Es 1539. En su periplo hacia el sur entra en tierras de Antioquia. Allí recibe una noticia sorprendente: hay españoles cerca. Los manda un tal Jorge Robledo, un jienense veterano de Italia, de Nueva Galicia, de Guatemala, de Cajamarca. La sorpresa de Badillo crece hasta el infinito cuando le cuentan quién es el jefe de esa hueste: nada menos que... ¡Sebastián de Belalcázar!

Belalcázar también busca Eldorado

Belalcázar, en efecto: el hombre de Pizarro en el norte, que había emprendido —siempre bajo las órdenes del extremeño— su propia campaña de exploración. Ocurre que a las míticas tierras de Eldorado se puede llegar tanto por el norte, por Colombia y Venezuela, como por el sur, es decir, por Ecuador, que es donde Belalcázar estaba. Eso se lo dijo al cordobés uno de los caciques capturados cuando la batalla contra Rumiñahui, un tal Taconango, que venía precisamente del norte y habló sin medida de las grandes riquezas de la región. Una de las cosas que Belalcázar andaba buscando, recordémoslo, era precisamente el tesoro de Quito, que Rumiñahui había escondido en algún lugar. La confianza de Taconango aportaba además una pista suplementaria: el origen de aquel oro que fluía por todas partes. Más que suficiente para ponerse en marcha.

La última vez que vimos a Sebastián de Belalcázar en nuestro relato fue cuando Alvarado se dejó caer por el Perú. Hubo que negociar, y con grandes sumas, para alejar de allí al gobernador de Guatemala. Después Belalcázar se dedicó a poner en orden el territorio, y esa fue su principal ocupación durante años. No fue ajeno a la guerra entre Pizarro y Almagro —en el bando del primero—, pero el mundo de Belalcázar ya no estaba en el Cuzco, sino en estas otras tierras ecuatoriales.

Cuando la campaña contra Rumiñahui, Almagro y el cordobés habían fundado cerca de Riobamba una ciudad denominada Santiago de Quito; era en realidad un puesto provisional para asegurar el tránsito de tropas. Meses más tarde, concluida la campaña, se fundó cerca del viejo Quito incaico la villa de San Francisco de Quito, que es la ciudad que hoy lleva ese nombre. La manera en que los españoles controlaban el territorio conquistado era precisamente esa: siendo tan escasas sus huestes, el procedimiento más eficaz era establecer asentamientos permanentes a lo largo de los caminos practicables. Pequeñas guarniciones locales aseguraban la protección de estas villas y asumían la exploración de los territorios colindantes. Por así decirlo, se trataba de nudos en una red. Eso dejaba, ciertamente, enormes espacios sin cobertura, pero al menos garantizaba la comunicación entre los distintos puntos del país y aseguraba la solidez de las fundaciones. La campaña de Quito había ido tejiendo esa red hacia el norte, por el Camino del Inca. Pero la colonia española necesitaba, además, extender la red hacia el mar, hacia la costa del Pacífico, pues desde ahí venían sus provisiones y sus refuerzos. Esa fue la misión de Belalcázar.

Desde 1534 había un establecimiento costero, Puerto Viejo, que a partir del año siguiente ya es formalmente villa (el actual Portoviejo). Belalcázar se encarga de trasladar a la costa —valga la figura— la villa de Santiago creada en Riobamba y escoge para ello el golfo de Guayaquil. Después de sucesivas reubicaciones, aquí crecerá la ciudad que hoy recibe ese nombre. Así en la costa del Pacífico hay cuatro enclaves que aseguran en todo momento la comunicación del Perú con Panamá: de norte a sur, Portoviejo, Guayaquil, Tumbes y Piura. Más al sur, Trujillo y Lima componen una red litoral que a partir de ahora será la columna vertebral del dominio español: una columna no de tierra, sino de agua.

No se trataba solo del oro, en efecto. Nunca se trató solo del oro. Pero el oro, aquí como en todas partes, tenía la virtud mágica de empujar a los hombres con fuerza sobrehumana y de hacer posible lo imposible. Al norte —decía el cacique Taconango— había muchas riquezas. Al norte —sabía

Belalcázar— estaba el camino que por algún lado debía conducir a las costas del Caribe. En aquel mismo momento, los hombres de Santa Marta y Cartagena también buscaban desesperadamente el camino que les condujera hacia la mar del Sur. Las posiciones españolas del Caribe y las del Perú vivían como mundos aparte; de hecho, carecían de comunicación. Una vía entre ambas, salvando selvas y cordilleras, representaría un avance descomunal. Y si en medio estaba Eldorado, ¿qué más se podía pedir?

Belalcázar parte hacia el norte. Lo hace por los valles que hienden la cordillera occidental. No es un camino costero: el cordobés quiere pasar al otro lado. Está terminando el año 1536. Cruza las tierras de Nariño. Sobre un asentamiento indígena establece lo que terminará siendo la ciudad de Pasto, fundada poco después por Lorenzo de Aldana, uno de la hueste. Los indígenas de la región tienen extrañas costumbres. Cieza de León da una descripción asombrosa de los usos de los quillacingas:

Hablan con el demonio, no tienen templo ni creencia, cuando se mueren hacen las sepulturas grandes y muy hondas, dentro de ellas meten su haber que no es mucho. Y si son señores principales les echan dentro con ellos algunas de sus mujeres y otras indias de servicio. Y hay entre ellos una costumbre la cual es (según a mí me informaron) que si se muere alguno de los principales de ellos, los comarcanos que están a la redonda cada uno da al que es muerto, de sus indios y sus mujeres dos o tres y llévanlos donde esta hecha la sepultura, y junto a ella les dan mucho vino hecho de maíz, tanto, que los embriagan, y viéndolos sin sentido los meten en las sepulturas para que tenga compañía el muerto. De manera que ninguno de aquellos bárbaros muere que no lleve veinte personas arriba en su compañía.

Pero hay otros muchos pueblos y nada parece unirles, más allá de vagas relaciones bélicas o comerciales. Los gorriones, por ejemplo, no prestarán resistencia a los españoles e incluso se convertirán en sus aliados. Otros, por el contrario, presentarán batalla encarnizada.

Belalcázar marcha hacia el norte con un centenar de españoles. A la altura de Timbío se enfrenta a un contingente indígena de 3.000 hombres. Los derrota, pero el choque demuestra los peligros de la región. Lo que han descubierto es sorprendente: multitud de pueblos, multitud de tribus, numerosas aldeas, campos cultivados y una abundantísima población: *«Y en más de treinta leguas de camino / nunca se vido paso sin vecino. / Poblados montes y las partes rasas, / los fondos valles hasta los altores, / y pueblos hallaba de mil casas / grandes, de seis y siete moradores»*, relata, versificando, la crónica de Castellanos. Belalcázar tiene que hacer frente a un sinfín de escaramuzas con los indios. Con frecuencia recurre al expeditivo método de arrasar los campos de cultivo de las tribus hostiles. En todas partes encuentra oro.

Retorna a Quito y se rearma. Para su siguiente expedición alinea a 200 españoles y 6.000 indios yanaconas («yanaconas» se llamaba en Perú a los auxiliares). Una avanzadilla marcha hacia el oeste buscando un paso hacia la costa del Pacífico. No llega a la costa pero, en el camino, funda la ciudad de Cali: Santiago de Cali. El capellán fray Santos de Añasco oficia la primera misa en el lugar. Mientras tanto, se suceden los combates: el cacique Jamundí, el cacique Petecuy... Este último pasa por ser quien más resistencia opuso al avance español, pues logró armar un ejército de tribus diversas. El martes santo de 1536 tuvo lugar el combate decisivo. Belalcázar ganó y, con esa

victoria, se le abría el camino para extender su dominio hacia el norte.

La siguiente etapa le conduce hasta una loma llamada El Azafate. Un capitán de Belalcázar, Juan de Ampudia, combate con los nativos y toma el lugar. El cacique (*yasgüén* lo llamaban allá) se rinde. Belalcázar llega en enero de 1537 y declara fundada la ciudad de Popayán, por su nombre indígena (aunque Cieza de León dice que Popayán era el nombre del cacique local). El lugar le parece tan idóneo —realmente lo es: mucho más templado que Cali— que decide establecer allí una de sus bases principales en el camino al norte. Se traza la planta, se reparten solares. El 15 de agosto de 1537 el presbítero García Sánchez canta la primera misa en un barracón improvisado como catedral. Ha nacido oficialmente Popayán.

Belalcázar había fundado ya dos ciudades, Cali y Popayán, en un territorio nuevo que quedaba fuera de la jurisdicción de Pizarro. En principio, siempre había actuado bajo las órdenes de Pizarro. Ahora bien, las nuevas adquisiciones le autorizaban a reclamar para sí la condición de conquistador de estas tierras. Regresa a Quito con 30 hombres y planifica su nueva aventura: cruzar la cordillera occidental en busca de Eldorado. Es mayo de 1538 cuando el cordobés reaparece en Popayán. Trae consigo una buena cantidad de españoles, 1.000 porteadores indios, perros, gallinas, reses, semillas para la colonia... De inmediato parte hacia el oeste con una fuerza de 300 soldados más los porteadores indios. Logístico diligente, incorpora al convoy una piara de cerdos para evitar el hambre. Atraviesa las montañas entre un rosario de pequeñas poblaciones indígenas. Ya está cerca el cauce del río Magdalena.

En ese mismo momento, una avanzadilla de las gentes de Belalcázar, al mando de Jorge Robledo, se ha internado en la actual región de Antioquia. Estos son los españoles que encuentra la expedición de Badillo, aquella que había salido de Cartagena de Indias. Y no iba a ser el único encuentro sorprendente en la misteriosa estela de Eldorado.

Jiménez de Quesada: Don Quijote en la sabana

¿Recapitulamos? Estamos en 1539 y varias expediciones españolas recorren los territorios de las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador en busca de un paso entre el Caribe y el Pacífico y empujados por la seducción de Eldorado, el mítico mundo rico en oro del que sin duda —porque ya nadie lo duda— proceden los grandes tesoros hallados en el imperio inca. Desde Venezuela prosiguen las expediciones alemanas, ahora con un nuevo líder: Jorge de Espira. Este caballero va a capitanear una catastrófica aventura de tres años hasta las fuentes del Orinoco y morirá poco después, enfermo y destrozado. Tomará su relevo Nicolás Federmann. Mientras tanto, desde Cartagena ha salido el gobernador Badillo, tomándole la delantera al problemático Heredia, y ha entrado en tierras de Cali. Allí, en el oeste de Colombia, se ha encontrado con Jorge Robledo, hombre de Belalcázar, que viene de Popayán. Y en la cabecera del río Magdalena está Belalcázar, que ha salido de Quito y se está acercando a la sabana colombiana. ¿Están todos? No. Falta uno. Y probablemente es el más importante.

Ocurrió que, mientras la gente de Cartagena lanzaba su exploración, los de Santa Marta —el otro gran asentamiento español en la actual Colombia— no se quedaban quietos y acometían una expedición en busca de los mismos objetivos. Desde 1536 hay un nuevo gobernador: Pedro Fernández de Lugo, hijo del Fernández de Lugo que conquistó Tenerife y La Palma. Pedro es ya un veterano de más de sesenta años que, financiado por dos banqueros florentinos de Tenerife, se ha propuesto también buscar las grandes minas de oro de las Indias. De momento su misión es, ante todo, poner orden. Y la cosa va en serio: el nuevo gobernador llega con un refuerzo de 1.500 hombres, nada menos. Tan pequeño era aquel primer asentamiento de Santa Marta, que dos tercios de la fuerza tuvieron que acampar en el exterior.

Con Pedro Fernández Lugo ha llegado un personaje excepcional: Gonzalo Jiménez de Quesada, el único conquistador que era además un intelectual. Él descubrió las virtudes gastronómicas de la patata. También fue el primer español que descubrió petróleo en América, aunque entonces era una cosa más bien asquerosa que solo servía para calafatear barcos. Dice Germán Arciniegas que en él se inspiraría Cervantes para concebir la figura de Don Quijote, porque sus descabelladas aventuras solían terminar en desastre; bien es cierto que en el desastre dejó Jiménez de Quesada una huella filosófica singular. Pero no adelantemos acontecimientos.

Jiménez de Quesada viene con Fernández de Lugo en condición de auditor general de la expedición. Es un hombre de leyes. Había nacido hacia 1510; tal vez en Granada, quizás en Córdoba. Hijo de hidalgos acomodados, su padre era abogado y él mismo se licenció en Salamanca. Traía su propia experiencia guerrera: había estado en la campaña de Italia. Pero lo que ahora se abre ante Quesada es la mayor aventura de su vida. Fernández de Lugo activa los planes de sus predecesores en Santa Marta: someter a los indios del entorno costero y, después, afrontar una exploración metódica remontando los grandes ríos de la zona. Es entonces cuando realmente puede decirse que empieza la conquista de lo que aún no se llama Nueva Granada. Pero he aquí que Pedro Fernández de Lugo, hombre ya de edad, sucumbe a las enfermedades tropicales y muere en pocos meses. Es 1536. Y a Jiménez de Quesada le pica el aguijón de la aventura.

Nuestro hombre se ofrece para internarse en el país y buscar las fuentes del río Grande (el Magdalena), una misión en la que todos habían fracasado antes. Está convencido, como todos, de que al otro lado se encuentra el Perú. Jiménez de Quesada parte río arriba con 6 naves, 700 soldados, 100 jinetes y 3 capellanes. Viajan con él, entre otros, su hermano Hernán Pérez de Quesada, Juan de San Martín, Juan del Junco (como segundo al mando) y Lázaro Fonte. Un grupo irá por el río con los barcos; otro, con el propio Quesada al frente, por tierra. A los seis meses, el hambre, las alimañas y las fiebres los han diezmado: no quedan más que 200 hombres y 2 barcos. Solo han recorrido 350 kilómetros, pero ha sido un trayecto letal. Lo peor es que no aparece oro por ninguna parte. Algunos desertan —la mayoría morirá en el viaje de regreso—, pero Jiménez de Quesada continúa con sus ya escasísimos compañeros. Está ya en un lugar distinto al que el gobernador le ha asignado, pero ha encontrado señales de un importante comercio de sal y noticias de salinas en los alrededores. No es oro, pero también vale mucho. Merece la pena seguir.

La expedición atraviesa cordilleras y ríos, selvas y ciénagas, y en febrero obtiene su recompensa: el valle del Opón, donde encuentran oro, esmeraldas, sal, y también venados, conejos, patatas, maíz. El mayor premio llega en Tunja, donde los nuestros hallan una verdadera fortuna: 182.536 pesos de oro puro, 29.806 pesos de oro de menor calidad y 836 esmeraldas. Es el reino de los chibchas. A veces será posible pactar con los indios; otras veces habrá guerra. El 4 de marzo de 1537 se celebra por primera vez una misa en el altiplano de Bogotá. Han recorrido 1.117 kilómetros tierra adentro. Les ha llevado un año. Y nuestro hombre, Jiménez de Quesada, se comporta como un caballero andante. En uno de los momentos cruciales de la conquista tiene que enfrentarse a sucesivos jefes indígenas: Tysquesusha y Sacresazipa. Y así les hablaba Jiménez de Quesada:

Porque has de saber que el papa, monarca soberano que por el poder de Dios tiene suprema autoridad sobre todos los hombres y reinos de la tierra, tuvo por bien darle al rey de España este nuevo mundo, para que en él sucediesen sus herederos, con el fin de que las gentes bárbaras que lo habitan, y tan ciegas viven en sus idolatrías, fuesen instruidas y adoctrinadas en nuestra santa fe católica, reconociendo solo un Dios autor de todo lo criado, de cuyo poder depende el premio y castigo eterno. Y así, por cumplir las órdenes de nuestro rey, que son en conformidad de la voluntad del papa, hemos venido descubriendo varias provincias, ofreciendo toda amistad a sus moradores, aunque los efectos han sido muy diferentes con aquellos que no han querido admitir la paz. Abandona, pues, tu arrogancia. Quedaremos en perpetua amistad y olvidaremos lo pasado. Y ven conmigo, que juntos ordenaremos el asiento de las paces. Pues debemos tratar de muchas cosas tocantes a tu alma y a las almas de tus vasallos. Y también te daré a conocer al rey y señor que me envía.

Pese a las solemnes palabras de don Gonzalo, españoles e indios se roban, se matan, se traicionan —unos a otros y también entre sí mismos—. Es esto lo que da un aire propiamente quijotesco al episodio: a ras de tierra, los hombres son hombres; por encima de toda esa ferocidad, como si estuviera en otro mundo, Jiménez de Quesada declama sentencias. No era un hipócrita, ojo. Los testimonios de la época son inequívocos, como el del padre Aguado: «Algunos capitanes ha habido como el general Jiménez de Quesada, descubridor de este reino, que en sus primeras entradas han sido tan moderados, que jamás han hecho ni consentido hacer demasías a los indios, mirando y considerando su ignorancia».

El encuentro decisivo será en Tocarema. Pocos kilómetros al oeste de lo que aún no es la ciudad

de Bogotá. En la región había dos grandes grupos indígenas: los muisca, agricultores y orfebres de origen chibcha, y los panches, de origen caribe, belicosos y antropófagos. Quesada ha de enfrentarse a unos y a otros. El primero en caer es el jefe (*zipa*) muisca Tysquesusha. Su sucesor, Sacresazipu (o Zaquezazipa o Sagipu, que de las tres formas se le llama), continúa las hostilidades, pero su enemigo más letal no son los españoles, sino los panches, que incesantemente arrasan sus cultivos y secuestran a sus mujeres. Zaquezazipa opta entonces por aliarse con Quesada para combatir a los panches. Así se llega a la batalla de Tocarema, donde Jiménez de Quesada alinea 50 soldados españoles y unos 15.000 guerreros muisca.

Es el 19 de agosto de 1537. Los panches conocen ya el efecto de la caballería, de manera que se hacen fuertes en un elevado cerro. Desde allí dismantelan con lluvias de flechas todas las ofensivas de muisca y españoles. Durante toda la jornada del 19 de agosto, Quesada intenta acogotar a los panches sin conseguirlo. Entonces su hermano Hernán idea una estratagema: esa noche finge una retirada y oculta en campo abierto las armas de fuego y la caballería. Después ordena a los muisca que abandonen el asedio de la colina. Los panches, crecidos, salen en persecución de los muisca. No entienden que se les está llevando a una trampa. Cuando salen a campo abierto, aparecen los españoles con sus caballos y arcabuces, los muisca dan media vuelta y contraatacan, los panches no saben reaccionar... Era el 20 de agosto de 1537. A los pocos días aparecen algunos caciques panches, supervivientes de la batalla, con un tributo de oro y aguacates. Jiménez de Quesada había vencido.

Después de varias expediciones de reconocimiento, nuestro protagonista decide fundar su propia capital. El 6 de agosto de 1538 nacen oficialmente el Nuevo Reino de Granada y la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Son doce bohíos y una capilla. Se celebra una misa para solemnizar el momento. En Bogotá se reunieron los españoles dispersos en los distintos asentamientos. De la hueste que partió de Santa Marta solo quedaban 178 hombres entre soldados y artesanos. Llegó el momento de repartir el botín, y este era monumental. Se empezó por hacer los pagos prescriptivos: el quinto real, el salario del cirujano, el coste de los medicamentos y los bastimentos (plomo, armas, herramientas), las donaciones a las iglesias de Santa Marta, las misas por los difuntos... Aun excluido todo eso, la cantidad para dividir era de 148.000 pesos de oro puro, 16.964 pesos de oro de menor calidad y 1.455 esmeraldas. Los hombres de Nueva Granada eran ricos.

Jiménez de Quesada permanece en Bogotá y consolida su dominio. Va conquistando como si fuera un guerrero filósofo. Leemos la crónica de sus aventuras y nos da la impresión de que ponía tanto empeño en construir frases como en abrir brazos de selva. Asiste a las cosas de la conquista, a la rapiña sobre los tesoros de los chibchas, o a los pactos y traiciones con los caciques, como si estuviera construyendo un relato. A veces parece más un testigo que un protagonista, ya hable de los saqueos con mirada desengañada e irónica o ya de las condiciones del trato a los indios. Así hablaba Jiménez de Quesada:

Era de ver sacar cargas de oro a los cristianos en las espaldas —¡llevando también la cristiandad a las espaldas...!— (...). En el trato con los naturales, importa que nos reconozcan como hombres. No desmintamos con las obras lo racional de los propósitos; no faltemos a lo pactado, y nos haremos superiores guardando palabra (...). Todas estas cosas no ha de ser la

violencia lo que las ha de conseguir, pues esta antes suele destruir lo negociado, sino la confianza en Dios y la mano blanda. Pues así los tendremos en todas las voluntades de todos los que encontremos, porque al fin son hombres como nosotros, y todo hombre tiene natural inclinación a ser amigo de quien le trata con amistad. Y así de estos indios no hemos de tomar más de lo que nos quisieran dar, porque, al fin, todo cuanto vamos pisando es suyo por Derecho natural y divino, y el dejarnos entrar es gracia que nos hacen, y de justicia no nos deben nada.

Este es, en fin, el hombre que en 1538 funda Nueva Granada.

Pero aún tenían que suceder más cosas asombrosas. En el altiplano de Bogotá, los indios informan a Quesada de que otra expedición viene por el este. Es una expedición alemana: la manda Nicolás Federmann, el relevo de los desdichados Alfinger y Espira. Federmann viene desde Venezuela. Quesada tiene que negociar: el alemán tiene permiso para explorar, pero el territorio es del español; una compensación económica por los gastos de la expedición bastará para arreglar las cosas. Pero cuando Federmann y Quesada se arreglan para repartirse el botín, los indios vienen con otra noticia: una nueva expedición se acerca desde el oeste. Y esta la manda... ¡Belalcázar, una vez más!

Otra vez la lucha por la tierra

Es el verano de 1539 y en el altiplano de Bogotá han confluído la expedición de Jiménez de Quesada, que ha recorrido el cauce del Magdalena desde Santa Marta; la expedición del alemán Nicolás Federmann, que viene desde Venezuela a través del Orinoco y sus fuentes, y la expedición de Belalcázar, que viene desde Quito por el corredor de los Andes. Son tres proezas extraordinarias. Para calibrar la dificultad de las rutas, baste pensar que, en época contemporánea, esos territorios han sido la impenetrable guarida de la guerrilla durante más de medio siglo y hasta bien entrado el xxi. Sobre todo, y a efectos de nuestro relato: cada uno de estos tres hombres ha logrado la hazaña de conectar las posesiones españolas del Caribe sur con el Perú; ya hay un corredor —o, al menos, un esbozo de él— entre el Pacífico y el Caribe. Y a juzgar por los botines cosechados, hay también la certidumbre de mucho oro.

Ahora la cuestión era qué hacer. La primacía en la fundación de Bogotá era, sin duda, para Jiménez de Quesada, pero ¿hasta dónde por el sur? ¿Dónde empezaría el territorio de Belalcázar? Porque este había comenzado su ruta en Popayán y entre esta ciudad y Bogotá hay más de 500 kilómetros de selva, montaña y sabana. Por otro lado —nota importante—, Belalcázar seguía sujeto a la autoridad jurisdiccional de Pizarro, pero esta, por cédula real, solo tenía vigencia al sur del río Santiago, mientras que los territorios explorados y conquistados por el cordobés se extendían mucho más al norte. Belalcázar alimenta el sueño de liderar su propia gobernación, y lo único que le falta es saber hasta dónde puede marcar su territorio por el norte. En cuanto al alemán Federmann, no había que preocuparse demasiado: había llegado muy lejos, pero sus permisos se limitaban a la provincia de Venezuela, de manera que no iba a pelear por la nueva tierra. En todo caso, los tres necesitaban someter su situación al arbitrio de la corona, que era la única capaz de delimitar jurisdicciones. Y así, Quesada, Belalcázar y Federmann emprenden viaje a España. En Bogotá quedan las huestes de los tres conquistadores.

Belalcázar deja al cargo de Popayán a Lorenzo de Aldana, un cacereño de impresionante historial: ha llegado a las Indias con García de Lerma —el de Santa Marta—, ha pasado después al Perú, se ha cubierto de gloria en Cajamarca, ha ido a Chile con Almagro, ha formado con Pizarro en la guerra entre los conquistadores y ha terminado con Belalcázar en la expedición del norte. Aldana levanta numerosos asentamientos en el interior y bajo su mando se fundan las ciudades de Santa Ana de los Caballeros (hoy Anserma), Cartago y Antioquia. ¿Quién las funda? Jorge Robledo. Recordemos: el mismo Jorge Robledo que había encontrado a la expedición de Badillo en el oeste de Colombia. La peripecia de Robledo es impresionante: en perpetua lucha con los aguerridos indios paucuras y pozos, entre otros, recorrerá la cordillera occidental de los Andes en un radio de 200 kilómetros entre 1539 y 1542.

Pero a Robledo, que en principio actúa por cuenta de Belalcázar, le va a suceder algo que le cambiará la vida. Y es que en este momento reaparece en nuestra historia un viejo y ya casi olvidado conocido: Pascual de Andagoya, aquel alavés que, quince años atrás, fue el primero en traer noticia cierta del Perú y sus riquezas. Andagoya se había visto forzado a permanecer en Panamá, pero no por eso se quedó quieto: sus barcos y sus mulas habían sido determinantes en asegurar la comunicación

entre el Perú de Pizarro y Panamá y, a través del istmo, la salida a España de los tesoros incas. Una oscura sucesión de pleitos dio con sus huesos en presidio y el alavés se vio juzgado en España. Salió con bien y, aún mejor, con derecho a pedir desagravio. Ahora, con el mapa despejado, Andagoya pedía y obtenía un cargo en la nueva frontera, y el Consejo de Indias se lo dio: visitador de indios, primero, y consecutivamente gobernador del río San Juan, entre el Chocó y el Cauca, en el litoral del Pacífico colombiano.

Andagoya sostenía que este río había sido descubierto por él y que quedaba fuera de las jurisdicciones de Belalcázar y Jiménez de Quesada. Lo primero era enteramente cierto, pero lo segundo resultaba más que dudoso, porque en aquel momento nadie estaba en condiciones de definir exactamente la frontera entre las tierras de Popayán y las de Bogotá, y el juicio de la corona aún no había llegado a aquellas latitudes. El hecho es que Pascual de Andagoya marcha a la desembocadura del río San Juan y funda la ciudad de Buenaventura. Al norte, las selvas del Chocó. Al sur, un paisaje de ciénagas irrigadas por mil ríos. Andagoya penetra hacia el interior, en dirección a Cali. Y allí se encuentra a Robledo. Es julio de 1540.

Robledo se ve atrapado en un conflicto de fidelidades: por una parte, debe lealtad a Belalcázar y Aldana; por otra, las credenciales de Andagoya son impecables. Y ocurre, además, que esas tierras de la actual Antioquia las ha conquistado precisamente él, Robledo, así que ¿por qué no va a pedir para sí lo que todos los demás reclaman? De momento, Robledo y Andagoya acuden a Popayán, que en ese momento se halla sitiada por los indios. Resuelven el apuro y liberan la recién nacida ciudad. Y Pascual de Andagoya, muy seguro de sus credenciales, no se lo piensa dos veces y se declara gobernador de Popayán.

Andagoya no podía saber que la corona, en aquel mismo momento, había concedido Popayán a Belalcázar. Eso es, en efecto, lo que resolvió el Consejo de Indias. A Jiménez de Quesada no se le dio el gobierno que pedía —el de Bogotá—; tuvo que contentarse con los títulos de mariscal de Nueva Granada —es decir, jefe militar de aquella frontera— y gobernador de Eldorado, un laurel enteramente honorífico que no significaba gran cosa. Mucho peor le fue al alemán Federmann, que en España hubo de vérselas con los banqueros Welser: estos le pidieron explicaciones y una compensación económica por la expedición, Federmann los demandó ante los tribunales y el pobre Nicolás terminó con sus huesos en la cárcel; morirá en presidio en Valladolid en 1542. Pero Belalcázar, por el contrario, sí consiguió lo que buscaba: un título de gobernador que le liberaba de la subordinación a Pizarro. En mayo de 1540, según cédula real de 10 de marzo, el cordobés se ve nombrado adelantado y gobernador de un amplísimo territorio entre las actuales Ecuador y Colombia. Así decía el edicto del rey emperador:

Don Carlos, por la Divina Clemencia, Emperador siempre Augusto Rey de Alemania; Doña Juana su madre, y el mismo Don Carlos, por la Gracia de Dios, Rey de Navarra, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc., por cuanto vos Capitán Sebastián de Belalcázar, continuando vuestros servicios con gente a pie y de a caballo, a vuestra costa habéis descubierto, conquistado y poblado las ciudades de Popayán y Santiago de Cali y villas de Anserma, Guanacas, Neiva y otras provincias y tierras a ellas comarcanas, es nuestra merced y voluntad que de ahora y de aquí en adelante por todos los días de vuestra vida seáis nuestro Gobernador y Capitán General de dichas ciudades.

Ahora el problema era, naturalmente, Andagoya, cuyos títulos quedaban reducidos a los cenagales selváticos de Buenaventura y la desembocadura del río San Juan. Belalcázar llega a su gobernación, se instala en Cali y marca su territorio. Pascual de Andagoya siente que le han robado la cartera, pero no hay nada que hacer: los títulos del cordobés son inapelables. Deprimido y vencido una vez más, Andagoya marcha a Cuzco. Morirá allí muy poco más tarde, en 1548. Pero ¿y Robledo? Porque el valiente Robledo había quedado atrapado entre dos fidelidades. Belalcázar, sin embargo, no le será hostil: concede permiso a su capitán para proseguir sus conquistas, si bien siempre bajo las órdenes del cordobés. Curiosamente, el problema para Robledo no será Belalcázar, sino otro viejo conocido que había desaparecido de la escena y ahora vuelve dispuesto a recuperar lo que consideraba suyo: el terrible Heredia, el fundador de Cartagena de Indias, el hombre de la extravagante nariz.

El episodio no puede ser más ingrato. Robledo, que después de sus exitosas campañas en Antioquia se sentía injustamente tratado —y tenía razón—, pensaba regresar a España y pedir cargos en la región por él conquistada. Marcha a la costa de Urabá, en el Caribe, para tomar un barco. Y he aquí que, por el camino, se topa con Heredia. Este, dispuesto a quitarse rivales de en medio, manda apresar a Robledo bajo la acusación de haberse quedado con tributos que correspondían al rey y de haber usurpado la jurisdicción del propio Heredia. Es mentira, pero la añagaza funciona: Robledo se va a ver envuelto en un largo pleito para limpiar su nombre. Y Heredia queda dueño del campo.

Es, otra vez, el momento de Heredia. Marcha a Mompo, se reúne con su hermano y se lanza por el río Atrato en busca del Dabaibe, la región aurífera que en su día buscó Núñez de Balboa. Quiere oro. No lo encuentra. Decide entonces que Antioquia será suya. Se encamina a la ciudad y la reclama para sí bajo el argumento de que corresponde a su jurisdicción de Cartagena. El gobierno de la ciudad se niega a reconocerlo, pero Heredia está dispuesto a cualquier cosa: ataca y toma Antioquia por la fuerza. Heredia quizá no lo sabe, pero acaba de desafiar nada menos que al mismísimo Belalcázar.

Belalcázar era un hueso duro de roer. A estas alturas pasaba de los sesenta años y tenía a las espaldas un impresionante historial en Panamá, en Nicaragua, en Honduras, en la conquista del Perú, en la guerra contra Rumiñahui, en la conquista de Quito, en la conquista de Popayán, en la expedición a Bogotá... Tenía, además, un título real que le daba la gobernación de su feudo en Nueva Granada. No iba a dejarse comer la tostada por un tipo como Heredia. Mandó tropas a Cali —las mandaba el capitán Cabrera—, apresó a Heredia y lo facturó a Panamá bajo denuncia de usurpación.

A Heredia hay que reconocerle que era hombre de recursos: se las arregló para persuadir a la Audiencia de Panamá de que aquel asunto excedía sus funciones y logró volver a Cartagena. Era 1544. Pero, a partir de este momento, todo va a ponerse cabeza abajo para el conquistador madrileño. Según llega a Cartagena, se encuentra con que la ciudad está siendo saqueada por un corsario francés, un tal Roberto Val. Heredia se ve forzado a pagar un rescate. Pero no se amilana: de inmediato alista una breve tropa, vuelve a Antioquia y, provocando a Belalcázar, rompe a repartir encomiendas, como si aquello fuera suyo. Era una declaración de guerra, pero a Belalcázar no le hará falta mover ni un soldado: en ese momento ha llegado a Nueva Granada un auditor, Miguel de Armendáriz, dispuesto a poner orden, y su primer objetivo es precisamente el turbulento Heredia, al

que acusa de haber injuriado sin razón a Robledo. El fundador de Cartagena acababa de caer en desgracia.

Heredia se hace el sueco y sigue actuando como si gobernara. La situación es descabellada. La corona decide incorporar Antioquia a la gobernación de Popayán, lo cual es tanto como segarle la hierba bajo los pies, pero él persiste en gobernar Cartagena. La Real Audiencia tiene que mandar desde España a un fiscal, Juan de Maldonado, para meterle definitivamente en cintura. Lo hará con un impresionante alegato de 289 cargos donde no falta de nada: violación de leyes, apropiación ilegal de fondos, nepotismo, hurto del quinto real, entorpecimiento de las deliberaciones del cabildo, maltrato a indios y caciques con «grandes excesos de muertes y cortamientos de labios y orejas y tetas». Heredia intentó por todos los medios obstaculizar el proceso, pero aquello era el final de su carrera.

Mientras tanto, volvía a Nueva Granada otro de nuestros personajes: Jorge Robledo, limpio ya su nombre y recompensado con el título de mariscal de Antioquia, lo cual le facultaba para dirigir a las tropas en la región, además del cargo de gobernador de las tierras que conquistase. Corre ya 1546. Robledo vuelve con esposa: María de Carvajal, distinguidísima dama emparentada con los marqueses de Jódar, tan hermosa como arisca, tan inteligente como ambiciosa. Parece que doña María y sus influencias en la corte fueron determinantes para el prometedor retorno de Robledo. El bravo mariscal está dispuesto a sentar sus derechos en esta lucha por la tierra. Doña María, según llega a Antioquia, se hace llamar «señora mariscal».

Por desgracia, Robledo equivoca el tiro: está convencido de que quien le ha denunciado es Belalcázar y lo primero que hace es prender al hombre de este en Antioquia. Nueva declaración de guerra. Y hay más: Robledo marcha sobre Cali dispuesto a acabar con Belalcázar. El visitador Armendáriz, en funciones de juez, trata de poner paz. Muy influido por María de Carvajal, que tenía una portentosa capacidad para ganarse la voluntad de cuantos hombres la rodeaban, Armendáriz reconoce a Robledo como gobernador provisional de Antioquia; respeta a Belalcázar su jurisdicción sobre Popayán, pero le confina en Cali. Esto, por supuesto, no satisface a Belalcázar, que, después de todo, había sido el superior jerárquico de Robledo y, por tanto, se consideraba con derecho a hacer propias las conquistas de este. Por otro lado, la corona no podía avalar esta reducción de las atribuciones de Belalcázar, de manera que desde España se desautoriza a Armendáriz. Y a partir de aquí, la guerra se hará inevitable.

Termina septiembre de 1546 cuando las huestes de Robledo y las de Belalcázar se encuentran cerca de Pácora, al pie de la cordillera occidental, a mitad de camino entre Cartago y Antioquia. Son las tierras que Robledo ha conquistado y que Belalcázar considera suyas. Las tropas del cordobés son mucho más numerosas que las de Robledo. Este intenta negociar. Belalcázar le tiende una trampa. Robledo se ve preso y sometido a un rápido juicio; rápido y completamente irregular. Belalcázar, feroz, le hace condenar a muerte. Robledo será ejecutado a garrote en la Loma del Pozo, en los alrededores de Pácora, el 5 de octubre de 1546.

¿Había ganado Belalcázar? No. La viuda de Robledo, la bella y orgullosa María de Carvajal, no iba a resignarse a que todo terminara así. Ya habían pasado los tiempos de la justicia de campaña, donde uno podía ejecutar a un hombre sobre el campo por una sospecha de insubordinación. Esto no

eran las selvas inextricables donde duerme el peligro indígena ni los desiertos atroces donde la muerte amenaza todos los días. Esto era ya Nueva Granada. Había ciudades, cabildos, obispos, auditores, jueces, tesoreros... Había la justicia del rey. María apela. ¿Ante quién? Ante Armendáriz, por supuesto. Al probo auditor no le cuesta lo más mínimo elaborar un amplio catálogo de cargos contra Belalcázar. El primero, el asesinato de Robledo. Y además, malos tratos a los indígenas, conducta irregular en las luchas entre Pizarro y Almagro, etc. Belalcázar se vio enfrentado a una condena a muerte. Apeló y desde España se suspendió la pena, pero no el proceso, que ocuparía el resto de la vida del conquistador. Decidió ir a Castilla para defenderse. No llegaría nunca: murió en 1551 en Cartagena de Indias mientras preparaba su viaje. Tenía setenta y un años.

Muy poco después, en 1554, moría en similares circunstancias otro protagonista del nacimiento de Nueva Granada: Pedro de Heredia, el fundador de Cartagena, el de la extraña nariz, el otro enemigo de Robledo. Heredia había tratado de litigar contra las innumerables acusaciones que pesaban sobre él. Acosado por todas partes, su poder en Cartagena se cuarteaba día a día. Cuando ya la sombra del cadalso se cernía sobre su cabeza, quiso emprender viaje a España para defenderse. Tampoco llegó jamás: su barco zozobró y Heredia murió ahogado frente a las costas de Cádiz.

Muerto y desacreditado Heredia. Muerto y condenado Belalcázar. María de Carvajal, la viuda de Robledo, vio satisfecha su venganza. Y después, se casó. No, no fue con Armendáriz. Fue con un funcionario mucho más importante: el tesorero de la Real Hacienda en Bogotá.

Pero, un momento: ¿dónde estaba el otro gran conquistador de Nueva Granada, el hombre que abrió el camino desde Santa Marta a la sabana de Bogotá? ¿Dónde estaba Gonzalo Jiménez de Quesada?

Eldorado era verdad

Jiménez de Quesada, recordemos, había vuelto a España para solventar el problema de Bogotá. La corona le había dispensado honores notables pero, después de todo, poco significativos. Era 1540. ¿Y después? Después Jiménez de Quesada se puso a escribir.

Nuestro hombre, en efecto, tardó diez años en volver a las Indias y ocupó ese tiempo en escribir su propia leyenda. Y cuando vuelva a Bogotá, todavía estará encerrado otros diecisiete años, siempre escribiendo. Casi toda su obra ha desaparecido, pero se sabe que entre 1539 y 1549 escribió un *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, un monumental libro de memorias denominado *Gran Cuaderno* y una meditación política: *Indicaciones para el buen gobierno*. De nuevo en Bogotá, entre 1552 y 1569, escribe unos *Anales del emperador Carlos V*, un tratado polémico, *El Antijovio*, escrito para refutar el libro de Paulo Jovio contra los españoles y que es la única obra de Quesada que tenemos hoy íntegra en Internet (en la biblioteca Luis Ángel Arango); escribe también *Las diferencias de la guerra de los dos mundos* y otras memorias tituladas *Ratos de Suescas*; todo perdido.

Mientras Quesada escribía su propia leyenda, en torno a Bogotá iba naciendo un mundo nuevo. En 1549 se constituye la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, con jurisdicción sobre todas las tierras conquistadas de Colombia y Venezuela. Una pieza fundamental en la ordenación del territorio fueron los misioneros, no solo por las casas que fundaron y por la labor unificadora de la evangelización, sino también por su esfuerzo en aprender las innumerables lenguas indígenas. Entre los siglos xvi y xviii, una legión de dominicos, franciscanos, jesuitas, capuchinos y agustinos traduce las Escrituras a esas lenguas y elabora vocabularios. Gracias a ese trabajo será posible establecer centros permanentes, las «Doctrinas», donde se fija la población y empieza a organizarse la vida. Uno de los primeros misioneros franciscanos en Nueva Granada, el navarro Esteban de Asensio, escribió en 1585 una *Historia memorial* donde nos cuenta cómo funcionaban estos establecimientos.

Cuando Jiménez de Quesada terminó de escribir, aquel Quijote decidió emprender la última gran aventura. ¿Cuál? La búsqueda de Eldorado, por supuesto, pues no en vano poseía el título de gobernador de aquel mundo misterioso. Estamos hablando de un hombre que en aquel momento, 1568, tenía ya sesenta años. Será la segunda salida de Jiménez de Quesada. Parte de Santa Fe de Bogotá con 400 españoles, 1.500 indios, 8 clérigos y 1.100 caballos. Durante tres años recorre la selva: ciénagas, caimanes, pirañas, tarántulas, jaguares, malaria, tifus, tribus hostiles... Cuando vuelve en 1572, con las manos vacías, le acompañan tan solo 64 blancos, 4 indios, 2 clérigos y 18 caballos. La aventura ha costado 2.000 vidas. Lo asombroso es que el viejo sobreviviera. Aún intentará una tercera expedición; la lepra se lo llevará antes, en 1579, pero no sin escribir dos nuevos libros. Sus restos descansan en la catedral Primada de Bogotá.

Jiménez de Quesada murió sin descendencia. Todos sus bienes —se hizo riquísimo— fueron para su sobrina María, casada con un notable militar, Antonio de Berrío, de Guadix, veterano de las guerras de Carlos I. Pero Quesada quería que sus ambiciones le sobrevivieran y, en su testamento, puso la condición de que sus herederos continuaran la búsqueda de Eldorado. Antonio de Berrío sucumbirá también a la fiebre. Durante quince años buscará Eldorado por las selvas y los llanos de

Venezuela. En una de esas expediciones se topará nada menos que con el marino inglés Sir Walter Raleigh, que había acudido al Orinoco atraído por el mismo cebo: Eldorado. El inglés apresará al español durante unas semanas. Berrío, que en ese momento tenía ya setenta y cuatro años, morirá poco después. Raleigh vuelve a Inglaterra, pero Eldorado le ha tocado con su maldición: sufre doce años de cárcel. Nada más salir, solo piensa en volver a la selva; lo hará, pero será inmediatamente detenido, juzgado de nuevo y condenado a muerte en 1618. Los Berrío tampoco se librarán de la maldición: el hijo de Antonio, Fernando, toma el testigo de Quesada y se arruina buscando Eldorado; metido en problemas legales, viaja a España para pedir el perdón real, pero es apresado por piratas berberiscos y muere de peste en un presidio de Argel. A estas alturas, Eldorado ya es sinónimo de tragedia.

Habrán más expediciones, hasta quince en sesenta y seis años, y eso por hablar solo de las autorizadas. La más trágica fue la encabezada por el navarro Pedro de Ursúa en 1560, que buscó Eldorado en la cabecera del Amazonas. Es aquí donde aparece la figura demente de Lope de Aguirre (y ya es delito que esta sea la única aventura de Indias que ha llamado la atención del actual cine español). Aguirre era un loco criminal; la fiebre del oro acentuó su locura. Se rebeló contra el rey, mató a Ursúa, a muchos de sus hombres, a centenares de indios y a su propia hija, Elvira, antes de ser finalmente capturado y ejecutado a su vez. El cuerpo de Lope de Aguirre fue descuartizado y echado a los perros.

A finales del siglo xvi, los españoles arrojan la toalla: llegan a la conclusión de que Eldorado, si existe, debe de ser cualquiera de los lugares que han encontrado ya. Y se señala especialmente a la laguna de Guatavita, que habría sido el escenario de aquella legendaria ceremonia donde el Hombre Dorado rendía ofrendas de oro. ¿Qué hacer con aquella laguna? Desecarla; vaciarla hasta encontrar el fondo. Es una locura, pero todo en esta historia es demencial. En 1573, mientras otros locos vagan por la Guayana buscando el mito, el patricio de Bogotá Antonio de Sepúlveda obtiene permiso de Felipe II para abrir un canal en un extremo de la laguna. Logrará hacer descender el nivel unos cuantos metros y podrá rescatar una cantidad importante de oro y esmeraldas; en todo caso, no lo bastante para compensar los gastos.

Muchos otros utilizarán el mismo procedimiento: vaciar la laguna. En el siglo xix lo hará una compañía alemana bajo la orientación del geógrafo y naturalista Alexander von Humboldt. Luego, a principios del siglo xx, una compañía inglesa. Todos obtienen numerosos objetos de oro y esmeraldas, pero lo capturado es siempre inferior a la inversión: un negocio ruinoso. A esas alturas ya hay algo claro: en la laguna de Guatavita hay muchas riquezas, pero el lugar no es la fabulosa ciudad de oro. Esta seguirá teniendo pretendientes, frecuentemente desdichados. En el siglo xviii, una compañía holandesa desapareció en la selva amazónica. En 1925, una expedición portuguesa perece mucho más al sur, en el Mato Grosso; la mandaba un coronel y aventurero inglés, Percy Harrison Fawcett, en quien se inspirará Spielberg para imaginar a Indiana Jones. Aún hay quien sigue buscando: en 2006, un explorador venezolano, Charles Brewer Carías, aseguraba haber encontrado innumerables objetos de oro entre el Orinoco y el Amazonas, en el lecho ya seco de un viejo lago, el legendario Parima. Brewer afirma que esa era la mítica ciudad de Manoa.

¿Verdad? ¿Mentira? Hoy podemos reconstruir más o menos la historia. En 1969, dos aldeanos

descubrieron en una cueva cercana a Bogotá una primitiva figura de purísimo oro: es una almadía y hay una decena de hombres sobre ella. Puede admirarse en el Museo del Oro de Bogotá. Se trata, sin duda, de una representación de la ceremonia del Guatavita. Era, pues, verdad. Los conquistadores no perseguían una sombra. Y por eso el oro estaba allí, bajo la laguna. Lo que los españoles del siglo xvi no podían saber era que aquellas gentes, el pueblo del cacique dorado, habían sido exterminadas por los indios muisca mucho antes de que los primeros españoles pusieran los pies en sus tierras. Ahora bien, aunque los indios del Guatavita perecieron, su historia quedó flotando en la selva: de boca en boca se fue entreverando la memoria del Hombre Dorado con las noticias sobre los tesoros de los incas. Tesoros que también existían, aunque la leyenda los multiplicó. Así se construyó aquel mito que costó la vida de tantos millares de valientes... y de dementes.

¿Qué pensar hoy, quinientos años después, de aquella descabellada aventura? La Historia es una maestra severa. Por la ambición de Eldorado, los muisca que exterminaron a las gentes del Guatavita fueron a su vez sometidos por los españoles. Esa misma ambición abrió selvas, creó ciudades, y en ese camino se evangelizó a millones de personas. Afloró un continente entero. Para los indios que se veían perseguidos por otras tribus más violentas, fue una liberación; para otros pueblos, no. Y mientras algunos compatriotas nuestros perdían la vida buscando un oro legendario, otros españoles, en el camino que aquellos habían abierto, sembraban campos, levantaban universidades, fundaban catedrales. Como escribiría en el siglo xviii el jesuita valenciano Gumilla, misionero en el Orinoco, aquel oro tan ambicionado no era más que lodo, comparado con el oro espiritual de las almas de los indios.

Fue una obra de titanes que completó la conquista del continente americano. Parece literatura, pero fue realidad. No eran molinos, eran gigantes. Con ellos peleó Jiménez de Quesada. Y eso es lo que, medio milenio después, ha quedado de la gran aventura de Eldorado. Sin ella, tal vez, la gran proeza española de la conquista de América no habría sido tan grande.

Y ahora, regresemos al extremo sur.

15. EL MISTERIO DEL REY BLANCO EN LA SIERRA DE PLATA

Un vacío en el mapa

En 1534, mientras Hernando Pizarro obtenía en Toledo un reparto de jurisdicciones para el recién conquistado Perú, la corona arbitraba la creación de otras gobernaciones más al sur, en el Río de la Plata y en la Patagonia. Los nuevos territorios iban a llamarse Nueva Andalucía y Nueva León. Los hombres encargados de convertir aquello en realidad eran dos caballeros de la máxima confianza de la corona: para Nueva León, el portugués Simón de Alcazaba y Sotomayor, al servicio de la casa de Austria desde 1522; para Nueva Andalucía, el granadino Pedro de Mendoza, caballero de Alcántara y Santiago, emparentado con la linajuda familia del Infantado. Había comenzado la conquista del Cono Sur americano.

Hasta aquel momento, lo que hoy conocemos como Argentina era un punto vacío en el mapa. Desde la pionera y trágica expedición de Solís, en 1516, aquellas tierras permanecían prácticamente inexploradas. Por sus costas habían navegado Magallanes y Elcano en su viaje alrededor del mundo en 1520; gracias a los apuntes de Pigafetta se tenía noción de la naturaleza de esos parajes y era posible reconstruir con exactitud el perfil del litoral, pero se sabía muy poco más y se ignoraba por completo qué podía haber en el interior. La única noticia más o menos veraz que había llegado a España era la que dieron los supervivientes de Solís —aquí lo hemos contado— acerca de aquel misterioso «rey blanco en una sierra de plata», lugar que supuestamente debía de encontrarse Río de la Plata adentro (los españoles aún lo llamaban «Río de Solís»).

El siguiente en intentarlo fue García Jofre de Loaísa, caballero de San Juan (la que luego se llamaría Orden de Malta), en una expedición ordenada por el propio rey Carlos con el propósito de sacar el mayor partido a los hallazgos de Magallanes y Elcano, doblar el cono sur americano, llegar a las Molucas y asentar bases estables en las Islas de las Especias. De hecho, el propio Elcano viajaba en ella y fue aquí donde encontró la muerte. De este viaje hemos de hablar largo y tendido más tarde, cuando abordemos la conquista del Pacífico, porque fue una de las navegaciones más duras de todos los tiempos. Baste ahora saber, por lo que al sur del continente se refiere, que la armada de Jofre de Loaísa recorrió el litoral argentino entre 1525 y 1526, hubo de soportar inclemencias sin cuento, descubrió el cabo de Hornos —el extremo sur de América— y logró pasar al otro mar, aun con enormes quebrantos.

La extrema dureza del sur del continente llevó la atención, como es lógico, a las más practicables tierras del Río de la Plata, donde la navegación era muy factible y, por otro lado, había mayor esperanza de encontrar riquezas. Con los conocimientos de la época, era una hipótesis muy sugestiva y más que razonable que hacia el interior del Río de la Plata hubiera un país de ricos yacimientos de metales preciosos, y cada noticia que venía del Perú confirmaba las sospechas. Todas estas informaciones llegaron a oídos de un experimentado navegante: Sebastián Caboto, hijo de aquel Juan Caboto que había explorado Terranova para Inglaterra antes de que se lo tragaran las aguas en Groenlandia.

Sebastián Caboto era veneciano y, como su padre, había navegado para los ingleses, pero desde 1512 venía trabajando ocasionalmente para España y diez años más tarde se le concedería el título de piloto mayor en el Consejo de Indias. Eso no le había impedido vender simultáneamente proyectos a unos o a otros, en función del tamaño de la bolsa. Un profesional, en fin.

Caboto supo de la expedición de Solís. Supo también de las noticias que traían los supervivientes. No le costó convencer al Consejo de Indias sobre la oportunidad de lanzar una nueva expedición a unas tierras que, después de todo, seguían abiertas y, además, era preciso ocupar para marcar el límite con los portugueses. El proyecto, por supuesto, iba más allá de la persecución de un sueño en la «sierra de plata»: al Consejo de Indias le interesaba sobre todo doblar el sur del continente, definir de una vez la ruta occidental hacia las Molucas y establecer bases en las posesiones españolas del Pacífico, limitadas por entonces al Panamá de Pedrarias Dávila porque Pizarro aún no había conquistado el Perú. El hecho es que la expedición partió de Sevilla el 3 de abril de 1526. Es posible que Caboto estuviera jugando con dos barajas. Pero el Consejo también: una semana antes, en enero de 1526, había partido de La Coruña otra expedición, la de Diego García de Moguer (veterano del viaje de Elcano), en busca de la ruta hacia las Islas de las Especias. Y por el mismo camino que Caboto. Esto tiene su explicación: desde el viaje de Elcano, y por iniciativa del rey Carlos, había nacido en La Coruña una nueva Casa de la Contratación orientada no hacia América, sino precisamente hacia la Especiería. Fue esta casa la que armó el viaje de García de Moguer como antes había armado el de García Jofre de Loáisía.

El hecho, en cualquier caso, es que Caboto partió de Sevilla el 3 de abril de 1526. Iba con él Miguel de Rodas, piloto, otro veterano del viaje de Elcano. La expedición recorre el litoral brasileño y llega al gran estuario del Plata. Como tantos otros, Caboto piensa que puede ser un paso a la mar del Sur. Explora el Paraná hacia el interior: nada. Explora también el río Uruguay y el San Lorenzo (hoy San Juan). Sus órdenes son seguir camino hacia las Molucas, pero Caboto parece decidido a permanecer allí hasta descubrir el secreto de la «sierra de plata». Los indios son hostiles. Levanta un fuerte en la orilla oriental, cerca de donde hoy está la ciudad uruguaya de Carmelo. Es febrero de 1527. Sigue sin aparecer riqueza alguna. Solo vagas noticias. Llega el mes de junio. Donde el río Carcarañá vierte en el Paraná levanta un asentamiento de ambición más perdurable: lo llama Sancti Spiritus y es formalmente la primera base española en Argentina. Pero, por el camino, en la región encuentra Caboto algo aún más sorprendente: un español.

¿Se acuerda usted de Francisco del Puerto, aquel grumete que, por niño, sobrevivió a la hecatombe de la expedición de Solís? Los indios no se lo comieron porque no era un guerrero, sino solo un chaval. Pues bien, ahora Francisco del Puerto era un indio más. Francisco se acercó a los nuestros y repitió ante Caboto las conocidas historias sobre sierras de plata y reyes blancos. En este mismo momento, muchos kilómetros al noroeste, Huáscar y Atahualpa se estaban despellejando por ser reyes blancos en sierras de plata, pero esto nadie podía saberlo en Sancti Spiritus.

El encuentro con los indios de la región dejó en los nuestros una impresión imborrable. Hay un testimonio valiosísimo que es el de un joven miembro de la tripulación, Luis Ramírez, que el 10 de julio de 1528 enviaba a sus padres una carta donde, entre otras cosas, describía así a los nativos:

Esta es gente muy ligera; mantiénense de la caza que matan y en matándola, cualquiera que sea, la beben la sangre, porque su principal mantenimiento es, a causa de ser la tierra muy falta de agua. Esta generación nos dio muy buena relación de la sierra y del Rey Blanco, y de otras muchas generaciones disformes de nuestra naturaleza, lo cual no escribo por parecer cosa de fábula, hasta que placiendo a Dios Nuestro Señor, lo cuente yo como cosa de vista y no de oídas.

El veneciano deja Sancti Spiritus al mando del capitán Gregorio Caro y despliega tres avanzadas por tierra y una por agua. Esta última la mandará él: remonta el Paraná primero, el Paraguay después hasta el río Bermejo. Lo único que encuentra es selva y la hostilidad de los indígenas. En ese momento llega a Sancti Spiritus otra expedición española. ¿Cuál? La de Diego García de Moguer, que monta en cólera al interpretar que otros han ocupado su territorio. Parece, sin embargo, que la precariedad del establecimiento de Sancti Spiritus y la incertidumbre sobre la suerte de Caboto pudieron más en el ánimo del onubense, de manera que Diego decide aviar sus barcos y partir río arriba en busca del veneciano. Lo encuentra muy al norte, en el curso del Pilcomayo. Allí ocurre algo lamentable: durante un masivo ataque indígena, Francisco del Puerto, el grumete indianizado, abandona a los españoles y se pasa al bando contrario. Caboto y García de Moguer tendrán que volver río abajo sin haber hallado nada más que leyendas. Y sin su guía. Por el camino levantarán otro pequeño fuerte: el establecimiento de San Salvador.

Así le iba a la campaña fluvial de Caboto, pero ¿qué había sido mientras tanto de las otras avanzadillas, las de tierra? Nada estimulante. Dos de ellas partieron hacia el interior, dirección sur, y desaparecieron para siempre. Sin duda los indios las exterminaron. Una tercera, sin embargo, tendría mejor éxito. La mandaba Francisco César y, aunque hay enormes controversias sobre estos datos, debía de constar de unos siete hombres. César se dirigió hacia el suroeste. Terminaba el año 1528. La breve compañía llegó cerca de unas sierras, tal vez las de Córdoba, y encontró un paisaje ampliamente poblado. Los indios que le tocaron en suerte —y suerte es la palabra adecuada— no eran los feroces guaraníes ni los belicosos charrúas, que solían matar antes de preguntar, sino los más civilizados querandíes o «indios pampas», ganaderos que tejían excelentes ropas con la lana de sus llamas y fabricaban hermosos objetos de oro y plata. Los nuestros se vieron acogidos con distante cortesía y llevados ante el cacique local. César, prudente, hizo ver como buenamente pudo que no venían a conquistar tierras. Tampoco habló de religión ante el jefe nativo. Durante varios días la compañía compartió la vida de aquellos indios. Después, agasajados con objetos de oro y telas, volvieron al fuerte al cabo de dos meses y medio. Corría febrero de 1529.

Mientras tanto, Caboto y García de Moguer enfilaban hacia Sancti Spiritus con las manos vacías. No llegaron hasta septiembre de 1529. Y lo que vieron les dejó de piedra: el capitán Gregorio Caro venía con unos pocos hombres; al fondo del paisaje, el fuerte humeaba completamente destruido. Los indios timbúes habían atacado sin descanso durante días. Caboto y García corrieron hacia el lugar. Había cadáveres mutilados por todas partes. Pudieron socorrer a unos pocos que aún permanecían dentro. Todo lo demás, destruido sin remedio. Incluso los barcos fondeados en la orilla, que boqueaban ahora desvencijados. Entre los muertos se contaba Luis Ramírez, aquel joven que había escrito a sus padres describiendo a los indios del lugar.

Caboto y García de Moguer desistieron. Dejaron un destacamento en San Salvador y regresaron a

España. A Ambos les esperaba una buena reprimenda. La peor parte se la llevó Caboto, que no solo había contravenido sus órdenes —llegar a las Molucas—, sino que además había abandonado a la expedición. Tan graves eran sus faltas que acabó juzgado y deportado a Orán. De allí le sacó el perdón real años más tarde, pero Caboto irá a vender sus servicios a Inglaterra. Precisamente buena parte de los datos sobre su aventura en el Plata procede del juicio que se le formuló en aquella ocasión. Muchos miembros de la expedición pasaron ante el tribunal para prestar testimonio. No así Francisco César, el afortunado embajador ante los pampas, porque este no llegó a España: aprovechando que su barco hizo escala en Santo Domingo, César se quedó en La Española. Allí entró en la hueste de otro conquistador que andaba reclutando hombres: Pedro de Heredia, el fundador de Cartagena de Indias. Pero esa historia ya la hemos contado.

Nacimiento y muerte de Buenos Aires

Ya hemos visto los primeros tanteos en el extremo sur. Ahora volvamos a Toledo. 1534. La corona otorga Nueva Andalucía a Pedro de Mendoza y Nueva León, es decir, el extremo sur de América, a Simón de Alcazaba. Mendoza es un gran personaje. No solo por linaje, sino también por méritos propios: ha combatido para el emperador Carlos en Italia y en Alemania, ha tomado parte en el saqueo de Roma de 1527, del que se trajo una buena fortuna y una sífilis... Mendoza no es un navegante ni un aventurero: es un gran señor con experiencia militar y acreditadas dotes políticas. No va solo a conquistar; va, sobre todo, a poblar, a crear colonia. En 1534 ya se sabe dónde está el Perú. También se sabe que está lleno de oro. Las historias de la Sierra de Plata quizá no sean una simple fábula. Acotar el territorio por el sur es el mejor modo de controlar los acontecimientos. Por eso la corona encomienda la misión a uno de los suyos: Pedro de Mendoza, nombrado el 22 de agosto de aquel año primer adelantado, gobernador y capitán general de Nueva Andalucía.

¿Qué puede saber Mendoza del Río de la Plata? Todo lo que hemos contado ya. Además, que las cosas han ido de mal en peor desde el retorno de García de Moguer y Caboto. Por ejemplo, que los portugueses acudieron al fuerte de San Salvador con el propósito de echar de allí a los españoles y reclamar el territorio como suyo, y que solo encontraron muerte y destrucción: toda la hueste había sido exterminada por los indios. Tal fue la impresión de los portugueses que, después de hacer las oportunas mediciones y constatar que aquello era zona española, volvieron al lado portugués de la línea de Tordesillas. Y ni ganas de franquearla de nuevo.

Mendoza tardó un año en preparar su expedición. Y no es mucho para una misión que, entre otras cosas, le encomendaba fundar cuatro ciudades en aquellos parajes. Lo que Mendoza avía para el viaje es impresionante. Son 14 barcos, empezando por la capitana, la *Magdalena*, una elegante y generosa carabela de 124 toneladas y 26 metros de eslora por 7,5 de manga. Como piloto, el veterano Gonzalo de Acosta. Como jefe de la infantería, el maestre de campo Juan de Osorio, auxiliado por los capitanes Martínez de Irala, Pedro de Luján, Galaz de Medrano y Ruiz Galán. Como alguacil mayor, el joven burgalés Juan de Ayolas. Bajo su mando, unas 2.000 personas entre hombres y mujeres, soldados y siervos, españoles y extranjeros... Sí, extranjeros, porque con la flota zarpa un barco alemán —de los Welser, por supuesto— con flamencos y alemanes a bordo. La armada de Mendoza es una especie de reproducción flotante y a pequeña escala del imperio del rey Carlos.

No ha costado mucho llenar la lista de embarque: desde que Hernando Pizarro ha vuelto del Perú, son miles los españoles que pugnan por alistarse para las Indias. No se trata solo de aventureros. En el pasaje forman una veintena de hidalgos con título, mucho mayorazgo —primogénitos de familia noble—, además de caballeros de órdenes militares y oficiales veteranos de las guerras de Italia. Está, por ejemplo, el hermano de Santa Teresa de Ávila, Rodrigo de Cepeda. Hay que contar, por supuesto, a los clérigos: 14 religiosos jerónimos y mercedarios. Y también algunas mujeres: María Dávila, Catalina Pérez, Elvira Pineda, Isabel de Guevara... La nómina incluye a las amantes de Mendoza y Osorio. Sumemos al equipaje varios centenares de caballos y vacas. Y después de la escala en Cabo Verde, 200 esclavos negros. Con todo eso cruza el mar Pedro de Mendoza para

establecer los primeros asentamientos españoles en la Argentina.

Pero la euforia de la gran flota empieza a disiparse muy pronto. Mendoza está muy enfermo: no es un hombre viejo —no llega a los cincuenta años—, pero su cuerpo quebrantado por la sífilis apenas aguanta el viaje. Alguien a su lado le calienta la cabeza: ante los tesoros que sin duda va a encontrar —le susurran—, no cabe duda de que alguno de la expedición le traicionará. La siguiente confidencia hace aún más mella en el cerebro atormentado del jefe: el traidor sería nada menos que Juan de Osorio, el maestro de campo. En una escala en Río de Janeiro, Mendoza se ciega, manda apresar a Osorio, ordena su muerte a cuchilladas y acto seguido expone ante todos su cuerpo con el rótulo «por traidor y alevoso». A la expedición se le encoge el ánimo. Porque, además, no era verdad.

La flota llega a destino en enero de 1536. Es la desembocadura del Paraná y sus mil brazos. Lo primero que ven los nuestros es una muchedumbre de 2.000 indios charrúas vociferando en la orilla. Prudente, Mendoza ordena desembarcar en la orilla opuesta, en el sur. Es zona de los indios pampas, los querandíes que encontró César. Allí se elevará un fuerte provisional para proteger a los expedicionarios. Se aclara un cuadrado de unos 200 metros de lado. Se eleva a su alrededor un muro de tierra de más de 2 metros. A sus pies se excava una fosa con empalizada. En el interior se construyen chozas de paja y barro. Entre los menesterosos edificios, cinco iglesias. A principios de febrero de 1536 se funda formalmente la ciudad. Se llamará Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire. Es la primera fundación de Buenos Aires.

La supervivencia demostrará ser mucho más difícil de lo previsto. Los expedicionarios son muchos. Los víveres se acaban. La zona no es especialmente rica. Sin posibilidades de ocupar tierras en los alrededores, los recursos menguan sin reposición. Sobre todo: la enfermedad de Mendoza se agrava por días y priva a la colonia de un liderazgo efectivo. Durante un par de semanas, los colonos se las arreglan para obtener víveres de los querandíes, pero estos agotan pronto su generosidad. A Mendoza no se le ocurre mejor cosa que enviar a un contingente para reclamar los alimentos. Los indios responden con violencia. Mendoza replica con más violencia aún: 300 lansquenets alemanes y 30 jinetes. Pero los querandíes también saben combatir y superan la apuesta: los de Mendoza reciben una lluvia de flechas mientras los caballos caen con las patas atrapadas en unos extraños artefactos hechos de cuerdas de tripa con piedras en los extremos; los españoles acaban de descubrir las boleadoras.

A partir de este momento la primera Buenos Aires será fatalmente inviable. La colonia se ve acosada sin tregua por los indios. En el interior, las enfermedades y el hambre diezman la moral de los españoles. Sin un liderazgo eficiente, las rencillas internas se disparan. Todo es una catástrofe. Uno de los alemanes que viajaban en la expedición, Ulrico Schmidel, escribe: «Llegaron a tal punto la necesidad y la miseria que por razón de la hambruna ya no quedaban ni ratas, ni ratones, ni culebras, ni sabandija alguna que nos remediase en nuestra gran necesidad e inaudita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y cueros todos». Isabel de Guevara, que más tarde cobraría celebridad por una larga carta a la entonces regente Juana de Austria, precisa: «Fue tamaña el hambre que a cabo de tres meses murieron los mil. Pero como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres».

Faltan adjetivos para describir la atmósfera de asfixia que envuelve a los colonos. Su pequeño

asentamiento más parece cárcel que refugio. Afuera, solo indios hostiles y la pampa infinita, sin recursos para sobrevivir. Cuando los indios desaparecen, con la noche, llegan los pumas. Una operación tan cotidiana como hacer las propias necesidades fisiológicas requiere escolta armada.

La situación es desesperada y Mendoza resuelve moverse. Por una parte, envía a Gonzalo de Mendoza y a Gonzalo de Acosta a buscar víveres en Brasil. Por otra, escoge a quien ya se ha convertido en su lugarteniente, el alguacil mayor Juan de Ayolas, para explorar mejores asentamientos. ¿Dónde? Río arriba, siguiendo el curso del Paraná. Ayolas choca pronto con los guaraníes. Hay que pelear. El alguacil logra vencer sucesivamente a dos caciques, Lambaré y Rubichá, y recurre al viejo expediente de los conquistadores: no habrá represalias, sino que los une a su hueste. Gracias a la alianza con los guaraníes, Ayolas puede fundar varios pequeños asentamientos: Corpus Christi y Candelaria. Esta vez no habrá lucha con los timbúes que pueblan la región; al contrario, los nativos reciben bien a los españoles. El alemán Schmidel, que forma parte de este grupo, escribe al respecto:

Se ponen en cada lado de la nariz una estrellita de piedrecillas blancas y celestes, los hombres son altos y bien formados, pero las mujeres, por el contrario, viejas y mozas, son horribles, porque se arañan la parte inferior de la cara que siempre está ensangrentada. Esta nación no come otra cosa, ni en su vida ha tenido otra comida, ni otro alimento que carne y pescado. Se calcula que esta nación es fuerte de 15.000 o más hombres. Y cuando llegamos como a 4 millas de esta nación, nos vieron y salieron a recibirnos de paz en 400 kanneonn o barquillas con 16 hombres en cada una. Las tales barquillas se labran de un solo palo, son de 80 pies de largo por 3 de ancho y se boga como en las barquillas de los pescadores en Alemania, solo que los remos no tienen los refuerzos de hierro. Cuando nos juntamos en el agua nuestro capitán, Joann Eyollas, mandó al indio principal de los timbú, que se llamaba Rochera Wassú, una camisa, un gabán, un par de calzas y varias otras cosas más de reschat. Después de esto el dicho Rochera Wassú nos condujo a su pueblo y nos dio de comer carne y pescado hasta hartarnos.

Ayolas deja al guipuzcoano Martínez de Irala al mando del fuerte Candelaria y regresa a la colonia. Es julio de 1536. Pero en Buenos Aires, mientras tanto, las cosas no pueden ir peor. El asedio indio es insufrible. Un día los querandíes logran incendiar algunas casas del interior. La mayoría de la colonia tiene que trasladarse a los barcos. Allí sigue el acoso. Hay que recurrir al fragor de los cañones para mantener a raya a los nativos. Isabel de Guevara escribe que a las mujeres les corresponde «hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas y, cuando algunas veces los indios les venían a dar guerra, dar la alarma por el campo a voces, levantar a los hombres, los que estaban para ello, sargenteando y poniendo en orden los soldados». El hambre hace estragos. «Todo sirve de alimento —escribe Ruy Díaz de Guzmán—: sapos, culebras, carroña y la misma carne humana. Dos personas a escondidas recortan jirones de carne de un colgado a quien ejecutaron por robar un caballo y se los comen».

Al fin llega Ayolas. Trae provisiones. El alivio es infinito. Mendoza opta por marchar con su lugarteniente hacia el enclave de Corpus Christi, río arriba. Allí, mientras tanto, ha aparecido un español: Jerónimo Romero, superviviente de la destrucción del fuerte de San Salvador, que repite las conocidas historias de sierras de plata. Aquellas selvas, sorprendentemente, estaban llenas de europeos errantes: Gonzalo de Acosta y Gonzalo de Mendoza, en su salida en busca de víveres, también habían encontrado a un buen número de españoles, italianos y portugueses, la mayoría de

ellos con mujeres e hijos indios y, sobre todo, con un conocimiento muy preciso de la región. Parece posible enderezar las cosas. En Corpus Christi, Pedro de Mendoza envía a Ayolas hacia el interior. Queda una vez más Martínez de Irala al frente de los asentamientos. Y Mendoza vuelve a Buenos Aires.

A la pequeña colonia había regresado mientras tanto Acosta con sus barcos, sus españoles errantes y sus víveres. Allí, en Buenos Aires, había quedado como jefe en ausencia de Mendoza un capitán granadino: Francisco Ruiz Galán, compañero de juventud del propio adelantado. Galán demostró ser mucho mejor jefe que Mendoza: hizo sembrar una huerta, reutilizó las maderas de barcos inútiles para construir casas, iglesias y empalizadas, reorganizó la defensa... El hambre también había hecho estragos entre los indígenas, que finalmente abandonaron el campo. Cuando reapareció Mendoza, terminando octubre de 1536, Buenos Aires parecía otra cosa: libre de asedio y funcionando como una ciudad.

El adelantado se anima, pero algo inquieta su ánimo: pasan las semanas y no hay noticia de Ayolas. La incertidumbre es grave porque la misión, tal y como se ha ido configurando bajo la presión de los acontecimientos, requiere asentar bases estables que solo pueden levantarse río Paraguay arriba, es decir, el lugar por el que ha marchado Ayolas. Mendoza decide lanzar una nueva expedición en su búsqueda. La mandará Juan Salazar, burgalés de Espinosa de los Monteros; llevará consigo 2 bergantines y 60 hombres. Es enero de 1537.

En este momento la fundación de Nueva Andalucía está resultando algo muy diferente a lo previsto por Mendoza. Hay en la orilla sur del estuario del Plata un asentamiento precario, Buenos Aires, en un páramo con escasos recursos y bajo muy difíciles condiciones de supervivencia; hay río Paraná arriba dos fuertes, el de Corpus Christi y el de Buena Esperanza, y más al norte otro asentamiento, el de Candelaria, a orillas del río Paraguay, donde ha quedado Martínez de Irala. Entre el hambre y las luchas con los indios, la población de Buenos Aires ha quedado diezmada. De las más de 1.500 personas que habían llegado con él al Plata, solo quedaban 400, y la mayoría se hallaba dispersa por los fuertes del río; en Buenos Aires ya no había más que 80 españoles, y en la inviable situación que conocemos. ¡Más de un 60 por ciento de bajas! La única solución pasa por trasladarse a esos asentamientos río arriba. Pero no es posible trasladar nada mientras Ayolas no regrese diciendo que el campo está abierto. Y pasan los meses y Ayolas no vuelve. Pedro de Mendoza, enfermo, al límite de sus fuerzas, arroja la toalla.

El 22 de abril de 1537, el adelantado hace pública su intención de volver a España. La enfermedad le tiene físicamente paralizado. Pasa todas sus atribuciones a Ayolas, al que nombra teniente de gobernador y capitán general. Encarga la dirección de Buenos Aires a Francisco Ruiz Galán. Zarpa de inmediato hacia España. No quiere morir en el Plata. Lo hará poco más allá, porque su barco naufraga en junio de 1537 en el océano Atlántico, a la altura de las costas brasileñas. Sórdido final.

Quien trajo a Buenos Aires la noticia de la muerte de Mendoza fue el otro Mendoza, Gonzalo, el marinero, que iba y venía a la colonia llevando y trayendo españoles dispersos de otras expediciones. Para entonces Buenos Aires se había convertido en algo viable. Ruiz Galán sabía mandar. El capitán había impuesto una severa disciplina castrense que incluyó el cortar sendas orejas

a dos colonos que robaron comida ajena. También se le imputa haber atado a alguno a un árbol para que se lo comieran las fieras, aunque no se sabe si esto es verdad o novela. Pero, sobre todo, Galán, además de saber mandar, sabía trabajar: hizo sembrar campos de maíz alrededor de la colonia y él fue el primero en hincar el arado con la tropa. La vida seguía siendo durísima, pero aquello funcionaba. Incluso los indios parecían menos peligrosos: también ellos habían sufrido los efectos de la guerra y del hambre, de manera que los asaltos se hicieron mucho menos frecuentes y Galán, por su parte, se cuidó mucho de caer en provocaciones. Por un momento, pareció que Buenos Aires podría sobrevivir.

La nueva de la muerte de Mendoza cambiaba muchas cosas. Ponía Buenos Aires bajo la autoridad de Galán, pero convertía a Ayolas en jefe provisional de toda la colonia hasta río arriba. ¿Qué hacer? Ir a ver a Juan de Ayolas, por supuesto. Galán se embarcó. Llegó a Corpus Christi. Se entrevistó con Martínez de Irala. Ayolas no estaba. Pero Ayolas —dijo Irala— le había nombrado lugarteniente en su ausencia, de manera que ahora era él, Martínez de Irala, quien mandaba. Galán montó en cólera. Hacía falta alguien con autoridad legal para recomponer las cosas. Pero allí no había nadie con semejantes títulos; con la expedición había zarpado de España un jurista, un tal Cabrera con fama de estar medio loco, pero en pleno viaje su barco se desvió de la ruta y ya no se supo nada más de él. Galán, dispuesto a sentar sus derechos de jefatura sobre Nueva Andalucía, vuelve a la colonia de Buenos Aires. Irala, por su parte, queda en la misma situación en sus fuertes del Paraná. La colonia se ha escindido.

Pero, a todo esto, ¿dónde estaba Juan de Ayolas?

El desastre de Nueva León

Enseguida veremos dónde estaba Juan de Ayolas, pero antes hay que ocuparse de otras cosas de la mayor importancia que estaban ocurriendo a algunos kilómetros de allí, hacia el sur. Se recordará que el rey Carlos, cuando otorgó las gobernaciones de Suramérica, no solo fijó las de Pizarro y Almagro, y la de Mendoza que acabamos de examinar, sino que también dibujó una cuarta gobernación: Nueva León, desde el límite sur de Nueva Andalucía hasta el final de la tierra firme, y cuyo adelantado sería Simón de Alcazaba y Sotomayor. Hora es de ocuparse de él para reconstruir por completo el paisaje.

Simón de Alcazaba, ya se ha dicho, era portugués: un portugués en la corte de Carlos I, lo cual no era inusual en un momento en que las relaciones entre las dos casas reales eran muy estrechas. El propio Carlos terminará desposando a la bellísima Isabel de Portugal, que se convertirá en la emperatriz por antonomasia. Esta boda se celebró en 1526. Simón trabajaba para la corte española desde unos años antes, 1522, con la categoría de contino. El término «contino» designa en la corte castellana a personas de especial confianza que desempeñan con carácter continuo —de ahí viene la palabra— funciones de administración o de representación, siempre a disposición del monarca. Simón de Alcazaba, de noble familia, era de estos, y a Carlos I le prestó servicios impagables en materia diplomática. En concreto, tuvo gran relieve en las conversaciones con Portugal para arbitrar una solución al asunto de las Molucas, islas que ambas potencias se disputaban. Se sabe que Simón estuvo en la Junta de Badajoz convocada a ese fin y que incluso se ofreció para capitanear una expedición a las Especias. No fue él, sino García Jofre de Loáisa quien dirigió aquello, y pronto veremos cómo acabó. Después, en 1529, cuando la corona capituló con Pizarro sus famosas 200 leguas, Simón solicitó y obtuvo que se le concediera la gobernación del sur de aquel espacio, pero tampoco llegó a hacerse a la mar. Ahora, 1534, el tenaz Alcazaba volvía a la carga y pedía el extremo sur del continente. Se le otorgó. Y esta vez sí que se haría a la mar.

Simón tenía instrucciones claras: navegar, explorar, conquistar, colonizar, evangelizar. Las capitulaciones que firmó con la corona lo decían así:

Vos daremos licencia, como por la presente vos la damos, para que en nuestro nombre e de la corona real de Castilla, podáis conquistar, pacificar i poblar las tierras i provincias que hobiere por la dicha costa del mar del Sur en las dichas doscientas leguas mas cercanas a los limites de la gobernacion que tenemos encomendada al dicho don Pedro de Mendoza, lo cual hayais de facer dentro de seis meses desde el dia de la fecha desta, estando a la vela con los navíos necesarios para llevar, i que lleveis en ellos, ciento i cincuenta hombres destos nuestros reinos de Castilla y de otras partes permitidas; i dentro de año i medio i en adelante luego siguiente, seais tenido i obligado a proseguir e fenecer el dicho viaje con otros cien hombres, con las personas relijiosas e clérigos, e con los nuestros oficiales, que para conversion de los indios a nuestra santa feé i buen recaudo de nuestra hacienda, vos serán dados i señalados por nuestro mandado.

El texto incluía, naturalmente, la cuestión económica. De entrada, y como de costumbre en las empresas de conquista, era el propio Simón quien tendría que pagar todo de su bolsillo. Pero él, como todos, esperaba encontrar riquezas que compensarían la inversión. ¿Y qué riquezas, si estas tierras no eran más que fríos páramos, como todo el mundo sabía después del viaje de Magallanes y

Elcano? Riquezas comerciales: quien controlara el extremo sur del continente americano controlaría también todos los pasos entre los dos océanos, los puestos de abastecimiento, los puntos de escala, una ruta por el sur para el oro del Perú, etc., con potestad para cobrar los preceptivos derechos. Eso por no hablar de la importancia estratégica del paso para el imperio español. No era mal negocio.

El 21 de septiembre de 1534 zarpa de Sanlúcar de Barrameda la expedición de Simón de Alcazaba. Son dos barcos: la *Madre de Dios*, bajo el mando directo de Simón, y la *San Pedro*, que manda Rodrigo Martínez. A bordo viajan 250 hombres entre soldados y colonos. El camino ya es conocido, pero no por ello exento de peligros: cerca del Río de la Plata —aún no ha llegado Mendoza—, una interminable racha de fuertes vientos separa a las dos naves. Entre fuertes vientos avistan cabo Blanco y el río Gallego. Al fin la *San Pedro* se reúne con la capitana: Rodrigo Martínez ha sabido encontrar el camino. Tras cuatro meses de navegación, los barcos avistan el estrecho de Magallanes. Es el 17 de enero de 1535 cuando cruzan sus aguas. Lo hacen entre vientos feroces que rompen las velas y obligan a la expedición a tomar tierra. Alcazaba decide acantonarse en el puerto de los Lobos, donde abundan los lobos de mar y el pescado. Tres semanas de descanso.

Simón examina el paisaje. En el estado de los barcos, es imposible afrontar con seguridad el reto de atravesar el estrecho. Opta entonces por establecer un asentamiento en la orilla atlántica y, desde ahí, trazar una ruta por tierra hacia el Pacífico. La expedición busca un lugar adecuado para poblar. Lo halla en lo que hoy se llama Caleta Hornos. Los nuestros lo bautizan como Puerto de los Leones. Ahí, en ese Puerto Leones, nacerá el primer poblado español en el extremo sur: una breve aglomeración de cabañas. Queda oficialmente fundada la gobernación de Nueva León. Simón de Alcazaba se proclama gobernador vitalicio.

Ahora queda lo más difícil: atravesar el continente y llegar al Pacífico. Alcazaba estima que serán unas «150 leguas». No andaba muy descaminado, porque en realidad son algo más de 500 kilómetros hasta la costa chilena. Pero una cosa es decirlo y otra es hacerlo. Primero hay que atravesar la inmensa y árida meseta patagónica y después cruzar la fría y lluviosa cordillera. Todo ello en un entorno desierto con muy pocos recursos de supervivencia. La expedición parte en dirección noroeste. Alcazaba se rompe: enfermo, tiene que regresar con Rodrigo Martínez. Deja al mando a Rodrigo de Isla y Juan de Mori. Estos continúan camino durante diez días. Con la tropa al borde del motín, tienen que regresar.

El motín llegó, en efecto. Antes de retornar a Puerto Leones, dos capitanes llamados Juan Arias y Gaspar Sotelo se sublevan y hacen presos a Isla y Mori. Quieren aparecer por sorpresa en el asentamiento, matar a Alcazaba y hacerse con el control. Es abril de 1535. Los rebeldes consiguen su propósito: aparecen de noche en el poblado, destacan a hombres armados con arcabuces, suben a bordo de la nao capitana y matan, entre otros, a Simón de Alcazaba. Así acabó sus días el gobernador vitalicio de Nueva León. Arias y Sotelo mandaban ahora. Pero, como era inevitable, Arias y Sotelo empezaron a pelear entre sí. Isla y Mori, que tenían el afecto de sus hombres, aprovecharon para sublevarse a su vez y prender a los dos amotinados. Ambos terminarán juzgados sobre el campo y ajusticiados de inmediato.

El 17 de junio de 1536 Juan de Mori mira a su alrededor: no hay nada. Nueva León no es más que un poblacho saqueado por los amotinados que cuelgan ahora de sus sogas, en medio de una tierra

estéril, sin señal alguna de riqueza en las proximidades y lejísimos de cualquier zona habitada. No hay otra opción que salir de allí. El capitán de la *Madre de Dios*, Rodrigo Martínez, está de acuerdo. Se nombra a Mori capitán de la *San Pedro*. Los dos barcos abandonan el lugar. Pero los problemas no han terminado.

El mismo día de la partida hay un motín en la *Madre de Dios*. Lo encabeza el contramaestre del barco. Los rebeldes apresan al capitán Martínez y a dos de sus hombres de confianza y los dejan en tierra, en medio de aquellas soledades. Los barcos separan sus rutas. La *San Pedro* sigue camino, pero de inmediato surge otro motín en su seno. Mori lo reprime con mano dura y encarcela a catorce hombres. ¿Para qué se amotinaban? Para hacerse con el barco, venderlo a los portugueses en las costas del Brasil y así sacar algún beneficio de la aventura. Eso fue lo que intentaron los sediciosos de la *Madre de Dios*, pero no les acompañó la fortuna: el barco zozobró, la mayoría del pasaje acabó en tierra y allí los supervivientes fueron exterminados por los indios. Los de la *San Pedro* supieron todo esto porque al navegar el litoral brasileño descubrieron una chalupa: era el bote de la *Madre de Dios* y, a bordo, 21 de sus marineros. Fueron los únicos supervivientes de aquel barco; los otros 110 murieron.

La *San Pedro*, con sus 75 tripulantes más los 21 rescatados de la *Madre de Dios*, llegó a Santo Domingo el 11 de septiembre de 1535, un año después de su salida de España. Sus hombres solo podían contar infortunios. La exploración del extremo sur del continente americano había sido un completo fracaso. Y sin embargo, lo más asombroso es que, muy poco después, otros barcos volverían a intentarlo.

Y ahora, regresemos al Plata para saber qué había sido de Juan de Ayolas.

El paraíso se llamaba Asunción

Río Paraná arriba, a casi 1.000 kilómetros de Buenos Aires, hay un momento en el que las aguas parecen doblarse: el Paraná gira violentamente hacia el este y lo que sigue rumbo norte ya no es el Paraná, sino otro río, el Paraguay. Por aquí habían seguido camino Irala y Ayolas en busca no tanto de lugares donde asentar bases estables como de noticias sobre la sierra de plata. Como todos los indicios seguían apuntando al norte, los españoles no doblaron por el Paraná, sino que continuaron río arriba por el Paraguay. Y a unos 300 kilómetros de distancia, pasada la desembocadura del Pilcomayo, los nuestros hallaron una gran bahía que parecía el Paraíso Terrenal: una mansa rada, grande como para albergar bergantines, protegida por un banco de tierras bajas que recibió el nombre de Banco San Miguel. Alrededor, colinas que parecían hechas a propósito para elevar puestos de fácil defensa. En torno a este enclave privilegiado, bosques de helechos arborescentes, guatambués de 20 metros de altura, cedros y lapachos. En su interior, tapires y tucanes, monos capuchinos y zarigüeyas (también jaguares, pero esto lo supieron después).

Ayolas reconoció el lugar y le gustó. Más todavía le gustó a su segundo, Martínez de Irala, cuando este llegó hasta el paraje. Ayolas, ya lo hemos visto, había aprendido a llevarse bien con los guaraníes. Tampoco les costó mucho a los nuestros entenderse con los que habitaban esta región: los karios del cacique Arakaré, pacíficos agricultores que no se sintieron amenazados por la presencia de aquellos personajes.

Semanas más tarde aparecen en la misma bahía, ya vacía de españoles, dos bergantines con unos pocos hombres a bordo. Son los barcos de Juan Salazar, el burgalés al que Mendoza había encomendado la búsqueda de Ayolas. Salazar recorre el río de arriba abajo. No hay rastro de Ayolas; se supone que ha desembarcado y ha marchado hacia el oeste. Salazar retrocede a la bahía. Es un lugar encantador. Le bastan pocos exámenes para considerarlo, además, el mejor lugar posible para fundar un establecimiento. Sus contactos con los nativos le confirman en la idea. Frente a las asperezas de Buenos Aires, allí es posible plantar, cultivar y compartir recursos con los indios. El 15 de agosto de 1537 Juan de Salazar y Espinosa funda solemnemente el fuerte de Nuestra Señora de la Asunción. Ha nacido Asunción, la que después será capital de Paraguay.

Al sur del paraíso, Irala y Galán siguen discutiendo por sus prerrogativas. Cada cual había marcado su terreno. Irala, sin Ayolas presente, ejercía como gobernador de las bases del río y reclamaba además Buenos Aires; Galán, por el poder que le dio Mendoza, gobernaba el asentamiento de Buenos Aires y reclamaba además las bases del río. Imposible entenderse. A la altura de abril de 1538 aparecieron por allí dos barcos, uno italiano y otro español: el primero era de un comerciante genovés llamado Pancaldo que buscaba negocios en el Perú, y el segundo lo gobernaba Antón López de Aguiar y venía expresamente enviado de España para socorrer a la colonia. Nunca es tarde si la dicha es buena: el barco de Pancaldo embarrancó y López de Aguiar obligó al genovés a repartir entre los necesitados colonos de Buenos Aires sus telas, peines, herramientas, comida... Con Aguiar, por su parte, habían llegado 200 soldados para reforzar la posición. Una vez más, parecía que Buenos Aires podría prosperar. Y una vez más, todo se vendría abajo.

Todo se vino abajo porque a los pocos meses, en noviembre, apareció un nuevo personaje en

nuestra historia: Alonso Cabrera, aquel veedor de justicia con fama de medio loco que había zarpado con la expedición de Mendoza y en algún momento se desvió de su ruta. El abnegado Gonzalo de Mendoza, en uno de sus incansables viajes a las costas del Brasil, lo había encontrado camino al Plata. Llegaba casi tres años tarde. Naturalmente, Gonzalo acompañó a Cabrera a la colonia. En cuanto a la fama que le adornaba, esa de estar medio loco, hay que decir que era injusta: en realidad Cabrera estaba loco entero, y los nuestros pronto lo iban a comprobar.

Cabrera llega a Buenos Aires. Conoce el pleito entre Irala y Galán. Examina la situación. Decide que quien tiene mejor derecho es... Ayolas. Es verdad, pero Ayolas no está. ¿Dónde está Ayolas? Nadie lo sabe: aún no ha vuelto de su misteriosa búsqueda de las sierras de plata. Pero si Cabrera falla a favor de Ayolas, entonces los derechos pasan a Irala, que es su segundo en el mando. Galán no lo acepta. El pleito se aplaza porque en febrero de 1539 llega una llamada angustiada del fuerte Corpus Christi: el precario equilibrio con los nativos se ha roto y hay que abandonar la posición. Galán llega justo a tiempo de evitar una masacre y evacúa a los españoles. Solventado el problema, se reanuda el pleito. Galán y Cabrera embarcan y remontan el Paraná: van a encontrarse con Martínez de Irala para resolver de una vez la cuestión. Ya es junio de 1539. Cabrera decide reconocer formalmente a Irala como sucesor de Ayolas, pues este sigue sin aparecer. Y decide aún algo más: destruir Buenos Aires para anular el poder de Galán. Loco entero, en efecto, el amigo Cabrera.

Buenos Aires ya era una ciudad viable. Los cultivos daban fruto. El ganado se reproducía normalmente. Se había garantizado el abastecimiento. Los indios ya no eran el problema que fueron: unas buenas fortificaciones disuadían de cualquier agresión. Los 400 vecinos de la capital del Plata—porque a los 80 supervivientes de la fundación original se habían unido los llegados con otras expediciones— habían encontrado una buena forma de vivir. Es fácil imaginar el ánimo con el que recibieron las instrucciones de Cabrera e Irala. ¿Abandonar Buenos Aires? ¿Ahora, después de tres años y medio de calvario? ¡De ninguna manera!

Los enviados de Irala y Cabrera son recibidos con hostilidad en la primera colonia. Galán, por su parte, tampoco facilita las cosas, como es natural. Pasan nada menos que seis meses durante los que los primeros pobladores de Buenos Aires viven su vida sabiendo que el día siguiente puede ser el último en la que ya consideran su casa. Finalmente, en el mes de junio, Cabrera opta por los grandes remedios. Le han dicho que viene de España un barco con un nuevo adelantado. No hay tiempo que perder. Cabrera expide un requerimiento formal a Domingo Martínez de Irala para que cumpla la orden. Este la ejecuta. Todos los habitantes de Buenos Aires son forzados a abandonar la población. Acto seguido, los hombres de Irala sueltan al ganado y queman una a una las cabañas. Galán, derrotado, desaparece de la escena; se cree que marchó a Brasil y allí se borró de la Historia. Era junio de 1541. Todos los demás colonos serán alojados en Asunción. También la brava Isabel de Guevara, aquella mujer cuyo testimonio nos ha ayudado a describir la proeza de supervivencia escrita por esta gente.

Tal vez alguno de los recién llegados al fuerte del río Paraguay se preguntó lo que todos se preguntaban: ¿dónde se había metido Ayolas? En Asunción supieron los colonos algo que Irala y Cabrera sabían ya: que Ayolas había muerto. El bravo burgalés había tenido éxito en su empresa: cruzó el Chaco, llegó hasta la actual Bolivia, halló plata y regresó. Cruzando la selva, salió al fuerte

Candelaria. Con la mala fortuna de que el fuerte había sido abandonado y ahora a su alrededor solo había indios hostiles. Allí se dejó la vida Ayolas, asaeteado por los indios payaguas. Solo un hombre salió vivo de la emboscada: Rodrigo de Cepeda y Ahumada, el hermano de Santa Teresa; él fue quien contó más tarde la desdichada aventura.

Asunción se vio súbitamente convertida en una verdadera ciudad, con cerca de 600 habitantes: para los asentamientos españoles en la región, una población enorme. Cabrera reinaba como veedor y Domingo Martínez de Irala ejercía como gobernador provisional. Allí estaba también Juan de Salazar, el auténtico fundador del asentamiento. Pero en eso se confirmó la temida noticia: llegaba el nuevo adelantado. No venía por mar, sino por tierra. Y no era un desconocido para nadie: se trataba nada más y nada menos que de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el heroico náufrago de Norteamérica.

El penúltimo naufragio de Cabeza de Vaca

Cabeza de Vaca, en efecto. Después de sus naufragios, Álvar Núñez había pedido como recompensa un cargo de adelantado y la corona se lo había concedido. Vale la pena repetirlo para entender la mentalidad de aquella gente: después de su brutal experiencia de ocho años perdido en Norteamérica, Cabeza de Vaca pedía que se le premiara con otra aventura. Se le otorgó, claro: adelantado del Río de la Plata. Con toda seguridad en España ya se sabía de la desaparición de Mendoza, aunque no constara su muerte. El 18 de marzo de 1540 se firmaban las capitulaciones con la corona. Además de su rango, el adelantado tendría derecho a un elevado porcentaje sobre los beneficios. Pero ¿qué beneficios? ¿Y si Mendoza y Ayolas seguían con vida? Pero ese era el tipo de preguntas que no arredraba a un sujeto como él.

Salió de Cádiz a principios de 1541. Escarmentado en cabeza ajena (la de Narváez), se preocupó mucho de que el aprovisionamiento de sus barcos fuera impecable. Era mucho lo que llevaba consigo: cerca de 400 hombres. Tocó tierra en la isla de Santa Catalina, habitual punto de escala de todas las navegaciones hacia el sur de América, a finales de marzo. Allí le pusieron al corriente: la tragedia de Mendoza, la de Ayolas, la proeza de supervivencia de Buenos Aires, el rosario de asentamientos a lo largo del Paraná y el Paraguay, la destrucción de la primera colonia, el repliegue de todos hacia Asunción, etc. Envió una carabela al estuario del Plata para comprobar de primera mano la situación. Y examinado el asunto, decidió marchar hacia Asunción... ¡por tierra! Más de 1.000 kilómetros en línea recta a través de selvas, ciénagas y cordilleras nunca antes holladas por europeo alguno.

La decisión de ir a Asunción por tierra, y no por mar, da mucho que pensar sobre las motivaciones de Cabeza de Vaca. Se mire por donde se mire, el propósito parece una locura. Sin embargo, tal vez el conquistador no las tuviera todas consigo: quizá temiera un recibimiento hostil en el estuario o, más probablemente, prefiriera asegurar territorios propios, conquistados por él y no por otros, en previsión de que los usufructuarios de los derechos de Mendoza no aceptaran al recién llegado. Sea como fuere, el hecho es que nuestro hombre alinea 250 arcabuceros, 2 franciscanos, algunos centenares de indios y 26 caballos, y se interna en la espesura. Al mismo tiempo, ordena a sus barcos que cubran el recorrido por mar hasta Asunción para avisar de su llegada.

Con el mapa en la mano, el camino de Cabeza de Vaca es, una vez más, sobrecogedor. La selva allí es impenetrable. Para avanzar es preciso talar continuamente la espesa vegetación. El cuidado de hombres y caballos requiere permanente atención. Pese a todo, día tras día, la compañía avanza. En la provincia de Santa Catalina, que los españoles llamaban La Vera, encuentran indios guaraníes que les servirán de guías. Del mismo modo que Álvar Núñez había enviado a sus barcos por delante, así ahora manda a un pequeño grupo escoltado por indios para dar aviso en Asunción de que preparen barcos a la orilla del Paraná. Es como si el adelantado quisiera crear la máxima expectación antes de su llegada. Pero, al mismo tiempo, se demora explorando a fondo la región. Llega hasta el río Iguazú con sus innumerables meandros y se ve obligado a cruzarlo reiteradas veces en su camino hacia el oeste. La corriente es tan fuerte que hombres y caballos han de pasar atados sobre las aguas. Cuando dejan el agua, es para entrar en terrenos anegados por las ciénagas. Encuentran algo de reposo en un

paraje al que llaman Los Pinares, tierra rica en maíz poblada por indios que practicaban la agricultura.

Estamos ya en enero de 1542. Cabeza de Vaca divide la expedición en dos brazos: un grupo marchará por tierra en busca del Paraná y él, con 80 hombres, bajará el Iguazú en canoas. Bajar el Iguazú en canoa es como subirse en una montaña rusa. Los saltos del curso fluvial son muy fuertes y alcanzan dimensiones ciclópeas cuando se llega a las célebres cataratas, que Cabeza de Vaca fue el primer europeo en ver y describir: «El río da un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más». Son 5.000 metros cúbicos de agua por segundo. Para salvar las cataratas, los hombres cargan las canoas a hombros y cruzan por tierra. Y llegados al otro lado, vuelta a embarcar hasta el río Paraná. Una auténtica proeza.

Los dos brazos de la expedición se reencontraron en el cauce del Paraná. No hubo ataques indios, no hubo bajas, pero sí había muchos enfermos que se hizo preciso trasladar en balsas, a través de los ríos Paraná y Paraguay, hasta Asunción. Cabeza de Vaca, mientras tanto, seguía su aproximación por tierra rumbo oeste a través de interminables llanos selváticos. Encontró muchos indios; todos pacíficos. El 11 de marzo de 1542 la compañía del adelantado aparecía en Asunción. Había tardado cinco meses desde su salida de Santa Catalina.

No hay que decir hasta qué punto la llegada de Cabeza de Vaca hizo hervir los ánimos en la colonia. Ni Cabrera ni Irala aceptaban de buena gana la aparición de un nuevo jefe. El adelantado, además, traía ideas propias: quería reorganizar la vida de la colonia, quería recomponer el rosario de puestos desde el estuario del Plata, quería —sobre todo— hacer realidad las directrices regias sobre el trato a los indios. Nada, en fin, que pudiera interesar a los que ahora mandaban en Asunción.

Domingo Martínez de Irala era un hombre ambicioso. Muy ambicioso. Hijo de un escribano real, había abandonado la segura comodidad de un mayorazgo en Vergara para buscar riqueza y gloria. Su primera experiencia americana era precisamente esta de la Nueva Andalucía: se había enrolado con veintiséis años y en condición de oficial subalterno, seducido por las promesas de oro que todos veían en las Indias. Desde su llegada, solo había tenido guerra y hambre. Pero también había visto, selva adentro, suficientes huellas de oro y plata como para perseverar... y para quitar de en medio a quien hiciera falta. Nunca se disipará la sospecha de que abandonó el fuerte Candelaria a sabiendas, para que Ayolas se encontrara allí solo frente a los indios que acabaron matándole. A fuerza de audacia y astucia, Irala se había hecho el jefe. Ahora tenía treinta y tres años y el mundo entero a sus pies. Cabeza de Vaca, esa vieja gloria que venía enviada desde España, contaba cincuenta y dos años y había tenido su oportunidad. Nadie iba a comerle al guipuzcoano el terreno conquistado.

De entrada, Cabeza de Vaca se encontró con una sucia conspiración: gentes del partido de Irala hablaron con unos frailes, les calentaron la cabeza con historias sobre abusos y mal gobierno, les convencieron de que había que pedir a la corona la destitución de Cabeza de Vaca y los mandaron a Brasil para que hicieran llegar el infundio a la corte. El adelantado pudo desarticular a tiempo la conjura. Sancionó con extrema severidad a los culpables. ¿Y a Irala? A Irala, ya fuera porque Cabeza de Vaca no pudo demostrar su culpabilidad o ya porque quería evitar problemas políticos, no le tocó. El adelantado trató de templar gaitas nombrándole maestro de campo y ofreciéndole un objetivo para

su ambición: una expedición en busca de la ansiada sierra de plata. Irala, por supuesto, la aceptó.

El guipuzcoano pasó el invierno de 1542-1543 explorando el interior del país. Descubrió, entre otras cosas, una enigmática isla llamada «de los Orejones» que los historiadores han tratado en vano de encontrar. Los «orejones» son seres legendarios en la cultura europea al menos desde Plinio. Allí, en el Paraguay, había pueblos que se horadaban las orejas con grandes piezas de madera o hueso, y por eso Irala los llamó así. En todo caso, y aunque su isla no se haya encontrado después, Irala trajo también piezas de oro y plata, y eso fue suficiente estímulo para que Cabeza de Vaca, culo de mal asiento, decidiera de inmediato partir en búsqueda de las fuentes de esa riqueza. El ambiente en Asunción era irrespirable; hubo incluso un misterioso incendio cuya causa nunca se aclaró. Más valía salir de allí. Quizá las sierras de plata no fueran un mito, después de todo.

Eran 400 soldados. La mitad por tierra y la mitad por el río. Y 10 barcos. Más de un millar de guaraníes en canoas. Todo eso es lo que movilizó Cabeza de Vaca para esta aventura. La gran compañía salió el 7 de septiembre de 1543. Parece que el propósito del conquistador era encontrar una vía para llegar al Perú. El 12 de octubre estaban en Candelaria. En la isla de los Orejones quedaron impresionados por la belleza del lugar, su amable clima y su fértil tierra, hasta el punto de que Cabeza de Vaca la rebautizó como isla del Paraíso. Muchos expedicionarios propusieron fundar allí una población. Cabeza de Vaca se negó. Hay quien dice que así las gentes del propio conquistador empezaron a simpatizar con el bando opuesto, el de Irala.

Pero Cabeza de Vaca iba a lo que iba. Planificó y ejecutó diversas entradas por los mil ríos que desde el oeste desembocan en el Paraná. No halló nada salvo estrechísimas gargantas o aguas ingobernables. Resolvió entonces penetrar por tierra con 300 de sus hombres, pero después de cinco días de agotadora marcha por una selva imposible tuvo que detenerse. Formó consejo con sus capitanes; ninguno quería seguir. El conquistador volvió sobre sus pasos, pero aún habría más entradas por los alrededores. Gonzalo de Mendoza descubrió en un poblado una serpiente «gorda como un novillo»; los nativos le contaron que los lugareños entregaban a sus cautivos a esa serpiente para que los devorase. Hernando de Ribera capitaneó otra de esas expediciones: allí los indios le hablaron de un pueblo de mujeres guerreras, como las míticas Amazonas. Si la serpiente había sido verdad, ¿por qué no iba a serlo lo de las mujeres? El hecho, en cualquier caso, es que ninguna de esas exploraciones dio el resultado apetecido. Allí no había nada más que hacer. Cabeza de Vaca formó consejo con sus hombres. La mayoría se pronunció por volver a casa. Y eso fue lo que se hizo.

A partir de aquí todo irá de mal en peor. Cuando Cabeza de Vaca regresó a Asunción, la conspiración ya era imparable. Corría el 8 de abril de 1544. Enfermo, se recluyó en su casa dos semanas. Cuando salió, fue para conocer que una junta de vecinos había decidido desposeerle del mando y encarcelarlo. Era un verdadero golpe de mano que incluyó, además, el arresto de los fieles de Cabeza de Vaca. Que, por cierto, ya eran pocos, porque muchos de los suyos se pasaron al bando de Irala, como Ñuflo de Chaves, que desde ahora será la sombra del guipuzcoano. Al adelantado se le acusaba de abuso de poder («gobernaba tiránicamente, excediendo en todo la orden de Su Majestad», decían) y de negligencia en el incendio de la ciudad, entre otras cosas. Parece claro que, en realidad, la causa del golpe eran las limitaciones que Cabeza de Vaca había impuesto en el trato a los nativos. En su lugar fue nombrado Domingo Martínez de Irala, por supuesto. El naufrago pasó

largos meses preso en un sucio agujero en Asunción. Hasta marzo de 1545 no se le envió a España.

Los últimos años de Cabeza de Vaca serán un calvario judicial. Estuvo en arresto domiciliario una larga temporada, hasta septiembre de 1547. Después debió permanecer confinado en Madrid, sin poder salir, en espera del fallo del tribunal. Este determinó desterrar al conquistador a Orán, sentencia que Cabeza de Vaca apeló. En agosto de 1552 se aliviaba la pena: se limitaba a prohibirle volver al Río de la Plata. Nuestro hombre no se dio por vencido y aún formuló nuevas apelaciones. Con ellas consiguió que se le otorgara una fuerte indemnización por los bienes que le había confiscado Irala en Asunción. Después, el silencio. Hay quien dice que vivió el resto de su vida en Sevilla como juez, y quien sostiene que ingresó en un convento. Nadie sabe exactamente dónde ni cuándo murió. La fecha convencional —a falta de otra mejor— sitúa su defunción en Sevilla el 37 de mayo de 1559.

En Paraguay, mientras tanto, las cosas se pusieron muy complicadas. La defenestración de Cabeza de Vaca fue inmediatamente seguida de una masiva rebelión indígena. Una enorme hueste de 15.000 karios y guaraníes —Macaria, se llamaba su jefe— marchó sobre Asunción. Irala contaba solo con 300 soldados españoles, pero había conseguido la alianza de algunas tribus que le aportaron varios millares de guerreros. Con ellos logró vencer a los guaraníes. Roto el equilibrio entre los pueblos nativos, las matanzas se sucedieron a lo largo de todo el país. Habrá nuevas rebeliones en los años siguientes, pero eso, en realidad, no alteraba el proyecto de Irala, que nunca había pretendido convertir su gobernación en un territorio pacificado, sino que alentaba otros intereses. De hecho, Irala estuvo todo este tiempo fuera de la capital. No regresó hasta 1549, y fue para enterarse de que la corona le había denegado el cargo de adelantado. Otro hombre había sido escogido para el puesto: el caballero extremeño Juan de Sanabria. En nombre de este se escribiría otra de las grandes hazañas de la conquista. Pero no la escribió él; fue su mujer.

La caravana de mujeres de Mencía Calderón

Una extremeña del siglo xvi va a protagonizar una de las aventuras más alucinantes de la conquista de América: una caravana de mujeres que atravesará el mar y la selva para repoblar las colonias del Río de la Plata. Sorteando peligros, muertes, tempestades, piratas, hambres y presidios, Mencía Calderón tardará seis años en llevar a sus mujeres hasta el Nuevo Mundo. Pero llegará.

Medellín, Badajoz, año de Nuestro Señor de 1547. Un acomodado caballero local, don Juan de Sanabria, se entera de que el Río de la Plata se ha quedado sin gobierno. Cabeza de Vaca ha sido depuesto y encarcelado, y está siendo juzgado en España; allá ha quedado un atrabiliario guipuzcoano, Domingo Martínez de Irala, al que la corona no quiere ver ni en pintura. El puesto está vacante. Todos saben ya en España que el asentamiento de colonias estables en el Plata está resultando difícilísimo. Pero justamente por eso es una oportunidad. Otros extremeños han alcanzado la gloria en las Indias. Juan de Sanabria quiere seguir su camino.

Sanabria tiene esposa: Mencía Calderón, una dama de Medellín. Es su segunda mujer. La primera, difunta, le dio un hijo: Diego. Mencía le ha dado tres hijas. Don Juan anuncia a su numerosa familia cuál será su destino: cruzarán el mar y empezarán una nueva vida de gloria, fama y riqueza. Sanabria se dirige al rey emperador, Carlos I, y solicita formalmente el cargo de adelantado en el Río de la Plata. El emperador accede. Pero las Cortes añaden a la empresa de don Juan una misión suplementaria: «Suspender la conquista, sino poblar». Lo que quiere la corona es exactamente lo contrario de lo que está haciendo Irala: fijar colonias en la región antes de seguir abriendo tierras. Hay que fundar dos poblados, uno en el estuario del Plata y otro en Santa Catalina (La Vera de Cabeza de Vaca). Pero ¿cómo fundar poblados, si allí no hay nadie? Transportando al Plata a varias familias y, además, a un nutrido grupo de mujeres; algunas de ellas son esposas de los conquistadores que aguardan en Asunción del Paraguay, otras —la mayoría— son mozas solteras que desean casarse en el Plata para asentar allí familias estables. Así la expedición del nuevo adelantado será una verdadera caravana de mujeres.

Los Sanabria se ponen manos a la obra. Hay que allegar fondos, contratar barcos, reunir provisiones, reclutar hombres. La familia empeña toda su fortuna en el viaje. Después de tres años de trabajo, todo está listo. Los Sanabria —don Juan, doña Mencía, el joven Diego y las tres hijas de la pareja— se disponen a emprender la gran aventura. Han fletado tres barcos al mando del capitán Juan de Salazar, el burgalés, el mismo que había fundado Asunción en la aventura que ya hemos relatado aquí. En esos barcos viajarán los Sanabria con otras familias amigas, 100 matrimonios con hijos y 100 mujeres solteras. No conquistar, sino poblar.

La expedición se agrupa en Sanlúcar de Barrameda. Es el verano de 1549 y don Juan de Sanabria, cuarenta y ocho años, va a dar el paso más importante de su vida. Pero en ese momento el adelantado cae enfermo. Muy enfermo. Tanto que en pocos días la muerte se lo lleva. La expedición queda en tierra, en Sanlúcar, con todo preparado para el viaje, pero sin jefe. Y a doña Mencía el mundo se le cae encima.

¿Qué hacer? No era posible dismantelar la expedición: el dinero estaba gastado; los barcos, en el puerto; la tripulación y el pasaje, a bordo. Había que tomar una decisión. Y doña Mencía la tomó.

Ante todo, era preciso evitar que otro se quedara con el cargo que dejaba el muerto. Ella no podía ser adelantada, pero don Juan tenía un hijo: Diego, ya mayor de edad. Así que doña Mencía reclama para Diego la herencia del cargo de adelantado del Plata y al mismo tiempo, para evitar visitas inoportunas, resuelve hacerse cuanto antes a la mar. Será ella, doña Mencía, la que dirija la expedición. Era la primera vez que una mujer capitaneaba semejante aventura en las Indias.

Doña Mencía Calderón se hace a la mar al frente de tres barcos: la nao *San Miguel* y dos bergantines. Con doña Mencía y sus tres hijas viajan Salazar, los capitanes Cristóbal de Saavedra y Francisco Becerra, y el artillero alemán Hans Staden, que dejaría testimonio escrito de su aventura. En Sevilla queda el hijo, el joven Diego, reclutando gentes de armas para zarpar en cuanto le sea posible. Es abril de 1550. En esos barcos que abandonan Sanlúcar se apiñan los futuros colonos; entre ellos, el centenar de mujeres solteras con destino al Plata. Comienza una aventura portentosa.

Cuando la expedición todavía navega por la costa africana, una tormenta dispersa los barcos. Es un contratiempo gravísimo: un barco aislado puede fácilmente ser presa de los piratas. Y efectivamente, eso es lo que ocurre: antes de abandonar aguas africanas, unos piratas franceses dejan ver sus velas en lontananza. La nao *San Miguel*, donde viaja la mayor parte de las mujeres, queda a merced de los criminales del mar. Entonces doña Mencía hace de tripas corazón y toma el control. Se dirige a los piratas, les amenaza, les habla de la proximidad de refuerzos, evita el abordaje y finalmente consigue comprar la libertad —y la integridad— de todo el pasaje. Pero aún aguardaban más vicisitudes a nuestra brava protagonista.

La travesía es un infierno. Varias veces las tempestades sacuden a la flotilla. En una de estas, el barco en el que viaja Salazar zozobra. La mayor parte de la tripulación consigue ponerse a salvo, pero el accidente hace la situación angustiosa: si ya quedaban pocos víveres después del ataque pirata, ahora tienen que compartirlos entre más gente. Aparecen el hambre y las enfermedades. La hija menor de doña Mencía, una niña de seis o siete años cuyo nombre ignoramos, fallece a bordo. Es una tragedia. Pero vendrán más.

Hacia el mes de diciembre de 1550, los dos barcos supervivientes divisan su destino: Santa Catalina o La Vera, en lo que hoy es la costa sur de Brasil. Allí debería estar ya el joven Diego con sus refuerzos, pero no hay rastro del hijo del marido de doña Mencía. En cuanto a nuestra gente, su llegada a la costa no es especialmente brillante. Los barcos están deshechos; solo uno puede navegar. Tampoco hay nadie para auxiliarles. No encuentran españoles. A quienes sí encuentran es a los portugueses de la isla de San Vicente. Los expedicionarios deciden ir con ellos: necesitan agua, víveres, ropas. Alguno pensaría que estaban salvados. Pero no.

En tierras portuguesas, doña Mencía descubre algo atroz: el gobernador de la región —Tomás de Souza, se llamaba el pájaro— se dedica al tráfico de esclavos indios. Las leyes de Indias prohíben expresamente esclavizar a los nativos y, además, el mismo papa se ha pronunciado recientemente en el mismo sentido, así que doña Mencía, indignada, escribe cartas a la Casa de la Contratación, en Sevilla, donde no solo da cuenta de su situación y pide socorro, sino que además denuncia el innober tráfico de los portugueses. Pero he aquí que el gobernador Souza intercepta las cartas y lee su contenido. Nuestra gente está condenada: el portugués, temeroso de que la ley caiga sobre él, se ocupa de que las cartas de doña Mencía no lleguen jamás a su destino. Y no solo eso, sino que

literalmente aísla a los españoles y les priva de cualquier ayuda, de cualquier alimento. Solo la intervención de dos jesuitas les librarán de la muerte. Son el portugués Manuel da Nóbrega y el canario José de Anchieta, el futuro fundador de Sao Paulo y Río de Janeiro.

En ese momento —ya mediados de 1553— la situación de nuestros expedicionarios es calamitosa: naufragos en tierra desconocida, sin víveres, sin barcos, sacudidos por las enfermedades y el hambre... Nadie llega en su socorro. Diego, el hijo de don Juan y doña Mencía, tampoco aparece con los refuerzos prometidos. Ya no hay otro objetivo que sobrevivir. Doña Mencía decide botar el único barco medianamente útil que les queda, el bergantín *Concepción*, y trasladarse a un minúsculo asentamiento algo al sur, San Francisco de Mbiazá. Milagrosamente, el cascarón resiste la travesía. En agradecimiento, nuestra gente construye una pequeña capilla dedicada a Nuestra Señora de Gracia. No era para menos.

Nuestros protagonistas han logrado escapar al siniestro gobernador Souza, pero ni mucho menos están a salvo. Siguen muy lejos de su destino y hay que organizarse para sobrevivir. Ante todo, hay que conseguir que el barco vuelva a flotar. Doña Mencía reparte el trabajo. Las mujeres de la expedición multiplican los esfuerzos: cosen velas, cocinan, recogen madera para los carpinteros; los hombres cazan, construyen refugios, se aplican a reconstruir el barco. A todo esto, las mozas siguen allí, y los hombres también. Inevitablemente pasará lo que tenía que pasar: muchos de los expedicionarios solteros contraen matrimonio allí mismo, en la costa de Mbiazá. El número de damas solteras se reduce de manera ostensible. Entre las que se casan está una de las hijas de doña Mencía: María, que celebra nupcias con el oficial don Hernando de Trejo. Su hijo Fernando, andando el tiempo, llegará a ser el primer obispo criollo y fundará la Universidad de Córdoba del Tucumán.

Cuando nuestros protagonistas logran reconstruir el barco, la expedición se divide. Una parte embarca en el bergantín para intentar subir río arriba, remontando la fuerte corriente, hasta Asunción del Paraguay. Los demás, con doña Mencía a la cabeza, cubren a pie el camino: casi 1.500 kilómetros de travesía entre selvas, llanuras y sierras, muchas de ellas inexploradas. Con la comitiva, junto a doña Mencía y sus mujeres, caminan porteadores indios, mercenarios portugueses, frailes y curas, y además varias cabezas de ganado para alimentarse sobre la marcha. Una verdadera proeza logística.

La expedición alcanzará por fin su destino en la primavera de 1556, seis años después de su partida desde Sevilla. Con nuestra heroína llegaban unas 40 mujeres, es decir, menos de la mitad de las que partieron. Allí fundarán familias, tal y como quería el emperador. Doña Mencía Calderón, viuda del adelantado Sanabria, había cumplido su misión. De aquellas bravas mujeres descienden los primeros criollos del Plata.

Don Diego, el hijo de Juan de Sanabria, al que habíamos dejado en Sevilla reclutando refuerzos, nunca llegó a Asunción. Tardó muchísimo en zarpar porque su nombre no ofrecía garantías. Cuando logró armar tres barcos con 200 hombres —era 1552— y partir desde Sanlúcar, su flotilla se vio sacudida por fuertes vientos. Tempestad tras tempestad, los barcos se dispersaron. Diego terminó en el mar Caribe, donde perdió un barco. Intentó seguir por la costa brasileña, y allí perdió otro. Consiguió llegar al Río de la Plata, pero en cuanto puso el pie en tierra se enteró de que la corona,

viendo que Sanabria no llegaba, había decidido formalizar el cargo de adelantado para Irala. El joven Diego volvió a España a reclamar sus derechos; sin éxito alguno. Arruinado y frustrado, optó por marchar a América a buscar fortuna. Poco más se sabe de él. Unas fuentes dicen que encontró la muerte al zozobrar ante las costas brasileñas. Otras sostienen que siguió camino por tierra, por la vieja ruta que descendía hasta el Perú, y que se instaló en Potosí, donde vivió hasta el día de su muerte.

¿Y qué fue de doña Mencía? Nuestra heroína se quedó para siempre en Asunción, donde vivió largos años. Hoy sendas plazas en Asunción y en Buenos Aires recuerdan a la que allí se denomina «madre española del Río de la Plata». Realmente lo fue. Una mujer admirable.

Juana de Zárate, adelantada del Río de la Plata

Domingo de Irala gobernó sin oposición en el Plata durante los años siguientes. Lanzó expediciones de conquista en varias direcciones. Llegó al alto Perú, pero allí encontró a los españoles de Lima y Cuzco. En Asunción dejó como gobernador a Gonzalo de Mendoza, el infatigable navegante del Plata. Será Mendoza quien le releve en el cargo de adelantado en 1556, cuando a Irala se lo lleve la muerte. Vinieron después años confusos. Mendoza murió muy poco más tarde, en 1558, y el Cabildo de Asunción escogió como nuevo gobernador interino a un hombre que venía del Perú: el sevillano Francisco Ortiz de Vergara, cuyo mandato estuvo enteramente ocupado por las luchas con los indios —con el auxilio de otros indios que se aliaron a los españoles: la misma historia que en América se repetía por doquier.

Muy al norte, en Bolivia, aparecieron las minas de plata del Potosí —en otro capítulo veremos en qué condiciones—, lo cual cambió radicalmente las expectativas de los colonos. Hubo un momento en que buena parte de la población de Asunción marchó hacia el norte, a Santa Cruz de la Sierra, seducida por similares promesas de grandes riquezas. Fue entonces cuando emergió en la colonia el nombre de un rico propietario que había hecho una fortuna en Perú: el vizcaíno Juan Ortiz de Zárate.

¿Quién era ese Ortiz de Zárate que había acumulado tal fortuna? Un veterano de la conquista. Vasco, de Orduña, donde nació hacia 1515, pasó a América aún adolescente y tomó parte en las campañas de Pizarro. Después de la guerra entre Pizarro y Almagro, se instaló en Charcas, en la actual Bolivia. Era uno de los vecinos más ricos del virreinato: unos 7.000 ducados, varias fincas en Chuquisaca, numerosos ganados y dehesas... Pero quería más: quería títulos. Avalado por su fortuna, se postula para la gobernación del Plata y se le concede. Lo que le espera en Asunción es una nueva vida, pero Ortiz de Zárate, el tercer adelantado, estaba decidido a todo. A la altura de 1564 Zárate ejerce ya como gobernador y poco más tarde será confirmado por la corona. Él sería el nuevo gobernador del Río de la Plata y del Paraguay. Lo más sorprendente es que la corona le nombró «por dos vidas», es decir, por dos generaciones, sin duda con el propósito de consolidar de una vez algún liderazgo estable en la región. Y aquí, en la «segunda vida» de Juan Ortiz de Zárate, entra un personaje de lo más sugestivo: su hija mestiza, Juana.

La conquista de América es un episodio lleno de nombres masculinos, pero también abundan las mujeres que jugaron un papel excepcional. Algunas de ellas dejaron una historia con acentos trágicos y románticos. Es el caso de esta Juana de Zárate, hija del conquistador vasco con una princesa inca. Juana tuvo en sus manos el destino del Río de la Plata, en las actuales Argentina y Paraguay. Protagonizó una novelesca historia de amor. Murió muy joven, encerrada en un convento, pero en su nombre y con sus títulos se emprendió la fundación definitiva de Buenos Aires.

Comencemos esta historia en Perú. Hace ya tiempo que los españoles han conquistado el viejo imperio inca. Ya se han apagado los ecos de la guerra que opuso entre sí a los conquistadores: los de Pizarro contra los de Almagro, después los de Gonzalo contra la corona. Los españoles han puesto la capital en Lima, la Ciudad de los Reyes, que tiene salida al mar; una ciudad pujante donde se ha establecido el virrey del Perú, que cuenta con obispado y hasta con una universidad, la de San Marcos, la primera de América. Conquistado el Perú, los españoles ponen su mirada en otras tierras:

hacia el sur, Chile; hacia el este, el Río de la Plata. En la sociedad peruana ya se ha hecho realidad el fenómeno del mestizaje. Numerosos conquistadores se han casado con aristócratas incas. De este modo la jerarquía social previa se prolonga en el nuevo escenario. El origen mestizo no es una tacha social, sino un timbre de gloria. Uno de los más renombrados mestizos, el Inca Garcilaso, lo expresaba así:

A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro en él.

Una de esas mestizas es nuestra protagonista: Juana de Zárate, hija del conquistador Juan Ortiz de Zárate y de la princesa inca Leonor Yupanqui. Juana ha nacido en 1561 en Cuzco, la vieja capital incaica. Pronto se traslada junto con sus padres a Chuquisaca, la actual Sucre boliviana. Juana se cría conforme a su rango principesco, bien avalado por la fortuna de su padre. Hasta que su padre marcha a Asunción como gobernador.

A Juan Ortiz de Zárate le ha costado mucho conseguir aquello. Después de interminables exploraciones, atacado por los indios en tierra y por los piratas en el mar, ha viajado a España para que el rey le reconozca sus títulos. El viaje ha mermado mucho su fortuna, pero a Ortiz le importa más el reconocimiento regio que el dinero. Y Felipe II, en efecto, le confirma el adelantazgo y más aún: legitima a su hija mestiza, Juana, y concede el título de marqués a quien la despose. Así decía la cédula real:

Por la gracia de Dios, el Rey resuelve dar legitimidad a la unión de la Palla Inka con el capitán don Juan Ortiz de Zárate, y al conceder omnímodas facultades, libera a la descendencia femenina, Juana Ortiz de Zárate, de toda duda o mancilla, y quitamos toda infamia de ella, mácula y defectos que por razón de su nacimiento le puedan ser puestos.

Para la muchacha, aquel documento es un auténtico espaldarazo: la eleva a la condición de aristócrata española. Sin embargo, de ahí vendrán buena parte de sus males. En 1576, Juan Ortiz de Zárate se siente morir: quebrantado y enfermo, hace testamento. Puesto que la corona le ha otorgado el adelantazgo «por dos vidas», es decir, por la suya y la de quien él escoja como sucesor, el veterano guerrero tiene el poder de designar un nuevo adelantado. Lo hará en la persona de su hija, Juana, la hermosa mestiza cuya belleza maravillaba a Chuquisaca. No era algo excepcional: otras mujeres habían desempeñado cargos parecidos. Pero Juana es apenas una adolescente de quince años. Eso significa que el verdadero adelantado será, en realidad, no Juana, sino quien la despose. Así lo contó Martín del Barco Centenera, clérigo poeta, cronista de Ortiz de Zárate:

*Dejó en su testamento declarado
que sea su legítimo heredero
la hija que en los Charcas ha dejado,
y aquel que fuere esposo y compañero*

*suceda en el gobierno y el estado,
según como lo tuvo él de primero.
Y mande y rija, en tanto que ella viene,
su sobrino Mendieta que allí tiene.*

Este sobrino Mendieta, en efecto, ejerció el cargo, y por cierto que lo hizo muy mal. Pero lo que importaba era quién se llevaría la mano de Juana, que a su belleza añadía ahora otro atractivo: el cargo de adelantado. Ortiz había tomado una última providencia: nombraba albacea testamentario a Juan de Garay, otro veterano, medio pariente suyo, un hombre de larga carrera que había explorado en Perú, Chile, Bolivia, Paraguay... Garay es un líder nato, un tipo enérgico e inteligente. El mejor albacea para una herencia tan disputada.

A Juana no tardaron en lloverle los pretendientes. Los mejor cualificados fueron tres, y todos gente muy principal. El primero lo presentaba nada menos que el propio virrey del Perú, Francisco de Toledo, y era su ahijado Antonio de Meneses. El segundo lo avalaba el oidor —es decir, el juez— de la Audiencia de Charcas, Juan de Matienzo: su hijo Francisco. El tercero era un noble oficial que ejercía de oidor en Chuquisaca: Juan Torres de Vera y Aragón. Juana es muy joven —quince años cuando muere su padre—, pero no acepta un matrimonio impuesto. Ella quiere elegir. Y va a elegir precisamente al candidato con menos influencia: Juan Torres de Vera.

¿Quién era este Juan Torres de Vera y Aragón? Un típico producto del xvi español, lleno de gloria y blasones, versado en armas y en leyes, noble de espada y de toga, pero ostensiblemente pobre. Había nacido en el castillo de Estepa (Sevilla) y había pasado a América buscando gloria. Las crónicas lo describen como bravucón y bien plantado. Tenía treinta años en aquel momento. Suyo fue el corazón de la muchacha. Nadie ignoraba que esa boda iba a levantar ampollas, pero era la voluntad de Juana. Garay, el albacea, cumple escrupulosamente: avala el matrimonio. Así Juan Torres de Vera y Aragón se convierte en cuarto adelantado del Río de la Plata.

El virrey del Perú brama: se siente humillado por el desdén a su candidato. Dice que el matrimonio no es válido. Legalmente, tiene razón: la ley prohíbe a los oficiales de justicia —y Torres lo era— casarse en el ejercicio de su cargo dentro de su jurisdicción. El virrey insiste en que Juana sea para Antonio. Manda que Garay acuda a su presencia. Dicta orden de prisión contra Torres. Envía tropas para que capturen a Juana. Por su parte, Matienzo, el oidor, también resentido por el rechazo a su hijo, abre un proceso judicial contra Torres. Este, que ve la cosa ardua, decide nombrar a Garay su teniente general: será el veterano quien abra tierras en nombre del nuevo adelantado. Mientras tanto, las tropas del virrey llegan a Chuquisaca y prenden a Juana. Pero al virrey le espera una amarga sorpresa: la joven ya espera un hijo. El virrey, enfurecido, encierra a Juana en un convento.

Nunca sabremos qué habría hecho Juana —diecisiete años en el momento de ser encerrada— con su título de adelantada. Tampoco sabremos qué habría dado de sí Torres de Vera, que bastante tenía con resolver su situación legal. Lo que sí sabemos es lo que hizo Garay, el veterano: infatigable, retomó las exploraciones. Torres, desde su confinamiento, le había encargado fundar una ciudad en el estuario del Plata. Así lo hará. Organiza una expedición con 200 familias de indios guaraníes, 76

familias de colonos españoles y 39 soldados. Una carabela y dos bergantines los transportan río abajo. Al llegar al estuario, Garay se detiene. Allí fundará por segunda vez Buenos Aires. La primera fundación, recordemos, la había realizado medio siglo antes el primer adelantado, Pedro de Mendoza, y había acabado de la pésima manera que hemos visto. Esta nueva fundación, un poco al sur de la primera, será la definitiva. Garay planta el rollo de la justicia y proclama solemnemente el nacimiento de la nueva ciudad:

Hoy sábado día de San Bernabé, once días del mes de junio del año del nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo de mil y quinientos y ochenta años, estando en este Puerto de Santa María de Buenos Aires, que es en las provincias del Río de la Plata intitulada nuevamente la Nueva Vizcaya, hago y fundo en dicho asiento y puerto una ciudad. La iglesia de la cual pongo su advocación de la Santísima Trinidad, y la dicha ciudad mando que se intitule la Ciudad de la Trinidad.

Muy poco después, en 1581, el virrey Francisco de Toledo regresó a España. El paisaje se despejaba para Torres de Vera. Era el momento de volver a asomar la cabeza, reclamar el título de adelantado, sacar a Juana de su encierro... Nunca lo hizo: ni los colonos le reconocían como adelantado, porque no había podido viajar a España para que la corona confirmara sus títulos, ni había prescrito la acusación formulada contra él por el viejo virrey, que, recordemos, con la ley en la mano tenía razón.

Juana, mientras tanto, languidecía en su encierro. No lo soportará. En enero de 1584, con solo veintitrés años, moría la joven hija del conquistador y la princesa. Dice la leyenda que murió de pena. Para aumentar la leyenda, ese mismo año moría en Sevilla, ya anciano, Francisco de Toledo, el virrey que frustró el amor de Juana. De aquel amor quedaba un hijo: Juan Alonso de Vera y Zárate. Juan Alonso viajó a España para reclamar sus derechos: lo hizo acompañado nada menos que por su abuela, la princesa inca Leonor Yupanqui. La corona reconoció sus títulos. Juan Alonso fue gobernador de Tucumán y promovió, entre otras cosas, la fundación de la Universidad Argentina de Córdoba.

Muchas mujeres serán determinantes en la conquista. Aquí hemos visto ya algunas. A otras, no: Beatriz Estrada, la esposa de Coronado, que sufragó la expedición de este en Norteamérica; María de Zárate, que cubrió la exploración de su pariente Lucas de Zárate en el Río de la Plata; Catalina Montejo, que sucedió a su padre como adelantado de Yucatán; Isabel Manrique y Aldonza Villalobos, gobernadoras de la isla venezolana de Margarita. Es un capítulo de nuestra historia menos conocido de lo que debiera. Sirva la triste historia de Juana de Zárate para poner a aquellas formidables mujeres en el lugar que se merecen.

En cuanto al Plata, después de más de medio siglo de esfuerzos empezaba a ser un territorio vertebrado. El abulense Núñez de Prado había fundado Santiago del Estero en torno a 1550. Jerónimo de Cabrera hizo lo propio con Córdoba hacia 1573. Ambas ciudades están en el norte de la actual Argentina. Las dos conocieron innumerables vicisitudes, incluidos varios traslados, pero a partir de estas bases la gobernación del Plata dejó de limitarse al núcleo fluvial del Paraná y empezó a extenderse hacia el sur. Tanto creció la gobernación que, andando el tiempo, el Plata llegaría a ser un virreinato. Pero ahora hemos de cruzar los Andes para visitar un nuevo escenario.

16. LA ARAUCANA

Aquella tierra «tan mal infamada»

Si había en América un lugar donde nadie esperaba encontrar nada, ese era Chile. La expedición de Almagro había sido tan difícil, y los aventureros habían vuelto con las manos tan vacías, que la famosa gobernación de Nueva Toledo —la línea al sur del Cuzco— era sinónimo de maldición bíblica. Desde la ejecución de Almagro en 1538 a manos del feroz Hernando Pizarro —un crimen que puso fin a la carrera del hermano del conquistador—, nadie había mostrado el menor interés en aquel malhadado paraje donde no había huella alguna de riquezas, ni poderosos imperios ni nada que pudiera procurar al conquistador fama y gloria.

El propio territorio de Nueva Toledo era, en realidad, un país imposible. Sobre el mapa refulgía como una gran franja horizontal que abarcaba desde el Pacífico hasta el Brasil: todo un apetitoso mundo. Pero, en la práctica, se trataba de un espacio áspero a más no poder, cortado por el alucinante glaciar Quelccaya, flanqueado por desiertos atroces —el de Atacama— o selvas intransitables —como Las Yungas— y coronado por la infranqueable muralla de un inmenso macizo montañoso, bajo la severa mirada del Nevado Ojos del Salado (6.891 metros) y del monte Pissis (6.795 metros). Los Andes cortan longitudinalmente el territorio de norte a sur y lo convierten de hecho en dos mundos distintos, uno al este y otro al oeste, sin posible comunicación entre sí. ¿Cómo crear ahí algo para gobernar?

Y sin embargo, hubo un hombre que decidió afrontar el reto. Se llamaba Pedro de Valdivia y era extremeño de Villanueva de la Serena, donde había nacido en 1497. Un tipo de buena familia, culto, valiente, que se había formado como militar en la Guerra de las Comunidades de Castilla y, después, en las victoriosas campañas contra Francia y los ejércitos italianos. Se le atribuye haber estado con los tercios en la batalla de Pavía y en el saqueo de Roma, lo cual ya sería suficiente para dorar cualquier hoja de servicios. A la vuelta se casó con Marina Ortiz de Gaete, otra dama de linaje hidalgo de la comarca extremeña de La Serena. Por razones que nadie conoce muy bien —pero que no es difícil imaginar: «Honra y prez», como decía Núñez de Balboa—, a la altura de 1534 Valdivia decidió marchar a América. Se acordará usted de Jerónimo Dortal, aquel zaragozano que tomó el relevo de Ordás en el Orinoco. Cuando Dortal obtuvo el permiso regio, formó armada en España. Su segundo en el mando fue Jerónimo de Alderete, veterano también de la guerra de los comuneros y de Italia. Es más que probable que Valdivia y Alderete se conocieran. Y así Valdivia dejó a su esposa en España e ingresó con su rango de capitán en la nutrida tropa —unos 150 hombres— que con Alderete llegó a Venezuela en diciembre de 1534. Valdivia y Alderete hacen amistad. En Coro conocen a un tercer hombre que se une al grupo: Francisco Martínez de Vargas, extremeño de Trujillo, al que acompañaba una turbia historia acerca de cierto cargamento de oro «rescatado» por el alemán Alfinger y misteriosamente «desaparecido» en la selva. Retengamos el nombre de este Francisco.

Lo que hizo Valdivia en Venezuela permanece bastante oscuro. Parece ser que participó en las

expediciones de Dortal en busca de Eldorado —ya hemos visto hasta qué punto frustrantes— y que, como tantos otros, quedó decepcionado y con ganas de marcharse de allí. En cuanto tuvo oportunidad marchó al Perú, donde el oro no era de leyenda, sino contante y sonante. En 1538 Alderete y Valdivia ya están en Perú. Han llegado con una de las expediciones a cargo de Almagro. Pero cuando estalle la guerra entre los conquistadores no formarán en el bando almagrista, sino en el de Pizarro. Valdivia, militar eficiente, actúa como maestro de campo de las tropas pizarristas, es decir, como jefe militar sobre el terreno. Lo hizo muy bien. La victoria en la decisiva batalla de Las Salinas, donde Almagro quedó definitivamente derrotado —ya lo hemos visto aquí—, fue sobre todo cosa de Valdivia. Y Pizarro, agradecido, le concede en recompensa minas de plata y una gran hacienda en Charcas. Era la primavera de 1538 y Valdivia, cuarenta y un años, se había convertido en uno de los hombres más ricos del Perú. Pero nuestro protagonista no había nacido para ser un rico hacendado.

Valdivia va a ver a Pizarro y le pide permiso para afrontar la conquista de Chile. Parece una locura. «No había hombre que quisiera venir a esta tierra —escribirá después Valdivia al emperador—, y los que más huían della eran los que trajo el adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedo tan mal infamada, que como de la pestilencia huían de ella». Era verdad. Pero Chile estaba abierto y Valdivia quería conquistar. ¿Había oro en Chile? Si lo había, nadie sabía dónde estaba. Los de Almagro habían referido historias sobre abundantes objetos de oro en los «tambos» incaicos de la región, pero ¿de dónde venía? En cualquier caso, y aunque no hubiera oro, España seguía necesitando establecer bases en el Pacífico suramericano. Lima estaba muy lejos del estrecho de Magallanes. Hacía falta sembrar la costa de puertos que aseguraran la comunicación a lo largo del litoral y, desde ahí, abrir de una vez el océano hacia occidente, hacia las Islas de las Especies. Pizarro, quizá reticente al principio, termina aceptando. En abril de 1539 le nombra «teniente de gobernador» para acometer la conquista de Chile. Eso sí, los gastos de la aventura tendrán que correr por cuenta del propio Valdivia, tal y como solía hacerse en todas las «entradas» de la conquista.

Valdivia encontrará el dinero. Ningún prestamista del Perú quería hacerse cargo de una inversión con tan pocas expectativas de rentabilidad, pero el dinero apareció. ¿Dónde? En las manos de Francisco Martínez. Supuestamente, era un financiero madrileño que se dejó caer por el Cuzco justo en el momento preciso. Pero, según una hipótesis bastante verosímil, este Francisco no sería otro que aquel Francisco Martínez de Vegaso que se unió a Valdivia y Alderete en Venezuela, el mismo cuya fama venía envuelta en aquel oscuro asunto del oro desaparecido; en cuanto al capital que tan generosamente iba a financiar la empresa de Valdivia —70.000 pesos castellanos, se dice; realmente no era mucho—, habría salido precisamente de aquel tesoro que solo Francisco sabía dónde se hallaba. ¿Verdad o mentira? Imposible saberlo, pero conste aquí la sospecha.

Valdivia ya tenía lo que necesitaba: permiso de Pizarro, hombres para acompañarle y una tierra para conquistar y «dejar fama y memoria de mí», por emplear sus propias palabras. Pero en eso apareció un nuevo personaje del que es preciso hablar, porque iba a ser determinante en episodios posteriores. Ese hombre era nada menos que el antiguo secretario de Pizarro, Pedro Sancho (o Sánchez) de la Hoz. Este caballero era un riojano que muy joven, con apenas veinte años, se había incorporado a la hueste de Pizarro en calidad de escribano. Estuvo en Cajamarca y le tocó una parte

notable en el reparto del rescate de Atahualpa, de manera que pudo volver a España envuelto en riquezas. Se casó con una dama de alcurnia, doña Guiomar de Aragón. Obtuvo incluso un puesto importante en el gobierno de la ciudad de Toledo. Pero debió de hacer muy mal las cosas, porque a los pocos años estaba completamente arruinado.

Pobre y sin salidas, Pedro «tocó» a sus contactos en la corte para obtener un cargo que le permitiera volver a América. Como, después de todo, no dejaba de ser uno de los héroes de Cajamarca, se le otorgó la gobernación de la Terra Australis, es decir, el extremo sur del continente, por debajo de la línea del estrecho de Magallanes. Eso creaba un problema político no menor, pues venía a acotar las posibilidades de Valdivia marcándole un límite por el sur. ¿Qué hizo Pizarro? Forzar a Valdivia y a Pedro Sancho de la Hoz a formar sociedad, aun contra el ánimo de ambos. Para alivio de Valdivia, el atribulado Pedro tuvo que permanecer un tiempo en Lima por un problema de dinero, de manera que el extremeño pudo partir sin tan embarazosa carga.

Era enero de 1540. Valdivia apenas había logrado reunir una decena de españoles, además de los portadores indios y negros (los «yanaconas», como les llamaban los quechuas). No estaba Alderete: Pizarro le había mandado a explorar el sureste, por ver si hallaba un paso hacia Asunción. Sí se contaba en la hueste Francisco Martínez, el otro socio. Y con él, Pero Gómez de Don Benito como maestro de campo, Alonso de Monroy como sargento mayor, Pedro de Miranda como alférez con el real estandarte y Luis de Cartagena como escribano. Mucho cargo para tan poca hueste. Pero, sobre todo, entre la magra compañía que abandonaba Cuzco con rumbo a los misterios de Chile figuraba una mujer: Inés Suárez. Y la hermosa Inés nos servirá como guía para seguir las estremecedoras vicisitudes que iba a vivir esta expedición.

Una costurera de Plasencia

Hermosa, sí. Debía de serlo, porque Valdivia bebía los vientos por ella. ¿Qué hacía allí esa mujer? Inés había nacido en Plasencia en 1507. Hija ilegítima, de familia muy pobre, se ganó la vida como costurera y, muy joven, se casó con un aventurero tan pobre como ella, Juan de Málaga, que partió hacia América en busca de mejor fortuna y se enroló en la empresa de Pizarro. Juan había prometido volver. Pero el tiempo pasaba y el marido no volvía. Así que Inés, después de diez años y de infinitas cartas sin respuesta, pidió licencia real y viajó a las Indias para buscar a Juan. Corría 1537. No era un viaje de placer: había que cruzar el mar hasta Cuba o Panamá y, desde ahí, embarcar de nuevo hasta el Perú. Un periplo agotador.

No sabemos cuánto tardó Inés Suárez en llegar al Perú. Lo que sí sabemos es lo que encontró allí: la tumba de su marido, que había muerto luchando como soldado de Pizarro. Inés se halló en la otra esquina del mundo, sola y sin un real. Pero al fin y al cabo era viuda de soldado y tenía derecho a heredar la parte de botín que a Juan le hubiera correspondido, así que las autoridades de Cuzco le concedieron una encomienda de indios y tierras cultivables. La costurera se vio agraciada con una hacienda en Charcas. Así conoció al encomendero vecino: Pedro de Valdivia. Y se enamoraron. No sin escándalo de la ciudad, porque Valdivia, como ya hemos visto, estaba casado con una dama que permanecía en España. Pero en aquellas latitudes, tan lejos de la patria, los escándalos lo eran menos.

Cuando a Valdivia se le presentó la oportunidad de conquistar una tierra nueva, Inés no se lo pensó: vendió su hacienda y sus alhajas para ayudar a pagar la aventura y, por supuesto, se enroló en la tropa. Pizarro —dicen— puso el grito en el cielo. A Valdivia se le ocurrió la formalidad de apuntarla como criada de servicio. Y así Inés Suárez partió a la conquista de Chile.

El convoy tomó el Camino del Inca, es decir, no el de los Andes, como había hecho Almagro la primera vez, sino el que desemboca en el desierto de Atacama. En la región de Tarapacá, antes de llegar al desierto, ocurre algo sorprendente: van llegando nuevas columnas que se suman a la hueste. Un día aparece Rodrigo de Araya con 16 hombres. Enseguida, Francisco de Villagra con otros 80. En un oasis conocido como Chiu-chiu, que los españoles rebautizan como Atacama la Chica, se establece el primer campamento. Allí conoce Valdivia que, además, andan cerca Francisco de Aguirre y Alderete, su otro amigo venezolano. Deja a Inés en su tienda y corre al encuentro de sus camaradas. En eso llega al campamento de Chiu-chiu una sigilosa compañía con las peores intenciones: cinco hombres se deslizan entre las sombras de la noche, llegan a la tienda de Valdivia, penetran en ella, palpan el lecho... y lo que encuentran es una furia desatada.

Inés Suárez despierta bruscamente, ve a esos hombres en su tienda, se levanta de un salto, increpa a los intrusos, les golpea. El alguacil de guardia viene corriendo al escuchar el tumulto. Se queda de piedra al descubrir que uno de los misteriosos asaltantes es nada menos que Pedro Sancho de la Hoz, el socio forzoso de Valdivia. Inés se deshace en improperios. Sancho se disculpa como puede. La primera intención es colgarles a todos por intento de asesinato. Pero el alguacil —Luis de Toledo, se llamaba—, reflexivo, opta por cursar aviso a Valdivia. Cuando este aparece en el campamento, monta en cólera, como no podía ser de otro modo. Sin embargo, el extremeño hará de la necesidad

virtud: sorprendido Sancho en tan penosa tesitura, Valdivia le perdona la vida a cambio de que renuncie a todos sus derechos de conquista. Un enemigo menos. Terminaba junio de 1540.

La hueste abandona Chiu-chiu rumbo sur. Se han sumado al grupo los hombres de Alderete y Aguirre. En este momento la compañía de Chile suma ya 153 soldados españoles, más dos clérigos (el mercedario Antonio Rendón y el dominico González de Marmolejo), Inés y los porteadores indios y negros, que suman ya un millar. Les espera el terrible desierto de Atacama, el más árido del mundo, donde tantos otros han perecido antes, como muestran los restos humanos que hallan en su andadura. Para que los escasos manantiales del camino no se agoten, Valdivia divide a la hueste en cuatro grupos que partirán con un día de diferencia: así dará tiempo a que el acuífero se recupere entre el paso de uno y otro.

La marcha es penosa, subordinada al calor atroz del día y al frío glacial de la noche (desde 45 grados al mediodía hasta 20 bajo cero nocturnos), inevitablemente retardada por el lento caminar de los porteadores. Valdivia está pisando un tesoro de cobre, sal, oro, hierro y plata, pero, evidentemente, aún no lo sabe: los nuestros solo ven tierra árida y seca. Y nada fácil, por cierto: la tierra se rompe en quebradas que exigen al grupo de cabeza, al mando de Monroy, sacar las herramientas para allanar trechos y abrir pasos. ¡Y con ese calor! Pasan días, semanas, incluso meses. La moral cae por los suelos. Valdivia galopa de un grupo a otro espoleando los ánimos, pero el tiempo pasa, la gente va cayendo, la muerte envuelve a la hueste como el frío y el calor. El soldado y cronista Pedro Mariño de Lobera, que escribirá después esta historia, ofrece truculentos detalles: «Son tan ásperos y fríos los vientos de los más lugares de este despoblado, que acontece arrimarse el caminante a una peña y quedarse helado y yerto en pie por muchos años, que parece estar vivo, y así se saca de aquí carne momia en abundancia». Uno de la hueste intenta desertar: Valdivia, expeditivo, ordena ahorcarle de inmediato.

¿Y qué hace la brava Inés Suárez? Inés no va de paquete: incluida en el grupo de vanguardia, cura a los heridos, trata de levantar los ánimos, informa al jefe sobre la moral de sus hombres. Incluso obra prodigios. En cierto momento, la expedición se queda definitivamente sin agua. Es el final. Pero entonces Inés, según cuenta Mariño de Lobera, «mandó a un indio cavar la tierra en el asiento donde ella estaba, y habiendo ahondado cosa de una vara salió al punto agua tan en abundancia, que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia. Y no paró en esto su magnificencia, porque hasta hoy conserva el manantial para toda la gente». Ese lugar se llama aún hoy Aguada de Doña Inés. Está al pie de un monte que, naturalmente, se llama Cerro de Doña Inés. En la ladera de ese monte —dicen los geógrafos de hoy, tan prosaicos—, se halla el secreto de que nuestra costurera de Plasencia encontrara súbitamente agua: un acuífero. Fuera prodigio o acuífero, el hecho es que aquello salvó a la expedición de la muerte.

El infierno duró más de dos meses, pero al fin terminó. El 26 de octubre de 1540 los nuestros llegaban a un río donde literalmente se sumergieron hasta saciarse. Era el valle del Copiapó. Hoy todos estos riachuelos están prácticamente desecados por la sobreexplotación minera, pero en la época todavía garantizaban agua al sediento. ¿Salvados? No del todo: apenas se habían recuperado de la travesía del desierto, apareció una muchedumbre indígena que los cronistas, quizá exagerando, cifran en 8.000 hombres. Eran «diaguitas», que así llamaban los incas a los pueblos de estas sierras.

Pero, con todo lo que tenían ya a sus espaldas, los de Valdivia no iban a arredrarse por una batalla. Los indios, después del primer choque, huyeron.

La tropa se instaló en el valle. Hoy el lugar se llama Toledo y es una quebrada muy cerca del aeropuerto de Atacama. Valdivia estaba exultante: pasadas las peores pruebas, había llegado a las tierras que ambicionaba. Era el momento de formalizar su hazaña. «Formóse la tropa —cuenta el chileno Carlos María Sayago en su *Historia de Copiapó*— ostentando sus uniformes militares y sus relucientes armas y los sacerdotes entonaron el Te Deum, tras lo cual tronó la artillería, redoblaron los tambores y atabales y prorrumpieron los expedicionarios en aclamaciones de alegría. En seguida el conquistador, con la espada desnuda en una mano y el pendón de Castilla en la otra, dio con aire marcial unos cuantos paseos por el sitio y declaró posesionado el valle, en nombre del rey de España, y por ser este el primer territorio habitado de la conquista a él encomendada, ordenó se le denominase Valle de la Posesión». El valle de la Posesión, en efecto. Y toda la tierra al sur de este valle sería la Nueva Extremadura, pues conformaba el extremo (sur) de la presencia española en América.

La compañía siguió hacia el sur: se trataba de llegar al valle del río Aconcagua, el punto más meridional al que había llegado Almagro, conocido por ser mucho más fértil y habitable que las áridas soledades del norte. No era esta una zona deshabitada: multitud de grupos nativos poblaban el lugar, si bien es cierto que en frecuente guerra entre sí. Tampoco los españoles les eran desconocidos. Recordará el lector al desorejado Calvo de Barrientos, aquel que halló Almagro en estas latitudes. El desorejado había enseñado a una de estas tribus, la del cacique Michimalonco, a pelear con destreza táctica, gracias a lo cual el cacique había podido imponerse sobre otros señoríos vecinos. Los de Valdivia encuentran a muchos de estos grupos nativos en su camino hacia el sur. Habrá frecuentes escaramuzas. Y encuentran, por supuesto, a Michimalonco, que ya sabe sobradamente qué es un español.

Valdivia había venido a gobernar, de manera que organizará las cosas políticamente. Se asienta en el valle del Mapocho, un lugar idóneo para asegurar la supervivencia. Es diciembre de 1540. Metódicamente envía embajadas a los caciques cercanos. Esta región ha sido gobernada antes por los incas; de hecho, los españoles se encuentran ahora en el extremo sur del camino incaico. Valdivia pretende superponer su poder sobre la vieja estructura, como ha hecho Pizarro sobre el Tahuantinsuyo peruano. Reúne a los caciques y les expone su propósito: fundar una ciudad en el valle del río Mapocho. Es difícil saber si Valdivia conocía la verdadera naturaleza de aquellos dignatarios indígenas que ahora, en heterogénea asamblea, reunía ante sí. Unos eran exgobernadores al servicio de los incas, como Quilicanta; otros, como Michimalonco, jefes picunches que habían peleado incansablemente contra los propios incas; aún había otros, araucanos sometidos a viva fuerza por los ejércitos incaicos, y entre estos araucanos los había que deseaban respetar su alianza con Cuzco y otros que, al contrario, deseaban romperla. No era, ciertamente, el mejor paisaje para establecer pactos duraderos.

De cualquier forma, y al menos por el momento, el hecho es que la reunión funcionó. Los caciques señalaron a Valdivia un lugar donde instalarse: el cerro Huelén, una isla entre los dos brazos del río Mapocho. Allí se había levantado una ciudad incaica donde tenía su sede Quilicanta,

el viejo gobernador. Al cerro en cuestión, Huelén, lo llamaban los lugareños Piedra del Dolor. En sus alrededores se alzaba el centro de los sacrificios de Capac Cocha, donde los incas mataban niños y niñas aportados por los pueblos sometidos, en ofrenda a Viracocha. Se cree que los cadáveres de estos niños eran enviados a Cuzco para, una vez momificados, ser transformados en huacas, es decir, objetos de culto. De esta manera los pueblos sometidos terminaban adorando a los símbolos de su propia sumisión: las momias de esos niños entregados al poderoso imperio. Numerosos hallazgos arqueológicos confirman esta práctica. Vaya el dato para entender cómo funcionaba el sistema de dominación del Tahuantinsuyo. Y los sentimientos que los picunches guardaban hacia los incas.

Para los españoles, aquel cerro era más que suficiente: presidía un lugar hermoso y fértil, militarmente resultaba fácil de defender y, por otra parte, los alrededores estaban muy poblados, de manera que no faltaría mano de obra —como no les faltó a los antiguos dueños, los incas—. El 12 de febrero de 1541 nace formalmente la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. El maestro de obras de la expedición, el vizcaíno Pedro de Gamboa, dibujó el trazado de la villa: ocho cuadras de norte a sur, diez de este a oeste, y cada cuadra dividida en cuatro solares, uno para cada colono. En el centro, la plaza mayor y, a su alrededor, la catedral, la casa del gobernador, el cabildo y la cárcel. Típico urbanismo colonial español. Las casas eran de adobe y techo de paja, el rollo de la justicia no era de piedra, sino un grueso madero, y el abastecimiento de agua dependía de una sola acequia, pero aquello ya era una ciudad. Así nació lo que hoy conocemos como Santiago de Chile. Y en la casa del gobernador, reina de un mundo de barracones de barro y paja, Inés Suárez. Que aún va a guiarnos un poco más en nuestra historia.

El oro de Marga-Marga y los siete caciques

En algún momento las cosas empezaron a torcerse con los indígenas. Por un lado, el viejo gobernador inca, Quilicanta, conspiraba para recuperar lo perdido. Por otro, el cacique Michimalonco —cuyo nombre, por cierto, significa algo así como «cabeza ardiente»— comenzaba a sentir que había hecho un pésimo negocio. Al mismo tiempo, los españoles buscaban tesoros: ya ha quedado dicho que los de Almagro, años atrás, habían traído noticia de los objetos de oro hallados en los «tambos» de la región, aquellos puestos de recaudación de tributos que los incas sembraban por todas partes. Ahora los de Valdivia encontraban los tambos y también los objetos, pero seguían sin desentrañar el gran misterio: ¿de dónde lo sacaban? Con toda seguridad debían saberlo los viejos gobernadores incas del Mapocho. También había de saberlo el picunche Michimalonco. Pero ninguno soltaba prenda.

Hacia mayo de 1541 estalla el caldero. Michimalonco, antes dueño y señor del valle, decide dar un paso adelante. Su viejo enemigo, el gobernador inca Quilicanta, ha sido desplazado por los españoles y ha tenido que marcharse a un poblado cercano. Ese abandono significa que los otros pueblos de la región, antaño vasallos de los incas, pueden romper sus lazos. Si unen sus fuerzas a las de los picunches de Michimalonco, los españoles estarán perdidos. Pero Valdivia se entera de la jugada. Marcha sobre la fortaleza del cacique picunche, la toma y apresa al propio Michimalonco y a varios caciques más, incluido el exgobernador Quilicanta. Ahora Valdivia lo tiene todo en su mano. Y unas excelentes bazas para negociar en posición de ventaja.

Michimalonco cantó. Era lo único que podía hacer para obtener su libertad. El cacique picunche reveló a Valdivia de dónde venía el oro que su pueblo tributaba a los incas. Fue así como los españoles conocieron los lavaderos de oro de Marga-Marga, unos pocos kilómetros al noroeste de Santiago, donde hoy se levanta Viña del Mar. Michimalonco no se quedó ahí: ofreció a Valdivia «un tambor repleto», lo cual venían a ser 24,5 kilos de oro, así como 27 kilos que tenía consigo en el momento de ser apresado. Más aún: a cambio de su libertad, el cacique picunche cedió a los españoles el contingente que hasta poco tiempo atrás había trabajado en las minas para los incas, a saber, 1.200 varones jóvenes y 500 mujeres solteras. Dicen los cronistas que solo concurrieron 600 varones y que Valdivia, por su parte, excluyó a las mujeres, en lo cual no hacía sino aplicar las leyes de Indias. Aun con estos «recortes», el premio para la naciente Santiago fue extraordinario. Por si acaso las cosas volvían a torcerse, Valdivia, precavido, apresó a siete caciques y los llevó consigo a Santiago; entre ellos estaba el exgobernador Quilicanta.

Ocurrió entonces algo que estremeció a la colonia: llegaban noticias de que Francisco Pizarro había sido asesinado. Los colonos no se estremecieron solo por afecto hacia el conquistador del Perú, sino también porque todos sus títulos y licencias, empezando por los del propio Valdivia, dependían precisamente de Pizarro; si él moría, todo lo conseguido en Chile podía verse revocado ipso facto. ¿Qué se hizo? Lo mismo que Núñez de Balboa en el Darién, lo mismo que Hernán Cortés en México: formar cabildo y que este, por su autoridad colegiada, designara a Valdivia gobernador y capitán general, es decir, todo el poder político y militar sobre el nuevo territorio. Valdivia, formal, rehusó hasta tres veces; el cabildo, no menos formal, insistió otras tantas. Era junio de 1541.

Las minas de Marga-Marga resultaron enormemente prometedoras. Valdivia mandó inspeccionarlas a Villagra y Aguirre. Descubrieron no solo los yacimientos, sino también barracones donde hasta muy pocos años antes habían trabajado los picunches. Dos de los expedicionarios —Herrera y Delgado, se llamaban— sabían de minería y empezaron por hacer lavar las mazamorras, es decir, los terrones de oro ya extraídos y a los que restaba limpiar de impurezas. En solo once días de trabajo lograron sacar 115 kilos de oro en polvo y pepitas, y eso «con herramientas de palo y no buenas bateas», como dice el cronista Vivar. Es fácil imaginar el entusiasmo de los colonos ante semejante hallazgo: no solo habían conquistado un país, sino que además iban a hacerse ricos. «Y como si ya tuvieran el oro en las bolsas —escribe Mariño de Lobera—, solo pensaban si había tantos costales y alforjas en el reino donde echar tanto, y cómo en breve tiempo irían a España a hacer torres del metal, comenzando desde luego a hacerlas de viento». De momento lo que hicieron fue construir un puerto en el mismo estero de Marga-Marga para poder sacar en barco el oro allí extraído. A ese puerto empezaban a llegar españoles desde el Perú. Entre ellos, el sinuoso Pedro Sancho de la Hoz, el tipo que había intentado matar a Valdivia.

La única preocupación de Valdivia en este instante era saber qué estaría pasando en Perú. Con Pizarro muerto, los almagristas se habían hecho con el control. Y en su propia hueste chilena, en la misma Santiago, formaba gente que había sido partidaria de Almagro. El jefe del cabildo, Monroy, ha puesto sobre aviso al gobernador: hay movimientos extraños y rumores preocupantes. A Valdivia ya habían intentado matarle una vez. No podía bajar la guardia. Pero mientras el conquistador cuidaba su guardia en el interior, la descuidó en el exterior. Un día llega a Santiago uno de los hombres de las minas, Gonzalo de los Ríos, con un esclavo negro. Lo que cuenta es terrible: los indios de la zona se han levantado, han matado a todos los españoles —doce— y a centenares de yanaconas, han quemado el barco y han destruido los lavaderos. Ellos dos, Gonzalo y el negro, son los únicos supervivientes. Y así Valdivia se encuentra con una probable conspiración en el interior y, además, una evidente rebelión en el exterior. Es agosto de 1541 y todo está a punto de irse al garete.

Valdivia pudo averiguar quién estaba detrás de la conspiración. Los sospechosos confesaron: eran almagristas y querían, en efecto, matarle. Muy probablemente para huir después a Marga-Marga, robar el oro, coger el bergantín y embarcarse hacia Lima, donde ahora mandaban los de su partido. Expeditivo una vez más, Valdivia hizo juzgar y condenar a muerte a cinco conspiradores. Pedro Sancho de la Hoz se libró nuevamente. Pero ahora quedaba el otro problema, el exterior. Y este era mucho más grave.

Michimalonco, el de la «cabeza ardiente», preparaba su venganza y lo había hecho a conciencia. Innumerables pueblos de la región se estaban levantando, convocados por el cacique picunche. Parece que el reclutamiento forzoso de indios para Marga-Marga había sido el detonante del malestar, aunque era el propio cacique quien los había ofrecido a los españoles. Sea como fuere, Michimalonco estaba reuniendo miles de lanzas en el valle del Aconcagua, al norte, y además había logrado sublevar a las tribus del sur, las que nunca habían estado bajo el dominio inca: pueblos mapuches y picunches a los que los incas denominaban *promaucaes*, que quiere decir «enemigos salvajes». ¿Cómo había conseguido el cacique picunche aliar a pueblos hasta entonces enfrentados? Ofreciéndoles un objetivo común: liberar a sus caciques, presos en Santiago, en una campaña contra

el enemigo común. «Esta gente extranjera —pudo decir Michimalonco a sus pares— ha venido a estas tierras, ha echado a los nuestros, ha apresado a vuestros caciques y ahora pretenderá dominarnos a todos. Venid conmigo, liberad a vuestros caciques y expulsemos a los extranjeros». Por ejemplo. Y así Santiago quedó rodeada.

Valdivia reflexiona. Teme más a los del sur que a los del norte. A estos últimos, a los de Michimalonco, ya los ha derrotado más de una vez. Los del sur, por el contrario, se han ganado su reputación de «salvajes» resistiendo a los incas. El gobernador decide dividir a la hueste: en Santiago quedará Alonso de Monroy con 50 hombres e Inés, junto a unos 200 yanaconas peruanos; él marchará con el grueso de la fuerza hacia el sur para dismantelar la amenaza, en la certidumbre de que las precarias alianzas trenzadas por Michimalonco se romperán en cuanto los «salvajes» promaucaes sean derrotados. En mala hora lo hizo.

La espada de Inés y el caballo del Apóstol

Entre 6.000 y 10.000 indios, según las distintas fuentes: eso es lo que se presentó en las puertas de la pequeña aldea de Santiago el 11 de septiembre de 1541. Los mandaba Michimalonco, el cacique picunche. Michimalonco sabía cómo peleaban los españoles. Incluso había aprendido a pelear como ellos. El desorejado se lo había enseñado. No ignoraba el cacique lo determinante que era la caballería, pero sabía contrarrestar sus ataques; tampoco desconocía el efecto de los arcabuces, pero sabía cómo disminuir sus estragos. Y sobre todo: había llegado a comprender lo esencial del genio militar, que no descansa en la superioridad técnica, sino en la ventaja táctica, en saber ordenar el movimiento adecuado en el momento oportuno y en el terreno más propicio.

Michimalonco mandó a sus espías. Vio el movimiento de Valdivia marchando al sur. Supo que en la ciudad no quedaban más que 50 españoles —32 a caballo— y un par de cientos de yanaconas. Comprobó que, más allá de las empalizadas, la aldea de Santiago era un sembrado de madera, cañas y paja. Calculó que tendría tantas más oportunidades cuanto más eludiera un choque frontal; se propuso rendir la ciudad por hambre y fuego. Caviló que el mejor modo de eludir a los arcabuces era atacar de noche, sin visibilidad, y que de este modo también dificultaría la acción de la caballería. Al caer la noche acercó sus tropas al objetivo. Y tres horas antes del amanecer, miles de picunches, en oleadas sucesivas, corrieron hacia las empalizadas de Santiago arrojando calderos llenos de tizones al rojo y otros artefactos incendiarios. En pocas horas, Santiago ardía por los cuatro costados.

Alonso de Monroy, que había quedado al frente de la ciudad, hacía lo que podía. Los caballos salían en tromba intentando desbaratar las oleadas de atacantes, los jinetes alanceaban cuanto encontraban a su paso, racimos de indígenas caían a cada acometida, pero siempre aparecían más y más. Al salir el sol, Michimalonco pudo ver que Santiago ardía por entero y que las líneas de defensa españolas, una en cada costado de la ciudad, estaban más que quebrantadas. Ordenó entonces el asalto con un objetivo preciso: penetrar en las calles de Santiago, llegar a la plaza, donde estaban los siete caciques presos, y liberarlos.

Los españoles lo ven y salen al encuentro de los indígenas. Se traba combate en las calles. La batalla es terrible. Inés Suárez está en la casa del gobernador, la misma en la que permanecen los caciques presos, que en ese momento gritan a voz en cuello para que sus rescatadores sepan dónde encontrarlos. Inés vigila a los cautivos mientras reza a una pequeña imagen de la Virgen que Valdivia llevaba siempre consigo: Nuestra Señora del Socorro. Nunca había hecho tanta falta su protección. Parece imposible detener a la marea indígena. ¿Y qué hizo entonces Inés? El cronista Mariño de Lobera lo cuenta con tal pasión que es cabal dejarle la palabra:

Como empezase a salir la aurora y anduviese la batalla muy sangrienta, comenzaron también los siete caciques que estaban presos a dar voces a los suyos para que los socorriesen. Oyó estas voces doña Inés Suárez y tomando una espada en las manos se fue determinadamente para ellos, y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre, que matasen a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas: «Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?», respondió ella: «Desta manera». Y desenvainando la espada los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o un Cid (...). Habiendo, pues, esta

señora quitado las vidas a los caciques, dijo a los dos soldados que los guardaban que, pues no habían sido ellos para otro tanto, hiciesen siquiera otra cosa, que era sacar los cuerpos muertos a la plaza para que, viéndolos así, los demás indios cobrasen temor de los españoles. Eso se puso luego en ejecución, saliendo los dos soldados a pelear en la batalla, la cual duró gran parte del día, corriendo siempre sangre por las heridas que se recibían de ambos bandos. Y fue cosa de grande maravilla el ver que tan pocos españoles pudiesen resistir tanto tiempo a tan excesivo número de bárbaros (...). Viendo doña Inés Suárez que el negocio iba de rota batida y se iba declarando la victoria por los indios, echó sobre sus hombros una cota de malla y desta manera salió a la plaza y se puso delante de todos los soldados, animándolos con palabras de tanta ponderación, que eran más de un valeroso capitán hecho a las armas que de una mujer ejercitada en su almohadilla.

Brutal, ciertamente. Inés decapitó a los caciques para mostrar sus cabezas sin vida a los atacantes. Pero... ¿cabía actuar de otra manera? Nadie ignoraba lo que le ocurriría si caía vivo en manos de los picunches. El hecho es que los atacantes, al ver aquello, retrocedieron. Los caciques estaban muertos, luego ya no había nadie a quien rescatar. Con la luz del sol, la caballería y los arcabuces redoblaron su eficacia, para terror de los indígenas. Las bajas nativas eran ya tan fuertes que sus líneas clareaban cada vez más al tiempo que menguaba su empuje. Los españoles lo percibieron con claridad. Al llegar la tarde, Francisco de Aguirre capitaneó una última carga de caballería que obligó a los picunches a poner pies en polvorosa. Michimalonco ordenó retirada. Los españoles habían vencido el asedio.

Algo más ocurrió en esa batalla. Algo que entra en el ámbito de lo sobrenatural y que hay que contar porque desde este momento va a acompañar a los españoles de Chile durante siglos. Y fue que, en plena batalla, apareció un jinete suplementario sobre los 32 que los nuestros alineaban. Mariño de Lobera lo cuenta así:

Michimalonco mandó que mientras todos bebían un poco para entrar con más esfuerzo, fuesen a la ciudad algunos espías para contar los españoles que en ella había, deseando saber si había algunos menos de los treinta y dos de a caballo y diez y ocho de a pie, habiendo muerto alguno en la batalla. Los espías contaron a los españoles uno a uno muchas veces, y hallaron siempre ser treinta y tres los de a caballo. Fueron con esta relación al general Michimalonco, el cual hizo burla de ellos, diciendo que debían estar embriagados y que él no pretendía saber si los de a caballo eran más de treinta y dos, sino si eran menos, pues no haber más era cosa muy cierta, y que a todos constaba sin duda alguna. Y tornando a enviar otros espías le dieron la misma relación que los primeros, lo cual hicieron otros muchos indios que envió diversas veces concordando todos en que los de a caballo eran treinta y tres, lo cual, había también notado Francisco de Villagrán al tiempo de la batalla, por lo cual se tuvo por cosa cierta, como lo fue, que aquel caballero que allí estaba demás de los treinta y dos conocidos era el glorioso apóstol Santiago, enviado de la divina Providencia para dar socorro al pueblo de su advocación, que invocaba su santo nombre.

El apóstol Santiago, en efecto, había comparecido a caballo, como en Clavijo, para decantar la batalla del lado cristiano. Caballería española.

Michimalonco se retiró, pero el paisaje después de la batalla era desolador. Santiago estaba destrozada. «Mataron veintitrés caballos y cuatro cristianos», escribirá después Valdivia. De la dureza del combate da idea lo que le pasó a Aguirre, el de la última carga, que acabó con más sangre que madera en su lanza —eso dice la crónica— y que, al ir a soltar el arma, notó con horror que no podía: después de tantas horas de pelea, la mano se le había quedado agarrotada en torno al asta y hubo que aserrar el arma, primero, y aplicar en la mano ungüentos y cataplasmas, después, para que

al cabo de veinticuatro horas pudiera volver a abrir los dedos. Con todo, lo peor era el desastre logístico. Las casas habían ardiendo todas. Apenas quedaban unos pocos cerdos y algunas gallinas. Del granero pudo rescatarse un poco de trigo. Nada más. Y con esa miseria era preciso alimentar a un millar de personas entre españoles y yanaconas. Venían tiempos duros.

Hubo mucha hambre y mucho sufrimiento en Santiago aquellos meses. Y en esta tesitura volvió a destacar Inés Suárez, que no solo remendaba los harapos de los combatientes o cuidaba de los heridos, sino que además se las arregló para poner a los cerdos a procrear, explotar al máximo las puestas de las gallinas y, con el cereal salvado del desastre, replantar trigo en los sembrados. Aun así, la situación era desesperada. Michimalonco, que no había logrado rendir Santiago por el fuego, lo intentó por el hambre. Los indios acosaban sin cesar. Se peleaba al mismo tiempo que se sembraba. Los nuestros no iban a abandonar Santiago, pero Valdivia sabía perfectamente que, en esas condiciones, no podrían aguantar mucho más. Necesitaban refuerzos.

En enero de 1542 parte Alonso de Monroy con otros cinco hombres y una misión desesperada: atravesar las líneas indígenas y llegar al Perú para pedir auxilio. Para evitar reticencias, Valdivia fabrica vasos y joyas con el oro que le queda: esa será la embajada de Monroy para reclutar gente. A la expedición de rescate le aguarda un verdadero calvario: encuentros con los indios, combates, cautiverios, cuatro muertos... Pero Monroy llegará. A la altura de septiembre de 1543 aparece un barco en la bahía de Valparaíso: el *Santiaguillo*. Un yanacona peruano lleva la noticia a Valdivia. Este sale corriendo al encuentro del rescate. Cuando ve al piloto y al capitán, no puede evitar un ataque de llanto. Algunas semanas más tarde aparecerá Monroy con 70 hombres de a caballo y aún más provisiones. La imagen de Nuestra Señora del Socorro, la Virgen que Valdivia llevaba consigo, será honrada en esa ocasión con la edificación de una ermita: San Francisco de la Alameda. Todavía hoy está en pie.

Michimalonco arroja la toalla

¿Qué habían hecho los colonos de Santiago durante ese largo periodo de casi dos años? Resistir. Día y noche, sembrando los campos y combatiendo al mismo tiempo. La ciudad se había reedificado con casas de adobe y una muralla exterior. Los campos habían vuelto al cultivo. Incluso los indios habían empezado a manifestarse menos hostiles, vista la determinación de los nuestros a permanecer en su pequeña aldea. En 1542, cuando aún no habían llegado los refuerzos de Monroy, el jefe Michimalonco arrojó la toalla: cada vez le costaba más mantener la precaria alianza entre los pueblos de la región, que, por su parte, ya solo veían la guerra como una sucesión de sinsabores. Un buen día Michimalonco se marchó: cogió el camino de Cuyo, hacia el interior de los Andes, y desapareció de la vida de los españoles.

Con su tropa reforzada y el peligro indígena muy debilitado, Valdivia pudo ocuparse de asentar los caminos en el interior de su territorio y, especialmente, las comunicaciones entre Santiago y la costa. El puerto de Valparaíso, junto a Viña del Mar, quedó formalmente constituido en septiembre de 1544. Otra prioridad era establecer puertos en el itinerario litoral entre Valparaíso y Lima, porque la travesía —casi 3.000 kilómetros— se hacía eterna, particularmente en dirección sur, contra la poderosa corriente marina. Así el soriano Juan Bohón, bajo las órdenes de Valdivia, fundó en aquel mismo año la ciudad de La Serena, 400 kilómetros al norte de Valparaíso.

Eso no fue todo, porque en esas mismas fechas apareció en la colonia un singular personaje: el navegante genovés Juan Bautista Pastene, un italiano al servicio de España, casado con una portuguesa —así era el imperio—, que había buscado hacer carrera en las Indias y llevaba veinte años navegando el Pacífico. Pastene empezó en Honduras en la época de Hernán Cortés y terminó en Perú con Pizarro. Había navegado la mar del Sur arriba y abajo hasta el punto de obtener de la corona el título de piloto mayor de esas aguas. Carlos I seguía obsesionado con la idea de abrir el Pacífico y en 1543 ordenó que se explorara el litoral hasta el estrecho de Magallanes, es decir, muy al sur del territorio reconocido a Valdivia. Y como el más avezado piloto disponible era precisamente Pastene, el italiano se presentó en Santiago con un título de «general de la mar del Sur» que le facultaba para tomar posesión del territorio costero que descubriese. A Valdivia no le hizo ni pizca de gracia descubrir que había un tipo con título de general en las tierras que él se proponía explorar, pero, por un lado, era verdad que sin barcos no podía hacerlo, y por otro, Pastene no tuvo el menor problema en ponerse a las órdenes del gobernador.

Valdivia hizo que Alderete acompañara al italiano y ambos se dedicaron a recorrer el sur del litoral chileno explorando las bahías en las que, un día, poder instalar puertos. Seguía soñando con conquistar aquel mundo. Pero aún hacía falta vencer la resistencia indígena para llegar por tierra hasta allí. Una expedición de reconocimiento hasta Quilacura, más allá del río Biobío, había terminado en refriega con los mapuches y prudente retirada. De aquel lance Valdivia solo había sacado un paje: un joven llamado Lautaro al que acogió como yanacona, es decir, indio para su personal servicio. El tal Lautaro, pronto lo veremos, daría mucho que hablar.

En todo caso, aquella expedición había demostrado que para emprender la conquista del sur hacían falta muchos más hombres de los que tenía en Santiago, así que el gobernador envió a Pastene

y Monroy a Perú. Pasaron los meses y los mensajeros no regresaban. Envió entonces a Antonio de Ulloa con idéntico resultado. Algo extraño ocurría. Solo mucho más tarde conocerá Valdivia las razones de la demora: Monroy había muerto, enfermo, en el Perú; allí las cosas se habían puesto recias por la sublevación de los encomenderos, y en cuanto a Ulloa, al que se creía fiel, resultó ser un hombre de Pedro Sancho de la Hoz, su mortal enemigo. En definitiva, todos los mensajes de Valdivia al Perú habían caído en el vacío.

Sancho de la Hoz, en efecto. Está acabando el año 1547 cuando una nueva conspiración sacude a la pequeña colonia de Santiago. Valdivia está ausente. Francisco de Villagra ejerce como gobernador. ¿Quién es el alma de la conspiración? Una vez más, Pedro Sancho de la Hoz, cuyo rencor parecía inextinguible. En sus pesquisas descubre Villagra que Pedro Sancho pretende ahora no solo acabar con el gobierno de Valdivia, sino además matarle a él, al propio Villagra. Esta vez el viejo combatiente no tendrá piedad: ordena juzgar a Pedro y la sentencia solo podía ser la muerte. Pedro Sancho de la Hoz morirá decapitado en Santiago de Chile el 8 de diciembre de 1547.

Un aspecto importante de la recuperación de la colonia fue el oro de Marga-Marga. Las instalaciones habían quedado destruidas por la rebelión indígena, pero el oro seguía allí. Valdivia decidió utilizar sus propias encomiendas —es decir, sus recursos personales en tierras, alimentos y personal— para atender las necesidades de mano de obra y manutención. Tampoco recurrió a los indios locales, sino a los yanaconas peruanos. En 1545 comenzó de nuevo la producción. Se extrajeron 295 kilos de oro. Al año siguiente fue casi una tonelada. Valdivia se ocupó de dictar una ordenanza oficial para regular la explotación y la propiedad del oro de Marga-Marga. El yacimiento seguiría funcionando a pleno rendimiento durante los veinte años siguientes.

Con el territorio ordenado, los indios más o menos controlados, la colonia viva y en marcha y el oro de Marga-Marga afluyendo a buen ritmo, Valdivia resolvió ir personalmente al Perú, puesto que sus anteriores mensajes no habían sido recibidos. Era 1548. Allí pudo el conquistador entrevistarse con el Pacificador Pedro de la Gasca, sacerdote, ese crucial personaje que ya hemos visto en nuestro relato. Combatió para La Gasca en la guerra de los encomenderos y obtuvo prácticamente todo lo que quería, empezando por el cargo de gobernador de Chile con autorización del rey. Lo que no pudo evitar Valdivia fue verse sometido a interrogatorio por un largo pliego de acusaciones que contra él habían formulado sus enemigos. Entre esas acusaciones figuraba la de haber incurrido en «costumbres relajadas con escándalo público». ¿Por qué? Por su convivencia con Inés Suárez.

Valdivia volvió a Santiago con una larga lista de deberes impuesta por el Pacificador. Entre esos deberes, el más penoso era sin duda la orden de romper su convivencia con Inés. Prescribía La Gasca que a la mujer se le buscara un buen esposo de su elección. Inés Suárez, que ya iba rondando los cuarenta años, terminó casándose con Rodrigo de Quiroga, uno de los mejores capitanes del reino. Rodrigo era de los que llegaron con Aguirre al desierto de Atacama, en los primeros compases de la gran expedición. Había vivido desde entonces todas las glorias y todas las penas de la conquista de Chile. Dice Alonso de Góngora que era «hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaguileño, nobilísimo de condición, muy generoso, amigo en extremo grado de pobres, y así Dios le ayudaba en lo que hacía: su casa era hospital y mesón de todos los que la querían». Poseía, además, una importante participación en el oro de Marga-Marga. Tampoco Quiroga

llegaba inmaculado al altar: traía consigo una hija mestiza, Isabelita, fruto de una relación anterior. En todo caso, las riquezas de Quiroga, más la encomienda que se atribuyó a Inés por méritos de guerra tras la batalla de Santiago, iban a convertir a esta pareja (y a Isabelita) en una de las principales fortunas de la nueva colonia. Quiroga estaba llamado a ocupar en el futuro puestos de gran relevancia en el gobierno de Chile, pero, con muy pocos paréntesis, ninguno de los dos se moverá ya de Santiago. Inés y Rodrigo morirán juntos, muy ancianos, en 1580, después de largas décadas de vida discreta y piadosa.

La mano de Inés fue el precio que tuvo que pagar Valdivia para ver consolidado su gobierno en aquel nuevo territorio y poder reclutar los refuerzos que precisaba para emprender la campaña hacia el sur. Corría septiembre de 1549 y, al fin y al cabo, todo iba a pedir de boca. El colofón llegó cuando, un buen día, se dejó ver en Santiago nuestro amigo Michimalonco, el de la cabeza ardiente. El viejo guerrero —debía de rondar los cincuenta años por entonces— se había cansado de vivir como un exiliado sin fortuna en un pueblo extraño. Volvió al país, reunió a los caciques que habían hecho con él la guerra y les convenció para avenirse con los españoles, que, en palabras que le atribuye Mariño, «ya sabemos que cuanto son de bravos y valientes en la guerra, son de mansos y afables en la paz». Con la palabra de sus colegas en la mano, Michimalonco apareció en la capital que infructuosamente había intentado tomar. Venía a firmar la paz y a ponerse a las órdenes de Valdivia. Traía consigo, a modo de prenda, 200 libras de oro muy fino y buena cantidad de ganado.

En Santiago le recibió Inés, que le dispensó las mayores cortesías. Michimalonco aceptó que se evangelizara a los suyos y que se implantara el sistema de trabajo de las encomiendas. Valdivia y el cacique picunche sellaron su acuerdo. Aún más: Michimalonco iba a formar desde entonces como jefe de un cuerpo auxiliar en las futuras campañas españolas de conquista. Terminaba 1549 y Pedro de Valdivia, diez años después de su nombramiento como teniente de gobernador por Francisco Pizarro, había ganado.

«Sino que peleamos y muramos»

En enero de 1550 inauguró Valdivia su gran expedición al sur. Ya había reconocido el terreno. Ya sabía, por sus propias incursiones y por la pesquisa de Pastene y Alderete en el litoral, dónde podía instalar asentamientos. Ya tenía los hombres necesarios para hacerlo. Llegaba el momento de «dejar fama y memoria de mí».

El sistema español de control del territorio, en las Indias, no consistía en la ocupación masiva de un punto desde el que pudiera operarse hacia el exterior (como hacían, por ejemplo, los portugueses), sino que más bien puede definirse como reticular: una red de puntos principales unidos entre sí por caminos más o menos seguros. Se poblaba un punto, se aseguraba y se caminaba hasta el siguiente. Solo así podía cumplirse la prescripción de conquistar, poblar y evangelizar con unas huestes tan escasas, con unidades que rara vez superaban los 200 hombres. Las ciudades —en realidad, simples aldeas— se levantaban en lugares especialmente apropiados para garantizar tanto la subsistencia como la comunicación. Si en el sitio había un asentamiento indígena, se conquistaba; si no, se alzaba el poblado de nueva planta.

Por lo general, estos emplazamientos se escogían en zonas habitadas por indios; desde el punto de vista militar era más arriesgado, porque siempre resultaba posible una rebelión, pero tenía más sentido desde el punto de vista logístico, pues hacía falta mano de obra para trabajar la tierra y obtener víveres, y también desde la perspectiva religiosa, porque los misioneros que invariablemente acompañaban a todas las expediciones querían indígenas para evangelizar. Si en el territorio había indios hostiles, entonces la red se reforzaba con nudos de defensa intermedios —los fuertes—, concebidos como emplazamientos para 50 o 60 hombres, que actuaban a la vez como vigilantes del terreno, puntos de avituallamiento en el camino y, en caso de ataque, eventual socorro a la ciudad más cercana. En cierto modo la estructura recuerda al viejo sistema de líneas y puestos de la Guardia Civil.

Este era el modelo de ocupación que Valdivia tenía en la cabeza cuando partió hacia el sur en enero de 1550. Debía hacerlo sobre un territorio donde los nudos costeros tenían tanta importancia como los terrestres. Desde el océano hasta los Andes, Chile es una sucesión de franjas longitudinales que comprende la planicie costera, la cordillera litoral y una fértil depresión intermedia antes de llegar a las altas cumbres andinas. El objetivo de Valdivia era tomar bases en el litoral para asegurar el abastecimiento por mar y fundar ciudades bien comunicadas hacia el interior, hacia el este, para acceder a los ricos valles de la depresión intermedia. Sobre el mapa, el plan estaba claro. Ahora bien, había un problema que Valdivia no ignoraba: los indios mapuches.

Mapuches, sí. Son los mismos que los incas habían llamado promaucaes. Los españoles los llamaron araucanos por el nombre de la región donde vivían, Arauco, en torno al río Biobío. Parece que el topónimo Arauco proviene del quechua *awqa*, que significa «salvaje». En todo caso, ellos se llamaban a sí mismos «mapuches», que es algo así como «gente de la tierra», y su presencia se extendía mucho más allá de la región de Arauco, por el sur y hasta los Andes. Eran muchos, muchísimos, dispersos en infinidad de clanes familiares regidos por un *lonco*. Habitaban fértiles valles muy aptos para la supervivencia. Y además, eran gente muy fiera; probablemente los más

belicosos y los mejores guerreros que hasta entonces habían encontrado los españoles en las Indias.

Su cultura material era relativamente primitiva, pero, a cambio, mantenían lazos sociales muy fuertes entre las distintas comunidades. Cuando había guerra, los clanes se reunían y escogían a un jefe o *toqui* para que los acaudillara. Adoraban a un dios creador, pero también a innumerables divinidades menores. Practicaban sacrificios humanos, tanto en tiempos de paz, para conjurar circunstancias adversas, como en tiempos de guerra, donde los cautivos pasaban invariablemente por el cuchillo. Quienes dictaban los sacrificios eran una especie de sacerdotes o chamanes, los *machis*, entre los que abundaban las mujeres ancianas. Todavía en 1960 —en pleno siglo xx— la justicia chilena tuvo que abordar el caso de un niño de cinco años que había sido sacrificado por orden de una machi para aplacar la fuerza de un maremoto; el niño fue arrojado al mar embravecido y murió estrellado contra las rocas. Así eran los mapuches. Y contra ellos tendría que construir Valdivia su Chile.

El primer objetivo de los nuestros fue la bahía que el italiano Pastene había bautizado como Concepción, en la desembocadura del río Biobío, 500 kilómetros al sur de Santiago. Tres años antes habían tenido que salir por piernas de aquí. Ahora marchaban 200 españoles, la mitad a caballo, y unos 300 yanaconas peruanos y chilenos. Tardaron más de un mes en cubrir el camino. Valdivia iba enfermo, viajando frecuentemente en litera, cabalgando otras veces su caballo, con su paje mapuche, Lautaro, sujetando las riendas. Al llegar a la bahía acamparon en un paraje cenagoso llamado Andalién. Era el 22 de febrero. Esa misma noche, una muchedumbre de no menos de 15.000 mapuches, bajo el mando del toqui Aillavillú, se presentó de improviso y atacó el campo. Valdivia, militar experto, había tomado la providencia de acampar de tal forma que los propios pantanos de aquel lugar protegieran a la hueste. Los indios se vieron forzados a atacar por un solo punto. La batalla fue feroz. Murió un español y otro centenar recibió heridas. Los mapuches salieron peor: 300 muertos y 400 prisioneros.

Aquello solo era el principio. Valdivia, viendo que el paisaje estaba difícil, trasladó rápidamente su campamento cerca de la bahía, donde podría esperar refuerzos. Sin perder un minuto, el mismo 3 de marzo ya estaba trazando el plano de una nueva ciudad: Concepción del Nuevo Extremo, se llamaría (hoy es solo Concepción). Al mismo tiempo el gobernador mandaba elevar un fuerte en el sitio de Penco, en el lado norte de la nueva ciudad. Más de una semana tardaron españoles y yanaconas en excavar una zanja cuadrangular de 3,5 metros de hondo y, con la tierra excavada, levantar una pared de más de 2 kilómetros de largo abierta en tres puertas. Desde Concepción envió Valdivia mensajeros para tratar de llegar a paces con los jefes nativos de la región. Fue inútil. El 12 de marzo los del fuerte de Penco divisan a una multitud que viene contra ellos: más de 20.000 mapuches. Y al frente, el toqui Aillavillú, que, tras su derrota en Andalién, se las había arreglado para reunir tropas de otros pueblos.

Los mapuches sitiaron el fuerte. La obra de defensa funcionó. Durante horas se combatió a distancia. «No se puede imaginar el espectáculo horrendo que hubo aqueste día —escribe Mariño—, donde el crujir de las hondas, volar de las flechas, llover de los dardos entre las muchas piedras que caían y el relumbrar de los aceros y puntas de cobre, ponía espanto y pavor a los que lo miraban». Hasta que a Alderete se le calentó la sangre («le comían los pies por salir a lo raso», dice el

cronista) y, desobedeciendo las órdenes de Valdivia, cargó con unos jinetes contra la masa mapuche. Aillavillú reaccionó bien y cerró filas para detener a la caballería. Valdivia lo vio y, temiendo que Alderete cayera en el tumulto, ordenó a Villagra salir con otra carga de jinetes. Esta última fue la maniobra decisiva, porque, a partir de aquí, los mapuches ya no pudieron reorganizarse. Los nativos huyeron por un terreno escarpado inasequible para los caballos, pero no para los yanaconas de Michimalonco, que persiguieron con saña a los fugitivos. En esta acción, por cierto, cayó el cacique picunche. Michimalonco murió peleando para los españoles.

La batalla de Penco fue un éxito no solo militar, sino también político. Dicen que 300 mapuches murieron en los combates y más de 3.500 en la persecución. Otros 200 cayeron presos. Algunos de los cautivos, en represalia, serán mutilados y devueltos a sus tribus. La barbaridad indignó a muchos —entre otros, al joven paje mapuche de Valdivia, Lautaro—, pero tuvo un efecto inmediato en unos pueblos que entendían el lenguaje de la ferocidad (porque lo practicaban). En los días siguientes varios caciques locales aparecieron pidiendo paces. Valdivia las aceptó de inmediato.

El Cabildo de Concepción quedó constituido en octubre de 1550. Eso aseguraba ya otra base costera estable. Ahora se trataba de seguir adelante. A principios de 1551, Valdivia alinea 100 jinetes y 60 infantes, deja Concepción y marcha siguiendo la costa. En octubre está muy al sur, en plena tierra araucana. Sobre un poblado mapuche funda la ciudad —en realidad, más bien un fuerte— de La Imperial, así llamada porque los maderos de las construcciones mapuches asemejaban un águila bicéfala. Hoy se llama Carahue. La resistencia mapuche no ha desaparecido, pero se limita a choques menores. La marcha española se desenvuelve casi sin incidencias relevantes. Solo una: un día, desaparece el paje Lautaro.

El gobernador sigue camino hacia el sur y el 9 de febrero de 1552 funda Santa María la Blanca de Valdivia, hoy simplemente Valdivia; no es que el conquistador pusiera su nombre a la ciudad, sino que Pastene, en su exploración náutica de los años anteriores, había puesto a esa bahía el nombre del jefe. Al mismo tiempo, Alderete ha salido de La Imperial con rumbo sureste, hacia los lagos que se extienden al pie de la gran cordillera: hay noticias de oro y plata. Y en efecto, los nuestros descubren lavaderos. Nace así la ciudad de Santa María Magdalena de Villa Rica (hoy Villarrica), «que es —explicará Valdivia al rey Carlos— por donde se ha de descubrir la Mar del Norte: hice cincuenta vecinos, todos tienen indios; y así iré conquistando y poblando hasta ponerme en la boca del Estrecho». Porque, en efecto, Valdivia se propone llegar hasta el estrecho de Magallanes, donde la «mar del norte» (el Atlántico) da paso a la mar del Sur. De hecho, en esta expedición —no es exagerado calificarla de triunfal— llega a divisar la isla de Chiloé. Está a más de 1.000 kilómetros al sur de Santiago.

A su regreso a Concepción el paisaje no podía ser más estimulante. Había ya, además de Santiago y La Serena, cuatro ciudades relativamente importantes —Concepción, Valdivia, La Imperial y Villa Rica— y aún habría una quinta, Los Confines de Angol (hoy simplemente Angol), 140 kilómetros el sureste de Concepción, hacia el interior. Había también una línea de fuertes desde el mar hasta los Andes (Arauco, Purén, Tucapel) que permitía controlar los pasos desde Concepción a Valdivia y Villa Rica. Los colonos iban llegando a buen ritmo, especialmente a la ciudad de Valdivia. Los mapuches parecían haberse resignado a la presencia española. ¿Qué más se podía pedir? El

gobernador pensó que ya era el momento de estabilizar su situación. Llamó a su íntimo Alderete, compañero de fatigas desde los tiempos del Orinoco, y le hizo un encargo: viajar a España para, primero, llevar al rey Carlos su «quinto» del rescate (76.200 pesos de oro); segundo, obtener de la corona confirmación de los títulos formales de conquista, y tercero, traer a Chile a la esposa de Valdivia, Marina Ortiz de Gaete, a la que no veía desde hacía casi veinte años, para así cumplir enteramente las órdenes de La Gasca. ¿Y cómo reaccionaría doña Marina? Para suavizarle el trance, Valdivia dotó a Alderete de 7.000 pesos de oro. Y así el lugarteniente del gobernador se marchó a España.

Todo se vino abajo de repente. Una vez más. La aparente pasividad de los mapuches se convirtió súbitamente en furia vengativa. Todo empezó en Villa Rica: unos mapuches se sublevaron, mataron a un español y huyeron del lugar. Casi enseguida empezaron a llegar noticias de los fuertes de Tucapel, Purén y Arauco: había movimientos alarmantes entre los indígenas. Valdivia manda a Villagra hacia La Imperial y a otros hombres hacia Arauco. Estos últimos son atacados por el camino y llegan con graves bajas. Mientras tanto, el fuerte de Purén se ve sitiado por millares de mapuches. Pero esta vez no es la habitual horda desorganizada; esta vez forman con cuadros compactos, se mueven con organización, maniobran... ¡como españoles! El capitán de Purén envía a un emisario hacia Concepción. Los indios, asombrosamente, le dejan pasar. También asombrosamente, los de Purén logran capturar a uno de los indios; este les informa de que en cuanto salgan del fuerte serán atacados por un ejército de millares de mapuches. Los de Purén deciden encerrarse y prepararse a luchar. Al poco vuelve al fuerte el emisario con instrucciones de Valdivia, pero no llega a destino: los indígenas le interceptan y se ve llevado ante el toqui mapuche. Al emisario debió de cambiarle el color de la piel al descubrir que el toqui era... Lautaro, el antiguo paje de Valdivia.

Lautaro, sí, que tras su fuga había vuelto con su pueblo dispuesto a poner en práctica todas las astucias bélicas aprendidas con los españoles: movimientos coordinados en el campo, puntos débiles de las formaciones, ventajas y limitaciones de las armas... También ardides como este de atrapar al mensajero. Porque así supo Lautaro lo que se proponía Valdivia: el gobernador estaba ordenando a los de Purén abandonar la posición y reunirse con él en el fuerte de Tucapel. Pero los de Purén, ignorantes del mensaje, nunca saldrían de su parapeto. Quien se presentaría en Tucapel sería él: Lautaro.

Valdivia, en efecto, había marchado a Tucapel esperando los refuerzos de Purén. Era el 23 de diciembre de 1553. Llevaba 50 españoles y en torno a 2.000 yanaconas. Por el camino envió avanzadillas. Ninguna volvió. Tampoco aparecían por ninguna parte los hombres de Purén. El 25 de diciembre llegó a su destino. El fuerte de Tucapel solo era un montón de ruinas humeantes. Valdivia, inquieto, decidió acampar allí a falta de sitio mejor. Y en ese momento una muchedumbre mapuche se precipitó sobre los nuestros.

Eran 10.000 guerreros araucanos y los mandaba el toqui Caupolicán, auxiliado por Lautaro. Valdivia se dispuso a la defensa: dividió su hueste en tres cuadros, envió a los jinetes a dismantelar la retaguardia enemiga... Pero ellos eran más, muchos más. Y no solo eran más sino que, esta vez, sabían qué hacer: formaciones cerradas para frenar a la caballería, uso de boleadoras para derribar a los caballos... También sabían cómo recomponer sus líneas. Lautaro les había enseñado que el

combate con armas pesadas como las españolas es más eficaz, pero también causa más fatiga, de manera que el secreto estaba en multiplicar las cargas sucesivas, porque con cada nuevo embate sería más lenta y difícil la recuperación del adversario. Es exactamente lo que ocurrió. A las pocas horas, entre una marea de cadáveres mapuches, yacían igualmente muertos la mitad de los españoles y la mayoría de los yanaconas.

«Caballeros, ¿qué haremos?», dicen que preguntó Valdivia a sus oficiales. «¡Qué quiere vuesa merced que hagamos sino que peleemos y muramos!», dicen que contestó el capitán Altamirano. Se peleó hasta donde se pudo. Cuando ya la victoria era imposible, Valdivia ordenó un intento de retirada. Pero fue para ver aparecer por un flanco otro escuadrón mapuche que desbarató la maniobra. Todos cayeron. Valdivia y un clérigo, que cabalgaban las mejores monturas, pudieron huir todavía unos cientos de metros, pero fue para caer en unas aguas cenagosas donde quedaron atrapados sin remedio.

Valdivia se vio llevado ante su antiguo paje y el toqui Caupolicán. Allí fue asesinado. Hay varias versiones sobre las torturas y muerte que hubo de padecer Valdivia, ninguna de ellas más acreditada que las otras. La más piadosa dice que un cacique vengativo le aplastó la cabeza de un mazazo. La más cruenta refiere que Valdivia fue atado a un palo, mutilado y después, aún vivo, los mapuches le arrancaron trozos de su cuerpo para devorarlo ante los propios ojos de la víctima: «Los indios le tuvieron vivo tres días, comiéndole vivo a bocados», dice la carta que mandó a España el Cabildo de Santiago. Sea como fuere, allí se dejó la vida Pedro de Valdivia, conquistador y gobernador de Chile, en la Navidad de 1553, con cincuenta y seis años de edad.

La guerra de Arauco

La insurrección de 1553 inauguró la guerra de Arauco, un conflicto que iba a marcar la historia de Chile por muchos años. Hay historiadores que hablan del «Flandes de las Indias», y la fórmula no es exagerada si se tiene en cuenta la duración del conflicto y el coste en hombres y armas, sin duda el mayor que España tuvo que afrontar en toda América. De hecho, las rebeliones mapuches iban a sucederse de manera ininterrumpida no solo durante el periodo colonial, sino también después de la independencia y hasta finales del siglo xix.

En lo que concierne a nuestro relato, la derrota de Tucapel y la muerte de Valdivia produjeron una inmediata retirada de las posiciones españolas hacia el norte del río Biobío. Se concentraron las fuerzas en La Imperial y las tropas destacadas en Los Confines y Arauco se replegaron hacia Concepción. Los mapuches pasaron largos meses saqueando el campo, de manera que Francisco de Villagra tuvo tiempo para reunir arcabuces y cañones y, con ellos, tratar de frenar a las huestes de Lautaro. En febrero de 1554 se encontraron las dos fuerzas en Marihueñu. Las tropas mapuches triplicaban en número a las de Villagra, compuestas por 300 españoles y un millar de yanaconas. Lautaro demostró de nuevo ser un táctico excelente: aprovechó el terreno mejor que Villagra, le cortó la retirada deshaciendo un puente de balsas en el Biobío y empujó a los nuestros a una senda sin salida. La carnicería fue brutal. El propio Villagra a punto estuvo de ser capturado. Los mapuches perdieron 2.000 hombres, pero de la tropa española solo se salvaron 66 soldados y unos cientos de yanaconas. El frente estaba hundido.

Villagra ordenó evacuar Concepción. Lautaro no tardará en incendiarla. Ya no quedaba resto de presencia española al sur del Biobío. Eso sí, no hubo más combates por el momento. Los mapuches tuvieron que afrontar una enorme hambruna como consecuencia del arrasamiento de los campos — algo que ambos bandos habían ejecutado minuciosamente— y, además, empezaron a sentir los efectos de epidemias como la viruela. Fueron meses de división en el campo nativo: Lautaro apremiaba a los suyos para unir a todas las huestes y marchar sobre Santiago, pero los loncos de las tribus, más viejos y más prudentes, se resistían a una aventura de incierto final. Los españoles, por su parte, se enzarzaban en una agria disputa por ver quién se quedaba con el cargo de gobernador, porque el sucesor formal era Alderete, pero este permanecía en España, de manera que allí, sobre el terreno, Villagra, Aguirre y Quiroga se consideraban cada cual con mejor derecho a gobernar la colonia.

La ofensiva mapuche se reanimó cuando Lautaro, convertido en caudillo militar indiscutible, logró reunir un par de millares de guerreros. Crecido como estaba, pensó que eso sería suficiente: ya encontraría más huestes en el norte. Cruzó el Biobío y penetró en terreno español dispuesto a destruir Santiago. Con lo que no contaba el joven toqui era con que los picunches no tenían el menor interés en hacer la guerra a los españoles. Lautaro, resuelto a seguir avanzando a toda costa, decidió castigar con severidad a los pueblos que no se le sumaran. «Con severidad» quiere decir que entraba en los poblados, saqueaba todo lo saqueable, raptaba y asesinaba a las mujeres y quemaba vivos a los hombres. Tan bárbaras eran las represalias que uno de sus caciques aliados, un tal Chillicán, abandonó el ejército mapuche con todos sus hombres. Al jefe de uno de estos poblados picunches lo

quemaron vivo delante de su hijo. El chico huyó. Poco imaginaba Lautaro que no tardaría en saber de él.

En abril de 1557, un joven indio llegó al campamento de Villagra con la noticia de que Lautaro estaba en un fortín al sur del río Mataquito. Ese joven indio era el hijo del cacique asesinado por Lautaro. Villagra no lo dudó: reunió a lo que tenía, que no era mucho (60 jinetes, 5 arcabuceros y 400 yanaconas), y marchó hacia el lugar. El indio decía la verdad: allí estaban Lautaro y los suyos, acampados en un cerro y, además, borrachos después de un saqueo. Al alba del 30 de abril de 1557 los españoles cayeron en tromba sobre el fortín. Dentro había 800 mapuches. Los españoles fueron directamente hacia la choza donde dormía Lautaro. Cuando llegaron, en medio del griterío del combate, este salía de la cabaña. Un español le partió el pecho de un lanzazo. Lautaro tenía la espada de Valdivia en la mano.

La muerte de Lautaro pacificó las cosas al norte del Biobío, pero la guerra mapuche siguió todavía largos años al sur. Uno de los más grandes poemas épicos de la literatura en español, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, tiene precisamente por objeto esta larga y cruel guerra. La ocupación de la mitad sur del país costaría varios siglos. En cuanto al gobierno del reino de Chile, todos esperaban a Alderete, pero este nunca llegó.

Jerónimo de Alderete, el más íntimo compañero de Valdivia, ya había cumplido su misión, tanto ante la corte como ante la esposa de su amigo, cuando se enteró del desastre de Tucapel. Sabía que la muerte de Valdivia le colocaba en posición de ser el nuevo gobernador y se embarcó de nuevo hacia las Indias. En aquel barco, por cierto, iba también el mentado Ercilla, el poeta. El asunto es que, llegados a Panamá, Alderete contrajo la temible fiebre amarilla, que le llevó a la tumba en pocos días. El 7 de abril de 1556 expiraba en la isla panameña de Taboga.

En Panamá fue también donde, unos meses antes, doña Marina Ortiz de Gaete se había enterado de la muerte de su marido. Debió de ser un choque brutal. La esposa de Valdivia, abandonada durante años, creía que al fin iba a terminar su tribulación: ahora viajaría a Chile para convertirse en gobernadora. De hecho, se sabe que para el viaje compró un ajuar digno de una reina y que se hizo acompañar de varios de sus hermanos y otros familiares, como si toda la rama Ortiz de Gaete quisiera trasplantarse a las Indias. La noticia de que era viuda debió de dejarla sin aliento. Con todo, y sin duda aconsejada por sus hermanos, decidió emprender el viaje: al fin y al cabo, ella era la gobernadora, su marido le habría dejado ricas tierras y encomiendas, en Chile serían ricos... Después de muchas vicisitudes, Marina llegó a Santiago. Allí descubrió que sus encomiendas estaban en Tucapel, es decir, la región assolada por los indígenas; que no quedaba nada en pie, salvo una pobre casa en Santiago; aún peor, que las soñadas riquezas no eran más que un formidable cúmulo de deudas, pues Valdivia, como todos los conquistadores, pagaba sus empresas de su propio bolsillo, y la última no había podido ser más desastrosa.

El resto de la vida de doña Marina Ortiz de Gaete será una perpetua reclamación a la corona para que se le conceda, al menos, una pensión. El Consejo de Indias ordenó al gobernador que cuidara de la manutención de la señora, pero he aquí que el gobernador era Quiroga, el marido de Inés Suárez, y ni la examante ni el marido veían a Marina con gran simpatía. La viuda del gobernador apurará sus días en la iglesia de San Francisco de la Alameda, rezando ante aquella pequeña imagen de Nuestra

Señora del Socorro que Valdivia llevaba siempre consigo. Pero la Virgen a la que rezaba Marina era la de la Soledad, presente en uno de los altares laterales. La viuda murió en Santiago en 1592, con más de ochenta años y sin descendencia. Está enterrada en la vieja iglesia en la que ahogó el dolor de sus últimos años. Lo que la familia Ortiz de Gaete iba a dejar en Chile, sin embargo, iba a ser mucho más que la soledad de una anciana arruinada. Porque los hermanos de Marina, los mismos que con ella cruzaron el mar, iban a tener una descendencia de lo más granado: Bernardo O'Higgins y Sebastián Piñera, Augusto Pinochet y Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Eduardo Frei... Todos son descendientes, por una u otra línea, de aquellos hermanos Ortiz de Gaete.

La ciudad de Valdivia será reconstruida y destruida sucesivas veces. No solo a causa de los mapuches, sino también por terremotos y ataques piratas. No se consolidará hasta mediados del xvii. Mejor suerte tuvo la ciudad de Concepción hasta que un terremoto la destruyó en 1751; la villa fue trasladada algo más al sur, al otro lado de la bahía. La Imperial, ciudad de frontera, será escenario de numerosos combates, asedios feroces y heroicas defensas; destruida a mediados del xviii, será reedificada un siglo después a unos pocos kilómetros con el nombre de Nueva Imperial. Lo mismo ocurrió en Villa Rica, reiteradas veces destruida y repoblada hasta su refundación en 1883. La conquista de Chile iba a ser un proceso largo, larguísimo. Durante mucho tiempo Chile será, en efecto, el Nuevo Extremo.

¿Y qué fue de Isabelita, la hija mestiza de Quiroga, la hijastra de Inés? Isabelita, convertida en doña Isabel Quiroga, casó con el vizcaíno Martín Ruiz de Gamboa, que llegó a ser gobernador de Chile entre 1580 y 1583. Sus hijos mantendrán la guerra contra los mapuches en el sur.

17. LAS GRANDES EXPLORACIONES

Descubrir el interior

Hasta el momento hemos visto las grandes campañas de conquista que dieron lugar a unidades territoriales estables: las Antillas, Panamá, México, Perú, Nueva Granada, el Plata, Chile... Pero hubo otras grandes exploraciones que tardarían mucho más en materializarse en un dominio territorial efectivo e, incluso, que nunca llegarían a plasmarse en colonia; campañas lanzadas sobre el interior continental que, por su dureza, con frecuencia revistieron características sobrehumanas.

La colonización de las Antillas dio a los nuestros el control del Caribe y el golfo de México. La apertura de Panamá y México permitió ocupar todo el espacio mesoamericano y llegar hasta la mar del Sur. La conquista del Perú dio la posibilidad de establecer puertos en toda la costa del Pacífico. La campaña de Nueva Granada abrió una conexión entre el Atlántico y el Pacífico a través de Colombia. Las bases levantadas en el Plata aseguraban, mal que bien, el control marítimo del Atlántico sur y el paso al Pacífico por esas latitudes australes. Todo esto iba otorgando al dominio español en las Indias un aspecto fundamentalmente litoral, donde las rutas marítimas constituían la verdadera columna vertebral del imperio. ¿Razones? Muchas, y todas muy sensatas. Primero, las comunicaciones con España solo podían establecerse, precisamente, por mar. Segundo, con la escasez de efectivos presentes en las Indias era impensable emplear otro método para controlar el territorio. Tercero, levantar asentamientos de relevancia en el interior era frecuentemente imposible por la propia naturaleza, desde los Andes en el sur hasta las ciénagas de Florida en el norte, pasando por las selvas del Amazonas y el Orinoco.

Y sin embargo, el interior continental no solo existía, sino que además llamaba con voz profunda a los nuestros. Las expediciones por el Orinoco, los Andes o Florida habían revelado un mundo de enormes dimensiones. Todavía no era posible medirlo con exactitud y los mapas de la época acostumbra a dibujar perfiles difusos, pero aquel gran vacío empezaba a tomar el aspecto de una tierra de promisión, sin duda llena de grandes tesoros y pueblos a los que sería posible ganar para la cruz. La aventura de Cabeza de Vaca había puesto de manifiesto la inmensidad de las tierras norteamericanas. La conquista del Perú había alumbrado la existencia de una unidad política que se extendía desde las selvas de la Amazonia hasta los hielos australes. ¿Y si fuera posible penetrar en el norte? ¿Qué habría al otro lado? ¿Y si además fuera posible enlazar el Perú con el Plata, del mismo modo que se había enlazado el Caribe con el Pacífico? ¿Qué maravillas, qué riquezas no se podrían encontrar? Estas preguntas rondaban sin duda alguna por la mente de todos a la altura de 1540.

Es lugar común lanzar sobre los conquistadores una mirada entre vergonzante y displicente por haber cedido con tanta ingenuidad a la seducción del oro y a los cantos de sirena de fabulosos mundos que solo existían en su imaginación. Sin embargo, hay que ponerse en el contexto espacial y temporal para comprender sus motivaciones. En las Antillas había yacimientos de oro. En México se encontró mucho oro y pronto aparecerían minas de oro y plata. En Perú se halló un tesoro fabuloso y el Tahuantinsuyo nadaba literalmente en oro. Incluso en las selvas del Meta había yacimientos de oro

en superficie. Realmente lo improbable era que no hubiera oro también en el norte, más allá de México y del Misisipi, o en el sur profundo, selva adentro.

Esa expectativa, ciertamente no infundada, tomó la forma de ciudades legendarias, conforme a la cultura de la época. Pero, una vez más, era enteramente razonable pensar que en las enormes extensiones de Norteamérica y de la selva amazónica hubiera ciudades y abundante población. ¿Por qué no iba a haberlas? Los nuestros habían descubierto ciudades en tierra de los mayas, habían conquistado la inmensa aglomeración urbana de Tenochtitlán, igualmente habían penetrado en las ciudades de los incas... Si esto era así en aquellos parajes, ¿cuánto más no podría serlo en los territorios inmensos del norte, que en un simple vistazo sobre las cartas náuticas era cuatro o cinco veces más extenso que toda la América Central? En efecto, lo improbable, con los conocimientos de la época y los datos obtenidos sobre el terreno, era que en el norte no existieran poblaciones semejantes a las del sur. Solo muchos años de exploración permitirían demostrar lo que hasta entonces parecía inverosímil: en el norte no había ninguna civilización evolucionada. Ninguna, al menos, viva.

Algo semejante ocurría con la esperanza de hallar un paso marítimo del Atlántico hacia el Pacífico por el interior del continente, empeño que los nuestros —y no solo ellos— perseguirán durante siglos. ¿De verdad era ingenuo creerlo? En realidad lo difícil era creer que desde el Ártico hasta el extremo sur se extendiera una infranqueable barrera de tierra, máxime en un mundo de istmos como el de Panamá y de ríos cuyo caudal y anchura cuadruplicaban los conocidos en Europa. ¿Cómo creer que por ninguna parte podía pasarse al otro lado? Miles de navegantes se dejarán la bolsa, la salud y hasta la vida buscando ese paso; no solo los españoles, sino también los ingleses, que todavía en el siglo xix ofrecían una jugosa recompensa a quien lo hallara.

Que todo esto se concretara en relatos sobre míticas ciudades de oro es bastante comprensible. No muy distintas serán las historias que circulen en la cultura popular anglosajona de mediados y finales del xix cuando las sucesivas «fiebres del oro» de California, Australia y Suráfrica (aunque, ciertamente, de menor altura literaria que las del xvi). Ya ha quedado dicho que el referente común en la cultura popular española —y portuguesa— del tiempo de la conquista eran las novelas de caballerías. Estas funcionaban lo mismo como fuente de inspiración que como marco de emulación y, por supuesto, también como material para burlas, cual atestigua el nombre de California. El modelo servía igualmente para fabricar ex novo relatos específicamente indianos. Y lo que se iba descubriendo en América daba material más que sobrado para ello.

Es posible conjeturar que aquí, en esta operación de «traducción literaria» de la realidad, es donde entra una historia que iba a materializar todas las expectativas puestas en el inabarcable espacio norteamericano: la leyenda de las Siete Ciudades de Oro, o las Siete Ciudades de Cíbola, o simplemente las ciudades de Cíbola y Quivira. Entre las innumerables teorías al respecto, la más común es que esta leyenda tiene su origen en la muy alta Edad Media, cuando los moros conquistan Mérida (hacia el año 713) y siete obispos locales, para salvar sus reliquias de las manos agarenas, se hacen a la mar y buscan refugio más allá del océano, donde levantan siete esplendorosas ciudades. La isla de las Siete Ciudades fue un tema recurrente en la cartografía mitológica del siglo xv. Es difícil saber si esta leyenda actuaba realmente en el ánimo de los españoles del xvi. Lo que sí es

seguro, porque lo cuenta en su *Historia de las Indias* López de Gómara, cronista contemporáneo a los hechos, es que hacia 1538 hubo quien «vendió» el relato en la naciente Nueva España. Y no era un cualquiera, sino un sacerdote: «Fray Marcos é otro fraile franciscano —refiere López de Gómara— entraron por Culhuacán el año de 38. Fray Marcos solamente, ca enfermó su compañero, siguió con guías y lenguas el camino del sol, por más calor y no alejarse de la mar, y anduvo en muchos días trescientas leguas de tierra, hasta llegar a Sibola. Volvió diciendo maravillas de siete ciudades de Sibola, y que no tenía cabo aquella tierra, y que cuanto más al poniente se extendía, tanto más poblada y rica de oro, turquesa, y ganado de lanas era...».

Fray Marcos, en efecto. Nombre completo: fray Marcos de Niza. Cuando Cabeza de Vaca y sus supervivientes volvieron de su alucinante periplo de ocho años por Norteamérica, trajeron consigo las historias que contaban los indios sobre ricas ciudades. Entre esos supervivientes estaba un esclavo negro, Estebanico, que en el largo trayecto había recuperado su libertad. Los relatos indígenas llegaron a oídos del tal fray Marcos de Niza, oscuro personaje del que apenas se sabe nada: un franciscano de Saboya que llegó a las Indias hacia 1530, estuvo en Perú y en torno a 1537 vino a parar a México. Pero debía de ser hombre lo suficientemente leído e imaginativo como para recibir las historias de los supervivientes de Cabeza de Vaca y conectarlas con viejas leyendas. Puso en marcha su propia expedición y en 1538 se internó en lo que hoy es Nuevo México. Iban con él otro franciscano y el negro Estebanico. En un momento de su ruta mandó por delante a Estebanico. Este halló nativos que le refirieron las ya conocidas historias sobre ciudades de abundante riqueza. Estebanico se lo contó a fray Marcos. Fray Marcos llamó a aquel lugar Cíbola, y parece que el nombre proviene de la palabra española para designar a los bisontes, «cíbolos», pues aquellos parajes estaban llenos de manadas de estos animales. El negro Estebanico siguió adelante en avanzada; tuvo un encuentro con los indios zuñi y se dejó allí la vida. Fray Marcos tomó posesión del lugar, lo llamó Nuevo Reino de San Francisco, regresó a México y contó, adornándolo, su insólito hallazgo: una ciudad más grande que Tenochtitlán y cuyos nativos utilizaban instrumentos de oro, plata, perlas, turquesas... El buen fraile dijo haber divisado esto «a lo lejos». Y así se lo escribió el propio fray Marcos al rey: «Está asentada en un llano a la falda de un cerro redondo; tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto. Son las casas por la manera que los indios nos dijeron, todas de piedra con sus sobrados y azoteas a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a verla. La población es mayor que la ciudad de México».

Suficiente para sembrar interés. Si el sur tenía su Eldorado, ahora el norte tendría también el suyo: las siete ciudades de Cíbola.

Es lugar común pensar que fueron estas historias las que movieron el ánimo de los conquistadores. En realidad, como hemos visto, todo es mucho más complejo. Estas historias sirvieron, sí, para estimular a una tropa ávida de grandes aventuras y de fabulosos tesoros. Pero tras estas historias, como motor real de la conquista, había expectativas mucho más verosímiles —y más materiales— que las narradas en las fábulas. Había, sobre todo, el impulso de un imperio que había encontrado en la expansión de la fe cristiana una legitimidad para desplegar su poder. Y había, inseparable de lo anterior, la determinación de abrir hasta el último confín de la tierra. En Norteamérica lo haría Coronado siguiendo, en efecto, la indicación de fray Marcos, y enseguida

veremos cómo fue. Pero un año antes que Coronado partía otra expedición distinta, movida por otras motivaciones: la de Hernando de Soto. Y esta no buscaba doradas ciudades de leyenda —aunque acabó topándose con una—, sino todas esas cosas que antes enumerábamos: civilizaciones como la mexicana o la peruana, nuevas joyas para la corona del rey Carlos, territorios para poblar y evangelizar, pasos para navegar.

Hernando de Soto: el explorador del este

Hernando de Soto ya ha aparecido reiteradas veces en nuestra historia. Es uno de los grandes nombres de la cruzada del océano. Extremeño de Badajoz (no se sabe bien si de Jerez de los Caballeros o de Barcarrota), nacido poco antes de 1500 en una familia hidalga pero sin recursos, enrolado muy joven en la expedición de Pedrarias Dávila a Panamá, Hernando de Soto estuvo en las fundaciones panameñas y en la conquista de Nicaragua y Honduras. Lo hemos visto también en la campaña del Perú, en la acción de Cajamarca, en la conquista de Cuzco. Era «hombre pequeño — escribe Pedro Pizarro—, diestro en la guerra de los indios, valiente y afable con los soldados». La victoria de Perú le reportó una enorme fortuna: más de 100.000 pesos de oro. Abandonó el Tahuantinsuyo hacia 1535 y volvió a España. Era una celebridad: joven aún —poco más de treinta y cinco años—, muy rico, el héroe de la captura de Atahualpa, soltero... un excelente partido. En Sevilla se casó con una dama hermosa, elegante, inteligente, influyente: una hija de Pedrarias Dávila, Isabel de Bobadilla (muchas fuentes la llaman Inés, no Isabel, quizá para diferenciarla de su madre), lo cual le abrió además las puertas de la corte. Hernando lo tenía todo, en fin. Pero un tipo como Soto, con ese historial, y todavía en pleno vigor físico, difícilmente iba a acostumbrarse a una vida reposada.

Parece ser que Hernando de Soto conoció los relatos de Cabeza de Vaca y aquello le hizo pensar. Esas historias sobre ricas ciudades se parecían mucho a las que en su día trajo Andagoya, y al final apareció el Perú. ¿Por qué aquí habría de ser de otro modo? Por otro lado, Soto era joven, era rico, conocía las Indias... tenía todo lo necesario para capitanear su propia empresa. Hasta ahora había combatido siempre a las órdenes de otros. Ahora, en ese extraño mundo del norte, se le abría una oportunidad. La Florida estaba prácticamente virgen desde los tiempos del desdichado Narváez. Hernando de Soto indagó en la corte. Supo que el Consejo de Indias estaba intentando quitarse de encima por todos los medios al gobernador de Cuba, un tal Gonzalo de Guzmán que había sido reiteradas veces amonestado e incluso condenado, pero que siempre se las había arreglado para permanecer ahí. Soto explicó su propósito de explorar la Florida y pidió el puesto de gobernador de Cuba. Se lo dieron. Desde ese cargo afrontaría su aventura.

¿Qué más se sabía de Florida después del desastre de Narváez? Muy poca cosa. En 1526, un hacendado de La Española, el toledano Lucas Vázquez de Ayllón, había emprendido la aventura de fundar una colonia en el interior de la península. Llevó seis barcos y 600 personas y subió la costa del Atlántico hasta la actual Georgia. ¿Y a cuento de qué semejante aventura? Unos años antes, una expedición de reconocimiento había capturado en la zona a algunos nativos. Uno de ellos, bautizado como Francisco Chicora, aprendió español y refirió historias sobre poblaciones muy ricas en joyas y perlas. La empresa de Vázquez de Ayllón pretendía encontrar ese lugar y fundar allí una colonia estable. Chicora fue con la expedición. Todo acabó, sin embargo, de muy mala manera: las enfermedades del lugar, el hambre y los enfrentamientos con los nativos hicieron imposible el asentamiento. A los tres meses, la expedición regresó a La Española. Solo volvieron 150 de los 600 que marcharon. El propio Vázquez de Ayllón murió en el intento. Francisco Chicora, por supuesto, escapó y volvió con su pueblo. Esos eran los últimos antecedentes en el territorio que Hernando de

Soto se proponía explorar. Muy poco alentador. Y sin embargo...

El 7 de junio de 1538 arribaron Hernando y su esposa a Santiago de Cuba. Traían 10 barcos —3 de ellos, bergantines de poco calado— y 600 hombres de armas. Un verdadero ejército, todo pagado del bolsillo del propio Soto y, por cierto, también de su esposa, que contribuyó con su peculio familiar. Lo primero que hicieron los nuevos gobernadores fue cambiar de aires: abandonaron Santiago y llevaron la capital a La Habana, en el otro extremo de la isla y a solo 370 kilómetros de Florida. Era en realidad una declaración de intenciones: Santiago se abre hacia La Española y el Caribe, pero La Habana se abre, precisamente, hacia Florida. En la nueva capital terminaron los preparativos para la gran empresa. Isabel (o Inés) quedaría en La Habana, ahora fortificada, junto al lugarteniente de Soto, Juan de Rojas. El conquistador partiría con 9 barcos, más de 500 soldados, cerca de 200 artesanos y labradores, 24 clérigos y 237 caballos. Dentro de los barcos, de todo: cañones, arcabuces, palas, azadas, cerdos, perros, gallinas... Soto iba a poblar. El 13 de mayo, antes de partir, dicta testamento y lo empieza así: «Sabiedo que la muerte es cosa natural y que cuanto más aparejado de ella estuviere, mejor satisfacción recibirá de mí...».

Después de una semana de navegación, la expedición tocó la bahía de Tampa, llamada entonces Espíritu Santo, el 25 de mayo de 1539. Dispuesto a que no le pasara lo mismo que a Narváez, Soto dejó a un centenar de hombres en el puerto, despachó a los barcos hacia La Habana con instrucciones de que regresaran con más provisiones y, con el resto de la tropa, se internó en el país. Objetivo: encontrar un lugar apto para establecer una colonia, preferiblemente cerca de alguna ciudad nativa y en un territorio con recursos mineros. La Florida que a Soto se le permitía explorar y conquistar no era solo la península que actualmente recibe ese nombre, sino un territorio mucho más grande que abarca los actuales estados de Florida, Georgia, Alabama y las dos Carolinas. Todo el cuadrante sureste de lo que hoy conocemos como los Estados Unidos. En verdad aquella gente no tenía medida.

Lo primero que encontraron los nuestros fue indios hostiles: los del cacique Mocosó. Cuando va a empezar la refriega, se oye claramente la voz de un indio que, en español, se encomienda a la Virgen. Los nuestros no dan crédito: ¡Allí hay un español! El español era Juan Ortiz, aquel mozuelo de la campaña de Narváez que había quedado cautivo del cacique Hirrihigua. Esa historia la hemos contado aquí: Hirrihigua mató a todos los cautivos, pero a Juan lo salvó por la insistencia de su mujer y de su hija. Ese hombre había estado doce años viviendo con los timucua. En cuanto pudo, se escapó del peligroso Hirrihigua y fue a parar a las tierras del cacique Mocosó. ¡Y ahora aparecían sus compatriotas! Podemos imaginar el júbilo de Ortiz al divisar españoles en lontananza. Juan serviría en lo sucesivo de guía e intérprete a los expedicionarios. Gracias a él se pudo entablar contacto con el jefe Mocosó. El cual, a su vez, advirtió a Soto sobre otro peligroso cacique vecino llamado Paracoxis.

Para un lector del siglo xxi es difícil hacerse una idea de la extrema dureza de las condiciones a las que esos hombres tenían que enfrentarse, de la violencia de los choques, del horror cotidiano en el que debían sumergirse. Un arqueólogo norteamericano, Ashley White, que ha encontrado restos de la expedición de Hernando de Soto, describe así la batalla de los pantanos de Withlacoche:

El 26 de julio la expedición entró en el pantano que bordea el río Withlacoche, en Florida. Los aborígenes emboscaban

continuamente a De Soto y en su avance arrojaban flechas y luego se retiraban. Después los hombres intentaban cruzar la negra ciénaga nadando con el agua al cuello a causa de la pesada impedimenta. Canoas repletas de nativos aparecían desde todas direcciones, lo que es descrito como una campaña de terror y de guerra psicológica. Capturaban y descabezaban a los soldados, y cuando los españoles enterraban los cadáveres, los indios los desenterraban de noche. El ejército amaneció viendo a horribles pájaros de colores comiéndose a sus camaradas, que habían sido cortados en pedazos y colgados de los árboles.

A partir de este momento, la marcha de Hernando de Soto y los suyos va a ser una auténtica prueba de esfuerzo. Florida era un laberinto de pantanos llenos de mosquitos; en esa época del año, primavera y verano, aún más. Cuando no había pantanos, aparecían ríos que demoraban la marcha durante días. Dentro del laberinto surgían de vez en cuando indios que no disimulaban su hostilidad. Soto fue extremadamente precavido en este punto: nada de saqueos, nada de choques superfluos, nada de tomar por la fuerza porteadores ni mujeres indígenas. En Ocale —era ya septiembre— traban combate y vencen a los indios seminolas de Vitacucho. Hernando trata de mostrarse indulgente y, tras el combate, los sienta a su mesa. En pleno banquete uno de los invitados se lanza sobre el conquistador. En represalia, los cautivos dejarán de ser invitados para convertirse en ejecutados. ¿Quién dijo que la diplomacia es fácil?

Pero lo cierto es que los choques con los nativos no fueron la norma, sino más bien la excepción. La mayoría de las tribus —sin duda para quitarse de encima a los visitantes— ofrecía guías para facilitar la marcha. Ortiz, por su parte, actuaba como traductor en todas partes. Los nuestros tomaron una providencia muy oportuna: plantaron cruces en los lugares sagrados de los indios y recomendaron a los nativos que hicieran lo mismo en sus poblados; de esta manera —explicaron—, si por allí aparecían otros españoles no les harían daño alguno. Y para evitar contratiempos, Soto adoptó otra providencia gemela: mientras pudo, se hizo acompañar por los jefes de las tribus que los nuestros iban encontrando por el camino, para disuadir a eventuales atacantes. Escudos humanos.

El invierno se les echó encima a la altura del lago Tallahas, en lo que hoy es la frontera de Florida, Georgia y Alabama. Entonces empezaron verdaderamente los problemas, en particular en el avituallamiento. Soto había previsto víveres para la marcha de su tropa, pero no había pensado que se vería forzado a utilizar a sus animales como moneda de cambio con los nativos, de manera que las reservas empezaron a menguar y el hambre hizo acto de presencia. Lo peor era que por ninguna parte se veía nada parecido a un territorio apto para establecer colonia. Al menos era posible tratar con los nativos, lo cual aliviaba las dificultades. Soto decide retomar el contacto con la hueste que había quedado en Tampa, con los barcos, y les ordena explorar la costa hasta encontrar un lugar donde se pueda levantar un asentamiento. La exploración la dirige Maldonado y halla el sitio: la bahía de Mobila, en la desembocadura del río Alabama. El conquistador traza entonces su plan: los de Maldonado irán por mar hasta Mobila y él, con la tropa de tierra, explorará el interior y aparecerá en Mobila en seis meses. Parecía sensato.

Soto quería explorar el interior porque aún estaba convencido de que iba a encontrar «algo». En una tribu de indios apalaches conocieron a un cautivo al que llamaron Perico. Este Perico, un muchacho, les habló de una provincia llamada Yupaha donde gobernaba una mujer que poseía mucho oro. Otros llamaban a esa región Cofitachequi. La información no iba más allá, pero ofrecía un punto

concreto al que dirigirse. En esas condiciones emprendieron la marcha a través de los montes Apalaches. El Jueves Santo de 1540, 25 de marzo, la compañía ha llegado a Ichisi; son indios amigables que incluso les prestan canoas para cruzar el río Ocmulgee. Están en medio del actual estado de Georgia. El siguiente pueblo es Ocute, donde los españoles son igualmente bienvenidos. Incluso reciben el auxilio de varios cientos de indios que, con sorprendente diligencia, se suman a la hueste para guiarles hasta el siguiente poblado. Soto ya era un veterano: seguramente intuyó que esa gente, en realidad, quería vengar viejas querellas con una tribu rival.

Los guías indios resultaron ser bastante poco eficientes: no conocían el camino. Soto envió avanzadillas en varias direcciones y al fin encontró la aldea de Aymay. En efecto, los de Ocute tenían cuentas pendientes con los lugareños, según pudieron comprobar los españoles nada más llegar. El hecho es que allí, en Aymay, tuvieron al fin noticia cierta de lo que buscaban: el mágico mundo de Cofitachequi, gobernado por una mujer rica en oro. Después de más de 700 kilómetros de marcha desde Tallahassee, a través de pantanos, bosques, montañas y ríos ingobernables, habían encontrado su objetivo.

La llegada a Cofitachequi tuvo algo de irreal. Después de una agotadora marcha por parajes inhóspitos, apareció ante los nuestros un paisaje de lagos y ríos. Tras el mayor de esos ríos, el Wateree, estaba el poblado. Soto aguardó expectante. Se propuso enviar un emisario. Entonces apareció por el río una barca con una mujer: la hermana de la cacica de Cofitachequi, que saludó a los visitantes con reserva. Los nuestros no bajaban la guardia: estaban convencidos de que tarde o temprano aparecería el ejército de la cacica. La tropa permaneció apostada en el río, dispuesta al combate. Pero no hubo tal. Al día siguiente, quien apareció fue la propia jefa, la Dama de Cofitachequi, en «una almadía que tenía entoldada la popa. Y en el suelo estaba ya echada su estera, extendida y encima dos cojines, uno sobre otro, donde ella se sentó. Y con sus principales en otras almadías de indios que la acompañaban fue para donde el gobernador estaba». La descripción es del cronista Fidalgo de Elvas. La Dama se desprendió de un collar de perlas y se lo entregó a Soto. Este, en agradecimiento, entregó a la mujer un grueso anillo con un rubí. Hernando de Soto se hallaba ante la enigmática «mujer rica en oro» que gobernaba la más famosa ciudad del este de Norteamérica.

Para desgracia de los españoles, la Dama era lo único relevante de aquel lugar. ¿Viveres? Ella entregaría viveres, sí, pero con limitaciones, porque su pueblo se moría de hambre. ¿Oro? ¿Qué era el oro? La jefa hizo traer algunos metales; lo más parecido que tenían era cobre. ¿Tierras? ¿Riquezas? Pero allí ya no quedaba nada ni nadie. Todos los alrededores estaban sembrados de pueblos abandonados y grandes necrópolis. Los nuestros pudieron comprobar que lo que la Dama decía era verdad. Alguno incluso profanó una tumba por ver si hallaba oro. Nada. Solo perlas, eso sí, en gran cantidad. Igualmente era cierto que aquel pueblo estaba sumido en la mayor decadencia. Las tumbas se contaban por millares. Cofitachequi —en la actual localidad de Camden, al noreste de Columbia— era un mundo agonizante. Tal vez las enfermedades venidas de Europa, transmitidas por los animales, habían hecho ya sus estragos, como en el Perú antes de que llegara Pizarro. Hoy se ha podido reconstruir una imagen aproximada de aquel lugar: un gran espacio ceremonial a la orilla del río, con amplia plaza central, palacio y templo, construcciones de piedra, aunque primitivas, y empalizada a modo de muralla. Fue el principal centro de la cultura del Misisipi en la región. Pero

ahora no había nada.

Lo peor, sin embargo, aún estaba por llegar. La Dama, en un nuevo gesto de cortesía, hizo traer ante Soto unos objetos recuperados en la costa, pocos kilómetros al este. A los españoles les dio un vuelco el corazón al descubrir hachas de acero y rosarios de azabache. Eran los vestigios de la desdichada expedición de Vázquez de Ayllón. Eso significaba que aquella gente no había penetrado hacia el interior, sino que había intentado sobrevivir en la costa. Y si Vázquez no había entrado, solo podía deberse a que allí no había oro ni ninguna otra cosa que rascar. Nada restaba por hacer en Cofitachequi. Era mayo de 1540.

Si no había riquezas al este de los Apalaches, tendría que haberlas al oeste. Eso coligió, optimista, Hernando de Soto. Por otro lado, también por el oeste podría llegar a su punto de destino, a la cita con Maldonado en la bahía de Mobila. La Dama acompañó a los nuestros hasta los mismos pies de las montañas. Algunos de la hueste, hartos de viaje, aprovecharon para desertar y se quedaron en Cofitachequi. Fueron los primeros colonos europeos en Norteamérica y compartieron el destino de aquella gente, que no era otro que la inmigración o la extinción. Siglo y medio más tarde, cuando lleguen allí los primeros ingleses, no hallarán más que viejas ruinas desprovistas de significado.

Tardaron un mes en cruzar los montes. Por el camino, los hombres desfallecían de cansancio y enfermedades varias. Tuvieron un respiro en Chiaha, donde además supieron de minas próximas. No hallaron tales; solo perlas. Al menos, de nuevo, los indios se mostraban amistosos. Pero la amistad fue transformándose progresivamente en hostilidad a medida que avanzaban hacia el sur. El propio paisaje se hacía más agresivo: los poblados dejaban de ser campos abiertos para adquirir la forma de recintos parapetados tras gruesas empalizadas. Los nuestros tuvieron un choque con los nativos de un pueblo cuyo cacique se llamaba Tuscaluza. Este Tuscaluza fue obligado a acompañar a la expedición como «escudo humano». De algún modo se las arregló para tender una celada a los españoles: condujo a la compañía hacia un pueblo, el de los chocktaw, donde dijo que se recibiría bien a los visitantes. En realidad era una emboscada. Aquel lugar se llamaba Mabila.

La batalla de Mabila (o Mauvila) fue la más brutal de cuantas Hernando de Soto tuvo que librar. Tuscaluza, Soto y unos pocos hombres penetraron en el poblado. No había ancianos, mujeres ni niños. En un momento dado, Tuscaluza se escabulló. Miles de indígenas salieron de las casas y se abalanzaron sobre los nuestros. La pelea fue larga: más de siete horas. Todos los nativos —todos— murieron. Los españoles perdieron a 20 hombres, pero casi la totalidad de los demás quedaron heridos, hasta el punto de que otros 20 murieron en los días sucesivos. Igualmente hubo grandes pérdidas en el equipo, empezando por las perlas recogidas en Cofitachequi. Era el otoño de 1540.

Después de Mabila, y para gran sorpresa de sus hombres, Soto no marchó hacia el sur, donde ya estaba Maldonado esperando, sino que ordenó marchar rumbo norte. ¿Por qué? La salvación estaba a apenas una semana de camino. ¿Por qué volver al norte? Sin duda porque Hernando de Soto no quería volver como un fracasado. Necesitaba un triunfo. Y aún esperaba conseguirlo.

Nunca habría tal triunfo. En diciembre de 1540 los nuestros están en tierras de los chickasaw (*chicaza* en las crónicas), en el actual estado de Tennessee. La expedición solo puede sobrevivir llegando a acuerdos con los nativos, pero cada vez cuesta más mantener la disciplina dentro de la

tropa. Los indios responden hostigando a la hueste sin cesar. Con un equipaje ya precario, cada ataque es una calamidad. Poco a poco van perdiendo alimentos, y enseguida empiezan a caer también los hombres. En aquellos días murieron hasta 60 expedicionarios por deshidratación y avitaminosis. En el mes de abril se topan con indios que les preguntan si ellos son los hombres blancos a los que, según sus leyendas, deben rendir sumisión. Soto, sorprendido, repara en que es lo mismo que encontró Cortés en México. Los nativos les remiten a su jefe, un gran cacique que extiende sus dominios al otro lado del río. Ese río es el Misisipi. Y hay que cruzarlo.

Era el río más grande que habían visto en su vida. El Misisipi alcanza por allí una anchura de hasta 500 metros, y su fondo supera los 20 metros de profundidad. Solo se podía cruzar navegando. Los nuestros construyeron grandes piraguas. Tardaron más de un mes. Quedaban 400 hombres. Todos pudieron pasar. Era junio de 1541. Fueron los primeros europeos que cruzaron el gran río.

Soto no encontró al jefe que esperaba a los «dioses blancos». Halló pueblos agonizantes por la sequía: los kaskakias. Los misioneros que quedaban en la hueste plantaron su cruz y rezaron. Al día siguiente comenzó a llover, lo cual granjeó a los españoles la alianza eterna de los kaskakias. ¿Para ayudarles en el camino? No exactamente: para pedir a Soto que les librara del cruel cacique Pacaha, que había adornado su pueblo con las cabezas cortadas de los kaskakias. Lo hizo, claro. Los kaskakias cayeron sobre sus vecinos con tal furia que Pacaha huyó. Terminará rindiéndose. Allí no había más que sal y pescado, pero, en las condiciones en que iban los nuestros, aquello les resultó máspreciado que el oro. Caminaron hacia el oeste. El invierno les sorprendió en el río Arkansas.

A partir de aquí todo el periplo de Hernando de Soto ya parece más bien un viaje alucinado en busca de la nada. El invierno fue muy duro. Juan Ortiz, el intérprete, había muerto, lo cual hizo las cosas todavía más difíciles. Llegaron muy al oeste, en territorio de la actual Oklahoma. Allí tuvieron más encuentros con indios, y cada vez más feroces: los indios *tula*, los llamaron. En la primavera de 1542, sin nada en las manos sino el vacío, el conquistador se resignó: emprendieron camino al sur en busca del río Misisipi. Llegaron, pero Hernando de Soto no pasará de ahí: enfermo de fiebres, rindió la vida el 21 de mayo de 1542, tres años después de su partida, en un pueblo llamado Guachoya. Dejó el mando a su segundo, Luis de Moscoso. Como los indios consideraban a Soto inmortal, sus hombres escondieron el cadáver en el tronco seco de un árbol, lo lastraron con arena y lo arrojaron al río. En el Misisipi yace Hernando de Soto.

Moscoso siguió la expedición con los ya pocos supervivientes. Conocemos los nombres de muchos de ellos: Juan de Añasco, Juan de Guzmán, Arias Tinoco, Alonso Romo de Cardeñosa, Juan de Abadía, Diego Arias... La compañía no marchó al inhóspito sur, sino que giró hacia el oeste en busca de alimentos. Moscoso, sobrino de Alvarado, era otro veterano de la conquista que se había curtido en México, Guatemala, El Salvador y Ecuador. Sabía que lo primero era sobrevivir. Cuando se vio bien pertrechado, entonces sí: regresó al Misisipi para hacer lo único que cabía en su caso, que era buscar desesperadamente el mar. La compañía bajó el río hasta su desembocadura. Allí pudo embarcar hacia México. En septiembre de 1543 desembarcaba la expedición en el río Pánuco. Había sido una catástrofe. Y sin embargo, también había sido una proeza descomunal.

Esta historia tiene un epílogo singular, y es que, mientras Hernando de Soto buscaba un sueño, su esposa se convertía en la primera mujer que gobernaba Cuba. El conquistador, antes de partir, había

otorgado un poder por el que nombraba a Isabel de Bobadilla gobernadora y capitán general de la isla. Isabel desempeñó esas funciones hasta enero de 1544, fecha en la que supo que su marido había muerto. Regresó entonces a España, donde murió con poco más de cuarenta años, en 1546. En La Habana se cuenta que Isabel esperó día y noche a su esposo en el castillo de la Real Fuerza. En memoria de ambos se eleva desde hace cuatro siglos y medio una estatua a modo de veleta; una estatua de Isabel de Bobadilla. *La Giraldilla*, la llaman. Desde lo alto del castillo sigue buscando a Hernando de Soto.

Coronado: el explorador del oeste

En la primavera de 1540, mientras Hernando de Soto abandonaba frustrado las tierras de la Dama de Cofitachequi, otro español emprendía una aventura gemela en tierras de Norteamérica, pero esta vez en el oeste de la gran masa continental: Coronado. Fue el primer europeo que realmente vio las grandes praderas y sus manadas de bisontes. Entre 1540 y 1542 Coronado recorrió miles de kilómetros en busca de un sueño. No lo encontró. Pero desde entonces han sido muchos los que han soñado con su aventura. Una vez más, nunca nadie antes había hecho nada igual.

Se llamaba Francisco Vázquez de Coronado y era de Salamanca. Había nacido en 1510, en una familia de hidalgos. En 1535 llegó a América en el séquito del primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza. Como era inteligente, enérgico y leal, el virrey no tardó en confiarle cometidos del mayor relieve. Apenas llegado a México, se le encomendó la inspección de las minas, una tarea vital por razones obvias. Tan bien lo hizo que de premio se llevó la mano de la hija del tesorero real, don Alonso de Estrada: su nombre era Beatriz y su dote convirtió a Coronado en un hombre rico.

Inmediatamente después surgió una rebelión indígena en Nueva Galicia, en lo que hoy es el norte de México, y el virrey Mendoza pensó en Coronado para someterla. La consigna era clara: llegar a arreglos pacíficos. Y Coronado, una vez más, desempeñó la tarea a la perfección: negoció en unos lugares, sacudió en otros, y la rebelión se disolvió en pocos días. Para demostrar que la cosa iba en serio, Mendoza destituyó al causante de la rebelión, el gobernador Nuño Beltrán de Guzmán —de él ya hemos hablado largamente—, acusado de maltratar a los indígenas, y lo envió preso a España. Hacía falta un nuevo gobernador. ¿Quién? Por supuesto, Coronado, que venía avalado por su tacto para entenderse con los nativos. Con veintiocho años, nuestro protagonista ya era uno de los hombres más importantes de Nueva España, con tierras en Cutzamala, en Michoacán, en las minas de Zumpango y en Tonalá.

Pero la vida de Francisco Vázquez de Coronado cambiaría para siempre apenas dos años después, cuando el virrey le llame para encargarle la expedición más ambiciosa jamás emprendida en el norte de América. Fray Marcos de Niza —volvamos al franciscano soñador— había vuelto de las tierras del norte con un estimulante relato sobre lo que allí había. Mendoza, primer virrey de Nueva España, era cualquier cosa menos un alucinado y no está de más recapitular sus credenciales. Tipo cultivado y sensato, tenía una larga experiencia como diplomático en toda Europa, había sido gobernador de León, incluso había encabezado un ejército de moriscos para combatir por el rey Carlos cuando la guerra de los comuneros. Una vez en América, Mendoza domó a Hernán Cortés, reorganizó la administración colonial, pactó con los indígenas, desmanteló una conspiración de esclavos negros, creó la primera Casa de la Moneda de América, fundó la primera imprenta, dictó ordenanzas de buen trato a los nativos, abrió minas, fundó el primer colegio para indios nobles... Un político de primer rango, en fin. Y fue este hombre, prudente y equilibrado, quien decidió hacer caso al fraile. Ahora era preciso internarse en lo desconocido, levantar mapas de las nuevas tierras, dominar y convertir a los indígenas y llegar hasta las míticas Siete Ciudades de Cibola. Esta era la gran misión. Y pasaría a la Historia.

¿Por qué acudir en pos de un sueño improbable? Porque si allá, en algún lugar del norte de

América, existía realmente un imperio como los descubiertos en México y en el Perú, era preciso localizarlo y conquistarlo: habría gloria y oro para los hombres, almas nuevas para Dios y tierras infinitas para el rey. Y en el peor de los casos, si no hubiera oro ni imperios, con toda seguridad habría pueblos desconocidos y tierras vírgenes que pasarían a ser vasallos del emperador cristiano. Nadie podía decir que la empresa no valía la pena. Y a la hora de designar a alguien para encabezarla, Mendoza no dudó: Coronado, su hombre de confianza.

Coronado salió de Compostela, en la costa occidental de México, el 22 de abril de 1540. El virrey dotó a la partida de un ceremonial impresionante, con alardes de campo, abundantes invitados de toda la Nueva España y el riguroso juramento sobre los Evangelios de todos y cada uno de los expedicionarios. La comitiva arrancó con las banderas desplegadas y, al frente, el propio virrey, que la acompañó durante dos jornadas. Coronado marchaba en vanguardia con el maestro de campo, Lope de Samaniego, y un pequeño grupo. Tras él, a cierta distancia, caminaba el grueso de la tropa al mando del soriano Tristán de Luna y Arellano. Entre la imprescindible nómina de clérigos figuraba, por supuesto, fray Marcos de Niza. Y en paralelo, navegando por la costa del Pacífico, iba el extremeño Fernando de Alarcón con dos barcos de apoyo. A este le tocaría vivir su propia aventura: penetrar en el Ancón de San Andrés (la desembocadura del Colorado), descubierto por Francisco de Ulloa el año anterior, y remontarlo hasta donde fuera posible.

Las cifras de la campaña de Coronado, minuciosamente planificada, son extraordinarias: 336 soldados, de ellos 250 a caballo; más de 1.000 auxiliares indios (en este caso, todos voluntarios de Michoacán); cerca de un millar de caballos y mulas de carga; centenares de cabezas de ganado para el avituallamiento; una flotilla que recorrerá la costa hacia el norte mientras los expedicionarios se internan en el continente; más de 110.000 ducados como presupuesto total... En la expedición marchaban también numerosas mujeres: Francisca de Hoces, esposa de Alonso Sánchez; María Maldonado, esposa del sastre Juan de Paradinas; la esposa de Lope Caballero, también la india Luisa... Era bastante común que las mujeres acompañaran a sus esposos o hijos en las expediciones; se las llamaba *soldaderas* y se ocupaban de infinidad de tareas logísticas y de intendencia. La propia esposa de Coronado, doña Beatriz de Estrada, había participado intensamente en los preparativos con una aportación esencial: los fondos. ¿Cuánto dinero? Casi la mitad del presupuesto total de la expedición.

Los oropeles de la marcha se deshicieron muy pronto. No tardaron en aparecer el calor, la fatiga, el polvo, los ataques de pequeñas partidas de indios hostiles. En uno de estos murió Samaniego, derribado por una flecha. Cuando llegaron a Culiacán, la mayoría de los expedicionarios dejaron todo lo prescindible: vajillas, telas, adornos... todo ese ajuar fue a manos de los indios que les habían hospedado. Y los aventureros, libres de todo lastre, siguieron camino al norte. Les esperaban dos semanas de andadura por un mundo desolado, lunar. El primer objetivo de la marcha fue el territorio reconocido por el difunto Estebanico: el de los pueblos zuñi, supuestos moradores de las míticas ciudades de oro, en lo que hoy es el centro del estado de Nuevo México. Pero allí no había oro ni nada que se le pareciera. Los objetos que los nativos traían a los españoles a modo de bienvenida eran de burdo cobre. Por otro lado, todo alrededor exhalaba pobreza y severidad: las temperaturas, el suelo, la vegetación... nada que ver con las feraces selvas ni las riquezas que

recibieron a Cortés o a Pizarro.

Nada que ver tampoco con lo que fray Marcos había dicho divisar. En Chichilticalli, desierto adentro, solo había unas casas menesterosas de piedra rojiza. Se toparon con un río: el Gila. Lo llamaron «de las Balsas» porque necesitaron construir balsones para atravesarlo. Después, el desierto. Más y más desierto: tierra árida, arenales, rígidos cactus como única vegetación. Hambre. Sed. Los caballos empezaron a agotarse. Los nuestros mantuvieron la marcha en busca de su objetivo. Cubrieron 240 leguas en 73 días. O sea, más o menos 1.320 kilómetros. El 7 de julio apareció al fin la primera de las enigmáticas ciudades. ¡Era Cíbola! Pero no se parecía en nada a lo que fray Marcos había anunciado.

Aquel lugar se llamaba Abiquiú. Sus naturales se mostraron muy poco obsequiosos. Los nuestros tuvieron que entrar a viva fuerza. Pero lo peor era lo que había dentro: nada de oro, turquesas ni esmeraldas; solo rústicas casas de adobe y caña, y eso las más lujosas. «Las casas son de dos e tres altos, las paredes de piedra e lodo, y algunas de tapias», escribe el propio Coronado en su informe al rey. Eran las casas de los indios «pueblo», ciertamente estimables, pero ostensiblemente pobres. ¿Y las otras seis ciudades? Las otras ciudades eran muy parecidas: aglomeraciones de entre 50 y 200 viviendas. A fray Marcos de Niza no le llegaba la camisa al cuerpo: había metido a toda aquella gente en una aventura colosal sobre la base de informaciones que resultaron ser falsas.

«Hacia el noroeste hay otras ciudades», dijeron los indios a los españoles —o eso entendieron los de Coronado—. Hacia allá caminaron. Con idéntico o aún peor resultado. No era más que una sucesión de pequeñas aldeas. «Rancherías», las llamaron los nuestros. La mayor parte de las casas eran en realidad tiendas de cuero con armazón de cañas; típicos refugios de pueblos nómadas que se movían con el ganado. Había muy pocas casas de adobe. De riquezas, ni rastro. Además, las lenguas de aquellas tribus eran con frecuencia muy distintas unas de otras, claro indicio de que no había rasgo común de civilización. Esto es importante porque subraya las enormes dificultades que tuvieron que afrontar los expedicionarios para entender y hacerse entender. Aquí no había un Juan Ortiz o un Jerónimo Aguilar que pudiera servir de intérprete. Aquí la única opción era usar la mímica. «¿Cómo se llama este sitio?», preguntarán más tarde unos españoles a ciertos indios que encontraron en su camino al este. Los indios respondían golpeándose el pecho y diciendo «texai, texai». «Texai», en su lengua, significa «amigos», pero los exploradores pensaron que aquel era el nombre del lugar. Desde entonces se llama Texas. Tampoco había en aquellos inmensos territorios nada semejante a un patrón de convivencia: los pueblo (en realidad, hopis y zuñis descendientes de la vieja cultura anazasi) vivían en aquellas «ciudades» para protegerse de los otros, los nómadas, sobre todo apaches y navajos. ¿Qué hacer?

La inexistente Cíbola resultó ser un notable chasco, pero al menos los nuestros pudieron obtener informaciones interesantes sobre la naturaleza de aquellos parajes. Supieron que hacia el noroeste había un gran río. Coronado mandó a García López de Cárdenas, hidalgo pacense, con unos pocos hombres para verificar la noticia. Les dio ochenta días para cruzar el desierto y volver. Los de Cárdenas fueron, vieron y no dieron crédito: la tierra se abría bajo sus pies centenares de metros y allá, al fondo, había en efecto un río. Intentaron bajar; imposible: «Fue imposible por una parte ni otra hallarle bajada para caballo —escribe el cronista Castañeda—, ni aun para pie, sino por una

parte muy trabajosa, por donde tenía casi dos leguas de bajada. Estaba la barranca tan acantillada de peñas que apenas podían ver el río, el cual aunque es según dicen, tanto o mucho mayor que el de Sevilla, de arriba parecía un arroyo». Era el Gran Cañón del Colorado. Pero Cárdenas no podía saber que ese Colorado era el mismo río que desembocaba en California; lo llamó Tizón. Corría agosto de 1540.

En ese mismo momento estaba entrando en el Colorado, río arriba, Fernando de Alarcón, aquel que había zarpado con dos barcos para seguir paralelo por la mar el camino de Coronado por tierra. Alarcón y los suyos descubrieron, en efecto, la desembocadura del Colorado, remontaron las aguas y, cuando los bergantines no pudieron seguir, sustituyeron sus naves por barcazas. Alarcón corrió el río arriba y abajo, llegó al Gila (el «Balsas» que había cruzado Coronado), alcanzó hasta los 33 grados de latitud norte y allí dejó plantada una cruz y, bajo ella, algunos escritos por si aparecían españoles. Fue el primer europeo en pisar los actuales estados de Arizona y California. Se dejará la vida en ello. ¿Y sus escritos? Se encontraron, curiosamente. Y además, muy pronto: Coronado envió a su sargento Melchor Díaz en busca de noticias de Alarcón, Melchor siguió el río, descubrió la cruz y halló los papeles. A quien no vio fue a Alarcón. Después de unos días de búsqueda infructuosa, retornó al campamento. Melchor Díaz murió en el retorno, víctima de un accidente mientras protegía al ganado.

Coronado, mientras tanto, aguardaba en su frustrante Cíbola, y entonces apareció por allí un curioso personaje: el jefe de un poblado distante 70 leguas al este (es decir, unos 400 kilómetros). El poblado se llamaba Cicuye y el jefe en cuestión lucía bigote; algo tan sorprendente en los indios que los nuestros, por abreviar, le llamaron *Bigotes*. El Bigotes agasajó a Coronado con turquesas y pieles e invitó a los españoles a visitar su casa. Coronado resolvió enviar allá a uno de sus capitanes, Hernando de Alvarado, que volvió contando cosas gratas a más no poder: tierras verdes, valles fértiles, mucho ganado y, además, un extraño indio que hablaba de tesoros. Los españoles pasarían allí aquel invierno, en la zona de la actual ciudad de Pecos (Texas). Y, por supuesto, interrogaron al misterioso indio de las fabulosas historias.

El tal indio quedó apodado, por su aspecto, como *El Turco*. Su relato era asombroso: era un nativo de Florida que había pasado de tribu en tribu como cautivo. El Turco habló a los nuestros de un río tan grande que medía dos leguas de ancho, y en cuyas aguas nadaban peces del tamaño de caballos. A orillas de ese río había una ciudad, Quivira, cuyo rey dormía la siesta en una hamaca rodeada por campanillas de oro, y cuyos habitantes usaban vajillas de oro y plata. Coronado pidió pruebas. El Turco dijo que tenía objetos de aquel lugar, pero se los habían quitado los jefes de Cicuye. Coronado se los pidió al Bigotes. El Bigotes no los tenía. El pleito estuvo a punto de acabar en carnicería. De entrada, privó a los españoles del apoyo de los indios locales. En todo caso, el lugar era en verdad fértil y no fue difícil pasar allí el invierno de 1540-1541. Y después...

Después solo quedaba seguir el camino hacia la ansiada Quivira. Los nuestros marcharon rumbo este durante días, semanas, meses. En la primavera de 1541 los expedicionarios ya están en el cañón de Palo Duro, en lo que hoy es Texas. Un paisaje alucinante y torturado que hemos visto mil veces en los *westerns*. Allí celebran el Día de la Ascensión del Señor. Coronado ordena a fray Juan de Padilla officiar una misa para dar gracias a Dios por haberles auxiliado con alimentos y agua. Será el

primer Día de Acción de Gracias que se celebre en lo que hoy son los Estados Unidos. Cruzaron el río Pecos, atravesaron praderas infinitas, descubrieron las inmensas manadas de bisontes salvajes — nunca un europeo había visto nada igual—, se cruzaron con indios que les dieron noticia del paso de españoles (¿tal vez los de Cabeza de Vaca?), vadearon el río Arkansas... Coronado, brújula en mano, tomaba cuidadosa nota de su trayecto: 950 leguas desde México (¡5.400 kilómetros!), 40 grados latitud norte. ¿Pisaban en lo que hoy es Kansas? De cualquier manera, allí estaba Quivira, la anhelada Quivira. Era octubre de 1541.

Allí estaba Quivira, sí, pero resultó ser otra ilusión. Nada más gráfico que las palabras del propio Coronado en su carta al rey:

Lo que en Quivira hay es una gente muy bestial, sin policía ninguna en las casas, ni en otra cosa, las cuales son de paja, a manera de los ranchos tarascos (...). A los naturales de aquella provincia, y a los demás que he topado por do pasé, he hecho todo el buen tratamiento posible, conforme a lo que Vuestra Majestad tiene mandado; y en ninguna cosa han recibido agravio de mí ni de los que han andado en mi compañía. En esta provincia de Quivira me detuve veinticinco días, así por ver y pasear la tierra, como por haber relación si adelante había alguna cosa en que pudiese servir a Vuestra Majestad (...). Y la que pude haber es, que no había oro ni otro metal en toda aquella tierra; y las demás, de que me dieron relación, no son sino pueblos pequeños; y en muchos dellos no siembran ni tienen casas sino de cueros y cañas, y andan mudándose con las vacas (...). Yo he hecho todo lo a mí posible por servir a Vuestra Majestad y descubrir tierra, donde Dios Nuestro Señor fuese servido y ampliado el Real Patrimonio de Vuestra Majestad, como su leal criado y vasallo; porque desde que llegue a la provincia de Cibola, a donde el Visorrey de la Nueva España me envió en nombre de Vuestra Majestad, visto que no había ninguna cosa de las que fray Marcos dijo, he procurado descubrir esta tierra, ducientas leguas y más a la redonda de Cibola.

A Coronado le dijeron en Quivira que no lejos, hacia el sureste, había un gran río. Era el Missouri. En aquel mismo instante, octubre de 1541, había una hueste española a apenas 400 kilómetros de allí: los de Hernando de Soto, pero ni unos ni otros lo podían saber. Coronado declinó la aventura de avanzar hasta el Missouri: demasiado frío, demasiada agua. La expedición volvió a casa dos años después de iniciar su andadura. Había atravesado Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas. Regresaba con las manos vacías: en el norte no había ciudades de oro ni nada que se le pareciera. Apenas 100 hombres sobrevivieron, y pudieron ser menos si Coronado no hubiera tomado la precaución de organizar la marcha en grupos pequeños, lo suficientemente fuertes como para resistir ataques de los indios, pero a la vez lo bastante ligeros como para garantizar su subsistencia. El propio Coronado quedaría quebrantado para siempre por una caída de caballo que le tuvo fuera de combate durante días. Pero había descubierto inmensas tierras que no tardarían en recibir a los primeros colonos. Fray Juan de Padilla se quedó allí, en Cicuye, para evangelizar a los indios. Morirá mártir en esas tierras. Fray Marcos, no; no tenía este hombre madera de mártir. Fray Marcos de Niza volvió vivo, pero roto, de modo —dicen— que se trasladó sucesivamente a Xalapa y Xochimilco para recuperarse de su reumatismo. Murió mucho más tarde, en 1558, después de pasar los últimos años de su vida envuelto en el más absoluto de los descréditos, como es natural.

El retorno a casa fue ambivalente para Coronado. Por una parte, el virrey Mendoza le recompensó con haciendas en Michoacán y en Agualulco, sobre el camino a Guadalajara, y le mantuvo en el cargo de gobernador de Nueva Galicia. Por otra, tuvo que sufrir las iras del propio

virrey por no haber establecido colonias en el norte de México, cual era su objetivo inicial, e incluso se vio obligado a abonar una multa cuando se le formuló el prescriptivo juicio de residencia. En 1544 cesó como gobernador. Se retiró a sus posesiones, con su esposa, hasta rendir la vida diez años después. Murió con cuarenta y cuatro años. Demasiado joven. Pero llevaba consigo las imágenes de un mundo que ningún otro hombre blanco había visto jamás.

Orellana: el hombre que vio a las Amazonas

En octubre de 1542 los dos grandes exploradores del norte habían fracasado: Soto estaba muerto en algún lugar del curso del Misisipi; Coronado rumiaba su frustración en Nueva Galicia, junto a su esposa. Pero en ese mismo instante otro hombre triunfaba en la exploración del sur: Orellana. Era generoso, leal, enérgico y tenaz, y la fiebre del oro no mermó esas virtudes. No encontró Eldorado, pero hizo algo todavía más grande: navegó por primera vez el Amazonas desde el Ecuador hasta el Atlántico.

De esta manera íbamos caminando, buscando algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan Bautista, y quiso Dios que en doblando una punta que el río hacía, vimos la costa adelante muchos y muy grandes pueblos. Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas (...). Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo muchas de estas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín.

Así describió el misionero dominico fray Gaspar de Carvajal el encuentro de los conquistadores españoles con las Amazonas. Tanto les impresionó que dieron su nombre al río que estaban surcando: el Amazonas. ¿Realmente eran Amazonas, es decir, mujeres guerreras? Hoy todo el mundo cree que en realidad se trataba de guerreros con cabellos largos, pero eso no cambia las cosas. El hecho fue que aquellos exploradores descubrieron el río más largo y caudaloso del mundo, y lo nombraron como a esas guerreras que les asaeteaban desde la orilla. Era el 24 de junio de 1542. La hueste había partido el diciembre anterior desde Quito, en Ecuador. En agosto llegarán al Atlántico. Aquella gente había cruzado el continente de oeste a este a través de selvas infinitas y ríos indomables. El jefe de la expedición entró en la Historia por su gesta: Francisco de Orellana.

En el momento de su gran aventura, Francisco de Orellana tenía ya treinta y un años y llevaba media vida en las Indias. Había nacido en 1511 en Trujillo, Extremadura. Pariente de los Pizarro, en 1527 cruzó el océano para unirse a ellos. Anduvo por tierras de Nicaragua y Panamá antes de unirse a la hueste de Francisco Pizarro en el Perú. Fue hacia 1535: Pizarro y Almagro, después de vencer al imperio inca, habían entrado en guerra entre sí. Y hacia allá marchó nuestro personaje. Le esperaba una auténtica odisea en la que tendría que combatir sin tregua.

Orellana estuvo en el asedio de Cuzco en 1536 y en la batalla de Las Salinas en 1538; en la conquista de Lima y también en la de Portoviejo. Tomó parte en las guerras con los indios y se dejó un ojo en ellas. Afincado en Portoviejo (en la costa central del Ecuador), acogió a los españoles que volvían, quebrantados, del cerco de Cuzco. A sus expensas organizó una hueste para socorrer Cuzco y Lima. Allí Pizarro le encomendó conquistar la provincia de La Culata, el sur del actual Ecuador, donde los nativos ya habían destruido un primer asentamiento fundado por Belalcázar. Orellana sometió a los indígenas de la región y fundó Santiago de Guayaquil. Se ocupó de repoblar y defender eficazmente la ciudad. Fue seguramente su mejor servicio, porque desde entonces aquel punto jugaría un papel trascendental para unir el Perú con el norte. Estamos hablando de distancias de miles de

kilómetros.

Orellana tenía hambre de gloria y fama, como todos los que estaban allí. Por eso habían cruzado el mar. A la altura de 1540 Francisco Pizarro encomienda la gobernación de Quito a su hermano Gonzalo, el mismo que un par de años más tarde protagonizará la revuelta de los encomenderos. Pero para eso aún queda algún tiempo; ahora todavía estamos en los años dorados de los hombres de acción. Aquí, en Quito, el objetivo de Gonzalo no es propiamente gobernar una provincia, sino más bien poner en pie nuevas expediciones. Gonzalo Pizarro tiene una misión: conquistar el País de la Canela, una extensa región del Ecuador oriental cubierta de bosques de un árbol llamado ishpingo y cuyo fruto se asemeja a la pimienta dulce. Hay que recordar que una de las razones que impulsaron la aventura americana fue la necesidad de encontrar nuevas rutas hacia las especias de Oriente, tan valiosas como los metales preciosos. Es fácil imaginar las riquezas que podría alcanzar el gobernador de un País de la Canela. Para hacer más atractiva la aventura, en aquella misma zona oriental de Ecuador se situaba supuestamente el reino de Eldorado, el fabuloso país de oro que hacía hervir la imaginación de los conquistadores. Ya lo hemos visto. ¿Cómo no afrontar el reto?

Gonzalo Pizarro pidió el concurso de Orellana, el cual, por supuesto, no lo dudó. A finales de febrero de 1541 Gonzalo se interna en la misteriosa región con 220 españoles, 4.000 indios de la sierra, llamas, caballos, cerdos y perros. Orellana se une a la expedición en el valle de Sumaco; trae consiguió 23 hombres y algunos caballos. La hueste cruza los Andes. La crónica de la marcha es de una terrible monotonía: cientos de kilómetros en tierra vacía de humanidad, súbitamente algún poblado indígena, breves escaramuzas y, después, otra vez la selva infinita. Y así mes tras mes, por espacio de casi un año.

Con el paso del tiempo, las enfermedades van haciendo mella en la hueste. Indios y españoles empiezan a caer. El transporte se convierte en un problema. Gonzalo y Orellana deciden construir un bergantín, el *San Pedro*, para llevar a los heridos y las provisiones. Siguen el curso del río Coca; después, del Napo. A finales de febrero de 1542 la expedición llega a la confluencia del Napo con el Aguarico y el Curaray. En ese momento la situación es desesperada. La comida se ha acabado. De los 240 españoles que partieron quedan poco más de un centenar. También han perecido 3.000 de los 4.000 indios que les acompañaban. Hay que ir a buscar comida. ¿Pero cómo? ¿Y dónde?

Nuestro protagonista y Pizarro deciden separarse. Orellana irá río abajo a buscar provisiones. Gonzalo Pizarro caminará por tierra. Pero aquella división de la hueste, en un terreno desconocido y extremadamente difícil, no podía salir bien. Orellana parte con medio centenar de hombres. Cuando intenta volver río arriba, no puede superar la corriente. Pizarro, por su parte, espera y espera; cuando ve que Orellana no regresa, decide dar la vuelta. Orellana envía a tres hombres con un mensaje para Pizarro. No encontrarán a su destinatario: Gonzalo había vuelto a Quito con los 80 supervivientes de su hueste. Orellana decide entonces construir un nuevo barco: la *Victoria*. Con él hará lo único que está en su mano: navegar río abajo. Y que sea lo que Dios quiera.

La crónica del viaje, en la pluma de fray Gaspar de Carvajal, no deja duda sobre la magnitud de la proeza. En febrero de 1542 la hueste de Orellana está en el río Marañón. El extremeño prescribe a sus hombres no entrar en conflicto con los indígenas: hasta ahora han sido amistosos y, por otro lado, Orellana se propone volver algún día para colonizar. Pero una cosa son los propósitos y otra las

realidades. La hueste navega río abajo hasta el poblado de Machiparo, principal ciudad de los indios omaguas. Son indios hostiles: cada encuentro es una batalla. A finales del mes de mayo se cruza con el río de la Trinidad, que en realidad es la triple boca del río Purús. Pocos días después —el 3 de junio de 1542— desemboca en el río Negro. Es un laberinto de agua sin otra guía que la corriente. Nuevos afluentes siguen vertiendo sus aguas al curso principal: el Madeira, el Tapajós... Allí el paisaje cambia: las selvas impenetrables dejan paso a llanos que estimulan la imaginación del fraile cronista: «Es tierra templada —escribe—, a donde se cogerá mucho trigo y se darán todos frutales; además desta es aparejada para criar todo ganado, porque en ella hay muchas yerbas como en nuestra España, como es orégano y cardos de unos pintados y a rayas y otras muchas yerbas muy buenas; los montes desta tierra son encinales y alcornoques que llevan bellotas, porque nosotros las vimos, y robledales; la tierra es alta y hace lomas, todas de sabanas, la yerba no más alta de hasta la rodilla y hay mucha caza de todos géneros». Río abajo en un cascarón por tierra desconocida, acosado por los indios y por el hambre, y aquel fraile todavía pensaba en colonizar.

Termina el mes de junio cuando la expedición llega al «señorío de las Amazonas». Es allí donde la gente de Orellana sufre el ataque de aquellas extrañas guerreras de pelo largo. No fue una escaramuza menor: el pobre fray Gaspar recibió una flecha en el costado y otra en un ojo; salvó la vida por el grosor de sus hábitos. Finalmente, el 26 de agosto de 1542 la *Victoria* se abrió a las aguas del Atlántico. Detrás quedaba un fabuloso recorrido de 4.800 kilómetros por tierras enteramente vírgenes. Y un río enorme con un nombre nuevo: el río Grande de las Amazonas.

Orellana se apresuró a volver a España para dar cuenta de su descubrimiento y pedir la gobernación de la Nueva Andalucía, que así llamó nuestro hombre a aquellas tierras. En febrero de 1543 pisó Valladolid. Allí el príncipe Felipe, en ausencia del rey Carlos, accedió a sus peticiones. No fue fácil, porque el explorador hubo de someterse a un juicio contradictorio bajo la acusación de haber abandonado a Gonzalo Pizarro. Cuando pudo convencer a sus jueces de que estaba libre de culpa, se firmaron las capitulaciones.

Orellana obtuvo permiso para explorar y conquistar la nueva región. El explorador quedaba obligado a construir dos ciudades, una en la boca del río. El problema era el dinero. ¿Quién podía financiar la empresa? Porque el rey ponía el patrocinio, pero no los fondos. Fue finalmente el padrastro de Orellana, Cosme de Chaves, quien asumió los gastos. Y aún pasaron más cosas, porque en Sevilla encontró el conquistador al amor de su vida: Ana de Ayala, una joven pobre a la que desposó en la iglesia de la Macarena en noviembre de 1544 con el propósito de llevarla consigo a América. El 11 de marzo de 1545 zarpaba con cuatro barcos desde Sanlúcar de Barrameda.

Esta nueva travesía de Orellana fue complicadísima. Primero tuvo que abandonar la nao capitana, hecha trizas, en Cabo Verde. Después naufragó un segundo barco durante el viaje. A la desembocadura del Amazonas llegaron solo dos naves. Allí la hueste celebra la Navidad de 1545. Para muchos será la última de su vida. También para Orellana.

Nuestro protagonista se internó en el Amazonas con el objetivo de recorrer río arriba el mismo trayecto que había hecho río abajo. Si lo conseguía, habría logrado establecer una vía fluvial estable entre el Perú y el Atlántico. Navegó 500 kilómetros dentro de la selva, sin otra orientación que la propia memoria y el curso de las aguas. Pronto aparecieron los mismos males del viaje anterior: el

hambre y las enfermedades. Hasta 57 expedicionarios murieron por el camino. Ante la dificultad de seguir adelante, Orellana decide partir en un bote con unos pocos hombres para buscar comida. Pasan los días y Orellana no vuelve. El otro grupo decide salir en su busca. No encuentran al jefe. Desesperados, los supervivientes abandonan y regresan río abajo. Cuando Orellana logra volver al campamento, lo descubre vacío.

Nuestro protagonista seguirá buscando el canal principal del Amazonas, pero no lo encontrará. El pequeño grupo de exploradores fue incesantemente atacado por las flechas venenosas de los indios caribes. Finalmente el propio Orellana morirá en noviembre de 1546, en algún lugar de la selva amazónica, besando las aguas que descubrió.

Los otros, los supervivientes, habían logrado navegar hasta la isla Margarita. Allí encontraron una sorpresa: uno de los barcos perdidos en la travesía de ida había conseguido llegar a tierra. En él venía Ana de Ayala, la mujer de Orellana, con otros 25 compañeros. De los 300 españoles que habían partido de Sanlúcar ya quedaban solo 44. Un barco español pudo rescatarlos. Ana de Ayala se casó con otro de los supervivientes: Juan de Peñalosa. Con él agotaría sus días en Panamá. Hoy el nombre de Orellana sobrevive en una provincia de Ecuador. Y en las aguas del río que él descubrió y bautizó: el Amazonas.

Diego de Rojas: un puente entre el Perú y el Plata

Es 1543 y tenemos abiertos el territorio norteamericano, el río Amazonas, Chile hasta el río Mapocho y, en El Plata, el río Paraguay hasta el Chaco. Los hombres del Plata, que han desistido de seguir hacia el sur, buscan insistentemente un paso hacia el noroeste: Ayolas primero y Martínez de Irala después han enlazado con territorios próximos al límite de la ocupación española en Bolivia, pero ambos han tenido que regresar. Hay un hueco en el mapa que es preciso llenar: hace falta asentar una vía de comunicación estable entre el Perú y el Plata.

«Estable» quiere decir navegable o, por lo menos, transitable. El Chaco, al norte de Paraguay, es un desierto de humanidad (y donde hay gente, es peligrosa): impensable trazar allí caminos. Pero en lo que hoy es Bolivia, en el rincón sureste del viejo imperio inca, hay mejores posibilidades. Además del camino incaico de la costa, el que ha cogido Valdivia cruzando el desierto de Atacama, hay otro camino por la cordillera, el que cogió Almagro en su día. Ese camino está prácticamente inédito porque Almagro no lo siguió, sino que cruzó los Andes para llegar a Chile. Pero se sabe que se prolonga muchos kilómetros hacia el sur, hasta lo que hoy es el noroeste de Argentina. Y si los incas trazaron hasta allí un camino, es porque en la región hay pueblos con la suficiente riqueza como para atraer la atención del viejo imperio de Cuzco. Riquezas que, fueran del tipo que fueren, descansarían sin duda en los viejos tambos incaicos, aquellos puestos de recaudación que la burocracia del Tahuantinsuyo tenía dispersos por todo su territorio.

La única noticia aproximada que tienen los españoles sobre esa región es la que trajo en su día Francisco César, aquel afortunado explorador de la hueste de Caboto: poblados con casas bien construidas, rebaños de llamas, objetos de metales preciosos... Los incas, por su parte, cuentan historias sobre grupos de colonos que marcharon allá a fundar ciudades. En Cuzco hablan del reino de Tucma o de Tucmán; Tucumán, traducirán los nuestros. Podría ser solo una fábula si no fuera porque César encontró lo que encontró. ¿Habría otro Cuzco más al sur, entre las sierras de Jujuy? Una vez más, ¿por qué no?

Había un hombre dispuesto a intentarlo. Se llamaba Diego de Rojas, burgalés, y era un veterano de la conquista. Llegó con dieciséis años a La Española (sería 1516), estuvo con Cortés en México, después con Alvarado en Guatemala y El Salvador, participó en las querellas con la gente de Pedrarias Dávila y finalmente se sumó a la hueste de socorro a Pizarro que desembarcó en el Perú en 1536. Con Pizarro participó en la conquista de Charcas, el extremo oriental del imperio inca, sobre la actual Bolivia. Es decir que, en veinte años, Rojas había hecho de todo y había servido con los principales protagonistas de nuestro relato. Ahora, a la altura de 1543, era ya un hombre rico e importante: la conquista de Charcas le procuró una buena encomienda en el lugar y una mina de plata en el cerro de Porco, en el Potosí; además se vio nombrado gobernador de la provincia, lo cual le convertía en el hombre decisivo en la región. Y aprovechó su oportunidad.

Diego de Rojas no llega nuevo a este desafío. En 1539, buscando el paso del Perú al Plata, había dirigido una breve expedición hacia el Gran Chaco; se dice que llegó hasta la cabecera del río Pilcomayo, que, efectivamente, desemboca en el Paraguay, pero 2.500 kilómetros más abajo. Por otro lado, el Pilcomayo es un río que a lo largo de su cauce sufre reiteradas veces desbordamientos y

taponamientos. Imposible seguir por él. Pero ahora lo intentaría por otro camino.

Nuestro protagonista se dirige al hombre que en aquel momento mandaba en el Perú: Vaca de Castro —ya lo conocemos—, uno de aquellos funcionarios que la corona mandó a las Indias para enfriar los fervores de los conquistadores y convertir la conquista en imperio. Vaca de Castro recibe la petición de Rojas y la acoge con gran interés. Escribe al rey Carlos —es noviembre de 1542— y le refiere que hay noticia de cierta provincia «entre Chile y el nacimiento del río grande que llaman de La Plata (...), hacia la parte del mar del Norte, de aquel cabo de las sierras nevadas, que diz que es muy poblada y rica; por manera, que la cordillera de las sierras nevadas que atraviesa estas provincias hacia el Estrecho, queda entre las provincias de Chili y esta tierra». Y añade el buen Vaca de Castro que «tengo proveído para ello al capitán Diego de Rojas por ser persona zelosa del servicio de V. M. e que tiene mucho cuidado del tratamiento de los indios, con muy buena compañía de gentes». Vaca de Castro no estaba pidiendo permiso al rey; simplemente le estaba informando de cuál había sido su decisión. Decisión, por otro lado, tomada con gran alivio, pues en aquel momento, aún humeantes los rescoldos de la guerra entre conquistadores, lo más conveniente era encontrar nuevos horizontes para las gentes de acción. Gentes como Diego de Rojas.

El rico hacendado de Charcas, el veterano de México y Guatemala y Perú, se busca dos socios de su misma hechura: Felipe Gutiérrez y Toledo, en aquel momento regidor de Cuzco, que traía a las espaldas un trágico fracaso en el litoral de Costa Rica, y Nicolás Heredia, que había peleado con Pizarro contra los almagristas. Gutiérrez será capitán general de la expedición; Heredia, maestre de campo. Todos ponen lo mismo —30.000 pesos cada uno—, pero Rojas es quien ha conseguido el permiso, luego suyo es el mando. Irán 200 hombres bien armados, más los sacerdotes Francisco Galán y Juan Cedrón, más tres mujeres que acompañan a sus maridos (se llamaban Catalina de Enciso, Leonor de Guzmán y María Lope), más varios centenares de yanaconas, más buena cantidad de caballos, más... Una gran expedición, en definitiva.

A mediados de mayo de 1543 empieza la aventura. Rojas ha organizado las cosas con prudencia. Hace tiempo que los nuestros han aprendido lo inconveniente que puede llegar a ser mover contingentes demasiado grandes: es más difícil maniobrar en caso de ataque, es más lenta la marcha, es más problemático el avituallamiento. Los expedicionarios saldrán en tres grupos. Primero, Rojas con unos 70 hombres. Dos semanas después partirá Gutiérrez con 90 soldados. Por último, Heredia con otros 25 como grupo de cierre. Trayecto: el Camino del Inca hacia el Collasuyo, hacia el sur. Poco podía imaginar ninguno de los protagonistas que su empresa iba a acabar de la manera más trágica para los tres.

Rojas abandona Charcas bordeando el lago Titicaca. Desde ahí se coge el Camino del Inca. Alrededor, la desolación del altiplano. Y más al sur, vacío. Vacío porque esta región estaba conociendo enormes cambios. Un año antes, por ejemplo, los territorios de Cochabamba habían sido adquiridos a los caciques locales por un colono español, García Ruiz de Orellana. Lo mismo estaba ocurriendo en otros lugares del área. Los indios se marchaban y los españoles no acababan de llegar. En otras partes los indios se habían ido mucho antes, cuando la llegada de los incas: por ejemplo, Tarija, más al sur, fue de los pueblos que se resistieron al poder incaico y eso le valió no solo la derrota y las represalias, sino también una despoblación forzada con la deportación de todos sus

habitantes.

A través de este vacío el convoy de Rojas recorre 700 kilómetros bordeando los Andes por el este. Tarda tres meses y medio en llegar a Chicoana, cerca de donde hoy está Salta, en Argentina. Allí hace un curioso descubrimiento: «Gallinas de Castilla», es decir, aves de corral como las que criaban los españoles. Pero allí no había pisado jamás un español. ¿Qué hacían ahí esos bichos? ¿Eran un rastro del paso de Francisco César o de otros aventureros de la colonia del Plata? Y si así era, ¿significaba eso que estaban cerca del mar que buscaban? En todo caso, el indicio bastaba para probar suerte. Rojas deja en Chicoana un destacamento al mando de Diego Pérez Becerra, manda a una escuadra a buscar a Felipe Gutiérrez, que viene detrás, y él decide desviarse hacia el sur con 40 hombres. Hay todavía Camino del Inca, pero es cada vez más difícil reconocerlo. Rojas atraviesa las selvas de Jujuy y los valles Calchaquíes con sus espectaculares quebradas. Dice la crónica que terminó saliendo «por caminos harto dificultosos a una provincia que ha por nombre Tucma, la cual está pasada la cordillera de los Andes a la decaída de una no menos fragosa tierra». Era el Tucumán del que siempre habían hablado los españoles. Pasada la cordillera hacia el este, sí; fuera del camino incaico. Rojas no halló nada ni a nadie: pueblos deshabitados y sin víveres que aprovechar. Mantuvo rumbo sur y finalmente halló otro pueblo, este habitado: Capaya.

Habitado, sí, pero no amigable. Según llegan, sale a recibirles un cacique al que le falta una pierna. Se llama Canamico y viene con 1.500 guerreros. Rojas envía por delante a uno de los clérigos, el padre Galán, con un intérprete peruano. Piden a Canamico permiso para pasar por sus tierras, Canamico se niega. Los indios cercan a Rojas. La hueste acude a socorrerle. Hay pelea. Hablan el acero y los arcabuces. Algunos indios caen heridos; los demás se dispersan. Rojas prende a Canamico, pero no le hace daño e incluso le trata con deferencia: no quiere dejar enemigos tras de sí. En todo caso, lo más prudente es marcharse.

La compañía vuelve a Tucma. Esta vez los nuestros encuentran algo sorprendente: el lugar ya no está despoblado, todos los indios han vuelto; sin duda no esperaban que los españoles fueran a regresar por el mismo camino. La situación no puede ser más tensa, porque los nativos, muy visiblemente, no los quieren allí. Un día todos los indios desaparecen de nuevo y se llevan consigo los alimentos. Rojas se ve enfrentado al hambre. Manda a Chicoana a uno de sus hombres de confianza, Francisco de Mendoza, para que recupere a Felipe Gutiérrez y a la guarnición que allí ha quedado. Él marchará hacia el este, a Salavina, cerca de donde hoy está Santiago del Estero. Allí se reunirán todos. Corre ya diciembre de 1543.

En la hueste se respira una atmósfera como de demolición. Llevan más de seis meses de búsqueda y solo han encontrado tierras pobres, indios hostiles y una naturaleza que exige esfuerzos agotadores. En Salavina surge la cizaña: todo el campamento es un nido de rumores y maledicencias. El cansancio, las privaciones y la ausencia de expectativas multiplican las suspicacias. La conciencia del peligro no facilita las cosas: están en tierras de los indios juríes, «indios flecheros», como dicen las crónicas, que atacan inesperadamente en pequeños grupos con sus flechas envenenadas. Rojas decide hacer una salida de exploración. No puede tener conciencia del drama que se avecina.

Aparecen los indios. Muchos. Son probablemente tonocotés, juríes. Su cacique se llama Sinchiuaina. Rojas ordena a sus capitanes montar y cargar. Se traba batalla. Nadie ignora el peligro

de las flechas envenenadas, pero los españoles salen con bien. «Dios guardó a sus cristianos, pues, a no tener gran favor e ayuda, no era menester mas que una rociada para que todos muriesen», escribe Cieza de León. Los indios, por el contrario, han sufrido graves bajas. Los nuestros creen que el problema está resuelto, pero se equivocan: al día siguiente vuelven los juríes. La escena se repite. Y aún se repetirá un tercer día. Rojas cabalga «alanceando e haciendo lo que debía un tan famoso capitán como él era», dice Cieza. En un momento determinado recibe una flecha en una pierna. No parece nada: herida pequeña, casi un rasguño. Pero el veneno va haciendo su trabajo: deja a sus víctimas «rabiando, dándose de cabezadas y revolcándose por el suelo».

Pasan los días. Aquella herida que parecía cosa menor empieza a devorar a Diego de Rojas. En su convalecencia le cuida una mujer: Catalina de Enciso, la que viene con Felipe Gutiérrez. Catalina le administra bebidas y aceites para calmar su dolor, pero el mal se agrava. Al sexto día, Rojas se siente morir. Unos criados suyos le hacen pensar que ha sido envenenado por la Enciso. Rojas no puede saber si ha sido la flecha, si ha sido la Enciso de parte de Gutiérrez o si han sido las dos cosas: está moribundo, la cabeza no le funciona, el aire se le va. Con sus últimas fuerzas, resignado a morir, delega la jefatura de la expedición. No lo hace en Felipe Gutiérrez, sospechoso de haber alentado el envenenamiento, sino en Francisco Mendoza. Diego de Rojas muere así, devorado por el veneno de una flecha jurí, en enero de 1544. Pero un veneno aún mayor está devorando a la expedición: pocas semanas después, Mendoza ordena prender a Gutiérrez y a la Enciso, y encarga a Juan García de Almadén llevarlos presos al Perú.

Este asunto del veneno en las flechas dará auténticos quebraderos de cabeza a los nuestros. Unos días más tarde morirá de igual manera el maestresala Francisco de Mercado. Mendoza intenta salir de esa zona, pero por todas partes va a encontrar a los mismos juríes con sus peligrosas flechas. Es urgente encontrar un antídoto. Seguro que los indios lo conocen, pero ¿cómo arrancarles el secreto? El mestizo Gutiérrez de Santa Clara nos da la solución:

Para saber los nuestros si había alguna contrayerba para remediar este tan gran mal, hirieron a un indio natural de los que estaban presos con una flecha que hallaron sana, con la cual le pasaron entreambos muslos de parte a parte. El indio viéndose herido, se fué al campo donde vido que estaba fresco, riberas de un río, y buscó allí dos maneras de yerbas, las cuales majó prestamente entre dos piedras lisas que en el campo tomó. El zumo de las unas yerbas bebió, y el zumo de las otras se puso en las heridas, sacándose primero el pedernal que tenía en el muslo, abriendo más la herida con un cuchillo que le dieron, y con la dieta que tuvo sanó prestamente como si no fuera herido.

El promotor de la expedición, Rojas, está muerto. Uno de sus socios, Gutiérrez, vuelve preso a Cuzco. El caso es que Mendoza se ha hecho con todo el poder. Pero ¿y el tercero? ¿Dónde está el tercer socio? ¿Dónde está Nicolás de Heredia?

Heredia está viviendo su propia odisea. Ha sido el último en salir del Perú. Llevaba 25 hombres. A Chicoana llegó con 18. Partió en busca de Rojas. Uno de los que iban en el grupo, Pedro González de Prado, describió así su camino:

En la provincia de Quiri Quiri, que son indios de guerra, yo quedé con otro compañero para tomar alguna guía que nos guiase

el camino, e le tomamos e alanceamos a otros, el cual dicho indio nos guió hasta que nos pasó los Andes, que es una tierra de arboledas, e cerros, e sierras muy ásperas que íbamos abriendo el camino con azadones e hachas, que duraron dieciocho leguas, adonde hay muchos ríos, adonde uno de los dichos ríos, que van muy recios, me llevaba, e milagrosamente Nuestro Señor me libró.

Los de Heredia llegan a Tucumán. Rojas ha estado allí, pero nadie sabe dónde ha ido. Aguardan cuatro meses permanentemente hostigados por los nativos. Pero he aquí que un día se topan con la partida del capitán Juan García de Almadén y con ellos, presos, Felipe Gutiérrez y Catalina. García cuenta lo que ha pasado y adónde van, y cuenta algo más: que el propio Heredia debe darse preso. Heredia se queda blanco. Muerto un socio, preso otro. De los tres promotores de la empresa, solo queda él. Y Mendoza también le quiere detener. No tiene más que dos opciones: o seguir camino, encontrar a Mendoza y ponerse a sus órdenes, o volverse al Perú y arriesgarse a seguir la suerte de Gutiérrez. Decide lo primero. Y hará bien. Terminaba abril de 1544.

Mendoza se había dirigido hacia el este, hacia un paraje llamado Soconcho, en torno al río del mismo nombre. El paisaje cambia de manera muy acusada: la selva tucumana se va despejando hasta ser reemplazada por un paisaje de intrincado matorral y, al final, incluso los matorrales desaparecen para dejar paso a la salina. Por el camino encuentra poblados de hasta un millar de casas. Están muy cerca de lo que hoy es Córdoba. A orillas del Soconcho funda Mendoza un pueblo: el fuerte de Medellín del Soconcho. Allí aparece al fin Heredia. El tercer socio lee con rapidez el panorama: renuncia a sus derechos y reconoce a Mendoza como jefe. Pero aún no está todo dicho.

Del Soconcho tienen que salir por piernas porque un incendio fortuito arrasa el campo y el fuerte. La hueste marcha a tierras de los diaguitas. Es con toda seguridad el mismo conjunto de pueblos nativos que encontró en su día Francisco César. Durante meses tratan de abrirse paso en una geografía desconocida, sin caminos y, además, bajo el hostigamiento perpetuo de los indios. El propósito sigue siendo encontrar una vía hacia el Plata, pero ante todo hay que hallar un lugar adecuado para garantizar la supervivencia. Mendoza actúa con cabeza, que es quizá lo más difícil en una expedición que ya dura dos años. Manda por delante a Pero López de Ayala, con 30 hombres, para que explore un camino adecuado. Capturan a un indio al que obligan a hacer de guía.

El indio, sin duda para alejar a aquellos extranjeros de su pueblo, mete a los nuestros en un infinito cenagal. Lo peor es que, una vez dentro, ya no hay posibilidad de salir. Mendoza ordena seguir pese a todo. «Todos comenzaron a caminar por la ciénaga poco a poco —escribe el cronista—, con mucho afán y trabaxo, y siendo bien adentro les fue necesario descalzarse y tomar los caballos de diestro y desta suerte anduvieron seis días con grandísimo molimiento. Acabadas de pasar estas ciénagas, dieron en unos salitrales por donde caminaron otras ocho o nueve leguas, y por falta de agua y comida y no hallar camino, y también por que el indio mostraba ir desatinado, se volvieron atrás a pasar la ciénaga, muy fatigados y los pies aplagados porque iban descalzos». Locos de hambre, dolor, fatiga y frustración, los de la vanguardia mataron al indio para vengar el engaño.

No será hasta principios de 1545 cuando encuentren un lugar donde asentarse: el valle de Calamuchita, un fértil espacio boscoso entre grandes sierras, con agua abundante y caza fácil, aunque acosado por los ataques de los indios comechingones. Fundan un fuerte —un «real», como se decía

— y se disponen a parapetarse allí. Heredia, resignado a su nueva posición subordinada, queda al cargo del fuerte mientras Mendoza explora hacia el este en su febril búsqueda del Plata.

Estuvo a punto de conseguirlo. Los de Mendoza se hallaban a solo 400 kilómetros del Paraná y a unos 650 del estuario del Plata. La avanzadilla siguió el curso de los ríos (el Tercero y el Caracañá), que era la única ruta posible en un mundo sin caminos, y en marzo de 1545 divisó la orilla del Paraná. Nunca ninguna expedición había estado tan cerca de abrir el camino entre el Perú y el Plata. Allí, en la ribera del Paraná, camino del norte, en busca de Asunción del Paraguay, halló Mendoza una gran cruz y, a sus pies, una carta: era una nota de Irala, el gobernador del Paraguay, explicando hasta dónde había llegado su conquista y advirtiéndole de los peligros de los nativos de la región. Mendoza estaba tocando la gloria con los dedos. Quiso continuar. No pudo: los ríos y los pantanos impedían el paso. Resignado, dio la vuelta guardando bien en su memoria la ruta de su hallazgo.

Los del fuerte de Calamuchita, mientras tanto, tenían que hacer frente a una verdadera avalancha de comechingones. Heredia aguantó lo que pudo. Pedro González de Prado, que también estaba allí, dejó escrito un episodio que por sí solo resume la extrema dificultad del empeño:

El dicho capitán Mendoza fue al dicho río de Amazonas con la mitad de la gente que éramos, e yo quedé en el dicho asiento de la dicha provincia de los Comechingones, adonde los dichos indios en tiempo de veinte días nos dieron cuatro guazabaras, que nos mataron veinte caballos, adonde en el dicho asiento quedamos obra de setenta hombres, y cada semana salía la mitad de nosotros a buscar comida, y una vez, viéndonos divididos, vinieron al dicho asiento que, para sino de la mala ventura, a dar en nosotros de noche, porque de continuo pelean de noche con fuego, e al tiempo que vinieron a dar en el dicho, velaba yo e Francisco Gallegos, y los dichos indios comechingones se nos entraban en el dicho real, y viendo esto arremetimos yo y el dicho Francisco Gallegos a los dichos indios solos, y como no éramos más de dos, y el dicho escuadrón de los dichos indios era más de quinientos, puestos en buena orden de guerra, cerrado el dicho escuadrón, que traían arcos e flechas e medias picas, al tiempo que yo entré a romper en el dicho escuadrón, me dan un palo en la cabeza del caballo que me lo aturdieron e cayó conmigo en medio del dicho escuadrón, e los dichos indios me mataran a flechazos si no fuera por las buenas armas que llevaba, e me llevaban vivo en peso, e me mataron el dicho mi caballo que era muy bueno de cinco flechazos, e si saben que si yo y el dicho Francisco Gallegos no arremetiéramos, quemaran el dicho pueblo y pudiera ser matar muchos de nosotros, y entretanto que se ocuparon con nosotros en pelear, tuvieron tiempo para salir los demás compañeros, e fueron desbaratados los dichos indios e muertos muchos de ellos.

Y así, un día tras otro durante casi seis meses. «Para sino de la mala ventura», escribía González de Prado. «Malaventura» terminará siendo el nombre de ese fuerte, y no sin razón.

Los de Malaventura, cuando no pudieron resistir más, salieron de allá por el camino que había llevado Mendoza y buscaron un emplazamiento más adecuado para defenderse. Se hicieron fuertes en un pucará y en él los encontró Mendoza al cabo de tres meses, de vuelta de su periplo. La tropa, junta de nuevo, regresó a Malaventura. Y allí se desató una nueva tragedia.

Es una historia lamentable. Dos soldados de la hueste discuten y se retan a muerte. Pelean y uno mata al otro de una cuchillada. Mendoza se entera y monta en cólera: es una indisciplina que no puede tolerar. Forma consejo al homicida (De la Cueva, se llamaba) y le condena a muerte en la plaza de Malaventura. Ante la sentencia, De la Cueva profetiza que Mendoza le seguirá pronto. Es una amenaza. El reo muere ajusticiado a garrote vil. Si la atmósfera en la hueste ya era irrespirable, ahora es explosiva. A los pocos días, los demás de la tropa van a repartirse los bienes que De la

Cueva ha dejado. Uno de ellos, Diego Álvarez del Almendral, reclama un caballo. Mendoza se lo niega. Diego jura venganza. Una noche de septiembre de 1545, una cuadrilla armada entra en los aposentos de Mendoza. «¿Quién anda ahí?», pregunta Mendoza, sobresaltado. «¿Quién ha de ser sino Diego Álvarez —contesta una voz—, que no duerme cuando es menester?». Mendoza murió a puñaladas. Esa noche también mataron a su lugarteniente. Todo el mundo sospechó que la venganza la había movido Heredia, el socio desposeído por Mendoza. Es verdad que Heredia, ahora, reclamaba el mando. Y la hueste se lo dio.

Heredia no quería marchar hacia el Paraguay como Mendoza; quería volver a Perú por donde había venido. Estaban a 700 leguas de Cuzco (casi 4.000 kilómetros), pero el cansancio era tal que aquel reto les pareció menos arduo que seguir explorando el este. A primeros de 1546 la hueste emprendió el viaje, pero no era fácil encontrar la ruta. Cruzan de nuevo el Soconcho camino del Tucumán. Los ríos están desbordados, lo cual les cierra el paso a las montañas del camino de ida. La marcha se ralentiza de manera brutal. Mil penalidades esperan a la tropa. Una sequía atroz hace morir a muchos de sed. Enseguida, el hambre. «Tanta falta comenzó a haber de comida —cuenta la crónica de Santa Clara—, que la hambre comenzó a sentir y la gente de servicio comían yerbas y raíces sacadas de lo interior de la tierra para poder sustentarse. Con esta necesidad, comenzaron a enfermar muchos dellos y a morir algunos». Después aparecen los indios: los muy agresivos lules. Álvarez del Almendral, el asesino de Mendoza, capitanea un ataque contra un poblado lule para saquear sus víveres. Eso alivia la situación, pero por poco tiempo: todos los poblados de alrededor están devastados por las guerras entre los propios indios. Fugitivos, van a parar a un paraje de extraños árboles venenosos: «Quedaron las orejas, narices y labios hinchados como tubérculos —dice la crónica— y las manos infladas como sapos». Los efectos del misterioso mal duraron una semana.

El calvario terminó cuando, más allá de Salta, lograron encontrar el Camino del Inca. Para entonces, dice Santa Clara, «estaban ya en este tiempo los nuestros muy fatigados y bien trabajados en velar y trasnochar, con las continuas lluvias y grandísimos filos que hacía y con las cotidianas peleas y recuentros que los bárbaros les daban, que andaban muchos dellos muy enfermos y debilitados, flacos y descoloridos, que aún sus amigos no los conocían según estaban desemejados». En septiembre de 1546 la hueste de Heredia entraba en el Alto Perú. Se creían salvados. Pero aún había de llegar lo peor.

¿Recuerda usted cuanto hemos contado sobre la guerra de los encomenderos? Sí, había estallado de nuevo la guerra en el Perú. A Heredia se lo contaron los indios. Una nueva guerra entre españoles: por un lado, los encomenderos agrupados en torno a Gonzalo Pizarro, que habían matado al virrey; por otro, los colonos acogidos a la autoridad del rey. ¿Sería posible? La noticia se la confirmó días después un destacamento de jinetes que venía huyendo de la gente de Gonzalo. Heredia no daba crédito. Tal vez en ese trance se enteró de la suerte de Felipe Gutiérrez, aquel que había marchado preso al Perú por la muerte de Rojas: porque Gutiérrez, el segundo socio, había sido decapitado por orden de Gonzalo Pizarro. ¿Qué estaba pasando? Heredia y los suyos se acogieron a la autoridad, que era lo único que podían hacer: reunieron a la hueste y se dirigieron a Pocona, en Cochabamba, al este del Titicaca, para ponerse a las órdenes del rey. Con la mala fortuna (la mala

ventura) de que en su camino se cruzó Francisco de Carvajal, el maestro de campo de Pizarro, un incansable anciano que se había ganado el apodo de *el demonio de los Andes*. Carvajal atacó y venció. A Heredia lo mandó decapitar. Así terminaba el tercer socio de la entrada del Tucumán.

Más de 8.000 kilómetros de ruta entre ida y vuelta. Penalidades sin cuento. Los tres socios de la empresa —Rojas, Gutiérrez y Heredia—, muertos violentamente. El capitán que más lejos había llegado, Francisco de Mendoza, asesinado también. Ni un solo puesto o asentamiento establecido en las tierras exploradas. La aventura del Tucumán arrojaba un saldo simplemente desastroso. Y sin embargo, el camino estaba abierto. En los años sucesivos, y en la estela de Rojas y Mendoza, Núñez de Prado fundará la ciudad de Santiago del Estero en sucesivas fases entre 1550 y 1553. El fuerte de Medellín se consolidará muy poco más tarde. En 1565 Villarroel fundará San Miguel de Tucumán. En 1573 nacerá Córdoba. La ruta hacia el Plata será pronto una realidad. Y en la memoria quedará sepultada para siempre la tragedia del fuerte Malaventura.

18. LA CONQUISTA DEL PACÍFICO

Un poco de economía... política

Se había conquistado un continente. Pero además había que conquistar un océano. Otro. El otro mar.

A estas alturas tal vez sea preciso recordar que toda esta historia empezó porque había que encontrar un camino alternativo para llegar a las Islas de las Especies. Lo que se buscaba no era una tierra nueva, sino una ruta nueva para una tierra bien conocida, una vía marítima para alcanzar las costas de Asia y, allí, proveerse de unos materiales que en Europa adquirirían un altísimo valor. Pimienta, clavo, jengibre, azafrán, cardamomo... Productos de lujo por los que los más ricos pagaban grandes cantidades. Pero no era solo cuestión de exquisitez culinaria: las especias eran fundamentales para conservar la carne, para elaborar remedios medicinales, para las tinturas de las telas y un sinfín de actividades artesanales o fabriles. Por eso fue tan grave que la presión turca colapsara el mercado mediterráneo y se cortara el flujo de especias: todo el circuito económico se vio afectado. Por eso los portugueses, primero, y los españoles después se abrieron a los mares buscando nuevas rutas para navegar hasta Oriente. Y por eso, en fin, las Islas de las Especies, las Molucas, siguieron siendo un objetivo codiciado también *después* del descubrimiento de América.

¿Dónde están las Molucas? Las Molucas, *Maluku* en lengua local, son un archipiélago que se despliega en Indonesia, entre las grandes islas de Borneo, al oeste, y Papúa al este, allá donde el océano Pacífico se hace Índico. Se trata de 632 pequeñas islas (Haimahera, Ceram, Buru, etc.) que en la época eran importantísimas porque solo aquí se producía la nuez moscada y el clavo de olor. Las Molucas explotaban estos productos desde muy antiguo. Indios, chinos y árabes se abastecían aquí de tales cosas. Por eso se las llamaba Islas de las Especies o, más simplemente, la Especiería.

Por supuesto, el oro y la plata que España había encontrado en América eran mucho más valiosos que las especias. A igual peso, cualquier especia valía veinte veces menos que la plata y doscientas veces menos que el oro. Pero, por así decirlo, se trata de dos universos económicos distintos: mientras que el oro y la plata tenían que ser transformados para circular como valor y servir de moneda para adquirir bienes, las especias eran en buena medida la materia prima de la actividad en los niveles básicos de la vida económica. Los metales preciosos de las Indias multiplicaron el peso de la economía española, pero llegar a controlar el tráfico de especias seguía siendo un objetivo prioritario. A la altura de 1522, este comercio había quedado en las manos de los italianos por el Mediterráneo —y en condiciones muy variables— y de los portugueses en el Atlántico. Portugueses e italianos se apresuraron a aplicar un severo oligopolio, con la consiguiente subida de precios. Y eso era malo para todos.

En las Indias españolas habían aparecido especias nuevas que encontraron una rápida difusión en Europa: la vainilla de México, por ejemplo, o la pimienta de Jamaica. Fueron una verdadera revolución. Y sin embargo, no era bastante para atenuar la dependencia de los mercados italiano y

portugués. Además, muy pronto se vio que la empresa española en las Indias, aun siendo objetivamente un éxito, iba por otros derroteros: lo que había empezado a crecer en América era mucho más que una aventura comercial; aquello se estaba convirtiendo en una verdadera cruzada que, ciertamente, proporcionaba ya grandes beneficios tanto políticos como económicos y espirituales —y más que daría—, pero que al mismo tiempo exigía invertir muchos recursos. A la corona le interesaba que no se perdiera de vista el objetivo inicial: el de abrir una nueva ruta de las especias.

El descubrimiento de la mar del Sur por Núñez de Balboa, el establecimiento de bases costeras en Panamá por Pedrarias Dávila, la navegación interoceánica de Magallanes y Elcano y, enseguida, la llegada a las costas del Pacífico mexicano con Hernán Cortés, habían abierto el mapa de manera decisiva para España. Ahora era posible intentar el viejo proyecto: Portugal controlaba el Atlántico africano y el Índico hasta las Molucas, pero el Pacífico era cosa nuestra. En el otro hemisferio, al otro lado de la línea de Tordesillas, en la otra cara del globo terráqueo, las aguas estaban abiertas. Había que entenderse con los portugueses. O, por lo menos, intentarlo.

Recordemos: en 1494 el Tratado de Tordesillas había trazado una línea de polo a polo, 370 leguas al oeste de Cabo Verde, repartiendo derechos de conquista en el Atlántico y en el Nuevo Mundo; jurisdicción española al oeste de la línea, jurisdicción portuguesa al este. En las Indias, ese meridiano cruzaba el saliente nororiental de Suramérica, y por eso Brasil fue para Portugal. Ahora bien, la Tierra es redonda; por tanto, esa misma línea, proyectada de norte a sur en el otro hemisferio, debía servir para delimitar jurisdicciones en el otro mar, en el Pacífico. Esto no se le había ocurrido a nadie en 1494 porque ni siquiera se había planteado la necesidad, pero el viaje de Magallanes y Elcano hizo que el nuevo océano entrara en el mapa. Y bien: ¿por dónde pasaba esa línea aquí, en el otro océano, en la otra cara del mundo? Hoy sabemos que la disputadísima línea coincide más o menos con el meridiano 140 este, que pasa entre Japón y el continente asiático y desciende hasta seccionar el extremo noroeste de Papúa y, después, partir Australia en dos. Ahora bien, a principios del siglo xvi nadie tenía claro esto (de hecho, ni siquiera se conocía la existencia de Australia). Tampoco había manera de medir la longitud geográfica; los navegantes se guiaban por la latitud. Por consiguiente, se abrió una justificada polémica sobre a quién correspondía el derecho a navegar por las islas Molucas.

España defendía su jurisdicción no solo sobre las Molucas, sino también sobre la península de Malaca, al sur de Malasia, que los portugueses habían conquistado en 1511. Los portugueses, como es fácil imaginar, no estaban en absoluto de acuerdo. Pero la corona española, quemando etapas, decidió crear en La Coruña una nueva Casa de la Contratación, distinta de la de Sevilla, para ocuparse concretamente de las Islas de las Especias. Era diciembre de 1522. Portugal protestó. Carlos I envió entonces dos emisarios a Lisboa con una propuesta: que cada corona armara dos buques, y los cuatro, como buenos amigos, viajaran a las Molucas para, mapa en mano, marcar los límites correspondientes a cada país. Como muestra de «buena voluntad», España ofrecía no reclamar las Molucas si Portugal, a cambio, renunciaba a Malaca, que sería para nosotros. Al César Carlos le gustaba jugar duro.

A Portugal no le hizo ni pizca de gracia que se pusiera en cuestión su monopolio sobre la Especiería, de manera que dijeron no a todo. Pero Carlos, tenaz, insistió en la vía diplomática. A los

portugueses no les quedó otra que mandar a Vitoria una comisión para negociar con los españoles. No se llegó a ningún acuerdo —cosa previsible—, pero se concertó una nueva reunión en febrero de 1524. Para España ya era una victoria: partiendo de cero —porque nada teníamos en aquellas islas lejanas—, se había conseguido que los portugueses aceptaran negociar. Se haría alternativamente en Badajoz y en Elvas. La cosa prometía.

Lamentablemente, no se fue más allá. Carlos I envió a esa reunión lo mejor que tenía: Hernando Colón, hijo del descubridor; Juan Sebastián Elcano, el gran navegante; fray Tomás Durán, eminencia teológica; el jurista Salaya, el cosmógrafo Pedro Ruiz de Villegas y el cortesano Simón de Alcazaba, portugués al servicio de España (el mismo que después viviría la trágica aventura en el Cono Sur que hemos contado ya). Los portugueses empezaron recusando a Alcazaba, precisamente por portugués, y a fray Tomás Durán, que había sido predicador del rey de Portugal. Las sesiones se abrieron disputando por estas cuestiones de procedimiento y terminaron sin acuerdo posible. El 31 de mayo de 1524 se dieron las conversaciones por fracasadas. «Si queréis rascar algo en la Especiería —vinieron a decir los portugueses—, probad a venir». «Descuidad, que para allá iremos», vinieron a decir los españoles. Conste que el desencuentro no impidió que al año siguiente, 1525, el rey de Portugal, Juan III, se casara con la hermana de Carlos, Catalina, y que el propio Carlos desposara inmediatamente después a la hermana de Juan, la hermosísima Isabel de Portugal. A veces el matrimonio es la prolongación de la política por otros medios. Y suele resultar mucho más grato que la guerra.

Pero, mientras tanto, ¿qué hacer con las Molucas? Ir, por supuesto. Ya conocíamos el camino. El rey Carlos tenía previsto el viaje desde varios años atrás. Los preparativos se habían detenido por la negociaciones con Portugal, pero, rotas las conversaciones, solo restaba zarpar cuanto antes. La armada: 7 barcos y más de 450 hombres. Su jefe: el caballero García Jofre de Loaísa. Iban a emprender una de las singladuras más arriesgadas de todos los tiempos, atravesando aguas de cuyos vientos y corrientes apenas se sabía nada. Ellos serían los pioneros de la conquista del Pacífico.

La épica expedición de García Jofre de Loaísa

Caballero de la Orden de San Juan, nada menos (la que después sería Orden de Malta). Comendador de Barbales. Y descendiente de Godofredo de Bouillon, primer regente del Reino de Jerusalén. Eso era el caballero García Jofre de Loaísa, nacido en Ciudad Real hacia 1490 y muy vinculado con la elite del reino. No se sabe con certeza, pero parece que García, como caballero de su orden, traía intensa experiencia bélica en el Mediterráneo: los turcos acababan de echar a los cruzados de Rodas —por eso el emperador les dio Malta, cuyo nombre tomarían— y hay que suponer que nuestro hombre habría combatido en cualquiera de aquellos lances. Pero si el emperador pensó en él no fue por sus cualidades náuticas o bélicas, sino porque era de sangre noble, lo cual le confería una inmediata superioridad jerárquica sobre el conjunto de los expedicionarios (algo muy importante en aquel tiempo), y porque se precisaba de alguien que, además de pelear y navegar, supiera poner en pie una gobernación.

¿Qué tenía que hacer el frey Jofre en las Molucas? El rey Carlos lo dijo muy claro en la orden firmada el 5 de abril de 1525: «Vos habéis de quedar en las dichas islas para tener la gobernación de ellas: y asimismo vos nombramos por nuestro Gobernador y Capitán General de las dichas islas del Maluco, e hayáis y tengáis la nuestra justicia cevil e criminal en la dicha armada, y en las dichas islas e tierras de Maluco, así de naturales dellas, como de otras cualesquier personas, así de nuestros reinos e señoríos, como de fuera dellos que en ellas estuvieren». En plata: la armada del frey Jofre iba a invadir y conquistar un país. Unos pocos barcos volverían a España cargados de especias y el grueso del grupo, con Jofre a la cabeza, permanecería en las islas. Ese era el plan. La orden especificaba que la flota debía abstenerse de cualquier acción hostil en territorio portugués. ¿Y las Molucas no eran portuguesas? Según la orden, no: «Mis islas del Maluco», dice literalmente el texto de Carlos I. No dejaba de ser una hipocresía, pero la política es así y, por otro lado, es verdad que los españoles estaban convencidos de que aquello, por la línea de Tordesillas, era suyo.

La armada zarpó al alba del 24 de junio de 1525 con sus siete barcos. La capitana, con el frey Jofre, era la *Santa María de la Victoria*. Para este viaje se había recuperado nada menos que al glorioso Juan Sebastián Elcano, que iba a llevar la voz cantante en las juntas de capitanes y cuyo concurso tenía que ser decisivo para cruzar el estrecho de Magallanes, pues ya lo había hecho una vez. Elcano, que enroló en la aventura a tres de sus hermanos, mandaba la *Sancti Spiritus*. Con ellas formaban la *Anunciada* de Pedro de Vera, la *San Gabriel* de Rodrigo de Acuña, la *Santa María del Parral* de Jorge Manrique de Nájera, la *San Lesmes* de Francisco de Hoces y el ligero patache *Santiago* al mando de Rodrigo de Guevara, cuñado de Elcano. Todas las naves habían sido especialmente artilladas para la ocasión. A bordo, cerca de 500 hombres bien armados con ballestas y arcabuces. Entre la marinería, mucho vasco y mucho gallego. Y entre la tropa, además de cántabros, andaluces, vascos y gallegos, algunos italianos y flamencos. Los barcos iban repletos no solo de munición y víveres, sino también de mercaderías para comerciar con los nativos.

La crónica de cualquier navegación a principios del xvi es inevitablemente una sucesión de obstáculos. Temporales que parten mástiles, reparaciones sobre la marcha con mar gruesa, hombres literalmente aspirados por las aguas embravecidas, barcos que se pierden de vista por haber cogido

mal un viento, avistamiento de enemigos, largas calmas que inmovilizan a las naves, pudren los alimentos y machacan a los marineros... Todo eso les pasó a los de la flota de Jofre de Loaísa. El 18 de agosto, con mar gruesa, se rompió el mástil de la capitana. En plena reparación, entre olas que parecían montañas, el barco se fue de rumbo y embistió a la *Santa María del Parral*, con los consiguientes daños. Después apareció un barco que parecía francés, es decir, enemigo, y al que se persiguió hasta descubrir que era portugués; la captura dio lugar a una enojosa pelea entre dos capitanes... españoles. Bordeando las costas africanas entraron en zona de calmas: tardaron un mes y medio en recorrer 150 desesperantes leguas. Fue para terminar en una isla desierta o, más bien, abandonada, porque había esqueletos humanos por todas partes: un viejo establecimiento esclavista portugués. San Mateo, la llamaron, en el golfo de Guinea. Allí al menos pudieron reparar los barcos y aprovisionarse de alimentos frescos. Era finales de octubre. Pasaban ya tres meses desde su partida y aún no habían cruzado el océano.

Al fin llegaron los alisios y la flota se hizo de inmediato a la mar. Las costas americanas surgieron en el horizonte a finales de noviembre. Era tierra brasileña, en la que no se podía hacer escala. La expedición navegó rumbo sur para llegar al Plata. Pero el 28 de diciembre, en medio de un enorme temporal, se perdieron de vista la capitana —el barco de Jofre— y la *San Gabriel*. Elcano toma el mando y se demora buscando a los desaparecidos. La *San Gabriel* aparece a los dos días, pero no se ve ni rastro de la *Victoria*. En el puerto natural del río Santa Cruz, en lo que hoy es el sureste de Argentina, se deja un mensaje para Loaísa; era el lugar convenido para hacerlo. La junta de capitanes decide seguir camino y enfilarse hacia el estrecho de Magallanes, por donde, al fin y al cabo, todos han de pasar. El mismo estrecho que Elcano había navegado ya.

Se equivocaron. En lugar de entrar por el estrecho de Magallanes, lo hicieron por el río Gallegos, unos pocos kilómetros más al norte. Los barcos encallaron. Les salvó la marea, que volvió a poner las naves a flote. Pero entretanto Elcano había enviado algunos hombres en una chalupa a reconocer el terreno; cuando la mar subió y empujó a los barcos, los exploradores no pudieron alcanzarlos y quedaron solos en aquellos parajes. Náufragos.

Elcano dio con el estrecho esa misma noche, 14 de enero de 1526. Ni mucho menos estaban salvados. Se desató un temporal feroz que dispersó a varios barcos e hizo encallar a la *Sancti Spiritus* pese a sus cinco anclas. La nave de Elcano acabó destrozada en las rocas. El capitán manda entonces a unos pocos hombres a buscar a los náufragos del río Gallegos. En el equipo de rescate marcha un jovencísimo guipuzcoano que dejaría crónica detallada de su aventura y del que volveremos a hablar: Andrés de Urdaneta. En medio de vientos brutales y un frío insoportable —a pesar del verano austral—, la expedición trata de orientarse. En pocos días todos los barcos van encontrando refugio a lo largo de los 250 kilómetros que separan el río Santa Cruz del cabo de las Once Mil Vírgenes y la entrada al estrecho. Aprovechando las calmas para navegar arriba y abajo, unos se van dando noticia a otros. El 31 de diciembre la *Victoria* se había encontrado con la *San Gabriel*. Ambas enfilaron hacia el puerto de Santa Cruz, donde hallaron el mensaje de Elcano. El 24 de enero avistaron al patache *Santiago* y, enseguida, a los náufragos de Urdaneta en el río Gallegos. El día siguiente se reunía toda la expedición en el cabo de las Vírgenes. Milagroso.

La primera prueba está superada, pero han de venir más retos y mucho más duros. Para empezar,

hay que cruzar el estrecho. Con la mar agitada, la simple visión del estrecho da pavor: uno teme que el primer golpe de viento estampe al barco contra las rocas. Los hombres de la *Anunciada* flaquean hasta el punto de que Elcano tiene que ir en persona a insuflarles ánimos. Mientras tanto, la capitana, la *Victoria*, sufre lo indecible y empieza a romperse; hay que detenerse y reparar sus desperfectos, que son muchos. Otro de los barcos, la *San Lesmes*, desaparece de repente empujada por el temporal; volverá a los pocos días con una noticia sorprendente: el viento ha llevado la nave a mar abierto, donde acaba la tierra. Es la primera vez que un barco llega hasta el cabo de Hornos, el extremo sur del continente americano.

La *Anunciada*, presa del pánico, termina desertando. Su capitán, Pedro de Vera, ha concebido la loca idea de separarse de la expedición y llegar a las Molucas por el cabo de Buena Esperanza, o sea, por el sur de África, la ruta portuguesa. Nunca más se sabrá de ellos. Era el 10 de febrero. Por idénticas razones deserta también la *San Gabriel*. Rodrigo de Acuña, su capitán, más práctico que Vera, busca otro camino: llegar a Brasil, cargar mercancías y regresar a España. Mal paso: una flotilla francesa se interpone en su ruta, Acuña intenta negociar y termina preso; la tripulación, sin embargo, resiste a los franceses y logra poner rumbo a España. Llegará a Bayona el 28 de mayo.

Con la *Sancti Spiritus* deshecha, la *Anunciada* hundida en algún lugar entre los cabos de Hornos y de Buena Esperanza y la *San Gabriel* fugada al Brasil, la armada de Jofre de Loáisía ha quedado reducida a cuatro barcos. Y los cuatro en malas condiciones. Todos los esfuerzos se aplican a preparar las naves para el cruce del estrecho. La operación llevará semanas. Hasta bien entrado abril no consiguen hacerse de nuevo a la mar.

El paso del estrecho de Magallanes, con barcos del siglo xvi, es por sí mismo una proeza. Se trata de un laberíntico pasillo de unos 560 kilómetros de longitud, lleno de entradas y falsas salidas, flanqueado por acantilados imponentes y expuesto a un clima imprevisible. Los barcos de Loáisía recorren lentamente el paso. La ruta es tan peligrosa que hay que mandar por delante un barco —el patache *Santiago*— para ver si el camino está despejado y esperar a su regreso para poder avanzar. Cada vez que el temporal arrecia, es preciso buscar refugio; con frecuencia no hay otra opción que volver atrás hasta que el cielo amaine. En el trayecto, un incendio fortuito en la capitana, un amago de ataque de indios patagones, plagas de piojos a bordo (cuenta Urdaneta que uno de los marinos murió ahogado por los parásitos) y mil calamidades más. El 26 de mayo consiguen salir por fin a la isla Desolación, el anuncio del Pacífico. Han tardado cuarenta y ocho días en cruzar el estrecho.

Épico. Pero aún quedaba lo más difícil: cruzar el Pacífico hasta las Molucas. En línea recta son casi 15.000 kilómetros. A Magallanes y Elcano, en su viaje anterior, les costó cuatro meses prácticamente sin escalas. Y eso porque tuvieron (relativamente) buen tiempo. A la armada de García Jofre de Loáisía le espera peor suerte. Desde el mismo momento de su salida a la mar del Sur se suceden los temporales. El 31 de mayo la mar se ha hecho tan difícil que los barcos ya no pueden navegar juntos. Tres días después parece que el agua se los va a tragar. Injuriada por las tempestades, la flota se divide. La armada ya no existe.

El patache *Santiago* tiene que afrontar una situación espantosa: se ve solo en el mar, lleva más tripulación de la que cabe y sus provisiones están en la *Victoria*, con la que se ha perdido todo contacto; si permanece en ruta, todos perecerán de hambre. Al capitán Guevara no le queda otra

salida que poner rumbo norte y, aprovechando la corriente, tratar de llegar a Nueva España. Lo conseguirá: el 25 de julio de 1526, al borde de la inanición, hará puerto en Tehuantepec. También la *San Lesmes* desaparece, pero, en este caso, para siempre. Nunca más se supo de ella. Dos siglos más tarde se descubrirá una gran cruz cerca de Tahití, algunos cañones en islas cercanas y, asimismo, sorprendentes rasgos europeos —ojos azules, cabello rubio, piel clara— en ciertas familias indígenas. ¿Era la huella de los náufragos de la *San Lesmes*? Hubo un tercer barco fuera de ruta: la *Santa María del Parral*. Este logrará llegar a las islas Célebes, muy cerca de su destino, pero dos marineros se amotinan y asesinan al capitán. La tripulación será atacada por los nativos, que matarán a muchos y esclavizarán a otros.

La selección ejecutada por el océano fue brutal. Solo quedaba en ruta la capitana, la *Victoria*, con García Jofre de Loáisa, Elcano, Urdaneta y hasta 145 hombres. El calvario de esta gente iba a ser inenarrable. El barco andaba con el codaste quebrado y otros serios desperfectos, de manera que era preciso repararlo permanentemente en alta mar. A los pocos días, la falta de alimentos frescos desencadenó el inevitable escorbuto, que empezó a hacer estragos. Hasta 40 tripulantes morirán por su causa. «Toda esta gente que falleció —escribe Urdaneta—, murió de creerse las encías en tanta cantidad que no podían comer ninguna cosa y más de un dolor de pechos con esto; yo vi sacar a un hombre tanto grosor de carne de las encías como un dedo». El jefe de la expedición, García Jofre de Loáisa, muere enfermo y agotado el 30 de julio de 1526. Queda al mando Juan Sebastián Elcano, pero el héroe de la primera circunnavegación del globo sigue el mismo camino el 6 de agosto. En medio del océano Pacífico.

Lo asombroso es que la *Victoria*, al mando ahora de Salazar, terminó llegando a su destino. El 4 de septiembre ven al fin tierra: las islas de los Ladrones, hoy llamadas Marianas. Tratan de acercarse a su costa. En plena maniobra, una muchedumbre de canoas indígenas se precipita sobre el barco. Los nuestros se aprestan a la defensa. Y entonces de las canoas, de entre los indios desnudos, surge una voz que, en perfecto español y con acento gallego, exclama: «¡Buenos días, señor capitán y maestro y buena compañía!». Era Gonzalo de Vigo, único superviviente de los desertores de la *Trinidad*, el barco que había quedado preso en la expedición de Magallanes, cinco años atrás. El tal Gonzalo pidió «seguro real», es decir, perdón por su delito, a cambio de guiar a los nuestros y procurarles alimentos. Se le dio el seguro, por supuesto.

El 10 de septiembre vuelven a la mar. El gallego Gonzalo va con ellos. Hay que elegir a un nuevo capitán porque Salazar tampoco sobrevive a los estragos del paso del océano. Dos hombres, Martín Íñiguez de Zarquizano y Bustamante, pelean por el puesto. Íñiguez se impone. El 6 de octubre están en Mindanao, donde consiguen un pacto con los nativos que a los pocos días se convierte en conflicto. El 22 de octubre de 1526 recalán en Talao, en las Célebes. Y una semana después, al fin, su objetivo: la isla de Gilolo, en las Molucas. Habían tardado quince meses. De los siete barcos solo quedaba uno, y destrozado. De los casi 500 hombres que partieron, no llegaron vivos a destino más que 105.

La guerra de la mar del Sur

A los supervivientes les esperaba una peripecia extraordinaria. Llegados a las Molucas en las condiciones descritas, se toparon con los portugueses que, naturalmente, les instaron a rendirse. Pero los nuestros contestaron que de ninguna manera, que aquellas eran islas de su rey, y así empezó una guerra local que iba a prolongarse por más de dos años. Ojo al paisaje: poco más de un centenar de españoles, exhaustos y macilentos, perdidos en los antípodas y sin expectativas de socorro, declaraban la guerra a Portugal. Era enero de 1527.

Los portugueses habían organizado su dominio en las Molucas por el habitual procedimiento de entrar en las querellas del país, que eran muchas y cruentas, tomando partido por uno de los bandos, el del sultán de Ternate, y apoyándose en él para controlar la zona. Los españoles, como era de esperar, fueron requeridos por el bando contrario, el del sultán de Tidore, que los acogió como a redentores, y los nuestros se dejaron querer porque, al fin y al cabo, para eso habían ido allí. Durante meses, incluso años, iban a sucederse los choques entre los portugueses y sus moluqueños y los españoles y los suyos. Los portugueses eran más y estaban en sus territorios, de manera que pudieron movilizar cuantiosos recursos de las islas cercanas. Pero los españoles, empujados por la necesidad, llegaron incluso a construir una galera para combatir a sus enemigos.

La crónica de aquella singular guerra, que conocemos sobre todo gracias a Urdaneta, es asombrosa. Portugueses y españoles tratan de mantener un combate civilizado —según lo que en la Europa de aquel tiempo se entendía por tal—, pero los nativos se matan entre sí con una saña espectacular, y no pocas veces, después de un choque, los ibéricos abandonarán el campo por no ver lo que hacían sus aliados. A todo esto, los portugueses siguen intentando por todos los medios expulsar de allí a los españoles, lo mismo echando veneno en el agua que metiendo espías en el campamento de los nuestros, pero todo será inútil. En medio del caos, el capellán español se confiesa con el portugués y uno y otro se intercambian confidencias que, después, pasan al campo propio, generalmente para evitar males mayores. Y así, casi tres años. Ni unos ni otros podían saber que, mientras tanto, al otro lado del mundo, España y Portugal enlazaban a sus casas reales y los dos países se preparaban para una larga paz.

En plena refriega apareció un barco español: lo mandaba Álvaro de Saavedra, venía desde Nueva España y lo había enviado Hernán Cortés por orden del propio rey Carlos, que no iba a abandonar a los suyos en islas tan lejanas. La corona había expedido ya otra expedición que podría haber prestado socorro: la de Sebastián Caboto, pero este, como hemos visto páginas atrás, prefirió quedarse en el Plata. Por eso hubo que recurrir a Cortés, que no perdía ocasión de dejar su firma. Y el conquistador encargó la misión al mejor marino que tenía: su primo Saavedra, que ya había explorado la costa del Pacífico desde México hasta Panamá.

Lo de Saavedra también fue impresionante: nadie había cruzado nunca antes el Pacífico desde México (nadie, al menos, que hubiera vuelto para contarlo). Los conocimientos sobre corrientes y vientos en aquellas aguas eran mínimos. Aun así, aquel hombre se hizo a la mar con tres barcos. Solo llegó uno, el *Florida*, mandado precisamente por el propio Saavedra. Se detuvo en las islas Célebes, descubrió y apresó a los amotinados de la *Santa María del Parral* —les esperaba la horca—, enfiló

a las Molucas y allí encontró a los nuestros después de un viaje de 15.000 kilómetros. Era el 27 de marzo de 1528.

La llegada del *Florida* alivió ostensiblemente a los españoles de las Molucas, que pudieron disponer de abundante munición, armamento, utillaje y víveres. Poco más, porque la misión de Saavedra era hallarlos, no meterse en una guerra local cuya razón desconocía. Después de tres meses de descanso, el *Florida* cargó 70 quintales de clavo y se hizo a la mar con el propósito de regresar a Nueva España. Otra aventura, porque nadie había recorrido nunca el camino de vuelta, el «tornaviaje», como se le llamaba. Saavedra lo intentó una primera vez y, después de cinco meses de lucha con la mar, los vientos le devolvieron al punto de partida. Lo intentó una segunda vez y fue a parar a Hawai; cuando quiso salir de allí, la mar le empujó otra vez a las Molucas. Saavedra murió en estos afanes, en alta mar. En diciembre de 1529 el *Florida* acababa de volver de su segundo intento fallido y buscaba a los nuestros en las Islas de las Especias. Fue entonces cuando los hombres de Saavedra se enteraron de lo inevitable: la guerra de la mar del Sur —una guerra que ni España ni Portugal declararon oficialmente jamás— había terminado. Y con victoria portuguesa.

Los nuestros, sencillamente, no pudieron más. Apenas quedaban 50 hombres. Los portugueses, por el contrario, recibían continuamente refuerzos de las plazas cercanas. En el ánimo de los españoles estaba resistir hasta el final, pero he aquí que Bustamante, aquel que quiso ser jefe y no pudo, decidió rendirse con su destacamento (37 españoles) y, aún peor, pasar al servicio de Portugal, de manera que la tropa restante, 17 hombres repartidos en dos secciones, se vieron en una tesitura imposible. Los portugueses ofrecieron respetar sus vidas y repatriarlos a España. Muchos desertaron. Otros se entregaron. Una de aquellas secciones que no se quisieron rendir la mandaba el joven Urdaneta.

A Urdaneta y sus amigos les aguardaba una auténtica odisea. Cautivos pero no presos, tuvieron que permanecer en su isla antes de ser trasladados a Cochín y finalmente a Goa. Ya solo quedaban 24 supervivientes. Urdaneta se gana la vida como comerciante entre pueblos nativos. Va de un lado a otro con una niña en brazos: una india le ha dado una hija mestiza. Mientras busca dinero para su viaje y alimentos para la niña, va tomando cuidadosa nota de sus propias mediciones: Urdaneta está haciendo su mapa de las Indias Orientales. Finalmente los supervivientes logran embarcarse hacia Europa. Llegarán a Lisboa el 26 de junio de 1536. ¡Once años después de su partida! A Urdaneta, nada más poner un pie en la capital portuguesa, le incautarán todos sus apuntes y documentos. Pero el sabio guipuzcoano lo tenía todo en su cabeza. Y no tardará en contárselo a quien se lo tenía que contar. ¿A quién? Al emperador, por supuesto.

Urdaneta pasó de Portugal a Valladolid. Se presentó ante el Consejo del rey en la corte. Allí contó todo lo que había anotado. Incluso los derroteros de Loaísa y Elcano, incautados por los portugueses, pero que él había aprendido de memoria. Nadie sabe dónde había estudiado Urdaneta —eso sigue siendo un misterio—, pero aquel guipuzcoano de Villafranca de Ordicia que aún no contaba treinta años dejó boquiabierto al Consejo del rey. Tan valiosas fueron las informaciones proporcionadas, que el consejo le otorgó una recompensa de 60 ducados de oro. De sobra para volver a su pueblo... con su hija mestiza.

La corona, mientras tanto, había llegado a acuerdos muy concretos con Portugal sobre la

jurisdicción de las Molucas. El emperador necesitaba dinero —como siempre—, de manera que renunció a sus derechos sobre la Especiería a cambio de una fuerte indemnización que Portugal pagó sin rechistar: 350.000 ducados de oro, es decir, 131 millones de maravedíes. Que Portugal se aviniera al trato da una idea de cuánto valían las Molucas. En cuanto a España, los proyectos sobre las islas de Oriente quedaban aplazados sine die.

Y por lo que respecta a Urdaneta, anduvo un par de años en Ordicia hasta que la sangre aventurera le apretó de nuevo. En Valladolid trabó conocimiento con Pedro de Alvarado, que volvía de su fallido intento en Quito y ya había concebido nuevas empresas donde depositar sus energías. Cuando Alvarado preparó su retorno a las Indias, Urdaneta dejó en Ordicia a su mestiza y se enroló en la expedición. El 16 de octubre de 1538 zarpaban todos de Sevilla. Ninguno podía imaginar cómo iba a acabar esta nueva aventura.

Legazpi y Urdaneta: los primeros de Filipinas

Alvarado quería más gloria. El horizonte de las Islas de las Especias le resultaba particularmente atractivo, como a todos. ¿Y no habíamos quedado en que aquello pertenecía a Portugal? Sí, pero no del todo. Los tratados con Portugal —el de Zaragoza, en particular— delimitaban claras líneas en lo tocante a las Molucas, pero allí había muchas más islas y, sin duda, podrían ser tan ricas como ellas en especias. En concreto se apuntaba a un archipiélago aún apenas conocido: las llamadas islas de Poniente o de San Lázaro, que tal había sido el nombre que Magallanes les dio. Hoy las conocemos como Filipinas, pero a la altura de 1540 no eran más que un vacío en el mapa. Uno más.

El conquistador preparó su propia expedición a las misteriosas islas de Poniente desde los puertos de México. Alvarado no llegó muy lejos porque de inmediato fue requerido para sofocar aquella rebelión indígena en la que se dejó la vida, como vimos páginas atrás. Pero su idea la recuperó el virrey de Nueva España, Mendoza, que enseguida puso manos a la obra. En noviembre de 1542 partía una flota de seis barcos al mando del noble malagueño Ruy López de Villalobos y de su segundo, el sevillano Guido de Lavezaris.

Lo que Villalobos tenía que hacer era explorar rutas comerciales. Hay que decir que el viaje de ida, dentro de las duras condiciones habituales, resultó relativamente exitoso: en febrero de 1543 estaban en Mindanao. Otra cosa fue tratar de sobrevivir en aquellas islas, porque las únicas referencias fiables remitían a las Molucas, es decir, un territorio que legalmente les estaba vetado. En las Molucas precisamente recibieron la inevitable queja del gobernador portugués, que conminó a los nuestros a abandonar la zona. Pero el hecho es que no podían hacerlo, porque cada vez que ponían rumbo norte se veían desviados por los vientos. Llegaron a tocar Leyte y Samar, dos de las islas de Poniente. Las bautizaron *Filipinas* en honor del príncipe Felipe (el futuro Felipe II). Pero Villalobos fue incapaz de establecer allí asentamiento alguno por el desconocimiento del terreno y la hostilidad de los nativos, de manera que, una vez más, se vio obligado a volver a las Molucas. Allí toda la tripulación fue apresada por los portugueses y encerrada en la isla de Amboina. El segundo, Lavezaris, y otros 117 conseguirán arreglárselas para volver a España... ¡cuatro años después! Villalobos, enfermo, no lo soportará: en aquel mismo abril de 1544 moría de unas fiebres. En su lecho de muerte le confortó un jesuita navarro que misionaba en aquellas tierras: San Francisco Javier.

¿Se olvidó el asunto de las Islas de las Especias? No. En los años sucesivos los españoles habían multiplicado sus bases en el Pacífico americano. Al margen de las Molucas, el Oriente seguía siendo un emporio comercial. Las rutas de China y Cipango (el Japón) no estaban prohibidas por tratado alguno; era posible establecer relaciones mercantiles con aquellos reinos. Solo hacía falta llegar hasta allí. La idea no va a abandonar nunca a la corona española. Tampoco a los de la Nueva España, donde desde 1550 ya no gobernaba Mendoza, sino Luis de Velasco. A la altura de 1559, el virrey Velasco escribe a Felipe II sometiéndole el proyecto de explorar una vez más el Pacífico hasta aquellas islas de Poniente que ya se llaman Filipinas. Y el 24 de septiembre de ese año, el rey en persona da luz verde:

Os mando (...) que para hacer dichos descubrimientos, enviéis dos naos del porte y manera que con la gente de allá pareciere, que procuren traer alguna especiería para hacer el ensayo de ella y se vuelvan a esa Nueva España para que se entienda si es cierta la vuelta (...). Daréis por instrucción a la gente así enviáredes que en ninguna manera entren en las islas de los Molucos porque no se contravengan al asiente que tenemos tomado con el Serenísimo Rey de Portugal.

Prudente, el rey Felipe. Pero la puerta estaba abierta.

Lo más notable es que, entre sus recomendaciones, el rey hace ver que tiene especial interés en que en la expedición participe un viejo conocido nuestro: Andrés de Urdaneta. ¿Qué había hecho Urdaneta desde su retorno a Nueva España? Un poco de todo: administrador colonial, supervisor de expediciones náuticas, corregidor... Nunca había abandonado la idea de volver a la mar del Sur. Más aún: empezaba a tomar forma en su cabeza un posible camino de vuelta, que era precisamente, como hemos visto, el gran problema de aquellas exploraciones. En cuanto volvieron a Nueva España los misioneros agustinos que acompañaron a la flota de Villalobos, Urdaneta quiso conversar con ellos. El resultado fue sorprendente: Andrés de Urdaneta profesó como monje agustino en 1552. Sorprendente con los ojos de hoy, pero no con los de una España que vivía persuadida de estar protagonizando una cruzada.

En todo caso, y aunque clérigo, Urdaneta seguía siendo una eminencia en materia náutica. Felipe II escribió a nuestro monje navegante y, con enorme cortesía, le dio la orden de partir:

Devoto Padre Fray Andrés de Urdaneta, de la orden de Sant Agustín: Yo he sido informado que vos, siendo seglar, fuisteis en la Armada de Loaísa y pasasteis al estrecho de Magallanes y a la Especiería, donde estuvisteis ocho años en nuestro servicio. Y porque ahora Nos hemos encargado a Don Luis de Velasco, nuestro Virrey de esa Nueva España, que envíe dos navíos al descubrimiento de las islas del Poniente, hacia los Malucos, y porque según de mucha noticia que diz que tenéis de las cosas de aquella tierra y entender, como entendéis bien, la navegación della y ser buen cosmógrafo, sería de gran efecto que vos fuésedes en dichos navíos, así para la dicha navegación como para servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro. Yo vos ruego y encargo que vayáis en dichos navíos y hagáis lo que por el dicho Virrey os fuere ordenado, que además del servicio que haréis a Nuestro Señor yo seré muy servido, y mandaré tener cuenta con ello para que recibáis la merced que hobiere lugar. Yo, el Rey.

No era cosa de decir que no al rey, y menos que nadie el guipuzcoano Urdaneta, que era un buen fraile, un buen marino y un devoto súbdito de Su Majestad. De manera que Urdaneta habla con el virrey Velasco y, juntos, planifican la expedición. Hay que fletar barcos, aprovisionarlos, llegar a las islas de Poniente, sentar bases, cerrar el camino a los portugueses y, de paso, rescatar a los supervivientes de todas las expediciones anteriores. El de Ordicia volvía a la aventura.

Ahora la gran cuestión es esta: ¿a quién poner al frente de semejante programa? El virrey no puede ser; es el virrey. Además, Velasco va a morir enseguida; luego se averiguará que había gastado la mayor parte de su fortuna en ayudar a los indios y a los pobres. En cuanto a Urdaneta, es un fraile, no un jefe de hueste; la orden del rey está clara, pero no dice que sea él quien mande la expedición. Es el propio Urdaneta quien propone el nombre de un importante patricio de Nueva España, pariente suyo, guipuzcoano también: Miguel López de Legazpi.

¿De dónde había salido este Legazpi? De las oficinas, curiosamente: no era un guerrero ni un explorador, sino un escribano, un funcionario real. Había nacido en Zumárraga, segundón de una

familia hidalga. Estudió leyes y gracias eso desempeñó cargos públicos desde muy joven: concejal de Zumárraga, escribano mayor de Areria... Con cuarenta años marchó a México para seguir su carrera administrativa: directivo de la Casa de la Moneda, alcalde mayor de la ciudad de México... Para entonces ya es un hombre muy maduro: está cerca de los sesenta años, tiene nueve hijos y es considerablemente rico. En la mentalidad contemporánea, sería la persona menos adecuada para una empresa tan arriesgada. Pero la mentalidad de entonces era otra: Legazpi era fiel servidor del rey, luego todos estaban seguros de que cumpliría con su deber; era un hombre con autoridad natural, luego sería lógico esperar que la hueste le obedeciera; era un funcionario público, un político, que sabría desempeñarse entre reyezuelos nativos y hostiles portugueses en una zona conflictiva; era rico, de modo que podría financiar la empresa, y además acababa de quedarse viudo, con lo que no tendría obstáculos familiares. El propio Legazpi debió de verlo así: nadie mejor que él para afrontar el proyecto. Gente arrojada, aquella.

Dicho y hecho: Legazpi vende todos sus bienes —menos su palacio mexicano— para financiar la expedición. El rey le nombra «almirante, general y gobernador de todas las tierras que conquistase». Fleta 5 barcos y enrola a unos 350 expedicionarios. Urdaneta va como piloto. Legazpi escoge a dos hombres de confianza: su nieto Felipe de Salcedo y el artillero Martín de Goiti. Sus órdenes son estrictas: nada de personal superfluo, estricto racionamiento de víveres, instrucción expresa de tratar bien a los nativos... Es el 21 de noviembre de 1564 cuando ese hombre de casi sesenta años hace bendecir la bandera y los estandartes y zarpa del puerto de Barra de Navidad, en Jalisco, con destino a la primera gran aventura de su vida.

Lo que asombra de Legazpi, a partir de este momento, son sus dotes naturales de gran capitán. Impone a la tripulación una disciplina muy estricta en dos cuestiones: guerra sin cuartel a los piratas y ladrones, respeto absoluto a los nativos. Cruzan el Pacífico, tocan las Marianas y la isla de Guam, después las islas de Poniente, las Filipinas. Su método es el mismo en todas partes: desembarcan, compran alimentos a los nativos y toman posesión de la tierra en nombre del rey, normalmente de acuerdo con los jefes locales. Legazpi no saca partido solo de las luchas entre tribus enemigas, sino también de la hostilidad que los nativos profesan a los portugueses; frente al tipo de dominación portugués, bastante depredador, los españoles ofrecen protección y un trato más respetuoso. Urdaneta constata que ha acertado plenamente al escoger al veterano Legazpi como jefe de la expedición. En una de sus cartas al rey, el fraile marino había hablado así de Legazpi a Felipe II:

El virrey don Luis de Velasco ha nombrado por general para esta jornada a Miguel López de Legaspi, natural de la provincia de Guipúzcoa e veçino desta çidad donde ha sido casado y al presente está viudo, e tiene hijos ya hombres e hijas casadas que tienen ya hijos, y tiene otras hijas ya mujeres para podellas casar. Es de edad de más de çinquenta años, es hijodalgo conocido, honrado e virtuoso e de buenas costumbres y ejemplo, de muy buen juicio e natural, cuerdo y reportado, e hombre que ha dado siempre buena cuenta de las cosas que se le han encomendado del serviçio de Vuestra Majestad. Espero en Dios que ha de ser muy açeptado en quél vaya por caudillo de la jornada.

Todas esas dotes que Urdaneta describe salen a la luz en Legazpi ante cualquier situación. La más delicada es sin duda la llegada a la isla de Cebú, viejo escenario de tragedias. Estamos ya en mayo

de 1566. *La Capitana*, el barco de Legazpi, ha fondeado frente a la isla, en el centro del archipiélago filipino. Una canoa se acerca. Lleva a bordo a dos jefes nativos cubiertos de adornos y plumas, escoltados por guerreros fuertemente armados. Son el rajá Tupas, rey de Cebú, y su aliado el Tamuñán. Gente inquietante: este Tupas es hijo del mismo que unos años antes había matado a treinta hombres de Magallanes en un banquete trampa; el propio Tupas ha intentado combatir con Legazpi. El vasco, templado, ha propuesto la paz dos veces; a la tercera, ha recurrido a la artillería de sus barcos. Ahora Tupas está vencido, pero Legazpi no quiere doblegarle, sino que le ha propuesto, una vez más, un acuerdo pacífico. Los nativos suben a *La Capitana*. Van a firmar el pacto. Se hará conforme a los usos locales. Sobre una mesa hay tres tazas. Los tres hombres, frente a frente — Legazpi, Tupas, Tamuñán—, sacan sus dagas y, lentamente, se dibujan un corte en el pecho hasta que brota la sangre. Es importante no manifestar dolor. Serenamente, cada cual vierte en la taza la sangre propia. Después, la sangre de los tres, junta, se mezcla con un chorro de vino. El vino se vierte en las tazas. Los tres hombres beben la mezcla. Así se firma el pacto de sangre. Y así nació el dominio español en aquellas islas. Las Filipinas.

Allí, en Cebú, decidió Legazpi sentar su base principal. ¿Por qué? En buena medida, por razones religiosas. Durante uno de los rifirrafes con los nativos, los hombres de Legazpi registran un poblado. Un soldado español —de Bermeo— descubre en una choza algo insólito: una imagen del Niño Jesús. Probablemente procedía de una expedición anterior. El hecho es que allí manda Legazpi construir un fuerte que será el primer asentamiento de España en Filipinas. Nacen la Villa del Santísimo Nombre de Jesús y la Villa de San Miguel (hoy, Ciudad de Cebú), donde Legazpi pone su base principal. La imagen será pronto conocida como Invención del Niño Jesús; hoy se venera en la iglesia que los agustinos construirían en la isla.

A partir de su base en Cebú, Legazpi va a organizar la expansión. Pero antes, siguiendo escrupulosamente las instrucciones de Felipe II, ha de asegurar el camino de vuelta, el anhelado «tornaviaje» que permitirá navegar desde las islas de Oriente hasta las costas americanas y cuya ruta precisa nadie antes había conseguido fijar. La misión queda encomendada a dos hombres: Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi, un mocetón de dieciocho años, y Urdaneta, por supuesto, que ve llegado el momento de comprobar si sus cálculos de tantos años son correctos.

El 1 de junio de 1565 zarpan de Cebú en la nao *San Pedro*. El 9 ya están en Pacífico abierto. Ponen rumbo nordeste. La nave cambia dos veces de latitud, primero al sur, luego de nuevo al norte. ¿Por qué? Porque es la única manera de calcular la longitud y Urdaneta necesita ese dato para encontrar lo que está buscando: la corriente de Kuro-Shivo, que le va a permitir atravesar el Pacífico. El 4 de septiembre Urdaneta calcula que se halla a 270 leguas del cabo Mendocino, en la costa de California. ¿Cómo lo sabe? Los números están en su cabeza. Y el cálculo es exacto: en quince días tienen ante los ojos la isla californiana de Santa Rosa. La tripulación está exhausta, pero Urdaneta ha calculado bien incluso la previsión de víveres. El 8 de octubre de 1565 la *San Pedro* amarraba en Acapulco. Urdaneta y Salcedo habían recorrido 20.000 kilómetros, 14.000 de ellos en océano abierto, en poco más de cuatro meses. Lo han conseguido. El acontecimiento se multiplica por dos: no solo hemos tomado pie en las Filipinas, sino que ahora, además, sabemos volver. Es una auténtica proeza náutica que iba a tener consecuencias decisivas.

De inmediato se plantea un problema ya no náutico, sino político. Las Filipinas, según la línea del Tratado de Zaragoza, corresponden a Portugal. Urdaneta, meticuloso con sus mediciones, lo subraya una y otra vez ante quien le quiera escuchar, empezando por la comisión que Felipe II ha mandado a Nueva España. Pero la corona no está dispuesta a dejar escapar la presa; al fin y al cabo, los portugueses no han puesto un pie en el archipiélago, lo cual bien puede considerarse como una cesión de hecho ante España. De manera que mientras Legazpi, en Filipinas, impone su autoridad sobre una revuelta de sus propios hombres y rechaza dos ataques de la escuadra portuguesa, Felipe II, en España, decide nombrar al viejo guipuzcoano gobernador y capitán general de las Filipinas y, además, le envía cuantiosos refuerzos: galeones, soldados, colonos, misioneros...

Legazpi ya es un anciano, pero en los años siguientes va a continuar dando muestras de energía y clarividencia. Organiza el sistema de encomiendas como en América, despliega el comercio con China, dispone metódicamente la ocupación, isla a isla, de todo el archipiélago filipino. A Salcedo, el nieto, y a Goiti, el artillero, les encomienda la conquista de Manila, que será cosa hecha en 1570. Buen administrador, Legazpi dispone un sistema de organización política basado en las instrucciones generales de Felipe II. Cada ciudad sería doble: una, intramuros, española; otra, extramuros, indígena; la gobernarían dos alcaldes, doce concejales y un secretario. En Manila instala su capital. Morirá Legazpi allí, en Manila, en agosto de 1572, apenas diez años después de haber zarpado de Jalisco. Un auténtico constructor de imperios.

¿Y Urdaneta? Volvió a su convento. Había hecho lo que tenía que hacer, que era abrir la ruta de retorno desde Asia, y había dicho lo que tenía que decir, a saber, que las Filipinas entraban en la zona portuguesa. Tras lo cual, y conforme a la prescriptiva humildad que debe acompañar a todo monje, se retiró de cualquier nueva aventura y vivió sus últimos años enseñando a los jóvenes novicios de San Agustín. Dios se lo llevó el 3 de junio de 1568, a los sesenta años de edad, en el convento mexicano al que había consagrado su vida.

Las Filipinas son 7.100 islas. Hasta entonces estaban habitadas por decenas de etnias distintas y enfrentadas a muerte. Hoy los historiadores filipinos reconocen que la llegada española supuso la pacificación del archipiélago. No hubo una mortandad como la americana porque la población filipina, a diferencia de la amerindia, no había vivido en un ecosistema cerrado, luego los virus importados por los europeos no tuvieron los letales efectos que en América. Y tampoco hubo una explotación como la de las Indias, porque los españoles ya habían sacado las consecuencias oportunas de su propia práctica imperial; de hecho, aquí los nativos jamás pagaron tributos a los españoles. Los misioneros se encargaron de mantener pacificados a los indígenas, acabando con las guerras tribales; la evangelización progresó velozmente. En poco tiempo el español se convirtió en lengua franca de los filipinos. Mientras tanto se extendía el uso de la rueda y el arado, y se creaban caminos, puentes, rutas estables de navegación. En 1611 los dominicos fundaron en Manila la primera universidad de Asia: la de Santo Tomás. El archipiélago se convirtió en centro de una vida comercial intensísima: aquí se centralizaba el tráfico con el Sudeste Asiático, que luego partía hacia México en la ruta del *Galeón de Manila*. Así el Pacífico se convirtió en el «lago español». Esa fue la gran obra de los guipuzcoanos Legazpi y Urdaneta.

Juan Fernández: una autopista en la mar del Sur

En medio del Pacífico sur hay un archipiélago que se llama Juan Fernández, donde naufragó Robinson Crusoe. ¿Y quién era Juan Fernández? Un español que en el siglo xvi encontró una ruta para acortar el viaje entre Perú y Chile venciendo la fortísima corriente de Humboldt. Una verdadera autopista náutica. Si el hallazgo de Urdaneta revolucionó la navegación en el Pacífico norte, el de Fernández lo hizo en el Pacífico sur. Fue una hazaña extraordinaria. Pero es que, además, Juan descubrió nada menos que Nueva Zelanda.

Juan Fernández era un marino. Uno como tantos otros. Había nacido en Cartagena hacia 1528. Pasó a América muy joven, también como muchos otros, buscando lo mismo que los demás: fama, riqueza, posición. Tiene veintidós años cuando cruza por primera vez el mar. Se instala en Chile, territorio que en aquel momento, 1550, vive todavía las guerras de la conquista. Fernández encontró su sitio en la mar junto a un veterano: Juan Jufré, un vallisoletano que había participado en la primera expedición de Valdivia. Aquella expedición, feroz en muchos aspectos, encumbró a Jufré: primer alcalde de Santiago, combatiente en primera línea contra los indígenas, Jufré fue después designado para gobernar la provincia de Cuyo mientras ostentaba el empleo de alférez real del Cabildo de Santiago. Hombre de iniciativa, Jufré no se durmió en los laureles: invirtió sus ganancias, instaló un molino, compró barcos... En la flota de este Jufré hace su carrera Juan Fernández. Capitán y piloto mayor, Juan recorre incesantemente la costa occidental suramericana: ese es su trabajo.

La travesía desde Chile hacia el Perú es rápida: la corriente del Perú (la hoy llamada corriente de Humboldt) empuja a los barcos y permite cubrir el trayecto a gran velocidad desde el sur hacia el norte. Sin embargo, esa misma corriente se convierte en una pesadilla cuando se trata de hacer el trayecto en sentido inverso, es decir, norte-sur. De El Callao, en Perú, hasta Valparaíso, en Santiago, que distan entre sí 2.400 kilómetros, la travesía costaba nada menos que seis meses. Juan Fernández lleva quince años haciendo el trayecto Callao-Valparaíso-Callao. Conoce esas aguas como nadie. También conoce como nadie la pesada maldición de esa corriente, la del Perú, que eterniza los trayectos hacia el sur, que hace inútiles las velas y que obliga a detener la navegación de noche, amarrando el barco a la costa para no retroceder.

Estos marinos de la España del xvi no son poca cosa. Para obtener el título de piloto de Indias había que satisfacer los muy exigentes criterios de la Casa de la Contratación. No son exactamente científicos, cierto, pero sí técnicos de excelente nivel. Y además de eso, son hombres audaces que a su valentía añaden una gran inteligencia natural, mucha pericia y también muchas ganas de aprender. Se está abriendo el mundo. Prácticamente todo es virgen allí, lo mismo las tierras que los mares. Cada nueva información, cada nuevo descubrimiento, es una pieza más para añadir al puzle de un mundo que poco a poco va ofreciendo su rostro. Hay que estar atento a la menor información, al menor dato surgido en una taberna de puerto o en un salón de caballeros. Así Juan Fernández, el marino que navega para Jufré, se entera de algo importantísimo: hacia el oeste, lejos de la costa, los barcos pueden escapar a la corriente del Perú, esa irrefrenable fuerza que tanto ralentiza la navegación hacia Chile.

¿Cómo se ha enterado Juan Fernández? Parece que aquí tiene algo que ver un gran piloto, el

gallego Hernando de Lamero. Este Lamero es un fuera de serie. Criado en la mar, siguió siendo marino cuando pasó a América y pronto acumuló una hoja de servicios impresionante; entre otras cosas, se le encomendó el transporte del tesoro que los virreyes del Perú enviaban todos los años a Panamá en la Flota de Indias, de la que pronto hablaremos. Lamero, hombre muy perspicaz, había aplicado toda su inteligencia al descubrimiento de la mar apuntando minuciosamente los regímenes de vientos y mareas según las estaciones. Fue probablemente de labios de Lamero como nuestro Juan Fernández conoció aquella posibilidad inesperada: era posible vencer a la corriente.

Un día de 1564, Juan decide probar suerte: la corriente —esa que luego recibirá el nombre de Humboldt— obliga a navegar pegado a la costa, pero ¿y si probáramos a navegar algo más mar adentro? Juan no navega a ciegas, porque por aquella misma ruta marcharon Elcano y Magallanes hacia las Filipinas, y después los de García Jofre de Loaísa, y además Lamero ha medido los vientos, pero, con todo, la aventura es considerable: por aquellas latitudes hay muchas aguas inexploradas y, sobre todo, hay que estar seguros de que será posible volver, de que la mar no empujará el barco demasiado a occidente. Juan necesita para ello un buen barco, y lo tiene: el *Nuestra Señora de los Remedios*, donde es maestro.

Es noviembre de 1564 cuando Juan Fernández se sumerge en la aventura. Sus cálculos se manifestarán correctos. Navegando hacia occidente es posible eludir la corriente del Perú. Después, otras corrientes, estas cálidas, devuelven al barco hacia el sur. Todo ello en un tiempo muchísimo más corto que el que exige la ruta habitual. Por el camino, Juan hace un hallazgo sorprendente: unas islas, un archipiélago que nadie había visto jamás. El 22 de noviembre de 1564 Juan Fernández se acerca a esos islotes perdidos en medio del Pacífico. Hoy se conoce a los islotes como archipiélago de Juan Fernández. Pero el verdadero hallazgo no era tanto el de aquellos islotes como el de la nueva ruta. Eludir la corriente del Perú significa, sobre el mapa, dar un enorme rodeo, pero en tiempo real de navegación permite un ahorro extraordinario: si antes el trayecto era de seis meses entre El Callao y Valparaíso, ahora, por el nuevo camino, el tiempo se reduce a tan solo treinta días. Lo dicho: una autopista náutica.

Hubo más viajes por aquella ruta. Los suficientes para que Juan supiera que aún más al oeste había otras tierras, y para que Jufre, el veterano conquistador convertido en armador naviero, concibiera un loco proyecto: conquistarlas. Pronto conoceremos las exploraciones de Mendaña y Sarmiento, en las que no podía faltar Lamero. Jufre, ya lo hemos visto, era un hombre de iniciativa. No descansó hasta que obtuvo autorización para explotar al máximo el hallazgo de las nuevas rutas. Fernández había descubierto caminos nuevos y nuevas islas. El Pacífico parecía una fuente inagotable de sorpresas.

En los nuevos caminos de aquella mar surgían más islas, más posibilidades. Los españoles llaman a este novísimo mundo «Terra Australis Incognita». En 1575 Jufre pide permiso al gobernador de Chile para embarcar hacia las islas de Juan Fernández. En realidad, es un pretexto para seguir navegando hacia el oeste y llegar hasta esa misteriosa Terra Australis. El gobernador accede, pero el virrey del Perú, que se huele la tostada, niega la autorización. Sin embargo, Jufre, obstinado, afrontará el reto en cualquier caso. Estamos hablando de un hombre, Jufre, que en ese momento, al abordar esta nueva aventura, tiene ya sesenta años. Por supuesto, con él irá su piloto y

capitán Juan Fernández: un veterano al borde de los cincuenta años.

Jufre manda armar dos barcos: señal clara de que se propone explorar el objetivo a fondo. Es la primavera de 1576 cuando Juan Fernández, al mando de uno de los navíos de Jufre, alcanza el objetivo. Juan echa el ancla y desembarca. Pone el pie en las islas; es el primer europeo en hacerlo. Misión cumplida. ¿Qué descubrió allí? Poco sabemos de aquella expedición. Tan solo que unos cuantos años después, en 1615, alguien en Madrid pensó que tal vez fuera posible asegurar el dominio español en el Pacífico sur, y para ello proponía conquistar, precisamente, las tierras descubiertas por Fernández. Se trata de un memorándum que el licenciado Juan Luis de Arias dirigía al entonces rey, Felipe III. Decía así:

Cabe conquistar las tierras que ha descubierto el piloto Juan Fernández, luego de haber navegado ochocientas leguas durante un mes desde las costas de Chile hacia el oeste, a la altura del grado 40, habiendo sido este Juan Fernández el mismo que antes había reducido a solo 30 días de viaje la navegación entre Lima y la costa central de Chile (...). Se trata de un suelo montañoso, fértil y poblado por gente blanca, de ríos correntosos y que cuentan con todos los frutos necesarios para subsistir.

Todos los que conocieron esos documentos están de acuerdo: se habla sin duda de Nueva Zelanda, un mes hacia el oeste desde Chile a la altura del grado 40, suelo montañoso y fértil de ríos caudalosos, poblado por gente blanca como, en efecto, lo son los nativos maoríes. Más aún: numerosos historiadores dan por cierto que Fernández no solo estuvo en Nueva Zelanda, sino que incluso visitó Australia.

Fernández debió de llevarse un chasco importante cuando volvió a Chile y contó su hazaña. Jufre, según parece, le mandó guardar silencio. ¿Por qué? Porque el virrey del Perú le había negado la licencia para explorar. Jufre muere enseguida, en 1578. Juan Fernández, que sabe que ha hecho algo muy importante, cuenta su historia a quien la quiera oír. No logra nada: aquellas islas están demasiado lejos, nadie piensa ya en nuevas empresas de conquista en tierras con las que, por la excesiva distancia, es imposible garantizar una comunicación fluida. Nuestro viejo marino, decepcionado, se instala en Quillota, no lejos de Valparaíso: el mismo puerto en el que lleva trabajando casi treinta años.

Juan no vivió marginado: llevó una existencia conforme a su rango. En 1578 fue él quien alertó a todas las ciudades del virreinato de la presencia del pirata Drake (que, por cierto, asaltó el barco del gallego Lamero). En 1589 se le nombró piloto mayor de los Mares del Sur. Ese mismo año contrajo matrimonio con Francisca de Soria. Poco después, la corona, en recompensa a sus servicios, le otorgó un terreno en la misma zona de Quillota. Allí, en tierra, se retiró nuestro marino. Aunque ya era casi un anciano, tuvo de Francisca un hijo: Diego, del que hoy descienden todos los Fernández de Quillota. Juan Fernández murió en 1599. Dejaba atrás un hallazgo decisivo para la navegación y, además, un mundo inmenso de posibilidades que nunca se hicieron realidad.

Nueva Zelanda se llama así porque tal fue el nombre que, muchos años después, le darían los marinos holandeses: por Zelanda, la región de las tierras del mar en los Países Bajos. Si el virrey del Perú hubiera autorizado la misión de Jufre, hoy quizá se llamaría Nueva Cartagena, por la ciudad natal de Juan Fernández. Este era, en todo caso, el tipo de gente que daba aquella España del xvi:

audaces e incansables, como el gallego Lamero, como el castellano Jufré, como el murciano Juan Fernández. De su nombre nos queda el archipiélago que Daniel Defoe escogió como escenario de su *Robinson Crusoe*.

Mendaña en las islas del Rey Salomón

Corrientes hacia América en el norte, corrientes hacia la Terra Australis en el sur, rutas conocidas hasta la Molucas, bases estables en Filipinas... ¿Qué quedaba por conquistar? Todo, en realidad. Detrás de cada nueva puerta que se abría, aparecía un mundo más grande. Primero, en 1492, se descubrieron unas islas, y resultaron ser la entrada a un nuevo continente. Al otro lado se halló un mar, y resultó ser un océano inmenso. Se puso un pie en ese océano, y resultó estar repleto de islas incontables como estrellas (hoy sabemos que son 25.000, nada menos). ¿Qué más no podría aparecer? Si en nuestras Indias habían aparecido los tesoros de México y Perú, ¿qué no podría haber en este inmenso espacio —un tercio de la superficie del planeta— que abarcaba desde el litoral americano hasta China y la Especiería?

Las herramientas para sumergirse en aquel misterio eran muy escasas. Por los antiguos griegos se suponía que en el sur absoluto, allá donde acaba la circunferencia de la Tierra, debía existir una especie de continente gigantesco al que se denominaba «Terra Australis Ignota». Cuando Magallanes cruzó el estrecho, creyó que la masa que dejaba a su izquierda, la Tierra del Fuego, era esa Terra Australis. Años después la expedición de Jofre de Loaísa divisó el cabo de Hornos y el mar abierto, lo cual desplazó el supuesto continente austral mucho más al sur.

Otra de las herramientas básicas de conocimiento era la Biblia, que proporcionaba informaciones muy concretas sobre el espacio oriental. Por ejemplo, el Antiguo Testamento habla reiteradas veces del país de Ofir, de donde el rey Salomón trajo grandes tesoros: «Hiram le envió, por medio de sus siervos —se lee en el Libro de las Crónicas—, barcos y marinos conocedores del mar, que fueron con los siervos de Salomón a Ofir, de donde tomaron cuatrocientos cincuenta talentos de oro, que trajeron al rey Salomón (...). Los siervos de Hiram y los siervos de Salomón que habían traído oro de Ofir, trajeron también madera de sándalo y piedras preciosas». El oro de Ofir se cita con frecuencia en la Biblia. No dice dónde está ese país, pero lo sitúa a tres años de navegación desde el puerto de Eysón Guéber, que debía de estar en algún lugar al sur del Sinaí. Es decir que navegando desde el Sinaí hacia el Índico se hallaba un país rico en oro, gemas y maderas preciosas. Ahora, mediados del siglo xvi, ya se conocía bastante aquel mundo. ¿Dónde estaba Ofir?

Para los españoles de las Indias, todo aquello se mezclaba con las historias que contaban los nativos sobre islas ricas en oro en algún lugar de la mar del Sur. Los incas, por ejemplo, contaban que el gran Tupac Yupanqui, después de conquistar la isla de la Puná —la misma en la que acampó Pizarro—, supo que más al oeste había unas lejanas y ricas islas; el inca armó una gran flota de balsas y zarpó en su búsqueda con 20.000 guerreros, y así llegó a las islas de Ninachumbi y Auachumbi. Muchos historiadores actuales creen que se trata de islas de la Polinesia y José Antonio del Busto defiende que es Rapa Nui, la isla de Pascua. Uno de los que conocieron esta leyenda fue el marino gallego Pedro Sarmiento de Gamboa, que lo consignaría después en su *Historia Índica*: «Navegó Topa Inga y fue y descubrió las islas Auachumbi y Niñachumbi, y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo (...). Hago instancia en esto, porque a los que supieren algo de Indias les parecerá una caso extraño y dificultoso de creer».

Difícil de creer, dice Sarmiento, pero los incas no eran ingenuos fabuladores. A estas alturas los españoles ya habían aprendido que muchas de las historias indígenas sobre mundos de oro eran simples patrañas, pero otras encerraban un fondo de verdad. Que Tupac Yupanqui hubiera navegado hacia el oeste no era imposible. ¿No lo habían hecho los españoles? Que hubiera encontrado islas tampoco era improbable. ¿Acaso no las habían encontrado los nuestros? Que aquellas islas fueran la tierra de Ofir, las islas del Rey Salomón, era una hipótesis que no se podía descartar. Y si todo ello fuera la Terra Australis, esa que faltaba por descubrir, entonces todas las piezas del puzle encajarían a la perfección.

Pedro Sarmiento de Gamboa, sí. Un tipo complejo. Nació en Alcalá de Henares en 1532, hijo de un gallego y una vasca. Se crio en Pontevedra, la tierra de su padre, y salió de allí con dieciocho años para servir como soldado en las huestes del emperador. En 1555 dejó las armas y pasó a México. Se dedicó a estudiar náutica y cosmografía. También otras cosas menos recomendables, a juzgar por los procesos que la Inquisición siguió contra él por acusaciones de nigromancia y hechicería. En 1557 estaba en el Perú ganándose la vida como marino y cosmógrafo. Fue entonces cuando conoció la historia de Tupac Yupanqui y las misteriosas islas de Ninachumbi y Auachumbi. Y decidió ir.

Pero no. No podría ir. Había otros planes. Más grandes y concebidos por gente que pintaba más que el marino Sarmiento. En 1564 había llegado a la Audiencia de Lima un jurista de prestigio, miembro del Consejo de Indias: Lope García de Castro, leonés del Bierzo. Un político. Y además, de los buenos, de los que se toman en serio su trabajo. Don Lope viene con una larga lista de deberes que está cumpliendo escrupulosamente. En esa lista figura una expedición: un viaje de exploración al Pacífico. España está ya en las Filipinas, pero el océano es muy grande y la corona no va a poner todos los huevos en una sola cesta.

La expedición tiene una finalidad concreta: navegar, explorar, conquistar, poblar y evangelizar. ¿Dónde? Donde haya tierras que merezcan el esfuerzo, y ya podemos imaginar que Sarmiento no era el único que se había sentido atraído por la Terra Australis o las islas de Tupac Yupanqui. Don Lope sabe a quién va a encargar el trabajo: a su sobrino Álvaro de Mendaña, también berciano, que ha venido con él al Perú. Mendaña es un joven de veinticinco años; no tiene la experiencia marinera de Sarmiento, pero es caballero, goza de la confianza personal y política de don Lope y, por lo que parece, sus conocimientos cartográficos no eran desdeñables. A Sarmiento, eso sí, se le acoge en la expedición. Justo a tiempo, porque la Inquisición acababa de recibir nuevas acusaciones contra él por nigromante.

Dos barcos: *Los Reyes*, de 300 toneladas, y *Todos los Santos*, de 200. El primero lo mandará Sarmiento y el segundo Pedro de Ortega, un sevillano con más de veinticinco años de experiencia en la mar. Ambos bajo las órdenes de Mendaña como jefe de la expedición y con el gallego Hernando de Lamero —siempre Lamero— como piloto mayor. A bordo, 150 hombres entre marineros, soldados, frailes (4 franciscanos) y esclavos (20). Todo eso es lo que se hace a la mar desde el puerto de El Callao el 10 de noviembre de 1567. Pasarán dos meses navegando hacia el oeste; dos agotadores meses durante los que no se ve más que agua. Las tripulaciones están al límite de su resistencia psicológica. No aguantan más. En cualquier momento puede estallar un motín. Sarmiento

quiere seguir buscando un camino al sur, pero Lamero y Mendaña imponen su criterio: al oeste, donde hay más probabilidades de hallar puerto. Y al fin, el 15 de enero de 1568, se oye el ansiado grito de «¡tierra!». Así lo describió el capitán Pedro de Ortega:

Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y su único hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y su Madre la Virgen María concebida sin pecado y todos los Ángeles y todos los Santos, han estado con nosotros, y debe ser verdad eso que dicen que el Señor no abandona nunca a sus marineros, porque ayer, quince de Enero, cuando ya me sentía morir, recibí en compañía de mi hijo Jerónimo, de Francisco Jiménez Rico y del Alférez Enrique, la noticia tan anhelada... ¡¡Tierra!!..., al fin, ¡¡tierra!!..., tal como prometió el cosmógrafo Pedro Sarmiento. Voz esta que fue pronunciada desde la Gavia de la Nao, por el Marinero tarifeño Juan Trejo, según cuentan un rufián de los más gallitos, el que vio casi al frente la línea clara de costa de algo que hoy hemos sabido que no era La Nueva Guinea, sino una pequeña isla muy baja pero poblada, cuya isla fue bautizada con el nombre de «Jesús».

Que un veterano como Ortega deje traslucir semejante emoción da fe de la dureza de aquellas navegaciones.

Esta isla de Jesús (rebautizada después con el vernáculo *Nui* por algún inglés impío) está en el archipiélago de las Tuvalu, que hoy sabemos a mitad de camino entre Australia y Hawái, pero que a ojos de los nuestros, en 1658, estaba en medio de ninguna parte. Los de Mendaña esperaban encontrar Nueva Guinea, en efecto, la puerta del Índico, esa gran isla que hacia 1545 habían explorado los de Villalobos y que debe su nombre al alavés Ortiz de Retes, sorprendido de ver allí «gente negra». Nueva Guinea entraba dentro de la demarcación española del Tratado de Zaragoza y se hallaba a un paso de las Molucas, de manera que era un objetivo muy apetecible. Pero no: la isla donde los de Mendaña habían recalado era un pedazo de tierra sin mayor interés. Y sin embargo, era tierra. Y alrededor había más.

Un interminable archipiélago. Eso es lo que debió de parecerles a los nuestros el rosario de islas que avistaron unas semanas después, el 9 de febrero. A la primera la llamaron Santa Isabel. Allí desembarcaron. Son 3.000 kilómetros cuadrados, coronados por un monte de más de 1.200 metros y envueltos literalmente en selva. Pero había agua potable, madera y pesca, de manera que después de dos meses de navegación, y aunque llovía sin parar, aquello era el cielo. Mendaña se puso manos a la obra: había que reconocer Santa Isabel y, al mismo tiempo, explorar las otras islas del entorno. Eran —quería pensar Mendaña— las islas de Ofir, las islas del Rey Salomón. Aún hoy se llaman islas Salomón.

Lamero, el piloto mayor, hizo construir un bergantín para recorrer la región. Todas las islas recibieron su bautismo español: Guadalcanal (por el pueblo sevillano del capitán Ortega), Ramos, San Cristóbal (en cuyo río Mendaña aseguró haber descubierto oro), La Galera, San Germán, etc. En la isla bautizada como Florecida hallaron nativos que «se enrubian el cabello, huyen del arcabuz, tocan arma con caracoles y tambores, y comen carne humana». La exploración duró tres meses, hasta el 25 de mayo. Cuando Lamero volvió a Santa Isabel, halló al resto de los expedicionarios intentando hacer algo parecido a una fundación. Fue imposible. Por todas partes había nativos hostiles, como el propio Lamero había podido comprobar. A la entrada del verano, de los 160 hombres que partieron solo quedaban 58 en condiciones de combatir. Mendaña esperaba encontrar algo más atractivo en las

otras islas, pero tampoco lo había. El 17 de agosto de 1568 Mendaña decidió regresar.

Apenas cinco años antes, el viaje de regreso habría sido una aventura suicida. Ahora ya no: el descubrimiento de Urdaneta había sentado una ruta segura para viajar desde Asia hasta América. Los de Mendaña navegaron hasta encontrar la corriente —eso fue lo más difícil de todo— y después el mar los impulsó hacia California. El Pacífico seguía siendo muy peligroso: el viaje era largo, las tormentas aparecían de improviso, los barcos se deterioraban... Pero conocer el camino de vuelta simplificaba muchísimo la labor. El *Los Reyes* y el *Todos los Santos* atracaron en El Callao en agosto de 1569, después de haber navegado más de 27.000 kilómetros. Impresionante.

Pero ahora llegaba el momento de rendir cuentas y Mendaña iba a pasar muchos apuros para justificar su aventura. No había fundado poblaciones. No había evangelizado a nativo alguno. Tampoco había encontrado oro, porque aquello del río San Cristóbal no convenció a nadie. Para colmo de males, su tío, don Lope García de Castro, concluida la tarea, se preparaba para volver a España. La atmósfera era ciertamente hostil. Nadie iba a apostar por una nueva singladura con tan escaso rendimiento. Mendaña optó por embarcarse hacia España para que la corona reconociera sus hallazgos. Se fue con el rabo entre las piernas, pero juró volver. Y volvería.

Irónicamente, lo que Mendaña no podía saber era que en Guadalcanal, sí, había oro. No el del Ofir salomónico, sino el de la mina Gold Ridge, que apareció a finales del siglo xx y ha llegado a aportar hasta el 20 por ciento del Producto Interior Bruto de las islas Salomón.

En cuanto a Mendaña, pronto volveremos a saber de él.

La tragedia de Sarmiento y los colonos del estrecho

Mendaña y Sarmiento acabaron mal. Muy mal. Ciertamente que nunca se habían profesado la menor simpatía. El primero había tenido que aceptar al segundo en la aventura de las Salomón porque Sarmiento era un excelente marino, y el segundo había tenido que plegar sus proyectos a los del primero porque Mendaña tenía mejores avales políticos, pero, si por ellos hubiera sido, cada cual habría hecho su propia expedición. Eso se vio con claridad cuando, llegado el momento de rendir cuentas en Lima, uno y otro se echaron en cara el fracaso de la empresa y, de paso, ajustaron pleitos pendientes. Así se rompió aquella sociedad.

Mendaña, ya lo hemos visto, volvió a España en cuanto pudo; en Lima nadie le tenía en gran consideración. Pero con Sarmiento ocurrió todo lo contrario: a pesar de sus problemas con la nigromancia, las duras jornadas del careo con Mendaña le acreditaron como un excelente piloto — cosa que efectivamente era— y le granjearon la simpatía del nuevo virrey, Francisco Álvarez de Toledo, que venía con proyectos políticos muy ambiciosos y necesitaba mentes claras para llevarlos a cabo. Y la mente de Sarmiento de Gamboa era clarísima. El virrey esperaba encontrar a un simple marino, pero lo que halló fue a un típico soldado-poeta del Renacimiento: perfecto latinista, con amplios conocimientos de matemáticas, astronomía, náutica y geografía. Y le fichó.

Pedro Sarmiento se convirtió en la sombra del virrey. Literalmente. Cuando el nuevo hombre fuerte de la corona en Perú decidió recorrer personalmente el virreinato —una tarea que le llevó dos años—, se hizo acompañar por Sarmiento. Fue sin duda el virrey quien empujó a nuestro hombre a escribir un libro, *Historia índica*, que es una de las grandes crónicas del Perú. Para más laurel, Sarmiento se vio agraciado con el cargo de cosmógrafo general de los reinos del Perú, lo cual venía a poner bajo su mano toda la actividad náutica del virreinato. Con poco más de cuarenta años, Sarmiento se había convertido en uno de los hombres más importantes de las Indias.

Sus preocupaciones en aquel momento andaban ya muy lejos de las islas de Tupac Yupanqui. El Pacífico se estaba convirtiendo en el «lago español», como se le llamó, pero era fundamental guardar tranquila la puerta del lago, y eso exigía prevenir la llegada de enemigos. Inglaterra está intentando por todos los medios debilitar al imperio. Para ello cuenta con su flota: los corsarios ingleses viven en perpetua guerra contra España y aprovechan las rutas abiertas por los españoles para atacar nuestros barcos y ciudades. El estrecho de Magallanes no quedará al margen.

Está terminando el verano de 1578 cuando el pirata Francis Drake, un antiguo esclavista reconvertido en corsario al servicio de la corona inglesa, penetra en el estrecho de Magallanes. Su expedición ha sido un desastre: de los cuatro barcos que salieron de Plymouth solo uno ha logrado pasar al Pacífico. Pero es suficiente para que su inesperada aparición coja completamente por sorpresa a los puertos españoles del sur, que no han previsto defensa contra ataques de este tipo. Drake llega al puerto de Valparaíso. Allí encuentra al barco de... ¡el gallego Lamero! Este, cuya nave no está preparada para luchar, opta por tirarse al agua y corre a avisar a la escasa población de la villa, que huye a refugiarse. Drake saquea impunemente el puerto de Valparaíso. Intenta lo mismo en Coquimbo, pero esta vez las tropas de La Serena, advertidas, rechazan al ladrón del mar. El inglés seguirá rumbo norte, impulsado por la corriente, apareciendo de improviso en las rutas de los

mercantes y atacando a varios de ellos. Sarmiento recibe la orden de perseguir al corsario. Avía dos barcos. No lo encuentra. Ya es demasiado tarde.

Al virrey no le llega la camisa al cuerpo. Ha sido solo un barco, pero mañana pueden ser más y España no tiene recursos suficientes para defender adecuadamente un área tan extensa como el litoral pacífico americano. Envía a Sarmiento, Villalobos y Lamero a reconocer el estrecho: se teme que los ingleses hayan podido establecer allí una base. Nuestros marinos, en una accidentadísima travesía, reconocen el área. Allí no hay nadie. Y sin embargo, es verdad que el paso está completamente indefenso. Acto seguido, Sarmiento de Gamboa, hombre de iniciativa, decide navegar hasta España: va a proponer a la corona fortificar el área.

Felipe II era también hombre de visión clara. Acogió de inmediato la propuesta y encargó al Consejo de Indias ejecutar el proyecto. El propio Sarmiento irá al frente de una nueva expedición, junto con Diego Flores Valdés. Objetivo: crear dos ciudades en aquel desierto glacial y así taponar la navegación en el sur de América. El desafío es tremendo. El estrecho de Magallanes es cualquier cosa menos un paraíso: una estepa fría de vegetación paupérrima. La temperatura media en verano es de 10 grados. En invierno, los vientos, muy fríos, superan los 150 kilómetros por hora y las temperaturas descienden hasta los 12 grados bajo cero. Establecerse de manera fija en aquellas tierras, a finales del siglo xvi, era una aventura feroz que obligaba a sobrevivir en un medio natural extremadamente duro. Pero eso es exactamente lo que se propusieron los españoles, con el objetivo de que aquellos asentamientos permitieran a las poblaciones del Pacífico librarse de los piratas.

Sarmiento zarpa de Sanlúcar de Barrameda al frente de 24 navíos y 2.500 hombres, incluidos mujeres y niños, familias completas que se convertirán en colonos. El desafío es fascinante. Pronto, sin embargo, se convertirá en una sucesión de catástrofes. Apenas ha zarpado la expedición, un terrible temporal azota las aguas. Sarmiento y Flores pierden cinco barcos y centenares de hombres. La flota tiene que refugiarse en Cádiz. A las pocas semanas de volver a la mar, se ven obligados a permanecer largo tiempo en Cabo Verde, en África. Cruzan por fin el océano y llegan a Río de Janeiro, pero entonces se declara una epidemia de peste en los barcos, el llamado «mal del seso»: mueren 150 personas. Por si fuera poco, los navegantes descubren que la madera de sus barcos está carcomida por la funesta broma o polilla de mar. El propio Sarmiento lo explicaba así: «Y aun hasta el hierro se había de tal manera corrompido, cosa inaudita, que con las manos se podía moler, y así lo que iba labrado de palas, azadas y hachas, con las manos se deshacía como papel, y al menor golpecito se deshacía en tierra».

La broma inutilizará dos barcos. Como ya comenzaba el invierno austral, la flota tuvo que esperar en Río de Janeiro varios meses, hasta noviembre. Solo entonces la escuadra española, reducida ya a 16 buques, podrá intentar la entrada en el estrecho de Magallanes, pero será un nuevo desastre: un barco naufraga y 350 hombres mueren con él. La situación es desesperante. Cada vez que intentan penetrar en el estrecho, los vientos y las mareas les hacen retroceder. Los capitanes se pelean. Diego Flores, atemorizado, decide que la aventura es imposible y opta por volver a España con los mejores barcos. Pero Sarmiento no se da por vencido: logra armar 5 barcos, consigue reunir 550 hombres y se hace a la mar.

Sarmiento cumplió la misión. Es febrero de 1584 cuando logra penetrar en el estrecho y

desembarcar con su gente en la orilla norte. Había 2 frailes, 116 soldados, 48 marineros, 58 colonos, 27 obreros, 13 mujeres y 10 niños. En un valle aparentemente bien regado, decide Sarmiento fundar un pueblo: Nombre de Jesús. Las crónicas nos han legado la descripción de aquel momento. Así hacían los españoles aquellas cosas:

Luego Pedro Sarmiento arboló una cruz donde había de ser la iglesia, y en la plaza puso el árbol de la ejecución de la justicia. Trazó luego la iglesia, y el gobernador, con una azada en las manos, cavó los primeros golpes para el cimiento del altar mayor. Puso en el hoyo la primera piedra, puso una gran moneda de plata con las armas y nombre de Su Majestad con año y día, y testimonio e instrumento, escrito en pergamino embreado entre carbón, por ser incorruptible, dentro de una botija, con el testimonio de la posesión.

Sarmiento organizó bien las cosas. Repartió solares. Instituyó un cabildo. Pero el lugar era mucho menos grato de lo que parecía. Poco tardaron los españoles en experimentar las enormes penurias de la vida en el extremo austral. Una noche, parte de la marinería desertó llevándose tres naves. A los colonos solo les quedaba una. Sarmiento, tenaz, la utilizó para ampliar su expedición: navegó unas leguas, penetró tierra adentro y fundó un nuevo establecimiento, Rey Don Felipe. Pronto, no obstante, el conquistador ha de rendirse a la evidencia: tampoco allí podrán sobrevivir sin ayuda exterior. El frío y el hambre aprietan; con ellos, la desesperanza. El líder intenta mantener alta la moral: viaja de un asentamiento a otro. En uno de estos viajes, una tormenta arrastra al navío de Sarmiento. El capitán desaparece. Los colonos quedan en tierra, sin barco con el que escapar.

Pasan los meses y Sarmiento no vuelve. Tampoco llega ningún socorro. Hay 400 españoles perdidos en aquellos parajes: 300 en Rey Don Felipe y 100 en Nombre de Jesús. No tienen comida ni dónde procurársela. En el mes de agosto, bajo los rigores del invierno austral, los 100 habitantes de Nombre de Jesús, desesperados, abandonan la población: emprenden una atroz caminata por la helada orilla del mar para pedir socorro a los de la otra aldea, Rey Don Felipe, pero la situación de estos no era mejor. El jefe de Rey Don Felipe envía una expedición a la embocadura del estrecho, donde sería más fácil divisar algún buque. Todo en vano: pasaron dos años y ni una sola vela apareció en el horizonte. Las provisiones se terminaron. El frío inutilizó los sembrados. Pronto los supervivientes no pasarán de 50. Intentan escapar construyendo pequeñas barcas, pero estas no aguantan la navegación. Los colonos quedan condenados a vivir entre aquellos hielos. Organizan su vida como partidas de cazadores al borde de la extinción, en pequeños grupos de tres o cuatro personas; se alimentan exclusivamente del escaso marisco que pueden recoger.

¿Qué fue de aquella gente? Los colonos murieron, pero ignoramos en qué condiciones precisas. Lo que sabemos proviene de un superviviente, Tomé Hernández, un soldado de Badajoz rescatado en 1587 de aquel infierno por un corsario inglés llamado Cavendish. Este Tomé Hernández contaría más tarde, en Lima, sus recuerdos sobre aquel episodio, pero hoy tiende a pensarse que el trauma afectó a la veracidad de su testimonio. Lo que sí sabemos es cómo describió aquel paisaje desolado uno de los marineros que llegaron con Cavendish. Dice así:

El 9 de enero de 1587 vimos los restos de la fortaleza. Tenía cuatro bastiones y en cada uno de ellos había un cañón de

hierro, que los españoles habían enterrado (...). Se había construido una iglesia y los españoles habían ejercido una severa justicia, pues se encontró una especie de horca en que pendía un hombre (...). El cielo no favorecía los designios de los fundadores de esa colonia. Cuando se agotaron todas sus provisiones, no habiendo podido recibir otras de España, murieron en su mayor parte de hambre, y se encontraban todavía los cadáveres tendidos con sus ropas dentro de las casas.

Los ingleses, impresionados, abandonan el lugar atribuyéndole un nombre significativo: Puerto del Hambre. ¿Quedaba alguien vivo? Según la relación inglesa, en enero de 1587 aún sobrevivían 23 españoles, entre ellos dos mujeres; otras fuentes hablan de 14 hombres y 3 mujeres. Salvo Tomé, nadie marchó con los ingleses. Todos prefirieron quedarse allí. Para morir.

Y mientras tanto, ¿qué fue de Sarmiento? Le habíamos dejado a bordo de su barco, arrastrado por una galerna. Así, arrastrado, llegará hasta Brasil. En aquella época Portugal formaba parte de la corona española —lo será entre 1580 y 1640—, lo cual permitía operar desde Brasil sin problemas. Continuamente el marino intentará ayudar a sus colonos, siempre sin éxito. Desde Río les mandó una nave con víveres, pero naufragó. Después embarcó hacia Pernambuco para buscar ayuda, pero su barco naufragó también; Sarmiento se salvó aferrado a un madero. Intentó nuevamente enviar socorros desde Bahía, pero el viaje se verá frustrado por las tormentas. Vuelve entonces a España para pedir auxilio al rey —es ya el verano de 1586—, pero en las Azores es apresado por los piratas y llevado a Inglaterra. La mismísima reina Isabel le concedió audiencia. Puesto en libertad, intenta regresar a España, pero al cruzar Francia es apresado por los protestantes hugonotes, que le mantendrán cautivo tres años hasta que Felipe II pueda pagar su rescate. Cuando Sarmiento logre por fin pedir socorro al rey para sus colonias en el estrecho, estas ya no existían: todos los colonos habían muerto.

Sarmiento prestó su último servicio a la corona en 1591, con sesenta años, como almirante de una armada de galeones destinada a escoltar el oro y la plata de Indias. Murió a bordo en el mes de julio de 1592.

La aventura de Pedro Sarmiento y sus desdichados compañeros terminó muy mal. Precisamente por eso hay que contarla. El paso de los siglos y el peso de la gloria nos hace imaginar la conquista de América como un paseo triunfal de victoriosos caballeros y altivas damas, pero la realidad fue también esta otra: la de unas gentes que se jugaron la vida, y muchas veces la perdieron, para explorar desiertos helados y crear allí ciudades a las que ponían el nombre de Dios. Aquella gigantesca proeza se escribió con la sangre de millares de personas como aquellos desventurados que murieron de hambre en el estrecho de Magallanes. Y esa es probablemente la parte más estremecedora de la cruzada del océano.

La adelantada de las islas del Poniente

Mendaña juró que volvería y volvió. Lo hizo con las mejores credenciales. Había estado en España. Logró que Felipe II le recibiera en El Escorial. Ante el rey en cuyos dominios no se ponía el sol expuso sus hallazgos en las islas Salomón —un camino en el Pacífico, tierras vírgenes, miles de nativos por evangelizar, ríos de oro en San Cristóbal— y sus proyectos de nuevas navegaciones. Así presentado, el asunto resultaba bastante apetitoso. Felipe II dio luz verde. El 27 de abril de 1576 se firmaron las capitulaciones que hacían a Mendaña gobernador de las islas del Poniente y adelantado de las Salomón. Mendaña, eso sí, tendría que procurar a la corona una fianza de 10.000 ducados. Y por supuesto, todos los gastos correrían por cuenta del descubridor, como de costumbre. Acababa de empezar la guerra de Flandes y la corona no estaba para muchas alegrías.

Mendaña regresó al Perú con todo aquello debajo del brazo. Esperaba que, con el aval regio, alguien patrocinara su empresa. Pero, para su sorpresa, nadie mostró el menor interés. En Perú, ya lo hemos visto, la principal preocupación era taponar el estrecho de Magallanes para que no pasaran piratas ingleses y reforzar las defensas de los puertos. No era tiempo de nuevas aventuras. Mendaña intentó una y otra vez que los notables del virreinato le prestaran oído. Siempre sin éxito.

Pero su suerte comenzó a cambiar cuando se casó. En 1586 Mendaña contrajo matrimonio en Lima con Isabel Barreto, una joven de veinte años, hija de Nuño Rodríguez Barreto, veterano de la conquista del Tahuantinsuyo y en una excelente posición económica. Y apenas tres años después llegaba a Perú un nuevo virrey: el laureado García Hurtado de Mendoza, héroe en los campos de batalla europeos y, después, en la larga guerra del Arauco. Y con estrechos vínculos de amistad con la familia Barreto. El panorama se despejaba.

Isabel Barreto, la joven esposa de Mendaña, fue la primera en avalar la aventura. Los contactos de la familia con el virrey allanaron las cosas. Mendaña, astuto, adaptó su proyecto a las nuevas exigencias: esto no iba a ser un viaje en busca de cualquier Eldorado, sino una empresa para establecer colonias en las islas de Poniente; más aún, no solo fundaría colonias, sino que además ofrecería una base desde la que actuar contra los piratas ingleses. Sentido de la oportunidad, se llama la figura. Mendaña y los Barreto reclutaron a numerosos colonos: de los casi 400 integrantes de la expedición, más de un centenar eran mujeres y niños. Entre las mujeres, por supuesto, viajaría Isabel Barreto. Y con ella, además, tres de sus hermanos. Aquella gente aspiraba verdaderamente a fundar un mundo.

Los barcos estuvieron listos el 16 de junio de 1595. Formaban cuatro buques: el galeón *San Jerónimo* como capitana, al mando del piloto mayor de la expedición, Pedro Fernández de Quirós; el galeón *Santa Isabel*, capitaneado por un cuñado de Isabel Barreto; la galeota *San Felipe*, de Felipe Corzo, y la fragata *Santa Catalina*, de Alonso de Leyva. A bordo, mucho veterano de las guerras del Perú bajo la férrea mano del maestro de campo, Pedro Marino Manrique. Esos fueron los que salieron de El Callao dispuestos a conquistar y poblar las islas Salomón. Vieron tierra muy pronto: el 21 de julio. Todos estallaron en júbilo. El secretario de Fernández de Quirós, Luis Belmonte, lo cuenta así:

Entendiese ser la tierra que se buscaba, a cuya causa fue muy alegre para todos su vista, celebrando haber venido a popa, breve el tiempo, amigo el viento, bueno el pasto, y la gente en paz y sana y gustosa. Hiciéronse en el viaje quince casamientos y ya parecía a todos correr parejas con la buena fortuna, grandes las esperanzas, muchas las cuentas y ninguna del bien de los naturales. Dijo el adelantado Mendaña al vicario y capellán que con toda la gente de rodillas cantasen el «Te Deum laudamus», y que diesen gracias a Dios por la merced de la tierra, lo cual se hizo con gran devoción.

El júbilo, incluido el de los casamientos, se deshace muy pronto. Mendaña mira y remira: esas islas no son las suyas. No están en las Salomón. Al día siguiente, una visita inesperada: más de 70 canoas con varios cientos de nativos «casi blancos», desnudos y con el cuerpo tatuado en colores azules. Parecen amistosos, pero también este espejismo se deshace enseguida. Al fragor de los arcabuces —que tardan en disparar porque la lluvia ha mojado las armas— los nativos desaparecen. Reaparecerán enseguida portando ramos verdes y cocos en señal de paz, pero Mendaña no se fía. Los barcos dan vela y recorren aquel extraño archipiélago. No, no son las Salomón. Mendaña las bautiza como las islas Marquesas, en honor al virrey, que es marqués de Cañete. Ha descubierto un nuevo archipiélago.

En una de las islas, bautizada como Santa Cristina, les va mejor: los nativos son obsequiosos, los nuestros toman tierra, pronto ven el camino abierto y toda la tripulación pisa la playa. Mendaña e Isabel convocan una misa en Santa Cristina; la celebra el vicario, Juan Rodríguez de Espinosa. Los nativos asisten respetuosamente a la ceremonia. Isabel queda fascinada por una indígena de cabellos rubios. Parece que todo va a ir bien, pero las cosas vuelven a torcerse enseguida. Al maestro de campo, Manrique, se le va la mano con los nativos y todo degenera en enfrentamiento abierto. Dice el cronista Belmonte, hablando en nombre de Quirós, que murieron cerca de 200 indígenas. Quirós y Manrique se profesaban odio recíproco, así que es posible que exagere, pero de lo que no cabe duda es de que el idilio con los nativos duró muy poco. Mendaña propone a los hombres asentarse en las Marquesas y fundar allí población. Nadie acepta. Han de hacerse de nuevo a la mar.

El ambiente en la expedición es tensísimo. El mar parece interminable. Aparecen algunas islas, pero están tan densamente rodeadas por arrecifes que es imposible acercarse. Ni rastro de las Salomón. Tampoco de las riquezas en oro y perlas anunciadas a los colonos. Los soldados empiezan a murmurar maledicencias. Se acaba la leña. Se acaba el agua. Hay que empezar a racionar los alimentos. Por si faltaba algo, al pasar junto a la isla de Tinakula, en medio de una espesa niebla baja, los nuestros divisan un volcán en erupción. «Un cerro en la mar —escribe Belmonte— a modo de pan de azúcar, todo pelado, y en lo más alto del cerro sale con estruendo mucha cantidad de centellas y fuego». Entre la niebla y el fuego, la *Santa Isabel* desaparece. Es el barco que manda el cuñado de Isabel Barreto. Nunca más se volverá a saber de él. Corría el 7 de septiembre de 1595.

Al día siguiente llegan al fin a una isla reconocible. Una vez más, no son las Salomón, sino las islas de Santa Cruz, unos 400 kilómetros al sureste de la meta. Mendaña se ha desviado entre 3 y 5 grados y no ha podido encontrar su objetivo. En Santa Cruz tienen un primer encuentro hostil con nativos que aparecen a bordo de sus canoas. Bordean la isla y fondean en una bahía de buen aspecto. Allí pueden trabar contacto amigable con otros nativos: los del cacique Malope. Mendaña no escatima gestos: le regala una camisa, cascabeles, incluso naipes. Malope, por su parte, abastece a

los nuestros de abundantes frutas. El lugar parece idóneo para instalarse. Mendaña ordena construir un poblado. La madera abunda. Se levanta, por supuesto, una iglesia. Y además, una empalizada. Pero no todos están dispuestos a quedarse allí.

Entre los soldados, el maestro de campo Manrique encrespa los ánimos. ¿Para eso han cruzado el mar? ¿Para acabar construyendo cabañas y verse obligados a buscar su alimento en las selvas? ¿Qué hay del oro de las Salomón, de las riquezas prometidas? El mensaje cala en la tropa. Un día Mendaña recibe una carta de los soldados. Estos le piden abiertamente que «les sacase de aquel lugar y les diese otro mejor, o los llevase a las islas que había pregonado». Era un ultimátum: o las Salomón, o de vuelta al Perú. Y Manrique, para forzar las cosas, recurre a una estrategia criminal: provocar a los nativos, para que la hostilidad de estos empuje a Mendaña a abandonar la isla.

Desgracia sobre desgracia: en tan delicada situación, Mendaña cae gravemente enfermo. Es malaria. Con el jefe fuera de combate, las decisiones las tiene que tomar Isabel Barreto, que a su vez anda a la gresca con el piloto Fernández de Quirós. Todo rueda cabeza abajo. Los choques entre españoles y nativos aumentan. Enseguida se suman las peleas entre los partidarios de Mendaña y los secuaces de Manrique. En dos meses mueren 40 de los nuestros.

Isabel Barreto ya no aguanta más. Una tarde le espeta a su esposo: «Señor, matadlo, o hacedlo matar: ¿qué más queréis, pues os ha venido a las manos? Y si no, yo le mataré con este machete». La dama se refería, por supuesto, al maestro Pedro Marino Manrique. Y Mendaña obedecerá a su esposa. Un día, antes del amanecer, el adelantado penetra en la choza de Manrique con algunos de los suyos y mata a cuchilladas al maestro y a varios de sus hombres de confianza. Isabel, feroz, aplaude cuando ve las cabezas de sus enemigos clavadas en picas. Mendaña cree tener la situación bajo control. Pero se equivoca: la tarde anterior, Manrique había enviado secretamente a algunos de sus hombres a matar al cacique Malope. Un arcabuzazo en el pecho y un hachazo en la cabeza. Los nativos hirvieron de indignación, y de poco sirvió que Mendaña les enseñara, clavadas en picas, las cabezas de los asesinos. Aquello ya era irrecuperable.

Los últimos sucesos llevaron la salud de Mendaña al borde del abismo. El 17 de octubre, en medio de un eclipse de luna, Mendaña hace testamento. Designa a su cuñado Lorenzo Barreto jefe de la expedición y traspasa a su esposa, Isabel, los cargos de gobernador y adelantado. Álvaro de Mendaña, el hombre que soñó toda su vida con las islas del Rey Salomón, murió en una de ellas, Santa Cruz, consumido por la malaria, el 18 de octubre de 1595. Para colmo de males, Lorenzo Barreto tardará muy poco en seguirle: muere el 2 de noviembre. Y con él, decenas de españoles que van cayendo víctimas, unos, de la malaria, y otros, de los indios.

Ahora es Isabel Barreto la que tiene todo el poder en la mano, pero le sirve de muy poco: la relación con los nativos se ha roto definitivamente, el poblado de Santa Cruz está deshecho, los colonos mueren a mansalva... La adelantada de las islas de Poniente reúne a los supervivientes y por unanimidad deciden marcharse de allí. ¿Adónde? A las Filipinas. El piloto, Fernández de Quirós, sigue vivo y más o menos sano. Y él conoce el camino. No hay otra opción. A toda velocidad los desesperados colonos de Santa Cruz hacen acopio de cuantos víveres pueden: ñame, cocos, plátanos, agua... El 18 de noviembre de 1595, los tres barcos que aún le quedan a la flota abandonan Santa Cruz. Isabel insiste en demorarse con una exploración por ver si aparece el barco perdido, la *Santa*

Isabel. Todo será inútil. La adelantada se resigna a partir. Dice el cronista Belmonte que lo hizo hablando de un próximo regreso.

El viaje a las Filipinas fue un infierno. A los expedicionarios se les racionó el rancho a media libra de harina para hacer gachas con agua de mar y, para beber, medio cuartillo de agua corrompida y llena de insectos. Se declaró el escorbuto, con su inevitable cosecha de tres o cuatro muertos todos los días. El 10 de diciembre desapareció la *San Felipe*; terminará errante en las costas de Mindanao, donde, muchas semanas después, unos nativos conducirán a los pocos supervivientes hasta una casa de misioneros jesuitas. En los barcos, mientras tanto, crece la desesperación por el hambre y la sed, desesperación que se multiplica al conocer que Isabel Barreto guarda para sí provisiones bajo llave y lava su ropa con agua fresca. Se vive una atmósfera de motín permanente. Quirós se ve en la tesitura de obedecer a Isabel —ella es la adelantada— y, a la vez, soportar sus intemperancias. El 19 de diciembre se perdió de vista la *Santa Catalina*; nunca más se supo de ella, aunque algunos marinos jurarán después haberla descubierto encallada en remotas costas, con todas sus velas desplegadas «y la gente muerta y podrida». Ya solo quedaba la capitana, el galeón *San Jerónimo*, de Quirós, con Isabel Barreto y sus dos hermanos supervivientes a bordo. Las bajas entre el pasaje se elevan a 50 personas. Entre mil conflictos, como en un barco de locos, la nave llegará finalmente a Manila el 11 de febrero de 1596, después de casi tres meses de navegación.

Isabel Barreto fue recibida en Manila como una auténtica heroína, para indignación de quienes tuvieron que soportarla durante el viaje: al llegar a puerto descubrieron que había guardado en su camarote harina, agua, aceite y hasta ¡dos cerdos! «La reina de Saba de las islas Salomón», la llamaron. La adelantada vistió sus mejores galas, que había cuidado con esmero durante la atroz travesía, y con ellas compareció en el palacio del gobernador de Manila. Espectacular. En noviembre de ese mismo año de 1596 se casaba con un primo del gobernador, Fernando de Castro, «noble y apuesto capitán», al que liará para que intente colonizar las islas Salomón. El proyecto nunca saldrá adelante.

En cuanto al piloto Quirós, diez años después volverá a embarcarse buscando la Terra Australis. Su segundo, Vaez de Torres, será el primer europeo que vea la enorme masa continental de Australia.

De las islas Marquesas nunca más se supo. Su hallazgo quedó bajo secreto. James Cook las redescubrió para Inglaterra dos siglos más tarde. En cuanto a las Salomón, no volvieron a los mapas hasta el año 1781. Las llamaron islas de Mendaña.

El «Galeón de Manila» y el «lago español»

Cuando Isabel Barreto y su nuevo marido abandonaron las Filipinas con destino a México, lo hicieron en un barco que pronto iba a convertirse en legendario: el *Galeón de Manila* o *Nao de la China*, la primera ruta estable que surcó el Pacífico enlazando Asia y América. Gracias al galeón pudo España canalizar desde las Filipinas el comercio del Extremo Oriente hacia las costas americanas. Casi tres siglos duró aquella ruta que unió Manila con Sevilla a través de México. Una hazaña técnica, humana y... económica.

El primer barco zarpó en 1565. Con aquel primer navío se selló el destino de las Filipinas durante tres siglos. No iban a ser una simple posesión colonial en un lugar remoto del Pacífico: las Filipinas y sus ciudades —Manila, Luzón, Cavite— se convertirían en el centro del comercio oriental. Centenares de buques chinos acudían permanentemente a aquellos puertos españoles en Extremo Oriente; también centenares de marinos españoles, como antes los portugueses, construían su red comercial con los mercaderes asiáticos. El fruto de todo ese comercio se almacenaba en un enorme recinto, el Parián de los Sangleyes, y embarcaba una vez al año, en ocasiones dos veces, en el famoso *Galeón de Manila*. Su partida era una auténtica fiesta local, el acontecimiento central de la vida de la ciudad. Una crónica de época nos describe cómo era el ambiente de Manila aquellos días en los que el galeón zarpaba:

Antes de que el galeón zarpe, Manila entera se lanza a la calle en fervorosa procesión para invocar la ayuda divina en su singladura. Tañen alegres todas las campanas de la ciudad. En cabeza de la procesión avanza una imagen del gran navío: es el galeón mismo quien recorre las murallas de Manila, asistido por la devoción de los vecinos. Después, la procesión se dirige al puerto. Allí el arzobispo bendice solemnemente al galeón, a sus oficiales y a sus tripulantes. Siete estrepitosos cañonazos despiden al barco, mientras las campanas de Manila siguen doblando por la fortuna del viaje. En cada bulto de la carga se ha escrito una inscripción: «Dios lo lleva a salvo». Y así el majestuoso galeón, el rey del Pacífico, henchidas sus velas por el viento, abre el paso entre las islas del archipiélago hasta salir a mar abierto y poner proa al noroeste...

Al noroeste se tomaba la corriente de Kuro-Shivo, en el mar del Japón. La corriente que había encontrado Urdaneta. Y cuando los japoneses se pongan hostiles, los españoles encontrarán una ruta alternativa para salir al océano y poner proa a las costas americanas. ¿Cómo eran aquellos barcos? Grandes, pesados. Algunos habían sido construidos en los astilleros filipinos de Bagatao, otros en el arsenal mexicano de Autlán. Eran enormes almacenes ambulantes de entre 500 y 1.500 toneladas, y a veces incluso navegaron dos barcos en el mismo viaje.

Lo que llevaban a bordo era un auténtico tesoro. Consta que el valor de las mercancías llegó a superar los 2.500.000 pesos en un solo viaje. Para hacernos una idea, tomemos como referencia que el conjunto total de importaciones de oro y plata americanas en todo un año estaba entre los 20 y 30 millones de pesos. O sea que un solo viaje del galeón valía el 10 por ciento de todas las importaciones de metales preciosos en un año. Como su misión era vital, no se escatimaban medios para su defensa: un general al frente, a veces el propio gobernador, y una dotación de soldados. También viajaban pasajeros civiles. Se calcula que a bordo había unas 250 personas. El viaje no era ninguna minucia: entre cuatro y cinco meses, a veces más, saliendo en julio —cuando los vientos

eran propicios— y llegando en otoño. Una verdadera aventura.

La *Nao de la China* tenía siempre el mismo destino: Acapulco, el principal puerto en el Pacífico de la Nueva España, hoy México. Allí se desembarcaba la carga y el galeón volvía a las Filipinas. El viaje de vuelta se beneficiaba de los vientos y las corrientes marinas: cincuenta o sesenta días bastaban para cubrir 2.200 leguas desde Acapulco hasta Cavite y Manila. Y no volvía de vacío, sino que transportaba en su panza el material máspreciado en Asia: la plata, que allí era más valiosa que el oro. Gracias a la plata mexicana, los españoles podían adquirir las mercancías de Asia a un precio muy ventajoso. Tan ventajoso que el margen de beneficio final era de cerca del 300 por cien. Un negocio extraordinario.

¿Y qué pasaba con las mercancías de la *Nao de la China* una vez desembarcadas en Acapulco? Parte se vendía ahí. Otra parte —la mayor— cruzaba México por tierra, a lomos de mula, hasta llegar a un puerto atlántico, el de Veracruz. Allí las riquezas del *Galeón de Manila* se unían a los metales y piedras preciosas extraídas de América, y todo embarcaba con destino a los puertos españoles de Cádiz y Sevilla, gran centro del comercio de Indias.

En Acapulco la llegada del galeón era una fiesta. En torno a la nao creció una feria de artículos exóticos reglamentada desde 1579 y que duraba todo un mes. Es indescriptible la emoción que se adueñaba de las gentes de Nueva España ante todas aquellas fantásticas mercancías: ricas sederías de China, colchas, chales, tapices y mantones, marfiles de la India, abanicos labrados, porcelanas finísimas, tesoros de nácar, maderas lacadas del Japón... Y las especies de Indonesia: la pimienta, la nuez moscada, clavo de las Molucas y sándalo de Timor. Y la canela de Ceilán, y el benjuí de Siam; jengibre de Malabar, alcanfor de Borneo. Venían ánforas de Martabán traídas desde Birmania, y algodones de la India, y ricas alfombras persas. Telas de terciopelo, rasos, tafetanes; oro en filigrana, maderas labradas, espadas japonesas, ámbar...

Como suele ocurrir en estas cosas del comercio, la ruta Manila-Acapulco pronto contó con emuladores: la riquísima y exquisita sociedad limeña, deseosa de participar en aquel festival de artículos de lujo, trató de organizar su propio sistema de naves tanto hacia Filipinas —cosa que no consiguió— como hacia México. El intercambio comercial entre los españoles de Perú y los de México se hizo intensísimo: 3 millones de pesos anuales a finales del siglo xvi, 5 millones anuales a principios del xvii. El problema era que este tráfico americano podía dejar la carga del galeón literalmente vacía antes de llegar al puerto de Veracruz, de manera que a Sevilla solo llegarían los restos. Los comerciantes sevillanos lograron que la corona pusiera un tope al tráfico entre los virreinos americanos. Ese tope, más o menos, se respetó. Pero las rutas marítimas abiertas entre Perú y México asistieron entonces a un nuevo tráfico comercial: cacao, brea, mulas, vainilla, zarzaparrilla, añil... todo eso se intercambiaba entre los dos virreinos, desde el norte de Chile hasta Honduras, al calor del tráfico abierto por las *Naos de la China*.

Como es fácil imaginar, tales riquezas despertaron la codicia de los piratas. Las aguas del Pacífico, aunque peligrosas para la navegación —tanto por los temporales como por las calmas—, eran seguras desde ese punto de vista: pocos se atrevían a cruzarlas. Los más peligrosos corsarios ingleses ya habían sido puestos fuera de combate. A Cavendish lo liquidaron los portugueses en 1592. A Richard Hawkins («Ricardo Aquines», le llaman nuestros cronistas) le derrotó Beltrán de

Castro en las costas del Ecuador en 1594. A Francis Drake, derrotado en Panamá, se lo llevó la disentería en Portobelo en 1596. Sin embargo, las áreas más cercanas al archipiélago filipino hervían de piratas chinos, japoneses, malayos... Y pronto se llenaron también de piratas holandeses e ingleses. La piratería no hizo mucho daño al *Galeón de Manila*: en doscientos cincuenta años, solo cuatro barcos cayeron en manos de los ladrones del mar. Mucho más peligrosa fue la ambición holandesa por arrancar a España y a Portugal sus bases comerciales en los puertos del Pacífico.

Los holandeses mandaron auténticas flotas para tratar de echar a los ibéricos a viva fuerza. Es lo que intentaron en un punto neurálgico de todo aquel tráfico comercial, Macao, en 1622, cuando España y Portugal estaban bajo la misma corona y, por tanto, compartían dominios en aquellos lugares. Una flota holandesa de 3 barcos y 1.300 hombres intentó apoderarse de Macao, defendida por una guarnición portuguesa de unos 300 hombres reforzados por dos compañías españolas. Pese a su superioridad, los holandeses tuvieron que retirarse. Un cronista nos dejó el siguiente testimonio:

Se aprestó el invasor holandés al desembarco. Pero aquellos portugueses, y unos cuantos españoles que estuvieron junto a ellos, obraron maravillas aquel día. La artillería, servida por los padres jesuitas, frenó en seco el avance holandés. Y acto seguido los defensores, aun siendo muy inferiores en número, salieron de sus defensas, invocando a la Virgen María y a Santiago Apóstol rompieron el asedio y se abalanzaron contra los atacantes, obligando a huir a los herejes, que corrieron a refugiarse en sus barcos. Así se salvó Macao aquel 24 de junio de 1622. Y no puede uno sino admirar el decidido espíritu de tan pocos contra tantos.

España mantuvo su bandera en Filipinas hasta 1898. El *Galeón* había dejado de circular mucho antes: hacia 1820, cuando México, independiente, cerró el flujo comercial. Pero para entonces ya otros muchos barcos, de otras muchas naciones, surcaban el Pacífico con la seguridad que proporcionaban las nuevas técnicas de navegación. Un océano que abrieron los españoles con sus galeones de vela, trazando la primera ruta comercial de Asia con América. Cuando el Pacífico era ya el «lago español».

19. LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO VIRREINAL

Teoría y práctica del virreinato

La crónica de la cruzada del océano podría prolongarse hasta el infinito. Cada una de las historias que hemos contado se bifurca a su vez en otras cuatro, cinco o seis historias que son tan fascinantes como la primera. La era de los descubrimientos se extenderá hasta mucho más tarde: Gabriel de Castilla llegó a la Antártida en 1603, Pérez Hernández y De la Bodega y Quadra navegaron hasta Vancouver en 1774 y en los años siguientes se tocará Alaska. También habrá grandes exploraciones de conquista hasta muy entrado el siglo xviii, como ocurrió con las ciudades de California fundadas en la estela de las misiones de fray Junípero Serra: San Diego, Monterrey, la bahía de San Francisco, etc. La construcción del mundo virreinal fue un larguísimo proceso nunca estancado, una especie de dinámica permanente que aún tendría que conocer episodios trascendentales como el combate contra los piratas, la guerra contra Inglaterra, la hazaña de Blas de Lezo en Cartagena de Indias, la victoriosa odisea de Gálvez en Luisiana y Florida... Pero en algún momento hay que detener el relato.

Recapitulemos. En poco más de medio siglo, desde el descubrimiento de 1492 hasta las fundaciones de Santiago del Estero y Santiago de Chile y hasta las expediciones norteamericanas de Soto y Coronado, España había descubierto, explorado, conquistado y poblado un territorio cuya extensión multiplicaba por cinco —por lo menos— la Península Ibérica. En veinte años más, el mismo impulso se había extendido ya a través del Pacífico hasta las Filipinas, y rutas navales permanentes enlazaban los dos grandes océanos. Los españoles hicieron todo eso llevando su religión, su lengua y sus instituciones, implantando un modelo de dominio que iba mucho más allá de la explotación colonial. Basta comparar el proceso con la construcción del imperio romano, por ejemplo, para concluir que la cruzada del océano, con sus luces y sus sombras, fue una hazaña asombrosa, probablemente la más estremecedora de la Historia Universal.

Lo que nació allí, al otro lado del mar, no era un simple imperio colonial; no era una colección de factorías sin otro fin que la explotación económica. Las Indias no eran colonias. España se trasplantó al otro lado del mar con la idea preconcebida de fundar otra España. Como aquella no era tierra virgen, sino que estaba habitada por otros pueblos cuya dignidad reconocerá la legislación española una y otra vez, el resultado del trasplante no será un calco de la metrópoli, sino una realidad nueva que muy pronto adquirirá sus propios rasgos distintivos, su personalidad específica. Y quienes construyeron esa realidad nueva no fueron los conquistadores, sino los que vinieron después: los hombres que, siempre en nombre de la corona y de la fe, institucionalizaron la conquista y edificaron el mundo virreinal.

Hasta ahora hemos visto fundamentalmente los grandes episodios del descubrimiento, la exploración y la conquista. Pero la cruzada del océano tiene una segunda parte: la institucionalización, es decir, la transformación del impulso conquistador en ciudades, pueblos, juzgados, caminos, puertos, universidades, catedrales... Tenemos en mucha estima a los

conquistadores, grandes hombres de acción, pero es de justicia dedicar unas palabras a los virreyes y gobernadores, esos caballeros a los que la corona encargó una tarea en absoluto sencilla: domar a los conquistadores, poner orden en los territorios, crear estructuras políticas y económicas que pudieran perdurar. Para explorar mundos desconocidos y conquistar imperios hace falta un temperamento muy singular. Pero después hay que ordenar todo eso y convertir la tierra conquistada en un sitio habitable, y para eso se requiere un carácter completamente distinto. Esta tarea descomunal se sustancia en una palabra: el virreinato.

El primer virreinato, en 1535, fue el de Nueva España, que abarcaba las Antillas, México y la América Central excepto Panamá, el sur de los actuales Estados Unidos y después las Filipinas. El virreinato de Nueva España llegó a incluir en el siglo xviii buena parte de Norteamérica. En 1542 se creó el virreinato del Perú, que comprendía la totalidad del subcontinente suramericano (excepto la franja este, de jurisdicción portuguesa) más Panamá. Basta ver un mapa para comprobar que se trata de territorios extensísimos, más grandes que cualquier reino europeo. En 1717 cobró vida propia el virreinato de Nueva Granada, que incluía las gobernaciones de Santa Marta, Cartagena y Popayán más la Audiencia de Bogotá, es decir, todo el territorio de las actuales Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. Hoy el virreinato de Nueva Granada perdura en el escudo de armas de la ciudad de Bogotá. Hubo un cuarto virreinato en América, el del Río de la Plata, creado en 1777, que desgajó del virreinato peruano territorios de las actuales Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay.

El virrey era literalmente un vicerrey («visorrey», se decía en la época). El prefijo «vice» indica que está inmediatamente por debajo de algo, y también que hace las veces de algo. Es decir que el virrey solo respondía ante el rey y hacía las veces de este en el territorio de su competencia. Era mucho más que un gobernador colonial: era el mismo rey presente por persona interpuesta. El virrey era a la vez jefe político supremo, jefe militar y jefe judicial. El término —y el cargo— provienen de la tradición política de la corona de Aragón, que lo aplicó al reino de Sicilia. Los Austrias lo utilizarán abundantemente. En la monarquía hispánica había virreyes en muchos lugares: Nápoles, Navarra, Cerdeña o Cataluña, por ejemplo. Pero ninguno de ellos tendría la importancia objetiva de los virreyes de Indias, tanto por la extensión del territorio que debían regir como por los problemas específicos de su gobernación. El primer gobernante con cargo de virrey en las Indias fue Cristóbal Colón por las capitulaciones de Granada, pero en realidad nunca gobernó como tal ni su jurisdicción puede llamarse virreinato. Tampoco la de su hijo Diego, aunque empleara el título. Virreyes propiamente dichos son solo los nombrados a partir de Carlos I para los nuevos territorios: Nueva España, primero, y después el Perú, antes de que se añadieran nuevos virreinos a medida que se consolidaba la expansión del imperio en América.

¿Cómo se organizaba el poder en las Indias? Aquí hemos visto que la estructura política en los nuevos territorios se parecía mucho a la empleada en tiempos de la Reconquista. A un adelantado que abre el frente se le otorgan normalmente las dignidades de gobernador, es decir, la autoridad política, y de capitán general, es decir, la jefatura militar. El adelantado actúa como tal hasta el buen fin de la empresa. A partir de ese momento puede legítimamente ostentar el cargo de gobernador, pues ya hay gobernación efectiva, material. En casos muy concretos se añade la dignidad nobiliaria de marqués, un título habitualmente conferido al que gobierna una «marca», es decir, una frontera

(como Cortés y Pizarro), pero que no implica jurisdicción política. En territorios donde la guerra es permanente, como ocurrió en Chile, la gobernación adoptará la forma de capitán general, pues la naturaleza del mando es más militar que política.

Lo primero que tuvo España en las Indias fueron «gobernaciones», es decir, territorios adscritos a la autoridad de un gobernador, siempre bajo control del Consejo de Indias. El gobernador ejercía el poder político supremo. Con frecuencia, además, se trataba de jefes de hueste que habían sufragado de su propio bolsillo la empresa de conquista y que incluso habían adelantado en préstamo a sus hombres el material de guerra, lo cual creaba lazos permanentes entre los conquistadores y el jefe. Pero este supremo poder político tenía sus limitaciones, que se harán mucho más patentes cuando no haya relación personal directa entre el jefe y los colonos. Más adelante las gobernaciones quedarán englobadas en virreinos con mayores competencias, pero incluso entonces el poder del virrey tendrá límites claramente establecidos.

La primera limitación, en la práctica, era el poder de los cabildos, es decir, los ayuntamientos de las ciudades fundadas en las Indias. El cabildo es una institución esencial en la tradición política castellana. Su fuerza reside en que no procede del rey, sino del pueblo. La democracia tradicional española no reposa tanto sobre órganos parlamentarios —aunque las Cortes Leonesas sean, históricamente hablando, las primeras de Europa— como sobre órganos municipales. Los cabildos encarnan por sí mismos una autoridad política directa, inmediata, que un gobernador puede ciertamente contravenir, pero no sin quebrantos. Cuando Núñez de Balboa, Cortés o Valdivia quieran legitimar políticamente sus empresas, se apresurarán a instituir cabildos que les provean de cobertura legal. Cuando el virrey Mendoza quiera suspender la aplicación de las Leyes Nuevas, se amparará en el Cabildo de México. La autoridad de un cabildo —en las ciudades de América, auténticas asambleas vecinales con menos diferencias de clase o estamento que en el territorio peninsular— era muy notoria. Ningún gobernador, ni siquiera un virrey, podía ignorar su voluntad.

Es muy conveniente subrayar la relevancia de los cabildos porque, andando el tiempo, van a convertirse en el principal factor de identidad colectiva de la América Hispana. A partir de la segunda o tercera generación después de la conquista, los vecinos de Lima, México o Cartagena, nacidos ya allí, van a dejar de verse a sí mismos como «españoles» —aunque sigan siendo muy fieles súbditos de Su Majestad— para empezar a adquirir una identidad nueva, específicamente hispanoamericana. Tanto es así que, llegado el momento de las emancipaciones, a principios del xix, con la corona española secuestrada por Napoleón y la masonería inglesa enredando en las Indias, los cabildos serán precisamente los protagonistas del levantamiento.

La segunda limitación al poder político son las audiencias, es decir, los tribunales de justicia. No se trataba de limitaciones en el sentido moderno: su presidente solía ser el gobernador o el virrey, es decir, el mismo sujeto del poder político. Pero sí eran limitaciones en la práctica porque sus miembros (los «oidores»), nombrados generalmente desde España, tenían completa autonomía de juicio y no obedecían más que al ordenamiento legal, al cual el gobernador o virrey debía someterse. Así habrá audiencias que dicten prisión para el virrey, como ocurrió en el Perú con Blasco Núñez de Vela, o que procesen a un gobernador, como le pasó a Nuño Beltrán de Guzmán en Nueva Galicia. Las reales audiencias son siempre el signo de la consolidación del dominio territorial, y así su

creación sigue la misma cronología que la expansión del imperio: Santo Domingo en 1511, México en 1527, Panamá en 1538, Guatemala y Lima en 1543, etc. Con el tiempo las audiencias gozarán incluso del privilegio del «sello real», lo cual las convertía de hecho en representación directa del monarca.

Y la tercera limitación al poder político, de facto y no de iure, era, naturalmente, la Iglesia, que a lo largo de toda la conquista va a actuar como vigilante perpetuo de los conquistadores. Como la bandera de la cruzada del océano fue, desde el primer instante, la evangelización, los clérigos desempeñarán un papel fundamental en todos los procesos de consolidación del poder territorial político. Los obispados no se dedican solo a organizar a los misioneros que predicán a los indígenas, sino que desempeñan una función de guía moral que frecuentemente entrará en conflicto con la pura práctica de la conquista. Hemos visto ya suficientes ejemplos en nuestro relato, desde la rebelión de los frailes de La Española hasta la concepción de las Leyes Nuevas, pasando por las experiencias de comunidades de indios cristianados en Venezuela. Un virrey o un gobernador podía enemistarse con un obispo, pero sabía perfectamente que eso le iba a traer problemas en el Consejo de Indias. Los misioneros recurrirán con alguna frecuencia a las audiencias para exigir la aplicación de las leyes de protección de los indios, y las audiencias, con la ley en la mano, les tendrán que dar la razón.

Sobre esta arquitectura —cabildo, audiencia, gobernación, virreinato— se edificó institucionalmente la América virreinal. Pero en el proceso hubo otras dos instituciones de gran importancia, esta vez no en América, sino en España: la Casa de la Contratación y el Consejo de Indias. A ambas las hemos visto surgir a lo largo de nuestro relato. La Casa y el Consejo fueron los departamentos, por así decirlo, encargados de organizar y reglar toda la actividad que se proyectaba al otro lado del Atlántico, siempre bajo la dependencia directa de la corona.

La Casa de la Contratación de Sevilla, creada en 1503, tuvo siempre un perfil netamente técnico, tanto en lo comercial como en lo náutico. Su función era regular el tráfico de mercancías y personas desde España a las Indias y, con ese fin, asegurar las rutas, lo cual exigía también garantizar la competencia de los pilotos y trazar mapas precisos. Estos cometidos dotaron a la Casa de un enorme prestigio en la ciencia de la navegación. Durante los primeros años, la Casa de la Contratación actuó además como director político de la conquista, pues por su mesa pasaron todos los nombramientos de capitanes y gobernadores. Fueron los años dorados del obispo Fonseca. A medida que la conquista iba adquiriendo una dimensión cada vez mayor, esas competencias políticas terminaron centralizándose —siempre bajo la dirección de Fonseca— en un órgano distinto: la Junta de Indias (o Secretaría de Indias), inicialmente concebida como una sección dentro del Consejo de Castilla, que era el pilar fundamental de la estructura de gobierno en la corona española.

La Casa de la Contratación siguió encargándose de las cuestiones comerciales y náuticas hasta finales del xviii, cuando Carlos III decidió abrir la contratación de los viajes ultramarinos a la competencia de otros puertos españoles. Cádiz entró a competir con Sevilla y, de hecho, terminaría albergando a la Casa. También se eliminó el requisito que limitaba el comercio americano a los «castellanos». Esto hay que explicarlo porque frecuentemente se usa como argumento para denunciar el «castellanocentrismo» de la monarquía española contra otros reinos de la corona, pero en realidad esa limitación no obedecía a criterios políticos o territoriales, sino puramente fiscales.

Veamos: en el sistema fiscal de la monarquía hispánica, cada cual tributaba solo a su reino (Aragón, Navarra, Castilla, etc.) y estos, después, a la corona. Así las cosas, la única garantía que tenía la corona de cobrar impuestos por el tráfico de Indias era centralizar el comercio en un punto —en este caso, Sevilla, que era parte del reino de Castilla— y prohibir la actividad a cualquier súbdito de otro reino. La historia de la cruzada del océano está llena de nombres navarros y aragoneses, pero la contratación del tráfico mercantil solo se podía hacer bajo el control fiscal castellano. Cualquier otra cosa habría exigido, por ejemplo, implantar consulados u oficinas de otros reinos en Sevilla y que estos tributaran un porcentaje a Castilla y otro a sus propias Cortes, con el consiguiente descontrol de las entradas. ¿Significa esto que solo los súbditos del reino de Castilla —ya fueran vascos, andaluces, gallegos o castellanos propiamente dichos— participaban en el comercio indiano? No. A la Casa acudían numerosos agentes de comercio que eran castellanos pero actuaban como testaferros de comerciantes catalanes, por ejemplo. Y allí no se daban cita solo hombres de negocios de otros reinos españoles, sino también genoveses, flamencos, alemanes, etc. Pero así, por el monopolio de la Casa de la Contratación, la corona se aseguraba la percepción de todas las tasas.

Mientras la Casa de la Contratación evolucionaba, la Junta de Indias también crecía al ritmo que lo hacían las conquistas en América. En 1524, cuando España extendía ya sus dominios a todas las Antillas, México, el litoral colombiano y Panamá hasta el Pacífico, la Junta se emancipó del Consejo castellano y se convirtió formalmente en Consejo de Indias, equiparándose así a todos los demás consejos de la corona (que eran los correspondientes a Aragón, Navarra, Italia, etc.). Su primer presidente fue, por supuesto, el incombustible obispo Fonseca, que falleció en el cargo aquel mismo año de 1524. Le sucedió otro obispo: García de Loáisya y Mendoza. El Consejo de Indias se convirtió en el verdadero factótum de la política indiana, con competencias políticas, fiscales, bélicas, judiciales y hasta espirituales. Los virreyes tenían atribuciones amplísimas en sus territorios, pero siempre debían dar cuenta al Consejo de Indias. El organismo perduraría hasta 1834.

Esta es, en fin, la arquitectura institucional del mundo virreinal. Pero, en la práctica, ¿qué hacía un virrey? Gobernar en el sentido más amplio de la palabra. Por ejemplo, Mendoza, en Nueva España, crea la Casa de la Moneda —será la primera acuñación de moneda en América—, introduce la imprenta, reforma las encomiendas, promueve la explotación minera, funda centros de enseñanza específicos para nobles, para indios y para mujeres... El primer libro que se publica en América ve la luz bajo los auspicios de Mendoza y es un catecismo escrito por el obispo Zumárraga: *Breve y compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*. El propio Mendoza, hombre versado en letras, escribió una obra titulada *De las cosas naturales y maravillosas de Nueva España*. ¿Más ejemplos? En el Perú, Francisco de Toledo, conde de Oropesa, virrey entre 1569 y 1581, adaptó «a la española» las formas tradicionales de trabajo y tributación de los indígenas, lo cual permitió integrar a los indios en el nuevo sistema, tratando de que su vida fuera lo más parecida posible a como era bajo el dominio inca (hay que decir que con éxito limitado). Al mismo tiempo, Toledo reformaba de arriba abajo la legislación local («Solón del Perú», le llamaron) y además ordenaba la construcción de diques para evitar las crecidas del río Rimac. Todas esas cosas hacía un virrey.

Lo más notable del modelo virreinal es que funcionó muy bien. En los casi tres siglos que estuvo vigente, la América Hispánica apenas conoció los trastornos que en ese mismo periodo iban a sacudir a Europa. Hubo, sí, revueltas de colonos, revueltas de indios, revueltas de esclavos, ataques piratas y guerra con el inglés, pero su crónica se escribe con episodios muy concretos, ocasionales sobresaltos en un horizonte que, en resumidas cuentas, fue ostensiblemente más pacífico que el europeo. Hasta ya iniciado el siglo XIX, y en el contexto excepcional de las guerras napoleónicas, no hubo una contestación generalizada contra el sistema. Y sería para ponerle punto final.

Evangelización, misión, Inquisición

Cuando el papa Benedicto xvi visitó Brasil, en 2007, cantó las excelencias de la evangelización de América. Rápidamente, todos los portavoces de la «corrección política» se le echaron encima y exigieron que pidiera perdón por el «holocausto» de los indios. El papa respondió cortésmente: en todo proceso de conquista surgen episodios de injusticia y violencia, pero la evangelización no fue nada de eso. Y el papa tiene razón. Veamos detenidamente qué fue la evangelización, porque ahí estuvo el verdadero pilar de la cruzada del océano. Gracias a ella, los amerindios del sur sobrevivieron, cosa que no ocurrió con los amerindios del norte.

Lo hemos visto en todos los casos: lo primero que hicieron los españoles cuando pusieron los pies en América fue plantar una cruz. Lo seguirían haciendo en todos y cada uno de los lugares donde asentaban un establecimiento. Las escenas de conquista varían, cambian los nombres, cambia el tipo de hueste, cambian hasta las banderas y las fórmulas, pero hay algo que es siempre idéntico en todos los actos de toma de posesión en nombre de la corona: se planta la cruz y se celebra una misa. No lo hacen solo los clérigos. Lo hace Colón, lo hace Núñez de Balboa, lo hacen Cortés, Pizarro y todos los demás, desde Florida hasta la Tierra del Fuego. La conquista española de América es una conquista religiosa.

Junto a cada hueste va un sacerdote, a veces varios de ellos. Los religiosos —franciscanos, dominicos, jesuitas, enseguida los agustinos y mercedarios— toman a los indios bajo su protección, les predicán y los convierten. Fundan centros religiosos y, en torno a ellos, establecimientos de acogida, escuelas, hospitales; son las llamadas «reducciones», que en muy poco tiempo se extienden desde el norte de México hasta el Paraguay, pasando por la Amazonia. El proceso se repite de manera idéntica en Filipinas, donde los religiosos se convierten en la columna vertebral de la organización administrativa y política. La Iglesia se despliega en América y Filipinas al mismo tiempo que la conquista política, pero mantiene una posición independiente, hasta el punto de que actuará como conciencia moral del poder imperial. Será la presión de los religiosos la que llevará a redactar las sucesivas leyes de Indias y la que moverá grandes debates de carácter filosófico. Ese fue el verdadero espíritu de la evangelización.

Esta dimensión religiosa, evangelizadora, de la conquista no es sobrevenida, ni es tampoco una suerte de justificación de la ganancia de nuevas tierras. Aparece desde el primer momento de manera deliberada y consciente, y sobre este punto hay un documento fundacional que es el testamento de Isabel la Católica o, más precisamente, su codicilo, que es el añadido final a la última voluntad de la reina, lo hemos visto ya. ¿Lo recordamos?

Cuando nos fueron concedidas por la santa sede apostólica las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue inducir y traer a los pueblos de ellas y convertirlos a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas Islas y Tierra Firme prelados y religiosos y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir a los vecinos y moradores de ellas en la fe católica, y enseñarles y adoctrinarles en buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida. Por ende, suplico al rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando a la princesa, mi hija, y al príncipe, su marido, que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes,

Este documento es decisivo. La evangelización de América no es algo que ocurre por accidente o por azar, sino que es desde el principio «nuestra principal intención», según la reina, que además ordena a sus sucesores que ese siga siendo su «principal fin». Si los españoles del siglo xvi cruzaron el océano para ir a un mundo que no era el que buscaban, si durante decenios gastaron en la empresa más dinero del que recuperaron y más hombres de los que podía permitirse un país poco poblado como España; si hicieron todas esas cosas, aparentemente absurdas, fue porque España se tomó aquello como una misión en el sentido religioso del término. Los españoles cruzaron la mar porque iban a poner la cruz al otro lado; y sin eso, muy probablemente, no se habría acometido la mayor aventura de todos los tiempos.

Pronto aparece, por supuesto, lo demás, todos esos rasgos tan «humanos, demasiado humanos»: la ambición, la rapiña, la demencia del oro, la violencia sobre la población conquistada... Es decir, que aparecen todas y cada una de las cosas que vemos en absolutamente todas las conquistas que en la Historia han sido. Pero la de América tiene una particularidad, y es que, cada vez que a alguien se le va la mano, ahí está la Iglesia para denunciarlo, el poder civil para sancionarlo y los propios jefes de la conquista para poner orden. Esa norma correctora no la vamos a encontrar en ningún otro ejemplo histórico de gran conquista: ni en las de la Roma imperial, ni en las de los ingleses y los franceses en América y África. El signo distintivo de la conquista española es que posee, desde el primer momento, una motivación religiosa y, por tanto, un freno moral. Y eso fue así precisamente por el protagonismo vigilante de la Iglesia y porque los conquistadores, además de ser aventureros, quizá locos, sin duda ambiciosos, eran hombres de fe. Por eso existieron casos como los de Montesino o Las Casas (y muchos otros), que tanto empeño pusieron en denunciar los abusos de las encomiendas.

Nunca se insistirá bastante en el carácter de novedad radical que tuvo la conquista de América. Todo era nuevo. Es muy interesante leer las crónicas de Indias, y también los textos de los primeros misioneros, porque nos muestran a unos hombres perplejos por lo que ven. Por un lado, prácticamente todos subrayan las virtudes humanas y morales de los indios: nos dicen que suelen ser tranquilos, mansos, con un sentido religioso de la existencia, bien dispuestos hacia el extranjero y, en general, muy receptivos a la predicación. Pero por otro lado, y al mismo tiempo, nos describen rituales y prácticas de extrema crueldad, fiestas donde los indios se embriagan hasta perder la razón y terminan matándose entre sí, guerras terribles; nos explican que cuelgan cadáveres y hasta se los comen, y eso por no hablar de los sacrificios humanos a las divinidades locales. ¿Qué pensar de unas gentes así? El razonamiento del español que llega allí y ve aquello es el siguiente: puesto que no parecen malos, pero obran mal, es que están endemoniados; por consiguiente, hay que librarles de ese estado. ¿Cómo hacerlo? Para un católico de todos los tiempos, y especialmente del siglo xvi, la respuesta es clara: catequesis, bautismo y conversión.

¿Hubo violencia en las conversiones de los indios? Al margen de casos aislados, no puede decirse que los indios abandonaran sus viejas creencias por la fuerza. La Iglesia no empleó la violencia para convertir a nadie. Evidentemente, para los indios no dejó de ser un aliciente el hecho de que convertirse al cristianismo significaba mejorar de vida. Pero hay que insistir en que las

poblaciones amerindias abandonaron sus viejas creencias masivamente en cuanto se derrumbaron sus organizaciones políticas. En los grandes imperios precolombinos, la religión estaba estrechamente ligada a la autoridad política; el poder del inca, por ejemplo, descansaba sobre una divinización expresa del poder. Si el poderoso caía, era que los dioses le habían condenado. Es del todo natural que la descomposición de esos imperios llevara a la gente a abandonar también sus cultos de origen; sencillamente, porque ya no tenían sentido.

Esta fue una causa fundamental de que la evangelización avanzara a velocidad de vértigo. Para México, el gran misionero y cronista Motolinía habla de más de 4 millones de bautizados desde que cayó el imperio azteca, en 1521, hasta 1536. La aparición de la Virgen de Guadalupe ante el indio Juan Diego es de 1531. En el Perú, a finales del siglo xvi conviven en la ciudad de Lima cinco santos: el arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo, el franciscano San Francisco Solano, la terciaria dominica Santa Rosa de Lima, el hermano dominico San Martín de Porres (Fray Escoba) y el hermano dominico San Juan Macías. Martín de Porres y Santa Rosa de Lima son nativos de la capital peruana.

Hay una metodología de la evangelización tanto en América como en Filipinas. El primer paso es predicar las bienaventuranzas y, con ellas, eliminar las creencias de tipo animista o fetichista. Cuando el nativo entiende el mensaje y expresa un mínimo de adhesión personal, se le aplican los sacramentos: bautismo, comunión, confirmación. ¿Cómo asegurarse de que la comunicación con los nativos es buena? Traduciendo el catecismo y las Escrituras a las lenguas autóctonas, cosa que empieza a hacerse de inmediato. Para la propia vida de la Iglesia es una revolución, porque nunca antes se había hecho nada parecido. Están naciendo las misiones y los misioneros. Desde 1511 hay una jerarquía eclesiástica específica para América; no dependen de España. El continente se distribuye en cinco arzobispados y veintisiete obispados. En Roma, el papa crea una comisión cardenalicia especializada en la materia. En este aspecto es decisiva la bula *Sublimus Dei* del papa Pablo III, escrita en 1537 a instancias precisamente de los misioneros españoles en México. «A pesar de todo lo que pudo haber sido, o que pudo decir lo contrario —escribe el papa—, los indios dichos, y todas las demás personas que más tarde pueden ser descubiertas (...) de ninguna manera deben ser privadas de su libertad o despojadas de bienes, estén dentro o fuera de nuestra fe, y que pueden y deben, libremente y legítimamente, disfrutar de la libertad y la posesión de sus bienes; tampoco deben ser de ninguna manera esclavizadas, y si ocurre en contrario, entonces eso será nulo y no tendrá efecto». Desde 1588 se crean seminarios específicos para las misiones, y luego, en 1622, un departamento especial, la Congregación para la Propagación de la Fe, que es una especie de ministerio de las misiones. En América, mientras tanto, los españoles han empezado a crear universidades: Santo Domingo en 1538, San Marcos de Lima en 1551, México en 1551, Santo Tomás de Filipinas en 1611.

La inmediata fundación de universidades y centros de enseñanza en América, lugares donde se iba a formar la elite autóctona, es probablemente la mejor muestra de que las Indias no eran una simple colección de colonias, sino verdaderamente un proyecto de mundo nuevo destinado a perdurar y, aún más, a vivir por sí mismo. Entre 1538 y 1792 España fundó nada menos que veintiséis universidades en América y dos en Filipinas. Y a esas fundaciones hay que añadir un sinfín de

colegios menores tanto para los hijos de la aristocracia local como para los indios y los mestizos. La gran mayoría de estos centros fueron iniciativa de la Iglesia. Otro aspecto muy elocuente de la cruzada del océano.

Para los conquistadores, ver que los indios se convierten al cristianismo equivale a una victoria sobre el mal. Con la evangelización terminan los sacrificios humanos y también la esclavitud de unos pueblos indígenas sobre otros. Para un español del siglo xvi no cabe otra forma de verdad que la vida conforme a la religión cristiana, y la evangelización es un progreso indudable. Así lo expresa, en los términos de la época, uno de los grandes conquistadores y cronistas, Pedro Cieza de León:

Muchos indios hay que han profesado nuestra ley y recibido agua del santo bautismo, de manera que si estos indios usaban de las costumbres que he escrito, fue porque no tuvieron quien los encaminase en el camino de la verdad en los tiempos pasados. Ahora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdición que tienen los que della se apartan; y el demonio, como le crece más la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos a estas gentes; pero poca parte es, y cada día será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, con ensalzamiento de su santa fe.

Una de las «leyendas negras» que se imputan a España asevera que los indios se convirtieron al cristianismo por la violencia y muy especialmente por la actividad de la Inquisición. La verdad es exactamente la contraria: la Inquisición se prohibió a sí misma actuar contra los indios. La Inquisición, por supuesto, pasó a América, pero sus acciones no se dirigieron contra los indios, sino contra los mismos que la sufrían en Europa y que habían acudido al Nuevo Continente tratando de eludirla: los judaizantes —sobre todo, de origen portugués— y los protestantes, en general franceses u holandeses. Pero también, ojo, contra cristianos viejos incursores en causas de blasfemia, clérigos de conducta escandalosa, etc. Contra los indios actuó rarísimas veces. Uno de los casos más sonados fue el del cacique don Carlos de Texcoco, hacia 1539, y la gravedad de la pena —la muerte— fue tan desmedida que escandalizó a la propia Inquisición. Parece que en realidad don Carlos no estaba predicando herejías religiosas, sino un alzamiento indígena contra los españoles. En todo caso, fue precisamente el asunto de don Carlos el que llevó a la Inquisición a prohibir expresamente que se hiciera nada contra los nativos. ¿Por qué? Porque eran «neófitos en la fe» y no tenía sentido exigirles ortodoxia. Y así lo expresó una instrucción del Santo Oficio firmada en 1570 por don Carlos de Sigüenza:

Se os advierte que por virtud de nuestros poderes no habéis de proceder contra los indios del dicho vuestro distrito, porque por ahora, hasta que otra cosa se os ordene, es nuestra voluntad que solo uséis de ellos contra los cristianos viejos y sus descendientes y las otras personas contra quien en estos Reinos de España se suele proceder; y en los casos en que conociereis iréis con toda templanza y suavidad y con mucha consideración, porque así conviene que se haga, de manera que la Inquisición sea muy temida y respetada y no se dé ocasión para que con razón se le pueda tener odio. Y porque para que la buena administración de la justicia y recto ejercicio del Santo Oficio, conviene que lo contenido en la dicha instrucción se guarde y cumpla, os mandamos que veáis los dichos capítulos y guardéis, cumpláis y ejecutéis todo lo en ellos juzgado. Testimonio de lo cual mandamos dar, y dimos la presente, firmada de nuestro nombre, sellada con nuestro sello y refrendada del Secretario de la General Inquisición.

Hubo muchos indios que siguieron cultivando ciertas prácticas tradicionales, sobre todo de tipo curativo o ritual, y la Iglesia, con frecuencia, hizo la vista gorda. Es curioso descubrir que, en estos casos de prácticas curativas según ritos indígenas, a quien se castigaba no era al indio, sino al español que se sometía a ellas. Por ejemplo, en 1624 la Inquisición procesó a un tal Hernán Sánchez Ordiales, beneficiado de Coalcomán en Michoacán —un clérigo—, por «haberse curado con una india de sortilegios de hechicero». Quede claro en todo caso lo fundamental: la Inquisición prohibió perseguir a los indios.

Por cierto: los casos en que la Inquisición sí actuó, siempre contra «cristianos viejos», fueron mucho menos numerosos de lo que la leyenda negra nos vende. Los estudios de Henningsen y Contreras sobre las relaciones enviadas al Consejo de la Suprema Inquisición son taxativos: para un periodo de casi dos siglos, entre 1540 y 1736 (fecha de la última ejecución), los tribunales inquisitoriales americanos vieron unos 5.700 casos de los que solo 72 se sustanciaron en pena capital. Para el conjunto de todos los territorios de la corona española, en América y en Europa, las cifras en ese periodo de dos siglos son de 87.000 denuncias (pero en realidad solo se conservan 44.674) y alrededor de 1.100 ejecuciones. ¿Son muchas en doscientos años? Sí. Pero, para poner las cosas en su justo contexto, conviene recordar que en la Inglaterra protestante de Isabel I, entre 1559 y 1603, se ejecutó a más de un millar de personas (cerca de 800 en los primeros diez años) por ser católicos; a las mujeres se las aplastaba con una losa y a los hombres se les colgaba por el cuello sin estrangularles, se les amputaban en vivo los genitales y después se les sacaban las vísceras. Pero quienes han cargado con la «leyenda negra» son los españoles. Con razón se atribuye al insigne Blas de Lezo aquello de que «todo buen español debe orinar siempre mirando a Inglaterra».

Pero volvamos a la evangelización. ¿Qué pasó en el resto del continente? En el norte de América, los franceses, católicos, empiezan su evangelización en el siglo xvii. Es más lenta y pobre que la española en el sur: el territorio es menor y la población, más reducida. En cuanto a los ingleses, que llegan hacia la misma época, su actitud no tendrá nada que ver con la de los españoles. Para la mayor parte de los inmigrantes ingleses, protestantes, el indio es un ser inferior, un hijo de Satanás, y como tal debe ser sometido y exterminado. No hay posibilidad de redención mediante el bautismo. En la América anglosajona los indios son exterminados. Ahí sí puede hablarse netamente de genocidio: hubo una matanza racial con el pretexto de motivaciones supuestamente bíblicas. Hoy los pocos supervivientes de aquello están en reservas. Por el contrario, en la América Hispana sigue habiendo millones de indios y aún circulan, quinientos años después, muchas de las lenguas autóctonas. Y eso fue posible porque los teólogos y juristas españoles reconocieron que los indios tenían derecho a casa y hacienda y a trabajar por un salario justo. ¿Una obviedad? No: en la época, una revolución. Fruto directo de una conquista que se quiso ver, ante todo, como evangelización.

La verdad sobre el mestizaje

La llegada española a tierras americanas escribió un capítulo único en la Historia moderna: el nacimiento de un mundo mestizo. Las otras potencias coloniales europeas no se mezclaron con las poblaciones conquistadas; los españoles, sí, y en eso —como en otras cosas— nos parecemos más al imperio romano que al imperialismo francés o inglés. A propósito del mestizaje hispanoamericano, la leyenda negra ha acusado a los españoles de abusar brutalmente de las poblaciones sometidas, lo cual es falso, y la leyenda rosa ha mostrado a los conquistadores como humanitarios caballeros que estrechaban lazos de amor sin mirar raza ni condición, lo cual tampoco es verdad. ¿Cuál es la verdad? Vamos a contarla.

La primera razón por la que hubo mestizaje en América fue esta: las mujeres, para la mayoría de los pueblos amerindios, eran objeto de cambio. Así de claro. Raro fue el paraje descubierto cuyos naturales no ofrecieran a los españoles un buen número de mujeres en prenda de amistad. ¿Y aquellas mujeres se dejaban? Sí, porque ese era el estatuto de la mujer en las sociedades indias. Un caso ejemplar es el de la primera gran mujer india que aparece en la aventura española en América: Malineli Tenepatl, la Malinche, cristianada como doña Marina. Esta mujer, ya lo hemos visto, fue crucial para la conquista; gracias a ella pudieron los españoles entender las lenguas indígenas. Pero es muy interesante saber cómo se cruzó doña Marina en nuestras vidas. Así lo contó Bernal Díaz del Castillo:

A quince días del mes de marzo de 1519, vinieron muchos caciques y principales del pueblo de Tabasco y de otros comarcanos e trajeron un presente de oro y mantas de las que ellos hacen; y no fue nada este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina después de vuelta cristiana; y Cortés las repartió a cada capitán la suya, e a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández de Puertocarrero, primo del conde de Medellín; y desde que fue a Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, e della hubo un hijo, que se dijo don Martín Cortés, que el tiempo andando fue comendador de Santiago.

De manera que doña Marina fue literalmente regalada a los de Cortés. Como ella, otros muchos miles de mujeres fueron entregados a los españoles en México, en Nueva Granada o en Perú. Y no solo esclavas, sino mujeres de cualquier condición. Hay que tener en cuenta algo importante: en las poblaciones amerindias había tres, cuatro y hasta cinco mujeres por cada hombre. Los indios de Cempoal, una vez se alían con Cortés, regalan a los españoles ocho hijas de caciques y explican a los conquistadores «que será bien tomásemos de sus hijas y parientas para hacer generación», como dice Bernal. Cada vez que se firma la paz con una tribu vemos el mismo ritual de la entrega de mujeres. Porque en las sociedades indias, la condición de la mujer solía ser la de una mercancía.

Hay, por supuesto, excepciones. Los cronistas hablan de cierta cacica de Nueva Granada que, capturada, murió del coraje de verse presa. También los caribes del valle del Magdalena, en Colombia, opusieron resistencia al mestizaje: se cuenta que las mujeres ahogaban a los hijos al nacer si los veían demasiado blancos. Sin embargo, el hecho es que otras indias de esta misma región, las muiscas, huían de sus poblados para ir con los españoles; fueron ellas quienes abrieron el camino a los conquistadores. En el valle del Opón, por ejemplo, los conquistadores eludieron una emboscada

gracias a una india que detestaba a su cacique y avisó a los españoles.

Y una vez que un conquistador se veía con una, dos o tres mujeres, ¿qué hacía? No podía casarse con ellas, porque la poligamia está prohibida entre cristianos; además, muchos tenían a sus esposas en España. En general, lo que se hacía era bautizarlas y vivir en concubinato con ellas. Un caso característico es el de Pizarro en Perú. Derrotados los incas, Atahualpa sugiere a Pizarro que se case con dos de sus parientes, indias ya bautizadas: Angelina e Inés. Pizarro solo podría casarse con una, pero eso significaría desprestigiar a la otra y herir a Atahualpa, de manera que el extremeño optó por la más diplomática de las fórmulas: no contraer matrimonio canónico con ninguna, para no comprometerse, pero amancebarse con ambas, para dar gusto al inca y afianzar su posición ante los indios. Finalmente casó primero con Inés, luego, separando de esta, con Angelina. De ambas tuvo hijos. El mismo ejemplo siguieron muchos de sus compañeros. Por citar un caso bien conocido, el Inca Garcilaso de la Vega, el gran historiador, fue hijo natural (legitimado) de un capitán de Pizarro y de la princesa Isabel Chimu Oello, hija del príncipe Huallpa Túpac Inca.

La leyenda negra dice que el mestizaje fue obra de «sentenciados e infames» que habían sido enviados a las Indias. Una especie de pavorosa violación masiva. Esa leyenda se basa en que, en 1503, los Reyes Católicos autorizaron enviar delincuentes a las Indias, porque, tras los estragos causados por el gobierno de los Colón en La Española, nadie quería ir allí. Pero eso duró muy poco: aquí hemos visto con qué rapidez se prohíbe el paso a las Indias de reos con penas graves; el salto desde la isla de La Española al continente ya es obra de soldados y aventureros, no de maleantes. Y más aún: precisamente para que no vayan delincuentes a América, se dicta en 1548 orden real de que no se consienta «pasar a ninguno sin licencia expresa del emperador a su Consejo, e que no sean infames, ni sospechosos a la fe, ni padezcan otros defectos». También se dice que los mestizos eran fruto de la esclavitud de las mujeres indias. En realidad, como hemos visto, las indias eran frecuentemente esclavas antes de la llegada de los españoles. Por uso de la guerra, podían ser esclavizadas las mujeres de tribus que hubieran peleado contra los españoles. Pero, por otro lado, dejaban de ser esclavas en cuanto se bautizaban. Es decir, que en esto, como en otras muchas cosas, la leyenda negra miente.

Domingo Martínez de Irala, en Paraguay, convivió con varias concubinas nativas y además procuró que sus hombres hicieran lo mismo. Eso le valió la crítica de los religiosos, que motejaron a la colonia de Asunción como «el paraíso de Mahoma», pero le reportó la paz con numerosas tribus locales. Las hijas de Irala y sus compañeros fueron a su vez entregadas en matrimonio a otros conquistadores, reforzando por tan primitiva vía el mapa de las alianzas con los nativos. El propio Irala lo cuenta así en su testamento:

Digo y declaro y confieso que yo tengo y Dios me ha dado en esta provincia ciertas hijas y hijos que son: Diego Martínez de Irala y Antonio de Irala y doña Ginebra Martínez de Irala, mis hijos, y de María mi criada, hija de Pedro de Mendoza, indio principal que fue desta tierra; y doña Marina de Irala, hija de Juana mi criada; y doña Isabel de Irala, hija de Águeda, mi criada; y doña Úrsula de Irala, hija de Leonor, mi criada; y Martín Pérez de Irala, hijo de Escolástica, mi criada; e Ana de Irala, hija de Marina, mi criada; y María, hija de Beatriz, criada de Diego de Villalpando, y por ser como yo los tengo y declaro por mis hijos y hijas y por tales he casado a ley y a bendición, según lo manda la Santa Madre Iglesia.

¿Y es que en las Indias no había mujeres españolas? Muy pocas. Aquí hemos visto algunos casos notorios, pero son excepcionales. Las mujeres españolas no pasarán a América hasta bastante más tarde. Por regla general, los conquistadores no llevan a sus esposas hasta que los territorios están pacificados y organizados. Alguno, como don Leonel de Cervantes, llevó a su mujer y a seis hijas, que casaron en México con caballeros y capitanes. En Nueva Granada, la primera española que dio a luz fue, ya hacia 1540, Isabel Romero, esposa de Francisco Lorenzo; en la orilla del río Magdalena parió a una niña, María. En Potosí las españolas no pudieron dar a luz hasta 1598; era por la altitud: 4.300 metros (tampoco las gallinas daban pollos), y las madres tenían que ir a los valles a parir. El primer hijo de española nacido en Potosí se llamó Nicolás Flores; fue un 24 de diciembre y estaba terminando el siglo xvi.

Pero para entonces la sociedad americana ya era un mundo mestizo. Hay casos portentosos, como el del marinero Álvaro, en México, que en tres años tuvo treinta hijos de indias, y vivía con varias de ellas en concubinato. Lo de este Álvaro es una barbaridad, pero, aunque de manera no tan prolífica, esas situaciones eran la norma. Casi todos los conquistadores tuvieron hijos mestizos, unos legítimos, otros ilegítimos. Con mucha frecuencia, aquellos aventureros partían a otras expediciones o morían en ellas, y entonces todos —esposas, concubinas, hijos naturales e hijos legales— quedaban solos. La situación llegó a ser insostenible: era inaceptable una sociedad plagada de niños sin linaje, entregados a su propia suerte. Así que Felipe II, preocupado, dictó órdenes para la protección de esta primera generación de mestizos. Era 1553. Fue la primera legislación de protección social adoptada en América. Así lo mandaba el rey:

He sido informado que en toda esa tierra hay mucha cantidad de hijos de españoles que han habido de indias, los cuales andan perdidos entre los indios, e muchos dellos, por mal recaudo, se mueren y los sacrifican, de que Nuestro Señor sea deservido (...) por ende, yo vos mando que los hijos de españoles que hubiesen habido en indias e anduvieren fuera de su poder en esa tierra, se recojan y alberguen todos en esa ciudad y en los otros pueblos de españoles cristianos que os parecieren, e así recogidos, los que dellos vos constaren que tuvieren padre y que tienen hacienda o aparejo para los poder sustentar, hagáis que los tomen en su poder e los sustenten de lo necesario; e a los que no tuvieren padres, los que dellos fueren de edad los hagáis poner a oficios para que lo aprendan, e a los que no lo fueren, encargadlos a las personas que tuvieren encomienda de indios, dando a cada uno el suyo para que los tengan y mantengan hasta tanto que sean de edad y puedan aprender oficio y hacer de sí lo que quisieren, encargándoles que los traten bien.

La orden se cumplió. Y además se convirtió en una línea de acción permanente. Los misioneros fueron los primeros en atenderla. En 1557 se fundó el primer colegio para recoger a los niños mestizos pobres. Habría muchos más. ¿Por qué hicieron aquello los españoles? Porque no consideraban a los mestizos como a una casta inferior, sino como a cristianos, y eso imponía el deber de asistencia. Hay que insistir siempre en este punto, porque, sin él, no se entiende nada de la obra de España en América: para los españoles del xvi —y de los siglos posteriores—, el mundo no se dividía en blancos y negros, ni siquiera en españoles y extranjeros, sino en cristianos e infieles, y a estos últimos había que convertirlos; una vez convertidos, su dignidad no era menor que la de los españoles; podrían sufrir las consecuencias de una sociedad rígidamente jerarquizada, pero no la negación de su condición humana.

La asistencia a los mestizos pobres es un buen ejemplo de esta mentalidad, pero es más gráfico todavía el caso de los mestizos ricos, y el propio hecho de que hubiera mestizos ricos y poderosos. Los hijos de capitanes españoles y princesas indias llegan a ser caballeros, comendadores, escritores... y conquistadores: por ejemplo, quienes conquistaron la provincia de los caracas, en Venezuela, fueron los hermanos Fajardo, mestizos, hijos de un español y de una cacica india. Un pariente de San Ignacio de Loyola, el capitán Martín García de Loyola, se casó con una hija del príncipe Sairi Túpac, y su descendencia fue ennoblecida en España. El padre Blas Valera, historiador de los incas, era hijo ilegítimo de Luis Cabrera y de una mujer de la corte de Atahualpa. Podríamos multiplicar los ejemplos.

¿Acaso no existía rastro alguno de segregación en aquella América española? No exactamente: si el mestizaje con los indios se aceptó como un hecho natural, las cosas fueron distintas en el caso de los mulatos, los hijos de blancos y negros. Hay una carta muy interesante del virrey de Nueva España a mediados del xvii, Luis Enríquez de Guzmán, que se dirige al rey Felipe IV en estos términos:

Sola una cosa va cada día poniéndose en peor estado, y si Dios y vuestra majestad no lo remedian, temo que venga a ser la perdición desta tierra, y es el crecimiento grande en que van los mulatos, que de los mestizos no hago tanto caudal, aunque hay muchos entre ellos de ruin vivienda y de ruines costumbres, mas al fin son hijos de españoles y todos se crían con sus padres, que, como pasen de cuatro o cinco años, salen de poder de las indias y siempre han de seguir el bando de los españoles, como la parte de que ellos más se honran.

Los mulatos eran hijos de negros y blancos. Los negros, ya lo hemos visto, habían llegado a América como mano de obra esclava. Su propia situación social hacía que los mulatos crecieran al margen del orden. Eso era lo que preocupaba al virrey. El cual, por otra parte, no dudaba en asegurar que los mestizos «siempre han de seguir el bando de los españoles». Porque era, en general, el mismo bando.

De manera que el mestizaje en América empezó como rito de guerra y paz: la entrega de mujeres en unas sociedades indias donde la mujer era, con frecuencia, una mercancía. Y los españoles, al aplicar el criterio cristiano que confería igual dignidad a todo bautizado, lo convirtieron en germen de una sociedad nueva donde habría diferencias de posición y de fortuna, pero no de raza. Al contrario que los ingleses o los franceses, los españoles se mezclaron. Con ello, indios y españoles crearon un mundo que ya no era indio pero tampoco era solo español.

El descubrimiento científico de América

¿Qué pensaría el primer español que viera un cóndor, un jaguar, una anaconda? ¿Qué le pasaría por la cabeza al primero que probara una patata, un tomate o un pedazo de peyote? La conquista de América fue una hazaña que requería gran competencia política y militar, pero hubo mucho más: mucha fe, interés sincero por la cultura amerindia y también una curiosidad científica muy temprana. Tan temprana que España fue la primera en organizar una expedición científica al Nuevo Mundo: la de Francisco Hernández en 1570. Estas cosas llaman menos la atención que las batallas o las grandes navegaciones, pero sus frutos permanecen durante siglos. Gracias a la curiosidad del científico, a la delicadeza con la que examina una flor o una piedra, los europeos aprendimos en América cosas que aún hoy perduran. Son sonidos distintos al drapear de las velas o al choque de las espadas. Son los sonidos de la naturaleza.

Aquí hay que dar entrada a un gran médico castellano, el doctor Francisco Hernández, protagonista de una hazaña científica excepcional: la primera gran investigación sobre la naturaleza en América. Para apreciar la importancia enorme de su trabajo hay que recordar unas cuantas cosas sobre la ciencia de entonces. La primera: a partir de los siglos xv y xvi, las ciencias conocen un fuerte desarrollo en toda Europa, y ahí España juega un papel importante. La segunda: las ciencias mejor desarrolladas fueron la náutica y la cartografía, como corresponde a las necesidades de la época, y también las ramas de la física relacionadas con la construcción y con el arte militar. La tercera: lo que hoy conocemos como ciencias naturales, la botánica o la zoología, eran las parientes pobres de este desarrollo científico. ¿Por qué? Ante todo, por falta de clasificación. Pero justamente aquí aparecerá Hernández para poner la primera piedra.

No hay ciencia sin clasificación: hay que conocer las cosas, ordenarlas según su aspecto o sus propiedades, organizar géneros, especies y familias. Así lo hizo el romano Plinio el Viejo en su *Historia natural*. Así lo hará, a lo largo del siglo xviii, el sueco Carlos Linneo, el primer gran naturalista moderno. Pero en la época de Francisco Hernández, en el siglo xvi, la botánica y la zoología no disponían de clasificaciones científicas. Y eso es lo que hará Hernández: estudiar y clasificar la naturaleza americana. Y al hacerlo, creará el primer estudio científico moderno.

¿Quién era este Francisco Hernández, tan importante para la Historia Universal de la ciencia, pero al que los españoles hemos olvidado? Era médico de cámara de Felipe II, nada menos. Había nacido en la Puebla de Montalbán, en Toledo, en 1514. A los quince años ya era bachiller en artes y filosofía. Estudió medicina en Alcalá de Henares y emprendió una carrera rápida y brillante. Ejerció la medicina en el Hospital de la Santa Cruz de Toledo, y también en Sevilla. Aquí se casó con Juana Díaz de Paniagua, que le daría dos hijos: uno, Juan, seguirá los pasos de su padre; la otra, una hija, ingresaría en un convento. Francisco vive enteramente consagrado al estudio. Y en Sevilla descubre algo que le fascinará: la obra del médico Nicolás Monardes, que fue el primero en informar sobre los productos naturales que venían de América y sus propiedades curativas. Esta es la gran novedad científica del momento: los españoles están descubriendo los secretos de la medicina natural amerindia, sus plantas y fórmulas. Así describía Monardes, por ejemplo, las virtudes del tabaco:

Tiene esta yerba tabaco particular virtud de sanar dolores de cabeza, en especial proviniendo de causas frías (...). Hanse de poner las hojas calientes sobre el dolor y multiplicándolas las veces que fueren menester, hasta que el dolor se quite; algunos las untan con agua de azahar y hacen muy buena obra. Cuando por reumas o por aire o por otra causa fría se envaran las cervices, puestas las hojas calientes en el dolor dellas, lo quita y resuelve y quedan libres del mal (...). En pasiones de pecho hace esta yerba maravillosa obra, en especial en los que echan podres y materia por la boca, y en asmáticos y otros males antiguos; haciendo de la yerba cocimiento y azúcar hecho jarabe y tomado en poca cantidad, hace expeler las materias y pudriciones del pecho maravillosamente. Y tomando el humo por la boca hace echar las materias del pecho a los asmáticos.

La cumbre en la carrera profesional de Hernández llega en 1560, cuando entra en el monasterio de Guadalupe, con los frailes jerónimos, haciendo disecciones anatómicas, practicando la cirugía y organizando el jardín botánico. La Escuela Médica de Guadalupe era la antesala en la formación de los grandes médicos del reino, lo que se llamaba el «protomedicato». Aquí, en Guadalupe, alcanza el grado de magíster. Y en 1567 es nombrado médico de cámara del rey: entra en la corte de Felipe II.

La vida de este hombre tranquilo, estudioso, entregado a sus libros y a sus escritos, experimenta un vuelco absoluto cuando Felipe II, en persona, le propone una aventura insólita: marchar a América y estudiar su naturaleza. Felipe II sabía de los grandes conocimientos de Hernández en todas las ciencias naturales. Así que le encomienda viajar al inmenso mundo del virreinato de la Nueva España, desde los desiertos de Sonora hasta las selvas de Guatemala y desde la Florida hasta el Pacífico. Y allí el prudente médico toledano tendrá que retratar la tierra, los minerales, los animales, las plantas. Una aventura científica sin precedentes.

Sobre Felipe II hay que decir algo importante y es que, pese a la leyenda negra, era un hombre con auténtica pasión por el conocimiento. Era un loco de los libros. En 1576, al borde de cumplir los cincuenta años, atesoraba ya 4.545 volúmenes y 2.000 manuscritos. A su muerte, en 1598, la colección del rey alcanzaba los 14.000 volúmenes. Era la mayor biblioteca privada del mundo. Pero su ambición no era tener una gran colección privada, sino instituir en El Escorial un gran centro de investigación. El mismo rey se lo escribía en 1567 a su embajador en Francia:

Todavía holgaré que de aquí se tomen todos los más raros y exquisitos libros que se pudieren haber, porque es una de las principales memorias que aquí se pueden dejar, así para el aprovechamiento particular de los religiosos que en esta casa hubieren de morar, como para el beneficio público de todos los hombres de letras que quisieren venir a leer en ellos.

El rey donó a la biblioteca de El Escorial 4.000 volúmenes de su propiedad, y envió a eruditos de su confianza a todas partes, en España y en Europa, para adquirir libros. Así nació la Biblioteca Laurentina: un gigantesco proyecto de investigación con el mejor fondo de códices griegos y la mejor colección europea de manuscritos árabes. Pues bien: es este apasionado del saber, Felipe II, el que en 1570 nombra a nuestro Francisco Hernández protomédico de todas las Indias y le encomienda recopilar, en un plazo de cinco años, toda la vida natural de los nuevos reinos. Felipe II quiere conocer qué hay allí y cómo se puede utilizar. Y pone a disposición de Hernández medios considerables: un asistente (el hijo del propio Hernández, Juan), un «técnico», un cosmógrafo y un amplio equipo con médicos, boticarios, herborizadores, dibujantes, amanuenses...

El trabajo de Hernández va a ser el sueño de cualquier investigador. Viaja por todas partes: la altiplanicie central, la costa del Pacífico, Oaxaca, Michoacán. Recoge muestras y material botánico, las estudia, las clasifica, siempre con especial interés por las plantas medicinales. Los cinco años prescritos se convertirán en ocho: ocho años de intenso trabajo de campo. Y su método, su manera de investigar, va a ser trascendental para la ciencia de los próximos siglos, porque es un perfecto ejemplo pionero de saber experimental. El método de Hernández consistirá en un sistema de fichas normalizadas sobre cada especie vegetal, sobre cada piedra. Era un cuestionario de tipo descriptivo, por escrito, acompañado de dibujos. Con este sistema pudo recabar información por correo desde los lugares más remotos de la Nueva España. Y después, con toda la información en la mano, el equipo de Hernández viaja, confronta los datos con la realidad, recoge materiales y los analiza. Así hubo en aquellos años, por todo el virreinato, una pequeña legión de sabios buscando hierbas y piedras, estudiando animales, analizando plantas y frutos. El propio Hernández participó, entusiasta, en la tarea. Y cuando la enfermedad le impidió viajar, se concentró en la clasificación de las especies que le llegaban. Con frecuencia probaba él mismo las plantas; una vez estuvo al borde de la muerte por comer lo que no debía. ¿Cómo eran esas descripciones de Hernández? ¿Qué tipo de información ofrecían? Tenemos un ejemplo interesante: el de una planta mexicana muy eficaz contra la diarrea:

Apitzalpatli crenelado, o hierba partida en su borde que detiene el flujo del vientre. Su nombre, Apitzalpatli, de «apitzalli», diarrea, y «pahltli», remedio. Remedio de la diarrea. Es el Apitzalpatli una hierba de cinco palmos de largo, de raíz ramificada, hojas como de menta, flor amarillo rojiza, semillas como de malva, sabor casi nulo y naturaleza fría y salivosa. Debido a esto, las semillas o las hojas machacadas y tomadas en dosis de una onza con vino de metl o algún otro líquido astringente, contienen el flujo del vientre u otro cualquiera, de donde le viene el nombre. Se dice que en la misma dosis fortalecen el estómago y curan. Nace en las colinas de regiones cálidas, o bien en las cimas áridas o desprovistas de vegetación.

El fruto del trabajo de Hernández fue espectacular. Veintidós volúmenes escritos en latín —lo cual garantizaba su universalidad— que se convirtieron en la enciclopedia natural más importante del mundo: describe tres mil especies vegetales, introduce plantas exóticas como el cacao, el maíz, el tomate, la papaya, el peyote, el chili, y también plantas que vienen de Filipinas o el área del Índico, como la canela o el clavo; recoge más de cuatrocientos animales de la fauna mexicana y treinta y cinco minerales utilizados en medicina. Por la amplitud de sus informaciones y por lo avanzado de su método, Hernández se convertirá en la principal referencia de los naturalistas europeos hasta bien entrado el siglo xviii.

Como en nuestras historias nunca falta la tragedia, la obra de Hernández se quemó: en 1671, cuando un incendio asoló durante cinco días el monasterio de El Escorial, todos los originales de Hernández fueron pasto de las llamas. Por fortuna, Felipe II, en su día, había tenido la prudencia de encargar a otro de sus médicos de cámara, el italiano Nardo Antonio Recci, que resumiera la obra de Hernández para su publicación. A Felipe II se le ha reprochado que encargara ese trabajo a otro que no fuera el propio Hernández, y a Recci también se le ha criticado mucho porque su forma de resumir la obra no fue la adecuada, pero el hecho es que gracias a ambos pudo sobrevivir la portentosa

investigación del médico toledano. En 1615 apareció en México la primera edición de Hernández: *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas*. Después aparecerá en Roma. La obra se reeditará, sobre todo en México, varias veces. Aún hoy siguen apareciendo documentos originales de nuestro gran naturalista.

La aventura científica de Francisco Hernández no fue un caso aislado. Fue, sí, la única expedición que gozó de la iniciativa personal del rey, y su trabajo fue también el más perfecto, pero otros estudiosos españoles, en estos mismos años, van a retratar la naturaleza del Nuevo Mundo con grandes aportaciones para la ciencia del momento. Cristóbal de Acosta, médico burgalés que viajó por África y Asia, publicó en 1578 su *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales* y también un volumen sobre *Remedios específicos de la India Oriental y de la América*. El jesuita José de Acosta, cura sapientísimo de Medina del Campo, que entre 1571 y 1587 recorrió México y Perú estudiando gentes y plantas, animales y tierras, contó todo eso en su *Historia natural y moral de las Indias* (este Acosta, por cierto, fue el primero en conjeturar que los indios habían llegado a América a través de Siberia). Benito Arias Montano acumuló las mejores investigaciones de su tiempo en una *Historia natural* que circulará intensamente por Europa. Bernabé Cobo, jienense, también jesuita, recorrió durante más de treinta años México, las Antillas y Perú, y en 1653 publicó su *Historia del Nuevo Mundo*. Contra el tópico, lo cierto es que la ciencia española del xvi y el xvii estaba a la cabeza de Europa.

¿Y de Hernández qué fue? Volvió a España. Permaneció en Madrid, siempre estudiando. Había comenzado la traducción de su obra al *nahuatl*, la lengua de los mexicas y los aztecas. Murió en 1587. Ignoramos en qué condiciones. Como escribe un ilustre médico mexicano: «Tan injustos han sido sus compatriotas con este eminente varón, que aún se ignora el lugar de su sepultura». Hay que corregir eso.

Los derechos humanos nacen en Valladolid

¿Hay que insistir en el intenso y continuo debate religioso y moral que suscitó en España la conquista de América? Sí, hay que insistir, porque es uno de los rasgos fundamentales de la cruzada del océano. A lo largo de nuestro relato lo hemos visto reiteradas veces. Y a la altura de 1550, ese debate iba a conducir a algo que nunca antes había pasado en la Historia: un emperador en la cumbre de su poder tomó la decisión de detener sus conquistas hasta tener la certidumbre de que estaba obrando en justicia.

Así es: Carlos I ordena detener todas las conquistas en América hasta que una junta especial de sabios dictamine sobre cuál es la forma más justa de llevarlas a cabo. Esa junta de sabios se reunirá en Valladolid. Aquí se va a entablar uno de los debates intelectuales más trascendentales de todos los tiempos. De la polémica teológica y jurídica surgirá algo inédito: la idea moderna de los derechos humanos. Hay hazañas que se escriben con barcos y espadas, y otras que se escriben con el alma y con la razón. A este último género pertenece la Controversia de Valladolid.

La cuestión de fondo, como siempre, era esta: ¿tenemos derecho a conquistar las Indias? Y ya hemos visto que la pregunta no era nueva.

Desde América viene la voz inflamada del dominico sevillano Bartolomé de las Casas en defensa de los indígenas, que escribe esto en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*:

En estas ovejas mansas entraron los españoles como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruillas por nuevas y varias maneras de crueldad, en tanto grado que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales della doscientas persona (...). Una vez vide que, teniendo en las parrillas quemándose cuatro o cinco principales y señores (y aún pienso que había dos o tres pares de parrillas donde quemaban otros), y porque daban muy grandes gritos y daban pena al capitán o le impedían el sueño, mandó que los ahogasen; y el alguacil, que era peor que verdugo, que los quemaba, no quiso ahogarlos, antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizóles el fuego hasta que se asaron despacio como él quería. Y porque algunas veces, raras y pocas, mataban los indios algunos con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí que, por un cristiano que los indios matasen, habían los cristianos de matar cien indios.

A la altura de 1550 ya todo el mundo sabía que muchas de las acusaciones de Las Casas no eran ciertas, y tampoco se ignoraba que estas «ovejas mansas» eran las mismas que se habían comido a Solís o atrapaban a los indios de las tribus vecinas para arrancarles el corazón en lo alto de una pirámide. Fray Bartolomé estaba cometiendo un error muy común en los europeos, a saber, considerar a todos los indios como una sola y la misma cosa, cuando, en realidad, entre un taíno de La Española y un cuzqueño del Tahuantinsuyo había más diferencias que entre un escandinavo y un berebere. En todo caso, eso no afectaba decisivamente a la cuestión moral de principio, que era la actitud de los conquistadores y la legitimidad de su dominio. La voz de Las Casas será escuchada. Incluso el obispo de México, el durangués Juan de Zumárraga, llega a cuestionar la licitud de la conversión de los indios y de la presencia española en América.

Pero hay otras opiniones. Un gran humanista, Juan Ginés de Sepúlveda, cordobés de Pozoblanco, también dominico y consejero de Carlos I, defiende lo contrario: que España tiene derecho a hacer

guerra de conquista en las Indias porque, según Aristóteles, los pueblos de civilización superior tienen derecho a dominar y tutelar a los de civilización inferior, y por tanto es justo que los españoles dominen a los indios, idólatras y antropófagos, y los evangelicen, para llevarlos así a su misma altura. El emperador toma muy en serio la cuestión —está dispuesto incluso a abandonar las Indias— y la somete a uno de los sabios más reputados de Europa: Francisco de Vitoria, que ya ha aparecido en nuestro relato a propósito de las Leyes Nuevas de 1542.

En Vitoria hay que pararse. Es uno de los grandes cerebros de la historia de España y uno de los pensadores más influyentes de su tiempo. Había nacido en Burgos hacia 1483. Ingresó en los dominicos con poco más de veinte años. Había estudiado artes y teología en París. Con cuarenta y tres años se hizo cargo de la cátedra de teología de la Universidad de Salamanca; estamos hablando de las cumbres de la cultura europea en el Renacimiento. Vitoria introdujo en Salamanca la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino, que desde aquí se proyectó hacia el resto de Europa. En torno a Vitoria se conformó la Escuela de Salamanca, que promovió una reflexión moral sobre la economía completamente novedosa en su tiempo. Fue el fundador del derecho internacional moderno al concebir el mundo como una comunidad de pueblos organizada políticamente y basada en el derecho natural. Es él quien sienta las bases del derecho de gentes, que es el precedente de la idea moderna de los derechos humanos. Y esa reflexión arranca precisamente de su examen sobre la conquista y sobre los derechos de los indios cuando el emperador le consulta sobre el particular.

¿Qué contestó Vitoria al emperador? Francisco de Vitoria sostiene que el orden natural se basa en la circulación libre de personas, luego es justo que los españoles crucen el mar. Pero los indios no son seres inferiores, sino que poseen los mismos derechos que los demás hombres y son dueños de sus vidas y sus tierras. Convertirlos a la fe es un derecho de los españoles, pero es sobre todo un derecho de los indios, a los que se ha de garantizar el conocimiento del Evangelio. Hasta entonces, eso se hacía mediante el llamado «requerimiento»: el conquistador llega y ofrece a los indios la conversión; si se niegan, empieza la guerra. Vitoria dice que ese no es el camino y plantea el «derecho de comunicación»: los indios tienen que entender lo que se les está pidiendo, y solo si ese derecho de comunicación se garantiza, tiene sentido la propagación del Evangelio.

A partir de estos principios, Vitoria le dice a Carlos I que los españoles pueden actuar en las Indias, pero solo conforme a siete «justos títulos». Primer título: los mares son libres y los recursos naturales, si no tienen propietario, son comunes, de manera que es justo viajar a América, abrir minas, buscar perlas, etc.; si los indios vetaran este derecho, sería justo hacerles la guerra, pero solo si de verdad es para defender el propio derecho. Segundo título: todos los cristianos tienen derecho a la propagación del Evangelio, en la forma que disponga el papa. Tercer título: si los indios que se han convertido al cristianismo son forzados por sus jefes a volver a la idolatría, entonces sería justo hacer la guerra contra los idólatras. Cuarto título: si los indios se han convertido, es posible apartar a sus príncipes infieles para poner en su lugar a un príncipe cristiano, y esto es competencia del papa. Quinto título legítimo: los españoles pueden acudir en defensa de las víctimas de gobiernos tiránicos y crueles. Sexto título: los indios tienen que ser libres de aceptar la soberanía de España, y si la aceptan, entonces el dominio español es legítimo. Título séptimo: los españoles pueden socorrer y ayudar a sus amigos y aliados indios en sus guerras contra otros indios enemigos. Pero si la

presencia española en América se plantea como una guerra de ocupación o como una guerra de religión, entonces sería injusta.

De este marco filosófico y moral proceden las Leyes Nuevas de 1542, aquellas que provocarán la revuelta de los encomenderos. Pero como su aplicación es difícil y las denuncias continúan, Carlos I toma la gran decisión: someterá el asunto definitivamente a una gran asamblea de sabios. El 3 de julio de 1549, el Consejo de Indias ordena detener la conquista. Vamos así a Valladolid, agosto de 1550. Teólogos y juristas comienzan a llegar a la capital del reino. Están los mejores espíritus del imperio: el segoviano Domingo de Soto, el navarro Bartolomé de Carranza, el alcarreño Melchor Cano, todos dominicos, y también Pedro de la Gasca, el primer pacificador del Perú, junto a los jurisconsultos del Consejo de Indias. Francisco de Vitoria no está: ha muerto cuatro años antes. Pero muchos de sus argumentos los recogerá Bartolomé de las Casas, que va a defender que la guerra de conquista es injusta. Y enfrente estará Juan Ginés de Sepúlveda, que va a defender lo contrario.

Las Casas y Sepúlveda son los protagonistas del debate. Con ojos de hoy, resulta más simpático Las Casas, porque era el defensor de los indios, y más antipático Sepúlveda, que defendía el derecho imperial. Pero las cosas son mucho más complejas. De fray Bartolomé se sospechaba ya que se estaba inventando muchas de las historias que contaba. Sus denuncias eran justas, pero su generalización distorsionaba la realidad. Por otra parte, la supresión de las encomiendas había traído más complicaciones que ventajas, incluso para los propios indios. En cuanto a Sepúlveda, era un intelectual de primer rango, menos fanático que Las Casas, y sinceramente convencido de la justicia de la conquista. Ambos serán los portavoces de las posturas en liza. Si por fray Bartolomé fuera, España abandonaría las Indias; para Sepúlveda, al revés, había que quedarse allí. La Junta tuvo dos fases: en el verano de 1550 y en la primavera de 1551. No podemos detallar aquí un debate tan intenso, pero, con la licencia del lector, vamos a exponer los argumentos principales de la discusión en boca de sus protagonistas. Demos primero la palabra a Sepúlveda:

Sepúlveda: Dice Aristóteles y corrobora Santo Tomás que los hombres son, por naturaleza, unos superiores y otros inferiores. Los inferiores son los bárbaros, que no viven conforme a la razón natural y tienen malas costumbres. Y es de recta razón que los bárbaros sean sometidos a los que no lo son, y que así lo indios obedezcan a los españoles. Y si no puede ser por la paz, habrá de ser por las armas, y esta guerra será justa.

Las Casas: Pero vuestra reverencia, hermano Sepúlveda, no interpreta bien a Aristóteles. Porque él habla de cuatro clases de bárbaros, y los indios, a los que yo conozco, no son bárbaros propiamente dichos, o sea crueles y sin razón, sino que poseen razón suficiente y bien podrían gobernarse por sus propios medios. ¿O no hay razón en quienes han construido esos grandes templos que nos admiran? Y por su razón, hay que llevarlos a la civilización y a la fe de forma pacífica, y no a través de la guerra.

Sepúlveda: Habláis, fray Bartolomé, de los grandes templos como signo de razón, pero también las abejas construyen panales prodigiosos, y no por eso se les presupone razón. Mirad, por el contrario, esos grandes pecados de estos mismos bárbaros, que comen carne humana y la ofrecen a sus ídolos. Estos pecados contra la ley natural ya fueron castigados por Dios en los antiguos habitantes de la Tierra Prometida. Y del mismo modo es de justicia que la idolatría y la blasfemia puedan ser vencidas con la espada, pues es justo hacer la guerra a los idólatras, para que los infieles puedan oír la predicación de la fe y observar la ley natural.

Las Casas: Muy equivocada está vuestra reverencia, pues habláis de castigar al idólatra, pero el castigo solo puede imponerlo quien para ello tiene jurisdicción, y aquí la jurisdicción no corresponde al príncipe, ni siquiera a Su Santidad. Porque estos indios nos eran del todo desconocidos, luego no son súbditos del príncipe. Ni tampoco conocían la fe, luego, al no ser

súbditos de Cristo, no han de estar sometidos al fuero de la Iglesia.

Sepúlveda: ¿Tendremos que dejar entonces que todos esos inocentes, víctimas de la idolatría, sigan siendo sacrificados por millares en los altares de los demonios? Porque por millares fueron sacrificados, todos los años, más víctimas inocentes que las que causaría una guerra justa contra los idólatras. Todos los hombres están obligados por ley natural a defender a los inocentes. Y solo se los podrá defender si los idólatras son sometidos por otros hombres mejores; hombres que, por ser cristianos, aborrezcan los sacrificios.

Las Casas: Mal podremos defender a los inocentes si los matamos en la guerra. ¿No será mejor favorecer que cambien de religión por vías pacíficas? Aquí no estamos hablando de crímenes comunes, pues ¿dónde se ha visto que sea todo un pueblo el que delinque? Esos sacrificios proceden de la ausencia de fe, pero no de la maldad. La Naturaleza nos enseña que es justísimo que ofrezcamos a Dios las cosas más preciosas, y ninguna cosa hay tan preciosa como la vida; luego está en la naturaleza que los que carecen de fe, sin otra ley que ordene lo contrario, inmolen incluso víctimas humanas al Dios que tienen por verdadero. Nosotros reprobamos esas prácticas según el mandamiento de la fe verdadera: «No matarás». Pero por lo mismo, no podemos matarlos para que vengan a la verdadera fe.

Sepúlveda: Pues yo sostengo que, para traerlos a la fe, no es ilegítimo el recurso a la fuerza. Es de derecho natural y divino, siguiendo a San Agustín, corregir a los hombres que yerran muy peligrosamente y que caminan hacia su perdición. Atraerlos a la salvación es de derecho y, además, es un deber que todos los hombres de buena voluntad querrían cumplir. Dos formas hay de hacerlo. Una, a través de exhortaciones y doctrina. Otra, acompañándolas de alguna fuerza y temor a las penas, no para obligarlos a creer, sino para suprimir los impedimentos que puedan oponerse a la predicación de la fe. Hemos visto que los indios, una vez sometidos al poder de los cristianos, se convierten en masa y se apartan de los ritos impíos. Y así en pocos días se convierten más, y más seguramente, que los que se convertirían en trescientos años de exhortación.

Las Casas: San Agustín defiende el uso de la fuerza, sí, pero sabe vuestra reverencia que lo hace específicamente para con los herejes que están bajo la jurisdicción de la Iglesia, no para con los infieles y paganos, que no lo están. Los indios son infieles que no están bajo la jurisdicción de la Iglesia. Luego la forma correcta de obrar con ellos no es usar la fuerza, sino convocar a los indios y, de forma pacífica, invitarles a abandonar la idolatría y a recibir la predicación.

Así transcurrió la Controversia de Valladolid. ¿Quién ganó? En realidad, nadie. O quizá los dos. La mayor parte de los teólogos se inclinó por Las Casas; la mayor parte de los juristas, por Sepúlveda. El tribunal votó y empató. No hubo una sentencia oficial. Pero sí varios informes, y todos ellos tuvieron consecuencias. España no abandonó las Indias. Aquí, como en casi todo, se tuvo en cuenta lo que ya había dicho Francisco de Vitoria: «Es claro que, después de que se han convertido allí muchos bárbaros, ni sería conveniente ni lícito al príncipe abandonar por completo la administración de aquellas provincias». Y se mantuvo el dominio español como Sepúlveda reclamaba. Pero se reconoció que los indios eran personas con derechos propios (hoy nos choca por obvio, pero entonces no lo era) y se suspendió la penetración en el continente americano hasta 1556; en esa fecha se ampliaron los asentamientos en el Perú, y ya fue con instrucciones muy específicas para evitar daño a los indios. Ya no se hablaba de conquista, sino de pacificación.

Lo más importante: a partir de la Controversia de Valladolid amanecieron los derechos humanos. Fue la primera vez que los reyes y los teólogos se plantearon la cuestión de los derechos fundamentales de los hombres por el simple hecho de ser hombres, derechos anteriores a cualquier ley positiva. Nunca antes un pueblo se había preguntado con tal profundidad dónde acaban los derechos propios, los derechos del vencedor, y dónde empiezan los derechos ajenos, los del vencido. Nunca el poder se había sometido de tal manera a la filosofía moral. Si la gesta de la conquista hizo grande a aquella España, porque nunca se había hecho nada igual, el debate sobre su justicia la agiganta, porque es un rasgo elevadísimo de civilización.

En cuanto a los indios, quizá convenga recordar, porque pocos españoles lo saben, que cuando llegó el momento de las guerras de la independencia en América, a principios del xix, la mayor parte de los nativos se alineó antes con el bando realista que con el independentista. ¿Por qué? Porque veían en la corona una instancia de protección frente a las ambiciones de la oligarquía criolla. De hecho, después de la aplicación de las Leyes Nuevas y de la Controversia de Valladolid se mantuvieron vivas prácticamente todas las comunidades indígenas que habían sobrevivido a la conquista (que eran muchísimas). Un dato: a principios del xix solo el 30 por ciento de los habitantes de las Indias hablaba español; el resto eran grupos indígenas cuyas tierras comunales habían sido respetadas por los españoles. Así, cuando empiecen las guerras de emancipación, los nativos estarán muy mayoritariamente con las banderas del rey, y no con los «libertadores». Habrá regimientos enteros de indios defendiendo al rey de España, como el de los Nobles Patricios de Cuzco —cuyos oficiales eran todos de las trece casas de sangre real inca— o los araucanos del cacique Villacurá. La misma sorpresa se encontró Bolívar en 1820 en el sur de Colombia y en Ecuador: sus enemigos más encarnizados eran indios. Y aquellos indios combatieron hasta el final.

¿Y dónde estaba el oro de Indias?

Y a todo esto, ¿de dónde venía el oro de los indígenas, el tesoro de Eldorado, los muchísimos kilos de metal que adornaban la cámara del tesoro de Moctezuma o el Templo del Sol de Atahualpa? Hasta 1540 no habían aparecido más que pequeños yacimientos de aluvión en los lechos de algunos ríos («placeres», se llaman), como en la cuenca del Magdalena, de donde en el mejor de los casos solo se podían sacar pepitas, e interesantes minas de plata en México (Sultepec, Zympano, etc.). Inmediatamente después se encontraron viejos lavaderos incaicos de oro como el chileno de Marga-Marga, pero nada de todo eso permitía explicar la abundancia de metal que los españoles habían visto por todas partes. ¿De dónde sacaban el oro los indios? La pregunta tardó en hallar respuesta. Pero al fin la encontró.

El subsuelo de América nadaba en oro y plata. Al menos, en comparación con Europa, donde las viejas vetas se habían agotado hacía tiempo ya. Solo en el virreinato del Perú se contaban no menos de 17 grandes yacimientos de oro y plata. En el virreinato de Nueva España el número se elevaba a 20 entre placeres y minas. La mayor parte de los descubrimientos se produjo en la segunda mitad del siglo xvi, pero hasta el siglo xviii seguirán apareciendo nuevos tesoros ocultos bajo la tierra.

El primer gran hallazgo fue la mina de plata de Potosí, en lo que hoy es Bolivia, en un rincón perdido del Tahuantinsuyo, a más de 4.000 metros de altitud. La mina se descubrió de una manera singular. Dice la tradición nativa que el inca Huayna Cápac, en guerra contra los guaraníes, llegó hasta aquella apartada región y sospechó yacimientos de plata en un cerro. Cuando los hombres se pusieron al trabajo, un estruendo ensordecedor paralizó a los operarios y una voz de ultratumba advirtió: «No toquéis el cerro: el señor lo guarda para otro que vendrá después». Aquel cerro se llamó Potosí, que en un dialecto aimara significa «estruendo». Años después, hacia 1545, el imperio inca había caído y un capitán español, Juan de Villarroel, poco agraciado por la fortuna, reconocía aquellos parajes en compañía de sus criados. Una llama se escapó y uno de los criados, el indio Huallpa, salió en su búsqueda. Cayó la noche y el amigo Huallpa, para no morir de frío, prendió una hoguera. El fuego hizo ver una veta blanca y brillante en el suelo. Era plata. Tan abundante que incluso se veía a flor de tierra. El 1 de abril de 1545, Villarroel y otros socios tomaban posesión del que llamaron Cerro Rico de Potosí. Quizá las historias de Huayna Cápac y del indio Huallpa sean legendarias. Lo que no es leyenda es la plata que dormía bajo el cerro, que de inmediato atrajo a miles de personas.

Las cifras de Potosí quitan el aliento. Entre 1571 y 1578 reportó casi 2.000 millones de maravedíes. Entre 1576 y 1580, casi 8.000 millones, y las magnitudes crecieron en los años siguientes hasta alcanzar los 12.000 millones en 1585 y los 14.000 en 1590. Su peso de mineral: los apuntes de la Casa de la Contratación de Sevilla consignan 303 toneladas en la década de los cincuenta, que se triplican a 909 toneladas en los diez años siguientes y siguen aumentando hasta las 2.707 toneladas entre 1591 y 1600. El inhóspito cerro pelado donde durmió el indio Huallpa se convirtió en un centro urbano de primera magnitud. A principios del siglo xvii había nada menos que 160.000 personas viviendo en Potosí.

La de Potosí solo fue una entre otras muchas, pero nos sirve de ejemplo porque terminó

convirtiéndose en el paradigma del tesoro minero. En los años siguientes apareció también plata en gran cantidad en Zacatecas y Guanajuato, en México. Y después oro en Antioquia (Colombia), en los yacimientos de Tomebamba y Zaruma (Ecuador), en las minas de Quilacoya y Choapa (Chile), etc. El oro, en general, se encontraba en «placeres», es decir, entre las arenas de los ríos. Pero hubo también minas auríferas propiamente dichas, como las de Remedios y Buriticá, en la actual Colombia. Y tuvo gran importancia el mercurio descubierto en Huancavelica (Perú), y después en Chile; entre otras razones, porque el mercurio era fundamental para apelmazar el oro extraído en los lavaderos.

Las cifras de la Casa de la Contratación sobre las entradas de oro también son dignas de consideración: casi 800 kilos de oro al año entre 1503 y 1520 (el oro de las Antillas), gran descenso en los años siguientes por el agotamiento de los filones, fuerte recuperación a partir de 1531 con 14.466 kilos de oro hasta 1540, ascenso a 24.957 kilos para el decenio siguiente y un pico de 42.640 kilos para el periodo 1551-1560. A partir de aquel momento la producción de oro cayó en picado: en los últimos cuarenta años del siglo xvi entraron «solo» 52.511 kilos de oro. Pero la producción de plata compensaba con creces el descenso del oro.

Una nota importante: los registros de la Casa de la Contratación solo reflejan el valor del metal que entraba en España, porque una parte no desdeñable permanecía en las Indias, en manos de los propietarios de las explotaciones. Así se pagaron las catedrales, las universidades, los colegios, los puertos, los acantonamientos de tropas, las ciudades, los conventos, las misiones... Las minas no eran propiedad de la corona: eran propiedades privadas. La corona participaba de los beneficios con impuestos de diverso tipo e, instrumentalmente, con los envíos de azogue, o sea, el mercurio, que era preciso para extraer el oro. ¿Qué parte de la extracción minera viajaba a España? Uno, los beneficios privados, que normalmente se reinvertían en propiedades y bienes; dos, el tributo a la corona, que pasaba a las arcas reales. La corona se quedaba por capitulación con el quinto real, es decir, un 20 por ciento de lo extraído. A eso se añadían los impuestos y los derechos aduaneros, que, variando según las condiciones, podían representar entre un 10 y un 20 por ciento más. Por cierto que esta última parte de la fiscalidad regia tendía a ser «toreada» por los propietarios de las minas, que trataban de eludir por todos los medios a los recaudadores.

Con frecuencia se optaba por ocultar una parte del metal explotado, lo cual dio lugar a todo un despliegue de los alguaciles reales para encontrar lo hurtado. ¿Un ejemplo? Entre 1516 y 1560 la corona obtuvo cerca de 12 millones de ducados en oro legalmente declarado y otros 3,5 millones en metal decomisado a los contrabandistas (¡un 20 por ciento del total!). En enero de 1555 hubo un naufragio en la playa de Zahara, en Cádiz, y fue posible recuperar el metal que iba a bordo. Podemos imaginar la sorpresa de los funcionarios reales al descubrir que el oro y la plata recuperados superaba en un 300 por ciento el valor declarado al embarque. Se calcula que el metal «despistado» de las arcas reales pudo ascender a más de un 20 por ciento de toda la producción. Para evitar estas cosas, la corona terminó sustituyendo el viejo modelo de porcentajes por un sistema de cuotas fijas que debían abonar los comerciantes tanto en España como en América.

Otro dato que conviene tener en cuenta, para poner las cosas en su justo contexto, es la proporción real de metal extraído en comparación con lo que puede extraerse hoy día, en el siglo xxi. Por ejemplo, entre 1521 y 1600, es decir, casi un siglo, entraron en España unas 17.000 toneladas de

plata y 181 toneladas de oro. Pues bien, la producción de oro en Sierra Pelada, Brasil, en 1983 fue de 14 toneladas en un solo año y en un solo yacimiento. Más datos: el tesoro enviado a España por los virreinos y capitanías generales en ciento veinte años, entre 1530 y 1650 —explica el profesor de la Universidad de Texas Francisco Marcos Marín—, equivale a la extracción actual de plata durante veintiséis meses y de oro durante seis meses. Todo el oro y la plata enviados a España desde la conquista hasta 1810 se extrae actualmente en cuatro años de minería de plata y uno de oro.

Por otra parte, conviene explicar cómo funcionaba el Tesoro Real para hacerse una idea correcta del peso de la aportación americana en la economía española de la época. Por supuesto que los metales preciosos traídos de América doraron literalmente las arcas de la corona, multiplicaron el peso del país y, mal que bien, permitieron pagar los gastos inmensos de las guerras contra la reforma protestante y otros conflictos que vendrían después, pero, proporcionalmente hablando, no fueron la principal fuente de ingresos de España. En los momentos de mayor entrada, que fue a finales del siglo xvi, el oro y la plata de las Indias representaron algo menos del 25 por ciento de los ingresos totales.

La corona española tenía cuatro vías fundamentales de ingresos. Una era Castilla, cuyos impuestos representaban habitualmente la mayor parte del conjunto. En 1550, por ejemplo, 1.250.000 ducados. Otra fuente era la Iglesia a través de los llamados tercios reales, de un impuesto llamado «subsidio» y de los ingresos de las órdenes militares. Vayan algunas cifras: 420.000 ducados para la corona en subsidios en 1561 (llegarían a ser millón y medio en 1590), 146.000 ducados al año por las órdenes militares, 1,6 millones de ducados por tercios reales en 1623 y solo en la Iglesia de Castilla. La corona de Aragón también aportaba, pero en cantidades muy inferiores. Por ejemplo, entre 1528 y 1550 las Cortes de Monzón aportaron en torno a 100.000 ducados anuales. Es importante consignar esas cifras para poner igualmente en su justo contexto las entradas de oro y plata de las Indias, cuyo monto entre 1516 y 1560 fue de 270.000 ducados anuales. Esa cantidad se duplicó en la década siguiente y en 1590 llegó a los 2.620.000 ducados. Cantidades muy relevantes, pues, pero dentro de unos límites. Y que no evitaron que Felipe II tuviera que declarar tres quiebras (en 1557, 1575 y 1596) para «reestructurar» la deuda. Porque la cruzada, tanto la del océano como la que se libraba en Europa contra los protestantes, resultó ser carísima.

A más largo plazo, el efecto más importante de la minería en las Indias no fue tanto el tráfico de metal en sí mismo como las enormes transformaciones que trajo consigo. Las más de las veces, las minas y los placeres se hallaban lejísimos de cualquier centro habitado, lo cual obligó a emprender una ciclópea tarea de urbanización y creación de redes de comunicaciones. Las ciudades desde las que se atendía a las necesidades de los centros de explotación conocieron un gran impulso, y eso incluye a los grandes polos agrarios y ganaderos que abastecían a la actividad económica. Pero, sobre todo, el tráfico de metales inauguró una ruta comercial trasatlántica que iba a hacer época. Porque los metales no solo viajaban hacia España, sino que volvían transformados en herramientas de hierro y acero —materiales escasísimos en las Indias—, semillas y grano, telas y manufacturas, vino, seda, libros... Así el Atlántico se convirtió en un verdadero «océano de negocios». Esa ruta trasatlántica tiene un nombre: la Flota de Indias.

La Flota de Indias: un océano de negocios

Todo empezó en 1521, cuando una flotilla corsaria francesa atacó a las tres carabelas que transportaban parte del tesoro de Moctezuma, el último emperador azteca. Los piratas pertenecían a la flota de Jean Ango, el poderoso armador de Dieppe, y navegaban bajo el mando de Jean Fleury. España y Francia estaban en guerra, pero nadie había imaginado que las hostilidades pudieran extenderse hasta alta mar. Los barcos que cubrían la ruta atlántica solían viajar en muy pequeños grupos —dos, tres naves como mucho— y no estaban concebidos para combatir. Ahora las cosas obligaban a replantear todo el sistema. El tal Fleury acabará siendo atrapado cinco años más tarde por cuatro barcos vascos —y convenientemente ahorcado—, pero aquel ataque, pronto seguido por otros más, hizo ver la necesidad de que los barcos viajaran en convoyes escoltados por naves de guerra. Así nació la Flota de Indias, que durante doscientos cincuenta años iba a asegurar la comunicación entre España y América.

Que se haga «una armada contra corsarios repartiendo el gasto de la avería en lo que se truxese de las Indias y entre los moradores de los puertos interesados», decía la orden de Carlos I. Aquí «avería» quiere decir el gasto del avío, o sea, el flete material de los barcos. Sevilla tenía el monopolio de la contratación, así que a los comerciantes —que, ya lo hemos visto, no eran solo sevillanos— correspondía pagar el coste de la protección, y lo harían con los beneficios obtenidos por la carrera. Aquel mismo año de 1522 zarpó ya un convoy. Llevaba 18 naves, varias de ellas bien artilladas. Año tras año creció el número de barcos en cada expedición. En 1549 llegarán a ser 101. Una auténtica flota.

El modelo conocerá algunos cambios en función de las circunstancias, pero, en lo esencial, será el mismo durante dos siglos y medio. Ante todo, se trataba de concentrar el tráfico en un solo convoy anual, porque era el método más práctico para alinear todos los buques precisos. Esos barcos, contruidos fundamentalmente en los puertos vascos y cántabros (hasta un 80 por ciento del total salieron de esos astilleros), se concentraban en Sevilla. La mayor parte eran cargueros con unos pocos cañones a bordo, pero siempre iban escoltados por un mínimo de cuatro naos bien armadas. Más adelante, ya en tiempos de Felipe II, serán los galeones los que hagan el trabajo de escolta de las naves de carga, que generalmente eran carracas. El galeón era un tipo de nave inventada en España, maniobrable como la carabela pero con gran capacidad de carga y fuertemente armada, con un desplazamiento superior a 500 toneladas (algunos ejemplares llegaron a las 2.000). Será el rey de los mares durante dos siglos.

La Flota de Indias constaba en realidad de dos brazos: uno se dirigía a Veracruz, el puerto que centralizaba el comercio en Nueva España, y otro a Cartagena de Indias, Nombre de Dios y Portobelo, que eran los puertos del virreinato del Perú («Tierra firme» lo llamaban aún, como en los tiempos de Diego Colón). Ambos brazos salían de Sevilla, se reunían en las Canarias y desde allí cruzaban juntos el Atlántico hasta las islas de Dominica o Martinica, en las Antillas. Esa travesía duraba habitualmente un mes. Aquí la flota se dividía nuevamente y cada brazo ponía rumbo a su destino. Con frecuencia había travesías posteriores a Yucatán u Honduras. Esos barcos procedentes de España llevaban sobre todo —ya lo hemos visto— productos manufacturados, alimentos,

semillas, telas... Desde sus puertos de llegada se distribuían al resto de los territorios virreinales, lo cual, dadas las distancias, generaba a veces aumentos desorbitados de los precios. Para llegar al Perú, por ejemplo, había que desembarcar las mercancías en Portobelo, trasladarlas por tierra a Panamá y desde allí reembarcarlas con destino al puerto de El Callao.

Después de las ferias anuales, generalmente hacia el mes de marzo, cada brazo de la flota se reunía en La Habana. Llevaban consigo el oro y la plata de Indias, pero también cochinilla —valiosísima para los tintes—, tabaco, cacao, añil, palo brasil... La de Nueva España traía, además, las mercancías aportadas por el galeón de Manila desde las Filipinas, en particular especias. En el mes de abril el convoy partía de nuevo desde La Habana y atravesaba los canales de las Bahamas hasta ganar, rumbo norte, el paralelo 38, donde los alisios y la corriente del golfo empujaban a los barcos hasta las Azores y, después, al cabo de San Vicente.

Existe la idea preconcebida de que los piratas ingleses, franceses y holandeses causaron gran daño en el tráfico de Indias. Ciertamente lo intentaron, pero muy rara vez se salieron con la suya. En dos siglos y medio, solo cuatro flotas fueron derrotadas por los ladrones del mar y, de ellas, solo dos cargamentos se perdieron, y nunca en su totalidad. La flota de 1628 fue atacada en Cuba por el holandés Piet Hein, que en realidad capturó solo la mitad, la de Nueva España, porque la otra estaba advertida. El convoy de 1656 fue interceptado por la flotilla del inglés Stayner en Cádiz, donde los corsarios capturaron un galeón (otros cuatro llegaron a puerto). La del año siguiente se vio sorprendida por el inglés Blake en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, pero el tesoro se salvó porque ya había sido descargado. Lo mismo le ocurrió a la flota de 1702 en la batalla de Rande, en Vigo, durante la Guerra de Sucesión: fue atacada por una enorme armada anglo-holandesa de 50 navíos, pero el tesoro pasó a tierra antes de la batalla. En realidad, más lesivas que los piratas fueron las tempestades: las flotas de 1622, 1715 y 1733 fueron desmanteladas por los huracanes del Caribe.

Haciendo cuentas, el balance de la Flota de Indias es de solo cinco cargamentos perdidos y siete flotas desarboladas en más de doscientos cincuenta años. Se mire como se mire, ha sido una de las rutas navales más seguras de la Historia. La Flota de Indias fue el verdadero nervio —náutico— de la América virreinal. Y el puente naval que unió durante siglos a los «españoles de ambos hemisferios», como decía la letra de la Constitución de Cádiz. Eso —la comunidad de alma en dos hemisferios— también fue fruto de la cruzada del océano.

EPÍLOGO EN EL OCASO. LA EXPEDICIÓN BALMIS: CUANDO ESPAÑA VENCÍÓ A LA VIRUELA

Muchas cosas pasaron en los casi trescientos años que duró la América virreinal, la América española. Aparecieron santos y canallas, surgieron glorias y miserias, sobrevinieron terremotos (los de Lima en 1586 y 1746 hicieron historia) y también bienaventuranzas. Lo más importante: nació un mundo con identidad propia. Todo eso daría no para uno, sino para varios libros. Pero no es el cometido de este volumen, que solo pretende acercar al lector no especializado los hitos fundamentales de la cruzada del océano.

Después, la putrefacción de la monarquía borbónica, la pérdida de nivel del país, la incapacidad para adaptarse a la evolución del mundo hispanoamericano, los trastornos revolucionarios y, por último, la invasión de España por las tropas de Napoleón terminaron conduciendo al marasmo final. Eso también sería para otro libro.

Hubo, sin embargo, un episodio postrimero que, por trascendental, merece ser consignado a modo de epílogo. En cierto modo fue el canto del cisne de la cruzada del océano. Es la expedición contra la viruela en el continente americano. Ocurrió en 1803. Fue la primera campaña médica internacional. De la historia de España suelen contarse —cuando se cuentan— las grandes hazañas geográficas, militares o artísticas; mucho menos las hazañas científicas. Esta, sin embargo, fue única en el mundo: millones de personas salvaron la vida gracias a esta proeza que llevó la vacuna por mar. En la travesía, un jefe alicantino, un médico catalán, un capitán vasco, una enfermera gallega... Y unos niños que llevaron el virus inoculado en sus propios brazos para que pudiera llegar a América.

Pongámonos en situación. España, en 1803, es un gigante decrepito. Todo está a punto de derrumbarse, pero aún nos mantenemos en pie. La expedición científica de Malaspina, aunque terminó de mala manera, ha demostrado las posibilidades del país. Aún quedan dos años para la derrota de Trafalgar. Carlos IV reina (mal) y Godoy gobierna (peor), pero España es un país importante y sus posesiones son inmensas. También su gente es importante; entre esa gente no faltan los científicos de mérito.

En esas posesiones españolas, concretamente en Lima y en Bogotá, se ha declarado una nueva epidemia de viruela. La viruela es el azote del mundo desde miles de años atrás. Se calcula que apareció en el nordeste de África diez mil años antes de Cristo. La Historia está llena de referencias a los letales brotes del virus, desde los egipcios y los hititas hasta el mismo siglo xviii, pasando por las mortandades causadas en América. A España la trajeron los árabes en el siglo viii. A través de los barcos españoles llegó a América en el siglo xvi. Hacia 1650 diezmó a la población mexicana. En la Europa del xviii, se ha calculado que la viruela mataba a unas 400.000 personas al año; de los supervivientes, un 30 por ciento quedaba ciego. Uno de los hijos del propio rey Carlos IV había muerto de viruela.

Pero a finales del xviii el mundo científico está conmocionado: Edward Jenner, un inglés, ha

inventado la vacuna. Jenner había oído relatar a una lechera local que los campesinos que contraían la *cow-pox* (una enfermedad vacuna) mientras ordeñaban a sus vacas parecían quedar inmunes a la viruela. Jenner se decidió a inocular a un niño linfa tomada directamente de las vesículas variólicas de la mano de una lechera. Hizo público su descubrimiento en 1798. Había nacido un remedio contra la viruela. En España se administró muy pronto: en 1800. Lo hizo el doctor Piguillén en la localidad catalana de Puigcerdá.

En aquel momento se desataron dos nuevos y terribles brotes en Lima y Bogotá, con efectos letales. Cuando Carlos IV lo supo, no lo dudó: inmediatamente quiso saber si era posible trasladar la vacuna a América. Reunió a sus cirujanos de cámara (Gimbernat, Lacaba, Galli, el venezolano Flores) y les propuso la idea de organizar una expedición médica. Pero había un problema fundamental: conseguir que el virus llegara vivo al otro lado del mar, porque, si no, la vacuna no sería eficaz. Aquel gran científico gaditano que fue José Celestino Mutis, arraigado en Bogotá desde 1761, ya había intentado vacunar en Bogotá unos años antes, cuando el brote de 1782 y siguiendo las pautas del fraile chileno Pedro Chaparro, pero con resultados limitados. El gran problema era cómo mantener viva la muestra a través de largas distancias. Era preciso encontrar otro método de transporte, y este será de lo más elemental: llevar el virus vivo inoculado en brazos de niños. Y una vez hallado el método, ¿quién podría realizar la empresa? El designado será otro de los médicos de cámara del rey: el alicantino Francisco Javier Balmis y Berenguer, un hombre de cincuenta años con una excelente reputación científica. Es el 29 de julio de 1803. Así lo mandó el rey:

Ordeno que se propague a ambas Américas y si fuese dable a las Islas Philipinas, a costa del Real Erario, la inoculación de la vacuna, acreditada en España y en casi toda Europa como un preservativo de las viruelas naturales. Y en consecuencia se envíe una expedición marítima, compuesta de facultativos hábiles y adictos a la empresa, dirigida por el médico honorario de Cámara D. Francisco Xavier de Balmis.

La elección de Balmis no era caprichosa: había viajado ya cuatro veces a América, luego conocía el terreno, y además había traducido al español el primer gran tratado médico sobre la vacuna, el del francés Moreau. Era la persona indicada. Pero habrá más nombres importantes. Uno de ellos es José Salvany Lleopart, un médico militar, catalán, de veinticinco años, que también gozaba de gran reputación, y que fue subdirector de la empresa. Hacía falta dinero, y la corona lo puso. Hacía falta un barco y también lo hubo: la corbeta *María Pita*, de La Coruña; para gobernarlo se escogió al teniente de fragata Pedro del Barco, vizcaíno de Somorrostro. Pero hacían falta, por supuesto, los niños, y estos serán veintiún asilados del hospicio de expósitos de La Coruña, de entre nueve y tres años. No era cualquier sitio: la Casa de Expósitos y el Hospital de la Caridad eran las dos grandes obras de beneficencia de Galicia. Y con los niños viajará una mujer singular: Isabel de Cendala, la rectora del hospicio coruñés, que será la primera enfermera de una campaña internacional que deje su nombre en la Historia.

¿Quién era Isabel? Sabemos poquísimo de ella. Por las rígidas normas que entonces se exigían al personal de los hospicios, y por otros cabos sueltos sobre su vida, podemos afirmar que era una viuda con menos de cuarenta años, de constitución fuerte y buena salud, de familia bien considerada

e intachables costumbres. También sabemos que tenía un hijo, Benito, que participó en la expedición. Nada más. Incluso su nombre exacto es objeto de discusión, porque en los documentos de la empresa aparece escrito de seis formas distintas. Pero de lo que no cabe duda es de que estuvo allí. Y sería el verdadero ángel de la Real Expedición Filantrópica.

Es sugestivo imaginar qué virtudes podrían adornar a Isabel para que Balmis la designara. En la época no era nada común que una mujer embarcara en una aventura así. Pero hacía falta una mujer para cuidar de los niños, ¿y quién mejor que la propia rectora? En octubre de 1803, un documento oficial nombra a Isabel enfermera de la expedición «para inculcar confianza y repartir cariño maternal entre los infantes». Se le asigna una prima de 3.000 reales y un sueldo de 500 pesos anuales. Y se le prescribe un objetivo muy concreto: «Que cuide durante la navegación de la asistencia y aseo de los niños que hayan de embarcarse, y cese la repugnancia que se experimenta en algunos padres de fiar sus hijos al cuidado de aquellos sin el alivio de una mujer de probidad».

La campaña partió de Madrid, camino de La Coruña, con cinco niños que llevaban en sus brazos la vacuna. Durante el trayecto se organizaban vacunaciones en los pueblos donde paraban. En La Coruña, el virus pasará a los brazos de los niños gallegos. Ya en el mar, la primera escala fue en Santa Cruz de Tenerife: nuevas vacunaciones. Es enero de 1804 cuando la *María Pita* y su valiosísima carga dejan las Canarias rumbo a América. Serán dos meses de travesía. Los niños son vacunados de dos en dos, sucesivamente y de brazo a brazo, cada nueve días, para que el fluido vacuno se mantenga fresco. En las bodegas viajan, además, materiales que en aquellas circunstancias tenían un valor incalculable: 500 ejemplares del *Tratado histórico y práctico de la vacuna* de Moreau, traducido por Balmis, para ser repartidos en las principales ciudades de América; además, varios millares de laminillas de cristal para conservar gotas con el suero de vaca.

La expedición fue recibida en América con todos los honores. Primero en Venezuela, después en Cuba y México. Pero aquello distó de ser un paseo triunfal. El plan de trabajo itinerante era agotador. La Expedición Filantrópica administra vacunas, pero también instruye a los médicos locales sobre su uso y constituye juntas de vacunación en las ciudades para que allí se encarguen de conservar el suero con el virus vivo. Se vacuna por decenas de miles. Después, la expedición se divide: mientras Balmis viaja desde México hasta Filipinas, Salvany se interna en América: Bogotá, Quito, Lima, por fin Bolivia. Solo en Nueva Granada, Salvany registra nada menos que 56.000 vacunaciones.

Isabel se desvive literalmente por sus niños. Se ocupa de su aseo, de su ropa, de su comida, de su salud. En junio de 1805, desde Manila, Balmis informa al rey: «La Rectora de esta Real Expedición me ha hecho presente que en atención a la dilatada navegación, que se debe emprender para nuestro regreso, necesitan los 26 jóvenes que han servido para transmitir la Vacuna a estas Yslas de algunas ropas y utensilios para mantenerlos con el aseo y limpieza correspondiente; lo que pongo en consideración de V. M. para que de cuenta de la Real Hacienda se les habilite de todo lo que fuere de absoluta necesidad conforme a la soberana voluntad de Su Majestad».

Las enfermedades hacen presa en los expedicionarios; Balmis está al borde de la muerte por disentería. En todo este trayecto, la que deja admirados a los expedicionarios es la mujer, Isabel. Ya es 1806 y están en Macao. Balmis, impresionado, escribe sobre la rectora: «Con excesivo trabajo y

rigor de los diferentes climas que hemos recorrido, perdió enteramente su salud; infatigable noche y día ha derramado todas las ternuras de la más sensible madre sobre los 26 angelitos que tiene a su cuidado, del mismo modo que lo hizo desde La Coruña y en todos los viajes y los ha asistido enteramente en sus continuadas enfermedades».

Fue Salvany quien corrió peor suerte. Su expedición se vio sacudida por todo tipo de contratiempos. Perdió un ojo en Guaduas, Colombia; perdió un brazo en los Andes. Su barco naufragó. Pese a todo, siguió su camino hasta rendir la vida en Cochabamba, Bolivia, el 21 de julio de 1810, con treinta y cuatro años, en plena campaña de vacunación.

España fue agradecida con los expedicionarios. Balmis se vio colmado de honores, como el capitán Pedro del Barco, el vizcaíno. Hubo pensiones oficiales para los huérfanos de quienes murieron en la aventura. La guerra que pronto iba a estallar oscureció sus vidas, pero en América y en Filipinas quedaba el fruto de su esfuerzo: fueron más de un millón las personas que recibieron los beneficios de la vacuna. Las vidas que España salvó con la Expedición Balmis-Salvany pueden cifrarse en varios millones. El mismísimo Dr. Jenner, el inventor de la vacuna, que se había mantenido informado sobre la aventura, expresó su admiración: «No me imagino que en los anales de la Historia haya un ejemplo de filantropía tan noble y tan extenso como este». Realmente, hasta entonces nadie había hecho nada igual. Una vez más.

¿Y qué fue de Isabel de Cendala? Isabel nunca volvió a España. Cuando la expedición regresó de Filipinas a México, la mujer se instaló en Puebla de los Ángeles. Con toda seguridad quedaría con ella su hijo Benito, al que un documento posterior reconoce una pensión. Allí se extinguió la vida de «la primera enfermera de la historia de la medicina hispana». México ha rescatado su memoria: desde 1975 la Presidencia de la República otorga anualmente el premio Isabel Cendala y Gómez para recompensar la labor de un profesional de la enfermería. Y en el puerto de La Coruña hay una escultura, *Los galleguitos*, de Acisclo Manzano, que representa a Isabel con sus niños. Desde allí ven el mar que un día cruzaron para salvar millones de vidas en dos continentes. Esos niños minerales son los últimos testigos de la cruzada del océano.

BIBLIOGRAFÍA PARA SABER MÁS

La bibliografía sobre el descubrimiento y conquista de América es inabarcable. Se trata sin duda de uno de los asuntos sobre los que más se ha escrito desde hace quinientos años. Las obras que a continuación se reseñan abarcan solo parte de las fuentes consultadas para este libro, con la intención de ofrecer al lector interesado una serie de puntos de referencia para ampliar conocimientos.

Dos clásicos para empezar

García Serrano, Rafael, *Cuando los dioses nacían en Extremadura*, Homo Legens, Madrid, 2011.
Madariaga, Salvador de, *Hernán Cortés*, Espasa, Madrid, 2008.

Los cronistas

Benavente, Fray Toribio de (Motolinía), *Historia de los indios de la Nueva España*, Porrúa, México, 1979, bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=4146.

Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, edición de Juan Mirelles Ostos, Porrúa, México, 1985, www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01482741878923727430035/index.htm.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Miguel León Portilla, Dastin, Madrid, 2000, 2 vols., www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01715418982365098550035/index.htm.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, BAE/Atlas, Madrid, 1959, 4 vols., www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=360, sobre la versión de la Real Academia de la Historia (1851-1852).

López de Gómara, Francisco, *Conquista de México*, introducción, edición y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000, www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=482.

Mártir de Anglería, Pedro, *Décadas del nuevo mundo*, edición dirigida por Edmundo O Gorman, Porrúa, México, 1964, 2 vols.

Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, edición de Ángel María Garibay, Porrúa, México, 1981, www.ar.tehistoria.jcyl.es/v2/contextos/11501.htm.

Vega, Inca Garcilaso de la, *La Florida del inca: historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros*

españoles e indios, edición de Emma Susana Speratti y José Durand Piñero, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

Los protagonistas

Cabeza de Vaca, Álvaro Núñez, *Naufragios y comentarios*, Espasa Calpe, Madrid, 2005, bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02587285400292795209079/index.htm.

Casas, Fray Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02586281999194239932268/index.htm.

—, *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, Castalia, Madrid, 1999.

Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú*, www.artehistoria.jcyl.es/v2/contextos/10083.htm.

Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo*, edición de Luis Arranz Márquez, Dastin, Madrid, 2003, www.artehistoria.jcyl.es/v2/contextos/10085.htm.

Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, edición de Mario Hernández Sánchez-Barba, Dastin, Madrid, 2003, www.artehistoria.jcyl.es/v2/contextos/10086.htm.

Fernández de Quirós, Pedro, *Descubrimiento de las regiones australes*, edición de Roberto Ferrando Pérez, Dastin, Madrid, 2000.

Con carácter de recomendación general, la web *artehistoria* de la Junta de Castilla y León alberga en edición perfectamente legible todas las grandes crónicas del descubrimiento y la conquista, tanto las de los cronistas de Indias como el material dejado por los propios conquistadores. Esta es la referencia: www.artehistoria.jcyl.es/cronicas/autores/index.html.

Grandes obras generalistas

Busto, José Antonio del, *La conquista del Perú*, Librería Studium, Lima, 1981.

Cardelús, Borja, *Momentos estelares de las Américas*, Polifemo, Madrid, 2007.

—, *El mar español (España en el Pacífico)*, Polifemo, Madrid, 2013.

Cardelús, Borja y Fernández Toraño, Antonio, *La Florida española*, Polifemo, Madrid, 2013.

Iraburu, José María, *Hechos de los apóstoles de América*, Fundación Gratis Date, Pamplona, 2001, www.gratisdate.org/nuevas/hechos/.

Kirkpatrick, F. A., *Los conquistadores españoles*, RIALP, Madrid, 2000.

León Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1976, www.artehistoria.jcyl.es/v2/contextos/11493.htm.

Martínez Laínez, Fernando, y Canales, Carlos, *Banderas lejanas*, Edaf, Madrid, 2009 (sobre la conquista de Norteamérica).

Moya, Reynaldo, *La conquista en Piura*, 2003, www.galeon.com/piuraylaconquista/.

- Thomas, Hugh, *La conquista de México: el encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*, Planeta, Barcelona, 2007.
- Victoria, Pablo, *Entre la espada y la pluma. Gonzalo Jiménez de Quesada y la conquista del Nuevo Reyno de Granada*, Ed. Kindle, 2014.
- VV. AA., *Atlas de los exploradores españoles*, Sociedad Geográfica Española, Planeta, Barcelona, 2009.

Con carácter de recomendación general, la web de la Sociedad Geográfica Española alberga una excelente sección sobre las grandes exploraciones vinculadas al descubrimiento de América. Este es el enlace: www.sge.org/exploraciones-y-expediciones/galeria-de-exploradores/ii-el-descubrimiento-de-america.html.

Estudios sobre aspectos especializados

- Dumont, Jean, *El amanecer de los derechos del hombre. La controversia de Valladolid*, Encuentro, Madrid, 1997.
- Chaunu, Pierre y Huguette, *Sevilla y América, siglos xvi y xvii*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1983.
- Guitar, Lynne, «El mito de la extinción de la cultura taína», en *KACIKE: Revista de la Historia y Antropología de los Indígenas del Caribe*, Santo Domingo, 2002, www.kacike.org.
- Lovell, W. George, y Noble, David Cook (coord.), *Juicios secretos de Dios. Epidemias y despoblación indígena en Hispanoamérica colonial*, Ed. Abya-yala, Quito, 1999.
- Márquez de la Plata, Vicente María, *Mujeres de acción en el Siglo de Oro*, Castalia, Madrid, 2006.
- Martínez Shaw, Carlos (ed.), *El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Lunwerg, Madrid, 1988.
- Reverte Coma, José Manuel, *Biopatología de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro*, Ed. Universitaria, Panamá, 2012. Sobre el mismo asunto, amplio estudio de Reverte en www.gorgas.gob.pa/museoafc/los-criminales/biografias/PEDRARIASDAVILA.html.
- Rumeu de Armas, Antonio, *Libro coprador de Cristóbal Colón: correspondencia inédita con los Reyes Católicos sobre los viajes a América*, Testimonio, Madrid, 1989.
- Saavedra Inaraja, María, *La forja del Nuevo Mundo. Huellas de la Iglesia en la América española*, Sekotia, Madrid, 2008.
- , *La mujer en la América Prehispánica*, www.artehistoria.jcyl.es/v2/contextos/12771.htm.
- VV. AA., *La Casa de la Contratación y la navegación entre España y las Indias*, Universidad de Sevilla-CSIC, Sevilla, 2004.
- VV. AA., *España y América: un océano de negocios*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2003.